DIOSES de EUSKADI

LIBRO DE MIKEL: ¡DIOS! VAYA CHICO...



Volumen 2

SABIÑE SUSAETA

Dioses de Euskadi

¡Dios!, vaya chico...

Libro de Mikel, Volumen 2

por SABIÑE SUSAETA
(Maite Izar)

Copyright © 2021 Sabiñe Susaeta (Publicado por primera vez en mayo 2021 como Maite Izar en Wattpad)
Todos los derechos reservados.
ISBN: B0DVMVKCDQ
Publicación independiente. Este trabajo ha sido completamente autogestionado.
Corrección de ortográfica propia.
Ilustraciones: Sabiñe Susaeta
Portada: Sabiñe Susaeta
Maquetación: Sabiñe Susaeta.

Si estás leyendo este libro pirata, que sepas que te quiero igual. Si lo compraste, gracias. Por lecturas como tú puedo soñar con dedicar mi vida a la escritura algún día.

Si quieres decirme algo, puedes visitar mi Instagram en @casiunafantasia

ADVERTENCIA

Esta novela es de contenido para **mayores de 18 años**. Contiene escenas de sexo explícito y de violencia explícita.

Esta novela está inspirada en la mitología vasca, pero no se apega a la realidad del mito ni pretende ser educativa.

ANTES DE EMPEZAR

La mitología euskalduna (vasca) es matriarcal. La única diosa propiamente tal es Mari. Los seres mitológicos que aquí se hacen llamar dioses (Gaueko, Sugaar, Akerbeltz, etc.), en realidad son espíritus o genios que, en ausencia de Mari, se han adjudicado el título de dioses para sí mismos. Por ahora.

A mis lectoras, sean valientes. Beti.
A mi familia. Les extraño.
Maite

Eskerrik asko, lectoras tormentosas

En esta página cumplo la promesa a mis primeras lectoras. Agradezco especialmente a Pau Novelo (paulibrosymas), por haber amado con tanta pasión mi libro, por haber confiado en mí y hacer contenido hermoso para difundirlo. Gracias Pau, porque me has ayudado a llevarlo a nuevas lectoras. También agradezco por esto a Erica (ericka_u.v) y a Belén (bellbooks98).

También agradezco a Caterina Zucca, Estela M. Quispe, a Nerea, a MomiiMomii, a Viridiana Andrade Salcedo, a Nati Valdes Barríos, a Estela_M.Q, a Ariadna R., a Vale (Dridny), a Noemí Roa, a Esmeralda Madrid, a Michelle Pozo.

Y todas las lectoras que me apoyan día a día, de distintas maneras. Me dan vida.

Maite zaituztet.

VOLUMEN II

51. Ilusiones

ϟ Mikel ϟ

Observo el exterior desde la ventana del hotel. La tormenta se ha ido aunque, después de casi una semana, el clima sigue algo nublado. Supongo que Atarrabi no se va a recuperar tan rápido de esas heridas que le hizo Haize y así no puede controlar el clima. A mí no me importa, adoro las tormentas y este puerto de mierda se ve hermoso lleno de lluvia, viento y nubes surcando el cielo. El aire está más limpio desde que estoy aquí y los cerros más verdes; estos humanos deberían agradecerme que no tomo mis cosas y me largo de este país.

Porque, aunque me muero de ganas estar a kilómetros de distancia y dejar atrás todo esto, aún hay algo pendiente que debo hacer. No es que vaya a salir huyendo como un adolescente angustiado... Soy un adulto y voy a ser un dios.

—¡Al fin te levantas, gilipollas! —Haize aparece desde la cocina mientras me acerco a la puerta y observa mi mochila—. ¿Te regresas a las residencias? Tampoco es que quiera que te vayas, bebé. En tanto no vuelvas a usar mi cuenta de Battlefield... todo bien.

Solo dice eso porque está en esos días que amanece de buen humor. Su pelo es negro como la noche, el Haize más agradable de todos. Parece haber superado su frustración de dejar ir a mi hermano.

—No me regreso a ningún sitio. —Suspiro cansado—. Solo voy a clases.

—¿Sin desayunar? —frunce el ceño y un mechón de cabello negro cae sobre su frente.

—¿Qué? ¿Eres mi madre?

—Si lo fuera, serías mucho más guapo. —Me guiña un ojo, se acerca al mesón de la cocina, toma una de las tostadas que se había

preparado para él y me la ofrece—. Debo cuidarte. ¿Quién me sacará de problemas si me quedo sin mi abogado sexy?

Ruedo los ojos y tomo la tostada.

—No me voy a morir por no desayunar.

—Ah no, pero sí te vas a morir de amor, como un adolescente emo, ahí encerrado durante días en tu habitación. Tal vez deberías hab...

—Cállate, Haize, coño —digo, dándole la espalda y abriendo la puerta que da al rellano—, tal vez sí que regrese a las residencias solo para dejar de escucharte.

La cierro de un golpe y camino masticando la tostada. ¡Qué tío tan odioso! Pero la verdad, es que a medida que me la como me voy sintiendo mejor.

Igual es un idiota; insiste en hablar mierda. No me voy a morir por una chica. Seguro la supero rápido.

Disfruto el viento frío contra mi rostro mientras subo por las calles del puerto. Las nubes pasan surcando el cielo, gordas y cargadas de lluvia, pero sin dejarla caer. Ingreso a la universidad, después de días y cruzo los jardines hacia el gimnasio. Saludo a unas cuantas personas en el camino, tratando de mantener la vista fija en mi objetivo, tratando de olvidar el peso en el pecho que tengo desde ese día. No debo recorrer los pasillos con la mirada, ni ponerme tenso cada vez que escucho la risa de alguna chica en el jardín. Coño, estoy grande para esto, ¡qué me pasa!

Es un alivio cuando entro al gimnasio y desciendo los peldaños de las gradas hacia la cancha; ahí solo están los chicos de siempre y, joder, aunque generalmente la gente me ama, admito que jamás pensé que vería a alguien tan alegre, con ojo brillantes de ilusión, solo por verme.

—¡Mikel! —Sebastián suelta el balón y corre hacia mí—. ¡¿Vienes a entrenar?! ¡¿En serio?!

Se me abalanza encima y me da un abrazo tan emocionado que casi me tira escaleras abajo. En la cancha, los muchachos me observan murmurando entre ellos.

—¡Sabía que no me ibas a abandonar, weón!

Me lo quito de encima y ruedo los ojos.

—Tampoco es que lo haga por ti —digo, pero no puedo evitar sonreír ante su emoción—. Dicen que no pudisteis encontrar un reemplazo mejor... ¿por qué no me extraña?

Sebastián me pone al día de la formación que están entrenando y me uno al equipo. Una vez entre ellos, disminuye mi malestar. Okey, definitivamente sí me hacía falta desayunar y salir a entrenar.

Debo admitir que extrañaba este estúpido juego. Hay algo relajante en el chirrido de las zapatillas contra el suelo, en el retumbar del balón y en concentrarme solo en esto; en el drible, la fuerza justa en mis músculos para un lanzamiento. En nada más. En los latidos de mi corazón y la risa de mis compañeros que bromean, alegres. ¡Vaya que estaban desesperados sin mí!

Me paro en la línea de triple, suelto el aliento y lanzo. El balón hace un arco perfecto y cae haciendo un ¡chas!, dentro de la cesta. Sonrío y me pregunto si volveré a jugar básquetbol cuando sea un dios. Probablemente no; seguro sería hacer trampa.

Mientras nos duchamos en los camerinos, me quito el sudor del cuerpo, dejo que el agua caliente caiga en mi rostro y vienen más cuestionamientos a mi mente. No sé si voy a sudar siquiera cuando sea un dios. ¿Seguirá latiendo de la misma forma mi corazón? Bueno, por cómo sangraba Atarrabi el otro día, parece que sí.

Pero no tengo idea de cuándo será eso. Tomo la toalla, me seco el cuerpo y me pongo los jeans. Mientras me seco también el pelo, me pregunto si mi padre estará dispuesto a dejar sin efecto el contrato de Catalina. Tengo que llamarlo. Apenas termine este campeonato en unas semanas me largaré de Chile.

Sacudo la cabeza, provocando que gotitas de agua caigan sobre mis hombros desnudos. No quiero pensar en Catalina ahora. ¿Cuántos días tienen que pasar para no relacionar todo con ella?

—¿Estás bien, Mikel? —Esteban se detiene a mi lado, mientras se seca el pelo también—. Estás pensativo, es raro verte así.

—Sí, Esteban, a veces pienso —digo, bromeando y él suelta una risa.

—¿Ya estái bien de tu lesión?

—No del todo —digo y me encojo de hombros—, pasará un tiempo, supongo, antes de que me sienta bien. Pero voy a jugar.

Él hace una mueca con los labios, preocupado.

—Si no puedes jugar, no lo hagas por Sebastián.

—No lo hago por Sebastián.

Al menos, eso es cierto. No es por él. Esteban me observa dudoso, pero finalmente se pasa una mano por el pelo rojizo y me sonríe. Me invita a una cerveza y le digo que tal vez a la tarde. Ahora tengo clases. Cojo el bolso y busco la camiseta limpia para vestirme, pero recuerdo que la he dejado en las bancas de afuera antes de empezar a jugar. Así que salgo a la zona de las duchas y voy a los camerinos donde los demás chicos ya están vestidos y ordenan sus cosas. Sebastián está ahí, arreglando su bolso y me hace una seña para que me acerque.

—¡Espera, voy por mi camiseta! —digo y abro la puerta para salir al gimnasio—, de inmediato vuel...

Oh.

Joder, qué mala suerte tengo. Catalina está ante mí, respirando agitada, como si hubiera llegado corriendo. Da un respingo cuando nos topamos frente a frente en el umbral y me observa con sus ojos almendrados, brillando como miel bajo las luces del gimnasio. Tiene las mejillas sonrojadas por haber corrido y viene con ropa primaveral. Unos shorts de mezclilla cortos que dejan ver sus piernas morenas. Vale, sí soy gilipollas. ¿En serio permití que una chica tan linda tomara una poción para olvidarse de mí?

Tormentas, no estaba listo para encontrármela de forma tan repentina y tan... cerca. Siento el olor del shampoo de su pelo y... coño. Esto es injusto, es una puta mierda. Voy a ser un dios, no puede afectarme tanto ver a una chavala.

—Lo siento —dice, retrocediendo y dedicándome una sonrisa falsamente tímida.

Digo que es falsa, porque a pesar de eso, baja los ojos con descaro por mi pecho y mi abdomen. Vuelve a mirarme a los ojos y se queda pasmada, como si se le hubiera olvidado qué decir. Estoy acostumbrado, es la forma en que me observan la mayoría de las chicas heterosexuales cuando me ven por primera vez.

Y eso es... jodidamente doloroso. Ya lo había asumido, pero es horrible comprobar que tomó la poción, solo por la forma en que me

mira, como si nunca hubiéramos hablado, como si no hubiéramos estudiado juntos durante meses, dormido abrazados, o como si no hubiéramos follado en un baño.

Como si no fuera la primera chica con la que se me haya escapado un te quiero.

♡ Catalina ♡

¡Dios!, ¡vaya chico! Encontrármelo de frente casi me ha cortado el aliento, casi me hace olvidar por qué estoy acá. Es que... ¡esos brazos!, moldeados a mano por los dioses. Es tan alto, con el cabello negro más corto a los lados y largo adelante, desordenado y húmedo. La piel blanca, recién afeitado y, oh, cielos, es mi culpa por entrar a los camerinos después de un entrenamiento. Los ojos se me fueron inevitablemente hacia su torso desnudo. Y aquí estoy, admirando ese abdomen donde todavía escurre el agua de las duchas, esos oblicuos y... ¡Levanta la mirada, Catalina! Mierda, esos labios carnosos y esos ojos. Uff, esos ojos azules casi, pero casi, me hacen olvidar que no quiero nada más con alguien así.

Él es... el tipo de hombres que te rompen el corazón.

Frunce el ceño y me doy cuenta de que me he quedado viéndolo como babosa. Rayos, Catalina, es un chico más. Un chico más. Basta. ¿Cómo puedes ser siempre así solo por par de brazos lindos? Bueno, y por unos ojos azules casi imposibles. Soy una babosa, necesito terapia.

¡Me prometí a mí misma que dejaría eso atrás!, que no volvería a enloquecer por alguien solo porque fuera guapo. Y cuando me propongo algo, lo cumplo.

Así que le dedico una sonrisa cordial y aparto la mirada con una enorme fuerza de voluntad, porque está demasiado bueno. No podría acostumbrarme a ver, sin alterarme, a un chico así jamás.

—¡Cata! —Me llama mi ex, haciéndome señas desde el otro lado del camerino, mientras guarda su ropa en el bolso—. ¡Apúrate! ¿Por qué mierda demoraste tanto?

—¡Lo sientooo!

Corro hacia Sebastián y admito que me hace feliz verlo tan alegre. Tiene una sonrisa tonta en el rostro y, considerando que casi

reprobamos literatura por el mal trabajo que hicimos, estoy segura de que su felicidad no tiene nada que ver conmigo. Debe ser por el chico, odiosamente guapo, que ha vuelto a su equipo.

Pero basta de pensamientos sucios con otros muchachos. Después de todo, vine a esta universidad a recuperar a Sebastián ¿o no? Sí, siempre quise estudiar leyes, pero podría haberlo hecho en cualquier otro lado. Si estoy aquí es por él. Y aunque ahora no seamos pareja, este año ha demostrado que me quiere, así que, como amigos o lo que sea, voy a recuperar el tiempo perdido con él.

ϟ Mikel ϟ

Jugar básquetbol hace un rato me hizo bien. En ese momento, mientras entrenaba, no he pensado en nada más. Me ha dejado con una sensación agradable en el cuerpo, como siempre que haces ejercicio y lo pasas bien con tus amigos.

Hasta que me encontré a Catalina. Vale, tal vez sí va a tomarme más de una semana superarla. ¿Quizás dos?

Entro al salón de la clase de Introducción al Derecho y busco un asiento al fondo, porque no tengo ánimo de que la profesora me pregunte cosas del ramo. Me dejo caer en la silla mientras mis demás compañeras y compañeros conversan y hablan sobre el trabajo que teníamos para hoy. Yo lo hice con Mateo, aunque en realidad lo hice solo. El imbécil no hizo prácticamente nada.

Ahora se sienta a mi lado, me habla sobre cosas del trabajo que "hicimos" y yo asiento, sin prestarle demasiada atención. Ojalá pudiera quitarme esa desagradable sensación de ver a Catalina correr hacia Sebastián. Me pregunto si cree de nuevo estar enamorada de él ahora que olvidó todo lo que ocurrió entre nosotros.

—Por eso te agradezco, la verdad, apenas tuve tiempo con el trabajo de Comercial —dice Mateo y me obligo a escucharlo—, si no haces tú la mayoría repruebo este ramo.

No puedo evitar alzar una ceja. ¿La mayoría? Hice todo el jodido trabajo solo. No saqué su nombre porque es obligación hacerlo en grupo, mínimo de a dos...

—Claro —respondo, de forma automática.

Si lo pienso bien, creo que Catalina no debería seguir enamorada de Sebastián, aunque se haya olvidado de mí, porque en mi opinión, ella nunca estuvo enamorada de él en realidad.

Creo.

No debería importarme, ya sé. ¿Por qué no ha llegado al aula? Tenemos esta clase juntos. Bueno, eso tampoco debería interesarme... Basta.

—¿No te molesta, entonces, verdad? —Mateo me observa, curioso.

Y no sé de qué coño me estaba hablando.

—¿Qué cosa, tío?

—Que agreguemos a mi amiga al grupo. Es que la Maca también está en Comercial y tuvimos muchos exámenes. Este trabajo solo se puede entregar hasta hoy... y no alcanzó a hacerlo y...

—¿Qué dices, tío? ¿La vamos a agregar y no hizo nada? Ni de coña.

El rostro de Mateo palidece, quizás ya le había prometido a la tal Maca incluirla en el trabajo.

—Pero, no nos afecta en nada...

¿Este tío es tan descarado? Literal que solo puso los títulos y el índice, todo el jodido trabajo lo hice yo, ¿y quiere que agregue a una tía porque seguro busca follar con ella?

—No.

Él hace una mueca con los labios, pero se apoya en el respaldo de la silla, malhumorado y no insiste. Qué cara tiene, pedirme eso. Como si estuviera de humor para conceder favores gratis... Que agradezca que no le cobro lo que cobro a mis clientes por poner mi firma en un maldito papel.

Saco el trabajo de la mochila, mientras la profesora se para frente a su escritorio e indica que vayamos a dejar nuestras copias firmadas, todas amontonadas sobre el mesón. Mientras se forma una fila para dejar los documentos, una chica pregunta si puede dar plazo hasta la noche y la profesora se niega. Dice que no empezará la clase hasta que los trabajos estén sobre su escritorio, por lo que me levanto y hago la fila de compañeros que van dejando sus carpetas frente a la mirada escéptica de la maestra.

No me sorprende que tantos vayan a reprobar el ramo. Son muy flojos; yo tengo listo este trabajo hace semanas. De hecho, la profesora ya extendió el plazo una vez. Estoy por llegar a mi turno en la fila, cuando la puerta del salón se abre y entra Catalina, agitada otra vez y con la mochila colgando desordenada sobre su hombro.

Intenta colarse entre los alumnos para irse al fondo del salón y, cuando pasa por mi lado, por un momento, se me olvida que se tomó esa maldita poción. Más bien, es como si mi cuerpo se hubiera olvidado, como si hubiera tenido el instinto de dar un paso hacia ella y tomarla por la cintura, para molestarla o algo, como hacía siempre.

Pero solo fue un instante. Lo recuerdo de inmediato y me quedo en mi lugar, mientras ella se escabulle hacia el fondo, sin siquiera dirigirme una mirada.

—¡Señorita Arrieta! —La profesora levanta la mano y le hace una seña para que se acerque.

—Ay, no —murmura Catalina, mientras pasa por mi lado otra vez, volviendo hacia donde está la profesora—, ¿por qué Sebastián tenía que demorarse tanto en arreglar sus cosas?

Okey, lo admito. Detesto esta situación. Me cuesta tener que verla. Y además, enterarme de que anda para todos lados con su ex y que por eso llega atrasada a clases, es una mierda. Pero no puedo botar este ramo, es de los obligatorios en mi malla curricular.

—¿Llega atrasada y además no entrega el trabajo? —La profesora la mira de arriba a abajo y alza una ceja—. Si lo tiene, déjelo en la mesa, no empezaré la clase hasta que los hayan entregado todos.

—¡Ah! ¡Es que... es que..., traté de imprimirlo y no me funcionaba la impresora y...! —dice, moviendo las manos—, ¿puedo entregarlo durante la tarde?

—¡Sí! —dice otra compañera, que se coló en la conversación—, ¡Denos más plazo, por favor!

La profesora niega con la cabeza.

—No. Fui bastante clara, si no se entrega ahora tendrán la nota mínima, ya les extendí el plazo una vez.

La otra chica maldice y se va, frustrada.

—Pero... —insiste Catalina.

—¿Hizo el trabajo o no? —la interrumpe la profesora.

Catalina asiente y tartamudea algo sin sentido. Es evidente que está mintiendo. Es la peor mentirosa que existe. Además, ni de coña lo hizo, porque hacíamos los trabajos juntos y luego pasó lo de Atarrabi...

—Suficiente, si tiene buenas notas anteriores tal vez no repruebe por obtener la nota mínima en esta ocasión —dice la profesora, torciendo los labios con disgusto.

Catalina palidece, pues no tiene buenas calificaciones hacia atrás, solo mediocres. Y lo merece, porque tuvo harto tiempo para hacer este trabajo, incluso antes de que ocurriera lo de Atarrabi. Y además llega atrasada a la clase, así la profesora no la va a ayudar.

Bueno, esto le pasa por quedarse tonteando en los camerinos con Sebastián.

—Es que lo hice pero no alcancé a imprimir y...

—Lo siento, la verdad no le creo —dice la profesora tajante.

Ha sido tan pesada, que Catalina se muerde el labio y asiente sin insistir más. Sus ojos color miel tienen un brillo afligido cuando baja la mirada, camina para retirarse y... Ah, a la mierda.

—¡Catalina! —digo, saliéndome de la fila y acercándome. Le paso un brazo por sobre los hombros y camino con ella hacia donde está la profesora otra vez—. Te estaba buscando, yo imprimí el trabajo. ¿Tienes malo el móvil o qué?

Ella me mira sorprendida, pero luego de un instante me sigue el juego.

—¡Miguel, te estaba buscando también!

"Miguel"... voy a matarla.

Aunque no ahora. Nos detenemos en el escritorio junto a la profesora y dejo el trabajo encima. Rodear a Catalina con los brazos por cinco segundos ha sido suficiente para sentir que no la quiero volver a soltar, así que me aparto y me inclino sobre el escritorio.

—Permiso, profesora —digo, sacando el lápiz que tiene encima del mesón, me giro hacia Catalina y se lo paso—. Te mandé varios Whatsapp para que vinieras a firmarlo.

—¡No los vi! ¡No tenía señal en la biblioteca! —dice, mientras firma el trabajo con una sonrisa en el rostro.

Sí, claro, la biblioteca.

La profesora entorna los ojos y me lanza una mirada inquisitiva. Yo le sonrío. No dice nada. Después de todo, soy uno de sus alumnos favoritos.

Catalina termina de firmar y cuando voy a dejar el trabajo en el montón, se acerca Mateo. Mira a Catalina, a mí y abre la boca para decir algo, probablemente porque no dejé que agregara a su amiguita, pero yo sí agregué a Catalina. Le lanzo una mirada asesina. De esas que usaré cuando sea un dios.

Él cierra la boca de nuevo y no dice nada. Volvemos hacia los asientos de atrás y, no sé si es porque fingimos hacer el trabajo juntos o qué, pero ella nos sigue, elige la silla del lado mío y ahí se deja caer, con un suspiro.

—Gracias, Miguel, me salvaste —dice, mientras los demás alumnos terminan de dejar los trabajos.

Bajo los ojos hacia ella y, sin querer, se me van hacia sus piernas, que dejan ver su piel morena porque esos shorts son demasiado cortos. Su rodilla casi toca la mía y la aparto, porque juro que es como si su cuerpo emitiera algo, como un imán que atrae al mío.

—De nada —digo, desviando la mirada.

—¡Y gracias también, Mateo! —agrega, dedicándole una sonrisa encantadora.

—Mateo no hizo nada —digo y él frunce el ceño—, ¿qué? Es cierto.

Catalina se ríe y cuando empieza la clase, se concentra en su móvil. No en la clase, en el móvil. Se pasa así toda la hora y sé que está chateando con Sebastián porque veo desde aquí el avatar de Hanamichi Sakuragi que usa en whatsapp. Qué cliché es, joder... ¿Por qué le gusta ese tío?

Hossstia, esto es desagradable. Solo quedan dos meses para que termine el semestre y haré lo posible por saltarme estas clases. Calcularé cuántas inasistencias puedo tener sin reprobar porque, de verdad, es difícil sentir el olor del pelo de Catalina, verla reírse mirando el puto móvil y que ni siquiera haya desviado una sola vez los ojos hacia mí, en toda la jodida hora.

Qué. Puto. Fastidio.

El tiempo se pasa asquerosamente lento hasta que suena el timbre que da por acabada la clase. ¡Coño, al fin! Catalina sigue concentrada en su móvil, por lo que me levanto, tomo mi mochila lo más rápido que puedo y me largo de ahí. Sin embargo, cuando me meto al pasillo que lleva a los baños, escucho la voz de Catalina detrás de mí...

—¡Oye, espera!

Me giro y la encuentro caminando hacia aquí. La luz que viene del corredor principal ilumina su cabello castaño desde atrás y cuando se detiene frente a mí, me recuerda la última vez que estuvimos en este mismo pasillo. Un pasillo donde me abrazó y dijo que me extrañaría cuando me regresara a mi tierra.

El estómago se me aprieta, pero lo ignoro. Ignoro todos esos recuerdos. Así como ignoro lo bonita que se ve alzando sus ojos hacia mí, al lado del baño donde follamos por última vez.

Vale, no estoy ignorando una mierda.

—Quería darte las gracias —dice, sonriéndome—. ¿Por qué me ayudaste, Miguel? Mateo no parecía muy contento.

—Es Mikel, no Miguel...

—¡Ah! ¿Mikel?, ¿en serio? ¡Qué bonito!, ¿de dónde es?

Suelto el aliento y trato de tener paciencia. La verdad, nunca creí que podría sentirse tan mal porque ni siquiera se acuerde de mi nombre.

—Es en euskera —digo, sin más.

—¡Ah! Estuve en Euskadi el verano pasado —dice, sonriendo más —, ¡es precioso! Esos castillos, esas montañas, ¡Bilbao es una ciudad hermosa!

Es la ciudad más hermosa que existe. Y la ciudad donde nos conocimos, aunque ella no se acuerde. Me observa con un brillo en sus ojos color miel y me pregunto qué recuerda de ese viaje y qué no.

—¿Estuviste mucho tiempo? Es un país grande.

—No demasiado —admite y su sonrisa titubea—. Tuve un accidente. Así que volví antes y los últimos días fueron confusos...

—Ah, lo lamento. ¿Pues, ya te encuentras bien?

Asiente, animada de nuevo. Sin embargo, no digo nada más y se

produce cierta tensión, un silencio incómodo entre nosotros. Ella baja la mirada, como si de pronto se volviera tímida y es extraño; antes, nunca había silencios incómodos entre nosotros.

No sé por qué sigo aquí. Los alumnos pasan por fuera, en el pasillo principal y estamos solos en este más pequeño junto al baño. La verdad, no es buena idea que hable demasiado con ella, menos aquí, con los recuerdos que tengo invadiendo mi cabeza.

Voy a despedirme, pero justo habla otra vez.

—Gracias —murmura y levanta la mirada.

—Ya te dije, de nad...

—Por volver, al equipo de basket.

Por un momento, me quedo helado. Por un momento, pienso que es ella, la de siempre; que recuerda todo. Por un momento, lo creo.

Si alguna vez me quisiste, aunque sea un poco, vuelve a ese estúpido equipo de básquetbol.

El corazón se me acelera.

No le jodas los sueños a Sebastián.

—Sebastián me contó lo mal que estaban porque te fuiste del equipo —dice sonriendo y la ilusión, que por un momento tuve, se hace añicos—, gracias por volver a tiempo. Es importante para él.

Contengo el aliento, observando sus ojos, su boca y, de pronto, creo que voy a enloquecer. Por un momento, de verdad creí que... Joder, esto es una mierda.

—Vale, que no es necesario que nadie agradezca nada —digo, componiendo la sonrisa más fría que puedo—, después de todo, solo lo hago porque me gusta jugar.

Ella va a decir algo, pero camino en dirección contraria y paso por su lado. Levanto la mano como despedida y me alejo de ahí. Porque, joder, es cierto que me gusta ese puto juego, pero no tanto como para soportar esto. Ni siquiera el título universitario que quiero de este lugar es tan importante como para vivir esta mierda. Solo sigo aquí porque para ella era importante que no abandonara a Sebastián y su sueño de ganar el campeonato. Y no sé por qué lo hago, ¡si ni siquiera sabe quién soy, ni lo sabrá jamás!

Dejo la universidad para irme al hotel de Haize. Tengo más clases, pero ya no quiero seguir ahí. Odio admitirlo, odio saber que no

puedo con esto. Porque voy a ser un dios y... no entiendo. No entiendo por qué no puedo quitarme a una chica de la cabeza.

Bajo por las calles empinadas y, cuando estoy cerca del hotel, me detengo. Me siento mal. Me siento débil. Apoyo mi espalda en una pared y miro los autos pasar, la gente caminando hacia el puerto y... ¿qué coño me está sucediendo?

Cierro los ojos un momento, pero el móvil vibra en mi bolsillo. Lo tomo, observo la pantalla y... mierda. No. No, ahora no. ¿Por qué justo en este momento? Joder, la llamada insiste y no puedo ignorarla; no puedo ignorarlo a él.

¿Pero cómo lo enfrento en este momento? ¿Cómo voy a hablar con él y decirle que no pude cumplir esta misión? ¿Qué no soy capaz de alejarme de una chica, de hacer lo que debo y convertirme en un dios?

Suelto el aliento, acerco el móvil a mi oreja y acepto la llamada.

—Aupa, aita.

—Mikel, ¿todo bien? —dice mi padre, con esa voz profunda que tiene—, suenas extraño.

Claro, un par de palabras y lo nota. Porque es un maldito dios.

—Estoy cansado.

Una persona que pasa me dirige una mirada curiosa, porque estamos teniendo la conversación en euskera.

—Me imagino —comenta él—, ¿estás disfrutando los estudios?

—Siempre disfruto los estudios, aita.

Él se ríe y me felicita. Coño. Algo que detesto es decepcionar a mi padre. Se me aprieta el estómago y de verdad quiero vomitar. ¿Cómo mierda le voy a decir esto?

—Bueno, me alegro de que valga la pena, porque el abogado que tengo ahora es bastante imbécil, te necesito aquí —resopla—. Espero verte en enero en Euskadi.

—Creo que estaré antes allá, en diciembre tal vez. El año escolar termina a mediados de diciembre.

Y con eso termina el campeonato de básquetbol, por lo que no tendré motivos para seguir aquí. Un escalofrío me recorre. Ahora, ¿cómo le digo que fallé con la misión?

Pero mi padre habla primero.

—¿Ah? —dice, sorprendido—. Quédate un poco más después de la universidad. Aunque sabemos que el deseo de tu clienta está casi listo, prefiero que te asegures de que se concrete. Puedo esperar hasta enero.

¿Qué? ¿Qué carajo acaba de decir?

—¿Cómo? ¿Enero?, habías dicho que no existía una fecha sobre cuándo se cumplía...

—Pues, ahora la hay. ¿No te lo dijo Atarrabi? Hablé con él hace tres días. Las sorginas volvieron a consultarlo y ahora es seguro, para el solsticio se habrá cumplido.

Tres días. Eso fue después que Catalina se tomó la poción. Tormentas. Debería alegrarme. Debería emocionarme, pero eso significa que ella... ¿Será que ella va a...? Con...

—¿Estás seguro? —pregunto y, por alguna razón, en vez de alegrarme porque se cumplirá ese deseo de mierda, solo me siento mal.

—Mikel, siempre he estado seguro, por algo te mandé el contrato... Lo único que cambió, es que ahora sabemos la fecha con exactitud. Aguanta hasta enero —dice y suelta una risa—. ¿Tan malo es Sudamérica?

Mala, malísima, ni te imaginas.

—Claro, aita. Hasta enero.

Él se despide y me quedo viendo como pasa la gente. Como el sol del ocaso cae sobre las casas coloridas en los cerros de Valparaíso, como destella sobre los muros de la universidad que veo desde acá, donde se encuentra la chica que me está haciendo tan difícil la misión más fácil que me habían encomendado en la vida.

Aguanta hasta enero.

Suelto el aliento y miro el cielo anaranjado. Tormentas, padre, no tienes idea lo que me estás pidiendo.

52. Solo un beso

ϟ Mikel ϟ

Aguanta hasta enero.

La voz de mi padre se repite en mi cabeza, me persigue.

Durante veintitrés años, lo que más deseé en la vida fue convertirme en un dios. Estudié mucho desde niño para ser un abogado y ayudar a mi padre con sus clientes. Para cumplir sus expectativas, para que estuviera orgulloso y accediera a darme la inmortalidad. ¿Quién no querría ser un dios? No se enferman, tienen magias formidables, juventud eterna y... ¿Por qué, a pesar de todo eso, no me siento bien?

¡Debería estar emocionado! ¡Es lo más importante que podría ocurrirme! Pero... ¡Jamás pensé que ese deseo dependería de ver a la chica que quiero con otro! Porque si el deseo se va a cumplir, la única opción es que ella le diga a Sebastián que lo ama.

Corro por la cancha y trato de concentrarme. He logrado evitar a Catalina casi tres días y tengo que enfocarme en mis cosas, terminar estos estudios y jugar básquetbol. Nada más. Ya no hay vuelta atrás.

Debo.

Olvidarme.

DE ELLA.

Porque en menos de tres meses seré un dios y... Coño, ¿en serio en menos de tres meses voy a ser un dios? Jadeo corriendo por el gimnasio, pero en el instante que asumo esta idea en lo más profundo de mí, freno en seco, abrumado por un vértigo en todo el cuerpo.

Y me llega un pelotazo en la cabeza.

—¡Mierda, Mikel! ¡Qué te pasa!

Fue un golpe fuerte y con una maldita pelota de básquetbol que son duras, pero el mareo solo persiste un momento.

—Estoy bien, tío —digo apartando a Sebastián, que trata de revisarme—, no me dio en la cara.

—¡Me cago en todo si te lesionas otra vez! ¿Cómo te detienes así

en seco en medio de la cancha? ¿Erí weón?

Me reintegro en la formación, pero suena el timbre que indica que se acabó el bloque deportivo.

—Ya, tienes talento Mikel, nunca lo hemos negado —dice Esteban y me da una palmada en la espalda—, pero estuviste casi un mes sin entrenar. No te sabes las formaciones nuevas bien, tienes que ponerte al día.

Sebastián se acerca, tomando agua de una botella. Se echa un chorro sobre la cabeza y se pasa una mano por el pelo cobrizo.

—Oye, Mikel, ¿por qué no regresas a las residencias? —Sebastián me ofrece la botella—, podríamos usar el tiempo libre que tenemos ahí para explicarte las formaciones nuevas. Además, llegas siempre tarde a entrenar porque el hotel queda lejos. Y tenemos partido de finales mañana...

Ni de coño vuelvo.

—Me lo pensaré —miento.

Tomo la botella, le doy un sorbo de agua y se la devuelvo. Antes de que pueda insistir, le doy la espalda y camino hacia las bancas para recoger mis cosas e ir a los camerinos. ¿Volver a esa habitación? No me parece buena idea. Es cierto que necesito recuperar el tiempo que perdí sin entrenar, pero...

Estoy a punto de tomar mi bolso, cuando escucho unos pasos veloces en las escaleras de las gradas. Alzo la vista y encuentro a Catalina, que baja apurada en dirección a la cancha, con la luz de las ventanas robando destellos dorados de su pelo. Parece animada, sonriendo, con esa energía que siempre tiene. Mientras desciende corriendo las escaleras, la falda corta y vaporosa que lleva se levanta lo suficiente para que —desde abajo donde estoy—, se le vea hasta el alma.

Genial. Lo único que me faltaba.

Sonríe más, levantando una mano para llamar a Sebastián y pasa por mi lado sin dirigirme siquiera una mirada. Ni una maldita mirada. El olor dulce de su pelo deja una estela y siento un escalofrío. No. No, Mikel, no vas a voltearte para ver cómo se encuentran.

Que mal se siente esto, joder. Ya sé que es mi culpa, pero... estoy confundido.

Me quiero ir.

Tomo el bolso y subo las escaleras. No regreso a los camerinos para ducharme, tengo otras clases pero... que se jodan, me las voy a saltar.

Solo quiero largarme al hotel y estar en paz.

ϟϟϟ

Y paz es lo último que encuentro. ¿Qué coño? Apenas abro la puerta de la suit en el hotel, la música estalla a mi alrededor. Entre gritos de fiesta y el retumbar de los bajos hay un montón de personas. Latas de cerveza, copas, ropa en el suelo, música electrónica y la gente bailando por toda la sala. Al medio hay dos vedettos... no. Espera, no es un vedetto, es Haize, moviéndose al ritmo de la música en unos bóxers negros y ajustados. Baila frente a un chico igual de casi desnudo que él y una chica sin camiseta.

Dejo mi bolso cerca de la entrada y trato de avanzar hacia mi habitación, pero es imposible, entre el caos no puede ni avanzar. Empiezo a ponerme de mal humor. ¡Es martes! ¿Qué le pasa a este tío? Me las arreglo para llegar hasta él entre los cuerpos apretados de borrachos que bailan a su alrededor. Lo sujeto del brazo y lo arrastro hacia el pasillo que lleva a la habitación pequeña que uso.

—¡Mikel! —Haize me rodea los hombros con un brazo y camina a mi lado—. ¿Quieres una birra?

En cuanto llegamos al pasillo me aparto y lo miro a los ojos.

—¿Me ves cara de que quiero una jodida cerveza?

Él ladea el rostro, con una sonrisa sarcástica en los labios y se pasa una mano por el pelo que hoy tiene completamente negro.

—Ya no sé qué hacer con tu mal humor, bebé —dice, viéndome como si yo tuviera un problema.

—¿Mal humor? ¡Haize, tengo exámenes toda la semana! ¡Me has visto encerrado estudiando durante días! ¡Además, el partido de finales es mañana! ¿Y tú te montas una jodida fiesta?! ¡¿Otra vez?!

—Venga, excusas... —Haize se inclina hacia mí y me susurra al oído—. Solo estás idiota porque no has visto a Catalina, no te desquites conmigo.

Lo detesto. Y creo que lo percibe en mi mirada, porque el muy

imbécil me observa divertido y suelta una carcajada.

Qué odioso. Agito una mano y le doy la espalda.

—Olvídalo, haz lo que quieras.

Abro la puerta de mi habitación, la cierro y... Javiera está sentada en mi cama, de piernas cruzadas, mirando su móvil. Lleva un vestido corto con flores y la melena rubia tomada hacia atrás con un cintillo celeste.

Levanta sus ojos y frunce el ceño.

—Tienes mala cara —dice.

Alzo las cejas y apunto a la pared, en dirección desde donde viene la música.

—Así no se puede dormir. Además, tengo pesadillas.

Cruzo la habitación, aún vestido con el uniforme deportivo y empiezo a sacar ropa del armario y a dejarla sobre la silla.

—Yo vine a estudiar contigo, pero Haize organizó esta fiesta así que me encerré en tu habitación. —Javiera dirige una mirada hacia la enorme ventana donde se observa el mar y el sol rojo poniéndose en el horizonte—. ¿Puedo quedarme aquí? Mi roomie está con su novio y no quiero volver para escucharlos como follan.

—No hay problema, Javi, puedes quedarte todo lo que te apetezca.

Me quito la camiseta de básquetbol y me pongo una limpia. Me saco los shorts y tomo unos jeans oscuros del armario.

Maldito Haize. Odio que me conozca tanto. Odio que... odio admitir que tiene razón.

—Hmmm, ¿no te molesta, seguro? —insiste Javiera.

—Ya te dije, ¿por qué me va a molestar? Puedes dormir en mi cama.

Me pongo los jeans y saco una mochila del fondo del armario.

—¿En serio?

—Claro, también puedes usar el baño, quédate todo lo que quieras. —Pongo las zapatillas deportivas en una bolsa y las meto también en la mochila—, yo me vuelvo a las residencias.

—¿Qué? ¡¿Por qué?!

—Porque es obvio que aquí no puedo seguir, te deseo suerte tratando de dormir con este lío.

Cojo la mochila y cruzo la habitación para irme, pero Javiera se levanta de un salto, corre hasta mí y me toma del brazo.

—Espera, Mikel, ¿qué haces? —Me observa con sus ojos celestes —. Dijiste que querías estar lejos de Catalina. Ella está mejor, ¿sabes? Hoy la vi con Sebastián, se dieron un beso en el gimnasio y...

—¿Por qué me dices eso?

No quiero imaginar eso. Recuerdo cómo me sentí hoy en el entrenamiento cuando ella corría a encontrarse con Sebastián y se me aprieta el estómago. Pero no, no le creo a Javiera. Aunque es mi amiga y me ayudó con lo de apartar a Catalina porque yo se lo pedí, siempre he sabido que quiere algo más conmigo, aunque no pensé que fuera en serio. No tan en serio, al menos. Sin embargo, la forma en que me mira en este momento...

—¡Por algo hiciste todo para alejarla, Mikel! ¿Vas a ir de nuevo a quedarte en la universidad y estar más cerca de ella? ¿Qué te pasa?

—¡No sé qué coño me pasa! —Contengo el aliento y trato de calmarme. No quería gritar, pero con esa maldita música sonando tan fuerte, he levantado demasiado la voz—. ¿No sé qué me pasa, vale?

Joder, ¿qué quiere que le responda? ¿Que no pensé que sería tan difícil? ¿Que la risa de cualquier chica me hace recordar a Catalina? ¿Que extraño abrazarla?

Mierda, como extraño abrazarla.

—Sebastián me ha pedido que regrese y no puedo estar aquí, no logro concentrarme con el estilo de vida de Haize. Solo es eso.

Voy a abrir la puerta, pero Javiera toma mi mano y la sujeta entre las suyas. Me mira mordiéndose el labio y titubea un momento.

—¿Cómo vas a olvidarla si insistes en estar cerca? —Niega con la cabeza y su melena rubia se agita de un lado para otro—. Quédate conmigo, Mikel. ¿Sí?, al menos trata de alejarte de ella un tiempo.

Se apega y rodea mi cintura con sus brazos. Apoya su frente en mi pecho y el olor de su pelo limpio llega hasta mí. Dejo caer la mochila al suelo y tomo su rostro entre mis manos. Aún siento el olor de su pelo, un olor a shampoo que no es el que quisiera sentir.

El maldito de Haize tiene razón y no lo puedo seguir negando.

—Javi, creo que eres la única amiga que he hecho en este lugar y que no sea más que eso. —La miro a los ojos e intento ser lo más sincero posible—. No debí pedirte ayuda con lo de Catalina, no creí que fueras a confundir las cosas. Ahora también fui un gilipollas contigo, pero yo no quería nada más.

—¡No es eso! —dice ella, sujetando mis brazos—, ¡no he confundido nada! ¡Es por ti! ¡Esa relación extraña entre ustedes no es normal!

Claro que no es normal, ¡porque voy a ser un maldito dios! Porque dejé que tomara esa jodida poción.

—Javi, no va a ocurrir nada entre nosotros. —Suelto su rostro y doy un paso hacia atrás—. Me alejé más de un mes, traté de apartarla y... No la he olvidado, ¿sí? Tal vez ella lo haya hecho, pero aun así, aunque esté volviendo con Sebastián, yo no quiero estar con otra chica, ¿vale?

Tomo la mochila y abro la puerta. Le doy una última mirada a Javiera que tiene los labios en una línea rígida, sin decir nada más. Le hago un gesto con la mano para despedirme y cierro la puerta.

Me dirijo a la parada de taxis y en el camino observó las casas de colores de Valparaíso, con una extraña sensación en el cuerpo. Es como si supiera que algo no anda bien. Es algo que puedo percibir, similar a lo que siento cuando se aproxima una tormenta.

No tiene sentido. ¿Por qué se va a cumplir el deseo si Catalina nunca estuvo enamorada de Sebastián? No va a estarlo, aunque se haya olvidado de mí. Tengo que ver, entender qué sucede. Algo cambió y no sé qué es. Salvo que yo tuviera razón desde un principio y basta con que ella le diga que lo ama para que el deseo se cumpla, sea cierto o no.

O aún peor, que Atarrabi tenga razón y sea suficiente con que le diga "te amo" mientras follan.

No. No voy a imaginarme eso. Además, Catalina y yo, ya no tenemos nada; no tiene por qué importarme con quién está o con quién no.

No me importa, no me importa.

Suelto el aliento.

No me importa.

O tal vez Haize y Javiera están en lo cierto y solo soy incapaz de alejarme de ella.

♡ Catalina ♡

Me siento en la cama frente a Sebastián, con las piernas cruzadas. Ya casi es de noche. La luz de la mesita ilumina su cabello dorado, mientras él lee apoyado contra el respaldo. Me resulta extraño verlo concentrado estudiando, normalmente solo piensa en el básquetbol. Pero nos fue mal en el primer trabajo de literatura, por eso lo estoy ayudando con el ensayo de una novela para que mejore sus notas.

—¿Entonces, la crítica de Bechdel está en que los personajes femeninos apenas hablan entre ellas? ¿Y siempre que hablan es para referirse a un hombre? ¿Por eso sería patriarcal? —Ladea el rostro, mirando los apuntes—. ¿No es ridículo?

—Ajá. Pero aun así, sucede en la mayoría de las obras que existen de muchos géneros.

Sebastián asiente en silencio y toma notas en su cuaderno. Yo observo como un mechón ondulado de cabello cobrizo cae sobre su frente, cubriendo esos ojos dorados que tanto me quitaban el sueño cuando íbamos al colegio.

Suspiro, intentando enfocarme también en los estudios, aunque me cuesta. Afuera, ya ha caído la noche y algo me inquieta, pero no sé qué es. Una sensación extraña de incomodidad. Como un vacío.

Antes, cuando estaba con Sebastián no me faltaba nada. Era un momento perfecto. Sin embargo, ahora... Es como si no pudiera llenar un espacio dentro de mí, a pesar de estar con él. A pesar de que lo intento. A pesar de que trato de que vuelva a ser como antes.

¿Por qué no puede ser como antes?

Necesito que vuelva a ser como antes.

—Seba...

Me inclino y estiro mi mano hacia él, pero la puerta se abre. Me giro y... Aps, ahí está él otra vez. Alto, el pelo negro y la piel blanca iluminada por la luz del pasillo. Lleva una chaqueta oscura que le queda muy sexy. ¿Por qué está aquí? Trae al hombro una mochila grande, pasea la mirada por la habitación y posa sus ojos azules en

mí.

Y me produce un escalofrío. Hay algo en la forma en que me mira, una intensidad que quisiera ignorar, pero es imposible. Igual que antes, en el gimnasio. Aunque traté de no demostrarlo, correr al encuentro de Sebastián y hacer como que no lo veía, claro que lo ví. Cuando un chico como este te sigue con esos ojos azules, lo notas. Lo sientes en la piel.

Aunque lo quieras evitar a toda costa.

ϟ Mikel ϟ

Para mi mala suerte, por supuesto que encuentro a Sebastián acompañado de Catalina. Juntos, sentados en su cama, aparentemente estudiando. Bueno, ambos están con ropa y a una distancia que indica que de verdad estaban estudiando.

¿Por qué lo analizo siquiera? ¡Dejé que Catalina se tomara esa jodida poción! No puede ahora importarme lo que haga o lo que no. Tormentas, mejor me voy acostumbrando.

Entro, dejo los bolsos en el suelo e intento no fijarme demasiado en ella.

—Volv... —comienzo a decir, pero Sebastián me interrumpe.

—¡Mikel! —Se pone de pie de un salto, corre hasta mí y toma la mochila para ayudarme a dejarla encima del escritorio—. ¡No vuelvas a irte nunca más! Weón, menos mal volviste.

No puedo evitar reírme de su actitud, aunque una parte de mí lo detesta.

—¿Qué coño, tío, estás enamorado de mí? —digo riendo.

En la cama, Catalina resopla y rueda los ojos con sarcasmo. Sin darme cuenta ya la estoy mirando otra vez.

Hostia, ¿qué ha pasado con mi autocontrol?

—Está enamoradísimo de ti —dice ella, negando con la cabeza.

Escucharla hablar me pone nervioso. Que extraño resulta verla ahí sentada, sin poder acercarme. No es igual que encontrarla en el gimnasio o en clases; aquí hay demasiados recuerdos. Es imposible evitar pensar en todo lo que hicimos en este lugar. Y ella está tan linda, con esa falda de flores ajustada en la cintura y el pelo largo

tomado en un moño a un lado de la cabeza. Levanta los ojos hacia mí y se iluminan bajo la luz que viene de la mesita de noche. Son como la miel, no por su color, sino por esa sensación dulce que me provocan. Ya no tengo ese sentimiento extraño de preocupación que me molestaba. Catalina solo está sentada, yo solo estoy de pie y solo estamos en una habitación de mierda. Pero aun así, su compañía, verla, se siente tan bien. Se siente como si, después de muchos días, nada más me hiciera falta.

Joder, creo que no había asimilado cuánto extrañaba estar en este lugar con ella. Luego recuerdo cuanto odié esta habitación la primera vez que entré; la encontré realmente miserable. No, no es el lugar lo que extrañaba. Era la compañía de Catalina. En el lugar que sea.

De pronto, la perspectiva de convertirme en un dios, de nunca más disfrutar de una situación tan simple como esta, me parece abrumadora. Horrible. Nunca más estudiaré con ella, nunca más me voy a reír con ella, nunca más dormiré abrazado con ella.

Me tiemblan las piernas. ¿Por qué soy tan jodidamente imbécil? ¿Por qué hice esto?

—Oye, tú. —Catalina ladea el rostro y me observa. Se pone de pie y se acerca—. ¿Estás bien?

Doy un paso hacia atrás para aumentar la distancia entre nosotros, levanto la mano y asiento con la cabeza.

—Estoy bien. Solo estoy cansado, no duermo bien en el hotel de mi amigo —digo rápidamente.

Ella se detiene a un par de pasos y me mira extrañada. Yo retrocedo otro poco. Aléjate por favor, no te acerques. Siento el corazón golpeando mi pecho. ¿Qué mierda me pasa? Juro que si acerca... yo, no sé qué hacer si se acerca.

—Cata, ¿seguimos mañana? —Sebastián toma su mano y tira de ella—. Quiero revisar las formaciones con Mikel antes de dormirnos.

No puedo evitar mirar sus dedos enredados. Ella asiente, lo suelta, toma su mochila y mete rápido sus cosas. No vuelve a mirarme, solo se acerca a la puerta junto a Sebastián.

—¡Suerte en tu partido mañana, Seba! —Se apoya en sus hombros, se pone de puntillas y él inclina su rostro para besarla.

Y se besan, frente a mí. Es como si todo ocurriera en cámara lenta. Como si el universo quisiera torturarme, hacer que el tiempo corra más lento para que sea perfectamente consciente de cómo él sujeta su cintura un momento, de cómo ella separa sus labios, cómo sus lenguas se tocan. Para que sea terriblemente consciente de como siento que todo se derrumba a mi alrededor.

Solo es un beso.

Mikel, solo es un jodido beso.

Pero es como si me hubieran quitado el alma del cuerpo.

Se separan y Catalina le sonríe. Es una mierda. Es tan... jodidamente doloroso. Coño, ¿así se sintió cuando me vio con Javiera? Creo que... al fin entiendo por qué ella decidió olvidarse de mí.

Estoy mareado. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a suponerlo, siquiera, si yo jamás había sentido esto? Nunca creí que pudiera doler de esta forma ver a la persona que amas besar a otra frente a ti.

Porque, hostia puta, creo que... nunca había amado a nadie.

Es como una patada al estómago. Es como si me enterraran algo en el pecho. ¿Es normal está mierda?

Si hubiera sabido que era como una maldita puñalada, no lo habría hecho. Jamás.

Les doy la espalda, abro la puerta del baño y me encierro. Me apoyo en la madera y cierro los ojos. Trato de respirar tranquilo, de calmarme. Sé que no puedo estar con ella. Sé que tiene derecho a regresar con Sebastián. Tiene derecho a ser feliz con él.

Sé que soy un jodido imbécil.

Pero eso no hace que duela menos. Esto no es algo coherente. Mi hermano tiene razón, soy un maldito egoísta. No lo puedo negar, me hubiera gustado tanto ser yo el que fuera feliz con ella.

Y lo arruiné. Yo mismo lo arruiné, porque soy idiota. Porque ser un dios es demasiado importante para mí.

Joder, sabía que la quería, pero... no que... Esto no.

¿En qué puto momento me enamoré de Catalina?

53. De vuelta al juego

ϟ Mikel ϟ

Venga, he sido un cobarde demasiado tiempo. No quise enfrentar esta situación y por eso la perdí. Pero no es tarde, todavía puedo recuperarla. Aún no soy un dios y ella... ¿es posible que vuelva a quererme?

—¿Podemos hablar, enana?

Los ojos de Catalina son miel resbalando por mi interior. Cuando me mira, solo quiero besarla, solo quiero abrazarla, solo quiero fundirme con ella.

—¿Hablar?

Tomo sus manos y da un respingo. Me observa como si no comprendiera, porque... no comprende. Porque me olvidó.

Reprimo mis impulsos, trato de ignorar cómo se aprieta mi estómago e inspiro antes de hablar. No hay nada a nuestro alrededor; ni la universidad, ni los problemas, nada. Solo ella y yo.

—Enana, me equivoqué. ¿Podrás perdonarme algún día? No. En realidad, soy yo el que no se perdonará nunca por haberte dejado ir. —La acerco hacia mí y ruego para que al menos me escuche—. Y sé que no entiendes lo que estoy sintiendo, porque tú ya no lo sientes, pero necesito que lo sepas.

Ella frunce el ceño y ladea el rostro, observándome. Un mechón de cabello castaño cae sobre su frente y lo aparto con cuidado. Cielos, qué linda es. ¿Cómo puede ser que la haya dejado ir?

—Mik...

—No, escúchame, ¿vale? Tal vez ya no sientas nada por mí pero, enana, yo jamás me había sentido así. Jamás había conocido a alguien que me hiciera dudar de lo que más deseo. No sabes cómo me asusté, porque... porque... ahora solo te deseo a ti. —Ella abre mucho los ojos y sus mejillas enrojecen, provocándome. Quiero tanto tocarla como antes, por lo menos, darle un maldito beso. Tomo su rostro entre mis manos y apoyo mi frente en la suya—. Y aunque vayas a olvidar esto, así como me olvidaste a mí, quiero que

lo sepas. Eres... eres importante para mí, Catalina. Y aunque me cause terror admitirlo, te amo.

Voy a apartarme, creyendo que la he asustado por soltar todo esto, consciente de que ella no recuerda absolutamente nada, pero Catalina sujeta mi rostro, manteniéndome cerca. Respira agitada un momento, mirándome a los ojos, se acerca y me besa.

Oh, joder, extrañaba tanto sus besos. Nuestros labios, nuestras lenguas se encuentran y provocan una tormenta dentro de mí. Es como si el mundo solo fuera de los dos. Cuando se aparta y me observa, lo único que quiero es atraerla otra vez.

—Mikel, yo nunca te he olvidado. Te dije que no lo haría. ¿Por qué no confiaste en mí?

—¿Qué?

A pesar de sus palabras, solo hay tristeza en su rostro. Demasiada tristeza.

—Jamás te he olvidado Mikel, pero no podemos estar juntos.

Un escalofrío me recorre, como el hielo.

—¿Qué dices? ¿Por qué no?

Ella retrocede en la oscuridad y sus ojos están húmedos, brillantes.

—Porque eres un dios, Mikel. ¿Es que no lo ves?

Entonces, como si recién lo notara, bajo la vista hacia mis manos y veo con horror como resplandecen en la oscuridad. Son las de siempre, pero emiten un fulgor azulino, semejantes a los relámpagos de una tormenta. No solo mis manos, sino todo mi cuerpo. Es como la luz que siempre envuelve a mi hermano, pero azul.

Catalina retrocede y las lágrimas caen por sus mejillas.

¡No, es un error! ¡Yo no soy un dios!

Corro hacia ella, pero se esfuma en la oscuridad.

Y me quedo solo. Vacío. Y un trueno suena como si viniera de todos lados, envolviéndome. Creo que me pierdo. Siento que me perderé para siempre en esta eternidad.

ϟ Mikel ϟ

Fue un sueño, un jodido sueño. Me siento en la cama y mi

corazón está como loco. Coño, qué horrible, se sintió demasiado real. La luz de la ventana ilumina las sábanas y observo mis manos. Mi piel está normal, no tiene brillitos de mierda como los de Atarrabi. Suspiro aliviado y... tormentas, no puedo creer que esté aliviado de no ser un dios aún.

Pero lo estoy.

Solo es un día más siendo humano, en el que tengo un importante partido de básquetbol. Me siento, tomo el vaso de agua que hay en la mesita de noche y doy un largo sorbo, tratando de quitarme de encima la sensación de esa maldita pesadilla. Jo, qué difícil, qué angustiante fue.

La puerta del baño se abre y el vapor se esparce por la habitación.

—¡Weeeena, Mikel! ¡Pedazo de día tenemos hoy! —Sebastián me dedica una sonrisa radiante—. ¡Un día de victoria!

El vapor envuelve su torso desnudo mientras termina de abotonarse los jeans. Se acerca animado, toma una toalla del armario y se frota el pelo con ella.

—¿Recordarás las formaciones que repasamos anoche? —pregunta, sentándose en el borde de mi cama.

—Puedo recordar el código penal entero, no me jodas. —Dejo el vaso de agua en la mesita otra vez.

—¿Por qué estás de mal humor? —Sebastián arroja la toalla a la cama y me observa con el ceño fruncido.

¿Se está haciendo el imbécil con lo de Catalina? ¿O simplemente le importa un carajo si me molesta o no? Anoche, luego de que ella se fuera, Sebastián actuó como si nada. Tal vez se quiere vengar porque me metí entremedio de los dos.

—Estoy de excelente humor —murmuro.

Él me mira dudoso, pero finalmente se encoge de hombros.

—Oye, Mikel, ¿pudo preguntarte algo de... hmmm, algo personal? Más bien, un consejo.

¿Sebastián pidiéndome consejos? Aún tengo la sensación horrible de la pesadilla, como un peso en todo mi cuerpo, por lo que me apoyo en el respaldo de la cama y lo observo. Tal vez escuchar la estupidez que sea que quiere hablar, me quite esa emoción de

malestar.

—Habla, tío, qué quieres.

Sebastián sonríe y el sol de la mañana se refleja en su cabello cobrizo. Sus ojos en serio parecen de oro bajo la luz y me molesta que el maldito sea tan guapo. De solo recordar el beso que se dio con Catalina anoche hace que me den ganas de mandarlo a la mierda, aunque, la verdad, no es su culpa.

Es culpa mía. No tengo por qué agarrarla con él.

Pero dolió. Odio sentir que algo tan estúpido como un beso puede afectarme tanto.

—¿Y, vas a hablar o qué? —insisto, antes de seguir enojándome conmigo mismo. Tomo el vaso de agua y le doy otro sorbo—. ¿Qué puede ser más importante que el partido que tenemos en la tarde?

Sebastián abre mucho los ojos.

—¡Nicagando es más importante! ¿Estái loco? ¡Nada es más importante que eso! Es solo que... —Se pasa una mano por el pelo y desvía la mirada un momento. Luego vuelve a fijar los ojos en mí y hace una mueca con los labios—. Este finde habrá una fiesta de Halloween y me gustaría acostarme con Catalina, ¿crees que antes debería ha...?

Me atraganto con el agua y me da un ataque de tos. Sebastián se acerca para ayudarme, porque realmente me estoy ahogando, pero lo empujo y entre toses dejo el vaso en la mesa. Me levanto de la cama y empiezo a pasearme en bóxer por la habitación, tratando de recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —Sebastián me mira confundido—. ¡No se te ocurra morirte ahogado antes del partido!

—¿Qué coño te pasa? —logro decir, mientras sigo tosiendo—. Anoche te haces el imbécil, ¿y ahora me sales con esto? ¿Por qué me hablas de esta mierda?

—¿Cómo que por qué? —Sebastián ladea el rostro—. Ustedes los europeos son más experimentados. ¡Necesito un consejo! Ya sé que sonará extraño, porque antes Cata y yo éramos novios, pero nunca hemos follado de forma tradicional...

—De forma tradicio... —Me detengo.

Quiero matarlo. Mandaría a la mierda el partido de hoy pero...

nunca más jugaré básquetbol cuando sea un dios. No me lo perderé aunque me perturbe ver a este con Catalina. Aunque me haya dicho esta basura.

—¿Por qué me ves así? ¿Qué mierda te pasa, Mikel?

—¿Qué carajo te pasa a ti? ¿Por qué me dices esas cosas de Catalina? Hostia, tío, ¿crees que me da igual?

Él me mira realmente confundido. De verdad parece no comprender y... Coño. ¿Será posible que...?

—Mikel, estás actuando raro. ¿Tienes algún problema con Catalina?

No parece que finja. Tormentas. ¿Es que la poción le afectó también a él? Tendría sentido... sería un poco inútil si solo Catalina se olvida, pero los demás no. Esto es rarísimo. ¿Cómo funciona esa jodida poción? Tengo que preguntarle a Atarrabi.

—Eh... olvídalo —digo y trato de calmar mi mal humor—, en realidad... me confundí, creí que hablabas de otra cosa.

No tengo idea dónde se oculta mi hermano después de que Haize lo dejó herido, pero seguro que sigue en Chile. El clima está demasiado soleado a pesar de que, por mi estado de ánimo, debería haber una tormenta constante.

—Hmmm. —Sebastián me mira extrañado.

—No sé tío, no sabría qué consejo darte —digo, agitando una mano, tratando de normalizar la situación—. No soy de tener novias y esas imbecilidades.

—Pero...

—Debería estudiar antes del partido, después hablamos. —Le doy la espalda y tomo la toalla que hay en la silla—. No tengo tiempo para esto. Eeeh, solo... usa condón, ¿quieres?

Coño, no puedo creer que haya dicho eso. ¿Condón? Mejor me saco las imágenes mentales de la cabeza. Son horribles. Asquerosas.

Me meto al baño y cierro de un portazo.

♡ Catalina ♡

Paseo mis ojos por el gimnasio espectacular de la Universidad del Estero, en Viña del Mar. Si bien es techada, tiene unos cristales

enormes por todos lados que dejan entrar la luz de la tarde. Más allá, se ve el mar reflejando el brillo del sol sobre las olas. Mi mirada se pasea entre los estudiantes, que son cientos, todas y todos reunidos para ver la semifinal del torneo de básquetbol.

Caminamos debajo de las graderías. Samanta y Fernanda cuchichean muy coquetas entre ellas, mientras Verónica, Daniela y yo, nos deleitamos con la visión que tenemos frente a nuestros ojos, un poco más allá, en el pasillo que lleva a la zona de las duchas.

—Esto es el paraíso —dice Daniela, paseando la mirada por los chicos del equipo del Estero, todos con el uniforme rojo, con esas camisetas de básquetbol que dejan ver sus brazos trabajados—. Mira, ese es Matías, el base y capitán del equipo. Dicen que es el más guapo del torneo.

Yo suelto una risa sarcástica. O sea, el tal Matías está como quiere; alto, el pelo negro ondulado y la piel morena. Tiene facciones bonitas con unos ojos oscuros y rasgados. Pero en ningún caso es más guapo que...

—¿Tú crees? —Verónica alza una ceja mirando a Matías, que en ese momento tontea con sus compañeros a unos pasos de nosotras, cerca de los camerinos—. Los de nuestro equipo no tienen nada que envidiarle, digo yo.

Daniela se ríe y niega con la cabeza.

—Eres cero objetiva, Verónica. Vengan, vamos a hablar con esos chicos.

—¿Qué? —doy un respingo, pero Verónica ya va caminando detrás de Daniela.

¡Como si fuera la sugerencia más natural del mundo! Claro que sí, casual; ir a charlar con chicos que nunca has visto, que miden más de un metro ochenta y son tan guapos que podrían haber caído del cielo para jugar básquetbol.

—¿Vienes? —Daniela se devuelve y tira de mi brazo—. Debemos ampliar nuestras posibilidades, ¿o pretenden ustedes dos quedarse para toda la vida peleándose por Sebastián?

—¡Nadie se ha peleado por Sebastián! —Verónica se encoge de hombros y me guiña un ojo—. Es compartible.

Yo contengo la risa, pero me dejo arrastrar por ellas. Bueno, ya

que insisten...

Nos adentramos en el pasillo debajo de las gradas, donde están los chicos del equipo del Estero conversando, algunos apoyados en la pared. Daniela y Verónica caminan hacia ellos muy erguidas, como si el mundo le perteneciera. No sé dónde aprendieron a caminar así, pero intento al menos mantener la vista arriba y no meter las manos en los bolsillos de mis shorts de mezclilla, como suelo hacer. Cuando pasamos entre el grupo de ellos, las miradas nos siguen y uno de los muchachos que está de brazos cruzados con la espalda en el muro, agita una mano llamando la atención de Daniela.

—Oigan, ustedes, ¿a dónde van? Ahí están los camerinos de chicos.

Daniela lo mira de arriba a abajo, con toda la personalidad del universo y alza una ceja.

—¿Te parece que ando perdida? ¿O estás buscando una excusa para mostrarme el camino?

El chico, que tiene el cabello castaño y unos intensos ojos verdes, suelta una carcajada.

—Okey, no estás perdida. Aunque claramente no eres de aquí. —Le dedica una sonrisa fanfarrona—. Te mostraría el lugar, pero apenas llegue el otro equipo va a empezar el partido.

—De hecho, estábamos buscando a los chicos de ese otro equipo. Somos de esa universidad —dice Verónica, con una mirada coqueta al jugador de al lado—, ¿saben dónde podrán estar?

Obviamente es mentira; no buscábamos a nadie. Vaya expertas.

—Están atrasados, su bus no ha llegado —dice el de pelo castaño y ladea el rostro dedicándole una sonrisa torcida a Verónica—. Pero no hay problema si los esperan aquí.

Daniela y Verónica sostienen miradas juguetonas con ambos y por un momento me siento sobrando en este lugar. ¡Rayos!, soy pésima para estas cosas, ¡por algo tuve que...!

—¿Por qué no están elongando? —dice una voz autoritaria detrás de mí, pero su tono se suaviza cuando me giro y unos ojos negros y rasgados se encuentran con los míos—, ¿y estás chicas? Estoy seguro de que no las había visto antes.

Es el que Daniela identificó como Matías. Por la forma en que

habló, se nota que es el capitán del equipo. Se acerca hasta nosotras y se detiene frente a mí. Yo retrocedo un paso, porque su estatura es un poco intimidante, pero mi espalda da contra la pared.

—Son amigas del otro equipo, creo que vienen a verlos a ellos, Mati —explica el chico de ojos verdes que habla con Verónica.

Matías nos recorre con la mirada y en sus labios se asoma una sonrisa maligna, formando hoyuelos en su rostro atractivo.

—¿El equipo que está a punto de perder por bockover?

Verónica abre mucho los ojos.

—¡No te atreverías! ¿Bockover? —dice, negando con la cabeza—, ¿en serio quieres ganar así?

Matías se encoge de hombros.

—Llevan quince minutos de atraso. La verdad, estaba por pedir al juez que declare desierto el partido. Total, de todas formas iban a perder.

No puedo evitar sentir una oleada de ira creciendo dentro de mí. Es decir, ¡Sebastián lleva todo el año trabajando para este partido! No, de hecho, lleva años soñando entrar a nuestra universidad solo por este campeonato, y este imbécil —terriblemente sexy pero imbécil—, ¿quiere ganar porque el bus se atrasó?

—Cobarde.

Las palabras se escapan de mis labios. Sí, le acabo de decir cobarde a un chico al que ni siquiera le llego al hombro.

Matías baja sus ojos hacia mí, me recorre descaradamente de pies a cabeza y por un momento deseo ser una mujer más intimidante. Pero no lo soy, apenas llego al metro sesenta. Igual nomás, sostengo su mirada de ojos negros, sin titubear.

Él me observa divertido, apoya una mano en la pared al lado de mi rostro, acorralándome, y alza una ceja.

—¿Cómo? Creo que no te escuché bien, enana —dice riendo y ladea el rostro, con una sonrisa malvada en él.

Esa palabra... me produce un escalofrío. Pero contengo el aliento y lo miro a los ojos, aparentando más seguridad de la que realmente tengo en este momento.

ϟ Mikel ϟ

Me quedo paralizado frente al pasillo que lleva a los camerinos. ¿Qué es lo que acabo de oír? Paseo la mirada por el grupo que tengo ante mí, respirando agitado, porque prácticamente corrimos para cruzar rápido los enormes jardines de esta universidad. Ya estoy de mal humor porque Sebastián se vino puteando al universo entero por el retraso del bus, ¿y me encuentro con esto?

¿Quién es el imbécil que está encima de Catalina? ¿Quién coño se atreve a decirle enana? Bueno, vale, es enana. Pero es *mi* enana.

Salvo por el pequeño, pequeñísimo detalle... de que no me recuerda. Joder. Ya había sido una mañana lo suficientemente mala.

Las palabras de mi padre me persiguen.

Aguanta hasta enero.

Y una mierda.

—Mikel, anda a pedirle al juez que nos espere mientr... —comienza a decir Sebastián.

—¿Quién ese gilipollas? —digo, ignorándolo.

El tipo está realmente pegado a ella y se la come con la mirada.

Sebastián maldice porque no le respondo y corre él mismo hacia el juez, dejándome solo. Bien, no lo necesito. Camino hacia el otro equipo, quienes al parecer se divierten mucho viendo como ese y, otros dos idiotas más, hablan con las amigas de Catalina.

Me acerco y aún a la distancia alcanzó a oír su voz.

—Dije que eres un cobarde —dice, sosteniendo la mirada del imbécil ese—, y que vas a perder tu racha de victorias, *Mati.*

¿Mati? ¿Qué mierda, ya se agregaron a Instagram también? Él suelta una carcajada y se inclina más. ¿Tiene que apegarse tanto a ella?

—¿Qué quieres apostar, enana?

Me detengo a unos pasos, porque Esteban me sujeta del brazo.

—Oye, Mikel, no te metas. Es Matías, su capitán, no calentemos los ánimos ahora...

Aprieto los labios, pero tiene razón. No debería meterme solo porque le dice enana a una chica que, además de efectivamente ser enana, ni se acuerda de mí.

Pero, coño. Lo detesto. Al menos Sebastián me cae bien. Este tipo me cae pésimo, aunque no lo conozca. Es obvio que es un imbécil, se le nota de lejos.

Los otros dos jugadores que están con Matías se ríen y dicen algo que no alcanzo a escuchar.

—Acepto —dice Verónica, respondiendo lo que sea que no entendí —, si ustedes ganan, pongo mi mansión. Y si gana nuestro equipo...

—Acordado. Y si ustedes ganan, yo pongo el hotel de mi madre —dice Matías y baja sus ojos pervertidos hacia Catalina—. ¿Contenta, enana? Van a perder esta apuesta, somos los campeones invictos durante los últimos tres años.

En serio es detestable. Especialmente porque ella le dedica una sonrisa coqueta que hace que se me retuerza el estómago. Esteban me lanza una mirada de advertencia.

—Ya, pero este año está Sebastián en el equipo—dice Catalina y entierra su dedo en el pecho de Matías, tocándolo de forma totalmente innecesaria—, y él, es un dios del básquetbol.

¿Un dios? Vale, ahora sí me fastidiaron.

Sebastián llega junto a nosotros y se acerca a Matías. Al verlo, el chico se aparta de Catalina y saluda a nuestro capitán. Cruzan unas cuentas palabras, a lo que ambos asienten y se dan un apretón de manos.

El árbitro hace sonar el silbato y el equipo del maldito Matías camina hacia la cancha, pasando entre nosotros.

—Van a perder, novatos —dice el muy gilipollas, riéndose, mientras los demás nos dedican otras pullas pendejas.

Yo me quedo de pie un momento, ignorando sus comentarios y los roces de hombro innecesarios cuando pasan junto a nosotros.

—No les hagas caso, toma —dice Esteban y me entrega un elástico para el pelo—, ponte eso y vamos a jugar.

Cojo el elástico y lo aprieto entre mis dedos. Más atrás, Verónica y Daniela murmuran, divertidas, y mi mirada se cruza por un momento con la de Catalina. Ella aparta los ojos y se ríe de algo que dice Verónica.

Vale, no me recuerda. Se besa con Sebastián. Coquetea con otro. No le intereso, ya entendí.

Le doy la espalda y camino hacia la cancha. No puedo hacer nada contra eso.

Sin embargo... Resoplo y me pongo el elástico en el pelo, dejándolo hacia atrás para que no me caiga sobre los ojos.

Ya veremos quién es un dios del básquetbol.

54. Caídas

♡ Catalina ♡

El marcador está muy reñido. Nuestro equipo va perdiendo por poco, 83 puntos vs 95. La voz del comentador del partido truena por todo el gimnasio entre el chirrido de las zapatillas en la cancha, el retumbar del bote de la pelota y los gritos del público.

—¡Qué partido! ¡Esto parece una final adelantada! —aúlla el comentador por el altavoz—. ¡Eh, creo que eso fue una falta! ¿Qué dice el juez?

Pero el juez se mantiene en silencio y no da señales de detener la jugada.

Muy bien, tal vez dije que Sebastián era un dios del básquetbol para alardear, pero lo cierto es que este partido está a la altura de un torneo divino. Una batalla entre dioses, más bien. De hecho, en cualquier momento alguien va a morir de lo agresivo que están jugando. Me pongo de pie, mientras un chillido escapa de mis labios. Intento ver pero cuesta, todo el maldito gimnasio está saltando en las graderías, gritando y animando a los jugadores.

—¡Es la sexta falta! —Verónica gesticula e insulta al árbitro—, ¡Expúlsalo maldito imbécil!

—¡Mira eso! —Daniela alza las manos con impotencia—. ¡¿Pero qué mierda?!

Se escucha una oleada de gritos cuando Sebastián cae al suelo, empujado por el capitán del otro equipo, que ahora cruza la cancha con el balón que le quitó de forma más agresiva de lo normal. Pero el árbitro no detiene el juego; continúa a pesar de las exclamaciones y Matías dribla de forma espectacular, dejando atrás a los jugadores de negro que tratan de quitarle la pelota. Logra cruzar hasta acercarse al aro, da un salto levantando para encestar pero, justo cuando está en el aire, justo cuando el balón deja sus dedos para hacer el arco hacia la canasta, Mikel salta y de un manotazo envía el balón hasta el suelo.

Esteban lo recupera.

—¡Mikel! —grita, lanzando con fuerza y se lo devuelve.

Mikel lo toma y corre en un contraataque. Cambia el peso de su cuerpo de un lado a otro, esquiva a uno, dos, tres contrincantes, mientras el balón baila pasando del suelo a sus manos, bote tras bote, del suelo a sus manos. Una y otra vez.

Verlo jugar es sorprendente. Casi parece más rápido de lo posible. Mi corazón se acelera mientras se abre paso; es una mancha de uniforme negro, zigzagueando entre el equipo de rojo.

—¡Pero qué jugada! ¿Dónde estaba ese chico el semestre anterior? ¡Es como un rayo cruzando la cancha! —el comentador parece enamorado de Mikel, ha dicho cosas así todo el partido—. El alero de Costa del Paraíso llega a la zona de lanzamiento, miren como evade, y... ¡Sí, encesta!

El público estalla en vítores, incluso personas de la universidad que hemos venido a desafiar se unen a los aplausos.

El equipo del Estero saca rápido desde el fondo y el balón pasa de un jugador a otro, en movimientos sucesivos, hasta que Matías amenaza de nuevo el área de nuestro equipo. Sin embargo, esta vez no lanza, sino que intenta entrar hasta el aro para hacer una bandeja. Pero, de nuevo, Mikel se cruza y abre los brazos delante de él. Matías da botes al balón frente a Mikel, pasándolo de una mano a otra. Son solo unos segundos, pero todo el gimnasio guarda silencio mientras ambos se observan. Una sonrisa se forma en los labios de Mikel. Los demás jugadores están bien marcados y si Matías no logra entregar la pelota a otro, debe evadir a Mikel.

Lo intenta. Hace una finta hacia la derecha jugando con el balón, sin embargo, Mikel no cae. Matías cambia el peso de su cuerpo para ir al otro lado, pero Mikel le quita el balón y corre driblando en un nuevo contraataque. Los jugadores del Estero que quedan en su zona de defensa toman posiciones para detenerlo. Por un momento, pareciera que Mikel va a ingresar hacia el aro como hizo antes, evadiéndolos, pero en vez de eso, da un pase largo a Sebastián que corre un poco más adelante que él y no tiene marca.

Sebastián se detiene en el área externa del aro, salta, estira su cuerpo, su brazo, su mano y el balón abandona la punta de sus dedos en un arco perfecto desde la zona de triple.

¡Chas! Tres puntos y nuestro equipo está arriba otra vez.

El gimnasio enloquece en gritos y aplausos. Sebastián pasa corriendo junto a Mikel, cruzan una mirada cómplice y chocan las manos. Ambos se sonríen y vuelven a sus lugares mientras el comentador se deshace en halagos sobre los lanzamientos de triple de Sebastián.

El partido se pone más intenso. Es evidente para todos los espectadores que Mikel se empecina en impedir que el capitán del Estero marque más puntos y su equipo se lo empieza a tomar como una afrenta personal.

—¡Es primera vez en años que el equipo del Estero podría no pasar a la final! ¡Diez puntos abajo!

Ambos equipos son buenos. Matías y sus compañeros tienen excelente ritmo, pero Sebastián y Mikel están jugando como dioses. En los dos primeros tiempos, sí, jugaron bien, pero en el tercer tiempo es como si Mikel se hubiera acostumbrado a las nuevas formaciones y él y Sebastián se leyeran la mente; se pasan el balón de uno a otro sin siquiera mirarse, burlando a los jugadores con agilidad. Una mancha veloz de cabello dorado aquí, otra de cabello negro allá y otro punto triple.

Y no puedo dejar de mirarlos. Quisiera decir que solo estoy concentrada en Sebastián, que se ve tan feliz y con tanta energía, pero mis ojos se van sin pretenderlo hacia Mikel; en como sonríe con malicia cuando desafía a Matías, como su cuerpo se inclina hacia un lado y hacia otro al evadir jugadores y como pareciera que la pelota es una extensión de su cuerpo mientras juega dando botes con ella de una mano a otra.

En los últimos minutos, el equipo del Estero logra encestar un triple y una bandeja. Están por alcanzarnos de nuevo, pero Mikel corre otra vez con el balón hacia el aro enemigo. No sé si logrará llegar para encestar una vez más, solo quedan segundos y al parecer él concluye lo mismo. Se detiene casi a mitad de cancha para lanzar. Si alguien puede hacerlo desde ahí, es él. Salta, estira el brazo para impulsar el balón y... lo empujan. No al balón, a él. El golpe del alero del otro equipo tendría que haber sido a la pelota, pero le da de lleno en la cara. Mierda, Mikel levanta el brazo y se tambalea

cubriéndose el rostro.

El árbitro toca el silbato de fin del partido y el gimnasio se vuelve un caos de gritos de felicidad, otros de enojo y de los jugadores que festejan en la cancha, salvo Esteban y Sebastián que corren a ver a Mikel.

—¡Victoria para Costa del Paraíso!

La voz del árbitro se pierde entre la multitud. La gente salta aplaudiendo y otros protestando. Ni siquiera sé en qué momento empecé a correr hacia la cancha, pero me abro paso entre los cuerpos y llego junto a Sebastián y los chicos que están en un círculo en el medio. Sebastián sujeta el rostro de Mikel entre sus manos y, ¡mierda!, ¡hay mucha sangre! Se me retuerce el estómago al ver como gotea en el suelo, las manos de Sebastián rojas del todo. Pero cuando me acerco a ellos me doy cuenta de que los dos se miran y se ríen como idiotas.

Esteban le pasa una toalla a Mikel y él se la pone en la boca, que es donde hay más sangre.

—¡Te amo hijo de puta, te amo! —Sebastián le da un abrazo.

Mikel se ríe mientras se lo quita de encima y se termina de limpiar la boca. Como continúa saliendo sangre, mantiene la toalla ahí, apretando el lugar.

—Ay no, pobre vasco —dice Daniela a mi lado y recién noto que ella y verónica también están acá—. Esa boca tan linda que tiene y mira como la rompieron.

—¡Además, para nada! ¡Esos weones ya habían perdido! —dice Verónica mirando furiosa al otro equipo.

—¡Oye, Sebastián! —dice una voz masculina.

Me hago a un lado porque Matías trata de llegar hasta ellos. Nos observa un momento y luego se acerca a los chicos.

—Mierda, eso está feo —murmura el capitán enemigo, mirando a Mikel.

Sebastián deja de reírse y se vuelve hacía él con el ceño fruncido.

—¿Qué chucha les pasa?

—¡Fue el Carlos, weón, no yo! —Matías levanta las manos con inocencia—, tu alero me tenía chato —dice, refiriéndose a Mikel—, pero yo no le pegué.

—Tampoco es para tanto. —Esteban le da una palmada en el hombro a Sebastián—, solo hay mucha sangre porque le cortó el labio.

Me siento aliviada al saber eso y suelto el aliento. Ni siquiera me di cuenta que lo estaba conteniendo. En serio, se veía más escandaloso que solo el labio. Mientras Sebastián y Matías hablan, Mikel se limpia la boca con la toalla y pasea la mirada por el grupo. Sus ojos azules se encuentran con los míos. Doy un respingo y me volteo. Por la chucha, ¿por qué me quedo viéndolo?

Mejor me enfoco en otra cosa.

—Oye, Matías —digo dando un paso hacia él—, ¿tú no hiciste una apuesta?

Matías se gira y me observa algo confundido. Avanza hasta quedar frente a mí y me mira hacia abajo, mientras la gente del gimnasio sigue gritando y festejando a nuestro alrededor.

—No tengo ningún ánimo de celebrar nada —dice, pero una sonrisa se forma en su rostro—. A pesar de eso, yo siempre cumplo mis promesas, enana.

Sonrío ante la palabra que usa, pero mantengo mis ojos fijos en él. Mientras Verónica y Daniela aplauden animadas a mi lado, yo observo los ojos negros de Matías y por mi mente pasan un montón de ideas.

¿Así que vamos a celebrar? Tal vez… ¿Quién sabe?, podría sacarle provecho a esta situación.

ϟ Mikel ϟ

Ha sido una tarde extraña. Resultó que la madre de Matías es dueña no solo de un hotel, sino de un casino de juegos y tenía reservada toda una sección del recinto para celebrar la semifinal que, supuestamente, ganaría el equipo de su hijo. Sin embargo, aunque hayan perdido, Matías cedió el recinto para nuestra celebración y así cumplir la apuesta que hizo con Verónica.

Es una locura, está prácticamente toda la jodida universidad del Estero en este lugar y la mitad de la nuestra. Hasta Haize llegó, no tengo idea cómo. Solo sé que estoy empezando a emborracharme.

Un poco. Probablemente por eso ya no me duele la herida que me hicieron en el labio.

La música suena fuerte; los bajos truenan por todo el interior del lujoso casino. Los ventanales de cristal enormes nos permiten ver el mar, donde el sol proyecta los últimos rayos rojizos antes de esconderse. Cientos de personas bailan dentro, apretados, acalorados y algunos incluso llevaron la fiesta hasta las piscinas techadas que hay más allá.

Y lo estoy pasando bien. A veces me sorprende lo mucho que he disfrutado este jodido año de universidad. Ganar ese partido me dejó encendido y ya voy por la tercera botella de vodka. Las dos primeras las tomé con Sebastián y el resto del equipo. La tercera con Haize que me trajo el bolso para cambiarme y... Ah, creo que en realidad voy por la cuarta, mientras bailo con él. Los dos estamos sin camiseta, solo con shorts y zapatillas. ¡Hasta me he olvidado de Catalina! No he pensado para nada en ella, ni en como coquetea con ese gilipollas de Matías que le está enseñando a jugar póker en unas mesas del fondo a la izquierda junto con las otras chicas de las Palmas.

Vale, no pensar en eso.

—1,2,3,4 —canta Haize.

Doy otro sorbo de vodka y me río de él, mientras bailamos entremedio de cuerpos sudados y semidesnudos, la mayoría solo con traje de baño. ¡La gente de Latinoamérica está loca!

—I know you wan't me —Haize baila al ritmo de la canción, rodeando mi cuello con un brazo y me quita la botella con la otra.

—You know I wan't you —canto riéndome y quitándole la botella de vuelta.

—¡Tíiiooo, tu inglés es horrible! —dice entre carcajadas.

—¡Qué va! ¡El tuyo es peor!

Mierda, trato de dar un sorbo pero, ¡Jooder!, me provoca dolor en el labio y un chorro de vodka se me escurre por la barbilla. Tal vez sí estoy borracho.

Haize se ríe de mí y se apega más para hablarme fuere, ya que apenas no oímos a causa de la música.

—¡Deberíamos pasar las vacaciones acá, tío! —dice, quitándome

la botella de nuevo—, este puerto de mierda no está tan mal.

—¡Ni de coña! ¡El deseo se cumple y nos vamos!

Maldito deseo. ¿Para qué me hace pensar en eso? Lo estaba pasando bien. Haize sigue moviéndose al ritmo de los bajos, pero rodea mi cuello con un brazo y con el que tiene la botella apunta hacia las mesas del fondo donde estaban jugando póker las chicas con los tipos del Estero.

—¡Así como va, dudo que se cumpla! —dice, señalando a Matías que abraza a Catalina por los hombros y le susurra algo en el oído.

—Me importa una mierda.

Pero los observo de mala gana. ¿Por qué Matías se obsesionó con ella? O sea, es obvio que porque es la chica más linda de este lugar... Pero no me refiero a eso. Catalina suele pasar desapercibida, porque a sus amigas les gusta ser las que llaman la atención. Llevan horas ahí jugando y tomando. Me tambaleo un poco, pero me apoyo en el hombro de Haize. ¿Y por qué ella le sigue el juego a Matías? Se ríe de algo que él le dice y se aparta su largo pelo castaño a un lado mirándolo, de esa forma coqueta que tiene a veces. ¿Por qué hace eso? Siempre ha estado obsesionada con Sebastián, lo que no tendría por qué haber cambiado si tomó la poción. ¿Por qué de pronto parece tan interesada en un chico que apenas conoce? Ella no era así cuando la conocí, solo tenía ojos para el idiota de su ex. Y a propósito de eso... ¿Dónde está Sebastián?

Paseo la mirada por el lugar, pero no lo he visto en horas. Debe estar en las piscinas. Vuelvo la mirada hacia las mesas de juego y... ¿dónde se metió Catalina? Busco entre la gente, pero no la encuentro. Ni tampoco a Matías. ¿Cómo se fueron tan rápido?

—Caminaron en dirección a las piscinas —dice Haize, hablando fuerte y mirando hacia el fondo.

Yo tuerzo los labios y no respondo. Le quito la botella a mi amigo, doy otro sorbo y me quedo mirando el lugar donde se supone que Catalina desapareció con Matías.

—En serio, tío, ¡eres gilipollas! —Haize me arrebata la botella de un tirón—. ¿Por qué dejas que la chica que te gusta se vaya con otro tipo?

—¡Porque ella hace lo que quiere!

—¡Porque no se acuerda de ti, baboso! ¡No es real! —Haize niega con la cabeza y la colita de pelo negro que lleva se mueve—. ¡No está haciendo lo que quiere! ¡Es lo que cree que quiere por haber tomado esa cosa!

—¡Da igual! ¡Ese era el punto de que tomara la poción! —Pero al decirlo me mareo. La música suena demasiado fuerte y... sí, tal vez me pasé con el alcohol. ¿Qué estoy haciendo?—. Vamos a buscarla ¿Dónde dices que se fueron?

De pronto siento una urgencia terrible por encontrarla. Todo me da vueltas y ah, coño, no debí tomar tanto.

Haize frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Ahora sí quieres buscarla? ¿No que no te importa?

—¡Sí me importa! ¡Pero se supone que no debo hacer nada! —digo, pasándome una mano por el pelo.

¡Qué frustrante es esto!

—¡Hostia, Mikel, escúchame!

Haize me tira del brazo y me aparta hacia el sector donde la gente está jugando máquinas y la música se escucha más despacio. Deja la botella de vodka sobre una máquina tragaperras y me sujeta de los hombros.

—Haize, no...

—Tío, mírate, das lástima. —Mi amigo toma mi rostro entre sus manos y clava sus ojos negros en los míos—. ¿De cuándo eres así? ¿De cuándo eres una jodida persona que no sabe lo que quiere?

Hostia. Bailando me sentía bien. Ahora, la música me parece una molestia, me truenan los oídos y si no es porque Haize me está sujetando creo que me arrojo al suelo y me quedo ahí borracho.

—No sé, tío —digo, agarrando sus brazos para apoyarme.

—¿En serio te tiene tan mal esa chavala? —Él inclina la cabeza, buscando mi mirada.

—No.

—Coño, Mikel, me estás aburriendo. Hablo en serio.

—¡Vale! —Aparto sus manos y retrocedo un paso—. ¡Sí me tiene mal! Joder, tío, ¿eso quieres escuchar? ¿Para qué? ¡Ya no le importo, no se acuerda de mí!

—¿Y qué si no se acuerda? ¡Sigue siendo ella, imbécil! ¡No va a

cambiar por haber tomado la poción, solo está confundida! La magia hace cosas raras.

¿Es la misma? Ya ni siquiera estoy seguro de eso. ¿Puede ser la misma si le modificaron tantos momentos en un instante? Trato de calmarme porque me doy cuenta que respiro muy agitado. El maldito sonido metálico de las máquinas escupiendo monedas me está cabreando.

Joder, desearía que nada de esto me importara.

—Pero ella quiso porque... —trato de decir, de encontrar las palabras.

—No te he preguntado qué coño quiere Catalina. —Haize da un paso hacia mí y me sujeta del hombro—. Te estoy preguntando qué mierda quieres tú.

Miro a mi alrededor, tratando de que el mundo deje de darme vueltas. Está repleto de gente bailando y todos me importan un carajo. La única persona que me importa en este lugar está con otro chico y ni siquiera se acuerda de mi existencia.

Joder, lo que dice Haize me confunde. ¿En serio es la misma? ¿Sigue siendo la misma chica de la que me enamoré?

—Desearía no haberla cagado —murmuro y sé que él me escucha a pesar de la música—, la extraño, Haize.

Él asiente. Me suelta, se da la vuelta, camina hacia el sector de las piscinas y me deja atrás. Mierda, ¿qué hace? Lo sigo, pasando entre la gente que juega en las máquinas o baila reguetón. El maldito camina perfecto, como si no hubiera bebido nada. De hecho, es más rápido de lo normal. Se me pierde durante un momento y cuando llego a las piscinas, paseo la mirada por el lugar, buscándolo.

Ya es de noche y a través de las enormes paredes de cristal que rodean las piscinas se puede ver el mar, como una mancha negra, con luces de barcos meciéndose sobre él. Está todo húmedo y caluroso porque las piscinas son temperadas. Hay mucha gente, la mayoría jugando voleibol en el agua, iluminados por las luces artificiales del recinto.

De lejos, veo a Haize hablando con Matías y Catalina. Le da una palmada en la espalda a Matías como si lo conociera de toda la vida y se inclina para decirle algo, metiéndose entre Catalina y él. Camino

hacia ellos para evitar que haga alguna estupidez, pero no escucho lo que dice. Matías lo mira ceñudo un momento, lo recorre de arriba abajo con los ojos, como si decidiera si molestarse o no por su interrupción. Sin embargo, Haize se pasa una mano por el pelo negro, peinado hacia atrás los mechones rebeldes, y le dedica una de esas sonrisas voltea heteros que tiene.

Y Matías le sonríe de vuelta. Coño, ¿cómo lo hace Haize? Matías asiente riéndose de algo que le ha dicho y cuando llego hasta ellos están hablando de ir a jugar volley al agua con los demás.

—Pero yo no tengo traje de baño —protesta Catalina cuando me paro a su lado—, ah, ¡Mikel!, ¿está mejor tu labio?

Asiento y ella sonríe, pero vuelve a poner su atención en Matías. Él la mira con una sonrisa tonta que hace que me den ganas de ahogarlo.

—Vamos, Cata —le sugiere Matías—, quítate el short nadie notará la diferencia entre la ropa interior y un bikini —dice riéndose.

Vale, ahora sí quiero ahogarlo.

Catalina niega con la cabeza, abre la boca para decir algo, pero una chica borracha pasa corriendo y empuja a Haize. Él se tambalea de una forma muy torpe, nada propia de él, y pasa a llevar a Catalina, que pierde el equilibro y se va de espaldas hacia el agua.

Sin pensarlo, la alcanzo y la sujeto de los hombros, pero Haize exclama algo, me da un empujón y Catalina y yo caemos a la piscina.

¡Coño! ¡Mis zapatillas, mis jodidas zapatillas! Contengo la respiración en el instante que el agua envuelve todo mi cuerpo. Cuando siento el fondo de la piscina, empujo hacia arriba y rompo la superficie dando una bocanada de aire.

—¡Me cago en tu puta madre, Haize! —exclamo, apartándome el pelo mojado hacia atrás, mientras el imbécil se parte de la risa en el borde de piedra.

Empiezo a enojarme, coño. Estoy hundido hasta la barbilla y, aunque del torso iba desnudo, llevaba shorts y zapatillas de básquetbol, que son carísimas. La gente en la piscina se ríe y vuelven a su juego de volley. El agua se agita a mi alrededor y... un momento, ¿dónde está Catalina?

La busco y todo me da vueltas por un momento. No la veo. Empiezo a preocuparme, pero un par de brazos se asoman a la superficie manoteando enloquecidos, los sujeto y tiro de ellos. Catalina emerge en un caos de pelo largo y ropa mojada, se cuelga de mi cuello y se me apega, tratando de respirar.

—¡Me ahogo! —Se aferra a mí como si fuera a morirse.

—Tranquila, cálmate —digo, mientras ella se apega más y trato de afirmarla sujetándola de la cintura.

—¡No sé nadar! —dice con los ojos abiertos y brillantes de miedo.

El pelo mojado le cae sobre la cara y de verdad parece asustada. Intenta aferrarse a mí con las piernas y yo la dejo.

—Calma, enana —digo, pasando una mano por los mechones de pelo mojado que caen sobre su cara—, no vas ahogarte, la piscina solo tiene un metro setenta o algo así de profundid...

Vale, tal vez sí iba a ahogarse.

Ella respira agitada, abraza mi cintura con las piernas y mi cuello con los brazos, tranquilizándose un poco. Cuando alza el rostro hacia mí, sus ojos se iluminan bajo las luces del lugar y da un respingo, como si se sorprendiera de que sea yo sobre quién se está encaramando.

Me observa, ladea el rostro un momento y luego, de la nada, estalla en carcajadas. Vale, creo que está borracha. Y yo también porque, sin poder evitarlo, me rio como idiota con ella.

De pronto ya no me siento enojado, no me importan las zapatillas de doscientos euros que llevo puesta. Joder, la estoy abrazando. Por primera vez en mucho tiempo la estoy abrazando. ¿Cuánto ha pasado? ¿Más de un mes? No sé, siento como si hubiera sido un año.

Lo único que tengo claro, es que no debería estar aquí. No debería estar con ella en el agua, con su cuerpo mojado y pegado al mío. No debería sentirse así de bien. No debería aliviarme tanto tenerla en mis brazos. Debería estar lejos, ¡se suponía que debía mantenerme lejos! En un lugar donde no pudiera tocarla, donde mi corazón no tuviera la oportunidad de acelerarse como lo está haciendo ahora solo porque su piel tibia entra en contacto con la mía.

—No me sueltes —pide ella, aferrándose más a mi cuello, cuando unas chicas que juegan volley nos gritan que nos apartemos.

—No te voy a soltar, enana.

Joder, y ese es el problema. ¿Cómo me voy a convertir en un dios así? Si lo único que siento en este momento es que no quisiera soltarla nunca más.

Y ella ni siquiera se acuerda de mí.

Aguanta hasta enero.

Sí, claro. Enero. Recién es octubre y me encuentro hundido en una piscina abrazando su cuerpo mojado. Esto está mal, muy mal.

55. Errores

ϟ Mikel ϟ

Catalina se agarra a mí con fuerza para no hundirse en el agua y trato de apartar las emociones que me invaden, las sensaciones en mi piel, que tanto extrañaba el roce de la suya.

Y es tormentosamente difícil. Camino hacia el otro lado de la piscina porque la gente que juega volley se está quejando de nosotros, pero Catalina se pone a chillar que no la suelte.

—¡Me caigo!

—¡Que no te caes, coño! —digo riendo.

Logro llegar hasta el borde y ahí apoyo la espalda, mientras ella aprieta mi cintura con sus piernas. Aún estamos en la parte profunda, porque para ir a la zona baja tendríamos que pasar entre todos los que están jugando volley y es un caos de piernas, brazos, pelota y gente ebria.

—Gracias, Mikel —dice, riéndose otra vez—. ¡No sé cómo caí al agua!

Yo sí sé cómo, pero evito mirar al idiota de Haize que ahora está jugando volley en el agua y no digo nada. Observo los ojos de color miel de Catalina y, tormentas, se ve tan linda con el pelo mojado y gotitas de agua en esas pestañas que parpadean peligrosamente cerca de mi rostro. Mi estómago se aprieta y trato de no mirar hacia abajo, donde la camiseta mojada se pega de forma peligrosa a sus pechos. Vale, ya los estoy mirando.

No quiero soltarla. El agua está tibia, ella está tibia y... No debí tomar tanto.

Catalina ladea el rostro, observándome y de pronto se pone seria. Aprieta un poco más mi cuello entre sus brazos y yo me olvido de la música, de la gente que juega en el agua a nuestro alrededor y de cualquier otra cosa que no sea su boca, a pocos centímetros de la mía.

Pero ella parece reaccionar, se acomoda y mira hacia donde Haize y Matías juegan volley.

—¿Crees que Matías tenga ropa seca para prestarme?

¿Qué? Maldito Matías, me está cansando. ¿Se conocieron hoy y ya quiere ponerse su ropa? ¿Qué es lo siguiente? ¿Casarse con él?

—Tengo ropa seca en mi bolso —digo, antes de pensarlo.

Ella vuelve a mirarme y sonríe. Entonces, levanta una mano y toca despacio mi labio inferior con su pulgar.

—Te sangra de nuevo —murmura.

Pasa su dedo por mi boca y un escalofrío me recorre. Coño, no puedo ponerme así solo por su tacto. Se suponía que tenía que alejarme, pero aquí estoy, hundido con el agua hasta el cuello y con ella aferrada a mí, tocando mi boca.

Todo bien.

—¿Te ayudo a salir? —pregunto, moviéndome hacia el lado para que pueda agarrarse del borde de piedra.

Es mejor que se aleje, o de verdad no podré soltarla otra vez. Pero. Catalina niega con la cabeza y me abraza más fuerte.

—No me quiero salir.

El pulso se me acelera y quisiera perderme en esos ojos que me observan como si fuera la Catalina de siempre. Como si no se hubiera olvidado de mí.

Y eso es raro. ¿Por qué quiere quedarse aquí conmigo, si no me ha hecho caso en todo el día? ¿Si para ella, durante estos meses se supone que no hemos cruzado más que unas cuantas palabras? Entonces, noto que desvía un instante los ojos. Sigo su mirada y encuentro a Sebastián en el lado contrario de la piscina, sentado en el borde de piedra con las piernas en el agua, conversando muy apegado a Verónica.

—¿Te duele? —pregunta Catalina, aún con su dedo en mi labio, tocando la herida.

¿Que sí me duele? Ahora todo cobra sentido. Él por qué se ha pasado la tarde coqueteando con un tipo que ni siquiera conoce. El por qué de pronto está tan interesada en estar encima de mí.

—Sí, duele —digo, apartando su mano.

Y de verdad me duele. Qué estúpido soy. Ella no se acuerda de mí y aunque me acerque nunca me verá como lo hacía antes. Lo único que ha pretendido toda la tarde es sacarle celos a Sebastián con

Matías y ahora conmigo.

Después de todo, parece que sí sigue siendo la misma de siempre. Suelto el aliento y la observo. Ella me dedica una sonrisa tímida, que conozco muy bien. De tímida, nada. Y sí, está haciendo esto porque es la Catalina de siempre, pero yo ya no lo soy.

No voy a prestarme para ese juego otra vez. Ahora ya no me parece divertido.

La sujeto de la cintura y ella suelta una exclamación cuando, sin ningún esfuerzo, la levanto y la siento en el borde de la piscina. Me observa sorprendida y empapada, mientras yo me salgo, empujándome con los brazos, escurriendo agua por todos lados.

Sin siquiera mirar hacia atrás, me alejo. Coño, ¿usarme para sacarle celos a Sebastián? ¿De nuevo? Se me aprieta el estómago y siento el enojo creciendo en mi interior. Lo peor es que no tiene sentido enfadarme; ella no se acuerda que ya hicimos esa mierda. Sé que no es su culpa, pero, ¡que fastidio! Hasta lo borracho se me ha quitado de lo cabreado que estoy.

Entro al salón de las máquinas y, ¡joder!, casi me caigo. Cada paso que doy esparce agua por el suelo, volviéndolo resbaladizo. Bueno, tal vez sí continúo un poco ebrio.

Sin importarme el rastro mojado que dejo tras de mí, camino hacia las escaleras que llevan a las habitaciones del hotel del casino. Aún tengo la sensación abrazar a Catalina. Siento su olor, su piel tibia entre mis manos y, lo peor de todo, es que mi cuerpo ruega porque vuelva ahí abajo con ella.

Pero no lo haré; no soy tan masoquista.

Al fin llego a las habitaciones que nos asignaron para los del equipo de básquetbol. Entro a la mía y aunque ya es de noche, está iluminada por la lámpara que hay sobre la mesita. Cierro la puerta y apoyo la espalda mojada en ella, dejando atrás el sonido de la música y de las máquinas tragamonedas. Ojalá pudiera dejar atrás también mis pensamientos.

Creo que en adelante me quedaré encerrado en la universidad hasta enero y solo saldré a jugar básquetbol. Así no cometo el error de acercarme a Catalina.

Sin embargo, apenas doy un paso hacia la cama para sacar la

ropa de mi bolso y alguien golpea la puerta. De mal humor, tiro de la manilla y... genial.

A veces, es el error quien viene hacia ti.

Catalina levanta los ojos para mirarme mientras se abraza a sí misma y tiembla de frío. Está totalmente empapada, el pelo largo chorreando agua hacia la alfombra del pasillo.

—Dijiste que ibas a prestarme ropa —dice, castañeando un poco los dientes al hablar.

Estoy a punto de decirle que me deje tranquilo, pero tiembla ligeramente y esos ojos que tiene... Joder. Soy un imbécil.

—Entra —digo de mala gana y cierro la puerta cuando ella da unos pasitos rápidos al interior.

Yo no tengo nada de frío, pero claro, soy un semidiós y jamás siento frío. Salir del agua tibia en la noche, con toda la ropa empapada, me imagino que a una persona normal le provoca los temblores que tiene Catalina.

Cojo el bolso que me ha traído Haize con ropa y saco mi camiseta azul de manga corta.

—Es lo único que tengo que podría quedarte —murmuro.

Ella me da las gracias y corre hacia el baño, esparciendo agua sobre la alfombra. Escucho que enciende la ducha y suspiro mientras me quito los shorts y zapatillas mojadas. Ojalá estuviéramos aquí en una situación diferente, pero ambos decidimos esto. Ella quiso olvidarme. Y ni siquiera puedo sentirme traicionado por eso. Yo hice todo para que las cosas se arruinaran; así no podría arrepentirme. Aunque nunca pensé que iba a arrepentirme *tanto* como lo estoy haciendo ahora. Quisiera meterme en ese baño con ella, pero no con la Catalina que solo se acerca para sacarle celos a Sebastián, sino con la que me quería.

La ducha se apaga y escucho que enciende el secador de pelo. Envuelvo mi cintura con una toalla y espero que ella salga para bañarme, mientras me paseo de lado a lado en la habitación. ¿Cómo puedo estar tan tenso solo porque ella se encuentra ahí, detrás de esa puerta? Jamás pensé que la sola presencia de alguien pudiera mantener todo mi cuerpo expectante, atento a cualquier movimiento.

Aprieto las manos. Me enoja que intentara usarme otra vez, pero al mismo tiempo quiero que…

La puerta se abre. Una nube de vapor se desparrama por la habitación y ella emerge con el pelo recién lavado peinado hacia un lado. Vestida con mi camiseta, que con suerte le cubre hasta la parte superior del muslo y deja expuesta su piel canela. Demasiado expuesta para mi salud mental.

Ah, coño, creo que sí soy masoquista.

Catalina se alisa el pelo con las manos mientras camina hacia mí y recorre mi torso desnudo con la mirada, sin ninguna discreción. ¿Aún sigue ebria o solo es así de descarada?

—Gracias —dice y me dedica una sonrisa de falsa inocencia que conozco muy bien.

Por alguna razón, eso me cabrea aún más. No digo nada y camino en dirección al baño, pero ella me sujeta del brazo cuando paso por su lado.

Me detengo y un escalofrío crece desde ahí, donde su mano toca mi piel.

—¿Por qué estás enojado? —pregunta ladeando el rostro, como si realmente le importara.

—No lo estoy —miento y, haciendo un esfuerzo de voluntad, quito mi brazo de un tirón.

Vuelvo a caminar, pero ella da unos pasitos rápidos y se pone frente a mí.

—Sí estás enojado. ¿Dije algo que te molestara?

¿Por qué insiste? Suelto el aliento y trato de no mirarla. En serio, verla con nada más que mi ropa puesta es una tortura. Demasiados recuerdos.

—No has dicho nada que me molestara —respondo lo más seco que puedo—, porque no me interesa lo que hagas, ¿vale?

Ella frunce el ceño, me observa un momento y luego se encoge de hombros.

—Bien, gracias por la ropa —dice y pasa por mi lado, caminando hacia la puerta.

¿Está loca?

Cruzo la habitación en tres zancadas y me detengo entre ella y la

salida.

—No me jodas que pretendes irte así —digo y ella se detiene.

Alza la mirada hacia mí y arquea las cejas, como si no comprendiera por qué me encuentro parado frente a ella.

—¿No dijiste que no te interesa lo que haga? Muévete, por favor.

—¿En serio vas a pasearte así por un jodido casino de juegos? ¿En qué estás pensando?

—No te importa, ¿recuerdas?

—No seas pendeja.

—¡Tú eres el pendejo! ¿Puedes ser más incoherente?

—¿Incoherente? Qué dices, ¡literalmente no llevas nada debajo y estás ebria!

—¡Ya no me siento ebria!

—Aquí no solo hay gente de la universidad ¡Es un casino, joder! ¡Está lleno de viejos asquerosos y ludópatas! Llama a alguna amiga para que te pase algo de ropa y...

—¡No es tu puto problema! —dice, levantando los brazos—. ¡Ni siquiera somos amigos!

—¡Sí somos amig...! —pero me detengo. ¡Ah! qué frustrante es esto! Me paso una mano por el pelo y niego con la cabeza, soltando el aliento—. ¿Sabes? Haz lo que se te da la jodida gana.

El estómago se me retuerce de solo pensar que se va a pasear así por este lugar lleno de desconocidos y... Joder. En verdad me siento mal. Es desesperante tener que tratarla como si apenas la conociera.

—¿Por qué me miras así, Mikel?

Aprieto los labios y no digo nada. Coño, ¿qué le voy a decir?

Ella suspira de forma exagerada y camina hacia mí. Todo el cuerpo se me tensa cuando se acerca. Por instinto retrocedo un paso y mis piernas chocan con la cama. Catalina se detiene y alza la mirada, frunciendo el ceño.

Hostia, en serio no estoy controlando esta situación. No tengo idea cómo actuar, cómo disimular que no me importa. No con ella así frente a mí.

—¿Qué te pasa? —Tuerce sus labios delgados y ladea la cabeza. Joder, ¿por qué tiene que ser tan linda?—. Mira, gracias por preocuparte por mí, pero no te entiendo. De un momento a otro

estás enojado en la piscina —dice, levantando las manos—, luego te preocupa que salga vestida de tal forma, después te enojas otra vez...

Aprieto los puños a los costados y aparto la mirada. Sí, diciéndolo así, debo parecer un maldito demente.

—¿Hay algo que haya hecho que no recuerde? Si es así, dímelo, por favor.

¿Que si hizo algo? La miro de nuevo y hago un esfuerzo por no perderme en esos ojos color miel que tanto me gustan.

No, Catalina, solo me enamoré de ti.

—Nada. No hiciste nada.

Ella me observa como si lo que digo no tuviera ni un puto sentido, porque no tiene un puto sentido, y se queda callada. Afuera, en el pasillo, se oyen las risas de personas probablemente borrachas.

—Mikel, apenas somos conocidos, pero me caíste bien porque igual, aunque no me conozcas, me ayudaste en clases. También ahora en la piscina fuiste buena onda, pero después te pones raro. Te enojas, pero estás pendiente de mí. —Continúa, avanzando otro paso y queda peligrosamente cerca—. Eres amigo de Sebastián, por eso al principio me hice la tonta, pero... ¿crees que no me doy cuenta? ¿De la forma en que me miras o me buscas?

Mierda. Ella aprieta los labios un momento, se aparta el pelo castaño del rostro y alza la mirada, sosteniendo la mía, como si hiciera un esfuerzo por decir lo que quiere decir.

—¿Sientes algo por mí? —pregunta y sus mejillas se ruborizan, pero contiene el aliento y me mira muy seria.

El corazón se acelera en mi pecho. Qué directa. Joder, sé que tengo que alejarme de ella, que debo estar aquí tres meses más limitándome a ver como cumple ese deseo idiota para que yo me vaya, pero ella está aquí, frente a mí; vestida nada más con mi ropa, como cuando dormíamos juntos. Con las mejillas encendidas, los ojos brillantes. Solo quiero abrazarla, tocarla, besarla. Que se acueste con Sebastián para cumplir ese deseo me vuelve loco de solo pensarlo.

Sonrío de mala gana.

—¿En serio quieres que te responda a eso? Está claro que he sido

muy evidente.

Ella se pone aún más roja y se muerde el labio inferior. Hago un esfuerzo por mantener las manos junto a mis piernas y no acercarme a ella.

—Apenas hablamos —murmura, baja la mirada un momento y luego me observa otra vez, claramente nerviosa—. ¿Por qué...?

—¿Necesito una razón? —Ladeo el rostro y recorro su cuerpo con la mirada a propósito—. ¿Necesita alguien una razón para encontrarte linda?

Ella inspira y levanta la barbilla.

—Okey, ¿entonces es algo superficial?

—Ajám.

Resopla.

—Bueno, gracias por la sinceridad. Igual no importa, yo tengo algo con Sebastián.

—Pero estás aquí.

—Vine por tu ropa.

Ignoro sus mentiras. Doy un paso hacia ella y apoyo mis dedos bajo su mentón. Me mira como dudando si salir corriendo en este momento.

—Aunque tengas algo con Sebastián, me has seguido hasta aquí —alzo su mentón y busco sus ojos con los míos—. ¿No será que tú también sientes cosas por mí?

Lo digo con mucha seguridad, pero todo mi cuerpo se tensa, el corazón me late como un demente, rogando por saber si de alguna forma todavía siente algo por mí.

Ella aferra mi muñeca.

—No me gustan los chicos arrogantes, Mikel. —Aparta mi mano. Se da media vuelta y camina hasta la puerta.

Tengo que alejarme, aguantar hasta enero y... es imposible. A quién engaño, es jodidamente imposible. En tres zancadas la alcanzo y apoyo la palma de mi mano izquierda en la puerta, antes de que la abra. Ella se gira hacia mí y levanta la mirada.

—¿Qué...?

Se interrumpe porque me inclino hacia ella hasta que nuestros ojos se encuentran a pocos centímetros. Apoyo mi otra mano

también en la puerta, acorralándola.

—Estoy bastante seguro, enana, de que los chicos arrogantes te encantan.

Lo disfruto mucho, que se ponga tan nerviosa. Su rostro se vuelve rojo de nuevo y, joder, adoro lo valiente que es para sostener mi mirada y hacerse la enojada.

—A diferencia tuya, no me gusta alguien solo por lo superficial —dice, apoyando una mano en mi pecho y empujando.

No me muevo.

—Lo que dije no es verdad. —Aferro la mano que tiene en mi pecho y me acerco más, apegando mi cuerpo al suyo, buscado su mirada—. No solo es superficial.

Ella abre mucho los ojos y levanto mi mano. Acaricio su mejilla y se queda muy quieta, dejándose. Ah, joder, ¿por qué se deja? Eso me excita. El solo roce de su piel en mis dedos me excita.

—Eres linda. Pero es más que eso —continúo y trago con dificultad—. Eres divertida, directa y adorablemente decidida, enana. —Apoyo mi frente en la suya y cierro los ojos—. ¿Qué importa cómo lo sé? Cualquiera que haya pasado una tarde contigo lo sabría.

Se estremece y miro su boca, a centímetros de la mía.

—Mikel...

No dice nada más. Su mirada se pasea por la mía y pagaría lo que sea por saber qué está pensando. Contiene el aliento y baja los ojos hacia mi abdomen desnudo y hacia la toalla que es lo único que tengo puesto más abajo. Por su expresión, creo que ha notado como me pone su tacto. Titubea. Apoya la palma en mis pectorales. Desliza lentamente los dedos por los músculos de mi abdomen y trato de reprimir el escalofrío que me recorre.

Bueno, ahora es evidente lo que está pensando.

—Puedes seguir si quieres —murmuro. El corazón golpea mi pecho.

Pero ella retira su mano y aprieta el puño, como si hubiera hecho algo malo. Me apego más a ella, tomo su rostro entre mis manos y la miro a los ojos, que brillan como miel bajo la luz de la habitación.

—Quédate —susurro—. Pasa la noche conmigo.

Afirma mis muñecas, cierra sus párpados un momento y suelta el

aliento.

—No, no puedo. Yo...

Niega con la cabeza y me empuja. Suspiro y siento un vacío horrible cuando me da la espalda y toma la manilla de la puerta. Le rogué que se quede, no puedo hacer más. No puedo obligarla. No puedo transmitir lo que siento a alguien que olvidó todo lo que había entre los dos.

Abre la puerta. Me rindo. Pero apenas ha dado un paso y se detiene en el umbral. Se lleva una mano a la frente y resopla, negando con la cabeza y agitando su cabello desordenado.

—Ah, a la mierda —dice y vuelve a cerrar.

El estómago me da un vuelco cuando camina hacia mí, apoya sus manos en mi abdomen y me empuja hasta la cama. Me dejo caer sentado en el colchón, aturdido por el brillo de deseo que hay en sus ojos y trato de asimilar que no se fue. Está aquí. Catalina está aquí conmigo.

Y se me está subiendo encima.

Se sienta a horcajadas sobre la toalla en mis piernas, rodea mi cuello con sus brazos y la cascada de cabello castaño cae a los costados de mi rostro, envolviéndome con su olor a shampoo.

Joder, como la extrañaba. Alzo la mirada hacia sus ojos y una sonrisa se forma en mis labios. También en los de ella. Voy a hablar, a decir cualquier cosa para expresar la necesidad que tengo de ella, pero Catalina apoya su dedo índice en mi boca.

—Cállate, Mikel.

Me callo. Coño, como me pone que me hable así. Aunque por un momento me observa como si no estuviera segura de lo que va a hacer, como si pensara en arrepentirse.

Ni de coña. No pretendo dejar que se lo piense ni un segundo más.

Con la sangre pulsando fuerte en mis venas, meto las manos por debajo de *mi* camiseta que lleva puesta y siento como se eriza su piel cuando la afirmo de la cintura. Hundo mi rostro en su cuello, entremedio de su pelo y aspiro ese aroma con el que he soñado todas estas jodidas noches, mientras dejo besos debajo de su oreja.

Me estremezco y ella se estremece también, entre mis brazos.

—Enana, te...

—Shhht. —Sujeta mi rostro—. Te dije que te calles.

Se inclina y apoya sus labios en los míos. Al instante, una corriente recorre mi cuerpo y aprieto sus caderas desnudas entre mis manos. Cierro los ojos y disfruto de esa boca que tanto deseaba volver a besar.

Mierda, de verdad no puedo creer que la esté besando otra vez.

Catalina enreda sus dedos en mi pelo y, hostia, su boca tibia me enloquece. ¿Por qué ella es capaz de ponerme así? Nuestros labios, nuestras respiraciones y lenguas se lían en una tormenta. En caos. En deseo. Respiro agitado y me doy cuenta de que todo me importa un carajo. No me importa si se acuerda de mí, no me importa si tenía que alejarme, ni si tenía que dejar que ella fuera feliz o si tengo que convertirme en un dios.

Catalina jadea y yo le arranco la camiseta pasándola por sobre su cabeza. La arrojo lejos y vuelvo a besarla, mientras la sujeto de la cintura y aprieto fuerte uno de sus pechos con la otra mano.

Tampoco me importa si soy egoísta, si estoy cometiendo un error. Beso su cuello. Beso sus hombros. Beso su pecho. Succiono el pezón con mi boca y disfruto el sabor de su piel mientras ella deja escapar un gemido que me aturde los sentidos. Algo cálido crece en mi interior, la toalla empieza a molestarme. Sí, ya cometí este error la primera vez y, mientras sus ojos me miran con intensidad y de un tirón arranca el nudo de la toalla que llevo puesta, estoy seguro, sin ninguna duda, de que lo quiero volver a cometer.

Catalina aferra mi miembro duro entre sus manos y jadea, buscando mi boca con la suya.

Mierda. La adoro; adoro esa boca, su lengua, su piel. Me dejo llevar. Cometería este error mil veces, enana. Mientras sea contigo.

56. Mentiras

♡ Catalina ♡

Mikel es como una droga. Traté de evitarlo, de concentrarme en Sebastián, pero es imposible. Se ve tan perfecto ahí, desnudo en la cama debajo de mí, el pelo negro desordenado y todavía húmedo, reflejando las luces cálidas del hotel. Sus ojos azules parecen chispear de deseo mientras recorre mi cuerpo con la mirada. Ay, por favor, deja de mirarme así. La electricidad de sus ojos escapa hacia mí, ante el contacto de su piel desnuda, erizando la mía con el roce de esos dedos largos, delgados, suaves.

—Mikel —murmuro, algo nerviosa.

Él me rodea con sus brazos y un escalofrío me recorre. Me acomodo sobre sus piernas y me rindo a los besos que deja en mi cuello, en mis hombros, tratando de no demostrar que se me está por salir el corazón.

—¿Hmmm? —Alza su rostro y su boca busca la mía.

—No sé si... —intento de decir, pero sus labios se funden con los míos y, ay, ¿cómo puede besar así?

Pensamientos confusos. Respiro su aliento y nuestras lenguas se buscan, se enredan, como si se extrañaran. Me siento tan pequeña en sus brazos fuertes, pero poderosa cuando aprieto su erección y él deja escapar un gemido hambriento.

—No deberíamos hacer esto —digo sin pensar, entre besos.

Él interrumpe sus caricias, se aparta un poco hacia atrás y me analiza. Ah, en serio, esos ojos van a acabar conmigo. Todos estos días he notado como me observan, como me buscan. ¿De verdad cree que no me daba cuenta? Cuando alguien como Mikel te mira de esa forma, con el deseo en sus ojos, es imposible ignorarlo, imposible alejarse. Es como una fuerza que no se detiene hasta que estás encima de él, rogándole que te folle.

—Tienes razón —murmura y jadea, echándose un poco hacia atrás.

¿Qué? No, no. ¡No me encuentres la razón! Me apoyo en sus

hombros desnudos y respiro agitada mientras nos miramos a los ojos, nuestras narices rozándose.

—Es cierto, enana —continúa él y aparta la vista—, se suponía que me alejara. Que fueras feliz sin que yo te cause problemas.

Aprieta un momento los labios y mi estómago se contrae. Apoya las manos en el colchón, a los costados y, no, no, por favor. Todo mi cuerpo ruega para que esas manos vuelvan a estar sobre mí.

—¿Qué mierda estás diciendo, Mikel?

Pero él no responde. Ayyy, ¿por qué tuve que hablar? Ahora se debe estar arrepintiendo. Continúa mirando hacia un lado y titubeo, insegura, desnuda sentada sobre él.

—¿Quieres que me vaya? —murmuro, sintiéndome mal.

Él cierra los ojos un momento y luego los abre, azules, chispeantes.

Toma mi rostro y me obliga a sostener su mirada mientras el cabello negro cae desordenado sobre sus cejas.

—No quiero que te vayas, ese es el jodido problema. —Apoya su frente en la mía y suelta el aliento, tibio contra mi piel—. Lo único que quiero es estar contigo, Catalina. No me importa si te causa un problema, no me importa Sebastián, no me importa mi futuro. Estás siempre en mi mente, enana. Solo quiero besarte. —Sus labios encuentran los míos y me da un beso lento que despierta escalofríos en todo mi cuerpo—. Quiero tocarte, sentirte —dice, besando mi rostro, mi cuello, acelerando mis latidos—, quiero estar dentro tuyo y no pensar en nada más.

Mi cabeza es un lío. Sus palabras me confunden. No me gusta que me confundan. Mi vientre arde y solo deseo…

—¿Tienes condones? —logro decir.

Mikel aparta el cabello que me cae sobre la frente, me observa y sus ojos azules se vuelven más oscuros Luego de un momento, que se me hace eterno, una sonrisa se dibuja en sus labios. Mi corazón late deprisa y no puedo evitar sonreír también, anticipando lo que sé que vamos a hacer aquí.

ϟ Mikel ϟ

Catalina me quita la tira de condones, rompe el envoltorio con una velocidad asombrosa y reprimo el estremecimiento que me recorre mientras lo desliza con ansiedad por mi polla, que está durísima. Es que ya no aguanto más, tenerla sin ropa encima de mí es una maldita tortura. Casi no me creo que, después de todos estos días soñando con ella, está aquí a punto de... Hostia. Lo vamos a hacer otra vez.

El corazón me golpea el pecho y sé que follar con ella de nuevo va a joderlo todo, pero aun así me inclino y disfruto de sus labios, besándolos con el deseo que he reprimido estos días. Tormentas, qué deliciosa es. Ella se entrega a mis besos y aprieta mi miembro, ya enfundado por el maldito condón.

Que bien se siente, pero... un momento. ¿No se supone que, si no recuerda lo nuestro, ella debería creer que es medio virgen?

—Mikel, házmelo por favor —susurra, con sus labios en mi cuello y contoneando sus caderas sobre mis piernas.

Me va a volver loco. No, calma, debo ir despacio. Pero, joder, quiero tirarla en la cama y follarla.

Ah, coño, me importa una mierda cualquier cosa en la que estuviera pensando antes, recorro su trasero suave, busco más abajo y, ufff, mis dedos encuentran su sexo mojado. Mojadísimo.

Con la otra mano acomodo mi erección debajo de ella y Catalina desciende sobre mí, dejándome entrar lentamente. Oh, joder, qué delicia. Los escalofríos me recorren mientras ella baja y baja. Sus ojos color miel me observan, el cabello castaño desordenado sobre sus pechos. Lo hace lento a propósito. La maldita me está torturando. Respiro agitado, mi polla cada vez más adentro y, ah, coño, no aguanto más. Me inclino buscando su boca y mientras la beso, mientras la miro a los ojos, tomo sus caderas, empujo con fuerza hacia abajo y Catalina suelta un gemido fuerte cuando me hundo de lleno dentro de ella.

—¡Mikel! —murmura mi nombre entre jadeos y rodea mi cuello con sus brazos.

El placer de penetrarla por completo estalla en mi vientre, enviando una corriente a mi pecho, a mis piernas, confundiendo mi mente. Cuánto deseaba esto. Rodeo su cintura con mis manos y

disfruto la manera en que murmura mi nombre, con su boca en mi oído. El calor entre nuestros cuerpos es tan intenso, humedeciendo mi piel que roza la suya.

En un instante de lucidez me pregunto si he sido muy brusco, pero ella inicia un movimiento de caderas que provoca otro estallido de placer en todo mi ser. Ah, me va a matar, tormentas, ¡necesitaba tanto estar dentro de ella! Tan mojada, tan caliente, a pesar del condón se siente deliciosa. Tan deliciosa. La extrañaba demasiado. Tanto que, si me dejo llevar en exceso por el olor de su pelo, por el calor de su sexo apretado alrededor de mi polla, me voy a correr ahora mismo.

Catalina gime, besando mi cuello y estoy a punto de pedirle que vaya con calma para no correrme pronto, pero la puerta se abre despacio.

Joder, maldito Haize. Se hace el sorprendido y nos mira un momento, ladeando el rostro mientras Catalina sigue moviéndose desnuda sobre mí, sin darse cuenta de nada. Bueno, si necesitaba desconcentrarme para no correrme, esto lo logró. Sujetando la cintura de ella con una mano, le hago un gesto a Haize con la otra para que se vaya. El muy imbécil se ríe y luego cierra la puerta.

Lo voy a matar. Hijo de la gran perra, obviamente sabía que... ¡Ah, coño que está bueno esto! Catalina continúa su vaivén sobre mí y me olvido de Haize. Me alegro de que ella no lo sintiera entrar.

—Ay, dios, Mikel, qué rico lo tienes —murmura, respirando en mi cuello, moviendo sus caderas y sus palabras me calientan más.

—Hmmm, ¿me dijiste dios? —tomo su rostro entre mis manos y la obligo a mirarme, tratando de no perderme en la satisfacción que provocan sus movimientos—. Puedes decirlo de nuevo si quieres.

Ella suelta una risa y, coño, mi vientre se aprieta de placer. Amo su risa. Sus ojos buscan los míos, una sonrisa se forma en sus labios y detiene el movimiento de sus caderas.

—No lo diré de nuevo —dice, riéndose.

Sonrío también y por un momento me pierdo observando ese rostro que extrañé tanto. Recorro su mejilla con el dorso de mi mano y la beso en los labios. Me encanta que esté así, encima de mí, con mi polla dentro suyo, sin moverse. Se siente cálido. La verdad, todo

mi ser se siente cálido cuando estoy con Catalina.

Vuelvo a besarla y ella deja escapar un suspiro mientras nuestros labios y lenguas juguetean, como si se conocieran bien. Como si nunca se hubiera tomado una poción. Como si no me hubiera olvidado.

Ojalá no me hubiera olvidado.

—¿No te duele? —murmura, apartándose un poco y tocando mi labio con su dedo índice.

Recién entonces recuerdo que lo tenía roto, la verdad me había olvidado.

—No.

—¿Y ahora? —sonríe y me besa otra vez, dando un suave mordisco en la herida.

Mierda.

—No —miento, porque esta vez sí dolió y ella se ríe de nuevo.

¿Así que quiere ser mala? Con un brazo la estrecho contra mí, disfrutando de la sensación de nuestros cuerpos calurosos y sudados.

—Y a ti, enana, ¿te duele esto? —Subo la otra mano hacia uno de sus pechos y pellizcando su pezón con fuerza.

Ella deja escapar un gemido de dolor y abre la boca para replicar, pero la beso de nuevo. Catalina se deja. Mientras disfruto del roce húmedo de nuestras lenguas, vuelvo a apretar su pezón y provoco que el siguiente gemido escape de su boca e inicie el movimiento de sus caderas otra vez.

Ah, que bien se siente. Juego con sus pechos y trato de contener el placer que me provocan sus gemidos mientras se mueve hacia adelante y hacia atrás. El aroma de su piel me abruma, el rubor en sus mejillas mientras me mira y se contonea me abruma. Lo mucho que la adoro me abruma.

Quería tirarla sobre la cama y follarla, pero no es necesario. La forma en que ella me está follando a mí va a volverme loco. Catalina empuja mi pecho con las dos manos y me dejo caer de espaldas sobre el colchón. Me mira muy seria y empieza a menear sus caderas más fuerte, más rápido, sin dejar de mirarme, mientras su pelo largo cae desordenado alrededor de su rostro enrojecido.

Tormentas. Estos días soñaba con esto y nunca fue tan hermosa como lo es en este momento. Dejo escapar su nombre en un gruñido de placer y trato de no cerrar los ojos, de no perderme en su delicioso sexo mojado que aprieta mi erección. Necesito verla. El temblor de sus pechos, el brillo de lascivia en su mirada mientras me observa follándome, me llevan al clímax.

Hostia, nunca una chica me había enloquecido de esta manera.

Tomo sus caderas y levanto un poco la mía, penetrándola más.

—¡Ah, mierda! —Se queja, pero se sigue contoneando y cierra los ojos—. Ah, mierda Mikel, oh, mierda, qué rico, por favor.

Sus palabras incrementan la tormenta de sensaciones que me recorren, que se acumulan en mi vientre, en mi pene. Jadea y yo afirmo sus caderas, acompañando el movimiento que hace, empujando hasta el fondo mientras ella sigue, hacia adelante y hacia atrás, más rápido.

Quiero más. Quiero todo de ella.

—Ay, Mikel. —Jadea con los ojos cerrados y se arquea con el rostro hacia el techo—. ¡Sí, así, ah, por la chucha!

Deja escapar otro gemido y sus piernas me aprietan, mientras me agarra de las muñecas y suelta un montón de insultos chilenos que ni siquiera entiendo.

Jadeo también, tratando de contenerme, pero no puedo. La extrañaba demasiado. Fueron demasiadas semanas sin sentirla. Está demasiado buena.

—Coño, Catalina, no...

—Mikel —murmura, interrumpiéndome, quejándose de placer y apretando mis muñecas.

No hay más que sus gemidos y el calor de su sexo, y la tormenta de sensaciones en mi interior estalla, recorriendo como una marea mi cuerpo, todo mi ser.

Catalina murmura más insultos y aumenta el ritmo de sus caderas. Sin poder contenerlo más, me corro dentro de ella. Coño, oh, joder. Es demasiado. Por un momento me olvido de lo que pasó entre nosotros. Me olvido de dónde estoy. Me siento tan bien como las veces anteriores que lo hicimos, cuando era un juego y cuando luego ya no lo era. Cuando era de verdad.

Abro los ojos, que no sé en qué momento los he cerrado y la encuentro observándome, con el cabello alborotado, jadeando mientras detiene lentamente sus movimientos.

Acaricio su cintura, tratando de calmar mi respiración y los espasmos de placer que me invaden, mientras ella se estremece encima de mí. Se pasa una mano por el pelo que tiene pegado en la frente y luego se levanta, saliéndose con cuidado.

Me quito el condón, lo anudo y lo tiro al suelo. Catalina hace ademán de bajarse de la cama, pero yo aferro su muñeca y la atraigo hacia mí.

Ella cae de espaldas en el colchón y sonríe, mirándome con el pelo desparramado sobre la almohada. Joder, qué linda es. Apoyo el codo a su lado y con la otra mano la envuelvo en un abrazo, estrechándola contra mí.

—¿A dónde crees que vas, enana?

Ella se ríe y levanta una mano hacia mi rostro. Corre un mechón de pelo negro que me cae entre los ojos y se muerde el labio inferior un momento.

—Iba a volver a la fiesta —murmura.

Me dejo caer a su lado y paso un brazo por sobre su pecho desnudo.

—¿Por qué no te quedas aquí?

Se me escapa un bostezo y apoyo mi cabeza en la almohada junto a la suya. Adoro sentir su cuerpo tibio contra el mío. Adoro su respiración agitada porque acabamos de follar y adoro el aroma que desprende su pelo.

¿Por qué mierda dejé que se tomara esa poción? ¿Qué clase de arranque altruista tuve? Tormentas, ¿es posible que solucionemos esto sin que se acuerde de mí? Cualquier idea o emoción que me abrumara durante todo este tiempo se ha esfumado. Estando junto a ella me siento lleno.

¿Por qué la dejé ir? ¿Es posible que vuelva a mirarme como lo hacía antes? Juraría que ahora lo hizo, pero tal vez fue el momento.

—Estuvo genial, Mikel —dice, dedicándome una sonrisa que de pronto me parece algo fría—, pero... —Aparta mi brazo y se sienta

en la cama—, volveré a la fiesta. Solo era sexo, ¿no?

Vale, parece que sí fue cosa del momento.

Joder, ¿por qué me sorprende? Yo acabo de hacerlo con la chica que me ha quitado el sueño durante semanas, con la chica que me gusta hace meses; con la primera chica que he amado. Ella solo tuvo sexo casual.

Genial.

—¿Puedes guardarte el secreto y no decirle nada a Sebastián? —continúa, mientras se arregla el pelo—. Tenemos una cita para la noche de Halloween y cualquier cosa se irá a la mierda si sabe que me metí contigo.

La decepción oprime mi pecho cuando ella toma la camiseta que le presté y se la pone. Trato de no pensar en lo que Sebastián tiene planeado para esa noche de Halloween, me siento en la cama y observo como se levanta y revisa su ropa mojada, al parecer, tratando de rescatar algo. Se pone la tanga solamente y sujeta el resto de las cosas en sus brazos.

—¿Te importa que deje mi ropa húmeda aquí? —Se vuelve hacia mí y me observa con una sonrisa.

Niego con la cabeza, pero no soy capaz de hablar. Creo que lo que sea que diga será una mierda, como lo que siento en este momento.

Ella me agradece y deja las ropas mojadas en la mesita.

—¿Vas a guardar el secreto?

—Sí, Catalina —digo, con más brusquedad de la que pretendía.

Coño. Creo que nunca alguien me había hecho sentir tan mal después de follar. Es como un vacío en el pecho, peor que el que tenía antes de todo esto. Quería estar con Catalina, quería abrazarla, sentirla. Quería estar dentro de ella, sí, pero de la forma en que lo hacíamos antes. No esto.

—Gracias —dice, ignorando la manera odiosa en que le respondí.

Camina hacia la puerta y no entiendo. No entiendo por qué insiste en estar con Sebastián, si ella no lo ama. Con poción o no, ella no lo amaba. Las palabras se escapan de mi boca antes siquiera que termine de pensarlas.

—Se ha pasado la tarde con Verónica, ¿por qué vas tras él?

Catalina se detiene. Se voltea sobre el hombro y frunce el ceño.

—Es cierto —dice y luego vuelve a sonreír, con una chispa en sus ojos color miel—, por eso yo la pasé contigo.

Auch.

—Él no te ama.

Inspira profundo y creo que me va a insultar como hacía antes cuando yo le decía eso.

—Quizás, pero, ¿sabes? —Ya no sonríe—. No soy de las que se rinden.

Me da la espalda, abre la puerta y esta vez se va. De pronto la habitación del hotel me parece fría y oscura. Qué estúpido he sido por dejarme llevar, por haber creído, por un jodido momento, que todo estaba bien.

Apoyo el brazo en mi frente y suelto el aliento.

No soy de las que se rinden.

No. No lo eres, Catalina. El brillo en sus ojos mientras lo dijo, la voluntad que había en ellos, me hace sentir aún peor. Aprieto las sábanas entre mis manos y miro el techo en penumbras.

Me odiaré por toda la eternidad, por haber provocado esto. Porque permití que tomaras esa maldita poción.

Porque, después de todo, conmigo sí te rendiste, enana.

♡ Catalina ♡

Apoyo la espalda en la puerta de la habitación y respiro agitada, mirando el pasillo solitario. Los bajos suenan muy fuerte aquí afuera. Seguro que mis amigas siguen en la fiesta. Nadie sabe lo que hice.

Me abrazo a mí misma y trato de no derretirme con el olor de Mikel que aún impregna mi piel. ¡Mierda! ¡Qué bueno estuvo eso! Recordar la sensación de tenerlo dentro de mí hace que quiera volver y rogarle para repetirlo.

Tranquila, Catalina, pasó más de lo que tenía que pasar. Pasó *demasiado*. ¡No se suponía que acabara tirando con él! Pero, ¿cómo iba a ser capaz de negarme? ¡Es Mikel! Dioses tormentosos, ya decirle todas esas cosas horribles fue un suplicio, ¡no sirvo para esto! Para ser la chica dura que solo tiene una noche de sexo y ya.

Suspiro y camino por el pasillo, antes de que la poca fuerza de voluntad que tengo me abandone. Se supone que debo ser firme, no sucumbir a los deseos terribles de regresar y dormir toda la noche con él.

Me meto en el ascensor y observo mi rostro que sigue sonrojado por lo que acabamos de hacer. Casi no me reconozco. Yo no soy así; o al menos, *antes,* jamás habría hecho esto. No soy de esa gente rencorosa que causa daño a las demás. O no creía serlo.

Abandono el ascensor y me pierdo entre la música fuerte que hay en el salón de juegos, buscando a mis amigas. Y a pesar del bullicio, a pesar de las risas de ebriedad, del reguetón y las conversaciones alegres, no logro quitarme esta sensación asquerosa de encima. La sensación de haberle hecho daño. El recuerdo de sus bonitos ojos azules decepcionados cuando le dije que solo era sexo.

Me siento como una mentirosa. Y no se siente bien.

Al menos, espero haber herido ese orgullo enorme que tiene. Aunque sea un poco.

Porque tal vez fui débil y acabé follando con él, pero no volveré a caer rendida en sus brazos. Porque ya dolió demasiado.

Porque esta que soy ahora, es lo que soy después de ti, Fakediós.

57. Malos entendidos

ϟ Mikel ϟ

Catalina me está evitando. No ha venido al gimnasio, como suele hacer para ver a sus amigas de las Palmas Negras, que entrenan junto a nosotros. Tampoco ha asistido en toda la semana a la clase que compartimos.

Camino por el pasillo, en dirección a su habitación, ignorando las risas y voces de personas que conversan a mi alrededor. Aprieto la correa del bolso entre mis dedos y trato de no hundirme en pensamientos sobre ella, pero me cuesta.

Coño, odio esta situación. Si antes la extrañaba, ahora, después de lo que pasó la otra noche... la necesito. Las clases me parecen aburridas si no asiste. El día se me hace lento y ni siquiera me puedo concentrar en estudiar. Extraño su risa, su olor. Extraño dormir abrazado con ella.

No me importa si tomó la poción, si no me recuerda. Puede volver a quererme, ¿o no? Y ahí está el dilema. Tal vez no. Porque después de esa noche... creo que la Catalina que extraño, simplemente ya no existe. Parece más fría de lo que era cuando la conocí. ¿Qué fue lo que cambió? Algo estoy pasando por alto.

¿Puedes guardarte el secreto y no decirle nada a Sebastián?

Recordar la forma en que me lo dijo me fastidia mucho. ¿Por qué sigue obsesionada con él?

Ese es el problema. Ese estúpido deseo que pidió y que según mi padre se va a cumplir tan pronto. ¿Será que de verdad pretende acostarse con él en la fiesta de Halloween? ¿En serio cree que lo ama? De solo pensarlo me dan ganas de tomar mis cosas y largarme a Euskadi.

¿Por qué coño sigo aquí?

Pero sé perfectamente por qué sigo aquí. Porque tal vez, a pesar de haberse tomado esa maldita cosa, aún quede dentro de ella... algo de la Catalina que quiero.

♡ Catalina ♡

Estoy confundida. Y odio estar confundida. Sabía que era mala idea acostarme con Mikel, pero... creí que estaba controlando la situación. Tal vez el efecto de la poción se diluyó por completo, porque ahora el recuerdo de su piel caliente contra la mía, de sus besos, no me abandona. ¿Debería...? ¡No! No pienso volver a abrir ese frasco. Recordar las secuelas es perturbador. El solo hecho de pensar en que podría olvidar a Mikel para siempre, me provoca un escalofrío.

Pero tampoco me gusta estar así, con la cabeza hecha un lío. Se había sentido bien no pensar en él cada momento del día. Y después de la otra noche… he tenido que hacer un esfuerzo para mantenerme lejos. Ni me he acercado al gimnasio y no me quedó más alternativa que faltar toda la semana a la clase que compartimos.

Tampoco he respondido sus mensajes. No puedo hablar con él, porque no lo comprendo. ¿Por qué dijo todas esas cosas horribles, si luego se quiere acercar a mí?

—¿Vieron? Ya está toda weona otra vez. —La voz de Fernanda me saca de mis pensamientos y vuelvo a ser consciente del pasillo repleto de estudiantes por donde caminamos con Verónica y Daniela —. Siempre que se tira a Mikel se pone así. La perdemos.

Las risas y conversaciones de los demás alumnos me envuelven, como si alguien hubiera apretado un botón para encender de nuevo los sonidos que había estado ignorando, sumida en mis pensamientos.

—¿Por qué te acostaste con él? —continúa Fernanda, frunciendo el ceño—. ¡Tenías que torturarlo, no follártelo!

—¡Shhhhht! —Le hago señas para que baje la voz mientras Verónica y Daniela se ríen de mí. Miro hacia todos lados, pero no hay rastro de malditos semidioses sensuales cerca—. Estoy segura de que lo torturé bastante. Y me he mantenido firme, no he respondido sus WhatsApps.

—Claro, lo torturaste —dice riendo Verónica—, gimiendo encima de él. Ufff, que la policía contrate a Catalina para torturar gente.

Suelta otra carcajada y me observa, divertida. Tal vez tiene razón, no sirvo para esto de la venganza. Pienso en la forma en que me miró Mikel antes de abandonar la habitación y me siento mal otra vez. Parecía traicionado, dolido. ¿Es mi imaginación? No tendría por qué dolerle nada si, según él, no me quiere.

Solo es su ego, probablemente.

Ya no sé qué pensar.

—Yo te apoyo, Cata —comenta Daniela mientras dejamos el edificio de clases y caminamos hacia los jardines—. Creo que lo torturaría de la misma manera.

—Hazlo si quieres —digo, encogiéndome de hombros—, me da igual.

Daniela alza una ceja, como si no me creyera.

—Iremos a ver disfraces para la fiesta, ¿vienes? —pregunta Verónica, deteniéndose en el camino que lleva a las residencias, o a la salida de la universidad.

—Tal vez mañana, tengo que estudiar. ¿Es necesario ir disfra...? —interrumpo mi pregunta por la cara sombría de Verónica—. Ok, mañana consigo disfraz.

—Genial, ¡nos vemos más tarde! —La rubia se gira y hace un gesto con la mano—. Vamos, Dani, Feña, hay una tienda nueva en Avenida O'Higgins.

Se alejan por el camino que lleva a la salida y yo me dirijo hacia las residencias. La gente aprovecha el día soleado y primaveral para estudiar a la sombra de los árboles y cruzo los jardines entre conversaciones y risas. ¿Cómo lo estará tomando Mikel, señor semidiós de las tormentas y blablablá? Le gusta la lluvia ¿Odiará los días de mucho cal...? Mierda. Ya estoy pensando otra vez en él.

Abandono las risas y conversaciones del jardín y me interno en el edificio de nuestras habitaciones. Tengo que controlar mi mente. No necesito ninguna poción de mierda para superar a un chico. Aunque sí fue de ayuda al inicio. Pero si Mikel es como una droga, no seré tan idiota de librarme de él usando otra.

A pesar de eso, quitarme los recuerdos de la otra noche no es fácil. No solo por... bueno, por lo que me hizo sentir. Lo que ronda mi cabeza una y otra vez son las palabras que dijo.

No quiero que te vayas. Su frente apoyada en la mía, su aliento tibio provocándome cosquillas. Lo único que quiero es estar contigo, Catalina.

Aprieto las manos y giro en la esquina del pasillo que lleva a mi habitación. Observo las baldosas del suelo mientras camino, ignorando a los alumnos que pasan en sentido contrario. Maldito Fakediós. ¿Por qué dice esas cosas? Me confunde. Pero, no. Ya no soy la misma de antes. No voy a creer en sus palabras. Ni siquiera tienen sentido.

¡Qué frustrante!

—¡Es Mikel el que no tiene sentido!

—¿Que yo qué?

¡Mierda! Me detengo y alzo la vista, sorprendida. De pie frente a mi puerta, Mikel me observa alzando una ceja. La luz de las ventanas del pasillo se desparraman sobre su rostro, robando destellos azulados de ese cabello perfectamente negro que le cae húmedo en la frente. Probablemente viene del gimnasio, porque está recién duchado. Inspiro profundo y mi corazón traidor se acelera cuando su aroma a guindas me alcanza.

—¿Qué haces aquí? —digo rápido, sin pensarlo demasiado.

Sé que debería apartar la vista, pero sus ojos azules son como un imán y no puedo dejar de mirarlos.

—Ah, no sé. —Se encoge de hombros y me dedica una sonrisa hipócrita—. Daba una vuelta por esta enorme universidad y, mira qué loco, de casualidad me he detenido frente a tu puerta...

—Qué casualidad —repito como idiota.

Aparto la vista, antes de seguir diciendo estupideces y tomo la manilla de la habitación, ignorándolo. Pero Mikel se apoya en la puerta, impidiendo que la abra, y me observa inclinando el rostro.

—¿Cuántos días más pretendías evitarme, si estudiamos en el mismo lugar?

Sin responder, miro por sobre el hombro, pero solo hay un par de alumnos en el pasillo.

—Pfff. —Mikel frunce el ceño—. ¿Ahora te da vergüenza que te vean conmigo, o qué?

—¡No es eso! Solo no quiero que Sebastián sepa que...

—Ah, Sebastián —dice, interrumpiéndome y mostrándome el bolso que lleva colgado al hombro—, esta mañana me preguntó por qué había ropa tuya entre mis cosas. Te las traje.

Recordar *por qué* había ropa mía entre sus cosas hace que se me acelere el pulso otra vez.

—¿Quieres hacerte a un lado? ¿Puedo entrar a mi habitación?

Mikel mira el techo un momento y luego a mí, como si se lo pensara. Vuelve a dedicarme una sonrisa torcida y cínica.

—Tal vez, si me dejas entrar a mí también.

—No.

Tuerce el labio y esta vez me observa serio.

—Solo quiero hablar.

Abro la boca para decirle que no de nuevo, pero él estira su mano y toca la mía con cuidado, sujetando apenas dos de mis dedos entre los suyos, en lo que casi parece una caricia.

—Por favor —murmura, mientras yo intento reprimir el escalofrío que me despierta el roce de su piel.

Retiro mi mano y aparto la mirada. Quisiera tener la fuerza de mandarlo a la mierda.

—Está bien, solo hablar. Con la puerta abierta.

Una sonrisa de triunfo se asoma en sus labios y yo suelto el aliento que había estado conteniendo. Mikel se aparta.

—¿Puerta abierta? –Pregunta mientras entramos—. ¿Qué somos, adolescentes? —Cruza la habitación y deja caer el bolso al suelo, girándose hacia mí—. No te haré nada que no quieras, enana.

Ese es el problema.

—Lo sé —murmuro, pero dejo la puerta abierta igual.

No es que desconfíe de él. Cuando este maldito semidiós tormentoso me mira con una sonrisa, con esos deliciosos labios carnosos, como lo hace ahora… en la que no confío es en mí.

ϟ Mikel ϟ

Hace mucho calor, y si de mi estado de ánimo dependiera, este puerto se encontraría sumido en una tormenta. Así pues, supongo que Atarrabi ha hecho su trabajo. Y está bien. Normalmente odio el

verano, pero aquí en Sudamérica no es tan sofocante como en Euskadi. Además, me encanta ver a Catalina usar vestidos ligeros como el que lleva ahora, que dejan ver su bonita piel canela.

Quisiera sacárselo.

Y por la forma en que esos ojos color miel me observan, estoy casi seguro que quiere lo mismo que yo. ¿Por qué me está tratando así? Si solo dependiera del brillo que hay en sus pupilas, juraría que es la misma Catalina de siempre, que no se olvidó de mí.

Pero luego habla y vuelve a ser la persona fría que me dijo que guardara el secreto sobre lo que hicimos. Ni siquiera tiene sentido. Es como si estuviera enojada por algo. Pero si no se acuerda de nada... ¿De qué está enojada?

No la entiendo.

—¿Qué le dijiste a Sebastián? —Se cruza de brazos y me observa muy seria, de espaldas hacia la puerta—. Supongo que no la verdad.

Meto mis manos en los bolsillos de los jeans y no me acerco, porque no quiero que me expulse de la habitación antes siquiera de haber cruzado una palabra.

—No, Catalina. No le he dicho que la otra noche gemías encima de mí, rogándome que te follara, si a eso te refieres con la verdad.

Su rostro se enciende, las mejillas rojas, como siempre que soy demasiado directo. Aparta la mirada y pasea los ojos por la habitación.

—¿De qué quieres hablar, Mikel?

Doy un paso hacia ella. Uno pequeño, pues no quiero que se espante. Es desesperante no poder tocarla con la confianza que hemos tenido siempre, pero su actitud pone una barrera entre los dos. Una barrera que no tengo idea por qué está levantando.

—Mira, ya sé que solo tuvimos sexo casual y eso, pero... no entiendo por qué eso implica que ahora no quieras verme, que no vayas a las clases que compartimos o que no me respondas mis mensajes. ¿Puedes decirme qué ocurre?

Levanta el rostro hacia el techo un momento, como si algo la tuviera impaciente. Luego me mira a mí.

—No somos amigos –dice sin más.

Vale. Pero lo éramos. Coño, qué irritante es esta situación.

—Solo tuvimos sexo —continúa y tuerce ligeramente los labios, observándome—, ¿no quedó eso claro? ¿Qué te pasa? —Levanta las manos y luego las deja caer al costado, exhalando de forma exagerada—. ¿Es tan grande tu ego que no lo puedes entender?

—¿De eso crees que va todo esto? ¿De mi orgullo?

Doy otro paso hacia ella, casi sin pensarlo. Catalina no retrocede, solo alza la barbilla hacia mí.

—Sí —responde, sosteniendo mi mirada.

—¿Estás de coña? Si se tratara de mi orgullo, ¡no estaría aquí rogándote que me escuches! ¡No es...!

Me detengo, porque sin darme cuenta he alzado la voz. Ella aprieta los labios y yo suelto el aire, intentando contener mi frustración. Paseo la mirada por la habitación, pero es un error. Cada rincón me recuerda las noches que pasamos juntos. La cama donde estudiamos, donde dormimos.

En realidad, no sé por qué estoy haciendo esto. Catalina no recuerda esas cosas. ¿Qué caso tiene? No entiende que... Joder. Pensar que nunca va volver a ser lo mismo es horrible.

Me acerco a ella, pero retrocede un paso.

—No te alejes —murmuro.

Ya no quiero que se aleje más. Acorto la distancia de nuevo y esta vez ella no se aparta. Catalina mira el suelo entre nosotros y, despacio, extiendo mi mano hacia la suya. Como no hace ademán de apartarla, tomo sus dedos entre los míos.

—¿Puedes escucharme?

Aprieta los labios, pero finalmente alza sus ojos color miel hacia mí.

—Sé que no lo entiendes —digo, levantando mi otra mano y apartando de su frente un mechón de cabello castaño—, pero...

—Mikel —me interrumpe, sujetando mi muñeca para alejarla de su rostro—, no...

—Te quiero, enana.

Me mira sorprendida, aún sujetando mi muñeca, mientras en la otra mano nuestros dedos se enredan. Luego niega con la cabeza.

—¿Me quieres solo porque pasamos una noche juntos? ¿Estás loco?

—Sí.

Catalina frunce el ceño, observándome.

—¿Qué? —digo y acaricio su rostro—. ¿No crees en el amor a primera vista, enana?

Tiro de sus manos despacio, atrayéndola. Sus ojos se pasean por los míos, confundidos, y me inclino rogando para que no se aparte otra vez. Y no lo hace. Abre la boca para decir algo, pero nada sale de sus labios. Solo sé que está mirando los míos. Con cuidado, sin soltar sus manos y con una calma que no tengo para nada en este momento, me inclino un poco más y la beso.

La resistencia que había en su cuerpo desaparece y mi corazón se acelera cuando apoya sus manos en mi pecho, aferrando mi camiseta. Siento su lengua tibia contra la mía y rodeo su cintura con mis brazos, estrechándola más, respirando su aliento y disfrutando cada segundo de este beso.

Se siente tan bien.

Algo se enciende dentro de mí. No puedo evitarlo, la deseo demasiado. Catalina respira agitada, me observa un momento, los ojos brillantes y el pelo desordenado. No, no pienses. Veo como se asoma la indecisión en sus ojos. ¿Por qué...?

Las manos que aferraban mi camiseta ahora me empujan despacio.

—No, no quiero esto.

—Pero...

—¡No! —Catalina niega con la cabeza, da un paso atrás y desvía la mirada—. No puedo. No te creo, Mikel.

—¿Qué? pero, enana, ¿de qué estás hab...?

No termino la frase porque se escuchan unos pasos y Catalina se gira hacia la puerta. Una silueta alta se detiene en el umbral, recortada contra la luz del día que viene desde el pasillo. El sol ilumina las ondas doradas de su cabello y Sebastián frunce el ceño, observándonos.

—Eeh, lo siento —dice, paseando sus ojos por nosotros—. Creí que estabas sola, vuelvo más tarde.

Se voltea y nos da la espalda, pero Catalina corre hasta él y lo toma del brazo.

—No te vayas.

Él se detiene y la observa un momento. Por un instante, es como si compartieran algo en silencio. Una complicidad que me desagrada. Luego Sebastián me mira, frunciendo el ceño.

—¿Pasa algo?

Me pregunta a mí, pero es Catalina la que responde.

—No pasa nada —dice, tirando del brazo de Sebastián para que entre a la habitación—. Mikel ya se iba.

—No me iba.

Catalina me lanza una mirada molesta, que hace que se me apriete el estómago. Aún tiene el pelo desordenado, aún tiene las mejillas encendidas, pero su mirada es decidida.

Decididamente fría.

—Bueno, está claro que pasa algo entre ustedes dos —dice Sebastián, apartándose de Catalina—, no me interesa meterme en...

—No pasa *nada* entre nosotros dos —insiste Catalina, sosteniendo mi mirada—, solo un mal entendido.

Un mal entendido.

Tal vez sí.

Con el pecho apretado, como si tuviera una maldita piedra en él, recojo mi bolso, saco la ropa de Catalina y la dejo sobre la cama. Me cuelgo la correa del bolso sobre el hombro y camino hacia la puerta.

—Lo siento, *Cata* —digo, dedicándole la sonrisa más relajada que logro encontrar, aunque me siento horrible—. Tienes razón, me he confundido.

Les doy la espalda y salgo hacia el pasillo. Una sensación desagradable me recorre. Ni siquiera sé lo que es. ¿Rabia? ¿Enojo? No. Lo único que siento es pena.

Porque sí, ha sido un mal entendido. Me he equivocado con ella. A pesar de todo lo que pasó, creí que en el fondo seguía siendo la misma.

Supongo que *quería* que siguiera siendo la misma.

Pero hay algo distante en ella. No solo la pérdida de los recuerdos. Cuando la conocí, no era así. No tenía esa frialdad, nunca me negó frente a Sebastián. Es como si algo nos distanciara y no tengo idea qué. Daría lo que fuera por saber qué es... Porque no

tiene sentido. ¿Coquetea conmigo, se acuesta conmigo y luego me aleja así?

Entonces me detengo, a mitad del pasillo y me río como un demente. Algunas personas me miran raro, pero me importa un carajo. La verdad es que esto es gracioso, desgraciadamente gracioso.

¡No tiene ninguna jodida lógica y es una mierda! Y supongo que así se sintió ella, cuando hice todas esas cosas para alejarla.

Me río otra vez, detestándome a mí mismo. Si no fuera porque no me recuerda, pensaría que se está vengando de mí.

Me paso una mano por los ojos, que de pronto tengo húmedos. Maldición. Voy a seguir caminando, pero el móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón. Y si vibra, solo pueden ser tres personas... Una me acaba de mandar a la mierda, y de los otros dos... es Atarrabi.

>ImbécildivinoN°1: ¿Te volviste loquito, Miki?

Me seco los ojos y me paso una mano por el pelo. Algunos alumnos me observan con el ceño fruncido, pero los ignoro y respondo a mi hermano mientras camino.

>Mikel: Jódete.

>ImbécildivinoN°1: Ah, pero es que me duele verte así.

>ImbécildivinoN°1: Has sido muy patético en esa habitación.

>ImbécildivinoN°1: No es muy propio de ti.

Mierda, que ganas de lanzarle un rayo en la cabeza a este imbécil. De mala gana, pulso las letras del móvil para responderle.

>Mikel: ¿No tienes nada mejor que hacer que espiarme?

Joder, que mal me siento. Quisiera quitarme esta sensación de encima.

>ImbécildivinoN°1: Si no te espiara, no podría ofrecerte mi consejo.

>ImbécildivinoN°1: Puedo decirte qué pasó ahí dentro con Catalina.

>Mikel: No me molestes.

>Mikel: Tengo bastante claro lo que pasó ahí.

Catalina no quiere nada conmigo y debería asumir que la perdí el día que tomó la poción. No. Quizás la perdí el día que besé a Javiera.

Estoy a punto de guardar el móvil otra vez, pero el siguiente mensaje hace que me recorra un escalofrío y me detengo.

>ImbécildivinoN°1: No tan claro como alguien que puede leer la mente de los humanos, ¿verdad?

Coño. No lo había pensado. Atarrabi es tan gilipollas que a menudo olvido que es un dios.

>Mikel: ¿Dónde estás?

>ImbécildivinoN°1: Te mandaré mi ubicación.

>ImbécildivinoN°1: Pero dile al sicópata de tu ex que no se mueva del hotel donde se aloja.

De pronto, el malestar que sentía se convierte en ansiedad. Cientos de opciones cruzan por mi mente, mientras tecleo un mensaje a Haize diciéndole que se vaya al hotel. No tengo idea donde anda, pero sé que cerca, como siempre.

Hosstiiia. Sé que estoy siendo idiota. Si Atarrabi me está ofreciendo ayuda, es porque algo obtiene de todo esto. Sigue enojado por lo que le hizo Haize, estoy seguro. Pero, coño, lo que me está ofreciendo...

Observo la respuesta en el whatsapp.

>Navaja: Olvídalo. Yo también voy.

>Mikel: No te estoy preguntando, Haize.

>Navaja: Pues te jodes, tío.

>Mikel: Si Atarrabi siente tu presencia, no me dirá una mierda.

>Navaja: No me sentirá.

>Mikel: No intervengas.

>Navaja: Vale, no lo haré.

Guardo el móvil en el bolsillo y camino, mientras el sol de la tarde se refleja en las ventanas del pasillo. Espero que Haize cumpla su palabra, con que no se aparezca supongo que bastará.

Abandono la universidad y llamo un Uber para que me lleve al

otro extremo del puerto. Mientras observo los cerros y las casas coloridas pasar, me calmo un poco. Aunque me siento ansioso y no dejo de imaginar algo que normalmente sería imposible de saber.

¿Qué pasará por la mente de Catalina?

Si quiere que me aleje de ella, lo haré. Pero al menos, voy a entender por qué.

58. ¿La verdad?

♡ Catalina ♡

Me siento en la cama junto a Sebastián. La luz de la tarde entra por la ventana y cierro los ojos. El aroma de Mikel sigue aquí. Siempre es así. Cuando estoy con él y luego se va, es como si se quedara conmigo de alguna manera. Es difícil quitarse de encima su presencia, especialmente después de estar de forma tan íntima con él. Es como si se te quedara dentro.

—Oye, Cata... —Sebastián se acomoda a mi lado y tuerce los labios—. Entiendo por qué haces esto, pero creo que lo estás llevando demasiado lejos. Y aunque te sigo el juego, tengo que decirte que no me está haciendo ninguna gracia esta weá. Me cae bien Mikel.

Lo observo y entorno los ojos, ¿a dónde quiere llegar?

—No es que me moleste darte besos pa webiarlo —añade mi ex, con una sonrisa petulante en los labios—, pero la verdad, creo que sí le importa todo esto. Ha estado súper distraído en los entrenamientos y...

—¡No seas traidor! A ti solo te preocupa que no se enoje y se largue antes de la final de tu campeonato.

—No es verdad. —Frunce el ceño y titubea—. ¿En serio crees que haga eso? —Se pasa una mano por el cabello cobrizo—. ¿Crees que esto puede provocar que se vaya antes?

Resoplo y observo mis manos, recordando como Mikel las tomó de forma cariñosa. Tal vez Sebastián tiene razón. No es necesario seguir con esto. Pero, ¿para qué dejarme llevar por mis emociones? Lo hice la vez anterior y solo jugó conmigo. ¿Por qué ahora sería distinto? Nada. Nada es diferente. No debo confundirme por unas palabras y miradas bonitas. Mikel solo quiere una cosa. Quiere ser un dios.

Y es lo único que le importa.

Lo ha demostrado todo este tiempo y lo va a seguir haciendo.

ϟ Mikel ϟ

No me gusta admitirlo, pero estoy nervioso. No soporto mostrarme débil frente a Atarrabi. Seguro sabe lo mal que me tiene el asunto con Catalina. ¿Estoy caminando hacia una trampa? ¿Qué quiere mi hermano a cambio de esto? Porque ayudarme por amor fraternal, lo dudo.

Aun así, tengo que hablar con él. Cuando Catalina tomó la poción, lo que más me aterró fue que se hubiera olvidado de mí. Y ahora, después de lo que ha pasado estos días, me doy cuenta de que eso no era lo peor. Lo peor, es que haya dejado de ser la chica que era. Que al olvidar, perdiera algo más.

Y, joder, se sintió tan bien besarla de nuevo. Por un momento creí que podíamos volver a conectar, pero luego esa vacilación en sus ojos, esa desconfianza. Antes jamás me miró con desconfianza. ¿Es porque cree que apenas me conoce?

No me hace sentido. ¿Realmente la perdí? Necesito saberlo y para eso... tendré que aceptar la ayuda de Atarrabi. No estoy entiendo por qué Catalina pone esa distancia. No la puso la primera vez, aunque nos conocíamos hace poco. Algo se me escapa.

Me detengo un momento fuera del restorán donde se supone que está mi hermano. La brisa fresca de la tarde revuelve mi cabello, mientras observo la fachada de una casona antigua, de esas que parecen fuertes medievales, con muros de piedra. Me acerco mientras las olas rompen contra la arena y el sol se pone en el horizonte.

Siento la presencia de Atarrabi antes de verlo. Lo acompaña alguien más, que no reconozco, pero sospecho que es otra divinidad por la intensidad de su energía. Y aunque no me agrada nada que traiga compañía, sigo esa presión en el ambiente que me indica donde están e ingreso al restorán. Varias personas cenan en un salón sumergido en la música de un piano, conversaciones y rizas. Mis nervios aumentan, pero cruzo el salón de todas formas y salgo a un balcón amplio, cercado por una baranda de piedra que da a la playa, en cuyo borde está sentado mi hermano. Y su compañía.

Como he supuesto, no está solo. Hay una mujer joven sentada en

la baranda junto a él. Entre veinte o treinta años, y tiene un rostro sonriente de ojos rasgados, oscuros y chispeantes. Su cabello es largo y de un negro imposible.

No me gusta. Lleva unos shorts cortos de mezclilla y una camiseta sin mangas, pero de cuello alto a pesar del calor que hace. El sol del atardecer se refleja sobre su piel caoba, como si rebotara ligeramente en ella. Su sonrisa, la forma en que ladea el rostro cuando me ve, incluso el balanceo perezoso de sus piernas que cuelgan de la baranda, todo, es antinatural. Como si no perteneciera aquí. Y con aquí, me refiero a este mundo.

Me alegro de que Haize decidiera seguirme. Eso me tranquiliza mientras camino hacia la baranda y me detengo frente a mi hermano y la mujer. Atarrabi, como siempre, lleva ese tonto abrigo blanco y, debajo, ropa del mismo color. ¿Se creerá que así parece más divino?

—Ya estás mejor, por lo que se ve —comento, observando la sonrisa confiada en el rostro de mi hermano—, físicamente al menos.

El cabello ondulado de Ata se revuelve con el viento de la tarde. Aunque mantiene la sonrisa, la comisura de su labio titubea ligeramente y estoy seguro de que no está para nada tan tranquilo como aparenta.

Por algo trajo una jodida diosa consigo.

—Ella es Rayen, una amiga —dice Atarrabi, recorriendo el lugar con los ojos entornados.

—Es un placer conocerte en persona, Mikel —comenta ella, sonriendo y observándome con curiosidad—. Te veías más chiquito en las imágenes que vi desde… el otro lado.

¿Será una diosa mapuche? Tiene toda la pinta. Quizás ella lo ayudó con las heridas que le hizo Haize. Como sea, no me causa ningún placer conocer amigos de mi hermano, por lo que simplemente digo hola y meto las manos en los bolsillos de los jeans, tratando de parecer relajado.

—¿Y? —Me concentro en mi hermano—. ¿Vas a decirme o qué, Ata?

Él me observa un momento y luego pasea los ojos por el balcón,

sobre el que se desparraman las sombras proyectadas por el ocaso. Parece dudar un momento, cruza una mirada con la diosa Rayen y ambos niegan con la cabeza.

—¿No trajiste a Haize? ¿No va a salir de las sombras como la última vez?

—No. Y aunque viniera, no va a hacerte nada porque sabe que te necesito para curar a nuestra ama[1].

Atarrabi tuerce los labios.

—¿Aún te interesa curar a nuestra ama? Pues, no pareces muy motivado en convertirte en un dios y te dije que necesitamos serlo ambos para ayudarla.

—Sí quiero ser un dios, gilipollas.

—¿Entonces por qué haces todo lo contrario a lo que necesitas para serlo pronto? —Atarrabi se aparta de la baranda y da un par de pasos hasta quedar frente a mí, mientras su abrigo se agita con el viento—. Deja en paz a Catalina, Mikel. Deja que su destino con Sebastián se cumpla y el deseo se...

—¡Cómo puedes pedirme eso! —doy un paso y el viento sopla más fuerte—. ¡Cómo puedes pedirme que vea cómo ella...! ¿Que me aleje si yo la...? ¡Argh! —Me interrumpo y le doy la espalda, para no ver esos detestables ojos verdes—. Olvídalo, no entiendes una mierda.

Me paso una mano por el pelo, tratando de controlar mi frustración. Atarrabi siempre me pone de mal humor. Me giro otra vez hacia él y suelto el aire despacio.

—¿Para qué me llamaste si no vas a decirme qué es lo que pasa con Catalina?

—Sí voy a decirte. Aunque no lo creas, quiero ayudarte, Mikel. —Los ojos verdes de mi hermano destellan y el sol comienza a hundirse lentamente en el mar, detrás de él y de Rayen—. Pero no debería. Eres más que consciente de lo mal que está si me entrometo en los asuntos de los humanos.

Resoplo y suelto una risa sarcástica.

—Vale, no pensaste eso cuando le diste *a una* humana una poción de mierda para olvidarse de mí.

De solo recordarlo siento rabia. Aunque yo mismo decidí dejar que la tomara, todo empezó por la estúpida idea de Atarrabi.

—Es diferente —interviene Rayen y su pelo negro es tan oscuro como las sombras del ocaso—, eso fue por ayudarla a ella. Ahora Atarrabi solo está actuando por su propio beneficio. Estoy de acuerdo en que no debería hacerlo, pero él insistió.

Miro a mi hermano sin comprender.

—¡Quiero que seas un jodido dios, Mikel! —suelta a él, perdiendo su usual paciencia—. ¿Por qué coño crees que me he pasado este tiempo intentando alejarte de ella? ¡No se trata solo del tema de nuestra ama! ¿No lo entiendes? ¡No puedo vivir mi vida si tengo que perseguirte para arreglar el clima que jodes con tu mal humor! —Atarrabi se pasa una mano por el pelo dorado, en un gesto demasiado similar al que suelo hacer yo—. ¡Necesitas ser un dios y aprender a controlar tus jodidos poderes! Yo necesito poder irme tranquilo, aprender también mi camino como dios.

—Está bien, lo entiendo —digo, levantando las manos—. Queremos lo mismo, ¿vale? Pero necesito saberlo, Ata. Necesito entender qué ocurre con Catalina. Si me voy sin comprenderlo, me voy a volver loco.

Atarrabi resopla y comienza a pasear de un lado a otro frente a mí.

—Seguro que sí —murmura—, no te das por vencido cuando tienes un jodido capricho. ¿Por qué eres tan obsesivo? Ya déjala.

—Catalina no es un capricho.

Él rueda los ojos y yo intento no enojarme más. Atarrabi detiene su paseíto de lado a lado y me observa. Adentro, se encienden las luces del salón del restorán, ya que el sol se ha puesto casi por completo.

—Te diré lo que hay en la mente de Catalina, Mikel. Pero debes jurar aquí, frente a Rayen, que no le dirás nada de esto. No puedes decirle a Catalina nada que salga de esta reunión.

—No jodas, Atarrabi. —Aprieto las manos dentro de los bolsillos y trato de no impacientarme—. Dime y ya, no voy a prometerte que...

—Esto es importante Mikel. Voy a romper mis normas de conducta para ayudarte y, créeme, querrás saberlo. —Alza las cejas

—. Catalina no es la persona que piensas. Está haciendo algo que no te imaginas, pero no voy a hablar si no lo juras. No. Le puedes. Decir.

Observo el rostro serio de mi hermano. Ahora que hay menos luz, se percibe más esa aura dorada y luminosa que suele emanar de todo su cuerpo. Las sombras a mi alrededor se vuelven más intensas y me susurran que no confíe en él.

Pero confiaré. Lo que me dirá es cierto, porque la verdad es demasiado importante para Atarrabi.

Suspiro y levanto mi mano derecha.

—Está bien, lo juro. —digo, con voz clara en el momento justo en que el sol se termina de ponerse y desaparece detrás del mar—. No diré a Catalina nada que salga de esta reunión. —Clavo los ojos mi hermano—. Ahora dime.

—Tranquilo. —Cruza una mirada con Rayen y luego la vuelve a posar los ojos en mí—. Añadiré otra condición.

—¿Qué? No puedes aña...

—Quiero que Haize me deje tranquilo —dice, interrumpiéndome —. Que olvide su estúpida venganza contra mí y no vuelva a acercarse con la jodida Espada de Sombra.

—¿Estás loco? ¡No puedo prometerte algo a nombre de Haize! — Me doy vuelta, frustrado y me paso los dedos por el pelo casi sin darme cuenta, antes de volverme hacia mi hermano otra vez—, ¿estás jugando conmigo?

—Eres el único al que ese demente le hace caso. —Atarrabi se cruza de brazos—. Quiero vivir en paz. Ni siquiera fue culpa mía que haya terminado en la cárcel.

—¡Fue claramente tu culpa, gilipollas! —digo, dando un paso hacia él.

—¿Mi culpa? —Atarrabi suelta una risa—. ¡Fue su culpa por ser un jodido delincuente!

La luz que proviene de adentro del restorán parece parpadear un momento. O más bien, es como si el ambiente se oscureciera un instante. Atarrabi se pone tenso, Rayen pasea sus ojos por el balcón y yo ruego para que Haize se mantenga tranquilo donde sea que está.

—No me haría caso —continúo, buscando la atención de Atarrabi —, ni siquiera a mí. Lo que le hiciste es imperdonable.

—Tendrá que aceptar, si es tan buen amigo como se supone que es. Créeme Mikel. —Atarrabi, se acerca a mí—. No tienes idea lo que pasa por la mente de tu pequeña humana. Ni siquiera yo me lo esperaba. Todo este tiempo —murmura, inclinado la cabeza hacia un lado—, la ayudé pensando que era una humana correcta, que le estabas haciendo daño. Pero, ¿sabes? —añade, alzando las manos con una risa sarcástica—, ella la que ahora te está haciendo daño. ¡A propósito! Catalina es igual que todos los humanos. De hecho, es de los peores que hay.

Sus palabras provocan que me hierva la sangre. ¿Por qué coño la está insultando? Respiro tranquilo, intentando mantener la calma. Atarrabi siempre ha sido de los que van por ahí juzgando a los demás.

—No me ha hecho daño.

Él sonríe y entorna ligeramente los ojos.

—¿Ah, no? ¿No andas por ahí tratando de acercarte a ella, arrastrándote como un baboso? ¿Se te olvida que vas a ser un dios? Esperaba muchas cosas patéticas de ti, Miki, pero no que dejaras pisotear tu orgullo por una chica.

Detrás de él, Rayen oculta una risa sofocada con la mano y nos observa divertida.

Pero la ignoro. Es evidente que Atarrabi está intentando hacerme enojar para que prometa que Haize lo dejará tranquilo. A mi hermano jamás le han importado cosas como el orgullo. No es eso lo que le molesta de todo esto.

—¿No vas a aceptar este trato? ¿No quieres saber lo horrible que es en realidad Catalina?

—¡Cállate! ¡Hostia! —interrumpo y empujo a mi hermano en el pecho, que tropieza un poco hacia atrás—. Deja de insultarla o voy a... —Me detengo y lo observo, estudiando la sonrisa imbécil que hay en su rostro.

No debo caer en esto. Intenta provocarme. Me aparto y vuelvo a meter las manos en los bolsillos, a ver si así me aguanto las ganas de ahorcarlo. Coño, no es propio de Atarrabi hablar así de los

humanos, aunque sea para fastidiarme. Catalina tiene que haber hecho algo que él deteste demasiado para que la insulte y lo único que Atarrabi condena por sobre todo son... las mentiras.

—Tal vez es cierto que no es un capricho —dice mi hermano, mirándome con una chispa de burla en sus ojos—. Tal vez de verdad te enamoraste esta vez. Solo eso explica que seas tan baboso y no te des cuenta como ella se ríe de ti. Acepta este trato y déjame iluminarte, Miki —Atarrabi apoya la espalda en la baranda junto a Rayen—, al menos dile a Haize que deje de perseguirme, no sé, ¿por diez años? ¿No te parece bien?

Lo que dice no tiene sentido. ¿Por qué me mentiría Catalina si ella no se acuerda de mí, ni de lo que pasó entre nosotros? No...

Oh, joder. Un momento. Dejo de respirar y, de pronto, me parece como si las sombras del balcón se movieran, o tal vez soy yo que he dado un paso hacia atrás, confundido. Un vértigo recorre mi cuerpo ante la comprensión, mientras los recuerdos de estas semanas con ella comienzan a tener sentido en mi cabeza. Un sentido distinto al que le daba hasta ahora.

Catalina ignorándome, pero no demasiado. Besándose con Sebastián frente a mí, buscándome en el hotel, cuando en realidad pudo pedirle ropa a Sebastián o a cualquier otro.

Las palabras que me dijo hoy, que me confundieron tanto...

No, no quiero esto, no puedo. No te creo, Mikel.

Nunca desconfió así de mí cuando nos conocimos. Tanta desconfianza, solo tiene sentido si...

Alzo la mirada y sostengo la de mi hermano, que aún espera una respuesta.

—Catalina... —digo, vacilante—. Ella... no se tomó la poción.

La sonrisa de Atarrabi desaparece de su rostro.

—Coño, es cierto —continúo, con el estómago apretado y un montón de emociones arremolinándose como una tormenta en mi interior—. Coño, no se la tomó. ¿No se la tomó, verdad? ¿Me ha estado mintiendo todo esto tiempo?

Doy un paso hacia Atarrabi, con el corazón agitado, la sangre pulsando con fuerza. Joder, no me lo creo.

—Se acuerda de mí —murmuro.

Atarrabi suelta un suspiro exagerado y cierra los ojos un instante. Luego me observa, mientras yo sigo encajando momentos y palabras de Catalina en mi mente, dando sentido a cada mirada suya. Esas miradas que me hacían pensar que era la de siempre.

Es la de siempre.

—Bueno, quería decírtelo de todas formas, pero a la vez no perdía nada con tratar de que Haize me ofreciera un poco de paz —comenta Atarrabi, mirándome con algo similar a la lástima—, en fin. De todas maneras seguro ese idiota no cumplía su palabra.

Casi no lo escucho. No me interesa.

—¿No se la tomó? —susurro, mirando a mi hermano.

—No se la tomó —dice y niega con la cabeza—, o no del todo, no lo sé. No lo entiendo bien, pues hasta mí me engañó. Sondeé su mente después que dijiste que la había tomado y no pensaba en ti. Te juro, es extraño, porque ella siempre pensaba en ti. ¿Será que solo probó un poco? No estoy seguro cómo funciona esa poción. Incluso en un encuentro contigo los primeros días, sus pensamientos sobre ti eran como de cualquier chico... no me explico qué hizo para engañarme...

—Se acuerda de mí —repito, ignorando lo que sigue explicando Atarrabi.

Algo enorme se acumula en mi pecho, desearía...

—Se acuerda de ti, Mikel, y además está llena de resentimiento.

Intento contener lo que siento, de respirar tranquilo.

—No puede ser. —Niego con la cabeza, tratando de ordenar mis pensamientos—, ¿Cómo no me iba a dar cuenta? ¿Todo este tiempo me mintió? ¿Estuvo con Sebastián solo para hacerme daño?

—Sí.

—Se acostó conmigo y dijo todas esas cosas, ¿a propósito? —Alzo la mirada otra vez y me encuentro con el rostro muy serio de mi hermano. Algo cosquillea en mi estómago—. Estás diciendo que Catalina... ¿me hizo daño *a propósito*?

—Sí, a propósito. Todo lo que ha hecho ha sido a conciencia. Se ha burlado de ti, te ha usado y... ¿De qué mierda te estás riendo?

No puedo parar. Otra vez la risa se apodera de mí y no logro detenerme. Las emociones que me inundaban estallan y no puedo

parar de reír. Retrocedo, negando con la cabeza, tratando de calmarme.

—¡Me ha mentido! ¡Todo este tiempo! —Respiro profundo y al fin logro dejar de reír como un idiota—. La mujer que quiero se acuerda de mí y se ha estado vengando, ¡pisoteando mis sentimientos!

—Sí, ¿por qué mierda estás sonriendo, imbécil? ¡Ha estado jugando contigo! ¡Es una manipuladora y una mala persona!

—¿Una mala persona? —suelto otra carcajada—. ¡La amo! ¡Es perfecta!

Atarrabi frunce el ceño y a su lado, Rayen niega con la cabeza y murmura algo que no escucho, ni me interesa. Me doy la vuelta y camino hacia el salón para largarme de aquí.

—Ey, tío ¿a dónde vas?

Me detengo y observo a mi hermano por sobre el hombro.

—A hablar con ella.

—¡No puedes hablar con ella! —Atarrabi me alcanza y sujeta mi brazo, mientras el viento de la noche revuelve su cabello dorado—. No puedes decirle nada de lo que salió de esta reunión, ya lo juraste.

—¿Qué? ¡No jodas! —Me giro hacia él y lo aparto de un empujón —. Llevo todos estos días creyendo que la perdí, que ya no es la misma, ¿y crees que no voy a hablar con ella?

—Ya no es la misma, Mikel, ¿no lo ves? Aunque no se haya tomado la poción, ha cambiado. Está llena de rencor por como la trataste. Está siendo manipuladora y...

—Catalina siempre ha sido manipuladora —digo, haciendo un gesto con la mano, como restándole importancia—, ¿o se te olvida el jodido deseo que pidió para recuperar a su ex?

—Bueno, pero no puedes decirle. Lo juraste. Aléjate de ella, Mikel, deja que cumpla ese deseo con Sebastián. ¿No ves que es Catalina la que te debe decir la verdad? Pero no lo hace, porque una cosa es segura: No quiere estar contigo. No en serio.

—Tienes razón.

Atarrabi frunce el ceño.

—Claro que tengo razón —dice.

—Si, tío, es cierto. Es ella la que tiene que decirme la verdad. —

Me giro y camino hacia el salón, ignorando la voz de mi hermano que me pida que vuelva—, y *va* a decirme la verdad. ¡Adiós, Atarrabi!

Esta vez no me sigue y lo agradezco. No me interesa discutir algo que nunca va a entender. Por mucho que pueda leer su mente, Atarrabi no conoce a Catalina. No en la forma en que la conozco yo.

¡Coño, casi no me lo creo de tanta felicidad! ¡No me ha olvidado y solo me estaba mintiendo!

En vez de coger un taxi, esta vez camino con tranquilidad por el borde costero de vuelta hacia el puerto. El viento de la noche me parece más agradable que nunca y las estrellas sobre mi cabeza brillan, igual que las ventanas de las casas y edificios frente a mis ojos.

—Me gusta está ciudad —comento, mientras los coches pasan por la calle a mi lado.

—A mí también —responde Haize. En algún momento, no sé cuál, ha aparecido a mi lado—. Ni te imaginas, pero he conocido personas interesantes mientras tú pierdes el tiempo en esa universidad. Hasta he hecho unos cuantos negocios.

Caminamos un rato entre los sonidos urbanos y de las olas rompiendo en el mar.

—Tu hermano es un gilipollas —añade Haize luego de unos minutos, mientras dejamos la costa para internarnos en las calles que llevan al interior del puerto.

—Sí. Pero, no puedo romper mi juramento.

—Ajá.

—¿Me harías un favor, Navaja?

—Ez[2], nada de favores —dice, me dedica una sonrisa y mete las manos los bolsillos de sus jeans negros—. Tendrías que pagarme. Especialmente porque hoy me porté muy, pero muy bien. Qué ganas tenía de romper la sonrisa de ese gilipollas.

Paso el brazo por sobre su hombro y caminamos hacia la universidad.

—Vale, te pago. Pero hazlo esta noche. Quiero que entres a la habitación de Catalina —aprieto sus hombros y murmuro por si el

idiota de Atarrabi nos espiara—, que encuentres esa poción y la destruyas.

Haize asiente en silencio. Cuando llegamos a la entrada de la facultad, tomo el camino que lleva hacia mi habitación y él se pierde en las sombras. Ni siquiera he notado en qué momento se ha desvanecido.

Y sonrío.

Por primera vez en muchos días, al fin, dormiré bien de verdad.

♡ Catalina ♡

Estoy despierta. Creo. Es confuso, porque me encontraba soñando con algo... y de pronto ya no. Parpadeo y miro el techo en medio de las penumbras y… ¿Desde cuándo estoy consciente? ¿Qué me despertó? ¿Fue un ruido...? O no, ya sé. Fue ese movimiento cerca de mis pies. Pero ¿qué movimiento? Se supone que me quedé sola porque Fernanda fue a dormir con su novia y... ¡Mierda! Me mantengo inmóvil, paralizada por el miedo. Hay alguien sentado a al final de mi cama. Su silueta se recorta en la oscuridad.

Se mueve.

—¡CONCHASUMADRE! —me siento, gritando y lanzo patadas hacia la silueta, con sábanas encima y todo—. ¡Qué mierda!

La persona en sombras sujeta mi tobillo envuelto por las sábanas y dejo de moverme, con el corazón golpeando enloquecido en el pecho.

—No estaba seguro si despertarte, Cata —sisea, sin soltarme, y reconozco esa voz con acento español—, pero dado que te has despertado sola, podemos decir que no fue culpa mía, que fue el destino.

Quito mi pie de un tirón, respirando agitada, y corro la cortina detrás de mi cabeza. La luz de la luna se desparrama sobre su rostro y sobre el cabello negro que lleva atado en una colita. Sus ojos oscuros chispean en las penumbras.

—¡No fue el destino, Haize! ¡Moviste la cama cuand...! —Me tapo la boca con las manos.

Mierda, dije su nombre. Se supone que no debería saber quién

es.

Los labios de Haize se curvan en una sonrisa maliciosa.

—Catalina Arrieta —murmura y ladea el rostro—, tenemos que hablar.

El corazón me late con fuerza, no sé si aún es por el susto o porque acabo de revelar mis mentiras frente a él.

59. Deseo, parte 1

ϟ Mikel ϟ

Me siento en la cama y miro el móvil, impaciente. Aún no tengo noticias de Haize, pero supongo que no le tomará demasiado tiempo quitarle la poción a Catalina.

Me quito la camiseta y me tiro así nada más sobre cama, sintiéndome un poco gilipollas por tener una sonrisa tonta en mi cara. Pero estoy feliz. Demasiado feliz. Es evidente que mi hermano pretendía hacerme daño con lo que me contó sobre Catalina. Sin embargo, ¿cómo iba a ser algo malo? Me sentía tan frustrado, tan mal de que ella hubiera olvidado todo.

¡Qué suerte! Y eso es lo que tanto me gusta de Catalina. Estoy seguro que otra chica se habría tomado esa poción. Ella se encontraba muy mal ese día, después de ver al imbécil de Haize atravesar a mi hermano con una espada. Y además yo había sido un cabrón... ¿Cómo coño no se la tomó y se olvidó para siempre de mí? Recordar la forma en que lloraba esa noche me revuelve el estómago.

En serio, aún no me creo que no se la tomara. Pensarlo hace que sienta algo cálido, porque si no bebió... es porqué sí me quiere ¿o no? Seguro que sí. Eso de que es solo sexo lo dice para vengarse, porque bueno, supongo que lo merezco.

Observo el móvil y nada. Maldito Haize, ¿por qué demora tanto? Conociendo a Catalina, es probable que guardara la poción al refrigerador y ahí debe estar.

Solo espero que se la quite pronto, porque no me quiero arriesgar a que le dé un ataque de odio otra vez y se la tome. La extraño demasiado. Ya no apetece para nada seguir así. Quiero estar con ella y abrazarla... Aunque ella haga como que no quiere eso. Seguro es mentira y se está haciendo la dura. ¿O no?

Joder. Recuerdo cuando nos besamos hace unas horas en la tarde, en la forma en que me apartó y como realmente parecía confundida.

No puedo. No te creo, Mikel.

De verdad parecía dolida.

Ah, coño. Nunca había estado tan inseguro sobre cómo tratar a una chica. Pero si Catalina no quisiera nada conmigo, no se estaría vengando, ¿verdad?. Si se venga, es porque de alguna manera, aunque sea muy retorcida, le importo.

Qué frustrante. Me tiro de espalda sobre la almohada y ruego para que mi padre no esté espiándome en su fuente mágica. Seguro encontraría patético que tenga la cabeza hecha un lío por una chavala humana.

Y aunque deteste la idea, solo tengo una opción. Seguir su juego. ¿Qué más puedo hacer? No creo que llegue muy lejos, de todas formas. Esa estupidez de que mañana va a acostarse con Sebastián son solo cosas que dice para que yo me enoje, porque cree que soy celoso. Y yo nunca he sido celoso.

Na, no se acostará con él. Estoy seguro, porque Atarrabi está equivocado. Catalina sigue siendo la misma de siempre, y la Catalina de siempre, la que no se tomó la poción, nunca se acostaría con Sebastián por cumplir ese estúpido deseo que pidió —deseo que puede irse al carajo—, ni tampoco solo por hacerme daño.

Lo que quiere es provocarme.

Y voy a seguir su juego.

¿Hasta dónde se cree capaz de llegar?

♡ Catalina ♡

La luz de la luna entra por la ventana y roba destellos azulados del cabello negro de Haize. Sí, hoy es negro. Bien, creo que Mikel dijo que se ponía de ese color cuando está de buen humor.

Espero en silencio, a pesar de que me comen los nervios. Ya la cagué al decir su nombre. A Haize le gusta parecer idiota, pero de idiota no tiene nada.

—¿Nos habían presentado? —Haize ladea el rostro, mirándome divertido—. Hummm que extraño, juraría que no. Esa tarde en la piscina apenas cruzamos unas palabras. —Sonríe y enseña ligeramente los dientes—. ¿Eres una sorgina? ¿Has adivinado mi

nombre? —Arruga la nariz—. Igual hueles un poco como una. También son mentirosas.

¿Se está burlando de mí? Por un momento pienso en hacer como que no entiendo lo que ocurre, pero un destello capta mi atención; algo brillante con lo que juega entre sus manos. Una cosa pequeña que refleja la escasa luz que hay en la habitación.

Ok, es evidente que fui descubierta. Me tapo un poco más con las sábanas, como si así fuera a cubrir mis mentiras.

—Ah, sí —dice él, siguiendo mi mirada—, me tomé la libertad de quitarte esto —añade, levantando la poción y agitándola—. Cata, me caes bien y, en serio, no quisiera arruinar tus planes maléficos de torturar a mi mejor amigo pero...

Guarda silencio, se queda mirándome pensativo y yo trago saliva con fuerza. Qué incómodo. ¿Se habrá enojado? No, no. Está disfrutando de la situación. Pero él no es como Mikel; no me da la misma confianza. Aunque me suele parecer simpático, esa mirada felina me incita a salir huyendo.

O tal vez, mi instinto solo es consecuencia de que lo vi atravesar una persona con una espada.

—¿Pero qué, Haize? Habla luego, por favor.

Ya que ambos tenemos claro que no me he tomado la poción, mejor terminar la conversación pronto. Con un semidiós arruinando mi vida tengo suficiente.

—Me gustaría saber por qué. —Haize ladea el rostro y deja de jugar con la botella—. ¿Por qué estás haciendo esto? ¿En serio solo es por venganza? Quiero entenderlo.

—Esta weá no tiene que ver contigo. —Prefiero hablar con honestidad, aunque suene pesada. Haize da un poco de miedo, pero no me hará daño. Creo—. De todas formas vas a decirle a Mikel la verdad.

Él se encoge de hombros. Observa la botella y la gira entre sus dedos.

—Algo no tiene sentido en todo esto —murmura, más para sí que para mí—. ¿Por qué Atarrabi te dio la poción? Dice que quiere ayudar a Mikel, pero no le creo. Es decir, él no puede mentir, pero quizás... quizás solo está diciendo parte de la verdad. —Sigue

observando la botella un momento y luego me mira a mí—. ¿Por qué no la tomaste? Tal vez piensas que esto no me incumbe, Cata. Pero sí me incumbe. Lo que tú hagas le interesa a Atarrabi, y por tanto, me interesa a mí. Ese gilipollas siempre se entromete en mi vida. Preferiría adelantarme un par de pasos en sus planes de dios de mierda ocioso. Venga, habla.

Suelto el aliento, despacio. Tranquila, Catalina, piensa antes de abrir la boca. Enciendo la lámpara de noche que está en mi velador y acomodo las mantas sobre mis piernas, para hacer tiempo. Los ojos oscuros y rasgados de Haize me observan con una ceja ligeramente alzada, esperando respuesta.

—No sé —digo, mirándolo—. Todo lo que salga de mi boca se lo dirás a Mikel, ya rompiste tu palabra cuando nos conocimos. No eres de fiar.

De reojo, veo la funda de la espada que está apoyada en las sombras de la pared y pienso que tal vez no debería hablarle tan feo a Haize.

Pero él no parece haberse molestado.

—Es diferente esta vez. —Asegura—. No necesito decirle la verdad a Mikel. Puedo darte mi palabra en serio, no como en aquella ocasión. Es que ese día —dice riéndose—, era evidente que necesitabais un empujoncito.

No estoy segura si confiar en Haize. No, no es cierto. Estoy segura de que no debo confiar en Haize. No en su palabra al menos.

—Ya, ¿y como sabré que ahora sí dices la verdad?

—Créeme, lo sabrás. La vez anterior no hice un juramento de semidiós real. ¿Acaso sopló el viento? ¿Sonó algún trueno? —expande los brazos a los costados, sin soltar la poción—. ¿Sucedió algo misterioso? Era evidente que no era un juramento mágico.

Qué insistente. Debería decirle que voy a gritar, que marcaré algún número de emergencia si no se va ahora mismo.

—¿Un juramento mágico?

Él vuelve a tontear con la poción lanzándola de una mano a otra y, mierda, no sé en qué momento he apoyado los codos en mis rodillas, inclinada hacia él.

Me observa un momento y, tras unos segundos, deja de jugar con

la botella.

—Bai —sonríe—. Juramento mágico de semidiós.

—Qué tan mágico.

Ladea la cabeza hacia un lado, curioso. Luego apoya una mano en el colchón de la cama y se inclina hacia mí. Su rostro queda frente al mío y sus facciones afiladas azuladas por la luz de la luna.

—Cat, la magia no se puede explicar. Simplemente es… —Se calla y la sonrisa desaparece de su rostro—. Un momento, ¿nunca has hecho un pacto con Mikel?

—Eeh…

—Joder. —Parpadea sorprendido—. No lo habéis hecho.

—¿Por qué mierda haríamos pactos mágicos?

No responde. Entorna los ojos, mirándome tan fijamente que me pone de los nervios.

—Interesante —murmura.

—¡Qué es interesante! ¿Por qué tendríamos que haber hecho Mikel y yo un…?

Pero me detengo. ¿Qué estoy haciendo? Se supone que todo esto era para darle a Mikel y su ego una lección. No es la idea enredarme aún más en problemas con semidioses. Ya vi a Haize usar magia una vez, con la espada de Sombra. Fue un combate asombroso. Y horrible.

—Bueno, Cata, ¿sabes? Tienes razón. —Se echa hacia—. No es necesario hacer ningún pacto. Si quieres, continúa con tus juegos malvados. Yo, me llevo esto. —Hace aparecer y desaparecer el pequeño frasco entre sus dedos, con asombrosa agilidad—. Prueba suficiente para decirle a Mikel lo que has hecho. Simplemente he intentado ser una buena persona y te he ofrecido una alternativa, considerando que —añade, con una sonrisa condescendiente—, si te has tomado la molestia de fingir amnesia durante casi dos meses, era por algo. Y uffff, créeme. Si Mikel se entera de esto, no te lo perdonará.

Mi estómago se contrae un momento.

—¿En serio? No lo sé, él no es así. Creo que no se enojaría tanto.

Haize suelta una risa.

—Ah, es que no lo conoces tan bien como yo. La verdad, no

tienes idea cómo se enojaría. O peor aún, le dolería mucho. De forma terrible.

Aprieto los labios, pero no digo nada. Haize espera unos segundos mientras lanza la poción al aire y la atrapa con la mano, una y otra vez. El movimiento ágil, veloz, me hipnotiza. No estoy segura de qué hacer. Podría darle la verdad que desea escuchar, decirle que me estoy desquitando, que quiero que Mikel se vaya.

¿Eso estoy haciendo?

—En fin… —Suelta un largo suspiro y esconde el frasco entre sus dedos—, me largo.

Hace ademán de ponerse de pie, pero yo me apoyo en el colchón y antes de darme cuenta siquiera estoy aferrando su chaqueta negra.

—No te vayas. No le digas, por favor.

Baja los ojos hacia mí. Y en las penumbras de la noche, sus labios se curvan lentamente en una sonrisa. Y mi corazón se acelera. Sé que esto es un error, pero lo que menos quiero es que vaya y le cuente a Mikel.

—Si hacemos ese pacto —murmuro, soltando su chaqueta—, ¿puedo fiarme de que no le dirás?

—No le diré.

—¿Y qué ganas tú?

Haize se sienta de nuevo, en el borde de la cama, esta vez más cerca de mí.

—Poder. —Se inclina, acercándose, y los mechones negros de su cabello enmarcan su rostro blanco—. Tú me das una verdad, yo te hago un favor. Y tenemos un pacto.

Su cuerpo desprende un aroma dulce. ¿Huelen todos los semidioses así? Quizás aparenta ser un chico de veintipocos años, pero no puedo olvidarme de quién es. Atravesó a un dios con esa espada terrible que se reclina en este momento a pocos metros de nosotros. Que Mikel se entere de todo quizás es mejor que hacer pactos con alguien como él.

—Acepto. Te diré y tú no le dices nada a Mikel. Ni le devuelves la poción.

Haize arquea las cejas.

—Añadiendo condiciones, ¿eh? —Y, en un movimiento rápido, toma mi muñeca y levanta mi mano—. Como quieras.

Contengo la respiración, mirando la piel blanca de su mano contrastando con la mía.

—¿Qué… qué debería hacer?

—Decirme la verdad.

—Ehh… —Mierda, qué estoy haciendo.

—¿Por qué estás fingiendo no recordar a Mikel, Cata?

—Porque… —Las palabras se atoran en mi garganta. Me duele. Odio admitirlo pero me duele demasiado pensar en eso—. Porque quiero que se vaya. Quiero que se vaya a ese estúpido País Vasco creyendo que no lo recuerdo. Que no sé quién es. Que no existió. Que no…

Que no me rompió el corazón.

Aprieto los labios, no pienso llorar frente a su mejor amigo.

—Euskadi. No se llama País Vasco, se llama Euskadi. —Haize aprieta mi mano—. Mírame.

Levanto los ojos hacia los suyos.

—¿Cómo hiciste para engañar a Atarrabi?

—Dijiste que si te contaba lo que quería, ibas a…

—Yo también puedo añadir condiciones —dice y sus labios se estiran hacia un costado en una media sonrisa—. Venga.

Bueno, mientras Mikel no se entere, da igual.

—Iba a tomarla —admito, aunque me avergüenza haber sido tan débil de pensar en hacerlo—. En serio quería olvidarme de él. Pero, mierda. Cuando la abrí, uff. Solo inspirar su aroma hizo que me mareara, que dudara de lo que sentía por él, que su nombre se diluyera como si… —Me detengo. Estoy respirando agitada y aprieto la mano de Haize más fuerte de lo que pretendía—. Bastó con olerla para que mis sentimientos por él se esfumaran, aunque fuera un momento. Supe que si la tomaba no recordaría su nombre jamás.

Ya recordarlo me asusta. ¿Qué habría ocurrido? ¿Todos esos meses habrían desaparecido de mi vida?

—Y no la tomaste porque… —murmura y mueve despacio su pulgar sobre el mío, para atraer mi atención otra vez hacia él.

Levanto la mirada, clavándola en sus ojos oscuros.

—Porque lo quiero.

Haize ya no sonríe. Está muy serio y sus ojos ya no son tan oscuros. La luz de la luna los hace brillar. Pero no es un brillo azulado, no. No es la luna. Aguanto la respiración, con el corazón acelerado y un viento que no debería existir en esta habitación agita nuestros cabellos. Sus ojos se tornan más y más claros, resplandeciendo con una luz verde tan clara, que el color de sus iris parece casi blanco.

—Supongo, Catalina Arrieta —dice siseando y su voz retumba dentro de mí—, que algo de todo lo que has dicho es cierto, porque tenemos un pacto.

Sonríe. Sus ojos se vuelven negros otra vez y el viento se esfuma. Haize suelta mi mano y se aparta los mechones rebeldes de cabello negro que se escaparon de su colita.

Y yo no puedo quitar mis ojos de él, mientras el corazón me martillea tan rápido en el pecho que duele. Había visto los ojos de Mikel resplandecer ligeramente, como si tuvieran una tormenta dentro. Pero nunca se han vuelto así, casi blancos de luz.

Mikel nunca ha hecho magia conmigo.

¿Así se siente la magia? Conchesumadre, aún me recorre de la punta a los pies, como, como…

—Mejor no me mires así —dice y parece divertido—. Y ni se te ocurra decirle a Mikel que hicimos esto.

Se pone de pie, se acomoda los jeans negros y mete la poción en uno de los bolsillos. Camina unos pasos, alejándose, mientras el efecto de la magia, ese cosquilleo que adormece mis manos, se va diluyendo.

—No le diré si tú no rompes tu palabra.

—Claro que no —dice Haize riendo y se acerca a la funda de la guitarra en la pared—. Yo también quiero ser un dios algún día. No puedo ir por ahí rompiendo mis pactos.

—¿Qué harás con la poción?

Él toma la funda de guitarra, camina hacia la puerta y cuando sujeta la manilla me observa por sobre su hombro.

—Me lo pensaré —dice y me guiña un ojo.

Me da la espalda y cierra la puerta. Ahora estoy sola en la

oscuridad.

60. Deseo, parte 2

♡ Catalina ♡

Es una tarde preciosa y el sol que se pone en el mar ilumina con colores cálidos la habitación en la mansión de Las Palmas Negras. El calor me adormece, mientras intentamos escoger un disfraz. En realidad, solo yo escojo disfraz, porque todas las chicas del equipo de básquetbol van vestidas de sirenas, que es la temática que eligió Verónica.

Pero yo no soy del equipo, ni tampoco quiero ser una sirena.

Observo las opciones que me muestra Fernanda, uno es un disfraz de hada, con sedas de colores y brillantes. Otro es negro con una falda larga y ajustada, y el tercero es un trozo de tela blanca con un lazo dorado.

—¿Eso es un disfraz de diosa griega? —Estiro la mano para tomar la toga.

Afuera el cielo se vuelve más rojo. Los últimos rayos del sol hacen destellar el lazo dorado.

—Es de Afrodita —dice Fernanda, levantando el disfraz para que se vea mejor.

—No. —Daniela responde mientras chatea en su celular, recostada en el sillón—. Es de Atenea.

Paso mis dedos por la suave tela blanca y no puedo evitar recordar que Mikel detesta los dioses griegos. ¿Por qué tengo que pensar en Mikel? ¿Cuándo dejaré de recordarlo con cada cosa?

—Tal vez...

—Deberías ser Atenea, por tu venganza y todo eso —dice Fernanda, interrumpiéndome y estirando el disfraz blanco hacia mí.

—¿Vas a seguir con eso de la venganza? —Daniela frunce el ceño.

—Claro que va a seguir con eso. —Fernanda se deja caer en el sillón y se cruza de brazos—. Los hombres siempre creen que pueden ir por ahí haciendo lo que quieren, ¿cachai? Catalina debe llegar hasta el final con esto. Que sufra.

—Ufff. —Daniela se ríe—. Cuando andas peleada con la Samanta

das miedo, Feña. Y supongo, Cata —dice, alzando una ceja hacia mí —, que el que te va a ayudar con tu magnífica venganza es Sebastián.

Titubeo un momento y miro a Verónica que está sentada en el tocador pintándose las pestañas, pero la rubia solo me observa y se encoge de hombros.

—A mí me da igual —dice, volviendo a poner su atención en el espejo—, nuestra relación siempre ha sido abierta. Sebas puede acostarse con quien se le dé la gana. Y yo también.

—No te entiendo —Daniela niega con la cabeza y vuelve a poner su atención en el celular—, jamás podría tener relaciones abiertas.

Verónica le responde que ella se lo pierde, mientras yo camino hacia el baño con el disfraz de diosa entre las manos. Una vez adentro, me quito lo que tengo puesto y pienso en la conversación que tuve anoche con Haize.

¿Por qué estás haciendo esto?

La duda se revuelve de forma dolorosa en mi estómago. El calor crece en mi interior. Apoyo las manos sobre el lavamanos, otra vez los ojos clavados en mi reflejo del espejo y la respiración agitada. Ni siquiera había notado que estaba agitada.

Niego con la cabeza. No puedo ponerme así de nuevo. Yo *decidí* no tomarme esa posición. *Decidí*, vengarme de Mikel.

Lo que me dolió terminar con Sebastián no se compara con lo que he sentido con Mikel. Y mientras él este aquí... Es imposible que lo saque de mi cabeza.

Necesito. Que. Se. Vaya.

Y con lo obsesionado que está con el básquet, es capaz de quedarse otro puto año. Pero no si el deseo se cumple. O si destruyo su orgullo, que es lo único que le importa además de convertirse en un dios.

Y ambas cosas se solucionan de la misma manera.

Dejo escapar el aire y trato de calmarme, mientras arreglo mi pelo para la fiesta. Me termino de poner el disfraz; una tela blanca que cae sobre mi cuerpo, ajustada a la cintura con un lazo dorado y abierta a los costados, dejando ver el lado exterior de las piernas.

Inspiro y me concentro, mirando el reflejo de mis ojos marrones

en el espejo.

Esta noche, todo se acaba. Esta noche nuestro contrato, o lo que sea que tuvimos, se terminará. Esta noche... cumpliré ese maldito deseo.

Voy a acostarme con Sebastián.

ϟ Mikel ϟ

Me abrocho los jeans negros que me prestó Haize y acomodo el cuello de la camisa, pasando mis dedos por la tela suave, de un profundo morado oscuro. Aplico un poco de fijador en la parte de adelante de mi pelo para que se mantenga levantada y desordenada. Observo mis ojos azules en el espejo —que destacan más de lo normal, porque Haize los delineó de forma bastante notoria con lápiz negro, para ayudar con mi disfraz—, y me pregunto si seré capaz de cumplir mi promesa esta noche. De no decirle a Catalina que ya lo sé todo.

Estoy emocionado. Una tormenta de sentimientos, y lo único que quiero es irme pronto para ver a Catalina. Las ganas que tengo de hablar con ella abiertamente me van a enloquecer.

¿Cómo coño voy a hacer que me diga la verdad? Creo que se está tomando esa venganza suya demasiado en serio.

—Estás tan guapo —dice Haize rodeando mi cintura con los brazos—, que casi me arrepiento de haber terminado contigo, bebé.

Me mordisquea el lóbulo de la oreja y yo le doy un codazo, riéndome. Él se ríe también, pero se pone repentinamente serio, mirándome desde el reflejo en el espejo, con un mechón de cabello castaño cayendo entre sus ojos negros.

—Oye Mikelatz, ya sé que estás súper pozik[3] porque tu chica no se tomó la poción y eso, pero...

Me doy vuelta hacia él.

—¿Pero qué? —De pronto algo me preocupa—, ¿destruiste la poción o no?

—Mira, bebé, hay un asunto que no me deja tranquilo. —Se apoya en la pared, cruzado de brazos, con la larga capa oscura cayendo sobres sus hombros y esa escalofriante espada negra,

colgando de una vaina en su cadera. Supongo que está feliz de poder llevarla así a la vista, excusándose de que es un disfraz—. Atarrabi. Él... Algo no calza en todo esto. Y yo sé que eres inteligente para algunas cosas —dice, pasándose una mano por el pelo castaño—, pero todo esto de Catalina te tiene bien estúpido, ¿vale? Pero a mí no. Y las cosas que está haciendo tu hermano no tienen sentido. ¿Por qué le dio la poción? Dice que fue para ayudarte, y sabemos que no puede mentir. Pero el asunto es... ¿ayudarte te ayuda realmente? ¿Lo ves? Tal vez, ayudarte te perjudicará. Porque si Atarrabi está metido en esto, el resultado solo puede ser que...

—A ver, Haize, un momento. —Levanto las manos para llamar su atención—. Sé que tienes una relación intensa con mi hermano y todo eso, pero...

—No es eso, escúchame. —Me toma del hombro y me gira hacia él—. ¿Por qué te dijo lo que estaba pasando por la cabeza de Catalina, si no puedes decirle la verdad? ¿No lo ves? ¿En serio crees que quería ayudarte? Y no se te ocurra decirle la verdad, tu padre se va a enterar y...

—Sí, sí —digo, quitando sus manos de mí—, no le diré nada.

Sé que tiene razón. Atarrabi nunca quiere ayudarme, aunque diga lo contrario.

—Tal vez mi hermano solo quería hacer un trato para que lo dejes en paz —digo titubeante.

Haize resopla, pero la verdad yo tampoco me creo mis propias palabras. Atarrabi sabe que yo no traicionaría a Haize ni siquiera por enterarme de qué piensa Catalina. Joder. En parte Haize tiene razón, yo solo no quería pensar en esto. No hoy.

—Mira, Mikel, ese es el asunto. Atarrabi *quería* que supieras que Catalina te está mintiendo. ¿Lo ves? La pregunta es, ¿por qué? ¿Qué gana él? Te dijo que la dejes en paz, porque sabe que harás todo lo contrario.

—¿Qué gana mi hermano? —Lo pienso un momento y recuerdo lo que dijo, que no puede ser libre hasta que yo me convierta en un dios—. Él quiere que esta misión se termine pronto, para poder irse a Arimeterria a entrenar con los dioses —murmuro, pensativo—,

quiere que el deseo se cumpla.

Haize asiente y nos miramos en silencio un momento.

—¿Y cómo se podría cumplir el deseo?

Niego con la cabeza.

—No, Haize. No creo que sea eso. La forma de que el deseo de Catalina se cumpla, según Atarrabi, es que ella se acueste con Sebastián y le diga que lo ama mientras lo hacen. —De solo pensarlo me da repulsión—. Pero ella no hará eso, por muy enojada... ¿qué? ¿qué pasa?

—Nada, nada —dice Haize y alza ambas manos—, no es que dude de ella. Solo... no lo sé. Atarrabi te dijo todo esto por algo. Él quiere que impidas que Catalina se acueste con Sebastián.

Resoplo y empiezo a perder la paciencia.

—Sí, ¿y? ¿Crees que voy a quedarme mirando como se acuesta con él solo por una venganza estúpida?

—¿No has asegurado recién que confías en ella? —interrumpe, alzando una ceja—. ¿No que es la misma de siempre? ¿Que tu hermano está equivocado?

Observo los ojos negros de Haize. No está bromeando. Está muy serio.

—Sí. Está equivocado —insisto—. Ella no se acostaría con Sebastián solo por hacerme daño.

—¿Entonces por qué lo tienes que impedir? —Haize ladea el rostro—. ¿Lo ves? ¡No confías en ella ni de coña! ¡Atarrabi sabe eso, sabe que eres un celoso y sabe que vas a ir tras ella! Y sea lo que sea que eso implique, seguro es lo que él quiere que hagas.

Suelto el aliento despacio. Odio admitirlo, pero la lógica de Haize tiene sentido.

—Mikel... —Haize ladea el rostro—. ¿De verdad crees que es la misma de antes? Uno puede cambiar mucho cuando te hacen daño.

—No, ella no ha cambiado —murmuro—. Es la misma. Es la chica que conocí, no se tomó esa maldita poción y, aunque la cagué.... —pienso en la tarde de ayer, en el momento en que nos besamos, en la forma que por un instante me miró—, sé que no haría eso, Haize.

No sé si intento convencer a Haize, o a mí mismo. Joder.

—Entonces déjala. —Haize aprieta los labios un momento—. Deja

que sea ella la que decida si decirte la verdad. Que sea ella la que decida si acostarse o no con Sebastián, no intervengas. Atarrabi quiere que intervengas, Mikel, pues no lo hagas. Por algo quiere eso.

Cierro los ojos un momento y asiento en silencio. Imaginar a Catalina haciendo eso con Sebastián solo por vengarse es insoportable. Pero lo que digo es cierto. Catalina está fingiendo. Confío en que sigue siendo ella. Y ella no va a follarse a su ex solo por rencor.

—Tal vez es mejor que no vayas a esa fiesta. Puedes ir a la que estoy invitado yo. Es en casa de unos tíos con mucha pasta, lo pasaremos guay. —Haize se encoge de hombros—. ¿Qué es lo peor que puede ocurrir? ¿Que Catalina se acueste con Sebastián? No seas tan posesivo.

—No es eso. Es que quiero estar con ella —digo, mirando a mi amigo—. Tenemos que volver a Esukadi pronto, Haize, necesito aprovechar mi tiempo con ella. No pienso pasar un día más lejos.

Y no se trata de ella solamente. Odio admitirlo, pero pensar en convertirme en un dios me pone de los nervios. No volveré a jugar básquetbol, no volveré a la universidad nunca más, ni veré a los chicos y...

—Haize, cuando seamos dioses... Cuando tengamos que ir a Arimeterria, ¿qué tan posible es volver? Tu padre alguna vez...

Pero no termino las palabras. El rostro de Haize se ensombrece de inmediato.

—Coño, Mikel, Arimeterria, ¿por qué crees que no tengo ninguna prisa por convertirme en dios? No estoy preparado para ese lugar. Y ni de coña te imagines llevando a Catalina ahí. No tengo idea como mi padre salió vivo.

Siempre he estado tan ansioso por convertirme en un dios, añorando los beneficios que trae consigo, que nunca me he parado a pensar en lo malo. En lo que estaba dejando atrás. En lo que Arimeterria me arrebataría para siempre.

Porque dioses, me preocupé toda una vida de no tener nada que dejar atrás, ni siquiera una mascota. ¿Y ahora esto? Soy un gilipollas.

—Sé lo que piensas, bebé y sí. Eres muy torpe, debiste

preguntarte estas cosas hace mucho tiempo. Arruinarás todo justo antes de convertirte en un dios. —Se encoge de hombros con una sonrisa tonta—. Ya sabes, como dicen en LATAM, en la puerta del horno se quema el pan.

—Cállate, Haize. No voy a quemarme una mierda.

La sonrisa desaparece de su rostro.

—Vale, pero no interrumpas a Catalina. No le des en el gusto a tu hermano o nada bueno va a pasar. —Haize inclina la cabeza hacia un lado—. ¿Confías en ella o no?

Cierro los ojos un momento, intentando no dejarme llevar por las emociones, pero... No. No sirve de nada que oculte lo que siento. No con Haize.

—No se trata de confianza.

Mi amigo me observa un momento y niega con la cabeza.

—Mikel, si Atarrabi quiere que...

—Lo sé, Haize, tienes razón. En realidad, independiente de lo que haga o no el imbécil de mi hermano, si Catalina quiere acostarse o no con Sebastián solo por hacerme daño es que simplemente ya no es la misma persona. Así que no haré nada por impedirlo.

—Bien, entonces si no irás a la fiesta, podemos...

—¿Estás loco? Sí voy a ir. —Sonrío—. Pero no voy a interrumpir —añado cuando él abre la boca para decir algo—. No demasiado, ¿vale? Solo voy a presionarla un poco a ver si logro que me diga la verdad. —Me alejo de él, comenzando a sentirme ansioso—. Verás que ese deseo imbécil no se cumplirá esta noche.

Haize ladea el rostro y me mira con curiosidad.

—Nunca pensé, Mikel, que te vería sonreír porque el deseo que te convertiría en dios no se va a cumplir pronto.

Tardo un momento en entender lo que está insinuando. Y tardo un instante más en comprender algo más. Solo un instante, porque aunque no lo hubiera querido admitir, vengo sintiendo esto hace bastante tiempo.

—No Haize, estás equivocado. No estoy feliz porque ese deseo no se vaya a cumplir pronto. —Le doy la espalda y tomo la chaqueta de cuero que me prestó para disfrazarme—. Si estoy sonriendo es porque... —digo, girándome hacia él y lo miro—, ese deseo no se va

a cumplir *nunca*.

Camino hasta la puerta de la habitación para irme a esa jodida fiesta. No sé en qué momento lo decidí. Tal vez fue cuando me acosté con ella por primera vez. O tal vez fue cuando nos dimos el primer beso en esa carpa. O cuando le dije que la quería. O cuando creí que se había tomado esa maldita poción; cuando creí que la había perdido.

Lo único que sé, es que no la perderé de nuevo.

Aunque por ahora eso signifique... no convertirme en un dios.

61. Deseo, parte 3

♡ Catalina ♡

¡La fiesta de Halloween de Costa Delparaíso es hermosa! ¡Toda la facultad es como otro mundo! Luces violetas, rojas o anaranjadas, desparramadas por el enorme gimnasio. Decorado para recibir a los cientos de estudiantes que en este momento somos espectros, zombis, piratas, sirenas, ¡hay todo tipo de disfraces!

Y yo soy una diosa, claro.

La diosa de la venganza.

—En realidad es la diosa de la guerra —dice la Feña, llenando de nuevo mi vaso de shot—. Y creo que no deberías murmurar esas cosas en voz alta, Cata, pareces demente.

—¡Entonces dejar de darme vodka!

—¿Entonces deja de tomarlo? —Fernanda alza una ceja, pero luego sonríe y golpea mi vaso—. ¡Salud porque al fin se termina el semestre!

—¡Salud! —digo riendo.

Y las dos nos llevamos el shot de vodka a la boca de nuevo, mientras a nuestro alrededor la música suena por todo el salón, la gente baila, conversan o chillan porque ponen su canción favorita.

Con Fernanda nos apartamos un poco de la mesa y empezamos a bailar también, al ritmo del reguetón. Es gracioso ver como se mueve con ese disfraz de Sirena, casi no puede separar las piernas.

Pero la risa se esfuma de mi boca apenas alzo la vista y veo quienes caminan hacia nosotras, cruzando entre las personas desde el otro lado del salón.

Mierda.

Alto, vestido completamente de negro. Chaqueta de cuero, los jeans oscuros rasgados en distintas partes, ajustados a las piernas largas. Una camiseta color morado y el pelo negro desordenado y húmedo. Pasea los ojos de ese azul imposible por el salón, hasta que se encuentran con los míos. Los tiene delineados de negro, con sombra debajo, imitando ojeras. La sonrisa que me dedica en ese

momento, con los labios manchados de rojo a un lado, como si fuera sangre, me dejan claro de qué está disfrazado.

Dioses tormentosos, Mikel es el vampiro más sexy que he visto jamás. Intento apartar la mirada, pero no puedo. Contengo el aliento y trato de recordarme que hoy acabaré con todo esto, que no es buena idea arrojarme a sus pies y rogarle que beba toda mi sangre.

Fernanda toma mi brazo y me susurra fuerte al oído.

—¡Venganza, recuérdalo! ¡Aló, Catalina! ¡Deja de verlo como una imbécil!

Aparto la mirada, intento recordar todas las cosas que hizo para hacerme sentir como una tonta, y uff, eso funciona muy bien. Se besó con Javiera, recuerda que estuvo con ella a tus espaldas, Catalina.

En un instante, ya lo odio de nuevo. Gracias Fernanda por existir. ¿Por qué soy tan voluble cuando se trata de Mikel?

Mi amiga me sonríe y me da otro shot de vodka, que tomo de un solo trago. Dejo el vaso en la mesita y sigo bailando con mi amiga, mientras todo empieza a girar a mi alrededor y, sí, no puedo evitar pensar en mi venganza, y en como me encantaría seguir torturando a Mikel. Especialmente si es una tortura como la del otro día.

No, no. No pienses en esa clase de tortura.

Esta noche debo terminar con esta weá. Precisamente por esto. Porque mi voluntad es demasiado débil cuando Mikel está cerca.

Pero debo intentar que no se note demasiado. Debo hacer como que quiero ser su amiga y encontrar el momento para escaparme con Sebastián.

Y también debo estar un poco más borracha. No hay forma que haga lo que tengo que hacer si estoy demasiado sobria.

ϟ Mikel ϟ

Debo admitir que tengo que hacer un esfuerzo enorme por mantener mi sonrisa cuando Sebastián se adelanta y rodea a Catalina con sus brazos. Doy un sorbo a mi vaso de piscola y trato de parecer indiferente, aunque detesto como él la abraza. Y a pesar

de eso, no puedo dejar de mirarla. Joder, se supone que yo voy a ser un dios, pero creo que, vestida así, es Catalina la que podría colarse por Arimeterria sin problemas.

Verla bailar desde lejos encendió algo dentro de mí y que Sebastián la detuviera fue una horrible blasfemia. Un sacrilegio. Sin mencionar que ahora la está reprendiendo por vestirse con algo que deja ver demasiado de su cuerpo.

Pues a mí me parece que ese traje fue una gran idea. Sujeta a sus hombros por unos prendedores dorados, la tela blanca cae separada en dos, cubriendo solo sus pechos y se vuelve a juntar en la cintura, ceñida por un lazo dorado, para luego deslizarse tapando el centro de las piernas, mientras deja ver toda la piel morena de los costados. Mierda, solo unas cadenitas doradas afirman la tela de las piernas y no deja absolutamente nada a la imaginación. Mientras Sebastián riñe a Catalina porque está bebiendo demasiado, yo solo puedo pensar en lo fácil que sería romper esas cadenitas de metal con un tirón de mis dedos.

—Iré a buscar algo para comer, estás demasiado borracha —dice Sebastián y se aleja, caminando hacia la barra.

Entre tanto, se suman al grupo Daniela, Verónica, Esteban y Carlos. Riéndose, empiezan a bailar entre la gente que chilla emocionada porque pusieron un clásico de Daddy Yankee. Catalina me ignora maratónicamente y baila con ellos, pero yo dejo mi vaso en la mesa, me acerco y le tomo la mano.

Ella da un respingo y me mira sorprendida.

—¿Bailamos, enana? —Hablo fuerte para que me escuche por sobre la música.

—¡Hola Mikel! —dice, la muy hipócrita, como si recién me viera—. ¡Obvio!

Pero quita su mano de entre mis dedos y sin dejar de bailar, se hace a un lado, como haciéndome un espacio en el grupo. Carlos y Esteban se ríen mientras bailan los dos pegados a Daniela, haciendo movimientos exagerados en el coro de la canción.

Catalina sigue bailando, ignorándome, pero me deslizo detrás de su espalda y rodeo su cintura con mis brazos. Me muevo yo también, siguiendo su ritmo. La siento ponerse tensa un momento, pero no se

aparta y se contonea, siguiendo el reguetón.

—Estamos todos bailando en grupo, Mikel —dice, rodando los ojos—, no de parejas.

—Pero prefiero bailar contigo —digo y mi voz se pierde entre la música y la voz de Daddy Yankee, por lo que me inclino para hablar cerca de su oído—, tenemos tú y yo algo pendiente —canto, siguiendo la letra de la canción y apegándola a mí mientras bailamos —, tú me debes algo y lo sabes, enana.

Catalina suelta una risa por mi adaptación de la letra y se gira hacia mí, mientras los bajos del reguetón se vuelven más intensos, metiéndose en nuestros cuerpos. Se tambalea un instante y se ríe, siguiendo ese ritmo, mientras se cuelga de mi cuello. Tal vez Sebastián tenía razón y sí está demasiado ebria. A pesar de eso, disfruto del contacto de nuestros cuerpos.

—¿Ah, sí? ¿Algo pendiente? —dice y ladea el rostro. El bonito peinado que se hizo, con el cabello tomado alto en la nuca, se desarma un poco—. ¿No quedamos claros la otra anoche, tú y yo?

La música se vuelve más rápida, más intensa, pero nuestros movimientos más lentos. Nuestros cuerpos pegados se extrañan y aunque ella lo niegue, sé que quiere esto tanto como yo. Lo delata la forma en que parece olvidarse del resto mientras me mira. Yo aprovecho un cambio de ritmo, la hago girar y la apego de espaldas contra mí, de nuevo. Catalina suelta una risa algo borracha y yo la estrecho más, rodeando su cintura con mis brazos, mientras los bajos retumban a nuestro alrededor. Me inclino hacia ella y hablo cerca de su oído, mientras su cabeza está apoyada en mi pecho.

—A pesar de lo que hicimos en el hotel —murmuro—. ¿Es suficiente para ti seguir como amigos?

Ella parece dudar, ladea el rostro hacia mí y lo levanta, sosteniendo mi mirada. Sus ojos reflejan las luces violeta del salón y por un momento me parece tan linda, que me olvido de bailar, me olvido de que nos rodea la gente y de nuestros amigos. Contengo el aliento y por un momento me olvido incluso de que, supuestamente, se está vengando de mí.

—Ser amigos me parece perfecto —dice y es como un golpe en el estómago.

Tuerzo los labios y ella se aparta, arreglándose el pelo que se desordena sobre su espalda. ¿Hasta dónde pretende llegar con esto? Ya sé que fui un imbécil antes, pero si ahora no puedo hablar con ella siendo honesto, ¿cómo coño podemos arreglar las cosas?

Tal vez ella *no quiere* arreglar las cosas.

—De hecho —continúa diciendo y apoya las manos en mi pecho empujándome—. Creo que los amigos no bailan tan pegados.

Vale, claramente, disfruta torturándome o definitivamente no quiere arreglar nada. Pero me trago mi orgullo. Al parecer, si quiero que se rinda y me diga la verdad, tendré que presionar un poquito más.

—¿Tú crees? —Me giro y alzo la voz—. ¡Oye, Daniela, ¿qué opinas tú?! —Espero a que la morena se gire hacia mí antes de preguntar —. ¿Los amigos bailan pegado?

Daniela que ya tiene varios shot de tequila en el cuerpo se ríe.

—¡Obvio que sí, vasco!

Me encojo de hombros mirando a Catalina y luego me alejo de ella. Daniela abandona sin dudarlo a Carlos y Esteban, yo tomo su cintura, la apego a mi cuerpo y me dejo llevar por la música, haciendo como si me diera igual. Como si no me importara quién sea la chica que tengo en mis brazos; como si no quisiera con todo mi ser que fuera Catalina.

♡ Catalina ♡

Hace calor, tal vez porque bailé mucho. O tal vez porque bailé con Mikel. Pero tenía que aceptar, para disimular. Para hacer como que no me importa.

Las luces violetas del salón se reflejan en los disfraces de las personas que bailan y yo me aparto el pelo del rostro, observando a mis amigos. Los bajos de la música retumban con fuerza y la gente grita emocionada, bailan pegados, demasiado pegados. Especialmente Mikel con Daniela. Ella se voltea, con su espalda contra el pecho de él y, mientras Mikel la abraza desde atrás, empiezan a bajar al ritmo de la música. Pero Daniela parece tener problemas para bailar bien con su falda de cola de sirena, por lo que

le da un tirón y le hace un tajo, que deja descubierta una de sus piernas, permitiendo que pueda abrirlas y bajar mejor. Y bajan, y siguen bajando, las nalgas de ella frotándose contra él. Mikel pasa su mano por la pierna de Daniela mientras con la otra la sujeta de la cintura. ¿Están bailando o follando? En verdad creo que no notan la diferencia.

Además, un vampiro con una sirena no pintan para nada.

El estómago se me retuerce cuando Mikel susurra algo en el oído de Daniela sin dejar de bailar, y ella se ríe. Luego suben su posición de nuevo, ella se gira y rodea el cuello de él con los brazos. Mikel se inclina y empiezan a conversar sobre algo que no escucho por la música, riéndose, sus rostros demasiado pegados.

Yo sigo bailando con Fernanda, haciendo como si no me importara. Porque no me importa, la verdad. Podría ser Daniela o Javiera. Al final, para Mikel todo es un juego y poco le interesa con quién esté bailando, besándose o haciendo quizás qué.

Entonces, Daniela le susurra algo a Mikel, él asiente y ella tira de su mano. Mikel la sigue y los dos se pierden entre la gente.

Me quedo ahí de pie, como una tonta.

Lo odio. Lo detesto. ¿Dónde está Sebastián? Juro que en este momento soy capaz de acostarme con él frente a toda la universidad, con tal de que se cumpla ese maldito deseo y Mikel se vaya para siempre.

¡Que se pudra en el infierno de los dioses!

—Oye Cata, ¿vamos también? —Fernanda tira de mi mano.

—¿Ir a dónde? —pregunto, sin entender de qué habla, con la sangre hirviendo dentro de mí. Maldito Fakediós. Hijo. De la gran. Puta. Puto. Puto.

—¡A sacarnos fotos a las máquinas! ¡Como todos los demás!

Recién entonces noto que no solo Mikel y Daniela se fueron, sino que Esteban y Carlos también. Estaba tan furiosa, que creo que solo era capaz de ver como Mikel y Daniela se manoseaban.

—Ah —digo, aunque la ira todavía se revuelve en mi estómago. O tal vez sea el vodka—, ¿a eso fueron?

—¡Sí!, ¿no escuchaste? Sebastián vino y dijo que había cabinas libres y...

—¿Sebastián vino?

Nunca lo vi. Dios, no puedo estar tan mal. No puede ser que, apenas Mikel me haga enfadar, desaparezca el universo alrededor mío.

—¡Yapos! —Fernanda tira de mi mano—. ¡Necesitamos fotos de Halloween!

Lo que yo necesito, es dejar de perder mi tiempo preocupándome de Mikel. Mientras sigo a Fernanda por el salón hacia el jardín exterior, donde están las cabinas de fotos, trato de calmarme. Dioses, me alegro de haberle dado anoche la poción a Haize, porque si la tuviera ahora en mis manos, ni siquiera me lo pensaría y me la bebería de un trago, solo para dejar de volverme loca con lo que haga Mikel o no.

Para que ya no me importarme.

Algún día, ¿dejará de importarme?

Sí, confío en que sí. Cuando se encuentre bien lejos de aquí.

ϟ Mikel ϟ

Los universitarios hacen cosas muy curiosas. No recuerdo haber hecho esas tonterías cuando yo estudié Derecho. En el pasillo exterior, el que da a los jardines de la universidad, hay varias cabinas cerradas, contratadas para la ocasión, donde la gente entra en parejas o grupos de a tres, para sacarse fotos instantáneas.

—Podríamos hacer fotos temáticas —dice Sebastián, que está vestido de pirata, aunque a mí me parece que está disfrazado de borracho vago. Se gira hacia verónica y sus amigas—. ¿Las chicas de sirena y los que tenemos algo que ver con mar vamos primero? Y luego podrían ir los semi muertos como Mikel, Carlos y Esteban.

—¿Yo? No soy un semi muerto —digo, aunque en verdad no sé qué coño me importa esto—. Soy un vampiro.

—Pero están semi muertos —dice Esteban, que es un zombi.

—No, son inmortales —replico—, no vas a compararlos con un zombi andrajoso.

Esteban dice algo, defendiéndose, pero no lo escucho porque mi atención se ve distraída por Catalina que llega junto a Fernanda, por

el pasillo. Pasa caminando por mi lado, ignorándome otra vez y le dice algo a Sebastián, bien despacio. No logro escuchar qué.

Debo admitir que sus intentos por ponerme celoso son tiernos. Tal vez sí no supiera que está fingiendo todo, me molestaría.

—¿Quién va primero, entonces? —Verónica mira a sus amigas—. Nos van a quitar nuestro turno.

Es cierto, hay varios estudiantes detrás de nosotros esperando para entrar a las cabinas. Bueno, es momento de hacer el siguiente movimiento.

—Tal vez deberíamos sacarnos una foto, enana —digo, acercándome a Catalina—, ya sabes, mismo tema, yo soy inmortal y tú también —agrego apuntando mi ropa y luego su traje de diosa.

Ella alza la mirada hacia mí. Una mirada fría, indiferente. Uy, sí que está enojada. Intento contener la sonrisa que amenaza con escaparse de mis labios. Mi corazón se acelera ligeramente ante el hielo de sus ojos. No puedo evitarlo, me encanta la Catalina malvada.

—No pienso sacarme ninguna foto contigo, Mikel.

Sabía que iba a decir eso.

—Vale, qué sosa eres. —Le dedico una sonrisa con tranquilidad y me saco la chaqueta de cuero que llevo puesta—. Entonces, ¿puedes sujetarme esto mientras?

Antes de que ella diga algo, le arrojo mi chaqueta y me giro hacia las cabinas.

—¿Dani, nos sacamos una foto? —digo, caminando.

Sin esperar la respuesta, entro a la cabina, que es bastante pequeña, apenas caben tres personas. Adentro, la luz azulada de una enorme pantalla contrasta con la luz cálida que cae sobre un asiento largo y acolchado. El asiento aparece en la pantalla. Todo es grabado para capturar las fotos.

Me quedo de pie y empiezo a contar.

Uno.

Dos.

Tres...

♡♡♡ Catalina ♡♡♡

¿Me arrojó su chaqueta? Contengo el aliento, intento calmarme, contar hasta diez, mientras una burbuja de enojo crece dentro de mí. Pero cuando Mikel camina hacia la cabina y le hace una seña a Daniela para que lo siga, siento que el tiempo transcurre lento, como si cada paso que él da, alejándose de mí, fuera infinito.

Daniela me lanza una mirada, pero se encoge de hombros, se arregla su cola de Sirena dejando ver más sus piernas y camina hacia la cabina.

Nicagando alcanzo a contar hasta diez. A la mierda. Cruzo entre mis amigos, paso junto a Daniela, y me meto antes que ella en la cabina donde el estúpido Fakediós acaba de ingresar.

El interior es cálido, aunque la luz de la pantalla provoca reflejos azulados en el rostro de Mikel, que alza las cejas cuando me ve.

—¡No soy tu maldito perchero! —Le lanzo la chaqueta encima.

Me giro para salir, pero él tira de mi muñeca. Tropiezo por el tirón y caigo apoyada en su pecho. Estoy a punto de apartarme, aún más enojada, pero Mikel levanta una mano y sujeta mi mentón. El solo contacto de sus dedos me hace dudar.

Y ese momento de duda es suficiente para arruinarlo todo. Esa pequeña duda me hace cometer el error de mirarlo a los ojos. Veo en sus pupilas una chispa de diversión y el enojo dentro de mí se esfuma en un instante.

Mierda, estoy perdida. Definitivamente estoy perdida. Un escalofrío me recorre, provocado por su mano tibia en mi rostro, y soy incapaz de apartar la mirada de esos iris de color azul.

Por la cresta, no sé si lo odio, si lo quiero, si arrancar o quedarme aquí para siempre.

—Cinco —dice.

¿Ah?

—Cinco qué —pregunto, aunque no tengo idea de por qué continúo adentro de esta cabina.

—Cinco segundos demoraste en venir tras de mí —dice, con una sonrisa engreída y desgraciada.

Desgraciadamente sexy. Debo irme, yo lo sé. Sé que estoy siendo

una tonta. El maldito está jugando conmigo.

—Imbécil.

Me aparto y Mikel se encoge de hombros.

—Tú también.

—¿Qué? ¿Me estás insultando? ¿En serio?

—Tú lo hiciste primero. Y la verdad, ni siquiera sé por qué estás enfadada.

Catalina, cálmate. Respira. Él cree que tomaste la poción, se supone que no recuerdas que fue un desgraciado, que no recuerdas que te mintió, que se burló de ti, que te dijo que te quería mientras tiraba con su amiguita Javiera.

—No estoy enojada —digo, intentando sonar relajada, aunque dudo que lo parezca.

En verdad detesto como me hace perder el control.

Bueno, no es que nunca haya tenido demasiado control tampoco.

—El enojado debería ser yo —dice, tirando la chaqueta sobre la banca mullida—, porque eres una mentirosa.

Mierda. Mi corazón se acelera y siento todo el cuerpo tenso. De pronto, lo que quedaba de enojo de mi interior desaparece por completo. Recuerdo lo que dijo Haize, que Mikel me odiaría para siempre si supiera la verdad. ¿Acaso es eso? ¿Se enteró? ¿Y por qué me importa? ¿Por qué me importa si lo descubre y me odia?

Aprieto mis manos. A pesar de que sería mejor, no quiero que me odie.

—Dijiste que seríamos amigos —Mikel ladea el rostro y un mechón de cabello negro cae entre sus ojos—. Pero aquí estás, enojada quien sabe por qué, siendo una antipática.

Ah, era eso. Solo era eso. No se ha enterado de nada.

Soy una hipócrita, demasiado hipócrita. ¡Si se entera de la verdad y me odia no debería importarme! Y aun así, el estúpido alivio recorre todo mi cuerpo.

—No estoy enojada —repito.

Y esta vez mi voz suena más tranquila, tranquila de verdad. Me asusté tanto de que se hubiera enterado.

—¿En serio? —Mikel da un paso hacia mí y el calor de su cuerpo es insoportable para mis sentidos—. Entonces, ¿nos tomamos unas

fotos de amigos? Ya sabes, para el recuerdo. Creo que la máquina saca cinco fotos.

Me mira con una sonrisa que pretende parecer inocente, pero de inocente no tiene nada. Mucho menos con los ojos delineados de negro y el aspecto de vampiro malvado.

Todo esto es una tontería.

—¿Cinco? —resoplo—. No. Una.

—¿Tres?

—Dos.

—Hecho —Mikel sonríe.

Bueno, ¿qué tan terrible puede ser sacarme dos fotos con él?

Él se acerca al teclado de computador que hay en la parte frontal de la cabina, donde recién presto atención a la pantalla. Nos vemos enormes ahí, siendo grabados en todo momento. Que avergüenza.

Mikel hace algunos ajustes y la pantalla se torna sepia, así de un color medio envejecido.

—Ya sabes, soy un vampiro, hagamos una foto de época —dice, girándose hacia mí con una chispa de diversión en su mirada.

Ruedo los ojos, pero apenas puedo evitar que una sonrisa se escape de mis labios. ¡Maldito cuerpo traidor! No debería estar disfrutando esto.

Mikel pasa por mi lado, con un pequeño control en la mano, se sienta en la banca y tira de mi muñeca. Yo suelto un gritito porque caigo hacia atrás, sentada sobre él. Trato de levantarme, pero Mikel me sujeta de la cintura.

—Quédate quieta, enana, estamos haciendo una foto de rol y tenemos cinco minutos antes que se acabe nuestro turno.

—¿Cómo que de rol?

Desde la pantalla, veo como él rueda los ojos detrás de mí. Oh, dioses, observarme a mí misma, sentada sobre él, hace que se me acelere el pulso. La tela del vestido cae entre mis piernas abiertas y trato de juntarlas, pero apenas logro acomodarme encima de las suyas y el vestido no tapa casi nada de mis muslos.

El temporizador, que ha empezado a correr en una esquina de la pantalla, marca que aún quedan cuatro minutos y medios. Mierda, el tiempo pasa lentísimo.

—¿Lista? Voy a apretar el botón.

—¿Lista para qué? —digo, tratando de parecer tranquila, aunque mi estómago se aprieta, por el solo hecho de tener el brazo de Mikel rodeando mi cintura.

Mi mirada se encuentra con sus ojos azules en la pantalla, que destacan aún más por el delineado. Su pelo negro desordenado se mueve ligeramente cuando él ladea el rostro y lo inclina cerca del mío.

—Para esto —dice, mientras aparta con la mano el cabello que cae sobre mis hombros y apoya sus labios tibios en mi cuello—, se supone que soy un vampiro.

Contengo el aliento y aprieto la tela del vestido entre mis manos cuando muerde ligeramente la piel de mi cuello.

—Ya sé que te encanta ver lo que estamos haciendo en la cámara —dice Mikel, rozando mi piel con su boca al hablar—, pero trata de no ser tan evidente o la foto no saldrá bien. Cierra los ojos.

—No me des órdenes —digo y le doy un pisotón con mis tacones.

Él se queja, pero se ríe y me estrecha más contra su cuerpo. Yo trato de controlar los nervios y de encontrar la ira que bullía hace unos minutos dentro de mí, pero no está.

Solo tengo curiosidad. Un poco de enojo, pero más curiosidad.

Así que, cierro los ojos.

—Solo dos fotos.

—Ajá —dice él y supongo que aprieta el botón porque empieza el sonido de cuenta regresiva.

Son tres segundos, pero se me hacen eternos. Soy demasiado consciente de los labios de Mikel apoyados otra vez contra mi cuello. Del calor de su cuerpo abrazando el mío, de su olor a guindas, de cómo esto me recuerda haber estado hace pocos días sobre sus piernas, sin nada de ropa.

No, no. No pienses en eso. Venganza, recuerda tu venganza.

Suena el ruido que imita una cámara de foto, espero un segundo y abro los ojos. Veo nuestra proyección en la pantalla, donde mi propia imagen me devuelven la mirada, pero Mikel no levanta la suya. En vez de eso, deposita un beso suave en mi cuello y yo me estremezco.

—¿Por qué estás enojada? —pregunta y deja otro beso, debajo de mi oreja.

—No lo estoy —insisto, viendo en la pantalla como él acaricia la piel de mi cuello con su nariz y vuelve a dejar otro beso, un poco más abajo.

Empiezo a sentir calor. Demasiado calor.

—¿Y si acabamos con las mentirme? —murmura, con sus labios en mi piel.

Aprieto mis manos y quisiera levantarme, alejarme de él, pero no puedo apartar la vista de la imagen terriblemente sensual que tengo frente de mí, sentada con mi espalda contra su cuerpo, mientras deja más besos en mi cuello.

Mierda, estos han sido los cinco minutos más largos de mi vida.

No logro encontrar la voluntad para ponerme de pie. Tal vez no quiero ponerme de pie. Pero al menos consigo hablar.

—¿Por qué haces esto? Dijiste que querías ser mi amigo.

Siento el pulso rápido dentro de mis venas, el corazón agitado, el aliento de Mikel en mi cuello.

—¿Y tú quieres ser mi amiga? Porque, Catalina —dice, dando otro beso más abajo, cerca de mi clavícula—, los amigos no sienten celos del otro.

Aprieto más el vestido entre mis manos y trato de no perderme en los escalofríos que recorren toda mi piel.

—¿Por qué tiemblas, enana?

—Tengo frío.

Él deja de hacer lo que está haciendo —torturarme con sus besos —, y observa la pantalla, donde nuestras miradas se encuentran. Una sonrisa maliciosa se dibuja en su rostro de vampiro semidiós sexy.

—Puedo hacer que se te pase el frío. —Ladea el rostro y me mira a mí, a mí de verdad. No en la pantalla—. ¿No quieres hacer una foto un poco más... atrevida?

El corazón me golpea en el pecho y giro mi cara, dejando de mirar la imagen frente a nosotros, para mirarlo a él. A sus ojos azules, terriblemente cerca de los míos.

—No sé, ¿por qué no le dices a Daniela?

Mikel alza las cejas un momento, pero luego se inclina hacia mí y yo trato de permanecer relajada cuando apoya su frente contra la mía.

—Porque —dice, levantando la mano y acariciando mi mentón—, no es una foto que me sacaría con Daniela. Solo contigo.

Su olor a guindas me inunda y el pelo negro que cae sobre mi frente me hace cosquillas. Trato de respirar, de ser fuerte, pero no puedo. No quiero. Tal vez sí quiero una foto de los dos, aunque sea una maldita tortura para el resto de mi vida.

—Bueno, solo por la foto. No de verdad —digo, alejando mi rostro del suyo.

—Claro—dice Mikel y sonríe—, no de verdad.

Ruedo los ojos ante su sarcasmo, pero miro hacia el frente, a la imagen de nosotros en la pantalla.

Mikel corre mi pelo tranquilamente con la mano, dejando mi cuello bien expuesto otra vez. ¿En serio quedan tres minutos todavía? ¿Esto es una broma? Mierda. Tal vez sí tiene superpoderes útiles y está haciendo pasar más lento el tiempo.

—Separa las piernas.

—¿Qué?

Mikel rueda los ojos.

—Foto atrevida —dice, ladeando el rostro y mirándome desde la pantalla—, separa las piernas.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero las separo. Él sonríe y me estrecha aún más hacia su cuerpo, rodeando mi cintura con sus brazos, mientras con la misma mano que tiene el pequeño control para tomar la foto, empieza a deslizar los dedos por el interior de mis muslos.

—Relájate —murmura, acercando su boca otra vez a mi cuello—. Apoya tu cabeza en mí.

Inspiro y trato de relajarme, pero es imposible. Su mano sube acariciando mis muslos y tengo el corazón como loco.

—Enana...

—Ya, ya —digo y suelto el aliento.

Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo contra su hombro, cierro los ojos y trato de no suspirar cuando Mikel vuelve a dejar besos

cariñosos en mi piel. Su mano sube lentamente por mi muslo y suena el ruido del conteo de la cuenta regresiva, mientras sube más, acariciando más y más arriba.

Sus dedos llegan justo a la parte superior del interior de mis piernas, donde la tela del vestido cae entre mis muslos, cuando suena el ruido de la foto. Abro los ojos y observo como Mikel me besa, como sus dedos se cuelan por debajo de la tela, hacia mi entre pierna.

Creo que voy a morirme. Ya no quiero que sea solo una foto. Quiero más, y aunque sepa que debería largarme de aquí, ese es el problema con Mikel; siempre quiero más y no pienso. No puedo pensar. Solo quiero que siga.

Pero sus dedos se detienen y yo respiro agitada, mirando nuestra imagen.

—Puedo seguir, si quieres —dice, como si adivinara mis pensamientos.

—Creo que los amigos no hacen eso, Mikel —logro murmurar apenas.

—El problema —dice él, besándome debajo de la oreja y acariciando mi muslo justo al límite de mis partes íntimas—, es que ni de coña quiero ser tu amigo, enana.

No. No me digas eso, por favor.

Mi corazón se detiene. En serio se detiene. Y no respondo. Es imposible que lo haga, que le diga que no. Todo mi cuerpo se muere porque sus manos sigan recorriendo cada centímetro de mi piel. Estoy tan caliente, que no me importa nada. No me importa lo que pasó entre nosotros, no me importa si me dolió, ni si me duele de nuevo. Solo sé que necesito que me siga tocando.

—¿Quieres que me detenga? —murmura, besándome.

Quiero decirle que sí, que debería parar, pero niego con la cabeza. Él continúa besando mi cuello y la sangre palpita fuerte en todo mi cuerpo cuando desliza más la mano y sus dedos tocan mi entrepierna.

—Sabía que no tenías ropa interior debajo de este maldito vestido —dice Mikel y siento la sonrisa de sus labios contra mi piel.

No respondo. Trato de guardar silencio mientras me excito viendo

en la pantalla la imagen de lo que está haciendo. Levanto una mano y lo sujeto del cuello, para no deslizarme, para no derretirme sobre él mientras sus besos suben por mi piel hacia mi mandíbula, mi mejilla.

—Te extraño, enana —murmura, besando cerca de mi boca—, extraño dormir contigo —dice y deja otro beso en la comisura de mi labio, mientras, dioses, sus dedos se hunden dentro de mí y yo ahogo un gemido—. Extraño estudiar contigo, reírme contigo, estar sin ropa en una cama contigo.

Sus dedos se hunden más en mi interior y aprieto los labios para no hacer ningún ruido. Mierda, qué delicioso se siente. En la pantalla, veo el rostro de Mikel junto al mío, su pelo negro desordenado y sus ojos cerrados.

—¿Por qué me dices esto, Mikel? —Logro decir, con el poco aliento que tengo.

¿Por qué, Fakediós, si solo estás jugando conmigo?

Él toma mi rostro y lo gira para que lo mire. Mis ojos encuentran los suyos y se inclina hacia mí, rozando nuestras narices.

—Porque te quiero enana, ¿no te lo he dicho ya?

Sí. Y cuando lo dijiste era mentira.

El recuerdo de cómo me dolió encontrarlo besándose con Javiera es suficiente para que todo el calor dentro de mí se esfume.

Aparto su mano y antes de que pueda hacer cualquier cosa para acabar con la poca voluntad que me queda, me levanto y me alejo de él.

—Tal vez no quiero que me digas mentiras.

Veo la decepción en sus ojos. O tal vez es pena. No sé qué es esa emoción abrumadora que cruza su mirada azul, pero no me importa. ¡No quiero escuchar más sus mentiras!

De pronto estoy tan enojada como antes. ¡Mierda, odio que me haga sentir así! En un momento estoy furiosa, en otro estoy rendida entre sus brazos, y ahora enojada otra vez.

¡Qué mierda me pasa!

Mikel abre la boca para decir algo, pero alguien golpea con fuerza la puerta de la cabina.

—¡Ey, ya se acabó su tiempo, salgan!

Él parece triste, pero le doy la espalda y salgo hacia el pasillo.

Reprimo el escalofrío que me recorre mientras me abro paso entre mis amigos que ríen de quizás que cosa que hacían ahí afuera. Me alejo caminando, tratando de no temblar por el cambio de ambiente, por el viento de la noche contra mi piel, comparado con el calor de Mikel abrazándome.

¡Por qué me dejé llevar! ¡Soy una tonta! ¡Siempre seré una tonta mientras él esté aquí! Porque no puedo contenerme cuando me toca. No puedo pensar cuando susurra cosas a mi oído, cuando sus malditos ojos, sus hermosos ojos me miran.

Me alejo por el pasillo, dejando atrás las máquinas y la voz de Fernanda que me llama.

Quiero estar lejos de Mikel. No puedo continuar cerca de él o siempre terminaré cediendo. Terminaré rendida entre sus brazos mientras me sigue haciendo daño, mientras mis sentimientos son una maldita tormenta que me destruye.

ϟ Mikel ϟ

Salgo de la cabina, agitado, confundido por lo que acaba de pasar. Catalina se aleja y la sigo, antes de que se pierda entre la gente. Cruza el jardín y luego la veo entrar por el pasillo que lleva hacia las residencias.

Corro y al fin la alcanzo.

—¡Enana, espera! —La tomo de la muñeca y ella se detiene, aunque no me mira—. Por favor hablemos, no te vayas así, por favor.

Ella observa a nuestro alrededor. Estamos solos en un corredor en penumbras. Los demás celebran en el área del gimnasio, donde se desarrolla lo principal de la fiesta.

No levanta la vista hacia mí. Tiene los labios apretados, como si se contuviera de mandarme al carajo.

—Por favor, no te vayas. Háblame, Catalina, no entiendo qué te pasa.

Sé perfectamente lo que le pasa. Pero no lo puedo decir. Coño, maldito Atarrabi, ¿por qué me obligó a hacer esa estúpida promesa?

Catalina mira nuestros pies un momento y luego levanta los ojos hacia mí.

—¿Por qué no me dejas en paz? Y no, no me digas palabras mentirosas como las que dijiste ahí dentro. No las quiero escuchar.

De un tirón, quita su muñeca de entre mis dedos.

—Enana, solo dime qué es lo que te molesta. Para que podamos hablarlo.

Por favor, suelta la verdad. Solo eso. Solo lo suficiente para que yo pueda hablar las cosas sin que se rompa mi promesa.

Ella mira el suelo otra vez. Parece pensarlo un momento, parece dudar. Siento un nudo en mi estómago, porque lo único que quiero es que me hable y no sé cómo.

Finalmente, niega con la cabeza, moviendo su cabello castaño de un lado a otro.

—No sirve hablar, Mikel. Porque no te creo nada.

Sus palabras son como un cuchillo. Como algo que se entierra en mi pecho. De pronto, soy consciente de lo solos que estamos en este pasillo y cuando levanta sus ojos, que tanto amo, veo el miedo en ellos.

—No quiero creerte nada, nunca más.

Y me quedo helado, vacío. No puedo decir nada, porque sus palabras son horribles. Ella siempre confió en mí. Cuando Atarrabi le dijo que yo era un mentiroso, cuando le dijo que yo era una mala persona, ella siempre confió en mí.

Yo amaba como ella confiaba en mí.

Catalina abre la boca para añadir algo, pero la voz de Sebastián llega desde detrás de mí.

—¿Cata, estás bien? ¿Por qué te fuiste así? —Sebastián pasa por mi lado, la toma de los hombros y la observa—. Oye, ¿qué ocurrió?

Me lanza una mirada acusadora y yo no digo nada. Catalina aprieta los labios y me da la espalda.

—Quiero irme.

No me lo dice a mí. Se lo dice a él.

Un peso oprime mi pecho cuando Sebastián toma su mano.

—Vamos, Cata.

Los dos me ignoran y caminan por el pasillo que lleva hacia las

habitaciones, perdiéndose en la oscuridad. Y yo me quedo aquí, de pie, porque no puedo hacer nada. Porque sus palabras no dejan de repetirse dentro de mí.

No quiero creerte nada, nunca más.

Joder, en serio la perdí.

Sé lo que va a pasar ahora. Sé por qué se va con él. Sé lo que quiere hacer con él.

Y no puedo impedirlo. No por lo que dijo Haize.

No puedo impedirlo porque... ¿de qué sirve?

Nada tendrá sentido entre nosotros porque lo arruiné demasiado.

Ella no confía en mí, ni quiere volver a confiar en mí.

62 Deseo, parte 4

♡ Catalina ♡

La habitación de Sebastián está tibia, pero aun así yo sigo temblando, después de mi conversación con Mikel. Es como si cada parte de mi cuerpo quisiera volver a estar calentita entre sus brazos. No logro quitarme de encima sus ojos decepcionados, de su voz quebrada cuando me pidió que me quedara.

Pero no puedo volver. Solo está siendo caprichoso porque no le hago caso.

Me siento en la cama de Sebastián mientras él enciende la cafetera que hay en el escritorio.

Dioses, ¿por qué le solté todas esas cosas a Mikel? Hablé demasiado. Le dije que no quería creerle, pero se supone que no recuerdo nada. ¿Se habrá dado cuenta de que no tomé la poción? ¿Me estará odiando en este momento?

—Deberías beber algo —dice mi ex, mientras saca una taza del mueble y la pone debajo de la cafetera.

—Sí. —Suspiro y trato de quitarme de encima el recuerdo de Mikel —. Necesito más vodka.

No debería importarme si me odia. No debería.

—Me refería a café —murmura Sebastián, con la vez cargada de reproche.

—Lo que sea.

La cafetera vibra y el agua comienza a caer en la taza. Sebastián prende la música en su celular y lo deja sobre el escritorio. El reguetón suena mientras empieza a emanar aroma a café. Tal vez eso ayude a quitarme el olor de Mikel, que es como si se hubiera quedado impregnado en mi piel. Impregna toda esta habitación, en realidad. Ojalá también pudiera borrar la imagen de su rostro decepcionado.

¿Por qué se decepciona? ¿Si es él quien siempre estuvo jugando conmigo? Menos mal hui de ahí. No quiero sentirme en las nubes y volver a quebrarme otra vez.

Sebastián se acomoda a mi lado y tomo la taza caliente que me ofrece. Sí, el olor a café se siente bien. Le doy un sorbo, pero me tenso porque Sebastián pasa unos dedos suaves por mi mejilla, limpiando las lágrimas que recién empezaban a descender.

—¿Por qué insistes en enredarte con él si vas a terminar así?

Me estremezco, recordando las manos de Mikel en mis piernas, sus labios en mi rostro hace unos minutos. En el momento en que me acarició, olvidé de todo lo que se suponía tenía que hacer. Dejé que me tocara, abrí mis piernas para que sus dedos se perdieran en mi interior y provocaran esos espasmos de placer, que de solo pensar en ellos vuelven a erizar mi piel.

¿Por qué me entrego a Mikel de esa forma físicamente?

—Cuando estoy con él no pienso —murmuro y doy otro sorbo de café, evadiendo los recuerdos de esa pantalla en la que veía como me tocaba. No. No pienses en eso. Dioses, ni siquiera sé dónde quedaron esas fotos—. Gracias Seba, me siento mejor.

En parte es cierto; el líquido tibio que llena mi estómago me calma. Dejo la taza en la mesita de noche y suspiro. ¿Ahora qué?

Ni de coña quiero ser tu amigo, enana.

Ay, necesito un momento, no puedo dejar de darle vueltas a lo que pasó. Es que, dioses, ¡qué rabia me da! ¡Mikel es un egoísta! Solo le interesa ser un dios, ¿para qué me busca si luego, en cien años, ni siquiera me va a recordar?

¡Cómo se atreve a decirme que me quiere!

—No empieces a enojarte de nuevo —dice Sebastián y toma mi mano.

Recién entonces me doy cuenta de que estaba apretando otra vez la tela del vestido entre mis dedos. Él los acaricia con cariño y yo suelto la tela.

—No me gusta verte así, Cata. Yo te dije que Mikel era un chico superficial. Me cae bien, pero es obvio que solo está preocupado de sí mismo.

—¿Estás contento? —Giro mi rostro hacia Sebastián, que me mira con el ceño fruncido—. ¿Eso quieres? ¿Recordarme que me equivoqué y no te hice caso? Si, es... —Pero me detengo. No debería desquitarme con Sebastián—. Lo siento, no quise hablarte así.

Su mirada se suaviza y levanta una mano hacia mi cara. Aparta con cariño el mechón de cabello que cae sobre mi frente y acaricia mi mejilla, haciendo que mi estómago se apriete. Estamos solos, muy solos. Nuestros cuerpos demasiado cerca.

—No, Cata, no estoy contento. No es por enrostrarte tus errores. Lo que quiero recordarte —dice, deslizando sus dedos hacia mi mentón y alzando mi mirada—, es que te dije que cuando esto pasara, yo estaría ahí. Porque te quiero, y a diferencia de Mikel, siempre te voy a querer. Fuiste mi primera novia. Pero además eras mi amiga. Esos cariños no se olvidan.

El enojo en mi interior se calma. Porque sé que está hablando en serio. Sus ojos dorados, que antes amaba tanto, son sinceros. Ojalá pudiera volver a quererlos de la misma forma, dejarme llevar y olvidarme del estúpido Fakediós.

—Gracias, Seba —digo y aprieto su mano.

Él suelta el aliento y se acerca un poco más a mí. Nuestras piernas se tocan y cuando me mira y ladea el rostro, uno de los rizos cobrizos de su pelo cae al costado de su mejilla, desordenado.

—Sé que me pediste que te ayudara a mentirle a Mikel. Que él pensara que te habías olvidado de él y te seguí el juego en algo que no tenía ningún puto sentido para mí. Le dije que me acostaría contigo porque me lo pediste. Sin cuestionártelo. —Sebastián toma mi rostro entre sus manos y siento mi cuerpo tenso, porque antes de que lo diga, veo lo que hay en sus ojos, sé lo que pretende—. Pero no tiene por qué ser mentira.

Mierda. Es verdad, en serio quiere hacerlo. El deseo enciende sus ojos y yo..., mierda, solo puedo pensar en el maldito Fakediós. Porque mi ropa aún huele a él, porque su sudadera del equipo de básquetbol está sobre los pies de su cama, porque todo me recuerda a él.

—Deja de pensar en Mikel —dice Sebastián, siguiendo mi mirada y se inclina más hacia mí. Yo sujeto sus muñecas, pero no me alejo —. Mírame, Cata. Dame una oportunidad, ¿sí? Una noche. Tal vez, solo necesitas quitarte la idea de que Mikel es el único chico en tu vida.

Sus ojos recorren mi boca y no me aparto porque esto era lo que

yo buscaba. Lo que necesitaba que ocurriera, está ocurriendo.

Quería vengarme, ¿no? Pero si era eso, ¿por qué no se siente bien?

Sebastián acaricia mi mentón y, mierda soy hipócrita. ¿Vengarme? Solo quería que Mikel viniera tras de mí.

Pero cuando lo hizo... no pude creerle. Ya no puedo creerle.

—No me gusta verte así —murmura Sebastián, ajeno a las dudas de mi interior. Sus labios están muy cerca. Él baja una de sus manos y aferra mi cintura, apegándome más—. Solo puedo ofrecerte una noche para que trates de olvidarte de él, por un rato.

Ya no hay vuelta atrás, debería acabar con esto y dejar que Mikel sea un dios. Lo que siempre quiso. Algo que ni siquiera soy capaz de imaginar.

Al menos, así alguno de los dos va a ser feliz.

Y por eso, dejo que Sebastián se acerque más, aunque su calor no es suficiente para apagar el frío que siento dentro. Él apoya su boca en mi mejilla y cierro los ojos, sintiendo el aroma de su perfume cítrico. Busco su mirada y aparto un mechón de cabello que cae sobre su frente.

—Antes —murmura, con sus labios a milímetros de los míos—, antes solo tenías ojos para mí. Dame esta noche y verás que te sientes mejor —añade, sonriendo con malicia.

Miro sus ojos que reflejan la luz de la lámpara. Observo sus labios y cuando él se acerca más, me dejo llevar. Y nuestras bocas se encuentran, tibias. No como los besos falsos que me había dado estos días con él para fastidiar a Mikel. Este beso es real. El deseo con el que me aprieta él es real. Su respiración agitada es real.

Tal vez, es esto lo que necesito. Un chico de verdad, lindo y que me quiere, como Sebastián. Me afirmo de su cuello y le devuelvo el beso. Él es real, no como Mikel que se convertirá en un dios y se olvidará de mí. Ni siquiera será humano.

Basta, basta de pensar en Mikel.

Me dejo caer sobre el colchón cuando el peso del cuerpo de Sebastián me empuja contra la cama. Me besa con más ganas, una de sus manos se desliza hacia mi muslo y lo aprieta. Siento el roce de sus jeans entre mis piernas cuando pone la suya en medio,

separándolas.

—Seba... —murmuro, apartándome un momento, respirando agitada, tratando de pensar.

No, mala idea. No tengo que pensar. Tengo que hacer esto y, la verdad, no está tan mal. Es decir, ya lo hemos hecho antes. Hemos tenido sexo.

Él se detiene y me mira, conteniendo el aliento. Acaricio sus rizos cobrizos, que tanto me gustaban. Observo lo lindo que es y mi corazón se acelera. Me siento nerviosa. Nunca he tenido relaciones de forma tradicional con él.

Trato de no pensarlo, de relajarme. De que mi cuerpo se adapte a sus dedos, algo torpes. ¿Siempre fue así? Dioses, Catalina, deja de compararlo con Mikel.

—Cata... —murmura él, besando mi cuello. Me atraviesa un escalofrío, y no estoy segura si se siente bien.

Sebastián recorre mi pecho con sus manos, sobre la suave tela del vestido de diosa y desciende hasta mis piernas, mientras deja besos cariñosos en la piel cerca de mi hombro, toma las cadenitas doradas que afirman el vestido sobre mi muslo y las rompe de un tirón.

Respiro agitada, comprendiendo que hemos ido demasiado lejos cuando se aparta un poco y termina de arrancar el delicado vestido que me cubre. Quedo desnuda bajo sus brazos.

Sebastián me recorre con la mirada. ¿Por qué estoy tan avergonzada? El calor arde en mis mejillas, aunque el resto de mi cuerpo está erizado, frío.

Pero me entrego, porque tal vez tiene razón. Debo dejar que Mikel salga de mi vida.

ϟ Mikel ϟ

Coño, de verdad no quiero volver a la fiesta. Aunque mis amigos disfruten ahí dentro bailando y riendo, no puedo. No si ella está con Sebastián en esa habitación. Hostia. Está con él solo porque cree que necesita hacerme daño.

Porque no sabe cómo me siento.

No quiero creerte nada. Nunca más.

Tal vez sí lo sabe y simplemente ya no le importa.

Camino por el jardín de la universidad, perdiéndome en la oscuridad que se forma entre las sombras de los árboles y trato de contener la tormenta de emociones contradictorias que me invaden. Pero me cuesta. No sé identificar qué es esto que siento. Solo siento que… voy a estallar, que algo se acumula en mis entrañas. No sé si rabia o miedo. Pena. Tan distinto a lo bien que me sentía en esa pequeña cabina de fotografías con el calor de Catalina contra mi cuerpo.

¿En qué momento pasé a necesitarla tanto?

Me detengo. Hay algunos estudiantes borrachos deambulando y se oyen sonidos sexuales entre los arbustos.

Joder, no quiero escuchar eso. Me hace pensar en que tal vez ella esté... No. No. Basta, qué mente tan masoquista.

Mejor me voy de este lugar, pero, ¿a dónde?

El móvil vibra en mi bolsillo y lo busco rápido, pensando que puede ser Catalina. Que tal vez quiere hablar, pero es el desagradable de mi hermano.

>ImbécildivinoN1°: Siempre podemos volvernos a Euskadi, hermanito.

Lo ignoro y camino hacia el pasillo que lleva a las afueras de la universidad. Lo mejor es que me vaya al hotel de Haize. Pero no he dado muchos pasos cuando el móvil vibra otra vez. Y aunque una parte de mí no quiere hablar con Atarrabi, no puedo ignorarlo. Estoy nervioso, ansioso y leer los mensajes de mierda de mi hermano es mejor que pensar en cómo Catalina está con Sebastián.

Enciendo la pantalla y veo lo que escribió. Vale, tal vez esto no es para nada mejor. Siento una profunda punzada en el pecho cuando leo lo que dice.

>ImbécildivinoN1°: No es necesario que sigas en Chile.

>ImbécildivinoN1°: El deseo se cumple esta noche. ¿Te lo dije el otro día o no?

>ImbécildivinoN1°: Aah, no, no te lo dije, porque te fuiste sin escucharme, como siempre.

Mi corazón late deprisa. ¿En verdad se cumple esta noche? Me detengo justo en la esquina del corredor que se divide en dos: el que lleva a las residencias, y por el otro lado, el que da hacia la salida del campus. El viento se alza, hace murmurar las copas de los árboles y un escalofrío me recorre. El aire se vuelve más frío.

>ImbécildivinoN1°: Oye Miki, cuidado, no te pongas emocional.

>ImbécildivinoN1°: Podría caer un rayo sobre alguien.

Guardo el móvil y lo ignoro, pensando en el deseo. Atarrabi no miente. Las Sorginas habían dicho que yo sería un dios para antes del solsticio, por lo que perfectamente ese momento podría ser hoy.

No, no. Odio esto. No quiero que el deseo de Catalina se cumpla. Miro hacia las residencias, donde ella se supone que está liándose con Sebastián y empiezo a desesperarme. El viento golpea con más fuerza y sé que debo controlarme, que no puedo dejarme dominar por las emociones. Pero, mierda, es difícil.

Entonces déjala. Las palabras que dijo Haize me hacen dudar. Que sea ella la que decida si acostarse o no con Sebastián, no intervengas. Atarrabi quiere que intervengas Mikel, pues no lo hagas.

A la mierda con Haize. A la mierda con Atarrabi. Ya sé que mi hermano probablemente desea que caiga en su juego y... no me importa.

Doy la espalda al camino de salida y corro hacia las residencias. Tengo que decirle, explicarle. Al menos... al menos ella tiene que saberlo. Que ya no me importa el deseo.

Mis pasos rápidos son ecos en los pasillos vacíos de estudiantes y doblo con tanta velocidad en la esquina que mis zapatillas emiten un chirrido sobre la cerámica. Me detengo jadeando frente a la puerta de nuestro dormitorio y escucho algo de reguetón dentro, nada más.

Saco las llaves, las introduzco y giro la manilla. Apenas empujo la puerta, los sonidos humanos se abren paso por sobre la música y me doy cuenta de que debería haber golpeado antes de entrar. Pero no lo hice, no lo pensé siquiera. Porque nunca creí que realmente Catalina estaría haciendo… esto.

Debería haber golpeado, porque lo que escucho, lo que veo, podría matarme.

Por un momento, no lo comprendo. Por un momento me flaquean las piernas y no, no es posible que esas respiraciones agitadas, que ese gemido provenga de ella, enredada entre las sábanas con Sebastián.

No veo bien a Catalina, porque él la cubre con su cuerpo, con las sábanas. Solo una pierna morena se asoma debajo de él y mechones de cabello castaño de ella que se desparraman sobre el colchón.

El pecho se me aprieta y no puedo apartar la mirada de ellos, que no me han visto, no me han oído; inmersos en los murmullos, el roce, los jadeos y la música.

—Te extrañaba, nena —dice Sebastián y su voz es como un cuchillo que parte mi alma.

Porque es mi alma lo que truena cuando la única respuesta de Catalina es otro gemido, oculta entre los fuertes brazos de él, cuyos músculos se tensan.

Y ese gemido me hace despertar del shock en el que me encuentro. Reacciono y bajo la mirada al suelo, mientras intento respirar. Pero ha sido peor. Solo sirve para que mis ojos se topen con su vestido de diosa, desordenado cerca de la cama y la realidad se vuelva aún más horrorosa.

Retrocedo, no quiero saber más. No quiero oír más. Incluso el aroma de sus cuerpos calientes se ha colado hasta mí y me mareo, no quiero respirar más.

Me alejo y todo es negro a mi alrededor. No sé si estoy cruzando el pasillo, si estoy cruzando la calle, si los truenos que retumban con fuerza vienen del cielo, de la tormenta de mi mente, o del corazón que me duele, como si hubiera sido partido por un rayo en el centro de mi pecho.

Calma, Mikel. Respira.

Pero duele.

Cierro los ojos y me detengo, en una calle cerca del hotel de Haize. ¿En qué momento he llegado hasta aquí? Se escuchan algunos gritos de personas que pasan corriendo por mi lado y

cuando logro quitarme la imagen de Sebastián sobre Catalina de la cabeza, caigo en cuenta del desastre que hay a mi alrededor.

En las penumbras de la noche, la gente corre a refugiarse. Los árboles se inclinan de un lado a otro a merced del viento y un trueno retumba con fuerza. La lluvia empieza a caer como una cascada sobre Valparaíso y en pocos minutos soy el único de pie en medio de la acera, con el agua empapándome.

Duele.

¿Por qué duele así? ¿Por qué me importa tanto que esté ahí, con Sebastián? Aprieto mis manos, con el recuerdo de la cabina de fotos, de la humedad de Catalina aún en mis dedos. De como me miraba en ese momento, de como ella quería más. De como yo *necesitaba* más.

Alzo los ojos hacia el cielo y mi cabello se agita con el viento, la lluvia escurre por mi rostro, mientras observo los relámpagos que parecen burlarse de mí. Del dolor horrible que siento en el pecho.

Y mientras los rayos se retuercen sobre el puerto, provocando un caos, comprendo por qué duele tanto. Y es que sé que ella quería estar conmigo, en mis brazos, no los de él. Pero está ahí porque *quiere* olvidarme. Porque *quiere* apartarme. Porque de verdad esta vez la perdí. Porque le hice daño.

Y siento que me ahogo. Los truenos retumban, los rayos caen y el viento destroza las tiendas, los postes de luz, los árboles y no me importa. No quiero pensar.

Tormentas, ¿cómo hago para que esto deje de doler tanto? ¿Cómo me quito esta sensación de impotencia? ¿De asco? Siento asco conmigo mismo, porque la chica de la que me enamoré ya no existe.

Nunca va a volver a confiar en mí, no existe porque yo... tormentas. Sé que yo provoqué todo esto y por eso me odio. Me detesto.

Y todo el odio que siento hacia mí mismo, se desparrama en destellos y caos sobre Valparaíso.

♡ Catalina ♡

Desnudos, completamente desnudos. Oh, dioses, esto sucedió muy rápido. Tal vez fue por lo que bebí, aunque estoy segura de que no fue demasiado alcohol. Sin embargo, en un momento nos besábamos acalorados y en otro ya yacíamos desnudos debajo de las sábanas. En realidad, desearía haber bebido más, porque de pronto soy demasiado consciente de cada lugar de mi cuerpo que Sebastián recorre con sus manos. Quisiera decir que siento escalofríos, que si mi corazón está agitado es por la excitación, pero no. Es más bien como si cada una de mis células quisiera salir corriendo.

Sebastián apoya todo su cuerpo sobre mí y solo escucho su respiración y el reguetón que suena desde el celular en la mesa. Suelto un quejido porque me aplasta con su peso. Él besa mi cuello y yo cierro los ojos, mientras mi ex me acaricia. Y cada caricia que pasa por mis pechos, por mis muslos, se siente... mierda, se siente mal.

Busco sus labios y lo beso, tratando de sumergirme en esto, de quitarme la tensión, pero no lo logro. Si se supone que finja que lo amo para que el deseo se cumpla, si se supone que necesito sentir un maldito orgasmo para engañar el deseo, esto será imposible.

—Cata, ¿estás bien? ¿Qué pasa? —Obviamente Sebastián nota mi confusión y se aparta, recostándose a mi lado. Me mira preocupado y acaricia mi pelo con cariño—. Cata, si no quieres hacer esto...

—Sí quiero —digo y de pronto siento ganas de llorar. Mi voz tiembla y aprieto los labios. Trato de calmarme, pero no lo logro.

—No seas pendeja, Cata. Puedes decirme las cosas. Yo solo... —Él se me pasa una mano por el pelo y me mira exasperado—. Lo siento. Pensé que podría funcionar.

—No puedo, Seba. —Me cubro el pecho con las manos, como si sirviera de algo—. Mierda, en verdad no puedo —Me cuesta hablar y los ojos me arden—. Yo también creí que tal vez...

Mi voz se quiebra.

Me aparto de él y me tapo con las sábanas. La piel bronceada de sus brazos, de su torso es tan linda, sus rizos cobrizos, sus ojos dorados y preocupados son tan hermosos, ¿por qué no puedo volver a sentirme bien con él? Los ojos me arden y también las lágrimas

tibias en mi mejilla. ¿Por qué con el cariño de Sebastián y lo lindo que es no puede producirme lo que Mikel logra solo con una mirada?

Mi ex me observa un momento en silencio. Finalmente, suspira y se sienta, sin cubrirse el cuerpo.

—Ojalá pudiera hacer que te olvidaras de él —murmura, mirándome con lástima.

Yo aprieto los labios y me limpio las lágrimas. Ese es el problema, que no *quiero* olvidarme de Mikel. Aunque sepa que me volverá a romper el corazón mil veces... Cierro los ojos y pienso en cómo estaba entre sus brazos hace un rato y, dioses, es el único lugar en el que quiero estar.

Soy una cobarde. Salí corriendo y me alejé de él porque soy una maldita cobarde.

Me siento al borde de la cama y me cubro los ojos con las manos. Maldito Fakediós.

¡No sé qué mierda hacer!

Si cumpliera ese deseo esta noche, él obtendría lo que más quiere. ¿No debería pensar en eso? ¿En hacerlo feliz a él?

Si lo quiero de verdad, como le dije a Haize, ¿por qué no cumplo ese tonto deseo para que se haga realidad su sueño de ser un dios?

Me giro hacia Sebastián que me observa silencioso, aunque no tengo idea qué podría decir para mejorar esta situación tan incómoda, desnuda en su cama sin saber qué hacer.

Me siento avergonzada. No puedo creer que haya llegado hasta esta situación solo por rabia. Por miedo. Por huir de Mikel.

Entonces, un trueno retumba con fuerza por sobre la música y me hace dar un respingo. Sebastián frunce el ceño y luego se escucha otro trueno más. Extrañado, él se inclina, toma el celular y apaga la música.

—¿Lluvia? Imposible —dice, pero está claro que es eso.

Ahora que la música ha dejado de sonar, el golpeteo de la lluvia que cae con fuerza sobre la universidad llega claro hasta nosotros. Y no solo eso. El murmullo de los árboles del jardín indica que afuera hay un vendaval.

Mikel.

Las emociones se arremolinan en mi interior y me levanto de un

salto para observar por la ventana, arrastrando las sábanas mientras cubro mi cuerpo. ¡Afuera es un caos de árboles inclinados a merced del viento y el cielo estalla en relámpagos!

No había ninguna tormenta anunciada para hoy. El clima era perfectamente primaveral. Puro sol, ni una puta nube. Es obvio que esto es cosa suya, pero ¿por qué? ¿Está mal por nuestra discusión? ¿O estará enojado? Tal vez se enteró de que no me tomé la poción.

Mi estómago se aprieta del miedo. No debería importarme, pero no puedo seguir engañándome. Todo lo que tiene que ver con Mikel me importa y nunca dejará de hacerlo.

Me importa tanto, que ni siquiera siento miedo de la tormenta, solo provoca que me preocupe por él. Si ha causado una tormenta tan grande, es porque no se encuentra bien. ¿Dónde estará? No en la fiesta, eso es seguro. Y si tampoco está aquí, debió irse al hotel de Haize.

—¡Oye, Cata! ¿A dónde vas, estás loca? —Sebastián estira su mano para sujetarme, pero yo me alejo—. ¡Hay una tormenta eléctrica y está todo mojado! ¡La weá es peligrosa!

Camino hasta la cama de Mikel, tomo la sudadera, impregnada de su olor dulce, y me la pongo. Me queda como un vestido, cubriendo mis muslos hasta un poco más arriba de las rodillas. Y mejor voy descalza, porque solo están esos tontos tacones del disfraz; me caeré si corro con ellos.

Me dirijo hacia la puerta y no me importa salir descalza con esta lluvia, el hotel no queda demasiado lejos. No sé qué mierda quiero realmente cuando abro la puerta, solo sé que necesito encontrar a Mikel, saber qué le pasa.

Saber qué *me* pasa.

—¡Eh, Cata, no vas a salir así con esa tormen...!

Pero, antes de que Sebastián me alcance, ya voy corriendo por el pasillo. En lo que tarda en ponerse algo de ropa, yo ya estoy llegando a la salida de la universidad.

Desciendo por las calles de Valparaíso y el frío cala hasta mis huesos. Algunas personas corren igual que yo, pero buscando ocultarse de la lluvia, en vez de internarse en ella. Tiemblo, empapada mirando la ciudad en penumbras que se despliega debajo

de mí. Las farolas iluminan de forma intermitente, erráticas a causa de los estragos de la tormenta. Al fondo, el mar es una mancha de oscuridad rasgada por relámpagos.

Mierda, me doy cuenta de la mala idea que fue esto cuando he recorrido unas seis cuadras. El recorrido al hotel lo creía más breve, pero claro, la ciudad parece muy distinta sumida en este caos. La lluvia ha empeorado desde que salí y el agua escurre por las calles inclinadas del puerto como si fueran riachuelos. Quizás tomé el camino equivocado.

Desde hace unos minutos, no he visto más personas. Claro, gente sensata que ya está dentro de sus casas.

Me detengo junto a una plaza donde hay unas palmeras altas que se me hacen familiares. Creo que el camino era por esta dirección, pero aunque busco distintos lados por los que cruzar la calle, no lo logro porque se ha inundado y tendría que meterme hasta más arriba de las rodillas para pasar.

Mierda, que frío tengo. Renunció a cruzar y busco refugiarme debajo de algún árbol de la plaza. Pero cuando llego, me doy cuenta de que las palmeras son delgadas y altas. Sus hojas no son para nada frondosas y no sirven de refugio. De hecho, puede que sea más peligroso quedarme a los pies de ellas, así que me alejo un poco.

Ojalá hubiera traído mi celular, pero ni siquiera lo llevé a la fiesta.

De pronto, estoy llorando como una tonta y el frío hace que odie todo. Odio haber salido a buscar a Mikel. Odio desear con toda mi alma que esté frente a mí y, a la vez, no quererlo.

¡Ah, la weá! Empiezo a sentir rabia conmigo misma. Por haberme metido en una situación tan estúpida. Me castañean los dientes de tanto frío y ando persiguiendo a un chico con el que me muero por estar, pero a la vez no, porque sé que me hará sufrir.

¿Puedo ser más idiota?

Un trueno retumba fuerte y reprimo el miedo que me produce.

—¡Ya para, estúpida tormenta! —grito, agitando mis manos y mirando los rayos que se retuercen como serpientes en el cielo—. ¡Maldito dios de las tormentas, es tu culpa!

¡Qué rabia!

—¡Ya no quiero ese estúpido deseo! ¡LLÉVATELO! —grito tan fuerte, que la voz me duele. Tiemblo de frío, de impotencia y lloro como una tonta porque todo esto se fue a la mierda.

Otro trueno resuena. Y otro. Y otro. Y los relámpagos vienen y van. Grito el nombre del dios Sugaar y lo maldigo y pareciera que los truenos me responden, los destellos en el cielo cada vez más cerca, el sonido cada vez más fuerte.

Debo parecer una puta loca. Pero no me importa.

—¿Me estás escuchando, dios de las tormentas? ¡RENUNCIO A ESE TONTO DESEO, NO LO QUIERO! ¡LLÉVATE TU ESTÚPIDA TORMENTA! —sollozo y me cubro los ojos con las manos.

El viento revuelve mi pelo y las hojas danzan a mi alrededor. El aire ruge, huracanado, como una carcajada siniestra. Se burla de mí.

Y de pronto ya no siento rabia. No sé en qué momento se fue. Ya ni siquiera tengo frío. Solo pena, tanta pena, que no puedo dejar de llorar.

—Llévate esta lluvia, llévate los truenos —sollozo y cierro los ojos, sintiendo la lluvia en mi cara—. Llévate a ...

No. Aunque seguro ningún dios me está escuchando, no puedo decirlo. No quiero que él se vaya.

Mi cuerpo tiembla y me abrazo a mí misma, sin poder contener los espasmos de mi pecho, las lágrimas que caen por mis mejillas, confundidas con la lluvia.

—Llévate ese tonto deseo, dios Sugaar —murmuro, mi voz perdiéndose entre los truenos y el viento—. Pero, no te lleves a Mikel, por favor.

ϟ Mikel ϟ

Ya casi llego al hotel. Y aunque me he calmado un poco, el pecho me duele como un infierno. Ojalá pudiera arrancarme lo que sea que me quema ahí dentro. Ojalá pudiera quitarme de la cabeza la imagen de Catalina entre los brazos de Sebastián.

Ojalá pudiera detener el desastre en el que he sumergido la ciudad.

Camino bajo la lluvia, pero me detengo un momento para tomar

el móvil y escribirle a Atarrabi, a ver si puede llevarse la condenada tormenta. ¿Por qué coño no la ha hecho aún? La ciudad va a colapsar si continúa.

Aunque no lo hice a propósito, invocarla ha logrado llevarse parte de mi enojo. Pero no logra llevarse la pena que tengo dentro.

Trato de no pensar en Catalina otra vez y busco el móvil en mi bolsillo. Sin embargo, apenas he metido la mano a mi pantalón me paralizo porque un escalofrío recorre mi espalda. Acabo de escuchar un grito, aunque por mucho que miro no hay nadie más que yo en las penumbras de la calle.

¡Llévatelo!

Joder, me giro y miro hacia las calles empinadas que llevan de vuelta a la universidad. ¿Qué coño? Esa fue la voz de Catalina, estoy seguro.

¡Llévatelo! Otra vez. Estoy seguro de que es ella ¿Por qué mierda la escucho así...?

Entonces, un relámpago especialmente fuerte estalla y, por un momento, la veo en mi mente. A Catalina. Su imagen, de pie bajo la tormenta, gritando a los cielos.

¿Qué carajo?

Ella estaba con Sebastián, pero esto que siento... No puedo estar equivocado; es similar a lo que siento cuando un humano pide un deseo a mi padre.

Mierda.

Catalina está invocando a mi padre, sola, bajo la lluvia, en medio de este caos.

El enojo que sentía, la rabia y el dolor, se esfuman. De pronto, solo siento un miedo terrible. Saco el móvil de mi pantalón y mi estómago se aprieta al notar que hay varios mensajes de Sebastián, preguntando si Catalina está conmigo.

¡Hostia! Marco su teléfono y espero impaciente a que me conteste.

—¿Aló, Mikel?

—¡Qué coño, Sebastián, Catalina no está conmigo, estaba contigo!

Te la estabas follando, de hecho.

Pero no lo digo y me guardo el odio que siento contra él, mientras intento escuchar lo que dice, a pesar del sonido de la lluvia que cae sobre mí.

—¡Se fue a buscarte! —Su voz al otro lado suena agitada, como si estuviera caminando—. O eso creo, ¡la he buscado por todo el campus y no la encuentro! Tampoco la han visto en la fiesta y puede que ella estuviera algo ebria...

La rabia crece en mi interior. ¿Ebria? Siento ganas de decirle que si estaba ebria por qué mierda estaba acostado con ella, pero me contengo porque la imagen de Catalina en medio de este caos que he creado provoca un escalofrío que recorre mi espalda. Un mal presentimiento se abre paso tan nítido como la imagen de ella gritando en la tempestad.

—¡Búscala, coño! —grito a Sebastián y luego corto la llamada.

Corro de regreso a la universidad, con todas mis fuerzas. ¿Qué carajo está haciendo Catalina? El corazón me golpea el pecho, la tormenta es una locura de destellos, árboles agitados y carteles que se desprenden de las tiendas.

¿Cómo la voy a encontrar? Le envío varios mensajes y la llamo, pero no contesta el maldito móvil y las calles están anegadas por la lluvia. Me abro paso como puedo y me mojo hasta las rodillas los pantalones, cruzando un paso especialmente inundado.

No siento frío e ignoro lo empapado que estoy. Ya voy a medio camino hacia la universidad y no veo a Catalina. La impotencia empieza a desesperarme.

Calma, joder. Eres un semidiós, debes mantener la calma. No soy un simple ser humano, esta tormenta la causé yo.

Me detengo en medio de la acera y cierro los ojos, tratando de apartar el enojo de mi interior, de alejar el miedo al mal presentimiento que me invadió.

Esta tormenta es mía. Por eso oí la voz de Catalina. Inspiro y siento el viento, el retumbar de los truenos. *Mis* truenos. Me concentro y hago un esfuerzo por sentir la furia del clima, de las nubes y la lluvia.

Y lo logro. Siento a Catalina. Es como una luz en la oscuridad de la noche. Un resplandor que parpadea y crece, más y más, porque

está a punto de invocar el lazo con mi padre.

Abro los ojos y correo de nuevo, siguiendo su presencia. No se encuentra lejos, en pocos minutos la veo en medio de una plaza, iluminada parcialmente por algunas farolas que aún funcionan. Me detengo, jadeando a unos metros. Tiembla, su ropa toda mojada, de espaldas a mí. Sus hombros se sacuden, como si estuviera llorando. Los árboles se agitan a su alrededor y unas palmeras altísimas se inclinan de forma peligrosa a pocos metros de ella. ¿Cómo se le ocurre estar ahí con este desastre?

Da igual, a pesar del horrible presentimiento que tuve antes, ella está bien. A pesar de lo mal que me hizo verla follando con Sebastián, solo siento alivio. He llegado a tiempo.

Camino en su dirección y por un momento, creo que todo está bien porque se encuentra frente a mí. Pero, entonces, el relámpago más fuerte de la noche estalla sobre nosotros. El tiempo parece detenerse y es como si todo ocurriera muy lento; la luz que emerge desde las nubes y serpentea furiosa hacia la tierra, hacia el puerto, hacia nosotros.

No. No hacia nosotros.

El relámpago cae directamente sobre la palmera alta que hay junto a Catalina. El sonido es un latigazo ensordecedor y con horror soy espectador de como la electricidad del rayo recorre el tronco, la energía buscando la tierra y se esparce por el suelo mojado.

Hacia Catalina.

Ella se gira y alcanzo ver el miedo en sus ojos en ese lento e infinito instante en que la electricidad se extiende hacia sus pies.

Y durante ese instante, el cielo, el mundo, se derrumba frente a mí.

63. Deseo, parte 5

♡ Catalina ♡

El estruendo es tan fuerte que por un momento creo que voy a morir. Jamás había escuchado algo así, como si se me partieran todos los huesos del cuerpo.

Me giro por instinto y siento pánico ante el destello de luz, la descarga de la electricidad que viene por el suelo mojado directo hacia mí. Sé que es imposible que lo esté viendo. No debería poder ser consciente de algo que solo sucede en una fracción de segundos.

Pero lo soy. Dejo de respirar porque la energía, esa electricidad azul y chispeante, carboniza la hierba mojada por la que pasa en su camino hacia mí. Se retuerce como si luchara contra otra fuerza, como si no pudiera alcanzarme con la velocidad que normalmente la habría impulsado y que ya me habría matado.

Retrocedo un paso, y sé que no sirve de nada porque no puedo moverme tan rápido como un maldito rayo eléctrico, pero la energía no llega hasta mí. Cuando está a punto de tocarme se desvía como una serpiente con vida propia.

Impresionada, me volteo veo el rayo eléctrico que recorre el suelo, algo hermoso y terrorífico a la vez. Es tan fascinante que aleja incluso el miedo que sentía.

Y entonces, lo veo, a él. Alto, de pie en medio de la noche. El cabello negro de Mikel revolotea al viento y aún va vestido con la chaqueta de cuero y los jeans oscuros de su disfraz.

Levanta un brazo, extendido hacia acá y la descarga de electricidad va directamente a su encuentro, como si él la llamara.

Ahora sí siento miedo. Terror.

El rayo se expande por el suelo mojado hacia él y el olor a del pasto quemado inunda mis sentidos, sacándome de mi aturdimiento. Pareciera que el tiempo se acelera de nuevo y veo con horror como la descarga eléctrica impacta contra Mikel.

Se escucha otro estruendo y él se convierte en un estallido de luz. Durante un instante, no es más que una silueta envuelta en ese

fogonazo eléctrico y azulado. Jadeo, encandilada por el resplandor y aterrada de la posibilidad de que esa cosa haya caído sobre él.

Silencio.

Todo es puro silencio durante un momento.

La lluvia deja de caer, el viento detiene su furia y solo hay oscuridad, mi respiración agitada y Mikel que cae de rodillas frente a mí, su cuerpo resplandeciente de chispas azules de energía.

Corro hacia él y su nombre escapa en un grito angustiado de mis labios, sin importarme la electricidad que aún salpica su piel.

¡No, no, no! ¡Está demasiado quieto! El miedo me asfixia. Pero me detengo antes de tocarlo, a medio metro de él, porque sus hombros se agitan y escucho su respiración, aunque no puedo ver su rostro en sombras bajo el pelo negro y lacio, mojado sobre su frente.

Está vivo. Dioses de las tormentas, claro que está vivo. Es Mikel y solo... es solo un poco de electricidad para él.

Aun así, cuando alza el rostro hacia mí, hay verdadero terror en sus ojos azules. Destellan como la energía que aún emite su piel.

Me quedo inmóvil, aliviada de que esos ojos mágicos continúen brillando. Casi no recuerdo por qué estaba aquí gritando en la tormenta como una idiota. Solo soy capaz de agradecer que él esté bien.

El agujero en mi pecho que me ha angustiado durante días es como una daga, pero ahora no me importa, porque Mikel está bien.

—Enana —murmura él, de rodillas, mirándome. Por un momento veo como el terror de sus ojos se convierte en rabia. Y luego, en un segundo, hay miedo en ellos otra vez, como si luchara con una tormenta de emociones en su interior, igual que yo—. Enana —repite y entonces, su piel deja de emitir ese brillo azul—, joder, enana, yo... —su voz se quiebra.

Me acerco un paso y Mikel, sin levantarse, tira de mi ropa, me atrae hacia él y rodea mi cintura con sus brazos. Su chaqueta de cuero mojada. Hunde su rostro en la sudadera que llevo puesta —que es suya, de hecho, y está empapada también—, y yo me quedo muy quieta, sin saber qué hacer, qué mierda siento, en medio de esta plaza en penumbras, de pie sobre el suelo carbonizado y los

árboles silenciosos.

—Mik... —pero me interrumpo, porque él me aprieta más y sus hombros comienzan a agitarse de nuevo.

Y empieza a sollozar. Un escalofrío me recorre y la angustia me invade porque él llora, con el rostro hundido en mi vientre, estrechándome con fuerza.

Mierda, es horrible verlo llorar. Empiezo a temblar, no sé si por el frío, porque estoy descalza sobre el suelo empapado, o por lo terrible que es sentir los espasmos de su pecho mientras llora desconsolado, como si no fuera capaz de detenerse.

El viento sopla de nuevo y me atrevo a mover mi mano. Acaricio su pelo mojado y mis dedos tiemblan.

—Mikel, está bien. —Aunque no tengo idea qué es lo que está bien. Solo sé que no soporto verlo llorar así—. Oye, Mi...

—Lo siento —dice entre sollozos y su voz me hace callar—. Lo siento, enana. Lo siento —repite, sus hombros agitándose y su voz ahogada contra la sudadera—. Oh, joder, estás a salvo.

Algo doloroso se aprieta en mi pecho al verlo en esta situación. Un auto solitario pasa por la calle cerca de nosotros y mientras el ruido del motor se aleja, trato de pensar. Él sigue llorando, abrazado a mi vientre y yo no sé qué decir. ¿Dónde quedó la rabia que sentía antes? Siempre es así con Mikel. Mis emociones se confunden.

—Mikel, ya pasó. Todo está bien —murmuro aunque sé que es algo tonto, pero necesito decir cualquier cosa, porque su llanto es desgarrador.

—No. —Su voz ahora es tajante y me estremece. Mikel aparta su rostro un poco, sin soltarme, pero no veo su expresión, oculta bajo los mechones de pelo negro y mojado que caen sobre su frente—. No está bien, coño.

Ok, entonces no. Dioses, empiezo a asustarme. No sé si está triste o está enojado y no sé por qué me importa tanto. Tanto, que me he olvidado de mis propios miedos, de mi propio enojo.

—Mikel, no entiend...

—Ya déjalo —dice, apartándose otro poco. Afirma mis caderas con sus manos y levanta el rostro, lo que me deja ver sus ojos enrojecidos y pestañas mojadas—. déjalo ya, por favor.

Su voz es oscura, grave. El estómago se me aprieta.

—Que deje qué —murmuro, asustada de lo que está diciendo. Porque en realidad creo que sé qué es.

Mierda, que frío que tengo. Trato de contener los temblores de mi cuerpo. No hay nadie más que nosotros en la plaza solitaria y Valparaíso es un desastre; somos los únicos idiotas en medio de él.

Mikel me suelta y se frota el brazo por los ojos, como si quiera secarlos, pero está tan mojado que no sirve de nada. Contengo el aliento cuando se pasa una mano por el pelo, frustrado y, lentamente, se pone de pie.

—Por favor —murmura y su voz quebrada me produce un escalofrío—, por favor no sigas, Catalina. Ya lo sé, ¿vale? Lo sé desde hace días.

Mi estómago se retuerce de los nervios y levanto la mirada hacia la suya.

—Sabías ¿qué?

Mikel me observa, muy serio, con los ojos azules eléctricos en las penumbras de la noche. Ya no hay rastros de viento, ni de lluvia ni de relámpagos. Solo una siniestra calma, la plaza y la calle a nuestro alrededor hecha un caos, solitaria.

—Necesito que lo digas. Necesito que dejes de mentirme —murmura, sombrío.

Por un momento, desearía que me hubiera impactado ese rayo antes de tener que enfrentar la tormenta de emociones que hay en sus ojos.

—¿Sabías que no me tomé la poción?

Suspira y cierra los ojos un momento. No entiendo su reacción.

—¿Lo sabías? ¿Y no estás enojado?

—¿Enojado? —Mikel me observa como si estuviera loca—. ¿Enojado por eso? ¡No sabes lo feliz que estaba de que no te hubieras olvidado de mí! ¡Solo quería estar contigo! Pero tú.... —Una chispa de rabia cruza su mirada—. Coño, solo pensabas en seguir adelante tu idea de vengarte de mí.

Y yo como una tonta creyendo que él no sabía nada y sintiéndome mal. ¡Maldito Haize traidor, otra vez me mintió! Pero eso no me interesa. Lo único que sé, es que de nuevo Mikel estaba

jugando conmigo.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—¡Qué importa!

—Lo sabías, ¿y has estado actuando como si yo me hubiera olvidado de todo? —De pronto, la rabia vuelve a emerger. A pesar de que odio verlo así, destrozado como está ahora. A pesar del miedo que tuve de verlo alcanzado por ese maldito relámpago, no lo puedo evitar. Ha sido mucho, demasiada rabia acumulada dentro de mí durante semanas—. ¡¿Es qué no puedes dejar de jugar conmigo ni una maldita vez?! ¿Lo sabías y te acercaste de nuevo, haciendo como si nada?

Y sé que él también está molesto, porque la rabia nubla sus ojos azules.

—¿Jugando, yo? ¿En serio? —Mikel suelta un bufido y mira nuestro entorno; los árboles con ramas rotas, las calles con carteles destruidos. Solo una de las farolas de la plaza sigue funcionando y su luz débil roba destellos azulados de su cabello negro—. ¿Te parece que estoy jugando? —dice, haciendo un arco con el brazo, refiriéndose al caos que hay nuestro alrededor.

—¡No hagas como si te importara! —Retrocedo un paso, alejándome de él—. ¡No te importa esta ciudad! ¡No te importa nada más que ser un dios! ¿Y ahora se supone que te preocupas por mí? ¡Ni siquiera sé por qué estás llorando si en realidad te importo una mierda!

Entonces, me doy cuenta de que estoy llorando yo también. Y sé que estoy siendo hiriente, pero es que, ah, dioses, otra vez la furia me domina. Y empeora porque Mikel, todavía con los ojos enrojecidos, suelta una risa sarcástica.

—¿Cómo puedes decir eso? —El enojo hace arder cada una de sus palabras—. ¡Llevas dos meses mintiéndome, haciéndome sentir como una mierda porque crees que lo merezco! ¡Y tal vez lo merezco! —Mikel da un paso hacia mí y mi cuerpo se tensa. Su aroma a guindas impregna el aire húmedo—. Pero, joder, ¿es que no vas a perdonarme nunca? —La rabia desaparece de su mirada tan rápido como vino y de pronto sus ojos brillan tristes otra vez—. Enana, ¿en serio no vas a perdonarme jamás?

El corazón golpea con fuerza mi pecho, las emociones abrumándome. Parece sincero, pero todas las alertas en mi interior y me dicen que no le crea. Que está mintiendo. Me abrazo a mí misma, temblando y bajo la mirada.

No. No puedo con esto.

Tengo frío. Demasiado frío.

Le doy la espalda, pero no he dado ni un paso cuando él me toma de la muñeca.

—No, no te vayas. —Se acerca más y me rodea con sus brazos desde atrás. Intento apartarme, pero su calor me envuelve a pesar de que estamos los dos mojados y no tengo fuerzas para alejarme de él—. Por favor, enana. Hablemos, ¿vale?

Un sollozo escapa de mí, y Mikel me abraza con más fuerza y apoya su mentón en mi pelo. Me duele el pecho y no sé por qué tengo tanta rabia. Lo odio. Odio que parezca tan sincero. Que me haga creer por un momento que le importo.

Quiero creer que le importo.

Odio esto. Pero quiero creerle.

—Por favor, Catalina. Soy capaz de hacer lo que sea, pero... —Mikel suspira y siento su aliento en mi pelo—. No soporto que me mires así. Como si no me creyeras, como si no confiaras en mí.

—¿Cómo mierda voy a confiar en ti? —Me giro entre sus brazos y levanto el rostro hacia él, apoyando mis manos en su pecho—. ¿Estás loco, Mikel? —Lo empujo y retrocedo, pero mi espalda choca con un árbol—. Está bien, entiendo que lo nuestro era un juego, que estábamos fingiendo. Pero, yo creí... ¡Tú me mentiste! ¡Todo ese tiempo tú...!

—¡No te mentí! —Mikel se acerca y unas gotas de lluvia caen desde las hojas del árbol sobre nosotros, sobre su pelo—. Bueno, en realidad sí... te mentí.

Resoplo y lo miro furiosa.

—Pero la única vez que lo hice, que te mentí descaradamente —dice, torciendo los labios y acortando con otro paso el pequeño espacio entre nosotros—, es cuando dije que no te quería, enana.

Aprieto los labios y sostengo su mirada, tratando de controlar los latidos de mi corazón. Sus ojos azules brillan bajo las pestañas

mojadas.

—¿Cómo puedes decir que me quieres si estabas al mismo tiempo con Javiera? —La ira escapa entre mis labios al recordar ese momento—.¿Tienes idea todo lo que me dolió eso? ¿Lo estúpida, lo mal que me hiciste sentir?

Me observa e inspira profundo. Luego suelta el aliento como si le costara mucho lo que va a decir.

—Sí, lo sé. En verdad sé como te sentiste.

No respondo, pero dudo que lo sepa. Mikel tuerce los labios de nuevo y se pasa una mano por el pelo negro y mojado.

—Y por si te importa saberlo, nunca estuve con Javiera.

Suelto un bufido y trato de abrigarme con la sudadera, pero está empapada y vuelvo a temblar.

—En serio. —Mikel da otro paso y quedamos muy cerca—. Nunca me líe con Javiera, enana. —Levanta su mano y duda un momento, pero luego acaricia mi mentón, alzándolo para que lo mire a los ojos —. Lo siento. Siento haber hecho eso. Perdóname haberla besado frente a ti. Yo... —Mikel mira hacia un lado, niega con la cabeza haciendo caer gotitas de agua y luego me observa otra vez, dejándome sin aliento a causa de la sinceridad que hay en su mirada —. Yo sabía que no iba a poder apartarme y, por eso, traté de alejarte a ti. Tenía miedo, enana. Tenía miedo de quererte tanto.

Aprieto los labios y me estremezco cuando él toma mi rostro entre sus manos. Pero esquivo su mirada, incapaz de verlo a los ojos. Porque otra vez estoy creyendo sus palabras. Porque cuando me mira así, pierdo todas mis fuerzas.

—No es cierto —murmuro, temblando y no sé si es por el frío o porque él contacto de la piel de sus dedos en mi cara.

—Sabes que sí —Apoya su frente en la mía—. Sabes que sí, por favor, enana. ¿Puedes creerme algo de lo que digo?

Cierro los ojos un momento, pero pongo mis manos en su pecho, entre nosotros, alejándolo.

—No puedo. No quiero.

—Pero... No lo entiendo. —Suelta el aliento, frustrado—. ¿Por qué...?

—¡Porque no quiero eso otra vez! ¡No quiero que vuelva a doler

así! ¡Oh, pobrecito! —digo, agitando una mano y haciendo saltar gotitas de agua de las mangas de la sudadera que me quedan enormes—. ¡Pobre Mikel! ¡Tenía miedo y por eso decidió jugar con mis emociones! —suelto, sarcástica, y sé que estoy siendo hiriente. Pero no puedo evitarlo, tengo demasiada rabia—. ¡Qué haga lo que quiera con los demás porque él está demasiado asustado por NADA! ¡Porque es un cobarde!

—Coño, Catalina, ¿puedes dejar de estar tan jodidamente enojada? —Respira agitado—. Sé qué quieres estar conmigo, no lo niegues, porque lo siento cada vez que me tocas, cada vez que me miras. —Se pasa otra vez la mano por el pelo, en un gesto cargado de frustración—. ¿Tienes miedo? Vale, lo entiendo. —La mirada de Mikel se oscurece—. ¿Querías hacerme sentir mal? ¡Pues, ya lo hiciste! Te acostaste con Sebastián, así que sí, comprendo como te dolió. Porque te aseguro que eso, veros así a los dos, verte gemir entre las sábanas debajo de él, me dolió como no te imaginas.

A pesar del frío, el calor sube a mi rostro. Mierda, ¿nos vio? ¿En qué momento? Mikel hace un gesto de desagrado torciendo los labios, como si lo estuviera recordando y me avergüenzo aún más. A pesar de que sé que no hice nada malo, que nos haya visto así es... una mierda.

—Y sí, Catalina, entiendo que no quieras confiar en mí. Entiendo lo terrible que es que te rompan el corazón. Porque tú rompiste el mío en mil pedazos. —Su voz es filosa como un cuchillo—. Y lo pisaste bien fuerte en el suelo.

Aprieto los labios, los puños, tratando de no temblar. No sé si puedo hablar sin llorar otra vez. Me arden los ojos, me arde el pecho.

La mirada azul de Mikel es pura tristeza. Me duele terriblemente, pero supongo que es mejor así. Que me haya visto con Sebastián, que crea que me acosté con él y todo esto se acabe de una vez.

Duele. Me duele mucho. Pero no tiene caso explicar las cosas. No tiene sentido lo que sea que haya entre los dos.

—Así que sí, Catalina, tenía miedo. —Continúa él y yo escucho, resignada a que crea que estuve con Sebastián—. Pero no te atrevas a llamarme cobarde, porque, ¿sabes? —Inspira profundo y suelta el

aliento despacio—. La que no quiere enfrentar esto —dice, apuntándose a sí mismo y luego a mí—, eres tú. La que corrió a los brazos de su ex asustada, eres tú. Yo, enana, dejaría que me destroces el corazón cientos de veces antes de alejarme de ti.

¿Qué? Por un momento, no comprendo lo que acaba de decir. No puedo creer que me haya visto acostada con Sebastián y aun así él... Empiezo a sentirme mal. Estoy confundida.

Mikel da un paso hacia mí, duda un instante y luego aparta con cariño los mechones mojados de pelo que caen sobre mi frente.

—Ojalá algún día puedas perdonarme —murmura y mi corazón se aprieta ante el contacto tibio de sus dedos en mi mejilla, ante la sinceridad de sus ojos—. Mi hermano, al final te dijo la verdad —añade, con una sonrisa triste—. Siempre he sido un egoísta. Y sigo siendo un egoísta, porque intenté dejarte ir, pero no pude. Aquí estoy, buscándote otra vez. Y lo siento, pero seguiré haciéndolo.

La angustia se revuelve en mi pecho y me duele la garganta, con las ganas de llorar acumuladas ahí. Respiro agitada y trato de hablar.

¿En serio quiere estar conmigo a pesar de todo lo que ha pasado? Tal vez tiene razón. Tal vez sí soy una cobarde y sí soy una hipócrita.

—Soy más egoísta que tú, Fakediós —digo y apenas logro controlar el temblor en mi voz—. Soy lo peor.

Mikel levanta mi rostro con suavidad y me observa con la confusión en sus ojos.

—¿De qué estás hablando? Si es por lo de Sebastián...

—No —interrumpo y mi voz titubea al hablar—. Yo... tú quieres tanto ser un dios y yo...

No puedo continuar. El llanto se me escapa. No logro respirar sin que mi pecho se agite y las lágrimas caen sin control por mi rostro. El viento sopla, haciéndome temblar más y Mikel me abraza.

—Enana, déjalo ya. —Apoya su frente en mi pelo—. No llores más, por favor —dice y su voz también es temblorosa.

Pero yo empujo su pecho y niego con la cabeza, tratando de respirar.

—Soy lo peor —repito y me abrazo a mí misma, tiritando, extrañando su calor, pero incapaz abrazarlo sin sentirme mal—. Lo siento, Mikel. El deseo no se cumplió... no se va a cumplir.

—Sí, ya me di cuenta —dice él, con una sonrisa triste—. Te dije que no podías engañar algo como el amor, enana. Acostarte con Sebastián no iba a...

—¡No me acosté con él! —Mi voz se quiebra, mis manos tiemblan cuando lo miro a los ojos, a esos ojos azules confundidos—. ¡No me acosté con él! ¡Porque no quiero cumplir ese maldito deseo! ¡No quiero que seas un dios! —Sollozo—. ¡No quiero que te vayas! ¿Crees que eres egoísta? Mierda, Mikel, ¿en qué me convierte eso a mí? Que tengo en mis manos la opción de darle al hombre que quiero aquello que siempre ha deseado. Podrías convertirte en un ser maravilloso e inmortal, pero no... yo no... no puedo. No pude.

—¿Cómo? Qué dices, si yo os vi ahí liados, luego llegaste aquí con su ro... —Se interrumpe y frunce el ceño mirándome bien—. Ah, es mi ropa. Joder, ¿en serio no te acostaste con él?

Parece confundido y yo no puedo dejar de llorar.

—¡Claro que no me acosté con él! ¿Cómo me voy a acostar con él? —Me paso las manos por los ojos, pero es imposible detener las lágrimas que no dejan de caer—. ¿Cómo voy a hacerlo si no quiero tocar a otro más que a ti? ¿Si no puedo dejar de sentir tu aroma ahí donde quiera que vaya? ¿Cómo, Mikel? ¿Cómo? Si yo… —Alzo el rostro y sostengo su mirada sorprendida—. Si yo soy una tonta, Mikel. Porque, aunque vayas a ser un dios, aunque en cien años no recuerdes ni siquiera mi nombre, yo... yo me enamoré de ti.

Él parpadea y separa los labios, sin decir nada. El agua cae de sus pestañas, de su pelo negro que se agita ligeramente con la brisa de la noche.

Dioses, de pronto es como si desenterrara algo que llevara mucho tiempo clavado en mi interior. El pecho me deja de doler. Mi voz deja de temblar e incluso el frío se aleja, como si algo cálido se encendiera en mi alma, en todo mi ser.

—Te amo, Mikel. —Inspiro y aprieto los puños—. Como nunca voy a amar a nadie más.

Y cuando lo digo, sé que es cierto. Lo amo. Él abre mucho los ojos y yo voy continuar, porque de pronto es como si me liberara. Como si las palabras quisieran escapar en un torrente.

—Y aunque sé que tú nunca vas a...

Pero no termino de hablar, porque en un instante Mikel me empuja y mi espalda da contra el árbol. Rodea mi cintura con un brazo y tapa mi boca con su mano libre, impidiéndome continuar.

—Shhh, cállate enana —dice, hablando despacio y mirando alrededor, como si fuera a encontrar a alguien espiando entre las sombras. Apega su cuerpo al mío y baja su mirada hacia mis ojos—. No repitas eso. Quizás nadie escuchó.

Yo trato de hablar, pero su mano me cubre la boca y la nariz. Le doy unos golpecitos para que la quite y él parece recordar que necesito respirar. Retira despacio sus dedos y cuando inhalo para decir algo, se inclina y apoya sus labios tibios sobre los míos.

—Shhh —dice, con su boca contra la mía—. No lo repitas, ¿vale?

Asiento, como una tonta, con el corazón acelerado solo por el contacto de nuestras bocas.

Mikel me da otro beso rápido, pero luego se aparta un poco y se mira las manos. Frunce el ceño, se arremanga las manos de la chaqueta negra y estudia sus brazos, mientras yo intento no pensar en el cosquilleo que su beso dejó en mis labios.

—¿Qué estás haciendo?

—No soy un dios —dice, soltando un suspiro de alivio. Me mira, con una media sonrisa en el rostro—. Todo está bien, igual que siempre. Me asustaste, enana.

¿Qué? ¿Acabo de decirle que lo amo llorando como una idiota, y yo lo asusté?

—¿Qué weá estay diciendo?

Él se acerca de nuevo y me pasa una mano cariñosa por el pelo, quitando los mechones mojados de mi cara.

—No me convertí en un dios —dice, con una sonrisa alegre en su rostro.

—¡Obvio que no!

Él frunce el ceño.

—¿Cómo que obvio? ¿Acaso me mentiste con lo de no estar con Sebastián? No, no... no digas *eso* que dijiste de nuevo. —Apoya su dedo pulgar en mis labios cuando abro la boca para replicar—. Dejémoslo así.

—¡No te mentí, idiota! —digo, apartando su mano—. ¡No se

cumplió porque ya te dije como funciona! No se cumplió porque... —Mi voz tiembla y me detengo.

No soy capaz de decirlo, pero siempre lo he sabido. Siempre he sabido que no se cumpliría jamás con él. Porque él no me ama de regreso. Pero que lo supiera no impide que me invada la tristeza.

Y aunque me siento terriblemente aliviada por haber dicho al fin lo que siento, no puedo evitar que las lágrimas se acumulen mis ojos, me arden.

—Enana, si estás pensando lo que creo que estás pensando, estás loca. —Él se acerca de nuevo, me abraza de la cintura y con su mano libre levanta mi mentón. Un estremecimiento recorre mi piel y me pierdo en sus ojos azules—. Si crees que tu ridículo deseo no se cumplió porque no siento lo mismo por ti —murmura, penetrándome con su mirada—, es que no entiendes nada.

Voy a replicar, pero su rostro se vuelve muy serio y su mirada más oscura, por lo que me callo y una lágrima solitaria escurre hasta mi mentón.

—Hace rato, esta noche, creí que nunca podría quitarme de la mente la imagen de ti enredada desnuda en la cama con Sebastián —murmura y mi estómago se aprieta.

—Mikel, yo...

—No, déjame hablar. Catalina, escúchame. —Apoya su frente en la mía y suela el aliento despacio, provocando cosquillas en mi nariz. Busca mi mirada con sus ojos azules y algo se rompe dentro de mí cuando habla con voz débil, asustada—. Lo único que no podré quitarme jamás, es el terror de haberte visto ahí de pie, al alcance de un maldito rayo eléctrico que yo mismo provoqué. Porque, joder… —Su voz tiembla un momento y apoya el dorso de su mano con cariño sobre mi mejilla—. Porque si te hubiera ocurrido algo, enana, yo me muero.

Asiento, incapaz de hacer otra cosa, aturdida con lo que dice. Alrededor, pasan algunos autos por la calle, pero no hay nadie más en la plaza solitaria, en esta noche fría y mojada por la tormenta.

Dioses, no quería creer en sus palabras nunca más, pero es imposible que no lo haga, con la intensidad que hay en su mirada, con el alivio que veo en sus ojos azules.

—Pero, Mikel, el deseo...

—Pero nada —dice él y sonríe, provocando que algo tibio se encienda en mi pecho. Adoro su sonrisa—. No tengo idea por qué no me convertí en un dios o por qué tu deseo no se ha cumplido. Sin embargo, por si tuviera algo que ver, no diré en voz alta mis sentimientos. —Se inclina más hacia mí, apretándome con su cuerpo, empujándome contra el árbol—. Catalina Arrieta —murmura, rozando mi nariz de forma cariñosa con la suya—, ¿cómo te explico, sin palabras, lo que siento por ti?

Mira mis labios sonriendo con malicia, y mi sangre se acelera y a pesar de estar mojada solo siento calor. Un escalofrío me recorre. Trato de asimilar lo que dijo. ¿En serio está insinuando que él siente lo mismo por mí? Una burbuja de felicidad crece dentro de mi pecho, más y más grande. Me siento como si flotara. Y una vocecita odiosa me recuerda que así me sentí cuando dijo que me quería la primera vez, pero no le hago caso y la silencio.

Porque él...

—¿En serio estás...? —Trago saliva con dificultad, buscando su mirada—. ¿Estás feliz de no haberte convertido en dios esta noche?

Sus ojos recorren los míos un momento y luego se inclina y deja un suave beso en mis labios, que me hace temblar. Y no de frío.

—Estoy feliz de estar contigo esta noche, Catalina —murmura, rozando mi boca con la suya al hablar. Sus ojos buscan los míos y un destello de temor asoma en ellos—. ¿Puedo pedirte algo?

Yo me muerdo los labios, conteniendo las ganas de besar los suyos y asiento, observándolo. Sé que caí de nuevo en sus palabras, en sus sonrisas y en esos ojos azules.

—Enana, ¿podemos dejar de pelear? No quiero continuar fingiendo ni jugar a hacer como que no me estoy muriendo por ti. ¿Puedes...? —comienza a decir, pero se interrumpe. Acaricia mi mejilla con el dorso de su mano y sostiene mi mirada un momento —. ¿Crees que puedas volver a confiar en mí? ¿A intentarlo, al menos?

Algo se aprieta en mi estómago. Miedo. A pesar de que le creo, de lo que ha dicho... dolió tanto que me da pánico. Pero él tiene razón. Todo este tiempo he sido una cobarde, incluso antes de él.

Porque nunca tuve el valor de decirle te amo a Sebastián. Pedí ese tonto deseo porque era una cobarde.

Era.

No lo volveré a ser.

Mikel separa ligeramente sus labios y contiene el aliento, inseguro ya que aún no respondo. Así que lo hago.

Me empino en la punta de los pies, rodeando su cuello con los brazos y lo beso, con todo el deseo y el amor con que he querido besarlo todo este tiempo.

Haize

Es una noche oscura, deliciosa. Sin luna, sin estrellas. Encapotada de nubes negras y ninguna persona en la calle. De esas noches que me encantan.

Hostia, me gustaría estar borracho; esto se está volviendo aburrido de cojones. ¿Hasta cuándo van a discutir esos dos? Debí tomar más vodka. Solo bebí cinco botellas y a un semidiós como yo —no uno débil como Mikel— eso no le hace nada.

Ah, joder, ¡al fin se están besando! Me acomodo mejor en la rama del árbol y los observo, entre las sombras. Ya quiero irme al hotel, por favor que follen de una vez, o lo que sea.

Al menos se han terminado con eso de discutir como gilipollas.

Awww, pero de todas formas son tan tiernos y... un momento. Ese aroma a flores frescas...

Me bajo del árbol de un salto y doy la espalda a Mikel y Catalina. Camino tranquilamente por la plaza, nadie puede verme oculto entre las sombras, gracias a mi maravillosa katana. Olfateo el aire, buscando. Estoy seguro que lo sentí y... ahí está.

Atarrabi, con la espalda apoyada en una pared que divide esa sección de la plaza, vestido con ese tonto abrigo beige que lleva siempre. Oculta su presencia muy bien. Si no fuera por su olor que me trajo el viento, ni siquiera lo habría sentido. Normalmente su sola presencia me llena de ira, pero no hoy. Lo pasé demasiado bien en esa fiesta clandestina, y además, es uno de mis días buenos.

Tiene suerte.

Me acerco desde atrás, sorprendido de que esté ahí tan tranquilo sin su compañera. Aunque, seguro la diosa Mapuche esa anda cerca.

Me apoyo en la pared a su lado. Él no me ha percibido realmente, pero algún presentimiento tiene, porque se pone tenso.

—¿De cuándo eres un voyerista, Atarrabi? —digo, dejando caer el velo de sombras para que pueda verme.

Debo darle crédito, no ha salido corriendo como un maldito cobarde y simplemente se mantiene ahí, mirando hacia el otro lado del parque donde Mikel y Catalina hacen sus cosas románticas.

Sin embargo, percibo el ligero temblor en sus manos. La duda en esos ojos verdes y brillantes que tiene. El como hace un esfuerzo para mantenerse tranquilo.

Me causa un deseo terrible de provocarlo más.

—Estoy sorprendido de que no intervinieras antes, Haize —dice, sin responder a mi pregunta—. ¿En serio ibas a dejar morir a Catalina?

—Tal vez —digo, ladeando el rostro y mirándolo—. No me gusta que Mikel tenga otra persona favorita.

No es cierto. Está claro que si Mikel tardaba un instante más yo iba a sacarla de ahí, antes que ese rayo la alcanzara. Pero quedaban varias fracciones de segundo, mucho tiempo para alguien como yo.

—No me sorprende, eres igual de egoísta que mi hermano. —Atarrabi mete las manos en su abrigo y su pelo dorado se agita con el poco viento que hay—. Pero puedes estar feliz. El deseo ya se cumplió y Mikel volverá a casa.

Alzo las cejas y trato de buscar alguna trampa en sus palabras. Miro a Mikel al otro lado de parque, donde en este momento está abrazando a Catalina y me parece que su cuerpo y su energía, su aura, son las de siempre. Un mortal.

—No se cumplió, o sería un dios.

Atarrabi tiene el valor de voltear el rostro hacia mí y me sonríe.

—No comprendes nada —murmura.

Se levanta y hace ademán de irse, pero no. Está muy equivocado si cree que va a lanzar sus juegos de palabras y que se largará tan tranquilo.

En un instante, antes siquiera de que alcance a dar un paso, lo

aferro del hombro y lo estampo contra la pared. Él contiene un gruñido, pero no se resiste. Su piel blanca emite ese ligero resplandor dorado desagradable y percibo el calor de su cuerpo incluso a través del abrigo.

—Dime qué coño estás insinuando, Atarrabi.

—Suéltame. —Es tan alto como yo y sus ojos verdes sostienen mi mirada, mientras hace un gesto de desagrado torciendo la boca—. Hazte a un lado.

—No. O quizás sí. No lo sé. —Ladeo la cabeza y me inclino hacia él. Mi rostro a apenas un centímetro del suyo—. ¿Quieres que te suelte realmente? ¿O solo te estás haciendo el duro otra vez?

Veo la irritación en sus ojos verdes y debo contener la sonrisa de diversión que me produce la confusión de pensamientos que cruza esa mirada.

—No voy a hablar contigo ni darte explicaciones. Tal vez ahora estés de buen humor —dice mirando mi pelo negro—, sin embargo, ese día casi me matas.

—Era la idea. —Sonrío. Pero luego ruedo los ojos y suelto el aliento—. Venga, no exageres, eres un dios. La verdad, es que hacerte agonizar con mi bonita espada hizo que... me desahogara. Mira, ahora puedo tenerte a escasos milímetros, respirar tu aroma y no sentir deseos de estrangularte.

—Casi me matas —repite.

Uy, de verdad está enojado.

—No era un buen día, ya sabes —digo, apuntando mi pelo.

—Eres un maldito lunático, Haize. —Apoya sus manos en mi pecho y me empuja—. Vete a la mierda.

—Tal vez me vaya, si respondes a mi pregunta —susurro y, aún aferrando su hombro, siento el temblor que lo recorre cuando mi aliento roza su nariz—. Y te sugiero que no te hagas de rogar, me pone de mal humor y quizás decida atravesarte con mi espada otra vez.

Él me mira con odio. Adoro que me mire con odio, debo admitirlo. Sus ojos descienden un momento a la espada de sombra que llevo sin ocultar, envainada en mi cadera, y luego sostiene mi mirada otra vez.

—No puedo decirte por qué Mikel no se convirtió en un dios —dice, resignado—, porque no lo sé.

Joder, eso no era lo que esperaba. Lo observo un momento y él no titubea, sus ojos clavados en los míos. Sé que ya no le sacaré más información, pero no lo suelto. Una brisa nos envuelve y me pregunto si la invoqué yo, si no me estaré dejando llevar. Hace tiempo no estaba así de cerca de él sin sentir unos deseos terribles de matarlo.

Dejo de ver sus ojos verdes y mi mirada se desliza hacia sus labios carnosos. Él los separa ligeramente y va a decir algo, pero me pongo tenso porque siento una presencia fuerte y punzante a mi espalda.

Suelto a Atarrabi con brusquedad y él se frota el hombro, mientras yo me giro hacia la diosa desagradable que tiene de amiga y que nos observa con una sonrisa en los labios.

—Lamento interrumpir —Se pasa una mano por el pelo negro y luego se ríe—. En verdad no. Nos vamos, Ata.

Él pasa por mi lado sin dirigirme la mirada y yo lo dejo. No voy a enfrentarme a ellos dos, mucho menos si Atarrabi no tiene información útil que le sirva a Mikel.

De hecho, al otro lado de la plaza, Mikel y Catalina ya no están. Supongo que se han ido al hotel. Atarrabi se para junto a su amiga y se gira hacia mí.

—No sé por qué Mikel no se convirtió en un dios —repite y no sé interpretar lo que hay en su mirada. No sé si está enojado o decepcionado—. Cuando yo cumplí la última misión que me encargó mi padre, me convertí en un dios de inmediato. Algo anda mal, aunque no sé qué es. Lo que sí sé, es que ahora que el deseo de Catalina se ha cumplido, la ascensión de Mikel podría ocurrir en cualquier momento. Hoy en la noche, cuando despierte, o... —Se encoge de hombros—, mientras camina por la calle.

Meto las manos en los bolsillos y trato de no demostrar la preocupación que me produce lo que está diciendo.

—Así que —continúa Atarrabi—, dile a mi hermano que mañana a medio día nos vamos a Euskadi. Le envié a su correo los pasajes, están listos. Incluido el tuyo.

—Gracias por pensar en mí, bebé —digo y le guiño un ojo.

Atarrabi resopla, rueda los suyos y me da la espalda. Su amiga me dirige una sonrisa odiosa y levanta una mano. Hay un fogonazo de luz y ambos desaparecen, dejándome solo en medio de esta plaza medio destruida por la tormenta. Dejándome solo con nada más que malas noticias que darle a Mikel.

Coño, odio ser el de las malas noticias.

64. Promesas. Frutillas. Miedo

ϟ Mikel ϟ

El hotel es puro silencio. Nos aísla del mundo, del caos que quedó en el puerto con el paso de la tormenta. Quisiera decir que me siento como en casa, que me siento cómodo, pero sigo algo nervioso. Catalina me espera de pie en la habitación de invitados, aún mojada, temblando mientras yo saco una sudadera de algodón del armario. Se la pongo por encima de los hombros, pero ella no deja de estremecerse. A pesar de la luz cálida de las lámparas, está pálida.

—Quítate la ropa mojada, necesitas una ducha de agua bien caliente, enana.

Joder, no debimos discutir ahí afuera empapados y en medio del frío. Pero en ese momento no estaba pensando con claridad. Y ahora tampoco, la verdad. Estoy confundido por todo lo que ocurrió. Me alivia mucho que ella esté bien, que esté aquí conmigo, pero al mismo tiempo me asusta lo que pasó. ¿Cómo pude ponerla en peligro de esa forma? No logro dejar de pensar en eso. Y no es lo único. ¿Por qué no me he convertido en un dios? Me molesta no saberlo, porque no sé qué puedo hacer y qué no, qué cosa puede disparar el cumplimiento del contrato, de mi misión.

Y Catalina ni siquiera sabe aún lo que dice ese contrato. Tal vez comprende, por lógica, que la distancia es un problema entre nosotros dos si me voy a Euskadi, pero no tiene idea de que los dioses, *literalmente*, tienen prohibido estar con humanos.

Intento no seguir pensando en esas cosas ahora y entro al cuarto de baño. No es tan grande como el que hay en la habitación de Haize, que tiene jacuzzi, pero eso da igual. Enciendo la ducha para que se bañe y Catalina me observa con los ojos color miel brillando bajo las lámparas.

—¿Quieres que te deje sola?

La pregunta queda flotando en el eco del baño, acompañado solo por el ruido del agua de la ducha. Creo que nunca había existido un

silencio incómodo entre los dos. Estoy seguro de que es porque hay tantas preguntas, tantas cosas que no nos hemos dicho y demasiadas... demasiadas dudas.

Porque un beso bajo la lluvia no soluciona meses de malos entendidos, ¿verdad?

—No quiero que me dejes sola nunca más, Fakediós.

Algo se derrite en mi interior. Y aunque la mirada de Catalina es firme, hay un brillo de duda en sus ojos. Una sombra de la inseguridad que yo le provoqué. Joder, antes de que pueda empezar a odiarme a mí mismo de nuevo, doy un paso, tomo su rostro entre las manos y la beso.

Ella sigue temblando ligeramente, pero rodea mi cuello con los brazos y separa los labios fríos. Nuestras lenguas se juntan y las emociones que tengo revueltas dentro de mí se vuelven un caos, una tormenta. Y sé que ella se siente igual. Sé que tenemos mucho que hablar, cosas que debo explicarle, pero...

—Te extrañaba tanto, Mikel —murmura, con sus labios apretados sobre los míos.

Y de un momento a otro, entre besos y caricias, le estoy diciendo todo lo que la extrañaba yo. Sin pensarlo, le quito la ropa, lanzo lejos la mía y me meto con ella debajo de la cascada de agua.

♡ Catalina ♡

El calor de Mikel es todo lo que necesitaba para estar bien. Su cuerpo desnudo contra el mío, sus brazos fuertes que me abrazan contra la pared de la ducha mientras el agua caliente cae sobre nosotros.

Ya no tengo frío. Ni rabia, ni miedo de que me vuelva a romper el corazón. Porque incluso si lo hace de nuevo, ahora estoy decidiendo esto yo. Yo. Esta vez, no soy una ilusa y decido arriesgarme porque... Tormentas, esto vale la pena.

Abro los ojos y encuentro los suyos, azules y chispeantes, mirándome muy serio. Jadea un poco mientras el agua escurre por su pelo negro, por su nariz recta y sus labios carnosos.

Él vale la pena.

—Mik...

—Te quiero —dice, interrumpiéndome. Mi corazón se acelera y me doy cuenta de que apenas puedo respirar, paralizada por la intensidad de su mirada. Mikel acaricia mi mentón y luego sus dedos descienden por mi cuello, por mi pecho desnudo—. Catalina —murmura y apoya su frente mojada contra la mía—, nunca había querido a una chica como te quiero en este momento.

—Yo...

Pero él se inclina y me besa de nuevo, sin dejarme hablar. Con ambas manos aprieta mis pechos y el contacto de nuestra piel hace que sienta arder el centro de mi vientre.

—Y también quiero follarte —dice, besando mi cuello, el vapor enroscándose a nuestro alrededor, inundando mis sentidos con el aroma a guindas de Mikel—, toda la noche.

Asiento como una estúpida y bajo mis manos hasta su miembro. Lo aprieto, deseando que esté dentro de mí.

¿Cómo pude creer que podía tener sexo con Sebastián? Beso el hombro de Mikel y mientras recorro su abdomen con mi otra mano, cada célula de mi cuerpo se estremece con el contacto. Solo mirarlo me enloquece. Creo que nunca seré capaz de estar con otro chico que no sea él.

¿Cómo podría? Nadie jamás estará a la altura de mi Fakediós. Es algo imposible. Y no hablo solo de lo perfecto que es, sino de ese brillo en sus ojos, de esa diversión que aparece ahora en su sonrisa y que hace que las mariposas de mi estómago se vuelvan locas, dementes.

—Te necesito —digo, respirando agitada, desesperada por hacerlo con él.

Se ríe y se separa de mí.

—Un momento, enana.

Me da un beso rápido y sale de la ducha. Yo trato de no sonreír como una estúpida de lo feliz que estoy y espero impaciente, disfrutando del agua caliente. En pocos segundos, Mikel vuelve y me muerdo el labio al ver que ya se puso un condón. Casi siento que es una injusticia de la vida tener la suerte de estar mirando ese cuerpo, mojado, listo para mí.

No hablo cuando entra en la ducha. Disfruto cada instante mirando cómo el vapor se enrosca alrededor de su cuerpo de semidios. Inspiro profundo, inhalando su aroma dulce cuando acuna mi rostro entre sus manos y me da un beso tras otro bajo la cascada de agua. Gimo con impaciencia, porque al fin estamos así, sin mentirnos. Y notando esa impaciencia, Mikel me toma de los hombros y me gira. Apoyo las manos en la pared y siento su miembro duro sobre mis nalgas. ¡Dios!, ya no aguanto, lo quiero dentro. El agua nos empapa y él apoya una mano en la pared y con la otra toma mi cintura. Se inclina, me da un beso en la mejilla y susurra en mi oído.

—No volverá ocurrir, enana. —Me penetra, profundo y se queda ahí, abrazándome mientras yo me estremezco—. No volveré a dejarte sola.

Giro mi rostro hacia él y lo miro sobre mi hombro. Sus ojos son como una tormenta. Una tormenta, de la que esta vez, no voy a escapar.

Haize

La conversación con Atarrabi me ha dejado ansioso. En parte porque... bah, verlo siempre me pone de mal humor. Aunque esté de buen humor como ahora. Si no estuviera de buen humor, de hecho, seguro lo hubiera golpeado. Es lo que se merece.

Además... ¿qué es eso de irnos mañana? Dudo que Mikel haga caso, pero debo decirle todo lo demás, porque eso del deseo... está raro.

Entro al hotel, esperando que ya haya terminado de reconciliarse con Catalina, pero no. Coño, por los ruidos que hacen, están follando. ¿Cómo es posible? Me he dado vueltas por dos horas para darles tiempo y ¿aún están en eso? Seguro ya es la quinta vez que lo hacen, porque Mikel no dura tanto de una sola tirada.

Intento no escucharlos mientras me dirijo a la cocina a buscar una cerveza. O tal vez debería ir por algo más fuerte, para olvidar el encuentro con el desgraciado de Ata. ¿Cómo puede ser que el hermano de Mikel sea tan distinto a él? Siempre con sus frases de

moralismo barato, juzgando a los demás.

Ni siquiera es tan guapo.

Me sirvo un vaso de whisky, le pongo hielo y me lo llevo a los labios. Ufff, que alivio. Me lo bebo de un trago y camino a mi habitación. ¿Tal vez podría ver una película? Pero cuando paso por fuera del cuarto de invitados... Joder. Otra vez esos gemidos. De pronto quiero interrumpir a Mikel y Catalina. ¡No deberían estar haciendo eso mientras yo cargo con las terribles noticias que me dio Atarrabi!

Estoy a punto de golpear la puerta, pero me detengo. Escucho sus respiraciones agitadas ahí dentro y... si golpeo y los interrumpo, estoy seguro de que Mikel me va a matar.

—¿Estás bien, enana? —La voz de Mikel se escucha agitada al otro lado de la puerta.

—No. Quiero más. Necesito...

—Pero...

—Por favor, Mikel, te... —dice Catalina, pero su voz se interrumpe con un gemido de dolor.

Y luego otro, que ya no parece de dolor. La cama cruje y escucho jadear a Mikel. Catalina deja escapar un gemido tras otro, cada vez más fuertes. ¿Acaso no saben que estoy acá?

O seguro les importa una mierda. Y sé que debería irme, pero, joder, no lo consigo. Es como si los viera, ahí enredados entre las sábanas. Por como los gemidos de Catalina se ahogan repentinamente, puedo incluso imaginar la posición en la que están. Estoy seguro de que ella tiene el rostro hundido en la almohada.

Puta imaginación la mía.

Entre jadeos, murmuran. Murmuran cosas que no debería escuchar. Un escalofrío me recorre cuando la respiración de Mikel trae una imagen mental.

Recuerdos.

Muchos recuerdos. Recuerdos de él... Y de mí. Recuerdos de nosotros.

Retrocedo y trato de quitarme de encima esta sensación del pasado. Aunque ni tan pasado. Vale, no tendría que haberme quedado aquí.

Me alejo de la puerta y camino hacia mi habitación. Que follen toda la noche si quieren. Mi conversación con Mikelatz... es mejor dejarla para mañana.

♡ Catalina ♡

Me duele el cuerpo, pero dolor del bueno. ¡Es la mejor mañana de mi vida! No puedo evitar sonreír como una tonta mientras me siento en la cama y paseo los ojos por la habitación. Las paredes irradian blancura, reflejando la luz del sol que entra por los enormes ventanales. Al otro lado se aprecia el mar, brillante. ¡Adoro Valparaíso, es hermoso!

¡Dioses!, es como si tuviera una burbuja de felicidad en mi pecho que me hace sentir flotando. ¿Cómo puedo sentirme así solo por pasar la noche con Mikel otra vez? Todo me parece más colorido. Quizás, es porque esta vez fue diferente.

Nada de mentiras, nada de fingir. Fuimos él y yo, de verdad.

Me levanto de un salto, me pongo una camiseta suya y salgo de la habitación, buscándolo. Acordamos que hablaríamos en la mañana, porque hay muchas cosas que quedaron pendientes. Pero no lo encuentro ni en la cocina ni en el living... Por lo que camino hacia el cuarto de Haize. Quizás está hablando con él.

—¿Mikel? —pregunto, asomándome por la puerta que está medio abierta.

No hay respuesta. La empujo y entro, dudosa. No encuentro a nadie, aunque la cama se ve desordenada, por lo que deduzco que Haize sí llegó anoche. ¿No andaba en una fiesta? Ojalá no nos haya escuchado. Tal vez llegó cuando ya estábamos dormidos.

Al fondo de la habitación la puerta del baño está cerrada, quizás se encuentra ahí. Así que, me doy la vuelta y estoy a punto de abandonar el lugar, cuando un movimiento en las sombras capta mi atención con el rabillo del ojo.

En la esquina cerca de la salida... está la espada de Haize. Nada se mueve ahí, quizás solo fue un efecto de la luz. La única sombra es la que proyecta la elegante, larga y filosa katana de acero completamente negro. Miro a mi alrededor, pero no hay nadie. Solo

la espada. ¡Es tan extraña! ¿Cómo puede ser oscura y brillante a la vez? Mi piel se eriza y doy unos pasos, quiero mirarla un poco más de cerca. Aunque no demasiado. Porque esta espada da miedo, es imposible que no me de miedo, si aún tengo el recuerdo de la facilidad con la que atravesó el pecho de un dios. Pero a pesar de eso... es como las espadas de los libros. De esos donde existe la magia. Es tan hermosa...

—Yo no haría eso si fuera tú—murmura una voz fría a mi espalda —. Podrías morir.

Me detengo y, mierda, mierda, estaba a un instante de tocar el mango de la espada con la punta del dedo índice. ¿Cuándo pasé de solo mirarla a intentar tomarla? Creo que incluso había dejado de respirar por un momento.

Me giro y encuentro a Haize apoyado en el umbral de la puerta del baño, con el torso desnudo y los brazos cruzados, observándome muy serio. Un mechón de cabello rubio oscuro cae entre sus ojos. ¡Putos semidioses sensuales! Su cuerpo es como una obra de arte, iluminado por el sol de la mañana. Cada músculo perfecto de su abdomen está cubierto por un intrincado diseño de tatuajes que atrae mis ojos como si fueran un imán. Las líneas de tinta negra forman figuras y símbolos que se enroscan y enredan para bajar por su pecho, por su vientre, hasta... la toalla que tiene amarrada en sus caderas.

Rápido levanto la vista hacia sus ojos otra vez y él alza una ceja. Parece molesto y mi estómago se aprieta ante el brillo de esos bonitos ojos rasgados que tiene, algo caídos, somnolientos. De pronto siento... celos. Unos celos terribles al recordar que es el ex de Mikel, que es estúpidamente guapo y que se va a pasar la eternidad junto al Fakediós.

Mientras que yo... no.

—Nunca toques mi espada de sombra —murmura Haize, con voz fría.

—Lo siento —digo, casi sin pensarlo.

Él ladea la cabeza, observándome. No hay ni rastro de su sonrisa habitual.

—¿Por qué lo sientes? —Su voz es cortante—. ¿Por husmear en

mi habitación o por acercarte sin permiso a mi espada? O tal vez —dice entornando los ojos—, ¿por gemir toda la noche y no dejarme dormir?

El calor enciende mi rostro. ¡Traté de ser silenciosa!, pero es difícil con... bueno. Es difícil.

—¿Por qué estás siento tan antipático?

Él se aparta de la puerta y camina hacia mí. Me pongo tensa, porque esta versión de él da un poco de miedo, pero simplemente pasa por mi lado en dirección a la salida. Al hacerlo deja la estela de un intenso olor a fruta. A... frutillas.

Nunca antes lo había sentido en Haize.

Me giro hacia él, que abre la puerta y se queda ahí, en un claro gesto que me invita a abandonar la habitación.

—No me gusta que toquen mis cosas. Es mejor que esperes a Mikel en la salita.

¿De cuándo es tan antipático conmigo? No tengo idea qué le ocurre, pero tampoco lo voy a averiguar. Camino hacia él, y al pasar por su lado, siento ese intenso aroma de nuevo.

—Hueles a frutilla —murmuro, molesta por su actitud.

Pero antes de que cruce la puerta, él me sujeta del brazo.

—¿Que huelo a qué?

Sostengo su mirada y reprimo el impulso de salir corriendo. No me va a intimidar su actitud idiota que tiene hoy.

—A frutilla —digo, cortante y luego recuerdo que en España no las llaman de esa forma—, a fresas.

—¿A fresas? Qué va. ¿Y por qué lo dices así? ¿Se supone que es un insulto? —Alza la ceja otra vez—. Si es un insulto, ya te digo que es malísimo.

No respondo. Estoy a punto de exigirle que me suelte, pero él se inclina, acerca su rostro a mi cuello e inspira profundamente.

—Tú, en cambio, hueles a Mikel. —Me observa, sus ojos negros a centímetros de los míos—. Hueles a sexo.

Sostengo su mirada, intentando comprender qué mierda es lo que le pasa.

—¿Y eso sí es un insulto, Haize?

Entonces, por primera vez en todo este rato, sus labios se curvan

en una ligera sonrisa.

—Para nada, Cat.

Retrocedo un paso, poniendo distancia entre los dos.

—Eres un pesado los sábados por la mañana, *navajita.*

Él va a decir algo, pero se escucha la puerta de entrada. Voy a dar un paso hacia la salida, pero Haize levanta la mano.

—Espera aquí —dice, mirándome muy serio. Toma unos jeans que hay tirados en el suelo—. Salvo que quieras ver mientras me visto en el pasillo. Necesito hablar con Mikel, urgente.

¿Qué mierda le pasa a este chico hoy? Mikel ha mencionado que Haize tiene cambios de ánimo repentinos, pero esto ya es demasiado. Parece otra persona.

Resoplo y espero con impaciencia porque no, no quiero ver como se viste en el pasillo. Obvio que no. Escucho que Mikel lo saluda, pregunta por mí y Haize murmura algo, pero no logro oír bien.

—¿Es una broma? —Mikel suena molesto—. ¡¿Por qué no me lo dijiste anoche!?

Auch, que está pasando ahí afuera...

Haize responde algo, pero lo hace en euskera, así que no entiendo nada. Mikel suelta una risa fría y sarcástica.

—¿Estás de coña? Pues, joder tío, si quieres irte hazlo. No será la primera vez.

Mierda. ¿Están peleando en serio? Haize vuelve a hablar en euskera y Mikel le responde en el mismo idioma. Entonces, doy un respingo, porque se escucha un golpe, como si algo hubiera dado en la pared donde ellos están.

Esto se puso serio. Nerviosa, me asomo al pasillo. Solo mi cabeza.

Y el que está de espalda contra la pared es Mikel, mientras Haize lo sujeta de un hombro para mantenerlo ahí. Aunque sigue sin camiseta, ya se puso los jeans desgastados y se ha tomado el pelo rubio oscuro en una colita alta. Tiene el rostro a pocos centímetros del de Mikel y lo mira muy enojado.

—Repite eso, Mikelatz, y de verdad voy a largarme —dice, con voz afilada.

No sé qué hacer. No sé si esconderme otra vez en la habitación, escuchar esto porque parece importante, o interrumpirlos. Los dos

se miran furiosos, nunca los había visto enojados de verdad y... mierda. Los ojos de Mikel destellan azules, y los del otro son dos líneas negras y frías, a la misma altura del Fakediós.

Parecen una pareja discutiendo.

—Yo no pienso tomar ese avión —dice Mikel.

—Estás siendo ilógico. Esta vez, Ata tiene razón, puede ocurrir en cualquier momento, deberías...

—No mientas, coño. —Mikel lo interrumpe—. Solo quieres regresar a Euskadi porque él se va.

Haize resopla y ladea el rostro, mirando a Mikel a los ojos, a un par de centímetros de los suyos.

—¿Es eso de nuevo, Mikel? ¿Después de tanto tiempo? Te elegí a ti. Y pagué un precio que no se te debería olvidar.

Ok, definitivamente son una pareja discutiendo.

Estoy confundida.

Y aunque me pasé la noche haciendo el amor con Mikel, percibo el peso de los años que hay entre ellos dos. Es como si sintiera la tensión en los pocos centímetros que los separan y me hace sentir... como una espectadora que no sabe nada, absolutamente nada de estos chicos.

Estoy a punto de esconder mi cabeza otra vez, cuando Mikel habla de una forma que hace que me paralice. Jamás lo había escuchado hablar así, con ese temblor en la voz.

—Tengo miedo, Haize —murmura.

Y, al parecer no soy la única sorprendida. Haize parpadea un momento y luego se aparta lentamente de Mikel. Lo mira con el ceño fruncido y Mikel se pasa una mano por el pelo negro, como hace siempre que está frustrado. Desvía sus ojos azules y... se encuentran con los míos.

—Enana —dice, con una ligera mueca de disgusto en sus labios—. Lo siento.

Mi estómago se aprieta, por lo que veo en sus ojos. Una sombra, ese miedo que acaba de admitir que siente. Y ni siquiera sé por qué se está disculpando. Me da la espalda, camina hacia su habitación y yo me quedo aquí, de pie, sin saber qué hacer. Realmente no entiendo nada.

Haize se aparta de la pared, suelta un suspiro cansado y camina hacia acá, con las manos metidas en los bolsillos de los jeans. Se detiene un momento y baja la mirada hasta mí.

—Deberías ir a hablar con él, Cata.

—¿Qué fue lo que dijo Atarrabi?

—Que Mikel se convertirá en un dios, en cualquier momento.

Mi corazón late con fuerza. Pero eso lo sabíamos, sabíamos que en algún momento ocurriría. La noche anterior, antes de que habláramos, incluso pensé que me odiaría porque lo arruiné, porque mi deseo no funcionó para él.

—De eso tiene miedo... de convertirse en un dios —murmuro, comprendiendo las palabras que dijo antes de irse a su habitación.

—No es eso.

Me sobresalto, porque Haize apoya una mano en mi cabeza y revuelve mi pelo de forma cariñosa. Luego la retira y sigue caminando hacia su habitación.

—No tiene miedo de ser un dios —dice, hablando detrás de mí—. Mikel está aterrado... de perderte a ti.

65. Familia y algo más

♡ Catalina ♡

Encuentro a Mikel sentado en la cama, los hombros caídos, absorto en el paisaje costero que se ve desde la ventana. La luz de la mañana hace destacar su perfil y me acerco despacio, incómoda, como si estuviera invadiendo un momento privado. Parece muy concentrado. Lleva una sencilla camiseta negra de mangas cortas y unos jeans, el pelo negro desordenado.

Gira su rostro hacia mí cuando me escucha entrar en la habitación y mi estómago se contrae, reaccionando a esos ojos azules. No importa la cantidad de veces que los haya visto, su mirada siempre me parece mágica, siempre hace que me recorra un escalofrío.

—¿No vas a pelearte con Haize verdad? —comento, caminando con los pies descalzos sobre la alfombra.

No estoy segura de por qué lo pregunto. Tal vez me dio miedo ver a Haize amenazante sobre él hace un rato y recordar como una vez ensartó a Atarrabi con esa espada suya. Quizás, es porque me apenaría verlo enojado con su mejor amigo. O tal vez quiero hablar de cualquier cosa que no sea el hecho de que él se va a ir.

Mikel me dedica una sonrisa triste.

—Haría falta algo muy horrible para que yo me pelee con Haize.

—¿En serio? A mí me parece que hoy está insoportable —digo, caminando hasta Mikel. Él apoya sus manos en mi cintura y reprimo la emoción de mi cuerpo ante su contacto—. Fue un pesado conmigo.

Alza la mirada hacia mí y sus cejas se estrechan ligeramente.

—¿Te hizo algo?

—No, no —aclaro, agitando las manos—, solo fue muy odioso.

Él suspira y niega con la cabeza.

—Si algún día lo ves con el pelo rubio, arranca lo más lejos posible.

—¿No dijiste que podía confiar mi vida en él?

—Sí. —Mikel suelta una risa—, Pero preferirías morir, créeme, antes de soportar lo imbécil que puede llegar a ser en esos días.

Ya me lo imagino, considerando lo odioso que fue hoy y solo tiene el pelo rubio oscuro.

—¿Es normal que todos los superpoderes que tengan ustedes sean más un estorbo que una ayuda?

Mikel me acerca un poco más, sus manos en mis caderas.

—Se supone que aprenderemos a controlarlos cuando... Cuando me convierta en un dios.

Aguanto el aliento, mirándolo. Y aguanto además todo lo que desearía preguntar, lo que me da tanto miedo.

No tiene miedo de ser un dios. Mikel está aterrado de perderte a ti.

Las palabras de Haize revolotean en mi mente.

—Enana... —Mikel baja la mirada. Toma mis manos y acaricia mis dedos con los suyos—. Haize tiene razón. Debo ir a Euskadi y hablar con mi aita.

Siento un peso en el pecho. Ya lo sabía, suponía que tendría que irse, pero escucharlo... Mi corazón late deprisa y de pronto quisiera abrazarlo, estar enredada con él en la cama como anoche, desnuda, sintiendo su calor y que eso durara para siempre. Mikel levanta la mirada hacia la mía y el brillo que hay en sus ojos me hace pensar que quiere exactamente lo mismo. Alza una mano y acaricia mi mejilla.

—No me iré hoy como quiere Ata. La final de básquetbol es el miércoles y te prometí que no abandonaría a Sebastián antes de eso.

Siento ganas de llorar. Los ojos me duelen, pero logro formar una sonrisa.

—Claro, solo porque me lo prometiste. No porque quieras jugar ese estúpido partido.

Mikel sonríe, aunque parece triste.

—Luego de eso me iré. —Suelta el aliento y su voz es muy grave cuando vuelve a hablar—. Pero volveré, enana. Te lo prometo. No, Catalina, por favor, no llores.

Aprieto los labios y aparto la mirada. Paso los dedos debajo de mis ojos, enjuagando las lágrimas traidoras que corren por mi mejilla y debo hacer un esfuerzo enorme para no largarme a llorar en serio.

Me duele el pecho. Duele de verdad.

—Lo siento —murmuro, con la voz rota—, es que... —Pero no consigo seguir hablando.

Mikel me atrae hacia él, aún sentado en la cama y me dejo caer sobre sus piernas. Él apoya su frente en la mía y su aroma dulce me envuelve, haciéndome sentir en el paraíso. Y eso causa que duela aún más. Si se va a Euskadi lo voy a perder, aunque diga que no. Es una certeza de mierda que se ha instalado muy profundo dentro de mí desde que las palabras salieron de su boca.

—No me vas a perder —susurra—. Quiero estar contigo, enana. Pero no podré si me convierto en un dios. Ascender tiene sus reglas.

Asiento y trato de controlar estas lágrimas estúpidas.

—¿Es porque soy humana? ¿Qué pasa si te conviertes en un dios?

Él aprieta los labios un momento y luego aparta el pelo que cae sobre mi frente, como siempre hace, de forma cariñosa.

—Está prohibido, enana. El contrato que firmé... prohíbe a los dioses estar con humanos. Por eso, yo... Joder, por eso después de firmarlo intenté alejarme de ti. Porque sabía que me metería en problemas. Y ahora... no sé qué hacer.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podríamos haber hablado esto. —La angustia amenaza con hacerme llorar otra vez, pero me contengo—. ¿No podemos solucionarlo?

Mikel ladea el rostro, observándome.

—Por eso no quería decírtelo. Sabía que intentarías solucionarlo. Eres un poco persistente, ¿sabes? —Me dedica una sonrisa cariñosa —. Y yo no quería solucionarlo. No en ese momento. Quería ser un dios, por sobre todo. —Suelta una risa fría—. Y ahora no tengo idea como impedirlo, ¿cómo puedo impedirlo si no sé por qué no me convertí en un dios? Creí que se cumplían los requisitos. Ahora, la única opción es anular el contrato antes de que los cumpla sin darme cuenta por qué.

—Mikel, yo... —Mierda, que mal me siento—. Soy tan egoísta, dioses.

Me siento hipócrita.

—Enana, yo quiero esto —dice, estrechándome más contra él—. No quiero ser un dios, no ahora, al menos. ¿Qué va a pasar en diez

años más? ¿En veinte? No tengo idea, Catalina. No te mentiré, diciéndome que no me interesa ser inmortal, vivir para siempre. Solo sé que, si eso significa dejarte ahora, no lo quiero tomar. No en este momento.

Aprieto los labios. Él no debería abandonar eso solo por mí. Mierda.

—Ya pensaremos en el futuro, cuando al menos haya opción de tener uno, ¿vale? —Sujeta mi mentón con sus dedos—. Deja de llorar, enana. Pensaré en algo.

—Está bien. —Mi voz continúa temblorosa—. ¿Qué opciones hay para anular el contrato?

Mikel me mira pensativo, mientras acaricia de forma perezosa mi mejilla.

—Solo mi aita puede revocar el contrato, por considerarme indigno. —Ladea el rostro con una media sonrisa en sus labios carnosos—. Así que iré a Euskadi y le mostraré lo poco preparado que estoy para ser un dios.

Quisiera sonreír de vuelta, pero no puedo. En vez de eso, me inclino hacia él y lo beso.

—Voy a extrañarte, Fakediós —murmuro, con los labios enredados en los suyos—, mucho, mucho.

Quisiera ir con él. ¿Es una opción ir con él? Mi madre no podría pagarme ese viaje. Además, no me ha invitado. Tal vez... sería muy entrometida. Es algo entre su padre y él.

Mikel me abraza de la cintura y besa mi mejilla, mi boca. Su respiración se vuelve lenta y, de un momento a otro, me empuja contra la cama y el peso de su cuerpo cae sobre mí.

—Deja de hablar como si no fuera a volver, enana. —Sus ojos azules chispean y su cabello negro cae sobre mi frente.

Abro la boca para replicar, pero él me besa otra vez. Sus manos recorren mi cuerpo, levantan la camiseta, *su* camiseta, que es lo único que llevo puesto y encuentran mis pechos. Los pensamientos que me invaden se vuelven una bruma y de pronto solo puedo pensar en su calor, en sus besos y en su olor.

Y en lo equivocado que está. Pero no lo digo. Me dejo llevar, enredando mis dedos en su pelo, mientras él se entretiene con mi

cuerpo. Me guardo mis palabras, me guardo mi miedo. Entre los escalofríos de placer que me provoca, me guardo mis pensamientos y no le digo que todo saldrá mal. Aunque sé que saldrá mal, porque es imposible que su padre revoque ese contrato.

Porque tú, Fakediós, serías un dios perfecto.

ϟ Mikel ϟ

Han pasado unos días desde que hablé con Catalina sobre mi viaje a Euskadi y, aunque aclaramos todo entre nosotros, no puedo evitar sentirme nervioso. Coño, el partido es en un par de horas y el estrés me tiene mal. Seguro no estoy estresado por el partido en sí, sino porque después de eso me voy a la otra mitad del planeta. Porque hablaré con mi aita, tendré que lidiar con la decepción que le causará todo esto.

Obviamente mis nervios solo tienen que ver con eso. No es que me importe si perdemos este jodido partido. Solo me quedé porque le prometí a Catalina que no abandonaría a Sebastián.

El capitán del equipo se pasea frente a nosotros en los camerinos, con sus largos risos dorados sujetos por un cintillo, similar al que tengo yo afirmando mi pelo también. Mientras imparte instrucciones, trato de no desconcentrarme con el recuerdo que sus brazos me producen, pero es casi imposible que no vuelva a mí la imagen de ellos alrededor de Catalina la otra noche. Los demás chicos murmuran emocionados y cuando su capitán termina el discurso, se levantan para empezar el calentamiento. Voy a seguirlos, pero Sebastián se acerca hacia mí y se sienta a mi lado en la banca.

—Oye, Mikel, ¿podemos hablar un momento?

Hay un dejo de preocupación en sus ojos dorados. Me hago una idea de qué quiere hablar.

—¿Es necesario ahora?

—Sí. —Tuerce ligeramente los labios en un gesto de incomodidad —. No quiero que haya, emm, roces entre nosotros durante el partido y...

Se interrumpe porque no puedo evitar soltar una carcajada.

—No seas ridículo —digo, dedicándole una sonrisa de aquellas

que sé que otros chicos detestan—, ¿por qué tendría problemas contigo? ¿Porque intentaste follarte a Catalina? ¿Sabes que estaba medio ebria verdad?

Él entorna los ojos y la comisura de sus labios se tensa.

—O tal vez —continúo, ladeando el rostro—, ¿porque todo este tiempo me mentiste y le seguiste ese tonto juego de vengarse de mí? ¿Cuál era la idea de eso? Si la idea era follártela de nuevo...

—No era eso, weón. Es mi amiga y la quiero. Y no estaba tan ebria esa noche. Se había tomado un café antes y…

Ruedo los ojos, pero la verdad no entraré a discutir sus conceptos de la amistad ni de cuándo está ebria o no una persona. Además, cuando yo era un pendejo de diecinueve años también... no, en verdad no. Nunca fui así.

A veces detesto a Sebastián. Pero voy a disimularlo solo por el equip... por Catalina.

—Bueno, *weón,* me da igual cuáles sean tus intenciones con ella. —Alzo las cejas mirándolo, como si no sintiera ganas de golpearlo—. Ya está. No voy a pelearme con alguien que no tiene ninguna remota posibilidad con ella, sería absurdo.

Él vuelve a entornar los ojos y me observa dudoso. Como si no supiera si ofenderse por el insulto o alegrarse de que no me vaya a pelear con él.

—Está bien. —Intenta una sonrisa que no parece demasiado sincera—. Espero que no haya mala onda durante el partido.

—Nada de *mala onda* —repito, enfatizando sus palabras chilenas.

—En ese caso, si no hay problemas entre los tres, supongo que puedes traerla a la recepción que habrá para celebrar la victoria que tendremos. —Al hablar de ganar el partido, la sonrisa sí se vuelve genuina. Saca un papel de su bolsillo, lo estira sobre la tableta donde apunta los datos del partido y me los pasa—. No es la fiesta que habrá luego donde Verónica, sino una recepción formal con nuestras familias. Ya sabes, es la final universitaria de toda la ciudad, es importante porque estarán los profesores y entrenadores de equipos profesionales.

—¿Y por qué me importa todo esto?

—Porque… —Sebastián apunta el listado—. Es algo muy privado y solo se permite familiares y parejas. Y bueno, tú no tienes familia acá, entonces...

—Sí tengo —digo, interrumpiéndolo. La verdad, normalmente no me interesaría asistir a una tonta recepción, pero ya que es mi último día en Chile, tal vez...—. Lo anotaré.

Sebastián sonríe y me pasa el lápiz.

—Anótalos ahora, para que Fernanda les deje las tarjetas en la entrada, ella está organizando todo.

Me da la espalda y se va con los chicos. Por un momento, observo la lista, donde todos anotaron a sus padres o hermanos —lo deduzco por los apellidos—, o a sus novias y novios. Busco el espacio correspondiente a mis invitados y escribo los nombres.

Espero que ese idiota se ponga algo decente para venir.

♡ Catalina ♡

Hay un día primaveral hermoso. Todas las personas que me rodeaban esta mañana en clases estaban de buen humor. Fernanda no podía más de alegría porque las Palmas Negras ganaron ayer la final femenina de básquetbol y se espera que los chicos también se lleven la victoria hoy. Tienen una tonta recepción a la que ella va a asistir como novia de Samantha y... yo... Bueno solo pueden ir familias y parejas. Mikel no me ha dicho nada y yo... estoy deprimida. Aunque no por eso. Solo nos dimos un beso y tuvimos sexo, no es que por eso seamos novios. Y tal vez eso sería algo que me pusiera triste en otro contexto, si no hubiera cosas peores rondando mi cabeza.

Me hago bolita en la cama. Es todo lo que quiero, hacerme bolita mientras las cortinas de la habitación impiden que entre la luz del sol. El único haz de luz que entra ilumina las fotos tontas que nos sacamos el otro día y que sostengo en mi mano. Seguro debería estar feliz por él, porque es obvio que ganarán la final, pero... solo quiero llorar. Aunque ya no puedo llorar más. No me quedan lágrimas, he llorado toda la mañana. Fernanda me pasó las fotografías pervertidas que me saqué con Mikel esa noche en la

máquina de instantáneas. ¡Por suerte las rescató ella y nadie más las vio! Es una tira vertical con varias imágenes. Salimos haciendo... eso que hicimos. El rostro de Mikel hundido en mi cuello, entre mi pelo, mientras sus manos se pierden debajo de la tela del ligero vestido, mis piernas totalmente expuestas y abiertas. ¡Qué vergüenza que Fernanda haya visto esto!

Dejo la tira de fotos en el velador y me vuelvo a cubrir con las mantas. Sería una foto sexy si no me recordara... lo que voy a perder. Y no solo porque Mikel se va unos días. Es que... Dioses. Ojalá fuera solo eso lo que me hace sentir mal, pero también es que...

Alguien golpea la puerta. Me tapo la cabeza con las mantas y no respondo, para que piensen que no hay nadie. No sé quién es, pero tal vez Fernanda envió a alguna chica a buscarme para insistir en que vaya a ver el partido, porque ella está muy ocupada organizando la tonta recepción esa que no me interesa. Seguro está preocupada de que no me quede aquí deprimida.

—Sé que estás ahí —dice una voz masculina, con acento español. Y no es la voz del Fakediós—. Abre o abro yo. Hoy estoy de buen humor y me encanta derribar puertas.

¡Maldito Haize! ¡¿Qué está haciendo acá?!

Con mucha fuerza de voluntad, me levanto y camino hacia la puerta, todavía envuelta en la manta. Abro y retrocedo un paso, mirando a Haize de mala gana.

El semidiós número dos hoy tiene el pelo completamente negro, amarrado en un medio moño que deja escapar mechones rebeldes, porque no es suficientemente largo para tomarlo del todo. Una sonrisa radiante ilumina su cara y sus ojos de párpados pesados forman dos líneas negras que chispean cuando ladea el rostro evaluándome.

—Estás hecha un desastre —dice, mantenido su sonrisa encantadora.

No puedo decir lo mismo de él, pues se ve muy bien vestido con un traje formal, o al menos lo más formal que podría esperarse de Haize. El traje azul oscuro se ajusta a su cuerpo y la camisa blanca que cubre los tatuajes, si bien está metida en el pantalón como

corresponde, tiene el cuello desabotonado y la corbata mal puesta.

Le preguntaría por qué va vestido así, pero recuerdo que fue un odioso el otro día y se me quitan las ganas de conversar con él.

—¿Qué quieres? —Espero que se vaya pronto.

Su sonrisa titubea y alza una ceja. Su estúpido aroma a frutilla llega hasta a mí.

—Qué forma tan antipática de saludar a un amigo.

—¿Es broma? —¿En serio no se acuerda de lo pesado que fue?—. ¡No eres mi amigo! ¡Chao! ¡Agur!

Hago ademán de cerrar la puerta, pero él pone la punta del pie y la detiene.

—¿Por qué estás enojada, Cat? —Apoya el hombro en el umbral de la puerta—. Claro que somos amigos. ¡Mejores amigos! Nos une el vínculo más importante de todos... Un vínculo muy sexy de ojos azules, permiso —dice, empuja la puerta y entra sin autorización a mi habitación—. Uhh, este sitio huele fatal, tía. Huele a miseria. Deberías bañarte si quieres que nos vayamos pronto y alcancemos a ver el partido de nuestro querido Mikelatz.

—No iré a ver nada.

Dioses, me desespero al ver como se sienta cómodamente a los pies de mi cama, ignorando lo que digo. ¿Ahora qué hago? ¡Maldito Haize! Quiero que se vaya y seguir llorando aquí sola. Pero él pasea los ojos por la habitación, reclinado sobre las manos apoyadas en el colchón. Luego vuelve a fijarse en mí y frunce el ceño.

—Oye, en serio luces muy mal. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Cómo que qué ha ocurrido? —Trato de controlar la angustia de mi voz—. No, ¿sabís qué? No quiero hablar contigo. Tú me echaste de tu habitación el otro día, ¿o ya se te olvidó?

Él parpadea, mirándome con sus ojos somnolientos, como si no comprendiera qué estoy diciendo.

—¿Por eso estás enfadada? Bueno, lo siento. No era un buen día.

Resoplo y me cruzo de brazos. No estoy pa esta weá hoy.

—Mira Haize, que Mikel tolere que le hables como se te da la gana cuando amaneces de malas, no es mi problema.

—Vale, ya lo pillo —dice, alzando las manos y fingiendo inocencia. —. Trataré de recordarlo, *Cat.*

—¿Trataré?

Él se encoge de hombros.

—No puedo prometer lo que no controlo.

Suelto un resoplido.

—Estás loco.

—Bueno —dice riendo—, tú también. Lo he pensado bastante, eh. La chavala de Mikel está loca. Lo pienso desde el día que nos presentaron. ¿Ah que sí? Mira, por ejemplo, ¿te cuestionaste alguna vez que Mikel y yo fuéramos semidioses? ¿Te sorprendió siquiera?

—Sí me sorprendió.

—¡Qué va! Apenas un poco. ¿Lo ves? Ninguna persona cuerda se tomaría eso con normalidad. Tú sí, porque estás bastante loca también —comenta, paseando la mirada por la habitación—. Pero tranquila, es lo que te hace encantadora... seguro por eso Mikel se enamoró de ti. Nunca le ha gustado la gente demasiado cuerda...

—Cállate Haize. Sí me lo cuestioné —como por quince minutos.

Él vuelve a reírse y su mirada se posa en mi velador, donde... ¡No, no, no! Corro para tomar la fotografía que dejé ahí encima, pero estoy a punto de sujetarla y... desaparece.

Me giro y Haize está tirado de espaldas en la cama, mirando las imágenes. Empieza a reírse como un idiota.

—Oh, esto es la hosstiiaa. —Ladea el rostro, estudiándola desde otro ángulo—. Joder, en serio, puedo extorsionar a Mikel con esto para siempre. ¿Crees que alguien lo contratará como abogado si las publico en internet? ¡Nadie!

¡No puedo creer que esté viendo eso! Ahora sí tengo vergüenza.

—¡Devuélvemela!

Él la acerca más a su rostro entornando los ojos para ver mejor. Abandono la manta y me arrojo a la cama para quitársela. Pero él hace un movimiento rápido con sus manos y cuando estoy encima de él, afirmando sus muñecas, tiene las palmas vacías.

—¿Dónde están? ¡Dame mis fotos!

Haize abre más las dos manos y mueve los dedos mostrando que no tiene nada.

—No lo sé, pero después de ver esas fotos tan sexis —dice fijando sus ojos negros en los míos—, te sugiero que te me quites de

encima. Soy humano, ¿vale? Y bueno, Mikel no es muy de compartir...

Recién entonces me doy cuenta de que estoy montada sobre sus caderas, sujetando sus muñecas a los costados de su cuerpo. Siento que me arde la cara, pero no me aparto y empujo sus muñecas más contra el colchón.

—Devuélvemelas, Haize, o voy a clavarte esa maldita espada que tanto te gusta, y voy a retorcerla y...

—Uuh, que violenta. Eso me pone más. —Sus ojos se detienen en mi boca—. Lástima que no traje la espada.

—Dámelas.

Mis últimas fotos con Mikel. Las últimas. Me arden los ojos. Esto no es gracioso.

—Te las doy si me cuentas por qué te has pasado la mañana llorando. ¿No deberías estar feliz? Nos vamos mañana por la mañana y…

No lo oigo más. El corazón me late tan fuerte, el pulso tan intenso que su voz se pierde entre la furia que zumba en mi oído. ¿En serio tiene que decirlo así? ¿Como si nada? Mikel se va. Se va mañana. El dolor en mi pecho se agudiza y... dioses, ¿estoy exagerando? Porque en serio, no debería doler tanto pero... es que lo voy a extrañar. ¿Y si se convierte en un dios y no vuelve más?

¿No debería desear que se convierta en un dios? ¿Qué sea feliz? Pero solo pensarlo...

Haize frunce el ceño, suelto sus muñecas y... no puedo evitarlo. Algo muy doloroso se clava en mi pecho y... me largo a llorar otra vez.

Haize

No, no. ¿Por qué llora de pronto? ¿No debería estar contenta porque nos vamos de viaje? Catalina se cubre el rostro con las manos, como si así pudiera detener las lágrimas que caen sin control por sus mejillas. Su pecho sube y baja agitado, mientras murmura cosas incoherentes, aún sentada a horcajadas sobre mí.

Mierda, no, que mal, hice llorar a la chica de Mikel, va a matarme.

Me incorporo, sentándome lo mejor que puedo, no logro mover las piernas, la chavala esta pesa más de lo que aparenta para ser alguien tan minúsculo.

—Oye, Catalina, toma, aquí están tus fotos. Te juro que no he alcanzado a ver nada. Casi nada.

Trato de pasarle la tira con imágenes cochinas que se sacó con Mikel, pero ella me ignora y sigue llorando, hundiendo el rostro en el dorso de su propio brazo, mientras trata de secar las lágrimas.

Coño, no sé qué hacer. No creí que fuera a ponerse así por algo tan tonto... Pasó de estar furiosa y enojada a estar en la miseria; todo en un instante. ¿Qué cojones? Algo debe haber ocurrido con Mikel y yo no me enteré. Solloza como si apenas pudiera respirar de tanta angustia y me está empezando a desesperar.

—Venga, Cat. —Apoyo mi mano en su hombro, sobre la tela de su pijama. ¿En serio ha estado todo el día en pijama? Es evidente que no ha salido de la habitación—. ¿Por qué estás tan triste? El partido va a empezar y luego tenemos la recepción...

—¡No estoy invitada a esa tonta recepción! —Aparta el brazo de su rostro y me observa con los ojos enrojecidos y el pelo alborotado —. ¡Y no me interesa tampoco!

Muy bien, eso, que se enoje de nuevo. Mejor enojada que llorando de forma tan terrible.

—¿Cómo que no? ¿Por qué crees que vine a buscarte?

¿Es por eso que está triste? Sería un poco exagerada de su parte, pero aun así, tal vez asistir a la reunión sosa esa la anime.

Ella suspira de forma espasmódica entre sollozos, se seca de nuevo las lágrimas y me mira con el ceño fruncido.

—¿De qué hablas? —logra decir con voz llorosa—. ¿A qué dices que viniste? ¿No viniste solo a molestarme?

Me observa confundida y recién parece notar que sigue encima de mí. Se pone aún más roja de lo que ya estaba por el llanto y se aparta de mis piernas, murmurando algo que no entiendo y se sienta a mi lado en la cama.

—Vine a buscarte, Cat, porque yo tengo tu invitación. Las dejó tu amiga esa... no recuerdo el nombre, en el hall de entrada de nuestro hotel. —Saco de mi bolsillo las pequeñas tarjetas que me entregó el

mayordomo de la facultad—. Mira qué tierno es Miki —digo, pasándole primero la mía.

Ella toma la tarjeta y una pequeña sonrisa se asoma en sus labios, aunque se le escapa otro sollozo.

—Invitado —lee con voz—. Haize Lantzer (Familia).

Suelta una risita y me lanza una mirada con los ojos brillantes.

—Sí, es un poco tierno —admite.

—Y la tuya —añado, pasándole la otra tarjeta.

La recibe, titubeante. Pasea los ojos leyendo lo que dice, pero no lo hace en voz alta esta vez. Supongo que también lo va a encontrar tierno, porque pone "Catalina Arrieta (Novia)", pero en vez de eso, sus labios tiemblan ligeramente... y se larga a llorar de nuevo.

¿Y ahora qué coño? ¡Le muestro algo lindo y se pone mal otra vez! ¿Qué mierda le pasa a esta tía? Llora peor que antes, apenas puede respirar. Las tarjetas caen sobre la colcha y ella se cubre el rostro con las manos de nuevo.

—¿Cat? Oye, ya basta, deberías estar vistiéndote para... —Me interrumpo, porque murmura algo entre sollozos, pero no le entiendo. Me inclino un poco hacia ella—, ¿qué dices?

—Soy lo peor —logra decir entre espasmos y llora otra vez—. Él hace algo tan tierno y yo, yo —dice entre sollozos—, soy egoísta, solo pienso en mí y... ¡soy horrible!

¿Qué carajo? Suelto el aliento, tratando de no desesperarme. De seguro el partido ya empezó y quería ver a Mikel jugar por última vez. Pero, tampoco puedo dejarla aquí llorando... Ella suele ser alegre. O furiosa. No es... esto. No solo me da pena, es que es la chica de Mikel, ¿cómo la voy a abandonar así?

Sus hombros se sacuden con cada sollozo que da y trato de pensar qué es lo que yo deseo cuando estoy en ese estado. Aparte de morirme, claro. En general, cuando estoy de esa forma, quiero que me dejen en paz.

Así que... hago todo lo contrario.

♡ Catalina ♡

No puedo, no puedo hablar, ni pensar, ni respirar. Porque llevo

meses odiando este momento, el día en que él se vaya. Meses sabiendo que iba a ser así, pero eso no es lo peor. Lo peor es sentirme egoísta por desear que no se vaya. Es horrible, qué asco de sentimiento, tengo tanta pena y me odio a mí misma por… Algo tibio me envuelve.

La fuerza de dos brazos me estrechan e interrumpen mis pensamientos. El aroma a frutillas de Haize se torna más intenso y me sobresalto, mi cuerpo se tensa ante un contacto al que no estoy acostumbrada. Pero algo en la forma en que me abraza es... reconfortante, sincero. Como si supiera exactamente como encajar mi pequeño cuerpo en el espacio entre sus brazos y su pecho. Como si hubiera hecho esto muchas veces, no conmigo, obviamente. Es un abrazo que se siente... bien.

Me dejo llevar. No sé si todos los semidioses causan este efecto, pero me siento mejor. Sin poder evitarlo, hundo mi rostro en su camisa y dejo escapar toda la pena que tengo dentro de mí.

Haize me aprieta más y apoya su mentón en la coronilla de mi cabeza, mientras yo dejo escapar la angustia que ahora me inunda, peor que antes, porque ahora sé que el problema no es que Mikel se vaya a ir. No solo eso. Lo que me duele es sentirme culpable, egoísta. Solo pienso en mí y no en él. En el maravilloso dios que sería. Imaginar su futuro brillante e infinito, hace que me dé cuenta de lo mierda que soy por retenerlo.

—Es cierto —murmura Haize, luego de un momento, sin dejar de abrazarme—. Eres una persona horrible Catalina. La peor de todas. Insoportable.

Quisiera mandarlo a la mierda, pero tiene razón. Al menos es sincero. Y dejar escapar la pena, desahogarme, me ha hecho sentir mejor. Logro algo de calma en mi respiración, me limpio las lágrimas y me aparto un poco.

—Hablo en serio —murmuro, pasándome la mano por los ojos.

—Yo también. O sea, no te gusta la pizza. Salir contigo debe ser algo detestable.

Suspiro, ignorando las estupideces que está diciendo y observo los botones de su camisa, frente a mis ojos.

—Haize, debería desear que se convierta en un dios. —Un sollozo

se me escapa, pero me controlo. No quiero volver a llorar, aunque los ojos me escuecen—. Debería desear que viva para siempre, que sea poderoso que... Mierda, él sería un buen dios. ¿Y va a dejarlo por mí?

Haize guarda silencio y sus brazos pierden fuerza alrededor de mis hombros. Sé que me observa, pero no soy capaz de alzar la vista hacia él.

—Sería un dios genial —murmura—, mucho mejor que yo, probablemente.

—¿Cómo puedo ser tan egoísta? Incluso le mentí. Lo manipulé para que regresara conmigo, haciendo como que me olvidaba de él...

—Catalina —dice, interrumpiéndome. Empuja hacia arriba mi mentón con sus nudillos y me obliga a mirarlo. Un mechón rebelde que escapó de su moño cae sobre su frente, entre sus ojos negros. No parece estar bromeando cuando habla otra vez—. ¿Sabes que por eso le gustas a Mikel? Estoy seguro de que adora que seas caprichosa, manipuladora y absolutamente egoísta.

—¿Qué? —Eso no tiene ningún sentido.

Haize sonríe y apoya su mano sobre mi cabeza, revolviéndome el pelo.

—Eres muy tierna. Seguro también es por eso.

—¡No soy tierna! —digo, dándole un empujón.

Pero él se ríe y niega con la cabeza.

—Estás llorando porque te sientes mal por ser egoísta con el chico más egoísta que yo he conocido, ¿cómo no va a ser tierno eso? Casi me da lástima que te sientas tan mal por alguien como Mikel. Ese ha hecho toda su vida pensando en él y nadie más. Y, venga, que yo lo amo. —Haize ladea el rostro y alza las cejas—. Pero ese no dejaría sus ambiciones por otra persona, jamás. ¿Y crees que ahora lo está haciendo por ti? Pues, no entiendes nada. Lo hace por él. Porque su capricho de ser un dios fue reemplazado por otro. Por ti.

No sé si sentirme mejor o insultada con lo que está diciendo.

—La diferencia... —Haize rueda los ojos—. Es que a ti te quiere de verdad. Ser un dios siempre ha sido una obsesión que tiene, yo no sé por qué.

—¿Por lo de la vida eterna y el poder, quizás... solo quizás?

Haize se ríe.

—Claro, suena grandioso. Ya te digo.

—¿Acaso tú no quieres ser un dios?

Me sorprende, creí que él tendría las mismas ambiciones que Mikel.

—Bai, claro que quiero. Sería un gilipollas si no. Pero… Solo tengo veintidós años, me queda mucho camino antes de ascender. Quiero conservar mi humanidad más tiempo. —Clava sus ojos en mí y tuerce los labios—. Todos los dioses están locos. No sabes lo chiflado que te puede volver vivir cientos de años, miles.

Nunca lo había pensado. No conozco a ningún dios en realidad, solo a semidioses. Y Mikel no habla de estos temas conmigo. Es como si evadiera el asunto sobre la divinidad. Incluso creí que… Es raro. Siempre que vamos a hablar de ello algo ocurre que nos desvía a otras conversaciones. Pensé que lo tenían prohibido. Pero este chico, habla de eso con soltura. ¿Acaso sus padres son más permisivos que el de Mikel?

Me paso la mano por debajo de la nariz, que tengo mojada de tanto llorar.

No sé nada de esto. Si alguien me hubiera dicho que iba a conocer a un semidiós, habría creído que preguntaría mil cosas, que querría saberlo todo. Pero en lo único que he pensado desde que conocí a Mikel es en cómo retenerlo conmigo. En disfrutar cada momento con él porque podría ser el último.

—No te voy a mentir, Cat. —Haize suspira—. También quiero ser un dios, eventualmente. A pesar de la locura y todo eso. Pero, ¿cuál es el apuro? Y seguro ahora Mikel piensa igual. No te sientas culpable, él ni de coña ha renunciado a ser un dios, te lo aseguro. Solo no quiero serlo *ahora*. Lo conozco lo suficiente, dudo que esté pensado en abandonar la inmortalidad de forma definitiva.

Bueno, viéndolo así no suena tan terrible. La angustia que sentía empieza a disminuir un poco.

—En algún momento volverá a intentarlo, cuando termine contigo, probablemente.

—Una relación con fecha de caducidad —digo, apartando la

mirada.

—Todas lo tienen. Lo que ocurre —comenta Haize, pasándose una mano por la frente para apartar un mechón de pelo negro—, es que a la gente estúpidamente enamorada le gusta imaginar que no.

No discuto su lógica. Hace menos de un año creía que iba a amar a Sebastián para toda la eternidad. Aunque ahora estoy bastante segura de que a Mikel sí que lo voy a amar para siempre. Nunca nadie podría ser mejor que el Fakediós. Es simplemente... imposible pensar siquiera en mirar a alguien que no sea él.

—Bueno —continúa Haize, interrumpiendo mis pensamientos—, me alegro de que decirte lo egoísta y manipuladora que eres como persona te haya hecho sonreír.

Me doy cuenta de la sonrisa en mis labios, producto solo de estar pensando en Mikel de nuevo. En la suerte que tengo de que un chico como él me quiera también. Llevaba todo un día sin pensar en él sin largarme a l lorar.

—Gracias Haize. —Alzo la mirada hacia la suya y me doy cuenta de lo mucho que necesitaba hablar esto con alguien—. Eres un buen amigo.

—El mejor, ni te imaginas lo buen amigo que puedo ser. —Me guiña un ojo—. Ahora, vamos a ese partido y esa recepción. Su familia —dice, apuntándose a sí mismo con el pulgar—, no puede llegar tarde.

Se pone de pie de un salto y estira su traje que dejé hecho un desastre. Yo me levanto algo más animada, pero todavía me siento triste.

—¿Ahora qué? —Se voltea hacia mí y alza una ceja—. Recién estabas sonriendo como una babosa.

Miro mis manos, jugando con el dobladillo de mi pijama entre los dedos.

—Nada. Es decir... me siento mejor. Pero igual tengo pena porque se va.

—¿Cómo que *se va*? —Haize ladea el rostro—. ¿Acaso no vienes a Euskadi?

Doy un respingo y lo observo.

—¿Qué? Claro que no, ¿qué estás diciendo? ¿Te dijo algo Mikel?

Haize lo piensa un momento y luego mete las manos a los bolsillos.

—La verdad es que no ha dicho nada. Pero siempre asumí que venías. ¿Por qué no vendrías?

—¡Porque no me ha dicho que vaya! O sea, ¿qué pensabas?, que voy a decirle, hola Mikel, me voy contigo a Euskadi, ¿e invitarme sola?

Haize frunce el ceño.

—¿Por qué no? ¿Necesitas una invitación?

—¡No es eso! —Ay, cómo no entiende—, no puedo colarme sola a su país, a su hogar. Además... supuse que si no me dijo es por algo, porque es un tema entre él y su padre.

—Claro... —Haize se ríe y me observa divertido—. Un asunto entre él y su padre. Todo un problema surgido por algo en lo que tú no tienes nada que ver. No es que todo haya empezado con un deseo que tú pediste y...

—Ya, ya, entendí —digo, agitando una mano—. Pero igual... por algo no me dijo.

Haize tuerce los labios.

—Tienes razón. Por algo no te dijo. Y ahora que lo pienso, debí prever esto. —Me observa pensativo—. En realidad es muy típico de Mikel.

—¿Típico el qué?

—Tengo mis sospechas de por qué no te invitó. —Haize camina hacia la ventana y mira hacia el exterior un momento. Finalmente suspira, resignado—. Siempre es lo mismo con Mikel. Se pone sobreprotector y eso... Pero, ahora que lo pienso, supongo que tiene razón.

¿De qué mierda está hablando?

—¿Razón en qué? —digo, dando un paso hacia él.

La luz ilumina su nariz recta y Haize baja la mirada hacia mí.

—Probablemente no te dijo porque es peligroso. O bueno, peligroso para gente débil como Mikel y tú —explica, dedicándome una sonrisa torcida—. Supongo que por eso yo no lo había pensado, para mí no es un problema.

Es cierto. A diferencia de Mikel, Haize sí tiene superpoderes

útiles. Y una espada mágica.

—¿Qué es lo peligroso, Haize? ¡Anda al grano!

—El lugar a donde va. Su aita, su padre, Sugaar —explica Haize, pensativo—, habita en... ¿Cómo explicarlo? Digamos que es la parte del templo que está entre Arimeterria y este mundo. Bueno, los turistas le llaman templo, en verdad es el antiguo baserri de la familia Ekaitz. Y mira, con lo poco que te conozco, ya puedo decir que seguro no te quedarás tranquila en la casa mientras él viaja a un lugar entre los mundos para desafiar a su...

—¡¿Un lugar entre los mundos?! —Mi corazón se acelera—. ¿Es en serio? ¿Eso de verdad existe?

—Claro que existe. —Frunce el ceño—. Pero no es apto para humanos. Ahora que lo pienso, tal vez no debía decir nada de esto. —Mira el techo pensativo—. No. En realidad, estoy seguro de que no debía decir nada de esto.

Oh, dioses tormentosos. No había pensado a dónde iría a hablar Mikel con su padre. ¿Un lugar peligroso? ¿Un lugar entre los mundos? De pronto, una sensación profunda crece en mi pecho, algo vertiginoso, más grande incluso que mi tristeza. Esto... al fin suena como algo divino y mágico de verdad. Algo que sí merece la pena.

—Ahora que lo dije en voz alta, se hace bastante obvio. Está claro que por eso Mikel no mencionó nada. De seguro lo hizo para protegerte, en plan: evitemos que mi novia mortal se meta en problemas. —Guarda las manos en los bolsillos y pasea los ojos por la habitación, pensativo—. Humm, bai, es un sitio demasiado peligroso para ti, una simple humana. Y pequeña, además. Definitivamente no deberías ir.

—¡Quiero ir!

Todos los problemas empiezan a esfumarse ante la idea de algo tan emocionante.

Haize baja la mirada y alza las cejas.

—Ni hablar.

—Bueno —digo, cruzándome de brazos—. No es algo que decidas tú. Pensé que no tenía que inmiscuirme en los asuntos de Mikel. Pero, ¿qué es eso de protegerme? ¡Qué machista el weón!

—¿Machista? —Haize Me mira curioso. Luego se pone muy serio —. Venga, tienes razón. Que cosa más atroz, hay que librarnos de algo tan bajo como el machismo. He cambiado de opinión, creo que deberías venir.

Lo observo entornando los ojos. No sé si el maldito se está burlando de mí o no, y por la ligera sonrisa que se forma en sus labios delgados, sospecho que sí.

Haize da un paso hacia mí y ladea el rostro.

—La verdad, preferiría que vinieras. No quiero soportar su emocidad cuando esté lejos de ti durante todo el viaje. El problema... —dice, torciendo ligeramente los labios—, es que no lo convencerás tan fácil. Si Mikel cree que es peligroso para ti, dudo que lo... Aunque...

Deja la idea suspendida en el aire y me pone más ansiosa.

—¿Aunque...?

—Aunque —continúa, apartando el pelo de su frente con la mano —, tal vez podría convencerlo si le digo que yo voy a cuidarte. Ya sabes, tengo una espada que mata dioses y soy súper poderoso. Pero....

Tuerce otra vez los labios, estudiándome con la mirada.

—¡Pero qué! Haize, ¡¿puedes dejar de soltar frases inconclusas?!

Él me sonríe de manera odiosa y debo contener las ganas de lanzarle algo. Es que me desespera. ¡Esto es lo más emocionante de mi vida y él anda con rodeos!

—Podría decirle que te cuidaré. Pero, no lo sé... —Haize aparta la mirada—. Me metería en problemas. Qué difícil, creo que estoy indeciso.

—¿Indeciso? —Ay, dioses, qué chico tan exasperante—. ¡Fue tu idea!

—¿Qué? —Abre muchos los ojos y me mira ofendido—. ¡No fue mi idea, yo te dije que era pésima idea!

—¡Pero tú me la diste!

—¿Yo? Jamás habría pensado que la idea de peligro te emocionaría —dice abriendo los ojos, fingiendo sorpresa—. Te ves demasiado excitada por la idea de enfrentarte a un riesgo. No pareces alguien sensato, Catalina... Y cuidar gente poco sensata es

muy tedioso...

—¡No soy tonta! Ya sé que es peligroso. Y no estoy emocionada —digo, mintiendo descaradamente—, solo quiero ir porque tienes razón. Yo metí a Mikel en esto, corresponde que lo ayude.

—Tal vez...

—Por favor, quiero ir —digo, pensando en ese maravilloso lugar. Y en ayudar a Mikel con su padre, por supuesto.

¡Y no lo voy a extrañar porque estaré con él!

—Bueno si lo pides por favor... —Los ojos negros de Haize chispean—. ¿Segura que quieres deberme otro favor?

Y entonces me doy cuenta. Maldito. Está haciendo *eso* otra vez. Y yo caí como una tonta...

—Eres un hijo de puta, Haize.

Él sonríe, las manos en los bolsillos.

—Tómalo o déjalo. Después de todo, ya me debes un favor. No es que haya mucha diferencia. Entre uno y dos...

Sé que esto es mala idea. Me recuerda a algo. A una de esas trampas que he leído en los libros de fantasía. A esas donde un ser maligno te hace prometer algo tres veces, para luego quedarse con tu alma y...

A la mierda.

—Acepto. Te deberé otro favor.

Los labios de Haize se curvan más hacia un lado, en una sonrisa maliciosa. Pero no pienso perderme la oportunidad de vivir una aventura de verdad. Como lo que imaginé que me ofrecería Mikel la noche que lo conocí en el hospital. ¿Viajar a otro mundo? Ni weona dejaría pasar eso.

Siento un escalofrío cuando los ojos de Haize destellan un instante con esa luz verdosa y tan clara que casi parece blanco, igual que en la ocasión anterior. Luego vuelven a ser completamente negros otra vez.

—Trato hecho —murmura, observándome divertido.

—¿Eso fue todo?

—Bai. Y ahora... —dice paseando sus ojos por mi cuerpo—, mejor arréglate. ¿Te dije que eres un desastre?

¡Mierda! ¡Verdad que estoy en pijama! Sostengo su mirada de

semidiós malvado, porque estoy segura de que si Atarrabi dice que Mikel es malo este es aún peor, pero… Vaya, gracias a él ya no estoy nerviosa ni triste. Solo emocionada. Y tengo una pequeña esperanza de estar junto a Mikel.

Corro hacia el baño y antes de cerrar la puerta me giro y miro sobre mi hombro.

—Gracias, Haize. Prometo portarme bien en Euskadi.

No se vaya a arrepentir.

—Eztau ezer[4], Cat —responde, con la sonrisa maliciosa aún en su rostro.

—Deja de llamarme Cat.

—Claro que no, *Cat.*

ϟ Mikel ϟ

Los gritos animándonos desde las gradas, la respiración agitada y las zapatillas chirriando contra el suelo. El bote del balón en mis manos y la fuerza de mis piernas cuando esquivo a un contrincante y a otro... es todo en lo que hay en mi cabeza. Me giro cuando una mano se acerca veloz al balón, pivoteo sobre mi pierna izquierda y doy un pase rápido, lanzándolo, sin siquiera mirar hacia dónde. No necesito hacerlo. Sé que Sebastián estará en esa posición. Él atrapa el balón, salta y todos guardan silencio mientras la pelota hace un arco perfecto hacia el aro. ¡Chas! La malla se agita cuando el capitán anota otro triple perfecto.

El público estalla en vítores. No puedo evitar sonreír mientras me cruzo con Sebastián y chocamos nuestras palmas, recuperando nuestras posiciones de defensa. Esto no se ha acabado. Vamos solo dos puntos por debajo, pero el otro equipo es condenadamente bueno.

Aun así... no tienen a un semidiós entre ellos.

Respiro agitado y algo llama mi atención en las gradas. Es como si sintiera sus presencias, probablemente a causa de mis sentidos alerta por el partido. Haize y Catalina me observan, ella elegante con un bonito vestido verde y corto. Por un instante la duda de por qué llegaron tarde me distrae, pero no, no puedo pensar en eso ahora.

Ni en mi viaje a Euskadi, ni en que estaré lejos de ella y que la voy a extrañar. Ni tantas cosas que me preocupaban antes de iniciar el partido.

Porque el otro equipo ya corre hacia nosotros, coordinados y ágiles. Le dije a Catalina que no estoy postergando ser un dios solo por ella para que no se sintiera mal, pero... ¿a quién engaño? Mi corazón se acelera mientras mis ojos siguen el balón. No es solo por ella. Lanzo una rápida mirada al marcador. Quedan seis minutos y sé que podemos dar vuelta este partido. La emoción crece en mi interior y... me gusta esto. Esteban grita algo, Carlos pasa corriendo detrás de mí y Sebastián se posiciona en el extremo opuesto al mío, sus uniformes del equipo negros, contrastando con el verde del contrincante.

¿En serio quiero perder todo esto por apurarme en ser un dios? Nunca hice amigos de verdad por estar preocupado de titularme como abogado, de cerrar negocios para mi aita. Cumplir las metas que él me ponía para ser digno de ser un dios. Y estos chicos... Apenas llevo seis meses aquí y no quiero irme. No aún.

El alero del otro equipo parece confundido porque me lanzo hacia el lado contrario de él. Pero solo es una finta. Preocupado de mis movimientos, no se da cuenta de que Esteban llega por su otro costado y le quita el balón.

Y todo nuestro equipo se arroja hacia el sector contrario de la cancha. Corro más rápido que Esteban, que va botando el balón con agilidad. Paso por su lado y cuando estoy en el área de tiro, Esteban me lanza un pase. El pivote del otro equipo intenta derribarme, pero cambio el peso de mi cuerpo de un pie al otro, girándome y lo dejo atrás. Salto debajo de la bandeja, levanto el balón para encestar y...

Me empujan con tanta fuerza que caigo de espaldas sobre el suelo. El público grita y me siento adolorido, pero aliviado, porque el balón alcanzó a entrar igual en el aro. La piel de mis codos y antebrazos arden por la caída, pero es soportable.

Suena el silbato para llamar al tiro libre por la falta que me hicieron.

—¡Mikel! —Sebastián corre hasta mí y me tiende la mano para ayudarme. La acepto y cuando me levanto me aprieta el hombro,

mientras me mira a los ojos—. Un punto. Un punto y... no puedes fallar.

Resoplo y me acomodo el cintillo para que el pelo no me caiga en los ojos.

Como si necesitara decirme esto. Como si fuera a ponerme nervioso por un maldito lanzamiento.

Me posiciono frente al aro, mientras el árbitro ordena a los jugadores para que se preparen para defender el tiro libre. Veo la ansiedad en los rostros de mis compañeros y también en el otro equipo. Si encesto, quedamos un punto arriba y faltan dos minutos de partido. Si encesto, es una victoria.

Mi estómago se aprieta y... mierda. Puede que sí esté un poco nervioso. Solo un poco. Limpio las palmas de mis manos en el short negro del uniforme, para secar la transpiración. Todos guardan silencio. No se escucha absolutamente nada, salvo el retumbar del balón cuando le doy un par de botes para soltar la mano. Siento el corazón latiendo en mi pecho y un escalofrío me recorre. Suena el silbato.

Inspiro, acomodo la pelota entre mis manos, estiro el brazo y salto, acompañando el movimiento cuando extiendo el codo, la muñeca y el balón sale despedido en un arco hacia la canasta.

Y... pega en el borde de metal y rebota.

¡Mierda! Mi corazón se detiene, pero no mis compañeros, que aprovechan para correr hacia la cesta cuando el balón rebota en ella. Un chico del equipo contrario salta para tomarlo, pero Sebastián es más rápido y le da un manotazo, lanzando lejos el balón.

Lanzándolo hacia mí.

Sin pensarlo, lo sujeto y todos se giran, mirándome. En un instante tres chicos vienen a quitármelo y es imposible. No puedo cruzar hacia la bandeja, no puedo dar un pase a Sebastián porque está marcado, ni a Carlos que también tiene a dos chicos encima.

No tengo tiempo de analizar absolutamente nada más. Hago lo único que puedo hacer.

Vuelvo a lanzar.

Antes que los del otro equipo me alcancen, inspiro profundo, suelto el aliento lentamente como si estos tres segundos durasen

una eternidad y… salto. Siento la fuerza recorriendo mi brazo, desde el hombro hasta la punta de mi dedo del medio, que es la última parte de mi cuerpo en tocar el balón, dirigiendo su dirección.

El gimnasio ha enmudecido, expectantes, todos los ojos puestos en el arco que traza el balón. Esta vez es perfecto y ¡chassss!, el silencio se rompe con el murmullo del balón cuando pasa entre la malla.

El silbato del juez da el final y los gritos se apoderan del mundo. De pronto estoy sonriendo y en el momento siguiente estoy rodeado de mis compañeros, estoy rodeado de brazos, de chicos gritando de alegría. Estoy feliz.

Estoy rodeado por mis amigos.

♡ Catalina ♡

¡Que emoción! ¡Estoy demasiado feliz por Mikel! Sonreía como un niño cuando sonó el silbato y ganaron. Mientras se abrazaba con los demás chicos del equipo, sus ojos azules brillaban como los relámpagos de una tormenta. Y eso también me hizo sentir más tranquila. Tal vez Haize tiene razón y no estoy siendo egoísta, su renuncia a la inmortalidad no se trata solo de mí.

—Lasai[5], Cat. —Haize me pasa un brazo por los hombros mientras caminamos hacia el salón donde los chicos ya deberían estar esperando para la recepción—. Va a decir que sí e iremos a Euskadi. No te pongas tan nerviosa.

—No estoy nerviosa —miento, pues en realidad siento como si alguien estuviera estrujando mi estómago—. ¡Y no te he perdonado todavía por ser un pesado! —digo, quitándome su brazo de encima.

—Qué va, seguro que me has perdonado —dice riendo.

Se me escapa una sonrisa inevitable. La verdad es que lo adoro por llevarme a Euskadi, pero no se lo diré.

Entregamos las tarjetas a la recepcionista y entramos al salón.

ϟ Mikel ϟ

—En serio, Mikel, nunca nadie se había adaptado a nuestro equipo tan rápido. —Sebastián me ofrece una copa de champaña y

me observa con ojos brillantes. Esteban está junto a nosotros mientras los demás comparten con sus familias—. ¿No es posible que estudies otro año acá?

Paseo la mirada por el salón donde se realiza la recepción. Fernanda realmente se esmeró, quedó todo muy elegante. Hay globos azules y dorados, los colores de la universidad por todas partes, en pendones y lienzos. Un joven músico toca un piano al fondo del salón y la melodía inunda todo, creando un ambiente tranquilo y familiar.

—No lo sé.... —digo, aceptando la copa de champaña. Quisiera seguir molesto con Sebastián, pero es imposible. Creo que sus palabras son sinceras y, coño, si no fuera por lo que ha pasado con Catalina, no tendría problemas con él. Le dedico una sonrisa odiosa —. Tal vez si me ruegas me lo piense.

Esteban suelta una carcajada y da otro sorbo a su copa. Sin embargo, Sebastián parpadea, mirándome. Parece muy serio, peinado con gel y vestido con un traje negro y caro.

—Te lo ruego, Mikel.

Me río, porque pensé que iba a mandarme a la mierda, pero entonces, me quedo sin aire, y no por la carcajada. Por las puertas del salón, hacen ingreso las dos personas que estaba esperando y... coño, qué linda se ve Catalina. A su lado, Haize me observa divertido. Me alegro de que al menos se vistiera decente y que amaneciera con el pelo negro, pero mi vista regresa a ella. En el gimnasio solo la miré de lejos, pero ahora, de cerca... Quisiera ser educado y no mirar la forma en que la tela verde se ajusta a su torso, apretando sus pechos, o como la seda de la falda corta y suelta deja visible esa piel canela que tanto me gusta. A la mierda, lo cierto, es que de pronto quisiera estar solo con ella y arrancarle ese jodido vestido.

Pero cuando su mirada se encuentra con la mía, esos pensamientos se van. Mi estómago se aprieta y recuerdo que mañana ya no estaré con ella. Pienso en todo lo que la voy a extrañar y cualquier deseo que sentí por un instante desaparece. Ahora solo quiero abrazarla.

Llegan hasta mí. Sebastián y Esteban se han esfumado.

—Buen partido —dice Haize, apoyando el peso de su cuerpo en la mesa de mantel blanco que hay junto a nosotros y tomando una copa—. Hasta yo me emocioné, te juro. Algo.

Ignoro su pulla y observo a Catalina, que sostiene mi mirada con sus ojos color miel brillantes bajo las lámparas del salón. Se pone repentinamente roja. Me encanta cando reacciona así, pero, ¿por qué está nerviosa?

—Felicidades —murmura, bajando los ojos un momento y jugando con un lazo de su vestido entre los dedos—. Aunque era obvio que iban a ganar.

—No tan obvio —dice Haize y da un sorbo de champaña—, casi pierden.

Resoplo y estiro mi mano para tomar la de Catalina

—Me alegra que Fernanda pudiera hacerte llegar la tarjeta, enana. Sebastián me avisó a última hora sobre esta recepción —digo acariciando sus dedos.

Ella asiente, poniéndose más roja aún. ¿Qué le pasa? ¿Está así por algo que se me escapa? Haize suelta una risa y observa divertido a Catalina.

—Estaba muy emocionada porque pusiste que era tu novia —dice y da un paso hacia atrás justo a tiempo para evadir el manotazo que le lanza Catalina.

—¡Cállate, Haize! —Se voltea hacia mí de nuevo, con el rostro encendido y el pelo castaño un poco desordenado—. Dice eso, pero era él quien estaba todo emo porque pusiste que era tu familia.

Haize se encoge de hombros.

—A mí no me sorprendió para nada, soy su familia —dice, apurando la copa—. La sorprendida eras tú. Ni siquiera te habías vestido y eso que ya sabías que había una recepción.

Bajo mi mirada hacia Catalina.

—Yo no tenía idea. ¿Tú sabías? ¿Y pensabas que no te iba a invitar?

Ella suelta el aliento, lanzándole una mirada molesta a Haize.

—Aquí son muy formales y no sé. No sabía si te ibas a inventar que era tu novia o no.

Algo tibio cosquillea en mi pecho. De pronto entiendo por qué

está tan roja y nerviosa. Creo que es adorable y solo hace que me den ganas de estar solo con ella otra vez.

—¿Te molesta que pusiera que eras mi novia?

—¡No! —dice, alzando la mirada hacia mí, aún con las mejillas coloradas—. No me molesta, es que...

—¿No te molesta que pusiera que eres mi novia? —murmuro y la acerco hacia mí, rodeando su cintura. Me inclino hacia ella para hablar cerca de su oído—. ¿O no te molesta ser mi novia?

Ella me observa, nuestros rostros casi rosándose y no puedo evitar divertirme con lo colapsada que está. Sin embargo, guarda silencio estudiándome, como si se lo pensara. A nuestro alrededor, se escuchan las conversaciones animadas, el piano y... de pronto me parece que el silencio de Catalina es demasiado largo.

—Ninguna de las dos cosas —murmura finalmente, bajando los ojos y empezando a jugar con su vestido otra vez.

Y me doy cuenta de que había dejado de respirar mientras esperaba su respuesta. Me inclino más y le doy un beso en la mejilla. Catalina cierra los ojos y descansa su cabeza en mi pecho, abrazándome.

Las palabras se me escapan antes que lo piense demasiado.

—Voy a extrañarte, enana —murmuro, apoyando mi boca en su pelo. Ella da un respingo entre mis brazos. Ahora que estamos así, juntos, siento que fue un maldito desperdicio todo el tiempo que estuvimos separados—, pero volveré pronto —continúo, sintiendo su pelo suave en mis labios—. Sé que es difícil, pero convenceré a mi aita de que anule ese contrato.

Ella se aparta un poco y alza los ojos hacia mí.

—¿En serio crees eso? ¿Crees que lo vas a lograr?

Se me hace un nudo en el estómago. Siento la mirada de Haize como un peso y sé lo que debe estar pensando. No puedo mentir, mi aita es muy terco y antojadizo.

—Haré todo lo que pueda, enana. Y de verdad pienso que hay una opción, mientras no me convierta en un dios, hay una opción. Quiero pasar otro año aquí contigo —digo, apartando el pelo que le cae sobre la frente—. Romperé ese contrato y volveré a Chile.

Volveré a estudiar. Volveré a jugar básquetbol y... coño. No puedo

creer que ansíe tanto tener una vida normal, sin convertirme en un dios.

Catalina asiente, inspira profundo y luego sonríe.

—*Haremos* todo lo posible —dice, recalcando esas palabras—. Porque iré contigo.

—¿Qué?

Ella me mira decidida.

—Me voy contigo a Euskadi, Fakediós.

Abro la boca para replicar, pero me contengo ante el brillo intenso que hay en sus ojos. Sé lo que significa esa mirada; la mirada de que a Catalina se le ha metido una idea bien fija en la cabeza. Estoy seguro de que nada que diga la hará cambiar de opinión. Pero, ¿por qué no me lo dijo antes? Volteo mi rostro para ver a Haize y él bebe de su copa de champaña, observándome divertido.

Claro, porque por supuesto... esto fue idea de él.

66. Euskadi, parte 1

ϟ Mikel ϟ

Esperamos el despegue, los tres apretados en el avión. Vale, tal vez apretados es un poco exagerado, pero es que estos asientos son muy pequeños para personas con piernas largas. Lamentablemente, Catalina se negó a que yo pagara sus pasajes y tuvimos que venirnos en clase turista. En realidad la que se negó fue su mamá, que dijo que no permitiría que ningún hombre mantuviera a su hija, o algo por el estilo.

A mi lado derecho, en el asiento de la ventana, Catalina está enviando un audio muy enojada a su mamá, antes de que el avión despegue. A mi izquierda, Haize se entretiene con mi iPad mirando algún tipo de comic de personas con katanas, luego de haber hecho un show durante media hora porque no decidía si quería pasillo o ventana.

—Enana —digo cuando Catalina resopla y apaga su celular—, no es para tanto. No deberías pelearte con tu mamá antes de viajar.

Su mamá la ayudó con los pasajes a pesar de que no les sobra el dinero. Y además, tiene suerte de que su mamá sepa de su existencia, pero, vale, supongo que decir algo así en voz alta sonaría demasiado emo.

—No cachai, Mikel —dice con frustración. Su cabello castaño cae sobre su frente desordenado y en un impulso paso la mano por su mejilla para empujar el pelo hacia atrás, mientras la escucho—. Como usaré mis vacaciones en ir a Euskadi en vez de ir a Temuco, y no he ido en seis meses, mi mamá parece considerarlo un abandono del hogar e insiste en darle mi habitación a mi hermano. ¡Quieren dejarme la suya que es más pequeña!

—Pero si igual nunca estás ahí —murmuro, conteniendo las ganas de reírme de lo ridículo que es su enojo.

—¡Pero mis posters están ahí! ¡Y mis libros! Y estoy segura de que ese enano geek va a sacar todas mis cosas y transformar mi habitación en un servidor gigante de minado de criptomonedas. ¿Y

tú de que te ríes? —pregunta, lanzando una mirada molesta a Haize.

Él se encoge de hombros, con una atisbo de sonrisa en sus labios, mientras sigue mirando el comic en el iPad. Hoy amaneció con el cabello castaño oscuro, lo que implica que está de buen humor. Es un alivio, si hubiera amanecido con el pelo rubio, no permito que se suba al mismo avión que nosotros.

—El *enano* geek te gana por más de veinte centímetros de altura —explica Haize, la burla dibujada en su cara.

—¡Tú cómo sabes eso! —Catalina frunce el ceño y se inclina sobre mí para ver a Haize.

Pero él la ignora y sigue mirando el comic.

—Habla, Navajita —dice Catalina, dándole un puntapié.

Haize maldice y yo sonrío. No sé qué ocurrió entre ellos que se tratan con más confianza, pero me encanta ver como se llevan bien.

—Humm, bueno, investigué a toda tu familia hace meses— comenta él, alejando sus pies como si Catalina fuera a pegarle de nuevo—. Tu hermano está bien guapo, eh.

Coño. Espero que Catalina no se enoje demasiado por eso, pero abre mucho los ojos y mira a Haize y a mí con un brillo en su mirada que no sé si es furia o incredulidad.

—¿Estay webiando? ¡¿Espiaste a mi familia?!

Haize la observa con una chispa de diversión en sus ojos negros.

—¿Te sorprende, Chilenita? ¿Crees que no iba a investigar a la chica que estaba acercándose a Mikel? Es mi deber guardarle las espaldas.

Y también es tu deber ser discreto... Lo que claramente se le olvida siempre.

Pero parece que Catalina le agrada. Y confía en ella, por alguna razón. Supongo que por eso considera innecesario guardarse cosas que normalmente no diría ante otros. No me pasa desapercibida la forma en que Haize la molesta y él solo hace eso con gente que le cae bien.

Catalina me fulmina con sus ojos color miel y mi estómago se aprieta. Es demasiado adorable cuando se enoja.

—¿Tú le dijiste que...? —empieza a replicar.

—No necesita decirme que lo haga —dice Haize, interrumpiéndola

—, sé cuál es mi trabajo sin que él me dé instrucciones.

Ella va a abrir la boca otra vez, pero el motor del avión vibra y el paisaje de afuera de la ventana comienza a moverse. Catalina se pone tensa y parece olvidarse de cualquier cosa que estuviéramos discutiendo. Se pone muy recta mirando el respaldo del asiento del frente, con la espalda más rígida de lo normal.

—¿Te asusta volar, enana?

—No —dice, pero el tono de su voz indica lo contrario.

La rodeo con los brazos y le doy un beso en la mejilla. Ella aprieta ligeramente mi brazo con sus manos y lanza una mirada a la ventana, donde el paisaje se ve borroso mientras el avión aumenta la velocidad en la pista para despegar.

—Oye, Cat —dice Haize, inclinándose hacia ella—, si te da miedo puedo cambiarte de asiento, el pasillo es mucho más seguro. Dicen que si el avión se cae, la gente de la ventana siempre muere.

—Tú elegiste el pasillo, Haize. —Le doy un empujón, porque está inclinado para hablar con Catalina, aplastándome.

—Pero cambié de opinión.

—Mala suerte —dice Catalina—. Además, sé perfectamente que tienen 65% más de probabilidades de morir los del pasillo —añade y observa de nuevo por la ventana, mientras yo me pregunto de dónde sacó esas estadísticas de mierda—. Y me gusta ver las nubes cuando estamos volando, aunque me ponga nerviosa.

—O sea te asusta —insiste Haize.

—Un poco —admite Catalina, apartando la mirada de la ventana.

—Pero te gusta —Haize ladea la cabeza.

Catalina abre la boca para decir algo, pero yo de nuevo empujo a Haize de vuelta hacia el respaldo de su asiento.

—No jodas. —Me giro hacia ella—. Enana, no le metas ideas en su mente enferma.

—¡Yo no he...! —Pero Catalina se interrumpe y mira nerviosa por la ventana otra vez porque el avión acelera más y más en la pista.

Está a punto de despegar. ¿En serio le da tanto miedo? Creo que sí, porque empieza a apretar mis muñecas con más fuerza de lo normal. Trato de no reírme del miedo que le tiene al despegue y apoyo mi mentón en su nuca. Y aunque odie que Haize le haya

sugerido venir conmigo, a la vez siento un alivio infinito de que esté aquí. El solo pensar en alejarme medio planeta de distancia me angustiaba.

Aunque si no la invité no es por las razones que Haize o ella pensaban.

Catalina se refugia apegándose más a mí, pero siento la tensión en su cuerpo.

—Enana —murmuro, acercando mis labios a su oreja.

—¿Hmmm? —Aferra más mis muñecas y no deja de mirar la pista que pasa a toda velocidad por la ventana.

Hablo lo más despacio que puedo intentando que, protegidos por el zumbido de las turbinas, solo ella me escuche.

—Yo también te amo.

Catalina da un respingo y se gira hacia mí, abriendo mucho los ojos y sus manos en mis muñecas se relajan. Comienza a abrir la boca para decir algo, pero me inclino y la beso. No quiero que diga nada. Siento su aroma, siento su boca tibia y la forma en que se rinde a la mía.

Y es todo lo que necesito.

—¡Venga tíos! —Haize resopla—. ¿Vais a follar aquí?

Catalina lo ignora, rodea mi cuello con los brazos y yo apoyo más mi cuerpo contra ella. Mientras nuestras lenguas se encuentran, estoy completamente seguro de que no se ha dado cuenta de que el avión ya despegó y estamos surcando el cielo.

♡ Catalina ♡

Despierto calentita, adormecida por el ronroneo de Mikel. Huele a guindas, y también huele a frutillas. Pero, un momento, Mikel no debería ronronear. Me incorporo algo confundida y me quedo quieta cuando noto un peso sobre mis muslos.

¡Verdad que estoy en el avión! Lo que ronronea es el avión, no Mikel y por la ventana veo las nubes, un paisaje que parece sacado de un libro de fantasía. Las nubes tienen formas extrañas, como castillos blancos en el cielo celeste.

Y lo que está en mis piernas es la cabeza de Haize, que duerme

desparramado sobre nosotros. Su torso descansa sobre los muslos de Mikel y su cabeza encima de los míos. Tiene los labios ligeramente separados mientras duerme.

—No lo toques —murmura Mikel y me doy cuenta de que yo dormía apoyada sobre el hombro del Fakediós—. Si se despierta de forma muy brusca podría volverse rubio su pelo y no lo queremos así en el avión.

Pensaría que está exagerando, pero ya he visto los cambios de humor de Haize.

—¿Sigue siendo él? Digo, cuando su pelo es de otro color —Hablo despacio para no despertarlo—. ¿O está poseído por un ente maligno o algo así? ¿Como personalidades múltiples?

Lo digo pensando en la vez que ensartó a Atarrabi con su espada contra la pared. Su cabello estaba casi rubio y el odio en sus ojos era visible a metros de distancia.

—Siempre es él. —Mikel suspira—. Solo una versión muy idiota de él.

El Fakediós entrelaza su mano con la mía y acaricia mis dedos.

Yo también te amo.

Recuerdo sus palabras otra vez y mi corazón se acelera. Él piensa que, según lo que dijo Atarrabi, el deseo ya se cumplió por lo que no hay peligro de que me sus sentimientos. Pero aún no me creo que haya dicho que me ama.

Siento el rostro rojo de nuevo y trato de controlarme. Parezco tonta.

—Cuando lleguemos a Euskadi, ¿vas a quedarte conmigo o con tu abuela? —Mikel me observa con curiosidad.

El pulso se me acelera aún más de solo pensar en quedarme con él. ¿Voy a conocer su hogar? Siento que es algo muy personal.

—¿No te molesta si me quedo contigo?

Él alza las cejas un momento y luego sonríe.

—Haré como que no has preguntado eso. Además, me parece más seguro que te quedes en mi casa. —Mikel apoya su cabeza en el respaldo, sin dejar de mirarme—. Aún no sé qué está pasando con esto de convertirme en dios y no me extrañaría que Atarrabi trate de buscarte de nuevo. Es evidente que mi relación contigo está

relacionada a por qué no me he convertido en dios, por algo él intentaba separarnos.

—Haize dijo que no querías que yo fuera a Euskadi —murmuro—, probablemente porque es peligroso.

Mikel me observa y luego baja sus ojos hacia Haize, que se mueve un poco, acomodándose sobre nosotros. La colita alta que suele tomar la mitad de su pelo ya ha dejado de escapar muchos mechones, que caen desordenados sobre su mejilla.

—No es tanto por eso —murmura Mikel—. Quizás te disguste lo que voy a decir, enana, pero... Tal vez no me sentía tan cómodo con que conocieras mi hogar.

Sus palabras hacen que algo se retuerza en mi estómago. Suena un timbre en el avión y una azafata pasa caminando por el pasillo. La mayoría de la gente va dormida y llevan las ventanas abajo, pero hay suficiente luz, pues es un vuelo de día.

—No me mal entiendas —continúa Mikel—, no es por ti. Es que... —Inspira, como si necesitara un momento para pensar las palabras que va a decir—. Sé que Atarrabi te ha mencionado a qué me dedico, pero una cosa es saberlo y otra verlo.

Creí que diría algo peor. El alivio recorre como agua fresca mi cuerpo.

—Mikel, muchas abogadas y abogados defienden delincuentes, no es para tanto.

Él guarda silencio un momento, mirando a Haize.

—Estamos hablando de grandes ligas, enana.

—Dijiste que tú no estafabas gente.

¿Me importaría realmente si lo hace? Creo que sí, no sé. Una cosa es que defienda delincuentes y otra que él *sea* un delincuente.

Mikel suelta una risa vacía y un mechón de cabello cae sobre su frente.

—No necesito estafar a nadie. Me pagan muy bien simplemente por hacer buenos contratos. Los que usan esos negocios para estafar son mis clientes, supongo, no yo.

No empezaré a enredarme en esa discusión ética en este momento. Ni siquiera voy en segundo año de derecho, como para estresarme con estas cosas. ¿O debería ser algo que ya tenga claro

en mi interior? Tal vez por eso casi repruebo el ramo de filosofía moral.

—Tampoco es que vaya a relacionarme con tus terribles clientes, no pasa nada. Estás exagerando, Mikel.

Él me observa un momento y veo verdadera preocupación en sus ojos azules.

—El asunto es —dice y estira su mano hacia el rostro de Haize. Desliza un dedo por la mejilla de él corriendo un mechón de pelo de forma tan cariñosa que algo se aprieta en mi estómago—, que el más terrible de todos... está durmiendo sobre tus piernas.

Miro el rostro dormido de Haize. Se ve muy tierno así, nadie pensaría que es capaz de hacer cosas tan desagradables con esa katana suya.

—La versión de Haize que verás si vamos a nuestro hogar no es la que has conocido hasta ahora. —Mikel continúa acariciando el pelo de Haize de forma distraída, como si fuera algo que ha hecho muchas veces—. Él solo se comporta como realmente es frente a mí, enana. Y por lo que veo, ha extendido eso a ti, tal vez porque estás conmigo. Pero cuando está con su familia... él *debe* ser otra persona.

Me quedo pensando un momento, viendo como el pecho de Haize sube y baja tranquilamente.

—¿No debería ser al revés? ¿Ser más natural con su familia?

Mikel tuerce los labios.

—No cuando toda tu familia es... —murmura, pero se detiene y baja tanto la voz, que apenas puedo oírlo sobre el motor del avión—. Enana, nunca jamás repitas esto, ni siquiera le digas a Haize que lo sabes, aunque él sabrá que lo sabes. Pero su familia es un clan de la mafia vasca. —Casi no lo oigo de lo bajo que habla—. El padre de Haize es el líder de la familia Lantzer, que controla prácticamente todo el mercado negro de Bizkaia.

—¿Y? —Sostengo su mirada—. No me importa como sea Haize, ni su familia, Fakediós. Estoy contigo.

Él sonríe, pero esa sonrisa titubea un momento.

—¿Y si ves el peor aspecto de Haize, qué pensarías de mí, que sigo a su lado a pesar de eso? —Mikel ladea el rostro—. No solo eso.

Soy el que se las arregla para que todas las cosas atroces que él hace se mantengan en las sombras de la ley.

—Es tu trabajo.

—Ese es el punto, enana. En el caso de Haize, es más que eso. A pesar de lo que vas a ver en Euskadi. A pesar de *ese* Haize que vas a conocer y que tal vez no te guste... No lo hago por trabajo. Simplemente no soportaría verlo en la cárcel otra vez. Porque yo lo quiero.

Mikel sostiene mi mirada cuando dice eso, como si me estuviera retando. Como si yo... lo fuera a juzgar. Entiendo hacia dónde van sus pensamientos. Cree que lo voy a juzgar por querer a un criminal. Observo sus dedos enredados en el pelo de Haize y luego otra vez a Mikel.

—No me importa lo que él haga o sea —insisto, sosteniendo su mirada. Recuerdo lo feliz que parecía Haize cuando recibió esta tonta invitación diciendo que era familiar de Mikel—. Lo único que me importa —digo, mirando como duerme Haize—, es que él te quiere también.

El rostro de Mikel se relaja visiblemente y sonríe de nuevo, esta vez de forma sincera.

—A pesar de que es un criminal, y el peor guardando secretos —dice riendo y bajando la mirada hacia Haize—, puedes confiar en él, enana. Puedes confiarle tu vida.

—Lo sé —digo, antes de pensarlo siquiera.

—¿En serio? —Mikel me observa con curiosidad, con una chispa en sus ojos azules.

—Sí.

Y es cierto. Haize se remueve medio dormido sobre nuestras piernas y yo recuerdo como me abrazó la otra noche cuando yo tenía tanta pena. Y sé que tal vez lo hizo porque le di lástima o porque soy importante para su mejor amigo, pero... me sentí bien. Y de alguna forma, supe que podía confiar en él.

—Siempre puedes acudir a Haize, cuando yo no esté.

Las palabras de Mikel son como un peso en mi pecho. Alzo la mirada hacia sus ojos azules y no me gusta para nada la sombra de preocupación que veo en ellos.

—No digas esas cosas, Fakediós.

Él sonríe y yo voy a replicar, pero se inclina y me besa de nuevo. Su pelo negro cae sobre mi frente y me hace cosquillas. Quisiera apartarme y decirle que todo va a salir bien, pero no puedo. Porque cuando Mikel me besa, el calor de sus labios se transmite a mi cuerpo y no soy capaz de separarme de él.

Y porque no me gusta mentir. No sé si todo va a salir bien. Estoy segura de que su padre no aprobará tan fácil que él no quiera ser un dios.

Sin embargo, apoyo mi cuerpo contra su pecho y disfruto de su boca en la mía, de su olor a guindas y de estar aquí con él. Y mientras me besa, tengo pensamientos de lo más extraños. Tal vez porque Haize sigue recostado sobre nuestras piernas, pero me estoy preguntando si tendrá otra espada mágica para matar dioses que pueda prestarme.

Me gustaría saber luchar como él.

Porque, lo juro; aunque tenga que enfrentarme a todos los dioses vascos, voy a traer a Mikel de vuelta conmigo.

Haize

Regresar a Euskadi se siente... No lo sé. Hay algo diferente, algo que no anda bien. Y eso que es uno de mis días buenos. Es extraño, aunque dormí en el avión mi pelo no cambió de color. ¿Será por el jet lag? Ni idea. Solo sé que me muero de hambre, pero no puedo comer aquí, donde Mikel, debo volver a mi hogar.

Bajo al estacionamiento del edificio. Aparqué aquí antes de irme a Chile, porque supuse que volvería con él. Aunque no imaginé que a nuestro regreso nos traeríamos una chica... Prefiero irme a la casa de mi familia, ni de coña me quedo con estos dos, seguro van a follar toda la noche.

Acomodo la katana en mi espalda, es un alivio que aquí no la tenga que esconder. La Ertzaintza[6] no se atrevería a molestarme y la gente suele pensar que soy un puto frikie con una katana de utilería. Paseo la vista por la oscuridad del estacionamiento, atento. ¿Sabrá Ata que ya estamos aquí? No me hace gracia dejar a Mikel

solo, pero... si mi padre se entera que estoy en Euskadi y no me presento, no será buena cosa. Y obviamente ya está enterado.

Sobre mi madre... bueno, puede que esté en la casa o en Arimeterria... o en cualquier sitio.

Me gustaría decir que extrañé a mi familia, pero... na. No les extrañé para nada. Tal vez un poco a Trine o Deni.

—Pero a ti, bebé, belleza de mi vida, sí que te extrañé —digo y deslizo mis dedos por la superficie negra y brillante de mi moto deportiva.

El sonido familiar del ronroneo del motor cuando la enciendo hace que me sienta un poco más en casa. Cierro la cremallera de mi chaqueta y acelero. Dejo atrás el centro de Bilbo y me dijo hacia el mar, serpenteando por las rutas que me acercan a la costa, a Getxo. Extrañaba el clima de Euskadi, el viento húmedo revolviendo mi pelo y la calidez del atardecer me hacen sentir un poco mejor... Un poco.

Porque algo no me deja tranquilo. Y no sé qué es. Odio no saber qué es. Podrían ser muchas cosas. Tal vez es porque mañana Mikel va a enfrentar a su padre y eso me preocupa.

Al fin llego y me detengo frente a los portones enormes de madera de la antigua mansión. Las ventanas destellan enrojecidas por el sol de la tarde. Me parece que fui ayer que me fui... ¿cuánto tiempo estuve fuera? ¿Tres, cuatro meses?

Para estar en la capital de mi país, es un lugar silencioso, por esta calle casi no pasan autos. Por supuesto que no, cualquier habitante de Euskadi sabe quiénes residen en este barrio. Titubeo un momento antes de apoyar la mano sobre el panel táctil que hay al medio del portón. ¿Qué coño me pasa? No puedo estar así de tenso. Es mi maldito hogar.

El portón se abre y las luces —que obviamente ya están encendidas aunque sea recién el ocaso—, iluminan el camino de piedra hacia la mansión. A los costados del camino hay unos cuantos hombres o mujeres apostados a las sombras de los árboles, vestidos de negro. No están a la vista, pero sé que llevan armas. Sus cabezas se giran hacia mí y tardan solo un instante de reconocimiento antes de apartar la mirada y seguir con su vigilancia que aparenta ser descuidada.

Contengo las ganas de rodar los ojos y entro. Uno de ellos, relativamente joven y que no reconozco, se acerca y ofrece llevarse mis cosas. Debe ser nuevo.

—Déjala cerca de la salida y cubierta —digo, entregándole mi moto.

—*Bai, jauna*[7]. —El joven estira el brazo, esperando el resto de las cosas.

Me quito la chaqueta, la camiseta y me quedo solo con los pantalones oscuros, una pistola en el cinturón y la katana enfundada a la espalda, con la correa cruzada sobre mi pecho desnudo. Le paso la ropa y por un momento me siento tentado a preguntarle si el Kideak de mi padre está aquí, pero me contengo. Mejor no demostrar mi ignorancia ante un subordinado que ni siquiera sé su nombre, por lo que simplemente le paso la ropa y observo como se la lleva, igual que mi moto.

Odio pasarle mi moto a extraños.

Ignorando al resto de los subordinados, camino por el corredor de piedra hacia la entrada de la casa y cuando estoy a punto de llegar a los peldaños, la puerta corrediza se abre y la voz chillona de Trineded llega hasta a mí.

—¡¡¡Haaaaaiiiiizeeeee!!!!!

La chica da un salto y se cuelga de mi cuello. Su aroma a flores me envuelve y la abrazo también. Se ha cortado el cabello negro y liso en de forma recta sobre los hombros, y hay que admitir que le queda muy bien. Sus ojos oscuros y redondos destellan cuando levanta el rostro hacia mí, con una sonrisa radiante.

Lleva pantalones negros ajustados y una camiseta sin manga del mismo color, que deja ver sus tatuajes.

—Vale, quizás a ti también te extrañé un poco —digo, estudiándola y devolviéndole la sonrisa.

Ella se pone de puntillas y me da un beso rápido en los labios. Luego me observa, sin soltarse de mi cuello.

—¡Qué coño te pasa, Haize! —Hace un puchero fingido—. Dijiste que te ibas solo unos días. ¿Sabes lo aburrido que ha estado esta mierda?

—Es que sí fueron solo unos días, bebé —digo, mirando sus bonitos ojos oscuros.

—¡Cuatro malditos meses!

Me río y abro la boca para replicar, pero me interrumpo poque la puerta se abre más y Denitz se apoya el umbral y nos observa, aburrido, con las manos en los bolsillos de los pantalones negros y ligeramente holgados, como los que usa todo nuestro clan. Lleva pistolas enfundadas en el cinturón y una en la correa del muslo. A diferencia de Trine, él sigue exactamente igual. El pelo rubio, que si estuviera suelto le llegaría hasta debajo de las orejas, lo tiene peinado hacia atrás. La camiseta verde sin mangas deja ver los tatuajes de mi familia enroscados en sus brazos trabajados. El chico, tan alto como yo, me mira con los ojos celestes y fríos, como si nos hubiéramos visto ayer.

—Tu aita te espera, Navaja —dice, arrastrando las palabras con aburrimiento.

Suelto un bufido, apartándome de Trine y subo los escalones. A diferencia de Trineded, Denitz me habla todo en euskera y eso me hace sentir más en casa, aunque me esté tratando como un gilipollas. Me detengo frente a él, que alza una ceja rubia cuando me quedo viéndolo.

—¿Qué? —dice, malhumorado.

—También me alegro de verte, Deni —Le dedico una sonrisa odiosa y le guiño un ojo.

Él resopla, me da la espalda y agita una mano.

—Solo fueron unos días —dice, sin ninguna emoción en la voz, caminando por el pasillo de madera, hacia el estudio de mi padre.

Vale, al menos me dirige la palabra y hace chistes.

—¿Hay algo para cenar? —pregunto, mientras lo sigo por el corredor.

Él no responde, pero podría ser peor. No está ni la mitad de enojado que cuando me fui. Caminamos por el pasillo, entre paredes de piedra pintadas con un mural de montañas en toda su extensión y mi estómago se retuerce mientras nos acercamos al salón del fondo. Siento la presencia de mi aita desde aquí, como una presión en el aire que me invitara —o más bien amenazara—, a dar media

vuelta y largarme de Euskadi otra vez. Incluso me parece que la espada de sombra esta inquieta, su magia cosquilleando en mi espalda.

Y eso que mi aita ni siquiera es un dios.

Siento las pisadas de Trineded detrás de mí, pero no dice nada. Sabe lo que me espera y yo también.

El mal presentimiento que tenía incrementa y me pregunto si en realidad es porque Mikel va a enfrentar a su padre mañana.

Controlo mi respiración y me calmo, detestando esta sensación. No es miedo. Es algo peor...Es la maldita resignación.

Incluso se me pasa el hambre.

Quizás, en realidad, es a *mí aita*, al que no quiero enfrentar.

O más bien, las cosas que dejé pendiente con él antes de escabullirme a Chile.

Euskadi, parte 2.

♡ Catalina ♡

Me gustaría admirar el departamento de Mikel. Conocer más acerca de él, de su personalidad y gustos; explorar cada rincón. Pero en vez de eso, lo estoy explorando a él.

—Enana, tormentas, espera. No vayas tan... ah, tan rápido, ah. —Mikel enreda los dedos en mi pelo, afirmando mi cabeza entre sus piernas, mientras con una mano aprieto la base de su miembro. El resto, lo saboreo con la boca—. Olvídalo. Sigue, así, eso.

Un gemido gutural de placer escapa de sus labios y hace que el calor en mi vientre aumente. Apenas pusimos un pie en este lugar, nos enredamos y terminamos en esta enorme cama. Nuestra ropa voló y cayó desparramada en distintas partes del elegante comedor y en el pasillo camino a la habitación.

Ahora estoy de rodillas en la alfombra, él sentado al borde de la cama, mientras se lo chupo. Con dedicación. Sí, porque siento una necesidad terrible de tenerlo dentro de mí, de distintas maneras. Quiero tragarme su semen de semidiós y que sea parte de cada célula de mi cuerpo.

—Joder. —Mikel murmura con voz rasposa.

Yo sigo chupando. Alcanzo a saborear en mi lengua un poco de sabor a guindas porque suelta un poco de líquido preseminal, pero Mikel tira de mi pelo hacia atrás, separándome de su cuerpo.

Alzo la mirada, jadeando y mis ojos encuentran los suyos, azules, intensos. El pelo negro cae desordenado sobre su frente y él también respira agitado, observándome, sus hombros desnudos y su piel suave llamándome. Mi estómago da un vuelco por la tormenta de emociones que chispean en esa mirada. Estoy perdida con sus ojos y, de alguna manera, tengo la certeza que siempre será así. Siempre me derrumbaré ante esos ojos azules y eléctricos.

No hay nada más que él y yo. No escucho más sonidos que su respiración y la mía. Todo lo que siento es el calor de su cuerpo a pocos centímetros.

—Creo —murmura Mikel, inclinándose hacia mí. Su nariz rosa la mía—, que nunca me había gustado tanto ser solo un humano, como en este momento.

Aprieta sus labios calientes contra los míos. Me dejo llevar por el beso hambriento, pero suelto un gritito cuando él me toma de la cintura y, como si yo no pesara nada, me levanta y caemos contra la cama. Su cuerpo sobre mí, su boca en la mía y su pierna entre mis muslos, separándolos. Siento que ardo ante las expectativas de tenerlo dentro. Su pene rosa mi entrada, tibio, pero no hace más que eso. Se queda ahí.

—¿Mikel? —busco su mirada y él me observa, sus ojos a un par de centímetros.

ϟ Mikel ϟ

Catalina huele delicioso. Ella siempre dice que yo huelo a cerezas, pero no tiene idea de lo abrumador que es para mí *su* olor. Una mezcla entre shampoo y frutas de verano, algo que me vuelve loco. Su piel canela me vuelve loco. Sus ojos color miel me trastornan.

Y en este momento me miran con intensidad. Levanta ligeramente sus caderas, haciendo que su parte íntima roce la mía. Sé lo que quiere.

—Espera —murmuro, observando su rostro. No puedo evitar sentir una punzada de ansiedad al recordar esos días en que creí que había perdido la memoria, me miraba como si no me recordara. Lo pasé muy mal creyendo que se había olvidado de mí. Y nunca me explicó cómo sucedió—. Necesito... preguntarte una cosa, enana.

Ella respira agitada y me observa como si esto fuera una locura. Como si no pudiera creer que quiero tener una conversación en este momento.

—¿Qué cosa? —dice finalmente, parpadeando confundida.

—¿En serio nunca tomaste la poción?

—¿Quieres hablar eso ahora? —dice riendo.

En realidad quiero follarla. Pero no sé qué va a pasar mañana y necesito saber que algo así no volverá a ocurrir.

—Fuiste muy convincente, enana, demasiado. Casi parece

imposible que no la hubieras tomado, de verdad parecías distinta. Yo... —Cierro los ojos un momento y la miro de nuevo—. No vuelvas a hacerme eso.

—Y tú no vuelvas a ser un imbécil.

Sonrío y le doy un beso rápido en los labios.

—Prometido —digo, con mi boca sobre la suya.

Ella sonríe también.

—Y no tomé nada. Prometí que no lo haría, Mikel, y yo cumplo mi palabra. —Catalina suspira, como si le costara darme más detalles. Levanta su mano y aparta el pelo negro que cae delante de mis ojos —. La destapé, la acerqué a mis labios y cuando sentí ese aroma... el aroma de la poción... era el aroma de una tormenta. Fue como un golpe, Mikel. Fue como si tu nombre se transformara en un recuerdo, de solo olerla. Y sentí un miedo atroz. Me di cuenta de que realmente te olvidaría para toda la vida si la tomaba.

Un escalofrío me recorre de solo pensar en que eso hubiera ocurrido. Porque creí que había ocurrido. Y fue horrible. Me apego más, como si necesitara que su cuerpo y el mío se fundieran.

En realidad, necesito fundirme con ella.

—Por eso fue fácil ignorarte, aunque no te hubiera olvidado —continúa—. Oler la poción ayudó, por varios días. Era como si fueras algo que hubiera pasado hace tiempo.

La observo y sé que está diciendo la verdad. Veo la preocupación en sus ojos.

—No volveré a hacerlo, te lo prometo. —Acaricia mi mejilla con el dorso de su mano—. Conocerte ha sido lo más hermoso que me ha pasado, Fakediós. Y aunque me vuelva a doler... jamás me arrepentiré.

Y le creo. Le creo porque siento lo mismo. Catalina me besa y el calor me abruma por dentro. Estiro la mano sobre la cama y tanteo para encontrar el condón.

—Coño, me gustaría tanto hacértelo sin esta maldita cosa —murmuro, imaginando lo mojada y caliente que debe estar por dentro.

—Lo siento —dice ella, mordiéndose el labio inferior.

—No, enana, no era una queja contra ti —digo rápidamente y

beso su boca, mientras mis dedos encuentran al fin el sobre plástico —, solo... me dejé llevar. No me hagas caso.

Me apoyo en un brazo, recostándome de costado a su lado y me pongo el condón.

Catalina gira su rostro, el pelo castaño desordenado alrededor de sus mejillas cuando habla.

—Tomaré pastillas anticonceptivas cuando volvamos a Chile, Fakediós.

Su rostro se vuelve aún más rojo al decir eso. Como siempre, verla avergonzada me pone aún más duro, no sé por qué. Creo que me gusta la hipocresía de su cuerpo cuando reacciona así. Porque ella de vergüenza no tiene nada.

Deslizo el condón y cuando está listo, la tomo de la cintura y apego nuestros cuerpos, sin entrar en ella aún.

—Está bien, si quieres tomarlas —murmuro deslizando mi mano por su cuello. Catalina se apega más, mientras tomo uno de sus pechos y juego suavemente con su pezón—. Y cuando hayan pastillas para hombres, seré feliz de ofrecerme como experimento para probarlas contigo —sonrío, apretándolo entre mis dedos.

Ella gime y mueve sus caderas de una forma que me tienta como no se imagina. Tanteo con mis dedos entre sus piernas y, joder, qué deliciosamente mojada está. Sus caderas me llaman con sus movimientos y, sin esperar más, me hundo en su interior.

Ah, coño, sus gemidos de placer van a volverme loco.

Beso su boca, sus mejillas y apoyo mi frente en la de ella, mientras la penetro cada vez más rápido, desatando todo el deseo que tengo de perderme en su cuerpo.

Nunca sabré en qué momento empezó a gustarme tanto, ni mucho menos en qué momento empecé a necesitarla de esta manera desesperada. No tengo idea cuándo fue que deseé continuar siendo humano para estar con ella. No sé en qué minuto decidí que me importa más satisfacerla ella, que las expectativas de mi padre.

Y no tengo idea cómo le haré entender eso a él. Pero no pensaré en eso ahora. No pensaré en lo mal que pueden salir las cosas, ni en el miedo que tengo de que ella se encuentre en Euskadi.

Porque, a la vez es un alivio que esté aquí conmigo.

Y no la volveré a decepcionar.

Me aparto un momento, mientras respira agitada, la tomo de la cintura y hago girar su cuerpo. Ella se deja, recostando su pecho contra el colchón. Me grabo bien en la memoria cada centímetro de su cuerpo, recorriéndolo con mis dedos en esta habitación cálida. Cuando llego a sus caderas, las tomo, las levanto y beso sus muslos, ahí justo debajo de sus nalgas.

Joder, quisiera follarla de muchas maneras. Ruego con toda mi alma para que eso suceda en el futuro, para encontrar la forma...

—Mikel, por favor.

Joder, dejo de lado esos pensamientos, abrumado por el deseo que me hace sentir. Me hundo en su sexo húmedo y caliente otra vez y, en el silencio de mi habitación, la follo como si fuera lo último que me queda en esta vida.

—¡Dios!, Mikel —jadea, mientras los espasmos del orgasmo hacen temblar su cuerpo.

Y también del mío. Me desparramo en su interior y respiro agitado. Aplasto su cuerpo con el mío y escondo mi rostro en su cuello, perdiéndome en el olor de su pelo.

—Sí que soy tu dios, ah —murmuro y me quedo así, dentro de ella, nuestros cuerpos calientes y enredados.

Catalina murmura algo que no entiendo, pero no pregunto. Simplemente beso su mejilla y descanso sobre ella un momento más. Solo un momento más.

Ojalá... ojalá pudiera quedarme así, aquí con ella, para siempre.

Haize

La risa de mi padre al otro lado de las puertas de madera hace que me ponga tenso, pero no lo demuestro. Si Aitor se está riendo, es porque lo acompaña su Kideak[8]. Coño. Seguro está ese imbécil de Xabi con él.

—¿Vas a entrar o qué? —Denitz mira el techo a mi lado, aburrido.

—Jódete, Deni —murmuro y empujo la madera, fuerte con ambas manos.

Las risas cesan de inmediato. La luz de las lámparas cálidas se

desparraman sobre los tres hombres que hay en el centro de la habitación, pequeña, acogedora. Aunque no para mí.

A pesar de que hay dos sillones, uno frente al otro, ellos prefieren sentarse en el suelo sobre unos cojines, con las espaldas apoyadas en los sillones, en vez de sentarse en ellos, cada uno con una copa en la mano. Los tres ya pasan los cuarenta años, pero siempre han sido así, como si no les interesara para qué sirve el sillón o la mesa, ignorándolos.

Mi aita está en medio de Xabi y Eneko. Los tres clavan los ojos en mí y me observan un momento. Xabi y Eneko vestidos como todos los del clan, pantalones negros y camisetas azules sin manga. Mi padre, tal como corresponde al líder de la familia, va con el pecho desnudo y deja ver todos sus tatuajes, intrincados y con mucho azul por aquí y por allá. Una sonrisa sincera ilumina sus facciones cuando me reconoce. Esta noche lleva el largo pelo castaño tomado en una cola detrás de la cabeza y sus ojos negros chispean divertidos al verme.

Eso no me gusta nada. Preferiría que estuviera enojado. Esperaba que estuviera enojado. ¿Qué le divierte? Joder.

—¡Gabon[9], señores! —Alzo ambas manos en saludo y sonrío como si no estuviera asquerosamente estresado de verlos—. Que encanto encontraros borrachos tan temprano[10].

Empiezo a caminar hacia ellos, dando zancadas despreocupadas pero con cuidado de no pisar los cojines del suelo. Mi padre tiene una maldita obsesión con los cojines.

—Me alegra verte en una pieza, Haize. ¿Te gustó Latinoamérica? Argentina es muy lindo. —dice, sonriéndome mientras me acerco.

—Fui a Chile.

Lo sabe perfectamente. Si hubiera estado en Argentina, sus contactos de los negocios que tiene allá le habrían avisado.

—¿Chile? ¿Eso no es una comida? —Eneko inclina la cabeza, curioso. Pero sé que está fingiendo, estos desgraciados tienen súper claro donde estaba.

El punto es, ¿qué tanto saben?

—Fui a un puerto de mierda aburrido y sin nada interesante —

digo riéndome y haciendo un gesto despectivo con la mano—. Ni siquiera compré un *souvenir*, era todo un puto asco.

Mi aita se ríe y da un sorbo a su copa de vino, sin dejar de mirarme. Su sonrisa me tiene nervioso. Debería estar muy molesto por la forma en que me fui. Que no lo esté, solo significa que ya ha encontrado la manera de castigarme por ello.

—¿Ni siquiera me trajiste un buen mate? —dice mi aita riendo. Deja la copa de vino en la mesa y los músculos de su brazo se tensan con el movimiento, provocando que las serpientes que tiene tatuadas en ellos se muevan, como vivas.

—He dicho que fui a Chile, no toman mucho mate ahí.

Los tres se ríen, pero yo los ignoro. Me quito la katana de la espalda y me dejo caer en el sillón frente a ellos. Estiro las piernas y apoyo las zapatillas descuidadamente sobre la mesa baja que tienen delante y, sin querer —o no tanto—, paso a llevar la copa de vino de Xabi que se desparrama sobre la madera.

Silencioso como una sombra, Denitz se sienta en el respaldo del sillón, a mi lado, observando aburrido a los señores que tenemos en frente. Trineded en cambio, se acomoda de piernas cruzadas en el suelo, cerca de su padre. Siempre me he preguntado cómo un tipo tan feo como Xabi tuvo una hija tan linda.

—¿Entonces, en serio no trajiste nada interesante de Chile? —insiste mi padre, con una chispa de diversión en los ojos.

—Ez.[11] —Sonrío con cinismo—. Es un lugar aburrido.

—¿Ah, sí? ¿Con que no trajisteis nada, ah? —Xabi observa el vino derramado de su copa y luego alza los ojos hacia mí.Una chispa de odio destella en ellos.

Y no es porque haya derramado su vino. No. Me detesta desde que sabe que me follo a su hija.

—No fui de paseo, Xabi. No fui a traer regalos. —Sostengo la sonrisa mientras lo observo—. Fui a hacer mi trabajo.

Él se ríe, mira un momento a mi aita y luego a mí.

—Qué cosa tan rara, Navaja —insiste, ladeando el rostro—, porque juraría que trajisteis a una chavala, una chilena.

Vale, así que también saben que vino Catalina. No debería

sorprenderme, aunque hubiera esperado que tuvieran cosas más interesantes de las que preocuparse que de lo que haga yo o no. Pero claro, mi aita está enojado conmigo. Y si él está enojado, su Kideak también.

—¿Una chavala? —Trineded se inclina hacia adelante, curiosa.

—Las chilenas son sosas y la que se trajo Mikel también —digo encogiéndome de hombros—, aunque mentiría si digo que todo fue aburrido en Chile —añado, intentando cambiar de tema—, atravesar el pecho de Atarrabi y verlo retorcerse de dolor, valió el viaje.

Mi aita me observa, la sonrisa aún en sus labios. Recorre mi cuerpo con los ojos y luego gira el rostro hacia Eneko, que está sentado a su izquierda.

—Me debes unos pintxos[12], Ene. Haize no tiene ninguna herida —dice mi padre. Luego me mira y se encoge de hombros—. Eneko apostó por Atarrabi.

Eneko se ríe y niega con la cabeza.

—Claro que aposté por él, hostia, es un dios. Pero eso fue antes de saber que le habías pasado Itzal a tu hijo—explica Eneko, refiriéndose a mi espada.

—Porque no se la pasé —aclara mi aita, la sonrisa tensándose ligeramente en la comisura de sus labios.

Venga, ahí está. Ya sabía que estaba enojado. Aun así me extraña que a pesar de haber robado su espada, esté recibiéndome de tan buen humor. Seguro sabe algo que yo no, y eso, es horriblemente molesto. Incluso aterrador.

Sin embargo, prefiero morir antes que mostrar el temor que me produce su actitud frente a los miembros de su Kideak.

Así que me río.

—¿En serio creíste que esa basura de Ata me haría algo? —Observo a Eneko como si todo esto fuera muy gracioso—. Igual, tampoco es que lo haya herido demasiado. —Tamborileo con los dedos sobre la funda de mi espada de Sombra, que descansa en el sillón a mi lado—. Me costó un poco controlar la espada. ¿No tienes el manual de instrucciones, Aitor?

Mi padre no responde y simplemente me observa, manteniendo

su sonrisa condescendiente. Hago exactamente lo mismo, como si fuera una batalla en la que el más hipócrita de los dos ganará.

—¿Quieres una copa, Navaja? —pregunta Eneko, apuntando la botella de vino con la barbilla.

—¿Qué celebramos? —Sigo jugando con los dedos sobre la vaina de mi katana, pero dejo de hacerlo porque los ojos de mi padre se desvían un instante hacia ella. Por instinto, vuelvo a sujetarla bien—. No la voy a devolver.

Él alza los ojos hacia mí.

—No esperaba que lo hicieras.

—¿Así tan simple? —Arqueo una ceja.

La sonrisa de Aitor se ensancha.

—Ladrón que roba a ladrón, tiene mil años de perdón.

¿Así que él la robó también? Jamás he conocido la historia de la espada, salvo que es poderosa. Solo puede significar que se la robó a algún dios.

Y no me creo para nada que no me vaya a castigar por robarla, no va a dejar las cosas así.

—Lo que celebramos —interrumpe Xabi, respondiendo mi pregunta anterior—, es evidente, ¿no crees?

—No pregunto cosas evidentes. —Cuando lo miro, ya no sonrío—. Deja de joder, Xabi.

A su lado, Trineded suelta una risita, pero su padre la ignora.

—Celebramos el regreso de Mikelatz —dice Eneko, respondiendo lo que Xabi no hizo. Toma una copa de la mesita y la llena de vino. Se la lleva a los labios y da un largo sorbo antes de hablar otra vez —. Y su ascensión.

Observo la reacción de mi padre ante el comentario, pero él permanece imperturbable, mirándome con esa maldita sonrisa. Con que eso es lo que le parece divertido. Esas jodidas sorginak tienen que haberle ido con el cuento a mi madre y ella se lo dijo a él. Ni siquiera necesito preguntar dónde está ella en este momento. Seguro que mi ama está con Sugaar en el templo.

—Mikel no va a ascender —digo, aunque me gustaría sonar más convencido de lo que estoy.

—Ah, sí que lo hará —murmura mi padre—. ¿Pensasteis que las

cosas cambiarán porque Mikel ha traído a esa chavala con él?

Me pongo tenso y Xabi suelta una carcajada.

—¿Qué pasa, Navaja? —dice el imbécil, ladeando el rostro—. Solo estamos preocupados por ella. Dijiste que es aburrida, pero no jodas. Incluso si fuera una persona irrelevante como nos quieres hacer pensar, no merece enredarse en todo este lío. —Entorna ligeramente los ojos oscuros—. Sabes que las cosas suelen terminar mal para lo humanos que se enredan con los dioses. Cuando Mikel se convierta en dios, nos ocuparemos de... ¿cómo se llama? No me acuerdo, pero nos haremos cargo de ella para que...

Xabi se interrumpe porque quito los pies de la mesa, me siento derecho y apoyo la punta de la espada de sombra en el suelo, provocando un sonido seco. Sujetándola de la empuñadura, deslizo hacia arriba el dedo pulgar y arrastro el mango, desenfundando lo suficiente para que el filo negro se perciba bajo la luz de la habitación.

Por un instante, la luz del cuarto disminuye, las sombras tiemblan.

—Si tú o cualquiera de tus subordinados se acerca a Catalina —digo, inclinándome hacia Xabi—, los mataré.

Trine mira a su padre y luego a mí, sin hacer caso de la espada de Sombra, a diferencia de su padre que palidece con los ojos clavados en el filo negro.

—¿Quién es esa Catalina? —Trine ladea el rostro—. ¿La chica chilena?

—Es la novia de Mikelatz —dice Denitz, con voz de aburrimiento.

—¡¡¿QUE MIKEL TIENE NOVIA?!! —Trine abre muchos los ojos y me observa como si fuera imposible—. ¡Tengo que conocerla!

Pero yo la ignoro, la rabia bulle furiosa en mi interior. Coño, ¿por qué el Kideak de mi padre está tan preocupado de los movimientos que hemos hecho? Ellos siempre se mantienen al tanto de todo, pero no de forma tan insidiosa como ahora. ¿Por qué me ha dicho estas cosas Xabi? ¿Solo para provocarme? No lo creo. Un montón de escenarios posibles pasan veloces por mi mente.

El ambiente se ha vuelto pesado. Amenazar a un miembro del Kideak es algo que, incluso para mí, ha ido demasiado lejos.

Me alegro de que este sea un buen día, o seguro ya tendría la

espada fuera de su funda y habría hecho una tontería.

—Nadie va a matar a nadie. —Mi aita resopla—. No seas dramático, Haize. Solo pensábamos escoltarla de vuelta a Chile para que no le pase nada y...

Mi aita guarda silencio porque lo miro a los ojos. Una mirada que solo él sabe diferenciar. Sabe que no estoy jugando.

Suspira de manera exagerada y rueda los ojos.

—Bien, nadie se va a acercar a la novia de Mikel. Ahora enfunda esa maldita katana otra vez.

Apoyo a Itzal sobre mis piernas, enfundada, y lo miro molesto. Eneko y Xabi cruzan miradas silenciosas por un momento y luego Xabi le hace una seña a su hija.

—Kampora[13], Trineded —dice, con voz grave.

Ella me mira a mí, pero yo asiento. Resopla malhumorada y en unas cuantas zancadas abandona la habitación. No tiene opción. Su aita tiene derecho a expulsarla porque ella no es parte del Kideak, ni lleva mis tatuajes.

—Tú también —ordena Adrien, mirando Denitz.

Pero él no se mueve de su lugar en el sillón. A diferencia de Trine, los tatuajes enroscados en su brazo izquierdo sí son los míos.

—No pasa nada. —Mi aita agita una mano—, puede quedarse. Después de todo, pronto va a ser parte del Kideak de Haize.

Observo a mi aita. Sabe que no pretendo formar un Kideak aún, solo me está provocando. No voy a...

Mierda. Eso es; las piezas calzan como un rompecabezas dentro de mi mente. Veo la chispa en los ojos negros de mi aita y sé que se ha dado cuenta de que estoy comprendiendo a dónde va todo esto. El tema de la ascensión de Mikel, amenazar a Catalina, no son provocaciones. O tal vez de parte del imbécil de Xabi sí, pero no de parte de Aitor. No. Él está poniendo las cartas sobre la mesa.

Solo me está recordando lo que hay en juego. Y que sabe perfectamente lo importante que es para mí.

Lamentablemente, tiene razón.

Me inclino, mirándolo.

—Qué quieres, Aitor.

—Esa no es la pregunta, Haize. La pregunta es, ¿qué quieres tú? —Mi aita toma la copa y hace girar el vino, mirándolo como si fuera muy interesante. La luz cálida de las lámparas hace destellar el líquido rojo como la sangre—. Atarrabi está en el templo de Maju[14], tu ama me avisó hace poco. Y no solo es Atarrabi, Maju tiene un montón de... sus esbirros esperando la ascensión de Mikel. La reunión será en la frontera con Arimeterria, no sabes cómo entrar ahí. Se lo llevarán —murmura—, y no volverás a verlo. Hasta que seas un dios, claro... Y conociéndote —rueda los ojos—, eso será en mucho tiempo.

—Sugaar no puede obligar a Mikel a convertirse en un dios —digo, con la garganta seca.

Eneko y Xabi cruzan una mirada. Mi padre cierra los ojos un momento, suelta el aliento y vuelve a observarme. Un mechón de cabello castaño cae sobre su frente y él lo aparta con la mano.

—No puede obligarlo —admite, pero niega con la cabeza—. No tengo idea cómo va a hacerlo, sin embargo, va a suceder. Las Sorginak no se equivocan. Casi nunca.

Casi nunca. Porque con mi aita se equivocaron. Él entró a Arimeterria, desafió a los malditos dioses y está aquí, frente a mí.

Y sabe que necesito su ayuda. Hostia. Lanzo una mirada a Denitz y él asiente, adivinando mis pensamientos. Sabe que estoy dispuesto a aceptar lo que sea por Mikel y... voy a arrastrar a Denitz conmigo.

Joder.

—En cambio, tú sí que sabes lo que quiero, chaval. —Ya no hay ninguna sonrisa en los labios de mi padre. Deja a un lado la copa y apoya los brazos en la mesita delante de él, sin importarle el vino derramado. Y aunque su posición en el suelo lo hace estar más abajo que yo, de alguna manera, pareciera que está por sobre mí en el momento en que clava sus ojos negros en los míos—. Te diré como entrar a Arimeterria, o al menos a la frontera, que es dónde estará Mikel. A cambio... me darás lo que quiero. Aceptarás tu lugar en el clan y formarás un Kideak. Serás lo suficientemente poderoso para ayudarme a ascender.

Mi corazón se acelera. Aprieto la funda de la espada entre mis

dedos y... coño. Detesto esto.

—Pero mi ama quiere que me convierta en un dios. No puedo hacer ambas cosas —murmuro, en un intento desesperado por escapar de esta situación.

Y él lo sabe. Odio mostrarme débil frente a su Kideak, y eso también lo sabe. Pero esto ya no son juegos.

—Pues, decide, Haize. ¿Quieres ser un dios? —Alza ambas manos y luego las deja caer—. Adelante. Pero si no te conviertes en un dios, como quiere tu ama, entonces estás obligado a ser mi heredero. No seguiré permitiendo tu estilo de vida si no cumples tu deber con la familia.

Ningún sonido se escucha en esta jodida habitación. Siento la mirada de Xabi, Eneko y Denitz sobre mí. Los tres saben que estoy a punto de firmar mi destino.

—Si fallo y Mikel se convierte en un dios... —empiezo a decir, pero mi padre levanta una mano, interrumpiéndome.

—No puedo ayudarte más, aunque quisiera. No voy a provocar a Maju interviniendo directamente solo porque su hijo se encaprichó con una humana. —Se encoge de hombros—. Yo solo te diré como entrar a Arimeterria. Si Mikel se convierte en un dios y fallas, no me hago cargo.

Aprieto los labios. No creo que mi aita me esté tendiendo una trama, él no me haría eso. Ya juega al filo de lo prohibido al darme información sobre los dioses. Pero sé también que le importa un carajo si Mikel se va o no, por lo que no puedo insistir. No soltará más que esto.

—Sin Mikelatz no puedo formar un Kideak —murmuro, intentando evitar el maldito trato en que me quiere hacer caer—, si Mikel no está, no hay nadie más que pueda... —titubeo un momento, pero sostengo su mirada—. No puedo confiar en nadie más. ¿Cómo quieres que...?

—Chaval... —La mirada de mi padre se endurece—. Ese no es mi jodido problema. —Golpea con la punta del dedo índice la mesa, haciendo salpicar unas gotitas de vino—. Formarás un Kideak y cumplirás con todo lo demás que implica ser mi heredero, o no te diré ni de coña como entrar a Arimeterria.

Trago saliva con dificultad y aprieto la espada entre mis manos. La Sorginak han dicho ya tres veces que Mikel se convertirá en un dios. Todos esperan que suceda, incluso mi ama. Soy un maldito imbécil si acepto un trato que condene mi futuro por algo que está destinado a ocurrir, que no puedo impedir.

Observo los ojos negros de mi padre. Él lo logró. Él desafió al destino, a los dioses y lo logró. ¿Por qué no yo podría? Aitor ni siquiera era un semidiós, era un humano. Y yo...

—¿Y bien? ¿Aceptas, chaval? Tendremos que hacer un pacto. Es tu decisión.

Joder...

Como odio tomar decisiones.

ϟ Mikel ϟ

Está oscuro y la respiración de Catalina es el único sonido en la habitación. El calor de su cuerpo desnudo envuelve el mío, su cabeza apoyada en mi pecho. Siento los párpados pesados y el olor frutal de su pelo me impulsa a volver a dormirme entre sus brazos, pero... no. El sonido de Catalina no es el único que hay. Algo me ha despertado y no ha sido ella.

Tal vez ni siquiera ha sido un sonido, tal vez ha sido la presencia que siento un poco más allá, en la sala.

Tormentas, hubiera deseado que esto no fuera así, pero no soy tan iluso para creer que me iban a dejar en paz.

Me muevo con cuidado para no despertar a Catalina, escapando de sus brazos y observo un momento más su rostro, apenas iluminado por la luz exterior que se cuela por las cortinas. Intento retenerlo, guardarlo para siempre en mi memoria y una punzada de miedo atraviesa mi pecho. El olor de su piel me ruega que vuelva a la cama con ella.

No, calma Mikel. Vas a volver a verla. Contengo el impulso de acariciar sus mejillas, de apartar los mechones largos de pelo que caen sobre su frente. Ella arruga un momento su nariz pequeña y murmura algo en sueños.

Haciendo un esfuerzo y reuniendo toda mi voluntad, me aparto,

me pongo los jeans, cierro despacio la puerta de la habitación y camino hacia el living. El aroma de Catalina me acompaña como si se hubiera quedado impregnado en mi piel.

Atarrabi, apoyado en la pared y de brazos cruzados, me observa desde cerca de la entrada. No lleva el abrigo color crema que usaba en Chile, sino un jersey blanco y largo hasta el muslo, sobre una camiseta y unos pantalones gris claro. Todo su cuerpo emite ese leve fulgor dorado, como su cabello, haciéndolo parecer algo divino en la oscuridad.

Vale, eso es lo que es.

—Buenos días, Miki —dice, hablando muy despacio. Sus ojos verdes me miran serios—. ¿Estás listo?

—No. Ni siquiera ha amanecido. Estaba durmiendo y no estoy listo. En realidad, no lo estaré nunca .—Me encojo de hombros—, pero dudo que te importe.

Él rueda los ojos.

—Juntarte demasiado con Haize te está poniendo dramático.

Inspiro profundamente y suelto despacio el aliento.

—No quiero ir, Ata.

Él me observa en silencio. Sé que no vino solo. Siento la presencia de su amiga diosa afuera de la puerta del piso. Un escalofrío me recorre. Quiero echar a correr. Me desespero.

Pero me quedo quieto, sin hacer nada más que mirar resignado a mi hermano.

—¿Qué diferencia hay entre ahora y más tarde cuando sea de día? —Ladea el rostro y un mechón de cabello dorado se agita, emitiendo brillitos y levitando ligeramente como si un viento invisible lo acariciara—. La única diferencia, es que en la mañana te acompañarían Haize y Catalina.

Sí, esa es la diferencia. Ella no me perdonará que la deje aquí.

—Y lo que va a pasar, si ellos van —murmura Atarrabi—, es que vas a exponer a Haize a un peligro innecesario, porque sabes lo que intentará hacer. Y sabes que a nuestro aita no le gustará nada.

No respondo, porque lo que dice es cierto. Pero mi aita no le haría daño a Haize porque su madre no lo permitiría. Aunque hay formas de deshacerse de Haize sin dañarlo físicamente. Y esas formas...

—Así es —dice Atarrabi y me pregunto si otra vez lee mis pensamientos, o solo son evidentes—. Al menos yo, no quiero la mente de Haize más dañada de lo que ya está.

Coño. Aprieto los puños, muriéndome de ganas de volver a la habitación que está a mi espalda, abrazar a Catalina y olvidarme de toda esta mierda.

Pero no puedo.

—Y lo que también va a pasar si te quedas, si esperas más tiempo, incluso si logras marcharte con ella —continúa Atarrabi, hablando en apenas un susurro—, es que Catalina terminará como nuestra madre. Así que —dice, dando un paso hacia mí—, como ninguno de los dos quiere ver heridas a esas dos personitas, vámonos ahora y hagamos esto rápido.

Detesto que me manipule de esta manera. Pero lo que más detesto de todo, es que tenga razón. Y la verdad, es que creo que nunca tuve esperanzas de que Catalina me acompañara. Solo... solo quería aprovechar cada segundo que pudiera con mi enana.

Y el calor que llenaba mi pecho hace un momento, al dormir con ella, ahora se transforma en un agujero.

—No me convertiré en un dios —murmuro.

Él se encoge de hombros.

—Eso háblalo con aita.

Guardo silencio y no me sobresalto cuando, entre las penumbras, el aire se resquebraja a nuestro lado, como si fuera desgarrado en una línea vertical, los bordes del tajo destellando partículas doradas. Empieza a abrirse como un ojo en llamas, hasta convertirse en un óvalo alargado por el que podría entrar una persona. Del otro lado solo se ve luz, mucha luz.

—Tú primero —dice Atarrabi, apuntando el portal con el pulgar.

Sin mirar hacia la habitación que está a mi espalda, ignorando el miedo que tira de cada célula de mi cuerpo, doy un paso hacia el portal. Ya estoy medio arrepentido cuando pongo un pie dentro, por lo que antes de tener tiempo de pensarlo más, doy el siguiente y me pierdo entre la luz.

Aún siento el aroma de Catalina impregnado en mí cuando el calor me envuelve y... por primera vez, entro en Arimeterria.

67. Promesas

♡ Catalina ♡

Calma, calma, respira. La luz del amanecer apenas ilumina el departamento. Tranquila, se fue hace poco, su olor sigue aquí. Mierda, su olor aún... Duele. El pecho me duele porque siento su aroma, pero él no está. Su celular está sobre la mesita de noche donde lo dejó, su ropa tirada por el pasillo donde se la arranqué.

¿Cómo pude no despertarme? Es que estaba tan cansada por el viaje. Y tan bien calentita durmiendo con él... Mierda.

¿Se lo llevaron? Mikel no se habría ido sin mí. Él no... Mierda, mierda. Recuerdo su actitud en el avión... Tal vez él lo sabía. Tal vez sí se fue sin mí, por su voluntad. Retrocedo contra la pared, ordenando mis pensamientos, intentando respirar.

Siempre puedes acudir a Haize, cuando yo no esté.

Él lo sabía. Y eso me duele más. ¿Por qué haría eso? ¿Por qué se fue? Un agujero se abre en mi interior y dioses, me cuesta respirar. ¡Ni siquiera me dejó un puto mensaje!

Estoy a punto de derrumbarme, porque mierda, ¡no conozco esta ciudad! Y ese lugar donde van los dioses ni siquiera está en el templo, ni siquiera sé si está en este puto mundo de alguna forma ¿Cómo voy a...?

Haize. Él tiene que saber cómo llegar a Mikel. Siento un alivio enorme por un momento, pero se esfuma de inmediato, porque, ¡la weá! ¡Nunca he tenido el contacto de Haize!

Corro hacia la habitación y tomo el celular de Mikel, pero está bloqueado con huella y no tengo puta idea de su contraseña.

No, no, no. Dioses, ¿qué hago? Me paseo por el departamento, buscando algo, pensando, pero, ¿qué? ¡No hay nada que me diga dónde está!

Las lágrimas caen por mi rostro y estoy desesperándome. Se suponía que haríamos esto juntos. Imaginar que se convierta en un dios de un momento para otro me va a enloquecer. Estoy de pie y luego estoy en el suelo, apoyada contra la pared y aunque solo

tengo un vestido suelto y pequeño, siento que me estrangula.

El aroma de Mikel flota por todos lados y de pronto me parece una maldición. Aunque aquí en Euskadi es invierno, el departamento tiene calefacción y el aire es sofocante. Si cierro los ojos veo el recuerdo de los suyos azules, casi siento sus besos, su piel contra la mía y...

Respirar. Necesito respirar.

El timbre. Suena el timbre y como no respondo, quien sea que está al otro lado empieza a golpear la puerta. Golpes fuertes y decididos.

¿Haize? Pero él no tocaría y seguro tiene llaves.

De todas formas me levanto, corro hacia la entrada, me paso las manos por los ojos, limpiando las lágrimas y me pongo de puntillas para ver por la mirilla.

No es Haize y mi corazón se derrumba aún más. Es una chica, delgada y de cabello negro, corto. No la veo bien por el lente de la puerta, pero sé que no la conozco.

—Mikel? hor zaude[15]? —La voz de la chica llega del otro lado, no entiendo lo que dice—. ¡Sé que hay alguien, te he oído!

Va vestida toda de negro y, no sé por qué, pero no me da confianza. Algo en la forma en que se para, en su actitud, me dice que es peligrosa.

—Abre o abriré a la fuerza —dice, confirmando mis sospechas. Al menos se pasó al castellano—. ¿Eres Catalina?

Mierda, ¿sabe quién soy? Un montón de ideas pasan por mi cabeza, desde clientes furiosos de Mikel, a ex novias vengativas, pero la verdad, todo me importa una mierda en este momento. Aunque, tal vez, una ex novia vengativa sepa la clave de su celular.

—¡Soy Trineded! ¡Soy amiga de Haize, abre la puerta, tenemos una emergencia!

Sin esperar un instante más, la abro y la chica entra con pasos decididos. Es un poco más alta que yo y parece de unos veintiséis años. Mira a su alrededor, hasta que pone su atención en mí y contengo las ganas de retroceder. Tiene unos ojos negros y almendrados, la mirada filosa como un cuchillo. Da miedo.

Aunque estoy demasiado desesperada como para que me importe el miedo. Voy a abrir la boca, pero ella habla primero.

—¿Por qué estás llorando? —Su mirada se suaviza—. ¿Dónde está Mikel? ¿Eres Catalina verdad?

Asiento y ella ladea el rostro con curiosidad. Luego recorre mi cuerpo con los ojos, descaradamente.

—Hmm.

—¿Puedes llevarme con Haize? —murmuro—. Mikel no está.

No tengo idea quién es, pero si es amiga de Haize, me sirve. Ella me mira pensativa y mi corazón se acelera. ¿Podré confiar en esta chica? No es que tenga muchas opciones. Me limpio de nuevo las lágrimas e inspiro, tratando de calmarme. Al menos hay alguien que conoce a Haize. Todo parece menos terrible que hace unos momentos.

Aunque la veo dudar y eso me angustia.

—Humm. La verdad venía por Mikel, él puede entrar a la mansión de Haize. En cambio tú... —murmura, inclinándose y estudiándome, como si yo fuera una cosa curiosa. Pasea su mirada por mis brazos —. Hummm, ¿no tienes tatuajes?

—¿Qué? No.

—¿Ninguno? —Arquea una ceja—, ¿algún pacto de amor con Mikel que grabaras en tu piel?

Niego con la cabeza. Solo quiero buscar a Mikel, pero hay algo raro en esta chica; debo tener cuidado. Si soy brusca podría espantarla y no va a querer ayudarme para nada.

—Por favor —mi voz se quiebra y las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas.

Dioses, no quería llorar otra vez.

—¡Ay no, no llores! —La chica agita las manos—. ¡No le digas a Haize que te hice llorar, por favor! Cálmate, ¿bai?

—Es que se llevaron a Mikel —sollozo, limpiándome los ojos—, lo siento es que... Por favor, necesito ver a Haize.

Ella se muerde los labios carnosos que tiene y parece perturbada por algo.

—Bueno, mira, ya es un problema meter a alguien sin tatuajes en la mansión Lantzer. —Se pasa una mano por la melena corta, tirando

los mechones hacia atrás—. Podría hacer una excepción porque eres la novia de Mikel y Haize dijo que... —se interrumpe, como si se arrepintiera de lo que iba a decir—. Bueno, supongo que eres una excepción y que podrías entrar... pero...

Me observa dudosa.

—Pero, ¿qué?

—Es peligroso. —Clava sus ojos negros en mí—. Todo en ese lugar es peligroso.

Empiezo a inquietarme porque pasa el tiempo y no tengo idea qué está ocurriendo con Mikel.

—Me importa una mierda si es peligroso.

Ella duda un instante más, pero luego se acerca y aunque siento ganas de retroceder, me contengo. Si me muestro débil no querrá llevarme. Así que sostengo su mirada mientras da otro paso hasta quedar frente a mí.

Entonces sonríe.

—Hmmm, ya veo por qué le gustas —murmura y arquea las cejas —. No creo que seas ni la mitad de aburrida de lo que dijo. —Se cruza de brazos, observándome dudosa y no tengo idea de qué mierda está hablando, pero finalmente suspira y entorna los ojos—. Podría llevarte, si no te da miedo. Pero...

La sonrisa desaparece de su rostro y tuerce ligeramente los labios.

—Pero, ¿qué?, por favor, ¿cuál es el problema? —Doy un paso hacia ella—. Habla con Haize, él...

Me interrumpo porque levanta una mano.

—Venga, te llevaré, pero el asunto es que... —Su mirada se oscurece—. Haize es el jodido problema.

♡♡♡

Me bajo temblando de la moto deportiva en la que viajamos con Trineded. ¡Esta weona está loca! ¡Casi morimos tres veces! ¡Por poco nos aplastó un camión porque ella se metió entremedio!

Pero ya pasó y estamos vivas. Es lo importante. El haberme quemado la pierna con el tubo de la moto no es nada al lado de casi

terminar estampada por un camión, así que todo bien. Y ya hemos ingresado al terreno de los Lantzer, en un garaje. Aunque ya amaneció, el lugar está oscuro y mis ojos se demoran un momento en acostumbrarse a la falta de luz. Trato de calmar mi ansiedad, porque me muero por ir a buscar a Mikel pronto. ¿Y sí ya se convirtió en un dios?

Pensarlo me pone mal de nuevo. Basta Catalina, basta.

Trineded deja los cascos sobre la moto y se quita la chaqueta. Solo queda con una camiseta sin mangas y me distraigo mirando los tatuajes negros o azulados que tiñen su piel desde los hombros hasta las muñecas. Algunos diseños me recuerdan a los que Haize tiene en los brazos. Aunque tampoco los recuerdo bien.

No es que les haya prestado tanta atención.

—Escúchame bien, Catalina. —Me hace una seña para que me acerque. Cuando estoy a su lado se inclina hacia mí y habla muy despacio—. Voy a cometer una infracción al traerte aquí. Nadie, absolutamente nadie sin los tatuajes de la familia Lantzer, puede pisar esta mansión, salvo que entre con Aitor o Haize, ¿me entiendes? Los guardias no te cuestionarán cuando te vean conmigo, porque soy importante. Pero si llegan a ver que no tienes tatuajes... —Me pasa su chaqueta—. Cúbrete bien y no llames la atención. No hables, si no hablas euskara te delatarás.

Asiento, pero miro hacia la salida, ansiosa de ir rápido por Haize y Mikel.

—Creo que no lo entiendes, mírame a mí. —La chica me sujeta de la barbilla—. Si un subordinado te encuentra, podría ser muy malo para ti. Aquí se dispara y luego se pregunta, ¿ajá? Y, lamentablemente, Haize no está en condiciones de salir de su habitación, ni siquiera quiere salir de su maldita cama.

Me muerdo los labios, nerviosa y me pongo la chaqueta. Nos vinimos apuradas, solo me puse vestido y acá afuera hace mucho frío. Trineded comienza a explicarme cosas y como no quiero que me disparen, presto atención.

—Está bien. Pero, ¿vamos a poder ver a Haize? —murmuro cuando termina—, es que si Mikel se convierte en...

—No pueden obligarlo a ascender, tranquila. Y no creo que se

rinda tan rápido. —Trineded apoya su mano en mi hombro y lo aprieta, como tratando de confortarme—. Además, no sacas nada con apurarte, chica. Solo se puede entrar a Arimeterria durante el amanecer o el crepúsculo y... —Trineded apunta hacia afuera—, ya amaneció. Así que estás obligada a esperar hasta la tarde.

Mierda. Esa información provoca un peso en mi pecho, pero guardo silencio porque no puedo hacer nada. Odio no poder hacer nada.

—Entiendo —murmuro, tironeando nerviosa de los bordes de mi vestido.

Trineded asiente y empieza a caminar hacia la salida del garaje, pero yo tomo su brazo y ella me observa con curiosidad.

—Trineded... gracias. —La miro a esos profundos ojos oscuros que tiene—. No tengo idea quién eres, pero no sabes lo desesperada que estaba. Y sé que... —miro los tatuajes de su brazo—. Sé que la gente como tú...

¿Cómo le digo que sé que los delincuentes de la mafia no confían en nadie, sin insultarla?

—Lasai[16] —dice antes de que termine—, no lo hago por ti. Lo hago por él. —Su mirada oscura se suaviza y sé que se refiere a Haize—. Sospecho que si todo sale mal porque amaneció del humor equivocado... —Trineded aprieta un momento los labios—, Haize se odiará para siempre.

Suelto su brazo y ella camina hacia la salida. Si lo que dice es cierto, Haize amaneció con el pelo rubio, muy rubio. No en uno de sus malos días, sino... en el peor de todos.

♡ Catalina ♡

Penumbras. Apenas una línea de luz se cuela por las persianas de las cortinas. La silueta de Haize es una sombra tirada en la cama. El aroma a frutillas impregna el lugar y el aire se siente pesado.

—No puedo, no puedo ayudarlo. —La voz de Haize se quiebra.

Y también se quiebra mi corazón. Él es mi única esperanza de encontrar a Mikel. ¿Cómo puede rendirse así?

No veo su rostro, porque lo cubre con una almohada, acostado de

espalda sobre el colchón. La delgada línea de luz se desparrama en la cama y deja ver su pecho desnudo lleno de tatuajes, mientras que de la cintura para abajo lo tapan sábanas negras.

Paseo la mirada por el lugar en penumbras, tratando de calmarme y pensar, pero la desesperación se abre paso en mi pecho. Es una habitación grande, con la cama al centro, ropa tirada, algunas pistolas y cuchillos sobre un escritorio. Al lado del respaldo de la cama hay una mesita de noche con una jarra de agua y un vaso. Cerca de la cama, entre la mesita y la pared, está apoyada la katana negra.

¿Qué puedo hacer? Ni siquiera sé usar armas. Entre la pena que tengo porque Mikel se fue, se abre paso la rabia.

—¡¿Cómo puedes rendirte con Mikel?! —intento acercarme a la cama, pero el chico rubio que hacía guardia en la habitación de Haize me sujeta del brazo.

—No te le acerques —dice, interponiéndose entre la cama y yo. Se gira hacia Trineded, que observa desde la puerta con los brazos cruzados—, ¿por qué coño la has traído, Trine? Ni siquiera debería estar pisando esta habitación.

Colarse en la mansión no fue tan difícil. El problema fue este chico, que se negó durante un buen rato a que entráramos a la habitación.

En la cama, Haize aprieta más la almohada sobre su cabeza. ¡No tengo tiempo para esto! ¿Por qué justo hoy? La angustia me abruma y sé que Haize con cabello rubio es una situación difícil, Mikel lo ha advertido muchas veces, pero ¿a este punto? ¿Al punto de abandonarlo?

—¡Eres un imbécil, Haize! —Trato de avanzar, pero el amigo de Haize lo impide—. ¡Eres un traidor!

—Basta. —El chico me sujeta del brazo—. No lo entiendes, no es él mismo cuando...

—¡Sí lo es! ¡Mikel dijo que seguías siendo tú! ¡Que siempre eras tú! ¡Él confió en ti! —Respiro agitada y miro a Haize, pero él sigue cubriendo su cabeza.

—Es suficiente. —El joven me tira del brazo, tratando de llevarme hacia la salida—. No deberías estar en esta casa.

Suelto un chillido porque me sujeta de la cintura, me levanta del suelo como si no pesara nada y me arrastra hacia la puerta, mientras Trineded protesta y le dice que me libere.

—¡Déjame! ¡Suéltame! —Pataleo y araño los brazos del chico, pero él no se inmuta—. ¡Te odio Haize! ¡Mikel confió en ti! Yo... —Mi voz se quiebra y cierro los ojos, mientras las lágrimas caen por mis mejillas—. ¡Yo confié en ti!

Apenas llegamos hasta la puerta, el joven estira la mano para abrirla, pero se detiene al escuchar la voz de Haize.

—Utzi[17], Denitz —ordena, la voz fría.

Abro los ojos y me encuentro con la mirada oscura de Haize, ahora sentado en la cama. Mi estómago se contrae al ver su rostro. Mierda, de verdad es como si fuera otra persona, desprovisto de cualquier emoción. Y su cabello... es peor de lo que había imaginado. Es más que rubio, es casi albino. Los mechones prácticamente blancos caen a ambos costados de su rostro, hasta la altura de la barbilla. Sus cejas no son tan blancas como su pelo, pero sí rubias y sus ojos... No son más que dos líneas oscuras, los párpados pesados.

—Dejadme solo con ella.

Denitz me apoya en el suelo y yo me aparto, dirigiéndole una mirada de odio y limpiándome las lágrimas.

—Estás siendo una maldita egoísta. —Denitz baja su mirada celeste hacia mí—. Eres igual que Mikelatz.

No tengo idea quién es este tal Denitz, pero empiezo a odiarlo.

—Basta, Deni —Trineded lo toma del brazo—, déjalos hablar.

Denitz resopla y afirma la manilla de la puerta para abrirla, pero antes se gira hacia Haize.

—Sabes que te apoyaré, hagas lo que hagas. Pero no olvides que no le debes nada a Mikelatz. No tienes por qué joder tu futuro por él. No tienes por qué abandonar... —dice, pero su voz titubea—, lo que es más importante para ti.

Sé que no solo se lo está diciendo a Haize. Si lo dijo en castellano es porque quiere que lo entienda yo también. Me lanza una última mirada despectiva y se larga enojado de la habitación. Trineded

observa una vez más a Haize y se detiene a mi lado antes de salir. Yo le devuelvo su chaqueta y le doy las gracias.

—Por favor, no te rindas con él, no es su culpa —murmura, cerca de mi oído.

Aprieto los puños mientras ella cierra la puerta. Estoy furiosa, no puedo aceptar que "no sea su culpa". Que esté en un mal día no justifica que abandone a Mikel.

Cierro los ojos, me vuelvo hacia la cama e inspiro lentamente, para no gritarle a Haize todos los insultos que tengo en mi mente. Cuando los abro, encuentro su mirada y siento un escalofrío. Si Mikel no me hubiera asegurado que sigue siendo él, saldría huyendo solo por la forma fría con que me observa.

—No lo entiendes, Catalina —murmura y aparta los ojos.

Se queda así, mirando hacia un lado, como si viera algo que yo no. Como si hubiera algo muy interesante ahí, en medio de la nada.

—No. No te entiendo Haize. Tú me trajiste a Euskadi, fue tu idea, dijiste que...

—Me importa una mierda lo que haya dicho. —Su voz sin emoción es como un cuchillo—. ¿Sabes una cosa? —Vuelva alzar la vista, una mirada vacía—. No deberías confiar en mí cuando tengo el cabello oscuro —dice, tirando un mechón de su pelo—. En esos días, soy un gilipollas que cree que tiene el control, que puedo hacer lo que sea. ¿La realidad? La realidad es esta. —Alza las manos y luego las deja caer—. Soy una mierda. No soy capaz de ayudar a Mikel. Ni siquiera puedo ayudarme a mí mismo, joder.

—Haize...

—No, en serio. —Niega con la cabeza—. El otro día, en el hotel, prometí no volver a ser un imbécil contigo. —Mira sus manos que tiene sobre las sábanas—. Pero si no te vas, seguro volveré a serlo.

Doy un paso hacia él y aprieto el borde del vestido entre mis puños, sintiéndome impotente, porque no lo entiendo. No puedo creerme que esto se trate solo de su estado de ánimo.

—Si Mikel se convierte en un dios, en parte será tu culpa —digo, dando otro paso—. ¡Deja de escudarte en tu maldito pelo! ¡Tú estás decidiendo abandonarlo!

—¿Decidir? —Haize parpadea, mirándome como si hubiera dicho

una locura—. ¿Crees que he decidido algo? No entiendes nada.

—¡Entiendo que lo estás traicionando!

—¡Y una mierda! —Haize golpea el aire con la mano hacia un lado —. ¡Esto es problema de vosotros! ¡Tu deseo! ¡Su misión! ¿Por qué coño me culpas a mí? ¡Mikel se fue por su voluntad, decidió dejarnos a los dos atrás!

Me muerdo los labios, reprimiendo las palabras que quiero decir.

—Nadie puede llevarse a Mikel de ese piso en contra de su voluntad. Tiene protecciones. —Haize niega con la cabeza—. Él se fue. Y no es mi culpa.

Siento como si me enterraran un cuchillo en el pecho, porque en parte creo que tiene razón. Dioses, tiene razón. ¿Qué estoy haciendo? Haize es su amigo, pero en realidad... nada de esto lo provocó él.

—Es verdad —murmuro, llevándome una mano al pecho, como si así pudiera hacer que deje de doler—. Mejor no hubiera venido.

Le doy la espalda. Trato de no dejarme llevar por la angustia. Ponerme histérica no solucionará nada. Tal vez encuentre otra forma. Si voy al templo...

—Itxaron[18]. No te vayas.

Estaba a punto de dar un paso, pero me detengo. Me giro de nuevo hacia Haize y él me observa con sus ojos negros y rasgados llenos de confusión. Mierda, ¿qué está pasando por su cabeza?

—¿Quieres que me quede?

Él aprieta los labios, el pelo muy rubio cae a los costados de su rostro.

—No.

—Entonces, por qué...

—Sí, no sé. —Se lleva una mano en la cabeza—. Ándate, o quédate. Yo... joder. Ez dakit[19].

—Haize...

—Hostia. Esto es un puto asco.

Con las dos manos aferra los mechones de cabello rubio entre los dedos, como si se los quisiera arrancar. Baja la mirada y sus hombros se agitan un momento. Creo que está a punto de llorar,

pero no. Es risa. Haize se está riendo. Empieza a reír como un maldito demente. Se deja caer hacia atrás, se cubre el rostro con el brazo y continúa riéndose como un puto psicópata.

Está loco.

Una punzada de miedo y angustia se clava en mi pecho. Definitivamente no sé qué mierda hacer. Cada momento que pasa puede ser el momento en que Mikel se convierta en un dios y lo pierda para siempre. Nunca más tocarlo. Nunca más abrazarlo.

No. No pienso permitir eso porque su mejor amigo, la única persona en la que podía confiar, esté totalmente desquiciado.

¿Qué más puedo hacer? Respiro despacio, pensando. Miro la habitación, la katana al lado de la mesita de noche, con la jarra de agua y...

Eso. Eso es.

Mientras él sigue riendo, me acerco a la mesita. Tomo el vaso de agua, observo como los hombros de Haize se agitan con la risa descontrolada que lo posee y... le lanzo el agua encima.

—¡Hossstiiia! —Haize se sienta con brusquedad, mientras dejo el vaso de agua y tomo la jarra que aún tiene líquido hasta la mitad—. ¿Qué carajos hac...?

Esta vez le lanzo todo el contenido y Haize maldice, con el agua escurriendo por su pecho desnudo, mojando las sábanas también.

—¡Qué mierda te sucede! —Se pasa una mano por la cabeza, echando el pelo empapado hacia atrás y mirándome enojado.

Observo su cabello. Sigue igual de albino.

—Ehh... no funcionó —murmuro, desilusionada—, no cambió de color...

Él parpadea y gotitas de agua caen de sus pestañas.

—Has creído que... —dice, mirándome como si estuviera loca—. ¿Has pensado que me cambiaría el color del pelo con el agua?

—Había que intentarlo.

Ahí se fue mi última esperanza. Quiero morir, en serio.

Haize me mira un momento más y creo que va a ponerse furioso, que me mandará a la mierda. Pero no. Empieza a reír. No una risa demente como la de antes, esta es la risa de Haize; una risa de verdad.

—Hostia —dice riendo y negando con la cabeza—, eso ha sido muy estúpido.

No respondo. Mi corazón da un saltito de alegría al escucharlo hablar así, como si fuera un poco más… *él*. Al menos, parece haber salido de ese estado de locura en el que estaba. Tomo aire y trato de controlar la pena y miedo que tengo, para poder hablar.

—Haize —digo y él clava sus ojos negros en mí—, no sé qué te pasó, pero sé que fue algo importante. Espera. —Levanto la mano cuando él abre la boca para replicar—. Sé que no es solo tu pelo, sé que no abandonarías a Mikel solo porque estés... en un mal día. Por eso —digo y él entorna los ojos, escuchándome—, por eso, lo entiendo. No te pido que vayas conmigo.

Él frunce el ceño.

—¿Ah, no?

—No. —Lanzo una rápida mirada a la espada que hay junto a la pared—. Pero ayúdame, ¿sí? Dime cómo entrar en Arteria.

—Arimeterria.

—Eso. Dime cómo entrar ahí y cómo usar esa espada. —Apunto la katana negra—. ¿Es un arma mágica o no? Solo tienes que decirme cómo clavarla en el pecho de ese maldito dios Sugaar. No puede ser tan difícil. Te he visto usarla. Es cosa de acercarme desde las sombras, con el poder de esa espada que ningún dios puede notar y ¡paf! lo mato.

Haize me observa como si le estuviera diciendo la cosa más estúpida del mundo. Porque le estoy diciendo la cosa más estúpida del mundo.

—¿Quieres matar a un dios?

—Sí.

—Que es el padre de tu novio...

—Me importa una mierda quién sea.

Haize levanta una ceja. Mira la espada un momento y luego a mí otra vez. Una gota de agua cae desde su pelo hasta su nariz y él se la quita con el dorso de la mano.

—La verdad es que es cierto. La espada de sombra, Itzal, podría ocultar a alguien para llegar hasta Sugaar sin que él lo notara —murmura, sus ojos negros chispeando. Al menos, ya no parecen

desprovisto de emoción—, aunque hay un problema, incluso si fueras capaz de usarla, cosa que dudo.

—Cuál problema —digo con el estómago apretado.

—¿Te acuerdas cuando te dije que nunca tocaras mi espada?

—¿El día que fuiste un idiota? Sí, me acuerdo.

—Aja, bueno... —dice y ahora su voz también parece más normal —, el tema es que si un humano desenfunda esa espada... —Haize ladea el rostro, mirándome—. Morirá de inmediato. Tal vez, solo tal vez, tendrías cinco segundos antes de que la espada arranque tu alma y se la trague.

Arrancar... tragarse mi alma. Suena horrible. Da miedo, especialmente porque después de todo lo que he visto, le creo.

Aprieto los puños y sostengo su mirada. Pienso en Mikel, en la posibilidad de que se convierta en un dios y no dormir entre sus brazos nunca más.

—Okey —murmuro.

—¿Okey? —Arquea ambas cejas esta vez.

Asiento, apretando más entre mis dedos el borde del vestido.

—Dame la espada y dime cómo llegar.

Haize entorna los ojos un momento, estudiándome. No hay ningún sonido en la habitación, ni que venga del exterior. Nada, ni siquiera el de nuestra respiración. Ambos la estamos conteniendo.

Aguanto las ganas de rogarle, de decirle que por favor haga cualquier cosa para ayudarme y doy un respingo, porque él se mueve. Desliza a un lado las sábanas que cubren sus piernas y se sienta en el borde de la cama, frente a mí, vestido solo con unos bóxers negros. Apoya los codos en las rodillas, entrelaza los dedos de sus manos y descansa en ellos su barbilla, mirándome.

—Bien, llévatela.

Mi corazón se acelera.

—¿En serio?

—Bai. Llévatela y te enviaré a tu móvil un mensaje con las instrucciones de como entrar en Arimeterria. Léelo a mitad de camino porque cuando llegues a Urdaibai ya no tendrás señal.

Oh, dioses.

—¿No es una broma?

Él niega con la cabeza, en silencio, sin dejar de mirarme.

Oh, mierda, me está dando su espada mágica. O, al menos, me la está prestando. Una espada que supuestamente me matará si la utilizo. Lanzo una mirada a la katana, dudosa, pero no lo pienso demasiado. Me importa una mierda lo que ocurra, necesito llegar hasta Mikel. Tal vez ni siquiera tenga que desenfundarla, tal vez solo basta que me acerque a Sugaar. Además, cinco segundos pueden ser mucho tiempo...

Tengo que intentarlo.

Camino hacia la espada, que parece esperarme sombría, ahí entre la mesita de noche y la pared.

No soy una heroína.

Doy un paso hacia ella.

Tampoco soy *la* chica elegida.

Me detengo frente a la figura oscura y alargada de la katana.

Tal vez muera como una imbécil, pero no abandonaré a Mikel.

Estiro la mano hacia la empuñadura.

Me detengo a un centímetro de tocarla, porque un escalofrío me recorre. Es como si la espada me tentara a tomarla, pero mi sentido común me dijera que no. Que hay algo malo en ella. Es tan negra que no refleja la luz. No me extraña que se robe el alma de quien la usa, creo que podría tragarme entera solo por mirarla.

Pero me enfoco en el recuerdo de Mikel, en el miedo que tenía de ser un dios... En cómo quería pasar más tiempo conmigo, con sus amigos, en volver a jugar básquetbol. En cómo *yo* lo necesito.

Y la tomo.

Sujeto la espada de la funda y la apego contra mi pecho, como si fuera un tesoro. Un tesoro muy, pero muy mortal. He visto la magia, ya más de una vez. He visto a Haize usarla. Sé que lo que dijo sobre la espada es cierto. Mi corazón late desbocado, asustado. Pero no ha pasado nada. Se supone que mientras esté en su funda, no me hará daño. Y es liviana. Más liviana de lo que pensé que sería una katana.

Quizás porque es mágica.

Me giro y camino hacia la salida, bordeando la cama. Me detengo un momento al pasar frente a Haize. Simplemente me observa en silencio, sentado, aún con el mentón apoyado en sus manos, el

cabello casi blanco reflejando la poca luz que entra por la ventana.

Bajo mis ojos hacia él.

—Gracias —murmuro y mi voz se quiebra.

Porque tengo miedo. Porque sé que no podré hacer esto sola, pero no importa. Haré lo que pueda.

Le doy la espalda, las lágrimas caen por mi rostro. Mientras camino a la salida se me escapa un sollozo.

Pero no he dado ni tres pasos cuando el brazo tatuado de Haize me rodea el hombro y lo cruza sobre mi pecho, sujetándome fuerte. Siento el calor de su cuerpo pegado a mi espalda. Su olor dulce me envuelve. No sé en qué momento se puso de pie, pero sin soltarme, toma la espada con su otra mano, me la arrebata de un tirón y la arroja sobre la cama.

Lo agarro del antebrazo con el que me sujeta y trato de liberarme. No logro ni moverlo. Miro la espada con impotencia.

—Haiz...

—Eres una llorona, Cat. —Su voz es apenas un susurro.

Aprieto los labios, pero se me escapa otro sollozo. Levanta la mano libre y pasa su dedo pulgar por mi mejilla.

—Odio que llores —murmura—, no sé por qué. Pero lo detesto.

Me estremezco, sintiéndome derrotada. Creí que me la daría, creí que me ayudaría y que...

—Iré contigo —dice y mi pulso se acelera—. Si estás dispuesta a joderte la vida por él, pues también lo haré yo. Después de todo —añade con un suspiro y siento el aire que suelta cosquillear encima de mi cabeza—, lo quiero mucho más que tú. Es solo que...

Guarda silencio y yo aprieto un poco los dedos con los que sujeto su antebrazo.

—Es solo que... ¿qué? —digo despacio.

Tengo miedo de hablar, de que vuelva a ponerse como loco.

—Soy un cobarde —murmura.

Relaja un poco el brazo con el que me abraza y yo me giro hacia él . Levanto la mirada y...

—¡Tu pelo! —Estiro mi mano y deslizo mis dedos por el mechón de cabello totalmente negro que cae al costado de su rostro, aún mojado—. ¿Cómo...?

Él se encoge de hombros.

—No tengo idea cómo carajo funciona mi pelo. Por eso es una movida.

Mi corazón se acelera emocionado, porque... es él. El Haize de siempre. Aunque sus ojos rasgados y negros parecen preocupados. Sigue estando ese brillo... Un brillo que sé lo que es.

Sostengo su mirada.

—¿A qué le tienes miedo, Haize?

Él me observa pensativo y no puedo evitar sentir mariposas de alegría en mi pecho. Aunque está algo preocupado, ya no tiene esa mirada vacía. Me alegro demasiado de que volviera en sí.

—Odio tomar decisiones.

—¿Decidir qué cosa? Puedes decirme.

Él aparta la vista un momento, pero luego me mira otra vez.

—Aceptar o no lo que quiere mi aita. —Rueda los ojos—. Sé que suena tonto, pero no lo es. No sabes todo lo que eso implica. No seré libre nunca más. Juré que si aceptaba su información sobre como entrar en Arimeterria... —Contiene el aliento un momento—. Haría lo que él quiera y tomaría el lugar que me corresponde en la familia Lantzer. Y todo ¿por qué? —Suelta un suspiro exagerado—. ¿Por algo que de todas formas va a ocurrir? No abandonaría a Mikel, ¡pero es que esto es distinto, Cat! Porque es el destino y las Sorginak dijeron que...

—¡A la mierda con esas sorginak! —Apoyo mis manos contra su pecho y él se estremece—. A la mierda con el puto destino. Mikel no se va a convertir en un dios. Él no...

—Da igual, no me expliques. —Me interrumpe—. Ya te dije que lo haré. Iré contigo. —Suspira de esa forma exagerada que tiene—. No será fácil. Por suerte tenemos hasta la noche, por lo que usaremos la mañana para prepararte, en lo que sea posible... No es llegar y entrar a un lugar como Arimeterria. —Descansa una mano sobre mi hombro y lo aprieta ligeramente—. Pero vamos, no te dejaré sola.

El alivio, cálido, se aloja en mi pecho. A pesar de la pena que tengo, me hace demasiado feliz saber que sí puedo contar con él. Que en realidad, siempre pude contar con él. Y lo ha hecho porque él quiere.

—Esta vez, no me has pedido nada a cambio —ladeo el rostro, mirándolo a los ojos.

Haize arquea las cejas, como si no entendiera a qué me refiero.

—Siempre que te pido ayuda —digo titubeando—, me exiges algo a cambio. Un trato, deberte un favor... ese tipo de cosas diabólicas.

Haize se ríe y niega con la cabeza.

—Porque no estoy haciendo esto por ti, Chilenita —dice sonriendo. Pero la sonrisa se es fuma rápido—. Nunca pretendí abandonarlo. Lo siento si por un momento lo hice. —Tuerce los labios como si le disgustara lo que dice—. Solo era un mal día.

Suelta mi hombro, pero antes de que se aleje, aprieto contra su piel las manos que tengo en su pecho y él me observa interrogante.

—Yo tampoco te dejaré solo. —Miro sus ojos, recordando el miedo que vi en ellos hace un momento. Por alguna razón, no quiero volver a verlo así—. Con lo que sea que hayas prometido a tu padre, te voy a ayudar. No puede ser tan malo.

Él me mira pensativo un momento y luego sus labios se estiran hacia un lado en una media sonrisa.

—No tienes puta idea de lo que estás diciendo, Cat.

Verdad que son una familia de mafiosos. Puede que sí sea algo súper malo.

—Yo no soy una cobarde como tú —digo, devolviéndole la sonrisa.

Él ladea el rostro y un mechón de cabello negro y húmedo cae entre sus cejas.

—¿Segura?

Asiento y Haize entorna los ojos.

—¿Por qué? —murmura.

—¿Por qué?

—Sí. ¿Por qué? Si voy a ayudarte de todas formas.

Observo su rostro, que parece muy serio. Sus cejas son negras otra vez. Por su nariz recta y ligeramente respingada, escurre una gotita de agua.

¿Por qué lo hago? No es solo porque él va a arriesgarse por algo que Mikel y yo empezamos. Es porque...

—Eres mi amigo —digo y mientras las palabras salen de mi boca, sé que lo siento de verdad—. Compartimos un vínculo muy

profundo, ¿no?

Él se ríe, porque estoy repitiendo las palabras que dijo el otro día cuando yo estaba triste. Me pone muy feliz escucharlo reír. Creo que odio al Haize emo, no quiero volver a verlo así.

—Pero, ahora —murmura, mientras levanta su mano y pasa su pulgar esta vez por mi otra mejilla, limpiando las lágrimas que todavía tengo ahí—, nos uniría *otro* vínculo. No solo nuestro aprecio por Mikel.

Contengo el aire en mis pulmones, nerviosa, porque sé a lo que se refiere.

—Ya te dije, no te dejaré solo. —Trato de sonar firme—. Vamos a ayudar a Mikel y luego, sea lo que sea que tengas que enfrentar con tu papá, te ayudaré.

Él entorna sus ojos oscuros y rasgados. Su mano tibia tocando mi mejilla.

—¿Es una promesa, Catalina?

Sé que no es una pregunta cualquiera. Es la tercera.

—Lo prometo.

Y en el momento que lo digo, una luz verde agua, muy clara, emana de la piel de Haize. Lanzo un gritito, un remolino de viento surge del suelo y nos rodea, agitando mi vestido. Asustada, doy un paso hacia atrás, pero él me sujeta del brazo. Levanto la mirada y me quedo sin aliento. Al igual que las veces anteriores, sus ojos destellan, el iris de ese verde casi blanco. Su cabello negro se agita con el viento que nos envuelve y Haize sonríe.

—Tres favores, tres promesas. —Su voz grave hace vibrar algo dentro de mí—. Una deuda.

El viento desaparece tan repentinamente como llegó y la luz se desvanece del cuerpo de Haize. Sus ojos vuelven a ser completamente negros.

Afuera, empieza a llover.

—Eso ha sido... curioso —dice, mirándome divertido.

—¿Curioso? Fue…

No tengo palabras para describirlo. Mi corazón late desbocado por lo que acaba de ocurrir. Algo cosquillea en mi piel. Incluso la preocupación que he tenido toda la mañana porque Mikel no está se

disipa un poco. Es magia. La sensación residual de la magia en mi piel.

—Es primera vez que lo hago. —Haize se encoge de hombros—. No sabía cómo sería. Mi madre me lo enseñó antes de irme a Chile... Dijo que tenían que ser tres favores, puede que haya estado experimentando contigo...

—¡¿Qué?! ¿Experi....?

—Sí, pero no es peligroso —dice, interrumpiéndome y alza ambas manos, como inocente—, solo un trato, un trato divino. Bueno, semi divino —añade, guiñándome un ojo—. Ah... y tendría que aparecer una marca. Es el sello de nuestro pacto. Una especie de...

—¿Un lunar?

—¿Qué? —Haize frunce el ceño.

Tiro de su mano para que se corra un poco y la poca luz que entra por las persianas le da en el rostro. Puedo ver claramente un lunar que antes no estaba.

—Ahí. —Levanto la mano y pico con el dedo índice su mejilla, a un costado de la comisura de sus labios, un poco más abajo—Ahí, tienes una mancha negra que no tenías.

Es una manchita alargada y pequeña. Cualquier rastro de sonrisa desaparece de la cara de Haize y parpadea un momento viéndome como si entrara en shock.

—¿NEGRA? ¿Una manch...?

No termina la frase y pasa por mi lado corriendo, se detiene frente al espejo alargado que hay en la pared del fondo y lanza un grito al mirar su rostro. Veo desde el costado su torso desnudo, lleno de tatuajes. También tiene algunos tatuajes en las piernas y en la espalda, aunque esos no los distingo bien desde este lado. Se agarra la cabeza, tirando de los mechones de pelo negro enredados entre sus dedos.

—¡No puede ser! ¡Hostia puta! ¡Por qué!

Parece escandalizado, pero yo me siento feliz. No creo que sea por la magia que hicimos. No. Es que, aunque sigo preocupada por Mikel, Haize irá conmigo. Y eso es un alivio. Obvio que yo sola no iba a poder hacer nada. En cambio, Haize es un semidiós. Uno que sí tiene superpoderes útiles y una espada mágica y...

—¡¡¡Mi cara!!! —grita, pasándose las manos por las mejillas frente al espejo—, ¡¡¡mi hermosa cara!!!

Un semidiós desesperado porque tiene un jodido lunar.

—No es para tanto...

—¡Es terrible! ¡Jooodeeer! —Se refriega el lunar con el dedo—. ¡No se sale, Catalina, no se sale! ¡Qué coño hago!

Afuera, la lluvia golpea con más furia los cristales de la ventana.

—Cálmate, Haize. —Empiezo a preocuparme de que vaya a ponerse histérico otra vez y su pelo de nuevo se vuelva rubio—. Apenas se nota, te juro.

En realidad se nota bastante.

Haize empieza a maldecir en euskera, o supongo que hace eso, porque suena furioso. Se gira hacia mí y me mira como si yo fuera la culpable de esa manchita que tiene al lado del labio.

—En serio, Haize, no es tan...

Pero no termino la frase, porque me golpea una suave ráfaga de viento y, en un instante mágico, Haize está frente a mí, con el cabello negro alborotado alrededor de su rostro.

Uff, ya ni siquiera me impresiona tanto verlo moverse a esa velocidad.

—Esto es injusto —dice y casi siento lástima porque suena realmente afectado—. Se supone que quedemos marcados los dos.

—¿Qué...? —Retrocedo un paso y mis piernas chocan con la cama. Haize se inclina hacia mí, ladea la cabeza y observa de cerca mi rostro—. ¿Qué haces?

—Tú no tienes nada. —Levanta una mano, aparta con ella mi pelo hacia un lado y se acerca más, mirando mi cuello—. Ninguna marca. Deberías tener una...

Aleja su mano de mi pelo y la desliza hacia el tirante de mi vestido. Cuando noto lo que está a punto de hacer le doy un empujón.

—¡Que weá! —Siento que me arde la cara. Aunque Haize sea gay, por eso me va a andar revisando el cuerpo así—. ¡No tengo marcas!

—La debes tener —dice y sonríe maliciosamente—, en algún lado.

—Bueno, me alegro de que no me saliera en la cara.

La sonrisa desaparece de su rostro.

—Eres mala, eh.

Abro la boca para decirle que se lo merece, pero alguien golpea la muerta.

—¡Haize! —Es la voz de Trineded. El resto de la frase la dice en euskera muy rápido y no entiendo nada.

Haize maldice y se pasa el dedo por el rostro, frotando donde le salió el lunar, mientras la puerta de la habitación se abre y Trineded asoma la cabeza.

—¿Puedo pasar? ¡Hostia! ¡Tu pelo!

Sin esperar respuesta, la chica corre hacia Haize. Se apoya en su pecho desnudo y pasa los dedos por su cabello.

—¡Nunca cambia durante el día! Oh, venga, ¿qué tienes ahí?

Ahora que lo pienso, una vez vi cambiar el cabello de Haize durante el día, la vez que se enfrentó a Atarrabi. No sabía que fuera algo tan extraño.

—Ezer ez.[20] —Haize mantiene el dedo sobre el lunar y trata de impedir que la chica lo vea.

—¿Cómo que nada? —Trineded toma el dedo de Haize y a la fuerza lo aleja de su rostro—. ¡Oh, vaya!, eso es...

—Horrible —dice una voz desde la puerta. Denitz, apoyado en el umbral, de brazos cruzados—. Me alegro de que te saliera, por gilipollas.

Haize frunce el ceño, preocupado, pero Trineded le acaricia con el dedo índice el nuevo lunar, se pone de puntillas y le susurra algo al oído. La expresión de Haize se suaviza, ella vuelve a susurrarle algo y él se ríe. Me gustaría saber qué le está diciendo. Se miran un momento con complicidad y... él se inclina y la besa. Un beso largo. Demasiado largo y apasionado.

Estoy en shock.

Qué weá.

¡¿Haize no era gay?!

Es el ex de Mikel y solo lo había visto ligar con hombres y... Toma a la chica de la cintura y la aprieta contra él. Trineded se cuelga de su cuello, la ropa negra de ella contrastando con la piel clara y tatuada de Haize.

Definitivamente, tan gay no es.

—Joder, tíos… —Denitz suelta un bufido—, seguimos aquí...

Haize se separa un poco de Trineded y se voltea hacia Denitz.

—Puedes unirte si quieres —dice, arqueando una ceja y su boca se estira en una media sonrisa. Sus labios están enrojecidos por el beso que acabamos de presenciar en detalle.

—Paso —murmura Denitz.

Haize se ríe, pero se separa de Trineded y suspira de forma exagerada.

—Deni, dile a mi padre que me estoy vistiendo, que ya voy.

Denitz lo observa pensativo un momento y luego sus ojos se posan en mí. Sé que me está juzgando, no me agrada la forma en que me ve.

Haize le lanza una mirada dura.

—Orain[21] —dice, con voz fría.

La manera en que le habla alguien que parece su amigo me da un escalofrío, pero recuerdo lo que dijo Mikel en el avión. Que tal vez Haize se comportara distinto cuando estaba acá. Y a Denitz no parece importarle. Simplemente se encoge de hombros.

—¿Puedes vestirte solo? ¿Sabrás decidir entre un pantalón u otro? —dice con sarcasmo.

—Uh, yo lo ayudaré a vestirse —dice Trineded.

Denitz resopla, rueda los ojos y se va.

Quedamos los tres y de pronto soy demasiado consciente de que Haize solo lleva puestos unos bóxers y de que Trineded se está comiendo con la mirada sus oblicuos de semidiós.

—Eh... ¿Y yo qué hago? —murmuro, sintiéndome fuera de lugar.

Haize me observa y se aleja de la chica. Se pasa una mano por el pelo, revolviéndolo, mientras me mira pensativo y luego gira el rostro hacia su amiga, o... lo que sea.

—¿Puedes prestarle ropa a la Chilenita, Trine? —Se agacha y recoge del suelo sus pantalones negros—. Ese vestidito que lleva no es muy práctico para una incursión en Arimeterria.

Siento una punzada en el estómago. Estoy asustada por Mikel, pero no puedo negar que me emociona esta weá. ¡Voy a conocer

otro mundo!

Solo espero volver de ahí con mi Fakediós.

—¡Obvio que sí! —Trineded se acerca a mí y me estudia, recorriéndome con la mirada—. Es un poco más pequeña que yo...

—Bastante más pequeña. —Haize alza una ceja—. Pero algo corto tendrás.

Quiero clavarle a Haize su propia espada. Pero no lo haré porque lo necesito para la misión de rescate.

Haize se pone los pantalones negros, murmurando que Denitz es un idiota, que no es difícil elegir entre pantalones porque son todos iguales, y termina de abrocharlos. Se pasa una mano por el pelo y nos observa a las dos.

—Ah, Trine —dice y me apunta—, revisa si Cat tiene una marca extraña en el cuerpo. Hicimos un pacto y debería estar en algún lado, pero no me ha dejado mirar.

—¡Obvio que no te dejé, weón, qué te pasa!

Y menos ahora que sé que no es gay. Me siento engañada.

—¿Y si Trine te revisa no te molesta?

—Es una chica.

La sonrisa que se forma en el rostro de Haize es suficiente para que me dé cuenta de mi momentánea ingenuidad.

—En ese caso—dice él, riendo—, deberías saber que también es bi.

Miro a Trine. Ella me sonríe con falsa inocencia y yo resoplo.

—Nadie va a revisar mi cuerpo.

Haize se encoge de hombros. Se acerca a Trine y le da un beso en la mejilla.

—Te dije que la chilena era aburrida —susurra, pero lo alcanzo a escuchar.

Ella contiene la risa y lo mira... con cariño. Lo mira de una forma que... conozco muy bien. Observo el suelo. No puedo evitar pensar en Mikel. En cómo me siento yo cuando lo miro a él. Los ojos me arden y mi pecho se aprieta otra vez.

Trineded dice algo de que la habitación está muy oscura, camina hacia la ventana y empieza a subir las persianas. Comenta otra cosa, pero no la escucho. De nuevo me invade ese dolor en el pecho, la

pena me abruma.

—Tranquila. —La voz de Haize me hace dar un respingo. Alzo la vista y él está junto a mí. Levanta la mano y revuelve mi pelo de forma cariñosa—. Lo vamos a traer. Etxera.

—¿Etxera? —Siento un nudo en la garganta.

—Bai, etxera —Haize sonríe—. A casa.

Bajo la mirada y asiento. Mikel estaría feliz de que he aprendido algunas palabras en euskera.

Putas ganas de llorar. Estoy cansada de llorar.

—Gracias, Haize —susurro, con voz temblorosa.

—No, Cat. —Se inclina y me estremezco porque siento sus labios tibios en mi frente; un beso breve—. Eskerrik asko zuri[22].

Su aroma a frutillas se queda flotando en el aire. Toma la katana de la cama y mientras camina hacia la puerta me doy cuenta de que nunca había visto los tatuajes de su espalda. En realidad es un solo gran tatuaje negro. Las alas enormes de un cuervo desplegadas, con algunas plumas escapando del diseño principal, como si el viento se las llevara.

Ahora que las persianas están abiertas, la luz de la mañana ilumina la única palabra tatuada con letras mayúsculas entre las dos alas, a la altura de los omoplatos.

"ASKATASUNA"

Y no necesito ser buena con el euskera para saber lo que eso quiere decir. Cualquiera que haya pisado Euskadi lo sabe.

Libertad.

Haize abandona la habitación y una pena terrible me envuelve. Sé que estamos haciendo esto por Mikel. Sé que Haize también lo quiere ayudar. Pero igual duele.

Porque yo insistí. Yo...

¿A qué lo he empujado a renunciar?

68. Dioses, parte 1

ϟ Mikel ϟ

Por primera vez, estoy pisando Arimeterria. A mi lado, Atarrabi habla sobre las cosas sorprendentes que veré cuando sea un dios y me perturba que todos asuman que eso va a suceder. Joder, hasta hace poco yo mismo lo tenía asumido. Mi hermano camina relajado, dándolo por hecho, y por las cosas que dice, mi aita también.

Después de mucho tiempo voy a ver a Sugaar. ¿Cuándo fue la última vez que lo vi en persona? Un año más o menos. Y jamás había sido en este lugar.

Y Arimeterria es... extraña. Un bosque antiguo y, el templo, es físicamente parecido al baserri que hace de templo en un Euskadi, en la zona de Urdaibai. Los muros de piedra del baserri se alzan, rodeados por un jardín con fuentes y estatuas dedicadas a las distintas divinidades vascas. Sin embargo, los árboles tienen los troncos negros y se mecen incluso sin viento.

Y aunque parece de día y el cielo es celeste, no veo el sol por ningún lado. Tampoco hay personas, salvo los guardias de mi aita. Van uniformados con ropas grises y armas; pistolas en los cinturones y una espada cruzada en sus espaldas, a la manera que Haize lleva la suya.

Nos miran con aburrimiento mientras Ata y yo nos acercamos a los pilares de la entrada.

—¿Todo es una réplica del otro lado aquí? —Caminamos hacia el interior del templo, donde se supone que está nuestro aita. Aunque no siento su presencia—. Es algo tétrico.

—¿Tétrico? —Ata me mira por sobre el hombro, su jersey blanco se agita con cada paso—. ¿Por los árboles negros o porque aquí no existe el viento? —Una sonrisa se forma en sus labios—. Me pregunto qué diría Haize de eso.

—Tío, supera a Haize —digo y la sonrisa desaparece de su rostro —. Piensas demasiado en él.

Ata suelta un bufido mientras nos adentramos en un pasillo con paredes de piedra muy blanca. Odio admitirlo, pero este lugar me

tiene tenso, no me gusta.

—Es obvio que él vendrá a buscarte —dice y se encoge de hombros—, así que es natural que piense en cómo va a fracasar cuando no pueda usar sus bonitos poderes aquí. No podrá con los guardias de nuestro aita, está acostumbrado a ser más rápido. No solo están entrenados, sino que muy pero muy aburridos y querrán algo de acción.

Mi estómago se contrae. No había considerado eso. Si aquí no hay viento, Haize no podrá... ¿Qué estoy pensando? ¿Por qué estoy asumiendo que Haize vendrá? Me fui con Atarrabi para evitar que Catalina y él se involucraran. No quiero que me rescaten, porque nadie me ha secuestrado.

¿Por qué entonces, una parte mía está desea verlos aparecer por aquí? Coño, es mi propio aita. Puedo enfrentar esto solo.

Aun así... ¿habrá despertado Catalina? No sé qué hora es en el mundo mortal. Creo que el tiempo aquí transcurre distinto. Me parece que llevamos tan solo unos minutos, pero algo me dice que ha pasado mucho más.

—¿Crees que tratarán de encontrarme? —Normalmente evito abrirme ante Atarrabi, pero desde que acepté venir a este lugar todo me importa un carajo. Me detengo, en medio del pasillo—. Ata, si Catalina viene con él y se enfrentan a...

—Los humanos mortales no pueden entrar en este lugar —Mi hermano se gira hacia mí y el jersey aletea, blanco como las paredes que nos rodean—. Quédate tranquilo en ese sentido. Su deseo ya se cumplió, el contrato con nuestro aita terminó. Ella ya no tiene ningún vínculo divino que le permita entrar a Arimeterria.

Me alivia mucho saber eso. Ya me la imaginaba haciendo lo imposible por venir aquí. Y aunque los guardias de mi aita son peligrosos para Haize, no son lo que más me preocupa. Hay cosas más peligrosas en este templo que humanos armados.

Y no son hombres precisamente.

Haize

¡Ah, es una mañana hermosa! Perfecta para entrar en Arimeterria

y atravesar un par de dioses con mi katana. Junto las manos y estiro los brazos sobre la cabeza, me duelen los músculos de la espalda por ese maldito viaje en avión. Y estoy ansioso. Hace tiempo no me involucro en un combate que valga la pena. Y siempre he detestado a los dioses. Salvo a mi madre, claro. Ella es la única hermosa, amable y cuerda... bueno, más o menos.

Hmmm, un momento, ¿eso es txirimiri[23]? Desde la ventana del despacho de mi aita, el jardín se ve iluminado, pero bajo los rayos del sol invernal brillan infinitas chispas en el aire. Espero que no llueva, para poder llegar hasta el templo en moto sin que Cat se moje demasiado.

—No te emociones demasiado, chaval. —Mi aita camina de un lado para otro, vestido solo con los pantalones negros del clan y las pistolas enfundadas en el cinturón. Se detiene cerca de la espada de sombra, que dejé apoyada en la pared, la mira con atención y luego a mí—. ¿Qué carajo hizo esa chica para lograr que cambiara de color tu pelo?

—¿Ah? Eeehm. —Me giro hacia él y me cruzo de brazos—. Me arrojó agua encima.

Mi aita alza una ceja.

—¿Y cambió con eso?

Me encojo de hombros, porque no voy a darle detalles de lo que pasó en ese cuarto. De como Catalina se atrevió a tomar una espada que podría matarla, ni del efecto que eso tuvo en mí. Mientras menos se inmiscuya Aitor en cualquier cosa que tenga que ver con ella, mejor.

Y joder, no puedo creer que hace menos de una hora yo estuviera como un imbécil queriendo morir en mi cama. ¿Cómo he podido sentirme, hace un rato, la peor basura del universo y ahora creerme capaz de matar a un dios? Qué coñazo. Odio mis cambios de humor, detesto no poder controlar mi magia. Así no puedo confiar en mí mismo. Habría sido un desastre si Mikel se convierte en un dios y yo hubiera...

Bah, da igual, por suerte Cat estaba aquí y de alguna manera logró sacarme de ese estado. ¿Para qué pensar en el desastre, si

finalmente no ocurrió?

—Admito que tengo curiosidad. —Mi aita continúa caminando por el cuarto, mientras me sigue con la mirada y su larga cola de cabello castaño se tambalea en su espalda—. No sueles darle tanta confianza a nadie. ¿Qué tiene de especial la neska[24] esa?

—Es la chica de Mikel, eso es suficiente para que confíe en ella. Y lo único que la hace especial —miento, me aparto de la ventana y me apoyo en la pared junto a mi katana—. ¿Estás seguro de que solo habrá guardias humanos? —Trato de cambiar el tema—. ¿Cómo Sugaar va a ser tan confiado?

Mi aita agita una mano.

—Cuando eres un dios y te sientes inmortal, te relajas con eso de la seguridad. Especialmente cuando una de las pocas armas que puede matarte —dice, mirando la katana negra—, la custodia uno de tus mejores amigos.

—Que va a traicionarlo para decirme como entrar —digo riendo—. Vaya amigo estás hecho.

Pero él suelta una carcajada.

—¿Traicionarlo? Ni de coña pienso que seas capaz de hacerle daño a Maju, aunque me gustaría verte intentarlo, seguro darás un bonito show —dice, mirándome divertido—. Yo ni siquiera la puedo usar.

No sabía que mi aita no podía usarla. La tenía bien guardada como si fuera un tesoro, por lo que llamó mi atención y se la robé antes de irme a Chile. Después de todo, él me enseñó a robar cosas...

—Y, ¿sabes?, sinceramente, mejor que esté en tus manos que en las de un enemigo real.

—Pues, aunque él y tú seáis colegas —digo, sonriéndole a mi aita —. Si se atreve a hacerle daño a Mikelatz, más vale que vaya considerándome su enemigo *real*.

Él se ríe de nuevo y eso no me gusta nada, porque venga, él conoce a Sugaar hace unos... ¿doscientos años? Si todo esto le causa gracia es porque no cree que yo sea una amenaza para el aita de Mikel. Lo que tiene sentido, ya que ese dios de mierda ha vivido

miles de años.

Joder, mi aita me está ayudando solo para que yo acepte su jodido trato y termine haciendo lo que quiere.

Y ya el puro hecho de pensar en ese trato empieza a ponerme de mal humor. Pero no, ya está. Ya lo acepté y no me haré problema con eso ahora. ¿Para qué? El futuro es el futuro, ahora... ahora es un día para entrar en Arimeterria y probar mi katana mágica contra un dios. No uno mediocre como Atarrabi, sino uno de verdad como Sugaar.

Es excitante.

—No te confíes. Quítate esa jodida sonrisa de la cara. —Mi aita mete las manos en los bolsillos y me mira muy serio—. Aunque te prefiero así que con el cabello rubio, no me agrada que se haya ido al negro absoluto. Te pones estúpido, demasiado engreído. Todavía eres humano, mortal, no hagas enfadar a Maju que se le podría ir la olla.

Resoplo, pero él continúa muy serio, por lo que intento ponerle atención.

—Tal vez puedas con los guardias, Haize, pero no son ellos los que deben preocuparte. —Me observa y se apoya ligeramente en el escritorio que tiene detrás—. Intenta no cruzarte con las Sorginak. Es noche de reunión y dicen que Ake no está de buen humor.

—Evitaré a esas encantadoras damiselas y a su dios de mierda. —Sonrío y mi aita frunce el ceño—. Lasai[25], lo digo de verdad, Aitor. —Ruedo los ojos, aunque admito que para ser un aita manipulador y macabro, es casi tierno de su parte preocuparse tanto—. No soy tan estúpido como para meterme con esas jodidas brujas.

Y es cierto. Están loquísimas, todas.

—Hmm. —Me observa y pareciera que está a punto de replicar, pero se interrumpe porque golpean la puerta.

Denitz abre y asoma la cabeza, diciendo que Catalina está lista. Mi aita agita una mano y le dice que la haga pasar.

—Deni —llamo, antes de que se vaya—, prepara mientras mi moto, saldremos en unos minutos. Revisa que…

Las palabras mueren en mi boca porque, hostia, ¿esa es Catalina?

Casi la confundo con una de las chicas del Kideak de mi hermana. Pero es ella, Cat, que entra observando con cautela el estudio de mi aita.

Hmm, no esperaba verla vestida así, con... joder, con nuestra ropa. Cuando dije que Trine le prestara algo me refería a que se abrigara, no a que le pusiera el uniforme de nuestra familia. Completamente vestida de negro. La camiseta de cuello alto se ciñe ajustada a su cuerpo y lleva el cabello castaño largo y suelto, tendrá que atárselo antes de subir a la moto. Lo que más me sorprende son los pantalones, bien ajustados a sus piernas, con varias correas alrededor de los muslos —donde normalmente Trineded lleva armas —, y que en esta ocasión están vacíos. Salvo una, donde porta una daga.

Una jodida daga.

Debería decirle que no puede llevar armas, pero... Joder, las chicas con armas son mi debilidad. En verdad me mola muchísimo. Tendría que nacer de nuevo para pedirle que se la quite.

Aunque Mikelatz va a matarme cuando sepa que la dejé usar un maldito cuchillo.

Dejo de mirar sus piernas y cuando levanto la vista me encuentro con sus ojos color miel. Intensos. Decididos. Y entonces lo veo, durante un instante; una imagen. Como si fuera ella y a la vez no. Su pelo no está suelto, sino tomado en una cola que se agita con el viento. Su mirada desprende una ira que me arranca un escalofrío y uno de sus brazos... tatuado. La tinta negra se enrosca por su brazo izquierdo.

—Haize, cierra la puerta. —La voz de mi aita me sobresalta.

La imagen se desvanece.

¿Qué coño fue eso?

Catalina me mira con el ceño fruncido y yo suelto el aire que estaba conteniendo, tratando de quitarme la extraña sensación de encima. Esa sensación que desprendían sus ojos.

Esa... ira.

♡ Catalina ♡

Ufff, que alivio, Haize sigue con el pelo negro. Desde que prometió que iríamos juntos a buscar a Mikel, me siento mucho más tranquila, pero me preocupaba que el cambio de cabello fuera temporal. Sin embargo, ahí está, y también el lunar nuevo que tiene al costado de su boca. Mejor ni se lo miro, capaz se acuerde y se ponga de mal humor otra vez.

Él titubea, observándome, pero yo me giro hacia su padre.

¡¿¿¿¿QUÉ?????! ¡Conchasumadre! ¿Ese es el papá de Haize? ¡¡¿En serio?!!

Buaaa, okey, Catalina, es un señor mafioso, no te quedes mirándolo así. Pero, mierda esperaba a alguien mayor. Estoy confundida. ¿Qué edad se supone que tiene? ¡Si aparenta unos treinta y tantos! Y tiene un pelo castaño largo, liso y espectacular. Es que parece de revista con el pelo tomado en una cola alta, como la que usa Haize, pero cayendo hasta la cintura. Una barba ligera enmarca su mandíbula definida y, chucha[26], sí que está guapo el papá de Haize. Tiene el torso desnudo y los pectorales esculpidos muestran un montón de tatuajes de colores negros, azules y rojos. Trato de no mirarlos demasiado porque, bueno, es el papá de Haize. Pero mierda, que bien se mantiene este weón.

Y eso que desde que conozco a dos semidioses no me sorprendo tan fácil.

Pero aunque se ve joven, cuando sus ojos oscuros se posan en mí, me tenso de nuevo. No hay nada de joven en esos ojos. No se parecen a los de Haize, que son rasgados y levemente caídos, como adormilados. Los de este hombre, son más bien almendrados y tienen una chispa de astucia malvada que me da escalofríos. El aire se vuelve denso. Mientras me observa, es como si algo poderoso emanara de él, no sé explicarlo. Una presencia. Es intimidante, a pesar de que está apoyado contra el escritorio, relajado, como si esto fuera una reunión de confianza.

Mierda.

—Buenos días señor Lantzer.

Espero haber sonado respetuosa.

—Venga —dice y agita una mano—, puedes decirme Aitor. —

Sonríe, inclinando hacia un lado el rostro.

Emm, ¿debería hacerle una reverencia? No sé, es un señor mafioso lleno de armas y con mucho dinero sucio. Quizás sí debería hacer una reverencia. Aunque no hice ninguna cuando conocí a Atarrabi, que es un dios. Tal vez si lo hago, Haize crea que también tengo que hacerle una reverencia a él porque es un semidiós y no pienso darle la idea.

Ante Mikel sí que haría una reverencia, pero para... no. No pensaré en Mikel en este momento, ni en las cosas que quiero hacer con él, o me pondré a llorar de nuevo.

Así que aparto de mi mente el recuerdo repentino de los ojos azules de mi semidiós tormentoso y no hago nada.

—Es un placer conocerla al fin —dice el padre de Haize, arrastrando las palabras—. Señorita… ¿Arrieta?

Asiento, mientras Haize camina hacia la puerta. Lo sigo con la mirada, más que todo para evitar la de su padre que da escalofríos. Cuando la cierra y se gira hacia mí, los ojos de Haize bajan hacia mis caderas, mirando la parte de atrás de mi cuerpo y frunce el ceño.

Luego suelta una carcajada y camina hacia mí.

—Ah, eso sí que no, Chilenita —dice riendo. Sin pedirme ningún permiso, se inclina, sujeta el cinturón que tengo en las caderas y empieza a desatar la funda de la pistola que Trineded puso ahí, después de que le rogué caleta[27]—. No te quitaré la navaja por apreciación estética, Cat, y yo valoro mucho la estética —dice, mirándome con una sonrisa odiosa, mientras desata las correas—, pero, ¿una pistola? ¿Benetan?[28] ¿Qué obsesión tienes con las armas, si no las sabes usar?

Aprieto los labios, sintiendo el tirón en las caderas cuando termina con el broche y me la quita. Levanto la mirada hacia él, que me observa divertido.

—No tengo que pedirte permiso para lo que hago, Navajita. —En verdad solo quería sentirme cool.

—Mi casa, mis armas... —Los labios de Haize se curvan aún más en una media sonrisa—. Así que sí, debes.

—Lo cierto es que todo eso es mío —dice el papá de Haize y los

dos nos volvemos hacia él—, pero estoy de acuerdo con mi hijo en que no queremos que te dispares a ti misma, señorita Arrieta.

Enderezo la espalda y observo en silencio al señor mafioso. No sé cómo, teniendo en cuenta su presencia amenazante y todo, por un momento me había olvidado de él. No voy a discutirle, además tenía pocas esperanzas que me dejaran llevarla. Haize camina hacia su padre y me doy cuenta de que aún no se pone una camiseta y va con el torso desnudo igual que Aitor. ¿Será una costumbre mafiosa? ¿Cómo algo para intimidar a los demás? Así onda, miren mis músculos y mis tatuajes, soy peligroso. Porque, al menos, el resto de la gente de la casa todos van vestidos.

Haize deja la pistola sobre la mesa y luego vuelve a situarse a mi lado. Apoya su espalda en la pared, se cruza de brazos y observa a su padre.

—¿Y bien? —Haize tamborilea con los dedos sobre los tatuajes negros que se enroscan en sus bíceps—. Ya dinos cómo entrar.

Ya me duele el estómago de tanta ansiedad por ir a buscar a Mikel. El padre de Haize nos observa un momento en silencio y luego se fija en la espada de sombra que Haize dejó apoyada en la pared.

—La verdad, es bastante simple. Necesitas algo que pertenezca a un dios. —Apunta con su barbilla la espada—. La katana te servirá. Llévala. Debes entrar al altar de Maju y hacer esa cosa de las sombras —dice, estirando la mano y moviendo los dedos como si hiciera algo mágico imaginario—, ahí en medio del altar, justo cuando caiga el crepúsculo, y cruzar los mundos.

¿Así tan fácil? Miro a Haize y él alza una ceja, concentrado en su padre.

—Entiendo —murmura—. ¿Alguna otra cosa?

¡Lo asumió así nada más! ¿Qué weá? ¿Para esta gente cruzar mundos es como ir al parque? Pensé que habría algo más llamativo, sacrificar una gallina, un corderito. Ya estaba dispuesta a negarme y todo.

—Nada más. —Aitor se encoge de hombros—. Para mí fue mucho más difícil, porque era completamente humano cuando lo hice. Pero en tu caso no es necesario pasar por el camino rudo, porque tienes

a Itzal y eres un semidiós. Tienes derecho a entrar ahí.

—Humm. —Haize mira la espada y luego a su padre otra vez—. ¿Cómo sabes que Itzal servirá, si no puedes usarla? ¿De dónde sacaste esta katana?

Los ojos del padre de Haize chispean con una emoción que no logro identificar. Él y su hijo se miran, como si sostuvieran un diálogo que no comprendo. Afuera, la lluvia golpea las ventanas.

—Ya he visto a alguien usarla —dice Aitor—, cuando entre en Arimeterria, hace más de doscientos años.

¿QUÉ? ¿DOSCIENTOS AÑOS? ¡Pero qué...! Inspiro profundo, para no marearme. O sea, mi novio es un semidiós, nada me sorprende, pero es que... creí que el padre de Haize era humano. No estoy entendiendo nada. ¿Eso significa que Haize también tiene muchos años? Porque siempre asumí que tenía la edad de Mikel... No entiendo. No entiendo.

—Tú hazme caso —continúa el padre de Haize, como si estuviera contando lo más normal del mundo—, sé que con ella podrás entrar ahí. Pero te sugiero, chaval, que la uses solo para eso y nada más. Una vez en Arimeterria, evita acudir a sus poderes salvo que sea absolutamente necesario. Podrías invocar... ciertas cosas indeseadas.

—Explícate —exige Haize, frunciendo el ceño.

—No puedo.

—Qué va, no jodas, Aitor, no te creo.

—Está bien, está bien, es cierto. Sí puedo —dice, ladeando el rostro y metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones negros—, pero no quiero.

—Qué dices, joder, tal vez deba usarla, necesito saber a qué me enfrento para...

—Podrías invocar a su verdadero dueño. —La mirada de Aitor se oscurece—. No queremos eso. No puedo explicarme más.

—Mientras más información tenga, será mejor para enfrentar lo que...

—Ez, ezetz[29]. —Aitor lo interrumpe y rueda los ojos—. Cálmate, chaval, que soy tu padre y no haría nada en contra de tu integridad. Bueno, no si realmente está en juego. Y créeme. —Su mirada se

ensombrece—. Si te digo qué cosa, o más bien *a quién* podrías invocar con la espada, enloquecerías tanto que no serías capaz de rescatar a Mikel, ni a nadie, ¿estamos? Lo estoy haciendo por ti. No necesitas esa información ahora.

Haize aprieta los labios, pero no insiste. Su padre lo observa muy serio.

—Te prometo que si regresas, te lo diré. Pero antes no será una ayuda, sino lo contrario. Es una verdad que solo va a distraerte.

Oh, dioses, estaba tan tensa con su conversación que hasta me olvidé de mi estrés por un instante, pero...

—Espere, espere —digo, levantando una mano—, ¿cómo que *si* regresa?

—No te preocupes, Cat. —Haize baja su mirada oscura hacia mí —. Regresaremos.

Las tripas se me revuelven. Tal vez para ellos todo esto sea normal, pero para mí no.

—¿Regresaréis? ¿En plural? —El padre de Haize ladea el rostro—. La chica no puede entrar a Arimeterria. El contrato con Maju ya se terminó y necesita tener un vínculo divino para pisar ese lugar.

—Bueno... —Los labios de Haize se inclinan en una media sonrisa —. Me alegra tener suficiente sangre divina para que ese requisito se cumpla.

Aitor frunce el ceño un momento y luego abre mucho los ojos.

—Un momento, ¿vosotros...? —Da un par de zancadas y llega hasta su hijo. Son de la misma estatura, pero como Haize está recostado en la pared, su padre se inclina un poco para inspeccionar su rostro—. Ah, no me había fijado. ¿Eso es...?

—Bai, bai. —Haize le da un empujón y Aitor retrocede un paso—. Un lunar de mierda, ya sé. Es terrible.

—Iba a preguntar si es un pacto divino, pero sí, la verdad está bien feo.

Haize murmura unos insultos. Su mal humor comienza a reflejarse en sus facciones.

—Claro que no, ¡le queda genial! ¡Súper guay! —digo, dándole unos golpecitos en el brazo—, ¡muy sexy!

Por favor, que no se ponga rubio de nuevo, que no se ponga

rubio, que no se ponga rubio. Haize me lanza una mirada de fastidio y su padre nos observa con curiosidad.

—Bien, si ya hicisteis ese pacto... Si la chica pretende ir... es asunto vuestro. Ahora. —Se gira hacia Haize otra vez—. Ya te dije como entrar, es tú turno de cumplir lo que prometiste.

Haize asiente y se aparta de la pared. Abre la puerta y Denitz entra. Algo en él no me gusta, tal vez sea la forma en que camina hasta situarse al lado de Aitor y nos observa como si todo esto fuera muy aburrido, o quizás solo porque parece detestarme. Aitor carraspea y adopta un aire de solemnidad y se posiciona bien erguido en medio de la habitación. Sus hombros son más anchos y musculosos que los de su hijo, y mientras que Haize solo tiene tatuajes negros, los de su padre son de colores azul, negro, rojo.

Haize da un par de pasos y se detiene frente a Aitor. Parece tranquilo, la postura relajada, pero una ligera tensión en la comisura de sus labios me indica que no está tan tranquilo como aparenta.

—Catalina, acércate. —Su padre me hace una seña con la mano —. Tú también serás testigo, ya que estás aquí.

Hago lo que pide. Denitz está de pie a la derecha de Aitor, por lo que yo me paro a su izquierda, observando a Haize. Su perfil se recorta contra la luz de la ventana que hay en la pared, la mitad superior del cabello negro recogida en la colita que siempre se hace, mientras que el resto cae desordenado hasta debajo de sus orejas. Afuera, la lluvia cae tan fuerte que el ruido ahoga los sonidos de la habitación, los pasos de Aitor que se acerca más a Haize y apoya la mano en su hombro.

—Antes de hacer la promesa, quiero que sepas —dice mirando a su hijo a los ojos—, que estoy orgulloso de ti.

Haize no responde, pero flexiona ligeramente los dedos de sus manos, que cuelgan a los costados de sus pantalones negros.

—Y aunque en este momento no quieras ser un dios, sé que algún día lo serás. Porque te conozco, Haize. —Su padre suelta el aliento despacio, como si temiera lo que va a decir a continuación—. Sé cuál es tu naturaleza. Te crie. Vas a querer más, vas a querer poder. Y querrás buscar a Mikelatz. Sin embargo, podría pasar mucho tiempo antes de eso.

El estrés me carcome por dentro mientras los observo.

—Estás asumiendo que voy a fallar —dice Haize, sombrío, la voz triste—. Estás seguro de que Mikel se convertirá en un dios.

La lluvia es como una cascada de agua azotando los cristales de la ventana.

—Creo que las sorginak no se equivocan, hijo. Pero si tú quieres ir y luchar contra el destino como un necio y...

¿Qué está diciendo? ¿Por qué le habla así? Además, estoy cansada de que todos insinúen que ya perdimos a Mikel. Tal vez eso es lo que me impulsa a hacer muy irrespetuoso y abrir la boca.

—Usted es un mal padre.

Aitor frunce el ceño y gira su rostro hacia mí.

—¿Perdón, señorita?

Mierda, ya lo dije. Pero, ¿qué me importa? Aunque sea un mafioso, a diferencia de él, yo confío en Haize. Así que no le tengo miedo. Él no va a dejar que su papá me haga daño.

—Es un mal padre. Dice que está orgulloso de su hijo, pero cree que va a fallar. Es más, parece estar completamente *seguro* de que va a fallar. Solo habla de estar orgulloso para manipularlo.

—Yo no... —comienza a decir.

—Usted debería creer en él —digo, interrumpiéndolo. A su lado, Denitz ladea el rostro. Haize me observa en silencio, por lo que tomo aire y le digo a este señor todo lo que pienso—. ¿Sabe? Mi mamá cree en mí, ¡y eso que hice trampa para entrar en la universidad! Pero aun así cree en mí. ¿Y usted? Su hijo es un semidiós, tiene una espada mágica y sabe usarla, ah. Lo vi atravesar a un dios con ella. ¡Se pasó meses en Chile solo para cuidar a Mikel! ¿Y usted asume que va a fallar? —Resoplo—. No se merece un hijo como él.

El padre de Haize alza una ceja, aún con la mano apoyada en el hombro de su hijo.

—No nos conoce, señorita Arrieta. Debería ser más juiciosa al dar su opinión.

—Y usted debería ayudar a su hijo sin pedirle nada a cambio. No debería obligarlo a hacer lo que sea que hará cuando vuelva. ¿Por qué no lo ayuda y ya?

Aitor me observa un momento. Luego sonríe con una

condescendencia que detesto.

—Señorita Arrieta, tal vez no conoces a mi hijo tanto como crees. O no dirías estas cosas. No entiendes nuestro mundo, y por eso, no tomaré en cuenta tu arrebato. Así funcionan aquí las cosas y seguirá siendo así. No se trata del cariño de un padre a un hijo. —Sus ojos oscuros destellan—. Se trata de lo que necesita la familia.

Aprieto los puños y la mirada de Haize se posa un momento en mí. No insisto. No digo nada más. No sé qué pasa por esos ojos oscuros y rasgados que me observan en silencio. ¿Por qué intervine si es obvio que no lo puedo ayudar? Debo haber sonado como una tonta. Pero es que creo que... no me gusta verlo así. No ahora que sé que lo que está en juego es su libertad.

No ahora que lo que le suceda me importa.

—Además —continúa Aitor y Haize vuelve a mirarlo—. ¿Tan terrible es para ti, hijo? Venga, en realidad sé que detestas la idea, pero creo que solo es por tu falta de madurez. Desde mi punto de vista te estoy haciendo un favor. Te ayudo a tomar decisiones. Ser un dios o ser mi heredero.

Haize entorna los ojos.

—Si no soy yo el que toma ese rol —murmura, su voz grave pero suave—, de todas formas obligarías a Lilai a hacerlo, ¿ezta[30]?

Su padre aprieta los labios y luego asiente.

—Algún día vas a ser un dios y ella también. No pretendo quedarme sin un heredero. O me lo da ella o me lo das tú. ¿Para qué si no hemos formado una familia? —Aitor suspira—. Y considerando las preferencias de tu hermana... Si la obligo a eso, me odiaría para siempre.

¡Lo está manipulando otra vez! La weá injusta, que rabia. Pero Haize parece pensarlo, mientras estudia a su padre. Finalmente, niega con la cabeza.

—Lilai se quitaría la vida antes de darte un heredero —dice y suspira—. Vamos al grano, aita. Terminemos con esto.

Su padre se voltea de nuevo hacia mí y arquea las cejas.

—Señorita Arrieta, ¿va a ser testigo de esta promesa o su indignación es tan grande que prefiere retirarse?

Hijo de puta. Estoy enojadísima. No entiendo qué pasa entre esta gente, pero odio saber que está amarrando a Haize a algo permanente. Especialmente porque es obvio que harán un pacto, de esos mágicos que no se pueden anular. Pero ya no puedo hacer más. Si Haize decidió renunciar a su libertad por Mikel...

—Seré testigo —murmuro de mala gana.

—Bien. —Su padre aprieta un poco el hombro de Haize y lo mira a los ojos—. El trato es simple. Es el siguiente: No estás obligado a ser mi heredero. Si no eres mi heredero, no pasa nada, ocurrirá lo que siempre hemos sabido que ocurrirá. Ascenderás y serás un dios, como desea tu madre, como es tu destino. Pero mientras eso no ocurra, si aún no decides ser un dios, cumplirás tu deber y ocuparás tu rol de heredero en esta familia. Con todo lo que eso implica. ¿Estás de acuerdo?

Haize asiente en silencio.

—Formarás un Kideak, te encargarás de los negocios de la familia que yo te indique y pactarás las alianzas que yo te ordene.

Me doy cuenta de que estoy apretando demasiado los puños.

—Aita… —Haize titubea—. Podríamos especificar un poco mejor eso de las alianzas, no sé si…

—Sabes perfectamente a qué coño me refiero. ¿Vas a hacerlo o no?

¿Hacer qué? ¿Por qué no son más claros? Un montón de ideas pasan por mi cabeza, pero las descarto. No estamos en la edad media. Tampoco es que vaya a obligarlo a casarse y tener hijos para heredar su...

Un momento. Nadie hace eso hoy en día, ¿o sí?

—Vale, vale, aita, lo haré.

—Júralo —insiste su padre.

Haize suspira, se aparta el mechón de cabello negro que le cae sobre la frente y mira a su papá.

—Lo juro. —Las palabras retumban en la habitación y siento un escalofrío—. Haize Lantzer, hijo de la diosa Euria, diosa de la lluvia, las tormentas y la fertilidad, juro que cumpliré el trato que me acabas de proponer. Cuando regrese de Arimeterria y mientras no ascienda, seré tu heredero.

Aitor quita la mano que tenía sobre el hombro de Haize y sonríe satisfecho.

—Deberías agradecerme —dice y extiende la mano, ofreciéndola a su hijo—. ¿Para qué convertirte en un dios tan joven y quedarte gilipollas para siempre? Mientras cumplas tu rol de heredero, te librarás de ser un dios. Tú decides.

Haize baja la mirada hacia la mano extendida de su padre y parece dudar un momento. Cada partícula de mi cuerpo siente el impulso de abalanzarse sobre él, de impedir que haga lo que está a punto de hacer. No sé por qué. Pero no quiere hacerlo.

Aunque ya es demasiado tarde. Haize extiende su mano, toma la de su padre y la estrecha con fuerza.

Y el viento estalla en la habitación.

Nos rodea, como un huracán furioso y me contengo de lanzar un chillido cuando casi me empuja hacia atrás. El cabello de Haize se agita y sus ojos se vuelven por un instante de un verde agua muy claro, casi blanco. Denitz no parece nada impresionado y aunque Haize y yo hicimos algo similar, no puedo evitar temblar. No me acostumbro a ver la magia.

Aitor suelta la mano de su hijo, sin dejar de sonreír.

Afuera, ha parado de llover.

Haize se gira hacia mí. En sus ojos oscuros, todavía hay una chispa de ese fulgor verde revoloteando dentro de ellos cuando me mira.

—¿Lista para viajar a otro mundo, Cat?

ϟ Mikel ϟ

Respiro con calma y trato de relajarme. No es para tanto. Es mi aita. Es un dios pero es mi aita. La enorme puerta doble de madera me parece amenazante, aunque solo es eso, una jodida puerta. Coño, ¿cuánto tiempo deseé este momento? ¿Cuántas veces soñé con pisar este lugar, con ser digno del poder y la inmortalidad? En realidad, lo que más quería, era ser considerado digno... por *él*.

Inspiro, tan profundo como pueden mis pulmones. Ahora lo único que veré en su rostro será decepción. Pero hay cosas que me

importan más. Yo solo...

—¿Nervioso? —Atarrabi me da una palmada en la espalda y sonríe, mientras su cabello dorado destella con cada movimiento como si le diera el sol—. Venga, no es tan terrible. Cuando seas un dios, te darás cuenta de que...

—Cállate.

Empujo las puertas con ambas manos. Apenas lo hago, un estallido de sonidos y aromas me envuelve. Las notas de un piano danzan tranquilas por el salón, entre personas vestidas de colores primaverales y ropas ligeras, como si se burlaran invierno que hay afuera del templo en el mundo mortal.

No tengo idea quiénes son, pero supongo que son genios, gentiles u otras criaturas mágicas de Euskal Herria. Al menos no veo ninguna lamia[31]. Solo seres que conviven con los dioses en Arimeterria. Y que no me interesan para nada, porque el único ser que me importa está sentado al final, sobre un enorme trono de plata. Bajo las luces de los candelabros, se ríe y conversa con otro hombre. Vale. El señor dios de los cielos sobre un trono de plata, bien cliché. Mi aita parece relajado, vestido con unos pantalones de tela de gris y una camiseta azul sencilla. Como siempre, tiene una barba ligera, como de pocos días, lleva el pelo suelto, negro y largo hasta más abajo de los hombros. Sin embargo, pesar de su postura casual, percibo el poder que emana como un cosquilleo en la piel. Como si el aire tibio del salón nos conectara a través de la humedad, de cada partícula que respiramos.

¿Estará molesto conmigo? ¿Sabrá que no quiero ser un dios? Nunca he tenido claro qué es lo que las Sorginak susurran en su oído, o cuánta información exacta tienen.

Apenas doy un paso dentro del salón y el rostro de mi aita se gira hacia nosotros. Sus ojos de un intenso azul oscuro se posan en mí y su boca se extiende en una sonrisa. Una sonrisa real. No parece para nada enfadado, lo que me alivia mucho. Aunque ya tomé está decisión, decepcionarlo sigue siendo doloroso. La gente a nuestro alrededor también se voltea a mirarnos, pero la mayoría regresa a sus conversaciones y solo unas cuantas saludan a Atarrabi con un

gesto de la mano.

Suelto el aliento despacio, camino lo más relajado que puedo y me acerco hacia el trono de plata. Mi aita espera sin quitarme la mirada de encima. No conozco al hombre que está a su lado, pero he oído hablar de él. Gorka. Es un genio, uno leal a mi aita. Aparenta unos cincuenta años, la barba recortada y lleva una espada occidental enfundada en el cinto.

No me gusta nada.

Sin embargo, mantengo una sonrisa tranquila en mi rostro mientras me acerco y devuelvo algunos saludos de estas personas coloridas que no tengo idea quiénes son. Ellos, en cambio, son perfectamente conscientes de quién soy yo. Me siento fuera de lugar entre tantos colores. Además, he venido descalzo y vestido solo con jeans, sin nada en el pecho.

Me detengo frente al trono de mi aita, situado en una elevación de piedra, de medio metro de altura. Detrás del trono hay unos seis guardias, todos armados con pistolas. Aunque no quiero que nadie haga una misión estúpida de rescatarme, no puedo evitar observarlos y preguntarme si Haize podría con todos ellos. O con Gorka, el genio.

Mi aita se pone de pie y Gorka me evalúa con seriedad, sin una pizca de la simpatía que demuestra el resto de la gente. Saluda a Atarrabi solo con una inclinación de cabeza.

—¡Mikelatz! —Mi aita desciende los peldaños de la elevación y no puedo evitar ponerme tenso cuando me sujeta de los hombros. Me observa de pies a cabeza y luego me abraza—. ¡Al fin de regreso, chaval!

Le devuelvo el abrazo, palmando su espalda. A pesar de lo estresado que estoy, respirar su aroma enciende algo cálido en mi pecho. Un aroma a viento, a nubes, a tierra húmeda después de una tormenta. Cuando me aparto de él otra vez, algunas personas nos observan, aunque la mayoría sigue con lo suyo.

El genio no me quita sus ojos fríos de encima.

—Gracias por traerlo, Atarrabi. —Mi aita le da una palmadita en el hombro y su voz grave resuena como un trueno entre nosotros cada vez que habla—. No podía ir yo, ocupado aquí de ser el anfitrión de

la fiesta —agrega, soltando una carcajada—. ¡Al fin mis dos hijos serán...!

—Aita, espera —digo, interrumpiéndolo a mitad de la frase. Carraspeo y me acerco más, tratando de que nadie nos escuche—. ¿Podemos hablar en privado?

La sonrisa se mantiene en su rostro, mientras me observa con curiosidad. Mierda, ¿en serio no está para nada al día de lo que sucedió? No me lo creo. ¿Está jugando conmigo? Pero parece genuinamente alegre, lo conozco bien.

—¿En privado? No, no, claro que no. —Mi aita se ríe como si yo estuviera diciendo locuras—. Esta gente ha festejado tres días seguido por tu ascensión. No podemos hacerles ese desaire. Etorri, etorri[32]. —Me hace un gesto y se sienta en el borde de piedra de la elevación, el trono detrás de él—. ¿De qué se trata? Podremos hablar aquí.

Apoya su mano en la piedra a su lado, como invitándome a que me siente con él, pero no lo hago. Me sitúo delante de él y me paso una mano por el pelo. Joder, no debería mostrarme nervioso. Pero no puedo evitarlo. ¿Tres días festejando mi ascensión? Aunque las personas que me rodean conversan entre la música del piano y risas, en realidad la mayoría me mira de reojo. Es obvio que tratan de que no se note, pero están pendiente de mí. Puñeteros habitantes raros de este lugar.

Esto es peor de lo que pensé.

—Aita, tal vez... —carraspeo, intentando encontrar las palabras—, ¿podrían hacer una pausa para descansar, o no? ¿Tres días? Deben estar agotados. Y en serio tenemos que hablar.

Mi aita apoya las manos a los costados, en la piedra, mientras me observa con curiosidad. Atarrabi se acerca a él y se sienta a su lado, en el lugar que no quise ocupar.

—Puedes decir lo que sea aquí, Mikel. Si fuera algo terrible, yo ya lo sabría. ¿Por qué estás nervioso? —Mi aita sonríe más—. ¿No esperabas esto hace mucho tiempo?

Sus ojos azules chispean un momento y me doy cuenta. Lo sabe. Sabe perfectamente lo que le vine a decir; que no quiero esto y

pretende que lo enfrente aquí, delante de toda esta gente. ¿Piensa que me voy a acobardar? ¿Es una clase de prueba tonta? Eso me enfurece. Inspiro y sostengo su mirada, tratando de pensar. Pero es difícil, porque él siempre va a estar un paso adelante de mí. ¿Vieron esto las sorginak cuando miraron mi futuro?

—Prefiero que hablemos solos, aita —insisto una vez más—. Probablemente no va a gustarte lo que tengo que decir. Las cosas no han salido bien, no soy digno de esto. —Estiro mi brazo, mostrando la celebración—. No hice en Chile lo que esperabas de mí.

Mi aita parpadea, como si eso le sorprendiera.

—¿En serio crees eso, hijo? —La sonrisa desaparece—. ¿Por eso te sientes mal? ¿Porque crees que estoy molesto? ¿Piensas que estoy decepcionado de ti?

Joder, no tengo idea si está decepcionado de mí, pero estoy seguro de que va a estarlo. Y eso me aterra. Pero yo decidí soportar eso como consecuencia.

—Lo siento, aita. —Niego con la cabeza y aprieto las manos a los costados de mis piernas—. Aún no me he convertido en un dios, a pesar de que el deseo de Catalina se cumplió —murmuro y pronunciar su nombre me duele—. Sí, creí que era eso. Que estabas decepcionado de mí. ¿Por qué más iba a ser? ¿Acaso Catalina anuló el contrato cuando trató de invocarte de nuevo? Creo que si eso hubiera pasado yo lo sabría. Necesito que me explique, que me diga por qué aún no soy un dios. Necesito saber eso para poder evitar que suceda.

—¿Ah, trató de anularlo? —Mi aita frunce el ceño—. No, no. Claro que lo sabrías si eso hubiera ocurrido. Escuché algo... una llamada ligera el otro día, pero no sé. Estábamos bebiendo unas copas con Gorka, ni me di cuenta. —Suelta una carcajada. Luego niega con la cabeza, mirándome divertido—. No, no, qué va. Tal como te dijo Ata, el deseo de esa chica se cumplió. No anulé ningún contrato.

No comprendo. Si el deseo se cumplió y él me considera digno, ¿por qué carajo no he ascendido? Estoy confundido. Y mi aita se da cuenta. Una sonrisa amplia que se extiende a sus ojos. El piano comienza una nueva canción y la gente sigue riendo y conversando a nuestro alrededor, mientras yo me estremezco con esa sonrisa.

—Ah, mi pequeño Mikel. —dice riendo y niega con la cabeza—. No entiendes nada. —Se pone de pie. Mantengo la calma a pesar del poder que emana con cada paso que da, hasta quedar frente a mí otra vez. Estira su mano y sujeta mi cuello desde atrás, con firmeza, pero a la vez con cariño—. Mikel —dice, mirándome a los ojos—. Estás equivocado. —Ladea el rostro—. No puedo creer que estuvieras preocupado, pensando que me habías decepcionado.

Titubeo. Me mareo. El corazón me late fuerte.

—Pero te fallé. Las cosas no salieron como esperaba —murmuro.

—Claro que no, estoy muy orgulloso. —Sonríe y enseña sus dientes blancos—. Hasta este momento, has hecho cada cosa… tal cual como esperaba de ti.

69. Dioses, parte 2

ϟ Mikel ϟ

Has hecho. Cada cosa. Tal cual esperaba de ti.

Las palabras de mi aita resuenan como una sentencia en mi mente. Un escalofrío me recorre. Me ahogo en este lugar repleto de gente que no conozco, que me importa un carajo y que esperan que yo me convierta en un dios. Me ahoga la mirada de mi aita, profunda, penetrante, esperando que me convierta en un dios.

¿Es cierto? ¿Él pretendía desde un inicio que me enamorara de Catalina? Si eso quería, ya debería haber ascendido. Porque estoy enamoradísimo de ella. Esto no tiene un puto sentido.

—Puede que haya un malentendido, aita —murmuro, tratando de sonar tranquilo.

Él sonríe.

—Qué va, para nada. —Suelta mi cuello y me mira como si yo fuera un niño pequeño—. Sabía que pasar tiempo con gente distinta, en otro país, te haría ver las cosas de otro modo. Te haría madurar, hijo. ¿Cómo podría estar decepcionado de eso?

—¿Crees que he madurado? —Se me escapa una risa seca—. ¿Si hubiera madurado, no debería sentirme preparado para ser un dios? Solo quería ser un dios por ambición, aita.

—Es verdad. —dice Atarrabi, sentado en la elevación detrás de mi aita. Los brillitos de mierda revolotean alrededor de su pelo dorado —. No ha cambiado en nada de eso. Sigue siendo igual de egoísta que siempre, me quedó bastante claro con lo que vi en Chile. Estoy seguro de que se aburrirá de Catalina en unos meses y estará aquí rogándote para ser un dios.

Quiero matarlo. Lo haría, si no fuera porque no tengo idea cómo matar a alguien con mis manos. Ojalá Haize estuviera aquí para hacerlo por mí. Aunque, no, calma. Debo pensar. En realidad me conviene que mi aita crea lo que dice Atarrabi y me considere absolutamente indigno de ascender.

—Ya, dejadlo. —Mi aita agita una mano—. Empiezo a aburrirme

de esto. Es un día para celebrar. ¿Qué te tiene así de agitado, Mikelatz? ¿Es por la chavala humana? Ella estará bien. Le he pedido a Atarrabi que la dejara en tu casa, precisamente, para evitar problemas.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿A qué te refieres? —murmuro.

Mi aita suspira, como si le fastidiara tener que explicar algo que para él es evidente. A nuestro alrededor, la gente sigue bailando, conversando y el piano continúa tocando la misma jodida canción. Como si este momento fuera eterno. A mí se me ha hecho eterno.

—Estoy hablando de que hoy. —Mi padre mete las manos en sus pantalones negros—, te convertirás en un dios. Eso no va a cambiar. Y si esa chavala estuviera aquí, podría ser un problema para ella. Está prohibido...

—Sé perfectamente lo que está prohibido.

—Orduan?[33] Por eso la dejé atrás. Si ella presencia tu ascensión, estaría en peligro. Los otros dioses podrían intentar repetir lo que hicieron a tu madre. Es más, yo mismo lo haría. Preferiría hacerlo yo que usar los métodos que usaron ellos.

Intento no clavarme las uñas de lo apretadas que tengo las manos.

—Catalina no está aquí. Y si lo estuviera, tampoco habría un problema. Porque no va a presenciar mi ascensión. Aún no me respondes. ¿Por qué no me he convertido en un dios? —Sostengo su mirada, azul, oscura—. Tal vez no me respondes porque no quieres. Porque no puedes obligarme a ascender.

Él frunce el ceño.

—¿Obligarte? —Parece sorprendido, genuinamente sorprendido—. ¿Crees que pretendía obligarte?

No sé qué responder. ¿Está jugando conmigo?

—Sí, tienes razón. —Mi aita apoya una mano en mi hombro. Detrás de él, Atarrabi nos observa en silencio y Gorka mantiene su postura atenta, siempre vigilante—. Claramente hay un mal entendido, Mikel. Yo no quiero obligarte a nada.

Sostengo su mirada. Inspiro y pienso en Catalina, en algo muy

simple: En la necesidad de volver a estar con ella.

—¿Ah, no? —Afirmo su muñeca, apartando su mano de mi hombro—. ¿Por qué armas toda esta fiesta si no pretendías obligarme a ascender? No sigas jugando conmigo. Tienes muy claro que no quiero ser un dios.

Mi aita pestañea, pasmado. Al fin la canción del piano se acaba. Hay un instante de silencio en el cual se oyen las risas y conversaciones, y luego empieza otra canción. Más alegre, más rápida. Y mi aita suelta una carcajada, que suena como truenos en salón. Detrás de él, Ata frunce el ceño, mientras a mí se me contrae el estómago. Mi aita me mira como si le hubiera contado el chiste más gracioso del universo.

—Joder, chaval, esto ya se ha liado demasiado. Estás muy confundido. —Mi aita me sonríe con una condescendencia de mierda y sus ojos azules reflejan las luces del salón—. Claro que quieres ser un dios.

—Que no, joder ¡Si fuera así, ya habría ascendido!

Hostias, qué pesado.

—Ostras, chaval, no puedes ascender aún. Pero esa cabecita tuya se encuentra tan abrumada por tu enamoramiento juvenil que no ves las cosas con claridad. —Mi aita suspira—. Tú, Mikelatz, no te has convertido en un dios... —Clava sus ojos azules en mí—. Porque no has cumplido tu misión.

Haize

Aparco la moto en el jardín posterior del templo de Sugaar, a la sombra de los árboles y me quito el casco. No hay nubes. El sol ya se empieza a acercar al horizonte y la tarde se vuelve más fría. Y aunque mi aita tiene razón y no debería confiarme, no puedo evitar la emoción de enfrentarme a un dios de verdad. Solo queda algo como una hora para el crepúsculo.

Tengo que clamar mi ansiedad. No debo entusiasmarme demasiado, no estoy solo.

—Ya es seguro soltarme, Chilenita. —Me giro un poco y miro a Cat por sobre mi hombro. Se aferra con fuerza a mi cintura, como si

pudiera morir si me suelta—. Si quieres, claro...

Ella se aparta y el temblor en su cuerpo es evidente, a pesar de que sus brazos están cubiertos por mi chaqueta que le queda enorme. Pero tenía mucho frío y fueron treinta minutos de viaje, por lo que se la presté, yo apenas siento el frío. Cuando se quita el casco, sus manos siguen temblando. Su pelo castaño se agita con el viento y sus mejillas están sonrojadas. Hay un brillo en sus ojos. ¿Tanto se asustó?

—Venga, tía, he venido muy lento, no es para tanto —digo riendo, mientras desciendo de la moto.

Dejo los cascos sobre mi asiento y la ayudo a bajar, porque el asiento trasero de la Kawasaki es demasiado alto. Bueno, al menos es demasiado alto para ella.

Catalina se afirma de mis brazos y cuando sus pies tocan el suelo, se tambalea un momento.

—¿Estás bien? —Tal vez sí me pasé un poco con la velocidad.

Ella se aparta de mí y se pasa una mano por el pelo, desordenado y alborotado por el viento.

—¡Casi nos volcamos en esa curva!

—Nunca estuvimos ni cerca de volcarnos. —Me río de nuevo—. Pero, vale, a la vuelta Mikel y tú podéis pediros un Uber.

—¿Estái loco? —Sus ojos color miel chispean a la luz del sol, y me doy cuenta de que el brillo que veía en ellos no era de miedo—. Mikel puede pedirse un Uber. Yo necesito hacer de nuevo esta weá.

Sus ojos brillan aún más mientras mira la Kawasaki, como si devorara con ellos el chasís negro con verde. Creo que solo los he visto así cuando mira a Mikel.

—Bueno, otro gusto que tenemos en común —digo y tiro de su muñeca hacia mí—. Pero a diferencia de Mikel, a quien puedo compartir contigo sin problema, no me gusta compartir mi moto. No la mires tanto.

Ella levanta sus ojos hacia los míos y yo suelto su muñeca. Saco una goma para hacerme una coleta en el pelo, mientras observo el templo.

—En realidad esto no es un templo, ¿sabías, Chilenita? Es un antiguo baserri donde vivió la familia de Sugaar durante

generaciones. Los espíritus vascos viven en cuevas y bosques repartidos por toda Euskal Herria. Pero Sugaar es astuto. Mandó a hacer unas cuantas estatuas y convirtió esto en un templo turístico para sacarle pasta a los guiris[34]. Porque en realidad, él podría escuchar los deseos de sus clientes en cualquier sitio donde tenga una conexión.

—¿Por qué me cuentas esto? —Me mira confundida.

—Porque si ocurre algo en el futuro, tienes que saberlo. No necesitas una de estas estatuas para invocar a los dioses. Basta una conexión con ellos. Puedes hacerlo donde sea que estés.

—Pero perdí la moneda que usé ese día. Quizás esa conexión era la moneda de mi abuela.

Termino de atarme el moño y bajo los ojos hacia ella. La llovizna suave empieza a formar gotitas en el pelo de Catalina.

—No te preocupes por eso. —Estiro mi mano y cojo las puntas de la chaqueta deportiva que lleva puesta. Mía. Subo la cremallera hasta dejar todo su cuerpo protegido hasta el cuello—. Ahora tienes una conexión mejor. Yo.

Le sonrío y ella me mira de esa forma intensa que tiene. Ya no tiembla.

—Haize, ¿no estás asustado? ¿De enfrentar a los dioses y esas cosas?

—¿Asustado? —Me agacho junto a la moto y empiezo a soltar los ganchos que tienen afirmada la espada de sombra al chasis—. No claro que no. Ya me estaba aburriendo sin nada de... Hmm. Bueno, solo... me aburría.

¿Cómo le digo que me aburro si no me peleo con alguien de vez en cuando, sin sonar como un psicópata? Aunque no sé por qué me importa lo que piense o no. Ya me vio pelear con Atarrabi una vez. Dudo que pudiera tener peor opinión de la que ya tiene.

Me acomodo la katana en la espada y reviso una vez más las pistolas que tengo en las fundas del cinto y del muslo. No me pasa desapercibida la mirada de curiosidad que Catalina le dirige a las armas y empiezo a cuestionarme si fue buena idea traerla. No puedo arrepentirme, yo le dije que viniera a Euskadi. Pero... no había

pensado en el momento en que me vea usar estas pistolas. Ya, sí, atravesé a Atarrabi con una jodida katana frente a sus ojos. Y ahora entiendo por qué Mikel estaba tan furioso. Era un mal día y yo no estaba pensando con claridad. No sé si quiero que me vea pelear esta vez.

En ese entonces, Catalina me importaba un carajo.

—Oye, Cat —digo, desviando su atención de las pistolas—. Cuando entremos al templo, necesito que me sigas la corriente en todo, ¿vale?

Ella vuelve a mirar la estructura de piedra que se alza entre los árboles.

—¿Nos dejarán entrar? Parece todo muy silencioso. Cuando vine en el verano había turistas y ahora parece... espeluznante.

A mí no me parece nada espeluznante. Es un bonito día de invierno, las aves del bosque cantan a nuestro alrededor y el templo está silencioso como debería ser un templo.

—Obvio que nos dejarán entrar. Soy un semidiós. En ese lugar *literalmente* me adoran. No encontraremos turistas hoy porque es día de reunión.

—¿Reunión? —arquea las cejas.

—Un Akelarre, ¿te suena?

Sus ojos brillan emocionados otra vez a la luz de la tarde.

—¿Habrá un ritual?

—Algo así —digo y ruedo los ojos—, pero no lo presenciaremos. Nos iremos antes de eso, créeme. Ni de coña permitiría que entres a un ritual de Akerbeltz. Mikel me castra.

Ella frunce el ceño, pero yo tiro de su mano y caminamos hacia el templo.

—Responderé todas tus dudas curiosas mientras esperamos el crepúsculo, Chilenita, pero lo importante es asegurarnos de entrar al altar. Y hablo en serio. Sígueme el juego o las sorginak podrían ser un problema. Vaya movida que tendremos si aparecen esas.

—¿Alguna otra instrucción? —dice, sarcástica.

—Bai. No hables absolutamente con nadie que no sea yo.

Si tenemos suerte... no nos toparemos con las brujas de mierda ni con su dios.

♡ Catalina ♡

El templo es tal como lo recuerdo, pero más helado, y silencioso sin los turistas. En vez de ingresar por la puerta principal, Haize y yo nos escabullimos por una puerta pequeña de madera que estaba en el jardín lateral, toda cubierta por enredaderas. Es un lugar misterioso, los pasillos antiguos apenas iluminados por lámparas de luz anaranjada. Me aferro a la chaqueta de Haize que llevo puesta, conteniendo el estremecimiento que me causan el frío y la humedad, y me deslizo siguiéndolo a través de las penumbras del templo.

Él camina bastante seguro, aunque a mí todo me parecen recovecos y pasillos confusos de piedra entre los que, si estuviera sola, me perdería. Hasta que al fin salimos a una especie de recibidor. Una habitación un poco más iluminada, pues la luz de la tarde entra por las ventanas. Hay unos sillones y una mesa de centro, con tazas, una tetera y otros utensilios de cocina. Huele a hierbas, un olor tan fuerte, que incluso el aroma a frutillas que emana de Haize se difumina.

Él se detiene.

—Humm, deben estar preparando las cosas para la noche. —Pasea la vista por el lugar, como si buscara algo, pero finalmente se encoge de hombros—. Por ahí —dice apuntando una puerta doble de madera que hay en la pared del fondo.

Pero apenas ha dado dos pasos y otra puerta más pequeña, que ni siquiera había visto, se abre. Tres chicas con túnicas azules entran riendo en la habitación. Acarrean guirnaldas de hojas verdes y se tironean las unas a las otras.

—Nirie da!

—Ezetz!

No entiendo nada. Solo sé que cuando levantan los ojos y nos ven, abandonan su pelea por las guirnaldas y se quedan de pie, boquiabiertas. Por un segundo.

Porque al segundo siguiente las tres se arrojan de rodillas al suelo.

Murmuran cosas en euskera, con las frentes pegadas al suelo y las guirnaldas desparramadas debajo de ellas. Y aunque no entiendo

euskera, me queda claro que están disculpándose o suplicando por algo.

¿Qué mierda?

—Arratsalde on, neskak. Zelan? Altxatu, mesedez[35] —Haize levanta las manos, saludando y no parece para nada sorprendido de su actitud—. No arruinéis sus guirnaldas por mí. Y hablad castellano, por favor. Así todo queda entre nosotros.[36]

Las tres siguen murmurando, mientras tratan de sujetar las guirnaldas que cayeron al suelo con ellas. La del medio, que aparenta tener unos veinte años, levanta la cabeza y su rostro está totalmente rojo.

—No sabíamos que usted venía hoy, Aideko.

Me mantengo en silencio, un poco detrás de Haize. ¿En serio estas muchachas están arrodilladas... por él? Me pregunto si estarían haciendo lo mismo si vieran a Mikel. Pensaría que es una locura, pero bueno, la gente demasiado religiosa es rara, y estas chicas prácticamente tienen a un ser divino de su culto frente a ellas. Alguien debería decirles que la mayoría del tiempo es un imbécil.

Aunque me siento aliviada de que solo sean unas chiquillas. Por un momento me aterró que pudieran detenernos justo antes de llegar a la habitación del altar.

—Fue algo sorpresivo —dice Haize y les dedica una sonrisa encantadora—. Insisto, poneos de pie, neskak.

Las tres obedecen, recogiendo las guirnaldas de forma torpe, sin dejar de mirar a Haize. Ni siquiera parecen haberse fijado en mí, que estoy solo un paso más atrás de él. La chica de la izquierda, estira los brazos ofreciéndole una guirnalda y mira el suelo con la cara abochornada.

—Aideko —murmura—, es para ti.

Haize recibe la guirnalda y la sujeta con cuidado en su mano izquierda.

—Muchas gracias, es, uhmmm, encantadora.

La chica enrojece aún más y luego vuelve a observarlo. Sus ojos están brillantes y empiezo a dudar de que su adoración sea religiosa porque no deja de mirarle los brazos donde los tatuajes se enroscan

en sus bíceps.

Pfff, pendeja hipócrita.

—¿Estáis solas? —Haize las observa, manteniendo su sonrisa—, ¿no está su maravillosa maestra por aquí?

—No, Aideko, están en Arimeterria, con nuestro señor —dice la del medio, que parece la menos afectada por la presencia de su semidiós, aunque de todas formas evita mirarlo a los ojos.

—Aideko —murmura la de la derecha, tartamudeando—, Usted... ¿ha venido para participar en la reunión?

Haize parece dudar un momento, pero luego sonríe otra vez.

—Por supuesto que vengo a la reunión.

Las tres inspiran con fuerza y contienen el aliento, emocionadas, sus rostros enrojecidos como fogatas. Miran a Haize como si hubiera dicho algo imposible de concebir.

—Por eso... —continúa Haize—, necesitaré estar un par de horas ahí dentro, ya sabéis —dice, haciendo un gesto con la barbilla hacia las puertas dobles de madera—, sin interrupciones. Preparativos antes del anochecer.

—¿Sin, inte...? —La del medio recién parece notar que estoy presente—. Oh, ¿trajo a esa chica para nuestro señor?

La muchacha me recorre con la mirada y, por la línea que se forma entre sus cejas, creo que acaba de decidir que no sirvo para lo que sea que necesita su señor.

—No parece lista —murmura la otra—, ¿desea que la preparemos para...?

Se interrumpe porque Haize estira su brazo y tira de mi muñeca, apegándome a él.

—Esta chica, no será tocada por Ake —dice, recorriendo a las tres con sus ojos oscuros. La sonrisa se borra. Su voz se vuelve suave y fría como una navaja—. Es mía.

Sus palabras encienden algo dentro de mí. Pero no, no voy a enojarme. Dijo que le siguiera el juego, así que miro el suelo, tratando de contener el calor que siento en el rostro y guardo silencio.

Las chicas murmuran cosas en euskera, agachando sus cabezas.

—Barkatu[37], Aideko —dice titubeante la del medio, pero más que sentirlo, su voz suena decepcionada—. ¿La usará a ella en el ritual, entonces?

Haize suelta una risa, como si no acabara de hablarles como si las fuera a matar, y agita la otra mano.

—No, no, neskak. Ella no tiene idea como tratar a un semidiós, a diferencia de vosotras... No la usaría jamás en algo tan importante como el ritual —dice con voz melosa y cuando inclino el rostro veo la sonrisa maliciosa que les dedica—. Espero seáis vosotras la que me asistáis esta noche.

Y como si nada, ellas vuelven a enrojecer y a asentir alegres. ¿De qué ritual hablan?

—Pero necesito un par de horas solo ahí dentro, sin que nadie me moleste, ¿creéis que podéis encargaros? Esta humana —dice, bajando sus ojos oscuros hacia mí—. Solo es un preparativo.

Okey, ahora sí quiero golpearlo. Pero mantengo la boca cerrada mientras ellas lo miran con una adoración ridícula.

—Ahora, con vuestro permiso... —Haize camina hacia la puerta doble de madera y sin mirarme, tira de mi muñeca—. Por acá, humana.

Estúpido Haize. Si no fuera porque extraño a Mikel y porque sé que está actuando, le enterraría la navaja que llevo. Así que lo sigo sin mirar atrás. Las muchachas se quedan murmurando y él abre las puertas de madera, que crujen como si chillaran. Del otro lado solo se ve oscuridad y, de un tirón de la mano de Haize, nos adentramos en esa oscuridad. Las puertas se cierran por sí solas con un golpe sordo.

No se ve nada. Hasta que Haize chasquea los dedos.

Un montón de antorchas se encienden e iluminan las paredes, el techo y un círculo de piedras pequeñas en el centro. Okey, ya nada de magia me sorprende. En el suelo hay muchos cojines de colores. También telas azules, moradas y rojas, cuelgan adornando las paredes de piedra.

No me cabe ninguna duda. Este lugar... es el altar de Sugaar.

♡♡♡

—¿Qué mierda fue todo eso? —murmuro, mientras Haize se pasea por la habitación del altar, husmeando, como si buscara algo.

No sé si es por las antorchas que iluminan desde las paredes, aunque fuera aún no sea de noche, pero el lugar está tibio. También hay inciensos encendidos en pequeños altares en las esquinas y el olor a yerbas es aún más fuerte que en la habitación anterior. Sin embargo, en vez de ser molesto, me relaja, a pesar de lo estresada que me tiene no saber nada de Mikel.

Haize continúa buscando alguna cosa que desconozco y pisa con cuidado entre los cojines de colores.

—Hmmm, creo que estamos solos. Espero que las viejas esas no lleguen pronto.

Vuelve a las puertas de madera, revisa que estén bien aseguradas y camina hasta mí, muy tranquilo. Como si no estuviéramos a punto de entrar a otro mundo.

—Tenemos al menos una hora antes de que caiga el crepúsculo. No nos molestarán por ahora. Solo ten cuidado —dice, apuntando el círculo formado por pequeñas piedras que hay en el centro de la habitación—, de no pisar el altar.

—Okey, pero te pregunté qué coño fue eso de ahí afuera, Navajita —digo, cruzándome de brazos.

—Shhh. —Haize pasa por mi lado, dejando una estela de olor a frutillas—. No hables tan fuerte, o nos van a descubrir.

Se quita la espada de sombra que llevaba en la espalda y se deja caer sobre los cojines. El humo del incienso se revuelve en el aire a su alrededor, perezoso, enroscándose y alzándose hasta perderse entre las enormes vigas de madera del techo. Haize se recuesta sobre los codos, estira las piernas largas enfundadas en sus pantalones negros y las cruza, mirándome divertido. Me acerco hacia él y me siento a su lado.

—¿Qué van a descubrir? No entiendo ni la mitad de lo que dijiste ahí con esas chicas —susurro.

—Van a descubrir, que no estamos teniendo sexo como ellas piensan —murmura y se inclina hacia mí—. Tal vez podrías hacer

esos ruiditos que haces con Mikel para que piensen que..., ¡ah, tranquila! —Sujeta mi muñeca porque intento darle un golpe directo en su cara idiota de semidiós—. No te enojes, era una broma. Solo les he dicho eso para que no nos molesten.

—Qué enfermo, ¿por qué escuchas lo que hago con Mikel? —susurro enojada, quitando mi mano.

—No es mi culpa. Tengo un oído sobrenatural y tu gimes de forma exagerada. —Haize arquea una ceja y un mechón de pelo negro cae entre sus ojos—. Tendría que estar en Arimeterria para no escucharte. O tal vez aún ahí escucharía...

—¿Por qué les dijiste eso? —Trato de cambio el tema— ¿Por qué mierda creen que estamos teniendo sexo?

Siento el rostro rojo, aunque lo que dijera fuera una mentira. Estúpido Haize. ¿Para qué inventa esas cosas?

—No podía decir que eres la novia de Mikel, irían corriendo a avisarle a Aker —dice el idiota, riéndose despacio—. ¿Cuál es el problema? Para ellas es normal. Solo se mueren de envidia por no ser las que están aquí encerradas conmigo...

Resoplo y Haize sonríe con suficiencia. Creo que prefiero al Haize emo que a este imbécil arrogante. Paseo la mirada por el lugar y empiezo a ponerme ansiosa. Quiero ver a Mikel pronto. En cambio, estoy aquí sentada esperando en compañía de un semidiós delirante, entre un montón de cojines mullidos. Se ven muy cómodos.

—Espera. El rito ese… —Me giro hacia Haize—. ¿Aquí hacen ritos... sexuales?

Él levanta una ceja, como si acabara de preguntar algo obvio.

—Tú qué crees, Cat... ¿Piensas que esas jovencitas estaban emocionadas, porque no sé, íbamos a sentarnos de rodillas a rezar o algo?

Trato de no imaginar las malditas cosas que pasan por mi mente, pero es imposible.

—¿Ya has hecho eso con ellas?

—Bai. No solo con ellas...

—¿Mikel también? —Mi corazón se detiene.

¿Por qué pregunto estas cosas? Afuera el día se vuelve más rojizo. Y aunque por la ventana se ve caer la llovizna, me parece que

la habitación está más calurosa. Me quito la chaqueta de Haize y la dejo a un lado, quedándome solo con la camiseta de manga larga negra.

Haize entorna los ojos oscuros, como si dudara de responder a mi pregunta. Luego los desvía hacia la puerta.

—¿No quieres que te enseñe como usar una pistola?

—¡No pienso...! —Bajo la voz al acordarme que... bueno, que se supone que estamos haciendo otra cosa—. No pienso quedarme sin esa respuesta. Habla. No voy a enojarme por algo que hizo Mikel antes de estar conmigo.

—No lo sé. —Frunce el ceño—. Pareces del tipo celosa, igual que él.

Contengo el aliento, mientras afuera el sol se va acercando al horizonte. Pero aún queda por lo menos media hora. El humo de los inciensos nos rodea y, puede que esté asustada por Mikel, pero necesito saber esto. No es que tengamos otra cosa más que hacer mientras esperamos.

—No soy celosa —Bueno, no tanto—. Solo siento... curiosidad.

Él me mira de nuevo, pensativo. Separa los codos del suelo, se sienta erguido, cruzando las piernas a mi lado. El humo se agita a su alrededor y los tatuajes de sus brazos parecen vivos bajo la luz de las antorchas.

—Vale, sí. Mikel y yo hemos participado de esos rituales. —Se inclina un poco hacia mí y entorna sus ojos negros y rasgados—. Pero no vayas a contarle que te he dicho.

Resoplo. Obvio que no le voy a decir. El problema no es que Mikel sepa, son las imágenes que me estoy haciendo en mi mente.

Basta.

—Habrá sido hace tiempo, supongo... —Comento, mirando los malditos cojines de colores sin poder evitar imaginar a Mikel ahí, recostado sobre ellos y...

—No tanto —murmura Haize con voz suave—. La última vez fue poco antes de que él se fuera a Chile.

Sigo observando los cojines, a pesar de que siento la mirada de Haize sobre mí.

—¿Él y tú...? Quiero decir, sé que fueron novios cuando más

adolescentes pero, en esos rituales...

—¿Quieres saber si follé con Mikel en los akelarres?

Siento que el rostro me arde, mierda. No debería estar pensando en esto en un momento así. ¡Es ese maldito humo! Debo estar drogada. Pero necesito saberlo, no sé por qué. Levanto la mirada y mi estómago se retuerce cuando encuentro los ojos oscuros de Haize fijos en los míos. Su pelo negro reluce con pequeños reflejos rojizos provenientes de las antorchas.

Asiento en silencio. Los labios de Haize se curvan hacia un lado, en una sonrisa sutil y... sensual. Hasta ese estúpido lunar es sensual. Maldición. ¿En serio quiero saber si Mikel tuvo sexo con su ex súper sexy antes de irse a Chile?

—Eres muy morbosa, Cat. —Ladea el rostro, mirándome divertido. Yo guardo silencio, esperando su respuesta—. Te lo diré si tú... —dice y doy un respingo porque levanta su mano y con la punta de su dedo índice, me da un golpecito en la nariz—, me dices dónde te salió la marca de nuestro pacto.

¿Qué? ¡No voy a decirle dónde me salió!

—Está bien —murmuro. Arggg me odio—. Responde y yo te lo digo.

Haize entorna los ojos, suspicaz.

—¿No vas a enojarte? ¿Segura?

El humo de los inciensos flota perezoso alrededor de él. Como si quisiera abrazarlo, tocarlo.

—Eso significa que sí. Estuviste con él.

Mi estómago se aprieta más y mi corazón se acelera. No sé por qué. ¿Qué mierda me pasa?

—Vale, sí. Follé con Mikelatz antes de que se fuera a Chile. —Se inclina hacia mí y un escalofrío me recorre por toda la espalda cuando susurra en mi oído—. Y los ruiditos que hace él... son mejores que los tuyos, Cat.

Su aliento tibio acaricia mi oreja. Su olor a frutillas es intenso, mezclado con el humo. Mi pulso se acelera más al imaginarlo con Mikel.

—Aunque quizás no es tu culpa. —Haize ladea el rostro su nariz roza por un instante mi oreja, haciendo que me cosquillee—. Tal vez,

simplemente es porque yo... lo hago mejor.

Mi vientre arde. Es como si los viera, juntos, aquí. Mi sangre enloquece de solo pensarlo. De imaginarlos sin ropa sobre estos cojines, enredados.

Basta, no. Ay, es que...

—¿Qué pasa, Chilenita? Has dicho que no te ibas a enojar. ¿O tal vez...? —Haize se inclina un poco hacia adelante para mirar mi rostro y, al hacerlo, el humo que nos rodea se remueve—. Ah, ¿puede ser que lo roja que estás no sea enojo?

Giro mi rostro hacia el suyo y una punzada me recorre el pecho, las tripas. Miro sus ojos oscuros que chispean divertidos, a pocos centímetros.

—No...

—Te dije que tengo muy buen oído, Cat. —Los labios de Haize se estiran hacia un lado en una sonrisa—. Tanto, que escucho tu corazón acelerado. ¿Alguien tiene pensamientos sucios imaginándome con su novio?

Es cierto que mi corazón está comportándose de forma estúpida, pero debe ser este humo de mierda. Es cierto que siento un calor terrible por dentro, pero debe ser porque la habitación está sofocante. No es por imaginarlo a él con Mikel, ¿o sí? Eso no tiene sentido, especialmente porque otras veces lo único que siento por Haize es... celos. Celos de que sea un semidiós y vaya a estar toda la eternidad con Mikel. ¿Cómo me va a gustar imaginarlos juntos?

—¿Y bien, Chilenita? —dice Haize, se inclina más hacia mí, toma un mechón de mi pelo y lo desliza entre sus dedos, mirando mi cuello—. ¿Dónde está tu marca?

No pienso decirle.

—Te lo diré después —Empujo su pecho con las manos y él retrocede—. Y estás equivocado, sí estoy molesta. —Inspiro y suelto el aliento, tratando de que mi corazón se calme—. Mikel y tú me mintieron. Dijeron que eran amigos.

Haize sonríe, con esas sonrisas de semidioses que deberían estar prohibidas.

—No son cosas excluyentes. Te dije que *la mayor parte del tiempo* éramos amigos.

¿Cómo que no es excluyente?

—¿Y Trineded? —digo recordando el beso apasionado que se dieron—. ¿Esa chica no es tu novia?

Haize se ríe fuerte y luego se reprime y mira hacia afuera, como recordando que se supone que estamos en otra cosa.

—¿Novio de Trineded? Ella es un alma libre como el viento. Igual que yo.

Entonces esta vez sonrío yo.

—O sea, no quiere ser tu novia.

Haize resopla, haciendo que el mechón de pelo negro de su frente se agite.

—Qué va. Estamos bien así, como amigos.

—Eso no son amigos...

—Claro que lo son. Muy buenos amigos. —Haize ladea el rostro y vuelve a sonreír, de forma perversa—. Es mi amiga, Mikel también ¿Cuál es el problema? En todo caso, prefiero a Mikel. Aunque tampoco es que tenga que elegir. No tengo un compromiso con ninguno de ellos... Eres muy cuadrada, Cat.

—No soy cuadrada. Solo somos distintos —digo molesta. Y no sé por qué me siento molesta—. Yo jamás haría esas cosas con mis amigos.

Haize pestañea, sus ojos rasgados y adormilados con una chispa de curiosidad en ellos.

—¿Por qué no?

—¡Porque son amigos!

¿Y si me parece mal, por qué sentí tanto calor solo de imaginar a mi semi divino novio con mi nuevo semi divino amigo? Tengo un problema.

—Vale, estoy bromeando, sí sé a lo que te refieres. De los amigos aburridos —dice agitando una mano—. También sé tener de esos. —Me da un empujoncito en la pierna con su rodilla, riéndose—. Como tú. A ti nunca te vería de esa forma.

Las gotas de lluvia hacen ruido en el techo de madera.

—¿Por qué no? —La pregunta se me escapa antes de pensarlo. Haize arquea una ceja—. Me refiero, a cuál es la diferencia....

Inspiro y aguanto el aire, odiándome por haber preguntado eso.

—¿La diferencia? —Me mira con curiosidad—. Es obvio. Eres la chica de Mikel. ¿Cuál más iba a ser?

Vale, ahora me siento mejor. Por un momento pensé, no sé, que no le gustaban bajitas.

La lluvia se hace más fuerte y vuelvo a ponerme la chaqueta de Haize porque empiezo a sentir frío otra vez. Él mira hacia la ventana y su perfil se recorta contra la luz de las antorchas. Su frente recta, su nariz firme, ligeramente respingada en la punta. Lo que dije antes es cierto. Ese tonto lunar que le apareció junto a la boca solo hace que se vea mejor.

—Haize, yo... —Bajo la mirada hacia mis manos. Maldición, odio reconocer esto. Pero inspiro y lo digo—. A veces tengo celos de ti.

Ay, que tonta me siento al decir esto. Aunque es un alivio soltarlo.

—¿Celos? No entiendo, explícate. Dijiste que no ibas a enojarte por algo que ocurrió antes. No he vuelto a estar con él. Desde esa vez que...

—No me refiero a eso. —Levanto los ojos otra vez y miro los suyos. Ya no se está riendo, parece preocupado por lo que estoy diciendo—. Me refiero al futuro. Es que incluso si ahora lo traemos de regreso, algún día será un dios. Y tú también. En cambio, yo, solo soy mortal. Sé que lo que estoy diciendo es tonto, pero... —Inspiro y suelto el aire con brusquedad. Pensar esto me regresa la pena de no estar con Mikel y no quiero ponerme sensible ahora, pero no puedo evitarlo—. Siento celos porque es obvio que Mikel te quiere. Eres lindo, eres su ex y según lo que dices... no eran *solo* amigos. ¿Algún día estarás con él de nuevo, verdad? —Sostengo su mirada —. Y va a ser para siempre. ¿Cómo no voy a sentir celos de ti? Yo...

Guardo silencio. No sigo hablando. Se me aprieta el pecho. No quería pensar en estas cosas, pero fue inevitable. Tal vez sea cierto que para Haize, ahora, lo suyo con Mikel sea una amistad con algo más. Pero algún día, ¿volverá a ser otra cosa más profunda? Y yo ni siquiera estaré viva.

Bajo la mirada, porque me escuecen los ojos y no quiero llorar de nuevo. Ya he llorado mucho hoy. Parezco una tonta.

—Cat... —La voz de Haize es apenas un susurro—. Oye, no tienes idea la estupidez que estás diciendo.

Aprieto los labios, pero no replico. Haize se acerca más a mí.

—Oye, mírame. —Con cuidado, aparta el pelo que cae sobre mi frente y lo acomoda detrás de mi oreja—. ¿Por qué piensas en eso? Pueden pasar muchas cosas de aquí a muchos años. Yo solo tengo veintidós, ni siquiera sé si seré un dios algún día. Y Mikel aún no es un dios.

—¿Cómo lo sabes? ¿Que no se ha convertido en un dios, mientras hemos estado esperando para entrar en Arimeterria?

Por favor, que aún no sea tarde. Que aún no sea un dios.

—Yo lo sabría. Mi ama está allá, me lo habría hecho saber. —Haize me sonríe—. Te aseguro que sigue siendo humano. Sugaar no puede obligarlo y Mikel no cambiará de opinión.

Bajo la mirada de nuevo, insegura. ¿Y si está dudando? ¿Y si al entrar en ese mundo, donde todo es maravilloso, se da cuenta de que es una estupidez retrasar las cosas por... mí? Aunque no lo hace solo por su relación conmigo, sé que es la principal razón. Y tal vez, al estar entre dioses se dé cuenta de que...

—Cat... —Haize pasa su brazo por alrededor de mis hombros y me estrecha contra él—. Mikel no va a cambiar de opinión, te lo aseguro. No te pongas triste.

—Tal vez ahora que está ahí...

—¿Eres tonta, Chilenita? —Haize se ríe—. ¿Cómo puedes tener celos de mí? ¿Has visto cómo Mikel te mira *a ti*?

Levanto los ojos hacia él. No parece estar burlándose.

—Además, Atarrabi dijo que el deseo se cumplió. —Haize me dedica una sonrisa cariñosa—. ¿No pediste un deseo de amor, acaso? Eso solo significa que él también te ama de verdad ¿Lo ves? No va a cambiar de opinión.

—¿En serio piensas eso?

Haize asiente. Sus ojos se suavizan un momento.

—Pienso que si lo hiciera... sería un estúpido.

La sonrisa de Haize me tranquiliza. Sus brazos alrededor de mi cuerpo hacen que me sienta más segura. Y lo que dice...

—Estás equivocado, Aideko —dice una voz femenina y rasposa, detrás de nosotros.

Siento la tensión en el cuerpo de Haize, en los brazos con los que

me rodea. Sin embargo, no se levanta. Simplemente gira lentamente su rostro hacia las sombras, donde no hay nada, pero luego sí. Como si hubiera que fijar bien la vista para notar su silueta. Hasta que da un paso, y la luz de las antorchas la ilumina más. Una mujer. Alta, de cabello negro y largo, vestida con una túnica suelta, también negra. No podría definir su edad. Podría tener sesenta años, o cuarenta. Su piel es blanca, demasiado blanca. Sus ojos... no estoy segura. Lo que sea esta mujer, hace que me estremezca.

—Arratsalde on, Zuria[38] —dice Haize, con veloz suave y melosa —. Aspaldiko[39].

Se aparta lentamente de mí y se pone de pie, tranquilo, girándose hacia la mujer. A pesar de su aparente calma, cuando se levanta, recoge la espada de Sombra del suelo. Yo también me levanto y me quedó al lado de él. La mujer da otro paso hacia nosotros y la luz de las antorchas se vuelve por un momento más potente. Detrás de ella, más allá de la ventana, el cielo se torna de un rojo profundo.

—No me interesan tus palabras vacías, Aideko, a diferencia de las necias de mis pupilas —La mujer sonríe y da un par de pasos, manteniéndose siempre al otro lado del círculo.

Me pone nerviosa que hable en castellano. Ya me he dado cuenta de que si la gente de aquí habla en castellano es porque quieren que yo entienda. Y algo en esta mujer me hace sentir… que mejor sería que me ignorara. No me gusta.

—¿Y en qué se supone que estoy equivocado? —Haize mueve un poco los dedos de la mano libre que tiene relajada junto a su muslo. Entiendo la seña, me acerco y tomo su mano, sin quitar los ojos de la mujer—. ¿Escuchaste toda nuestra conversación? No me extraña. Siempre te ha gustado... mirar.

Ella sonríe y nos observa divertida.

—¿No hablabais acaso de amor? —La mujer ladea el rostro y posa sus ojos en mí—. Sé que eres la novia de Mikelatz. Y puedo asegurarte, Catalina Arrieta, no tienes idea lo que es el amor.

Haize aprieta mi mano. Mi corazón se acelera. No sé qué tiene esta mujer que me provoca tanto miedo. Algo en ella me estremece. No es su voz áspera, ni la forma en que su túnica negra se agita

como las sombras con cada paso que da. No sé lo que es, pero siento la necesidad de salir corriendo.

Y lo peor de todo son sus palabras. Las pronuncia como si estuviera diciendo la absoluta verdad. Así se siente. Como si no hubiera nada cuestionable en ellas.

Pero Haize la cuestiona.

—Atarrabi no puede mentir —dice, observando a la mujer—. Dijo que el deseo de Catalina se cumplió. Y era un deseo de amor por lo que...

Se interrumpe porque la mujer suelta una carcajada.

—¿Un deseo de amor? —Zuria vuelve a reírse y nos observa como si fuéramos idiotas—. ¿Crees que Sugaar concedería un deseo de amor? —Niega con la cabeza—. Sois muy graciosos. Casi tiernos. Ahora comprendo por qué él se ha estado divirtiendo tanto con vosotros... Ese no era un deseo de amor. Y puede que no sepas nada de amor, Catalina. —La mujer me sonríe, con una boca amplia —. Pero eres una chica valiente, te reconozco eso. Por eso tu deseo se cumplió.

Lo que dice me perturba. No sé qué es, pero... mierda. Es como si mi cuerpo lo supiera. No. Como si mi alma lo supiera. Lo que ella está diciendo es...

—Hostias, Zer nahi duzu, Zuria[40]? Pudiste interrumpirnos antes —Haize resopla—. ¿Tan aburrida estás?

—Soy una Sorgina, Aideko. Tal vez no lo entiendas, porque eres un hombre. —La mujer ladea el rostro, mirándome—. Pero ella lleva nuestra sangre. Por eso pudo tener un trato con Sugaar. Por eso puede... tener un trato contigo. Y por eso estoy intentando hablar con ella antes que llegue mi señor.

—¿Para qué? —Las palabras escapan de mi boca y Haize aprieta más mi mano.

—Para que mañana puedas entender, Catalina.

Se escucha un golpe en la puerta. Afuera, la voz de un hombre retumba con fuerza, abriéndose paso entre el ruido de la lluvia.

—¿Aideko, ahí dentro? ¿Qué tenéis en la cabeza vosotras?

Al otro lado de la ventana, el cielo ya no es rojo, es de un violeta

intenso, casi morado. Haize da un tirón a mi mano, me apega a él y rodea mi cintura con su brazo.

—Uh, fin de la charla. Agárrate bien, Cat —murmura, inclinándose hacia mí—, voy a tener que soltarte. Por nada del mundo te sueltes tú de mí.

Ay, no. La puerta se zamarrea como si intentaran forzarla y Haize me suelta. Yo rodeo con fuerza su cintura y él toma la espada de Sombra con las dos manos, aferrándola de la funda negra.

—Envíale saludos a Ake de mi parte. —Haize le dedica una sonrisa forzada—. No puedo quedarme a ese fascinante ritual, barkatu[41]. —Los músculos de sus brazos se tensan y separa las manos, desenfundando la espada de un tirón.

La mujer retrocede un paso y de pronto un frío terrible nos rodea. Un frío que se me mete en los huesos. Los golpes en la puerta son ahogados por un rugido que viene de todos lados. Tentáculos de oscuridad salen furiosos de la funda de la espada, agitándose y enroscándose entre ellos, mientras el filo negro parece absorber toda la luz del lugar. El rugido de un viento ensordecedor invade la sala. La puerta se abre de par en par y los seguros de metal saltan lejos, pero no alcanzo a ver quién ingresa, porque las sombras de la maldita espada se enroscan a nuestro alrededor. ¡Quiere tragarnos! ¡Va a tragarnos!

Haize da un paso y chillo porque de un segundo a otro él y yo estamos dentro del círculo de piedra.

El movimiento me hace tropezar, pero mantengo abrazada a él, aterrada de las sombras que giran como locas por todos lados. Apenas nuestros pies tocan el interior del círculo, las sombras empiezan a girar más rápido, a envolvernos, como si fueran un torbellino, un huracán. Suelto un alarido, el huracán me aplasta, me traga, me traga. O me estira, me expande. Una presión enloquecedora alrededor de mi cuerpo y dentro de mi cuerpo.

Casi pierdo el agarre de Haize. Casi. Casi me separo de él, pero su brazo me rodea otra vez, apretándome contra su cuerpo.

Y de pronto. Nada. Solo oscuridad. Vacío y...

70 Dioses, parte 3

Por un instante, solo hay oscuridad. Luego, abro los ojos y entre el huracán de oscuridad, reconozco el paisaje de Arimeterria. La fuerza de las sombras presiona contra nosotros un momento más, demasiado fuerte incluso para mí. Es como si los tentáculos negros quisieran tragarnos, llevarnos a un lugar aún más lejano que Arimeterria. Inspiro, reúno mi fuerza de voluntad, suelto a Catalina y enfundo la espada, mientras ella sigue abrazada a mí con todas sus fuerzas. Joder, que aguante tiene esta chavala.

Las sombras se esfuman y Catalina respira agitada, con el rostro hundido en mi pecho, aferrada a mi cintura. Paseo la mirada por el lugar, reconociendo el paisaje que mi madre me ha descrito muchas veces.

—¡Conchasumadre! —Se aparta un poco, temblorosa. Tiene el pelo castaño revuelto y se pasa una mano, despejando su frente, mientras mira a nuestro alrededor—. De verdad es otro mundo —murmura—, mierda, estamos en otro mundo.

Me causa gracia su asombro, aunque también es primera vez que yo estoy aquí. Pero a diferencia suya, yo he oído hablar de este lugar muchas veces, desde que soy un niño. Ya sabía que el cielo era de un azul oscuro la mayor parte del tiempo, en el que jamás se ve el sol. Aunque su aspecto cambia a diurno o nocturno sin lógica alguna, volviéndose a veces una noche estrellada, o de un azul más claro. También sabía de sus árboles negros, más antiguos que la existencia de los propios dioses. Ya me habían hablado de como sus copas se mecen, balanceando las hojas negras, aunque no haya viento alguno.

Y también sé que debemos caminar directo hacia el templo, sin distraernos con las locuras que pueden haber en este lugar. Templo cuya parte más alta sobresale más allá del bosque oscuro que tenemos frente a nosotros.

No debemos confiarnos. Cosas muy antiguas deambulan por estas tierras, en el límite del mundo de las almas.

—¿Estás bien, Cat?

Ella asiente, sin dejar de mirar a todos lados.

—Este lugar —murmura—. Es como un sueño. —Se mira las manos y luego estira una y pasa sus dedos por el dorso de mi antebrazo, como si quisiera saber si soy real—. Se siente... extraño.

—¿Ah, sí? Yo me siento igual.

Tal vez sea porque ella es completamente humana. En teoría, no debería estar aquí. Alza sus ojos hacia los míos y algo se contrae en mi estómago. Hay cierto brillo en ellos, como... una duda. Una duda de verdad. Como si...

—¿Estás seguro que no estamos soñando? —su voz suena débil, confundida.

Mierda, empiezo a preocuparme. Ahora que estamos aquí no podemos retrasarnos, porque ahora el tiempo está transcurriendo igual para Mikel y para nosotros.

Doy un paso y tomo su rostro entre mis manos.

—Cat, mírame. —Ella clava sus ojos color miel en los míos y pestañea varias veces—. Esto no es ningún sueño. Entramos con la espada de Sombra, estamos en Arimeterria. Todo es muy real. ¿Vale?

—Me siento extraña. Como en un sueño —murmura, observándome insegura.

Coño, ¿qué hago? Por un momento, ella desvía la mirada hacia a nuestro alrededor otra vez, como si estuviera desorientada. Me preocupa que este lugar confunda su mente.

—Cat, mírame —repito—, ¿recuerdas nuestro pacto? —Tomo su mano y la pongo en mi mejilla, sobre la marca de mierda que me apareció—. Por tu culpa tengo este lunar horrible.

—No es horrible —dice riéndose y mirándome otra vez. Parece más despierta—. Es mejor que el que...

Guarda silencio, como arrepentida de lo que iba a decir. De pronto, parece más consciente de sí misma.

—Ajá, ya me dirás qué marca tienes tú. Pero ahora, esto es real, Cat. No es ningún sueño —Sujeto su mano, que está fría sobre mi mejilla—. ¿Confías en mí?

Ella me observa un momento y luego asiente. Siento un alivio enorme en el pecho solo por ese gesto.

—Esto no es un sueño, Cat. No hagas estupideces, ¿sí? Si en

algún momento dudas que todo sea real... confía en mí. Sígueme, hazme caso. Yo soy real —Aprieto su mano—. Mikel es real, y nos está esperando, ¿vale?

La mención de Mikel hace chispear sus ojos.

—Aunque te parezca un sueño, si te ocurre algo en este mundo —murmuro, tomando otra vez su rostro con las dos manos—, te ocurrirá definitivamente. Si te mueres acá, no volverás al mundo mortal, ¿te queda claro?

Ella asiente de nuevo, pero no parece sobresaltarse ni lo más mínimo por la mención a la posibilidad de morir, lo que es preocupante.

—El peligro es real —digo, mirando sus ojos—. Cuando me enfrente a los guardias, que probablemente van a disparar, necesito que te arrojes al suelo y no te vayas a mover de ahí. Y si puedes mirar a otro lado, mejor.

Ella frunce el ceño.

—¿Ellos también se van a morir de verdad? ¿Son personas... mortales?

Hmmm, creo que en cierto sentido me preocupaba que presenciara el momento en que yo tenga que luchar. Pero ahora me preocupa más que no se tome esto como real y su curiosidad la ponga en peligro.

—Trataré de... Haré lo posible por no hacer mucho daño, ¿vale? Pero vine aquí por Mikel. No voy a arruinar la oportunidad de acercarme a él porque te asuste mirar un poco de sangre. Cierra los ojos y no quiero ver tu cabeza despegada del suelo. ¿Está claro?

Asiente de nuevo y yo suelto su rostro, aunque su actitud no me deja tranquilo. Antes, estaba emocionado por algo de combate. Pero ahora, la excitación de enfrentarme a alguien se ve ligeramente opacada por esto, pero... No pienso contenerme.

—Vamos. —Tomo su mano y tiro de ella para internarnos entre los árboles negros de Arimeterria—. Ni se te ocurra alejarte de mí.

—Claro que no, Navajita.

El ligero sarcasmo hace que me sienta más tranquilo, porque sigue siendo ella, a pesar de su estado de ligera confusión. Aun así, cuando nuestros pies pisan el suelo húmedo y esponjoso del bosque

negro, no la suelto.

Salvo que ocurra algo muy malo... no la pienso soltar.

Mikel va a matarme si la pierdo en este lugar.

♡ Catalina ♡

Estoy asustada. Asustada y maravillada. ¿Cómo puedo tener tantos sentimientos distintos en un instante? Este lugar me confunde, es como si todo pudiera desmoronarse a mi alrededor en cualquier momento y fuera a despertar de un sueño.

Y a la vez... se siente real. La mano tibia de Haize aferrando la mía se siente real. El aroma a frutillas que deja en el aire seco, también. Y las palabras de esa bruja en el mundo mortal, aún resuenan en mi mente. Demasiado real.

Ese no era un deseo de amor.

Reprimo un escalofrío y camino un poco detrás de Haize. ¿Qué quiso decir esa mujer? ¡Claro que era un deseo de amor! Aunque yo creía que amaba a Sebastián. Pero de quien me enamoré fue de Mikel. Pensar en él me hace seguir adelante en este mundo tan extraño, que, en cada paso que doy, susurra cosas en el aire. Cosas que no entiendo. Tal vez solo es el sonido de las hojas de los árboles. Tal vez no.

No debería tener miedo, siempre quise conocer otro mundo, como en los libros de fantasía que leo. Es más, no estaría asustada si no fuera porque no puedo dejar de pensar en Mikel, en si se convirtió ya en un dios, en si lo volveré a ver.

Se escucha un crujido cuando piso una rama seca de este bosque oscuro.

—¿Estás bien, Cat? ¿Tienes frío? —Haize me mira por sobre su hombro, tirando de mi mano.

—No. Aquí no hay viento.

—Un lugar horrible —dice él, con una media sonrisa.

El bosque es más grande de lo que parecía. Una vez dentro, ya no vemos el templo. Ni siquiera se escuchan nuestros propios pasos. No crujen las hojas que pisamos. Solo puede oírse el murmullo de las copas de los árboles que se mecen sin viento. El bosque se traga los

sonidos.

—¿Seguro que no estái perdido, Haize?

—Segurísimo. Percibo la presencia de Mikel. Y la de otros dioses. Mi ama, Sugaar, Atarrabi también. Y creo que la otra es esa diosa mapuche que se trajo de turismo desde Chile. —Baja la vista hacia mí y sonríe—. Mikel no se ha convertido en un dios, su presencia no ha cambiado.

Qué alivio. Ahora que estamos acá, el miedo de perderlo es peor. Porque la ilusión de volver a estar con él es mayor. Tengo esperanzas de nuevo. No lo veo solamente desde hace unas horas, pero se me ha hecho un día muy largo. Demasiado largo. Y nuestro último encuentro... Si cierro los ojos todavía puedo sentir su piel caliente contra la mía, su respiración en mi cuello. Su olor a guindas, sus ojos azules mirándome.

Puedo sentir... un maullido.

—¿Qué es eso? —Me detengo, mirando entre los árboles y Haize me espera—. Estoy segura de que escuché algo por allá —digo, apuntando hacia mi lado derecho, entre los troncos negros.

Los árboles de este lugar son muy raros. Además de negros, algunos de sus troncos resplandecen como si fueran de cristal oscuro. Como obsidiana, eso.

Haize frunce el ceño.

—No oigo nada.

Ahí está otra vez. Un maullido débil y agudo.

—Escucho llorar un gatito bebe.

Y si se oye a pesar de que casi ningún sonido sobrevive en este bosque, es que debe estar maullando muy fuerte. Haize mira en la dirección que íbamos, como si quisiera retomar el camino. Pero justo cuando va a dar un paso, se oye un susurro de hojas entre las ramas a la derecha y el maullido otra vez.

—¡Ahí!

Un par de ojos violetas y brillantes se dejan ver entre el follaje. Suelto la mano de Haize y corro hacia el árbol donde se ven los ojos. Haize maldice y me sigue, manteniéndose casi pegado a mi espalda. Me detengo frente al árbol y se vuelve a escuchar el maullido. Haize alza el rostro hacia las ramas y se aparta un mechón de cabello

negro que cae entre sus ojos.

—Es raro que yo no lo haya escuchado antes —murmura.

Un gatito se asoma.

Y es la cosa más hermosa que he visto jamás. ¡Ayyy! ¡Es pequeñísimo! Es poco más grande que la palma de mi mano y tiene un pelaje desordenado y de un color asombroso: Negro y morado, como si transicionara entre un color y otro con cada movimiento.

El gatito nos mira y vuelve a maullar, asomándose más por la rama, una bien alta. Camina por ella y hace movimientos como si tratara de bajar, pero no se atreviera. Cada vez que escudriña hacia abajo vuelve a soltar un maullido asustado.

Doy un paso hacia él, pero no tiene sentido. Está demasiado arriba. Ni siquiera Haize, que es alto, estirando su brazo podría llegar hasta ahí.

—¿No puedes bajarlo?

Solo ver al pobre gatito ahí arriba me marea. Aunque en realidad, todo este lugar me marea. Es como si cada cosa pudiera desaparecer de su sitio y estar en otro lugar cuando vuelva a mirar. Como un sueño.

Pero incluso si es un sueño, hay que bajar al gatito de ahí.

—No creo que sea buena idea... —Haize observa el gato con el ceño fruncido—. Podría ser un gato peli... —Se interrumpe, porque el gato clava sus ojos violetas en él y vuelve a maullar. La mirada de Haize se suaviza—. Vale. Hay que bajarlo, pobrecillo.

Okey, eso fue fácil. Pero así son los sueños. Haize suelta mi mano y camina hacia el árbol, se afirma a una rama que está a su alcance, pero cuando intenta apoyar el pie y empuja para impulsarse, resbala.

—Coño, es resbaloso. —Vuelve a intentarlo, pero su zapatilla se desliza como si el tronco del árbol fuera de jabón, aun cuando parece tener rugosidades.

Me acerco y estiro mis dedos hacia el tronco. Al tocarlo, me doy cuenta de que es una mentira. No hay rugosidad alguna. No solo parece un cristal, sino que las arrugas del tronco solo son dibujos. Es tan liso como un vidrio. Por un momento, una sensación de imposibilidad me invade. Como si mi mente fuera incapaz de creer

en este lugar.

Pero trato de no pensar en eso, para no sentirme mareada otra vez y porque Mikel nos está esperando. Si vamos a ayudar a este gato, hay que hacerlo rápido.

—¿No lo alcanzas saltando?

—Ni de coña. Hay más de tres metros. Puedo hacerme más veloz, y eso me da algo más de altura, pero no es que pueda saltar como si fuera un jodido ninja de Naruto. —Estira ambas manos hacia el gato, que se acerca, pero no se atreve a lanzarse. Haize da unos brincos, intentando llegar, y la colita de pelo negro se agita en la parte alta de su nuca. Pero cuando está en lo más arriba de sus saltos, aún quedan al menos tres cabezas de altura para llegar a la rama—. Imposible.

—Súbeme.

—Cat, no tenemos tiempo para... —Comienza a decir, pero el gatito vuelve a maullar. Haize se gira hacia él—. ¡Vale, vale! Este gato es raro. Juro que me está hablando.

—Con mayor razón. ¡Dale! —Me acerco hacia Haize—. ¡Súbeme!

—Venga, te subo. —Flecta una pierna y apoya la rodilla en el suelo—. Pero no te hagas ideas raras, Chilenita —dice con una sonrisa idiota.

Ignoro su comentario tonto. Ahora está a una altura suficientemente baja para que yo me encarame sobre él. Me afirmo de sus hombros y paso una pierna por arriba de uno, y luego del otro, hasta que quedo sentada sobre ellos. Haize se levanta y me sujeta de las piernas para que no me caiga. ¡Mierda que nervio estar tan alto! ¿Así ve el mundo la gente alta? Se me acelera el corazón. Los dedos de Haize aprietan bien firmes mis muslos.

—¡Quédate quieto! ¡No me toquetees tanto!

—¿Segura? —dice soltando mis piernas.

Lanzo un chillido mientras caigo hacia atrás, desequilibrada. Por instinto, me agarro de su pelo y ahora quien suelta un alarido es él. Vuelve a sujetarme de las piernas antes de que caiga y maldice en euskera.

—¡No seas idiota! —Respiro agitada—. ¡No me sueltes!

Haize se ríe y su carcajada es todo lo que se escucha en este

bosque silencioso. Se acerca al árbol de nuevo. Siento el corazón acelerado por mi *casi* caída de los *casi* dos metros de altura que hay desde arriba de sus hombros.

—Igual puedes tirar de mi pelo de nuevo, si quieres —dice riéndose y se detiene debajo de la rama donde está el gato.

—En tus sueños, weón raro.

Levanto mis brazos hacia la rama. El gatito nos observa. Mis manos llegan justo debajo de él. Las olisquea un momento y toca uno de mis dedos con una de sus patitas, pero no parece seguro de si dejarse tomar. Estoy a punto de intentar afirmarlo, pero Haize gira su rostro, y como su cabeza está entre mis piernas, su nariz roza el interior de mis muslos.

—¡Qué haces! ¡Haize, No me distraigas!

Aunque estoy con pantalones, son de esa cuerina muy delgada y ajustada y me siento como si no llevara una mierda.

—Me preguntaba si esa marca te salió por aquí —dice, mirando el interior de mis muslos con una sonrisa maliciosa en el rostro—, tal vez por eso no me quieres decir.

—Haize, no seas enfer... ¡Aaah!

El gato se lanza como un demente sobre mí. Sus garritas se aferran a mi camiseta y me balanceo hacia atrás otra vez. Me sujeto fuerte del pelo de Haize.

—¡Hostia puta! —Él se tambalea, pero se mantiene en pie, mientras el gato maúlla histérico, tratando de agarrarse a mi pecho.

—¡Lo tengo, lo tengo! —Afirmo al gatito con ambas manos y él, o ella, parece calmarse. Sus maullidos disminuyen y se queda muy quieto.

Respiro agitada, mientras Haize me afirma de las piernas sobre sus hombros. El gato levanta su carita hacia mí. Sus ojos violetas y brillantes se clavan en los míos, muy abiertos y asustados. Los árboles negros susurran a nuestro alrededor. Una corriente eléctrica me recorre, una emoción. No sé qué está pasando, qué es esto, pero una conexión se forma entre las dos.

—Miau —dice la gatita.

Y mi corazón se llena de calor.

Haize

Ya está, tenemos al gato, estamos al borde del bosque, ocultos entre los árboles, y el templo se alza a unos metros de distancia, recortándose contra este cielo crepuscular eterno. No sé en qué momento tener al gato se volvió en un objetivo, pero... el asunto es que lo tenemos.

Y no sé por qué coño eso es importante. Este gato es raro, estoy seguro de que algo maligno hace con nuestras mentes para que estemos preocupados de él. Catalina lo lleva muy abrazado contra su pecho, como si fuera un tesoro.

Vale, ella asegura que es una gata. La gata alza la mirada hacia mí, acurrucada entre los brazos de Catalina y pestañea. Aww, en realidad no creo que sea maligna. Seguro solo nos importa porque es tierna.

Hostias, ¿por qué estoy pensando en esto? No es momento de preocuparse de la gata, tenemos que entrar en el templo. Ocultos entre los arbustos, reviso mis armas una vez más. La espada de sombra, firme a mi espalda. Las pistolas sin los seguros.

Lo único que falta es...

—Cat —susurro, agachándome junto a ella—, necesito que me pongas atención.

—Déjame adivinar —dice, alzando sus ojos hacia mí—. ¿No entrometerme, quedarme callada? ¿También vas a tratarme como una humana insignificante frente a los guardias del templo? ¿Vas a ofrecerles sexo como a las chicas raras esas?

—¿Qué? No. Voy a matarlos.

Catalina da un respingo y mira hacia la entrada del templo, donde hay cuatro guardias vestidos de gris, muy quietos, mirando alrededor.

—¿Vas a matarlos? ¿A los cuatro?

—En realidad hay siete —susurro, apuntando con mi mano hacia los pilares laterales—. Hay dos escondidos ahí, y otro en las sombras de la puerta.

Percibo sus presencias, su aroma en el aire. La conocida emoción que me siento siempre antes de una pelea se empieza a formar en

mi estómago.

—¿Son humanos?

—Según mi aita, sí.

—Y vas a matarlos para que podamos entrar.

Bajo la vista hacia ella y la encuentro mirando con recelo a los guardias. Tiene el pelo desordenado y algunas ramitas del bosque se le han quedado enredadas ahí. Con cuidado, se las quito y las arrojo al suelo. Ella se deja. La gata está feliz ronroneando entre sus brazos.

—¿Quieres ver a Mikel de nuevo, Cat?

Ella aprieta los labios.

—Sí, pero no por eso va a morir gente... —Me mira otra vez—. ¿Se van a morir de verdad? ¿En el otro lado? ¿O...?

—Cat. —Apoyo una rodilla sobre la tierra y la sujeto de los hombros para que me mire—. Esto *es real*. Quítate esa idea de lo que aquí ocurra no es real, ¿vale? Si se mueren acá, se mueren. Y tú también, entiende eso.

Joder, estaba súper emocionado por luchar, pero el estado de esta chica me preocupa. Sus constantes comentarios sobre que este lugar no es real, o que parece un sueño puede meternos en un problema. En los sueños, la gente hace cosas muy estúpidas.

—Está bien, pero...

—Venga, trataré de no matarlos, ¿vale? Pero promete que te mantendrás alejada de este combate.

Ella asiente en silencio, afirmando bien a la gata.

—Si alguien viene por ti, grita —añado, mirándola y tratando de pensar qué más puede faltar. Ella está muy atenta a lo que digo, con el cabello desordenado alrededor de su rostro—. Ah, ya sé. —Saco una goma de mi bolsillo, de las que uso para amarrarme el pelo y me inclino hacia ella. Tomo sus largos mechones castaños y se lo amarro también detrás de la cabeza—. Ahora sí.

—Eskerrik asko —dice, sonriéndome.

Qué maja. La observo un momento, inseguro, aunque no tengo idea por qué. Me pone nervioso. No estoy acostumbrado a luchar con alguien a cargo, y que además no sepa defenderse.

—Recuerda, apenas yo saque mis armas —digo, mirándola a los

ojos—. Te lanzas al suelo. Y si alguien se te acerca, entiérrale esa navaja donde puedas. —Le doy un golpe con el dedo a la navaja que lleva en la correa del muslo—. No lo dudes, ni un instante.

Ella asiente de nuevo. Comienzo a levantarme del suelo, pero Cat me sujeta de la muñeca. Me giro hacia ella, que me mira preocupada, sin soltar a la gata. Estoy por abrir la boca para repetirle que trataré de no matar a los guardias, pero ella habla primero.

—Ten cuidado —murmura, apretando mi muñeca.

Sonrío. Que tierno que se preocupe por mí, un semidiós poderoso. Es casi tan tierna como la gata.

—Solo quédate escondida —digo y apoyo mi mano en la parte de arriba de su cabeza—. Será rápido.

Me levanto, aún oculto entre los árboles y cierro los ojos un momento, concentrándome para sentir una vez más las presencias de los guardias. Sí, estoy seguro de que solo hay siete. Debería poder con ellos.

Doy un paso hacia el templo, abandonado las sombras del bosque y dos de los guardias se giran hacia mí. La emoción se revuelve en mi interior. Al fin voy a pelear después de mucho tiempo.

Sus ojos se abren en reconocimiento.

Por supuesto, saben quién soy.

♡ Catalina ♡

Sí, ya sé que este lugar es raro. Se siente como un sueño, como si nada fuera real. Y a pesar de eso, incluso dudando de la realidad, mi estómago se retuerce de nervios en el momento que Haize sale de entre los árboles para enfrentar a los guardias. Camina hacia las puertas de madera, sus piernas largas enfundadas en los pantalones negros, con una pistola en cada muslo y otra en el cinturón. La espada de sombra cruzada a su espalda, sobre la camiseta verde oscuro, sin mangas y ceñida a su cuerpo. Cuando levanta una mano, saludando a los guardias como si fueran amigos, los tatuajes se mueven junto con los músculos de sus brazos.

Ay, ¿por qué tiene que ir tan tranquilo? Dijo que eran siete y

aunque sea un semidiós, eso me parece mucho para una sola persona.

Pero él sabe lo que hace, ¿o no? Manteniéndome dentro del bosque y sin soltar a la pequeña gatita, me arrastro gateando entre los arbustos hasta quedar en los más cercanos, para poder escuchar. No es difícil, este lugar es tan silencioso que casi pareciera que el bosque decide qué sonidos devora y qué sonidos no. Haize habla y su voz grave llega clara hasta donde estoy.

—¡Buenas tardes, señores! —En su perfil se forma una sonrisa arrogante—. O noches, o lo que sea en este jodido lugar.

Qué raro. Estoy segura de que acaba de hablar en euskera pero entendí todo lo que dijo. Como si lo oyera en castellano. ¿Será porque esto no es real?

Pero el miedo que siento de ver a Haize ahí es muy real. Dos de los tres guardias apostados ante las enormes puertas de madera del templo, bajan los peldaños de piedra y se acercan a él.

—Vete ahora mismo, Haize. —La voz grave de un señor de unos cuarenta años retumba con fuerza. Se lleva una mano a la pistola enfundada en el cinturón—. Tenemos órdenes directas de prohibir la entrada, al menos por hoy.

Otra vez, euskera. Pero entiendo todo. La weá rara.

Sujeto bien a la gatita mientras miro. No voy a cuestionarme cosas. Primer rescatamos a Mikel y luego intento entender toda esta mierda. Y aunque me importaba que Haize no les hiciera daño, ahora, al ver como otro de los guardias saca su arma y se sitúa al lado de su compañero, el pulso se me acelera. Por favor, por favor, que no le disparen a Haize.

¿Por qué han sacado sus pistolas si Haize ni siquiera ha hecho algo amenazante? Empiezo a estresarme demasiado. Aprieto a la gatita contra mi pecho y me agacho más en mi escondite entre los arbustos, sin importarme la tierra ni las ramas que me arañan un poco la cara.

—¿Acaso no está mi ama dentro del templo? —La voz de Haize suena tranquila, confiada—. No creo que le guste el trato que me estáis dando, señores.

—El templo es de Sugaar y sus reglas son claras. Ha dado

instrucciones hoy. Nada de humanos. —El hombre mira en mi dirección y me tenso en mi escondite—. La chica debe irse.

Haize chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—No estamos empezando bien esta convers... —empieza a decir, pero se interrumpe, porque el guardia de la derecha levanta la pistola y apunta a Haize directo a la cabeza, a un metro de él.

—No te muevas, Aideko. No te daremos siquiera la oportunidad de desenfundar esa espada maldita. —La voz grave del guardia resuena y la gatita entre mis brazos se esconde más—. No tenemos miedo de ti, en este sitio no puedes invocar al viento. Pero sabemos lo que hace esa espada, es más peligrosa que tú. Así que, un movimiento para desenfundarla y vamos a disparar.

Mi corazón se contrae. Mierda, mierda. Lo mencioné antes, que aquí no había viento. Y aun así no lo pensé. No lo relacioné a los poderes de Haize. ¿Cómo va a ser veloz si no puede invocar el viento? ¿Así funciona su poder o no? Las manos me sudan. Un miedo irracional me invade. ¿Por qué se expone de esa manera? El cañón de la pistola está demasiado cerca de su cabeza.

—Contaré hasta tres —dice el guardia y quita el seguro de su pistola, provocando un *click*, que se escucha hasta aquí—, uno. Dos...

Se me va a salir el corazón.

Pero antes de que el hombre diga otra palabra, Haize empieza a reír. Su carcajada fría y sonora atraviesa el bosque y los guardias que estaban más atrás, se acercan a sus compañeros. Los cuatro forman un semicírculo frente a él.

¿Qué mierda le pasa? Los hombros de Haize se agitan con la risa y él se lleva una mano a la frente, el rostro oculto entre sus dedos, mientras continúa riendo.

—¿Qué coño te sucede? —empieza a decir uno de los guardias, mientras se desenfunda también su arma.

Haize aparta la mano de su rostro y mira a los guardias.

—Sois unos estúpidos. —Una sonrisa fiera se forma en sus labios. Sus ojos oscuros chispean y me estremezco—. No es mi culpa que no entendáis nada.

Haize mueve una mano hacia su cinturón. El guardia dispara.

El sonido del arma retumba como un trueno poderoso y mi corazón se detiene. Por instinto, me lanzo al suelo y cierro los ojos. Entre las hojas, los abro de nuevo, aterrada de lo que voy a ver.

Pero no le dieron a Haize. Porque donde Haize estaba de pie... ya no hay nadie. Solo ha sido un instante y, sin embargo, ahora está detrás de ellos, en los peldaños de la escalera del templo.

—Humanos ignorantes, Haize naz[42]. —Tiene una pistola en cada mano y su voz es fría como un cuchillo—. Yo no controlo el viento. —Alza la barbilla y sus labios se estiran más, con esa sonrisa lobuna. El pulso en mis venas enloquece cuando las mechas rebeldes del cabello de Haize empiezan a agitarse—. Yo, malditos imbéciles... *Soy* el viento.

Y el caos estalla frente a mis ojos.

71. Dioses, parte 4

♡ Catalina ♡

Es una puta locura. Apenas puedo seguir los movimientos de Haize, se mueve como una tempestad. Los cuatro guardias alzan sus armas, pero él es más rápido. Como un borrón de oscuridad, aparece detrás de uno, golpea su nuca con la culata de la pistola y el guardia cae inconsciente al suelo. El sonido de dos disparos seguidos truena y tiemblo, escondida, mirando entre las hojas de los arbustos, sin poder apartar la vista de la batalla. Ahora sí que todo parece irreal. Ya lo había visto ser veloz, pero nada como esto. Mi corazón late acelerado cuando Haize desaparece de nuevo y reaparece detrás del segundo guardia, da un salto con la pierna de apoyo y la otra la hace girar en el aire, en una patada circular que impacta en la cabeza del hombre y lo arroja al suelo un metro más allá.

Solo quedan dos más.

El tercer guardia ya está levantando su arma contra Haize, pero él simplemente da un paso a la izquierda y evade el disparo. En un instante, Haize alza su brazo y apunta hacia el guardia. ¡Bang! El guardia cae de rodillas, sujetándose el muslo, del cual empieza a manar la sangre. Haize se desliza hacia un lado, porque otro guardia le dispara y los que seguían ocultos, salen de las sombras y corren hacia ellos. Haize reaparece a un costado y dispara al cuarto guardia y luego a otro, que disparan también, como pueden, formando un fuego cruzado. Pero él se mueve como una mancha negra, evadiendo con agilidad felina. Cada vez que aparece entre ellos, su cabello se agita con el viento y sus ojos... De pronto, esos ojos resplandecen de un verde muy claro. Son pura luz

No puedo quitar la mirada de él, fascinada, mientras la gatita tiembla entre mis brazos. Mierda, esto sí que es un sueño. Porque lo que estoy viendo es imposible. Es lo más asombroso que he presenciado. Es...

—Aquí estás. —Una voz masculina a mi espalda me sobresalta y siento un tirón en la parte de atrás de mi camiseta.

Chillo porque alguien me levanta con brusquedad del suelo y la gatita cae de mis brazos. Un hombre vestido de gris me arroja con fuerza contra el tronco de un árbol y por un instante veo borroso, oscuro. Me quedo sin aire. Duele. Las piernas me fallan y siento que voy a caer al suelo, pero el hombre me sujeta del pecho, aferrando mi camiseta.

—Veremos si Haize puede estar en dos lugares al mismo tiempo —gruñe, con las facciones de su rostro furiosas y me estampa contra el árbol de nuevo—. Tal vez si... ¡Aaaaargg!

El hombre me suelta y recupero el aliento, confundida. Pero ahora sé que esto no es un sueño. Duele demasiado para ser un sueño. Escucho más disparos, lejos, o tal vez son mis oídos que zumban por el golpe contra el árbol. Logro mantenerme en pie, jadeando y entender apenas lo que sucede. El guardia retrocede, llevándose las manos a la cara, tratando de quitarse una cosa negra y violeta que lo ataca.

La gata.

—¡Puñetero animal! —La sujeta del cuello y se la quita, dejando ver su cara llena de sangre y arañazos—. ¡Puta criatura del infierno! —gruñe, zarandeándola del cuello y la gata chilla.

Siento el corazón en la boca, casi no puedo respirar del miedo. Pero el dolor y el terror desaparecen cuando el hombre arroja con fuerza a la gata al suelo. Cae como un muñeco. Mi cerebro correa a toda velocidad. El guardia levanta la pierna, a punto de darle una patada que, estoy segura, la matará.

Ya no hay miedo ni dolor, solo claridad en mi mente. No sé en qué momento he sacado la navaja de su funda, ni en que instante me abalancé hacia él. Pero, gritando como una loca, la sujeto con las dos manos y se la entierro con todas mis fuerzas en el muslo.

El guardia suelta un alarido y con la otra pierna me da una patada en el pecho que me lanza hacia atrás. Jadeo, intentando pararme, pero duele mucho. Un dolor terrible atraviesa el centro de mi cuerpo. Sus ojos chispean rabiosos, la navaja enterrada en su muslo. Pero eso no impide que saque una pistola de su cinturón y la levante apuntando hacia mi cabeza.

Es como si todo ocurriera en cámara lenta. El metal del cañón

resplandece con absoluta claridad frente a mis ojos. Agujas de dolor se clavan en mis pulmones con cada respiración, mis piernas no responden. Voy a morir.

No es un sueño. Ahora lo sé. Porque voy a morir.

¡Bang!

Me quedo sin aire y veo con horror como la cabeza del guardia estalla en un chorro de sangre hacia el costado. Con los ojos aún abiertos mirándome con odio, cae a un lado, sobre la hierba. Se empieza a formar un charco asqueroso. Muerto.

—Cat, joder, mírame, ¡mírame! —Haize toma mi rostro entre las manos y despeja mi pelo y limpia algo de mi cara—. Mierda, ¿me escuchas?

Asiento, confundida. Hay mucha sangre a mi alrededor. Pero ahora solo hay silencio. No más disparos. No más guardias. Sin pensarlo, mis ojos se dirigen hacia el hombre muerto de nuevo, pero Haize se interpone en mi visión.

—No, ven, no mires eso. —Rodea mi cintura con su brazo y me ayuda a levantarme. Mis piernas funcionan otra vez, aunque débiles —, tenemos que irnos a...

—¡La gata!

Me suelto de Haize y caigo de rodillas al suelo. Tomo a la gatita que está inconsciente y la acuno en mi pecho. Respira. Todavía respira. Los ojos se me llenan de lágrimas, no sé si por el miedo que sentí o por como quedó la pobre gatita bebé.

O porque la cabeza de un hombre acaba de estallar frente a mí.

Haize me ayuda a levantarme de nuevo.

—Cat, barkatu[43]. —Respira agitado y sus ojos me miran preocupados, todavía con un resplandor verde en ellos—. Pero tenemos que entrar al templo ahora o...

—Creo que eso no será tan simple —dice la voz de una mujer, que baja los peldaños de piedra, caminando tranquilamente—. Aunque debo admitir, que me encanta verte de nuevo, Haize.

Es una diosa. De eso no tengo ninguna duda. Me afirmo a los brazos de Haize, tratando de no desmoronarme otra vez, mientras la mujer, joven, de piel morena y pelo negro, camina hacia nosotros

con una sonrisa detestable en la cara. Lleva unos sencillos jeans de mezclilla y una camiseta blanca. ¿Esta es la diosa mapuche que mencionó Haize? De ella emana un resplandor anaranjado que deja en evidencia su divinidad.

Me afirmo bien de Haize, sujetando a la gatita con las pocas fuerzas que tengo. Ahora que la adrenalina se está calmando, me duele todo el cuerpo.

—Es muy distinto verte en persona, Catalina —dice la joven diosa, deteniéndose a unos pasos de nosotros—. Te veías más bonita en la mente de Mike, cuando lo espiábamos con los poderes de Atarrabi. No es que no seas linda, es que en la mente de Mikel eras, ufff, ¿Cómo explicarlo? Creo que él te ve como la mujer más bella que ha pisado la tierra. Y eres bien normalita.

La mención de Mikel provoca un dolor en mi pecho, que no tiene nada que ver con sus comentarios de mi físico. ¿Esta chica nos va a impedir llegar hasta él?

—Y tú, bebé —dice Haize, ladeando el rostro mientras mira a la diosa—. Te ves más guapa en silencio y bien lejos de nosotros. —Mientras me sujeta de la cintura con un brazo, lleva su otra mano a la espalda, hacia la empuñadura de la katana.

—Yo no haría eso, si fuera tú. —La sonrisa desaparece del rostro de la joven—. En este lugar, la espada puede invocar a...

—Sí, sí, algo terrible. Me importa una mierda. —Haize inclina su rostro hacia mí y susurra cerca de mi oído—. Tendremos que hacer esto de nuevo, Cat, no puedo enfrentarme a ella sin saber qué coño puede hacer esta tía. Y aunque invoque al mismo demonio con mi espada, voy a llegar hasta Mikel.

Comprendo lo que dice, nos vamos a meter en las sombras de nuevo. Fue terrorífico la primera vez, pero nada me da más miedo que no volver a ver a Mikel. Así que, asiento, aferrándome a él.

La diosa da un paso y estira el brazo hacia nosotros.

—¡Haize, no...!

Pero es demasiado tarde. Él desenfunda la espada y las sombras salen furiosas, agitándose como tentáculos. La diosa maldice y retrocede. Contengo el aliento, preparada para sentir la fuerza y la presión que me abrumaron cuando vinimos a este mundo. Las

sombras nos envuelven, los brazos de Haize firmes alrededor de mi cintura y la gata acunada en mi pecho.

—Ahora será más fácil, porque ya siento la presencia de Mikel. Sujétate bien, Cat. —Haize levanta la espada—. Itzal, diosa de las sombras —dice con voz grave, mientras la oscuridad se enrosca alrededor de nosotros—, llévanos con Mikel. Goazen[44]!

Y las sombras nos tragan.

ϟ Mikel ϟ

¿No he cumplido mi misión? Las palabras de mi aita me confunden. Paseo la mirada por el salón, tratando de parecer tranquilo, pero no lo estoy. Lo que ha dicho cambia todo y no logro recordar sus palabras exactas ese día, cuando me envió a cumplir el deseo de Catalina. ¿Acaso mi misión no era ayudarla con su deseo de amor?

—El deseo de Catalina se cumplió —murmuro, mirando a Atarrabi y luego a mi aita—. No entiendo. Nada.

Ese maldito piano sigue sonando, la tercera canción desde que llegué aquí. Una más tranquila, calmada, todo lo contrario a lo que siento en este momento. Se burla de esto, de mí.

Joder, mi aita es un dios. Está siempre un paso por delante de mí, guiado por sus sorginak.

—Sí que se cumplió. —Sugaar asiente, con una sonrisa en el rostro—. Tal como esperaba, eras la persona indicada para ayudarla con eso.

—No juegues conmigo, aita.

—No estoy jugando. A ver, hijo. ¿Qué es tan difícil para ti? ¿Querías decepcionarme? Pues, lo siento, pero no lo has hecho. No puedes cambiar eso. —Suelta el aire, como frustrado—. ¿Por qué mejor no me dices qué quieres con claridad?

Tengo las tripas hechas un nudo. La música de piano nos envuelve y la gente a nuestro alrededor baila y ríe. Como si a nadie aquí le importara el miedo que tengo en mi interior. El miedo de no volver a ver a Catalina.

—Sabes lo que quiero.

—Dilo. —Él se apoya en la elevación junto a Atarrabi y se cruza de brazos, observándome. La luz plateada y azulada que emana de su cuerpo es tan brillante como las cientos de luces de las lámparas del salón sobre nuestros cabezas—. Tal vez, lo que quiero es escucharlo de ti.

Vale, definitivamente está jugando conmigo. ¿Es lo que quiere? Bien. Inspiro, cierro los ojos un momento, consciente de que hay decenas de personas —o lo que coño sea esta gente—, pendiente de

mí. Pero no me importa. Lo único que me importa...

—Quiero seguir siendo humano —digo, con voz firme, mirando los ojos de mi aita—. Quiero volver ahí afuera y estar con Catalina. No quiero ser un dios.

Él me observa un momento, en silencio. A su lado derecho, Gorka tensa los labios. A su izquierda, Atarrabi frunce el ceño y mira hacia la puerta, más allá de la gente que baila.

—Estás equivocado, Mikel. —Mi aita suspira sonoramente—. Sí quieres ser un dios, estoy seguro. Y por ningún motivo —añade y su voz grave resuena en el espacio entre nosotros—, volverás a ver a Catalina. Es por su propio bien.

Sus palabras rompen algo dentro de mí. ¿Ha sido un error dejarla en casa? ¿Ha sido un error no despedirme? ¿Cómo he sido tan gilipollas de creer que mi aita me escucharía? Creo que me voy a derrumbar frente a él.

¿No volveré a ver a Catalina? Mi corazón se detiene.

Y empiezan los gritos.

El salón se convierte en un caos.

Me giro y por instinto retrocedo un paso, porque la puerta enorme de madera se abre con fuerza. Un huracán negro de sombras furiosas se abre paso entre la gente, contrastando con el mármol blanco del suelo, burlándose de los cientos de luces cálidas que cuelgan de los candelabros. Las personas gritan y corren despavoridas hacia los lados del salón, tratando de evitarlas. Ya no se oye el piano, solo los chillidos asustados y el rugido del torbellino de sombras, mientras se retuercen y arremeten oscuras hacia acá, hasta detenerse a unos pasos de nosotros.

Mi aita permanece tranquilo, pero Atarrabi se aleja y de un salto se sube a la elevación. Gorka, saca su espada y mantiene su lugar junto a mi aita.

Mi corazón se acelera otra vez, al ver la figura alta y vestida de negro que emerge de las sombras, portando una katana. Su cabello, también negro, se agita con un viento provocado por él mismo mientras levanta un momento la espada y luego la guarda cuidadosamente en la funda que lleva en la espalda.

—Detesto, en serio detesto —dice Haize, con una sonrisa ancha

formándose en sus labios, mientras pasea los ojos por el salón y las sombras se desvanecen a su alrededor—, que no me invitarais a la fiesta.

Mi aita dice algo, pero no lo escucho. Toda mi atención está en la pequeña persona agazapada contra Haize, abrazada a su cintura. Tiene el cabello castaño tomado en una cola, de la que escapan varias mechas de pelo desordenadas. Catalina levanta el rostro, mira un instante confundida a su alrededor, hasta que sus ojos se encuentran con los míos.

Y mi corazón vuelve a latir otra vez.

—¡Mikel!

Se aparta de Haize y corre hasta mí. No me importa ni mi aita ni sus invitados, en unas zancadas la alcanzo y la recibo entre mis brazos. Catalina solloza, con el rostro hundido en mi pecho y yo apoyo mis labios en su cabeza, que huele a frutas, a shampoo, el único aroma que necesitaba sentir en este momento.

Cierro mis ojos, aferrándome a ella con fuerza. Sé que no debería haber venido, sé que es peligroso y sé lo que mi aita intentará hacerle, como hicieron con mi madre.

Y a pesar de eso, siento un alivio enorme. No me he convertido en un dios todavía y ella...

Ella está aquí.

Tal vez podamos volver, juntos. A casa.

71. Dioses, parte 5

♡ Catalina ♡

¡Estoy con él, al fin estoy con él! Abrazo a Mikel con tantas fuerzas, que la gatita se remueve entre los dos, maullando enojada y sale corriendo a ocultarse debajo de las mesas. Me alegro de que esté mejor después de que el hombre la golpeara. Ya veré qué hago con ella, ahora solo soy capaz de abrazar a Mikel. No logro contener los sollozos, y lo abrazo más y más. No quiero soltarlo nunca. Ni siquiera sé qué ocurre a nuestro alrededor, la gente dejó de gritar. No me importa. Al fin estoy con Mikel.

Dios, no paro de llorar.

—¿Enana, qué pasó? —Mikel levanta mi barbilla y mi corazón se entibia solo de mirar esos ojos azules, intensos como un relámpago —. ¿Estás bien?

Niego con la cabeza.

—No. Sí, en verdad sí. —Me seco las lágrimas con el dorso de las manos, sin dejar de mirarlo—. Ahora estoy bien.

Mikel me limpia las lágrimas y me observa preocupado. Yo hundo mi rostro otra vez en su pecho desnudo, que huele a guindas, que está caliente y suave. Quiero quedarme aquí para siempre.

No quiero separarme de él nunca más.

Con la cabeza oculta entre sus brazos, miro de reojo el salón. Ah, por eso ya no hay más gritos. Ya no queda nadie, seguro la gente escapó. Solo hay frente a nosotros tres personas, además de los guardias. Sé quiénes están ante mis ojos. Atarrabi se remueve inquieto sobre una elevación donde está al trono, mirándonos con aprensión. Y abajo, apoyado en la elevación... El padre de Mikel, junto a un hombre con una enorme espada al cinto.

Reconozco a Sugaar porque lo he visto, en la estatua en la que pedí un deseo. Además, es muy parecido a Mikel, aunque se ve algo mayor y tiene una barba ligera de pocos días. El pelo negro y largo tomado en una cola alta, como la que usa el papá de Haize. Va vestido de forma sencilla, con pantalones grises de tela, como si no

necesitara adornos que recordaran que es un dios. El resplandor plateado azulino que emana de todo su cuerpo, como vapor de plata que se eleva y desaparece sobre él, es recordatorio suficiente de su divinidad.

Sus ojos azules como el mar oscuro se fijan en mí y yo aparto la mirada y hundo el rostro otra vez en el pecho de Mikel. No quiero pelear. Odio a su padre, pero no tengo fuerzas. Sollozo de nuevo al recordar la sangre del hombre que murió frente a mí, pero no me importa. No me importa. Estoy con Mikel.

Y aunque este mundo me parecía irreal, ahora que acuno mi mejilla contra su pecho tibio, que huelo su aroma dulce y que siento la fuerza de sus brazos a mi alrededor... sé que no es un sueño.

Esto es real, y aunque me moría por conocer otro mundo... ahora solo quiero..., quiero que vayamos a casa.

ϟ Mikel ϟ

Catalina solloza, con el rostro hundido en mi pecho. Estoy feliz de tenerla entre mis brazos, pero me preocupa. Solo pasaron unas horas desde que me fui. ¿Está así porque pensó que no volvería a verme? ¿Habrá ocurrido algo más? Mi estómago se aprieta al notar rasguños en sus brazos y suciedad en sus pantalones.

—Enana, ¿qué ha ocurrido? —murmuro, levantando su barbilla—. ¿Estás herida?

Ella niega con la cabeza, pero no me convence. Haize camina hasta nosotros y debo admitir que es un alivio enorme de que esté aquí. Me aprieta el hombro con cariño y se inclina para murmurar cerca de mi oído.

—Puede que esté en shock —dice, bajando la mirada hacia Catalina—, y puede que sea mi culpa. Un poco.

—Cállate, Haize —solloza Catalina, abrazándome—, no estoy en shock.

Haize sonríe, pero luego la sonrisa desaparece de su rostro cuando los guardias que estaban apostados detrás de mi aita nos rodean. Haize se quita la correa que lleva cruzada al pecho y afirma en su mano la espada de Sombra, aún enfundada.

—Bueno, bueno, venga... —Mi aita se aparta de la elevación donde estaba apoyado y da unos pasos hacia acá, relajado, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones grises. La cola larga de pelo se mece con cada paso que da—. ¿Qué es esta forma de ingresar? —Dirige un momento sus ojos hacia Haize—. Zelan[45], Navaja. Me imagino que Aitor debe estar muy ocioso para haberte pasado esa cosa —dice mirando la espada—. Pero da igual, ya que están acá y que espantaron a mis invitados... —Vuelve a mirar a Catalina—. Creo que deberíamos presentarnos, señorita.

Catalina se aleja un poco de mí y observa a mi aita. Se pasa una mano por la frente, apartando un mechón rebelde de pelo castaño. Sus ojos brillan como la miel bajo las luces de los cristales en el techo. Es raro verla vestida con esas ropas propias del clan Lantzer. Mujeres rudas que saben luchar. Estoy seguro de que Catalina sería una de ellas, pero en este momento, parece muy pequeña frente a un dios.

Levanta la barbilla, inspira y sostiene la mirada de mi aita.

—Hola, dios Sugaar —dice, con voz firme, aunque aprieta los puños que cuelgan a los costados de sus muslos—. Soy Catalina Arrieta, pero seguro que ya lo sabe.

Mi aita suelta una risa y da otro paso hasta quedar frente a ella.

—Quise evitar que viniera a este lugar, señorita Catalina, para no hacerla pasar malos ratos. Sin embargo, ya que está aquí... lo adecuado sería presentarnos como corresponde. Es un gusto conocer a la chica que ayudó a mi hijo con su misión.

Mi aita saca la mano de su bolsillo y la luz platinada que emana de su cuerpo deja una estela cuando la levanta hacia Catalina y la extiende para que la estreche como saludo. Sin embargo, Haize alza su espada enfundada y la interpone entre la mano de mi aita y Catalina.

—Tú no la tocas —dice, con voz fría y sus ojos oscuros clavados en mi aita.

Mi aita arquea una ceja y Gorka, a su lado, aprieta el puño de la espada que lleva al cinto.

Atarrabi suelta un bufido.

—No seas pendejo, Haize —dice mi hermano, desde la elevación —, solo está saludando.

Haize lo ignora y continúa mirando a mi aita, pero con la mano libre le enseña el dedo del medio a Atarrabi, sin bajar la espada. Catalina suelta el aliento, al parecer aliviada de no tener que tocar a mi aita y se afirma de mi brazo.

—Baja tu espada Haize. —Mi aita observa la katana y lo conozco tan bien, que juraría que veo un atisbo de temor en sus ojos—. Te advierto que si la vuelves utilizar, no seré amable contigo. No estoy dispuesto a recibir en este salón a su verdadero dueño.

No sé a qué se refiere, pero si mi padre que es un dios le tiene miedo a esa espada, es comprensible que todos sus invitados hayan huido. No queda ninguno.

—Aita, ya es suficiente. —Aprieto la mano de Catalina y a nuestro lado, Haize baja la espada—. Te lo he dicho hace un momento. Quiero seguir siendo humano, ¿por qué es tan difícil de entender? Gracias por hacer todo esto por mí —digo, abarcando el lugar, donde solo quedan mesas de largos manteles blancos, vacías—, y celebrar mi supuesta ascensión. Pero... no estoy listo para ser un dios.

Mi aita se cruza de brazos. Lanza una mirada a Catalina y luego a mí otra vez.

—Estás más que listo —asegura—, y quiero lo mejor para ti Mikel. No estás entendiendo el daño que vas a causar a largo plazo. ¿Sabes qué pasará si te vas con ella? En un tiempo más, querrás ser un dios de todas maneras. O algún día lo serás. Y ella quedará atrás. Le causarás más daño que ahora. —Observa a Catalina un momento—. Te lo digo porque... lo sé.

Por un instante, veo la pena en los ojos de mi aita. Sé por qué lo dice y sé que lo cree de verdad.

—Es diferente. Tú ya eras un dios cuando conociste a mi ama. No teníais opción. Nosotros lo tenemos. Al menos... lo quiero intentar.

—¿Por qué? —Mi aita clava sus ojos oscuros en mí—. ¿Por qué dejaría que mi hijo retrase su inmortalidad? Podrías incluso morir, ocurrir cualquier cosa en los años en que tardes en darte cuenta de que todo esto es un error. Y yo, que viviré miles de años, ¿debo cargar con la culpa de haberte permitido esto, por un romance

pasajero? Pasajero al menos, desde el punto de vista de un dios.

Contengo las ganas de mandarlo a la mierda. Sus palabras encienden una tormenta de rabia dentro de mí, pero no ganaré nada actuando de forma impulsiva. Inspiro y trato de mantener la calma. A nuestro alrededor, todo es silencio. Casi puedo escuchar los latidos de mi corazón, acelerado. Los ojos de mi aita, a menos de un metro, son dos tormentas llenas de una fuerza que se clava en mí. Siempre los admiré. Siempre quise tener su poder. Quería saborear yo también esa divinidad que chispea en esos ojos.

Ahora, en cambio, siento los dedos suaves de Catalinas enredados en los míos y lo único que quiero es seguir sintiéndolos.

—No es pasajero —digo, cortante—. Estoy enamorado de Catalina, aita. Sabes que es cierto.

—Sí —murmura mi aita—. Es cierto. O su deseo no se habría cumplido. El hombre que ama debía amarla de regreso. ¿Nunca te mencioné esa parte?

Gilipollas.

—Sin embargo —continúa—, eso no quita que sea un error renunciar a tu inmortalidad por ese amor. ¡Sois unos chavales! ¡No han pensado las consecuencias! ¿Es que no os conocéis a vosotros mismos? Esto ocurrirá si siguen juntos: Ella también te ama —mi aita la observa un momento—, y se dará cuenta de lo que te arrebató con su propio egoísmo. Se sentirá culpable de haberte robado una vida inmortal. Cada vez la angustia la roerá más y más por dentro; casi puedo verlo. Y con el tiempo, eso causará una herida imposible de reparar. Desgastará su relación, desgastará su alma.

Hostia, las tripas me duelen al escuchar sus palabras. Sé que Catalina ya ha tenido esos pensamientos. Espero que oírlo en boca de mi aita no haga que ella se lo cuestione otra vez y empiece a…

—Con todo respeto, dios Sugaar, pero qué culpas asumo o no cargar en la vida —dice Catalina, levantando la mirada hacia mi aita y un brillo dorado chispea en sus ojos—, es decisión mía.

Siento ganas de abrazarla. ¿Cómo pude, por un momento, dudar de ella? Catalina es la persona más decidida que he conocido jamás.

Voy a abrir la boca para hablar, pero mi hermano se ríe.

—Estáis tan enamorados —dice Atarrabi detrás de mi aita, poniendo los ojos en blanco—, que hace unas semanas os estabais mintiendo reiteradamente el uno al otro, y os estabais liando con otras personas. Sois un chiste los dos. En todo este tiempo, no habéis hecho otra cosa que haceros daño. ¿A eso llamáis amor? Apenas os conocéis hace menos de un año y...

—Cállate, gilipollas, o voy a enterrarte mi katana. —Haize ladea el rostro y le dedica una sonrisa a mi hermano—. Otra vez.

Mi aita levanta una mano y los dos guardan silencio. A su lado, Gorka sigue cada movimiento de Haize con la mirada. Me pone nervioso. Espero que todo esto termine bien y que Haize no haga algo impulsivo, porque tengo serias dudas de si podría enfrentar al genio de mi aita.

—Basta, Atarrabi. No estoy dudando de los sentimientos de tu hermano o de Catalina. —Mi aita suspira y nos observa—. El amor no tiene que ver con el momento o el tiempo. Ese no es el problema. El problema, Mikel —Los ojos de mi aita son de un azul profundo—. Es que cuando has vivido miles de años, ves las cosas...hemm, digamos que en perspectiva. Esto solo te traerá dolor.

—Pero, aita...

—No he terminado. —La voz de mi aita retumba, como un trueno. Entorna los ojos—. Esto solo te traerá dolor. A ti y a Catalina. Si embargo, no te obligaré a quedarte aquí. Ni siquiera puedo obligarte a ser un dios.

Mi corazón se acelera en mi pecho. Catalina aprieta mi mano y mira fijamente a mi aita. Contengo el aliento, inseguro. Atarrabi frunce el ceño y Haize me mira, negando con la cabeza. No le cree. No le cree a mi aita.

Y yo... Joder. Siempre he admirado a mi aita. Siempre he querido ser como él. Me hice abogado para llevar sus negocios, para que me respetara. Vale, me gusta ser abogado, pero en realidad quería que él me tomara en cuenta. Quería ser un dios y estar más cerca de él. Lo conozco lo suficiente para saber que... no puedo confiarme.

Me aparto de Catalina. Ella titubea, pero suelta mi mano, me deja ir. Doy un par de pasos hacia mi aita y lo miro a los ojos, frente a frente.

—¿Vas a permitirnos marchar?

Él sostiene mi mirada.

—Me duele dejarte ir, Mikelatz. —Cierra los ojos un momento y el fulgor plateado de su cuerpo emana en hebras perezosas—. Pero podéis hacerlo. No puedo retenerte mientras seas mortal.

La emoción acelera mi pulso. La emoción de irme y la tensión de no saber si realmente nos dejará ir.

—Júralo, aita.

Él se lo piensa un momento.

—Te dejaré marchar mientras seas mortal, lo juro.

Siento una liberación enorme. Catalina deja escapar un ligero gemido de alivio detrás mío. Yo sigo pensando que hay algún truco en lo que está diciendo, pero al menos ha jurado que no me va a retener aquí. Tenía que enfrentarlo, tenía que hablar con él, pero me aterraba que no me permitiera volver al mundo humano.

—¿No me convertiré en un dios? —Necesito estar seguro de eso también. No podré vivir cada día con el miedo de ser un dios de un momento para otro.

—Como ya te habrás dado cuenta —dice mi aita encogiéndose de hombros—, eso no es algo que dependa de mí. O ya serías un dios. Me encantaría que fueras un dios.

—Pero puedes revocar el contrato.

—La magia no funciona así. Solo puedo revocarlo si de verdad te considero indigno. —Mi aita sonríe—. Y eres totalmente digno de ser un dios, Mikel.

El estómago se me revuelve, los sentimientos me atormentan. Siempre quise que me considerara digno y una parte de mí se siente bien. Pero ya no quiero eso. Además, ¿qué voy a ser digno? Si no fuera por Catalina, seguiría despreciando las cosas humanas. Seguiría negando que quiero disfrutar una vida mortal, jugar básquetbol, estar con mis amigos. Dormir con la chica que amo una noche más.

—Fallé en mi misión. Tú lo has dicho.

Aunque todavía no entiendo por qué. Siempre creí que la misión era que Catalina cumpliera su deseo.

—Solo faltó un empujoncito. —Mi aita sonríe—. Y lo importante,

es que la cumplieras o no, creciste como persona y estoy orgulloso de ti.

Haize resopla y murmura algo de que no le cree nada. Pero eso da igual. Aunque mi aita no quiera revocar el contrato, debo aprovechar esta oportunidad para irnos. Juró que nos dejaría marchar. Al fin podré estar con Catalina. Podré estudiar con ella, dormir con ella, vivir con ella. Joder, quisiera que revoque ese contrato, o no podré ser libre jamás. Pero si insisto ahora, tal vez no pueda salir de aquí. Tal vez... esa sea una batalla que tenga que dar en otro momento.

—¿Podemos irnos, entonces?

Atarrabi observa a mi aita, con el ceño fruncido. Gorka suelta su espada, aunque sigue sin quitar los ojos de Haize. Mi aita asiente, lentamente, mirándome. Las hebras plateadas se enroscan alrededor de su cuerpo y me alegro de no ser un dios. ¿Cómo podría Catalina estar frente a mí sin sentirse extraña con ese brillo sobrenatural manando de mi cuerpo? Sería rarísimo de cojones.

—Gracias —digo, y un nudo se forma en mi garganta.

Porque, aunque esto es lo que elegí, no es fácil decepcionar a mi aita.

Me giro hacia Catalina, cuyas ropas negras contrastan con el blanco de este salón. Camino hasta ella, acaricio su rostro y me inclino para susurrarle al oído.

—Todo está bien, enana. Gracias por venir por a buscarme.

Ella sonríe, pero titubea y da un vistazo a mi aita.

—¿Seguro que nos dejará ir? —susurra, aunque es evidente que él igual puede escucharnos.

—Lo juró. Mi aita siempre cumple su palabra.

Ella lo observa con desconfianza, pero yo tomo su rostro entre mis manos, me inclino y apoyo mi boca en la suya. Ah, tormentas, como extrañaba sus labios. Se sienten tibios y su aroma dulce me embriaga. Catalina descansa sus manos en mi pecho y me devuelve un beso suave, una promesa de lo que vendrá después.

Cuando nos vayamos de aquí, al fin.

Coño, qué feliz me siento de algo tan simple. De poder volver con ella a nuestro mundo. A nuestro hogar.

Haize se acerca, sin quitar los ojos de mi aita y se inclina para hablarme solo a mí.

—Goazen, orain[46] —murmura—. No me fío de él.

Asiento, tomo la mano de Catalina, pero apenas voy a dar un paso hacia la salida, la voz de mi aita me detiene.

—Recuerda, hijo, lo quieras o no, estoy orgulloso de ti. Ha sido muy valiente venir hasta aquí.

Inspiro, intentando calmar mi ansiedad por largarme pronto de aquí, y me giro hacia él.

—No soy nada valiente, aita. —Sostengo su mirada y afirmo con fuerza la pequeña mano de Catalina entre la mía—. Estaba aterrado de decírtelo.

—¿Aterrado? —Mi aita abre un poco más los ojos—. ¿Acaso alguna vez te he...?

—No de ti. Joder, no era capaz de reconocerlo yo mismo. —Sonrío con tristeza—. Soy tan cobarde que no era capaz de asumir mis sentimientos. Nos he metido en este tremendo follón solo porque no quería reconocer que estaba enamorado.

En cambio, ella… Un calor inunda mi pecho, al recordar como Catalina se enfrentó a mí, en medio de una tormenta, solo para decirme sus sentimientos. Algo cosquillea en mi interior. Una energía tibia. Se siente bien y me da fuerzas para hablar.

—Eso no es ser un cobarde, hijo.

—Claro que sí, porque, aunque parezca tonto —digo bajando la mirada hacia Catalina, que da un respingo y abre mucho sus ojos color miel, fijos en los míos—, hay que tener mucho valor para mirar a la persona que amas a los ojos y confesarle tu amor.

Ella me observa, sorprendida. Y me doy cuenta de lo tonto que fui. De cómo me burlé de ella por haber pedido un deseo tan estúpido.

Nunca fue estúpido.

Ella solo creía no tener valor para enfrentar al chico que amaba. Pero sí, lo tenía, porque es la persona más valiente que conozco. Y saber que me iré con ella hace estallar una tormenta de felicidad en mi interior. Podré pasar más tiempo con ella, años. Es una felicidad

tan intensa, que todo me parece más brillante a nuestro alrededor. El mundo se ha tornado de un color diferente.

—Dios, Mikel... —La mano de Catalina pierde fuerza alrededor de la mía.

—Vamos, enana —digo, apretándola de nuevo.

Ya no quiero estar aquí. Una tormenta de emociones ruge en mi interior y quiero estar lejos, largarme.

Pero Catalina me mira con horror y retrocede un paso. ¿Qué...?

—Hostia puta —dice Haize, detrás de ella—. Mikelatz...

Entonces, cuando bajo la vista hacia nuestras manos, mi corazón se detiene. Porque de mi piel emana un brillo azul, un fulgor muy azul que empieza a volverse más brillante, más blanco.

—No, no —retrocedo, soltando la mano de Catalina. Mis manos brillan más. Mis brazos, todo mi cuerpo—. No, no esto, no... aita, por favor, no.

El calor que sentía se vuelve desgarrador. Ya no es una tormenta de felicidad. Es una tormenta de miedo iracunda en mi pecho. No puede ser. ¡No es justo! ¡Íbamos a irnos! ¡Iba a irme con ella!

La verdad me golpea. Esto debe ser una jodida broma.

No, no. No puede ser.

Catalina me mira impactada, con los ojos muy abiertos y la luz azulada de este brillo atroz se refleja en sus pupilas.

No, no me mires así, por favor.

A pesar del enorme poder que siento, a pesar del hormigueo que me causa esta energía de vitalidad recorriendo cada célula de mi cuerpo, no puedo respirar. Creo que me voy a ahogar, a pesar de que es imposible.

—¡¡NO!! ¡BASTA!! —Me giro hacia mi aita, que me observa muy serio, resplandeciendo con esa luz plateada tan similar a la que ahora sale de mi cuerpo—. ¡COÑO, HAZ QUE SE DETENGA!

—No puedo Mikel. Barkatu. Esto no dependía de mí. Al fin has comprendido. Has cumplido tu misión. Ni siquiera yo puedo impedir —dice y su voz truena por todos lados, en el salón, dentro de mi cabeza, dentro de mi alma—, que te hayas convertido en un dios.

Todo es luz a mi alrededor, todo es calor en mi interior, pero yo solo soy capaz de sentir que me hundo en una oscuridad infinita.

♡ Catalina ♡

El mundo se detiene. Mi corazón se detiene. El resplandor que emite Mikel es tan brillante, que por un instante, no logro ver. Pero luego, ahí está, de pie frente a su padre. Su figura alta irradia la luz de una tormenta. De un relámpago. Chispas azules de electricidad salen disparadas alrededor y se pierden en el suelo de mármol. Me estremezco de admiración y temor al mismo tiempo. Su pelo negro se levanta y se agita como si lo azotara el viento. Su pecho desnudo desprende hebras de plata azuladas que se elevan hacia el techo como un vapor mágico.

Es lo más hermoso que he visto jamás.

Da un paso hacia su padre, con los ojos azules chispeando electricidad pura, mientras mira sus manos y niega con la cabeza. La energía que desprende es tan cálida que me alcanza y, cuando me toca, es como si me inundara una tormenta de emociones, de bienestar, de infinitud, de claridad.

Y de miedo. Y de dolor. Y de pronto no sé si estoy presenciando lo más maravilloso, o lo más terrible de toda mi vida.

Solo sé que duele. A él le duele.

Algo se rompe en mi pecho. El efecto de la luz mágica se aleja de mí y la realidad me golpea.

Mikel se convirtió en un dios.

Lo perdí. Está frente a mis ojos, más vivo y más eterno que nunca. Pero lo perdí para siempre.

—¡POR FAVOR! ¡Aita, aita, mesedez![47] —Mikel mira sus manos con horror, sus ojos azules abiertos con tanto espanto, que mi corazón se destruye al ver el terror que hay en ellos—. ¡AITA, HAZ QUE SE DETENGA! —Cae de rodillas y empieza a arañarse la piel de los brazos, como si quisiera arrancársela, o arrancarse esa luz que tiene en su interior. Las uñas se clavan en su carne—. ¡QUÉ SE DETENGA, JODER!

Creo que voy a desmayarme. El mundo me da vueltas.

Los músculos de su espalda y de sus brazos se contraen por la fuerza con la que intenta hacerse daño. Dolor. El centro de mi pecho

es puro dolor. No sé si es mi propio sufrimiento o el de ver a Mikel así. Por favor, deja de hacerte daño. Las lágrimas caen tibias por mis mejillas. ¡Por favor, no sigas!

¿En qué minuto ocurrió esto? Íbamos a irnos. ¿Por qué ocurrió esto?

Pero él continúa rasguñándose los brazos con sus propias uñas y la sangre empieza a salir. Se hace surcos profundos como si en vez de uñas tuviera garras. Pero tan pronto como la sangre escurre roja por su piel, se detiene. Su piel brilla y las heridas se cierran y Mikel grita con horror. Un grito roto y desesperado, de una forma que hace pedazos mi alma.

—Mikel —sollozo y doy un paso hacia él—. ¡Ya para, Mikel!

Pero alguien me sujeta de los hombros.

—No lo toques. —La voz de Haize es apenas un murmullo.

Trato de soltarme, pero él me afirma con fuerza. Furiosa, me giro hacia él para empujarlo, pero la rabia se esfuma de mi interior en cuanto miro su cara. Las lágrimas resbalan por las mejillas de Haize, hasta sus labios. Los aprieta tan fuerte que los podría romper.

Mierda. Las piernas me fallan. Esto tan terrible real. No hay vuelta atrás.

No es un sueño. Es una puta pesadilla.

Quiero despertar. Quiero despertar y estar en los brazos de Mikel otra vez.

Pero sus gritos me dejan claro lo real que es esto. Retumban por el templo y afuera se escuchan los truenos. Uno, dos, tres. Cada vez más. Tiemblo y caigo al suelo, rendida. Todo se vuelve borroso, no sé si por las lágrimas, por el dolor, o porque mi mente se rompe con cada grito desgarrador de Mikel, que ahora se encorva sobre el suelo de mármol, emanando luz. Respira con dificultad, sus hombros se agitan y se lleva las manos al cabello y lo empieza tirar.

—¡NO QUIERO! ¡NO QUIERO ESTA MIERDA! —Enreda los dedos entre su pelo y tira con fuerza—. Por favor, por favor... mesedez.

Y su voz se quiebra. Empieza a sollozar, desesperado y sus gritos se pierden entre el rugido de la tormenta. Y me siento impotente y rota igual que él.

Y ahora lo sé. Nunca volverá a ser el mismo. El mundo nunca

volverá a ser el mismo.

El mundo se ha roto para nosotros.

Haize

Esto es un desastre. Es un jodido desastre. Inspiro con fuerza y trato de calmarme. No sé qué coño hacer, pero si me desespero estamos perdidos. Si enloquezco como ellos dos y mi cabello cambia de color, estamos perdidos. ¡Coño! ¡Ni siquiera puedo confiar en mí mismo!

No, no. Tranquilo. Piensa. Hay una jodida tormenta azotando el templo. Todos los putos muros de piedra tiemblan como si fueran a caerse. Tenemos que salir de aquí. Sugaar mira a Mikel que solloza desesperado en el suelo. Lo mira con una calma, una apatía que me da asco. Le ha jodido la vida. Quiero matar a ese dios de mierda.

—No entiendo. —Catalina llora desconsolada mientras observa a Mikel, con la desesperación en sus ojos.

Alzo la vista hacia Sugaar. No parece para nada sorprendido de lo que ha ocurrido. Desgraciado, voy a matarlo de verdad.

Tomo la empuñadura de mi katana.

Voy a enfrentarme a un dios. Y no me importan las consecuencias.

—Haize, ¡no hagas eso! —Atarrabi baja de un salto la elevación y camina hacia mí, su jersey blanco y abierto agitándose con cada paso que da—. En serio es un peligro usar la magia de Itzal en este sitio. Llévate a Catalina de aquí antes de que Mikel eche abajo el templo. —Su voz apenas se escucha con el caos de truenos y viento que azota los muros de piedra—. ¡Marchaos!

—¿Quieres que te mate a ti también? —Me giro hacia él y sus ojos verdes brillan un instante cuando nuestras miradas se encuentran. ¿Rabia? ¿Miedo? No tengo idea y me importa una mierda—. No pienso dejar a Mikel acá. Así que te haces a un lado o te juro que esta vez no me voy a contener contigo.

Mikel gimotea. Parece un puto loco tirándose el pelo, encorvado sobre sí mismo a los pies de su padre, rogándole. Pero no hay nada que rogar. La luz emana de su cuerpo y nunca dejará de hacerlo.

Aunque dudo que vaya a entrar en razón.

Joder, qué puta impotencia. Catalina solloza con más fuerza a mi lado y... algo está a punto de romperse dentro de mí. No soporto más verlos así.

—Sugaar va a matarte si desenfundas esa espada. —Insiste Atarrabi, mientras Sugaar y su jodido genio nos ignoran—. No se va a contener porque seas tú. No si tratas de llevarte a Mikel.

No me interesa. ¡El hijo de perra de Sugaar sabía lo que ocurriría! ¡Le ha hecho creer que podría irse! Aprieto la empuñadura de Itzal, sin desenvainarla aún y camino decidido hacia él, ignorando las súplicas patéticas de Atarrabi a mi espalda.

Cuando estoy a un metro de Sugaar, él se gira hacia mí. Su larga cola alta de pelo negro se balancea a su espalda.

—¿A dónde crees que vas, Haize?

—Me llevo a Mikel.

Doy un paso hacia él, pero Sugaar levanta una mano.

—Mikel no dejará Arimeterria. Ahora es un dios e irá donde deben ir los dioses. —Clava sus ojos azul oscuro en los míos—. Vete ahora, antes de que me olvide de quién eres y pierda mi paciencia. Tú no tienes nada que ver en esto. ¡Gorka! —Se gira hacia su genio—. ¡Trae a la chica y llévala a la cámara!

El genio, corpulento y armado con una espada en el cinto, asiente y comienza a caminar hacia Catalina. Pero doy un paso y me interpongo en su camino. Sin decir una palabra, él posa sus ojos en mí y me mira aburrido, como si no fuera más que un estorbo.

—¿Qué coño? —Afirmo la empuñadura de Itzal, listo para sacarla de su funda—. Estáis locos si pensáis que vais a llevaros a Catalina también.

—Cálmate, chaval. —Sugaar suspira, como si ya estuviera cansado de todo esto. Detrás de él, Mikel parece haber entrado en shock y observa sus propias manos brillantes como si no fueran suyas—. No le haremos daño a Catalina. Simplemente haré lo que tendría que haber hecho Atarrabi hace semanas. Voy a darle la jodida poción para que olvide todo esto.

Dudo un momento. ¿No sabe que la poción la tengo yo? Quizás. Pero no puedo arriesgarme. Tal vez tienen más de una o usen otro

método.

—Que pierda los recuerdos de Mikel es lo mejor. ¿Acaso te parece sensato dejarla así? —Sugaar apunta a Catalina. Tiene los ojos enrojecidos e hinchados por las lágrimas, que corren sin cesar por sus mejillas mientras mira con impotencia a Mikel, como si no estuviéramos hablando al lado de ella.

La pobre se encoge asustada cuando otro trueno rompe con fuerza en el cielo y las paredes del templo crujen.

Y yo le creo nada a este dios de mierda. Lo que dice no tiene sentido, porque no necesita ninguna poción para que Catalina olvide a Mikel. Si Catalina se va, se olvidará de él en cuanto se alejen, porque todos los humanos olvidan a los dioses. Pueden estar con ellos y luego es como si nunca los hubieran visto. La única forma de que recuerden el encuentro con un dios es teniendo un pacto con ellos o… con un semidiós.

—Hijo de puta. —Aparto la mirada de Catalina y observo a Sugaar —. No es para que se olvide de Mikel. Quieres darle esa poción para que también se olvide de mí.

Sugaar clava los ojos en mí.

—¿Y a ti qué más te da?

Hace un gesto con la mano y Gorka camina tranquilamente hacia Catalina. Ella levanta el rostro, con los ojos rojos y llorosos.

¿Qué más me da? Cojo la katana con las dos manos.

—En tus putos sueños, Sugaar. —Tiro del mango para desenfundarla.

Pero Gorka es rápido. Incluso para mí. Antes de que logre sacar a Itzal de su funda, el genio ya tiene su espada fuera de la vaina y lanza un corte horizontal directo hacia mi cuello.

Me agacho, evadiéndolo, pero me veo obligado a levantar la espada de Sombra con funda y todo, para bloquear el siguiente golpe. El choque de las armas retumba en el salón, como los truenos de la tormenta que hay afuera. Mis brazos tiemblan con la fuerza del impacto de su espada, contra la funda negra de mi katana. Otro golpe y otro golpe. Retrocedo soportando los sablazos que Gorka descarga sobre mí.

Nunca había enfrentado un jodido genio. Es más rápido y fuerte

que un humano. Mierda, requiere de toda mi concentración evadir sus golpes, incluso siendo más veloz que él. Es como si supiera hacia donde me voy a mover, como si supiera que finta voy a usar para evadir el siguiente ataque. Por un instante, mis ojos encuentran los suyos oscuros y entiendo por qué. Ojos antiguos, con miles de años de antigüedad. No importa si soy más rápido. Él lleva años luchando y anticipa cada movimiento que voy a hacer.

Doy un salto hacia atrás y me alejo más de un metro de él, jadeando. Gorka camina hacia mí, pero de reojo veo que los demás guardias se acercan a Catalina.

Olvídenlo, hijos de perra.

Mientras afirmo mi katana con una mano, con la otra saco la pistola y disparo. Los tiros retumban por el salón con tanta fuerza como los truenos de afuera. Le doy a un guardia en el pecho, corro hacia el otro lado, para alejarme del jodido genio y disparo a los otros dos guardias que caen sangrando al suelo.

—¡Basta, Haize! —Atarrabi corre a ayudar a uno de los guardias que se desangra—. ¡Hostia, no sigas!

Gorka viene hacia mí, mientras el guarda que queda sujeta a Catalina de un brazo. Le disparo en la cabeza y el guardia cae hacia atrás. Pero apenas he dado tres pasos hacia Catalina y el genio está otra vez abalanzándose hacia mí. Sin pensarlo un momento más, arrojo la pistola al suelo y con las dos manos desenfundo la katana.

El filo negro de Itzal se traga la luz de las cientos de lámparas sobre nuestras cabezas. Los tentáculos de sombras emanan de la katana como desesperados por bailar otra vez y Gorka retrocede, maldiciendo y mirando con recelo las sombras que despliegan a mi alrededor. Buscan, reptan, amenazantes sobre el suelo blanco.

—Has ido demasiado lejos, Haize. —La voz de Sugaar truena. La luz plateada de su cuerpo empieza a emanar con más fuerza y da un paso hacia acá. Pero es como si hubiera dado cinco. De pronto está ante mí, alzándose imponente con toda su divinidad. La cola de su pelo se agita con el poder que emana de su cuerpo—. Hazte a un lado, Gorka —dice, levantando su brazo hacia un costado—. Te he dicho hace un rato, chaval, que no desenvainaras esa jodida espada.

Sus ojos destellan con la electricidad misma y, por instinto, separo

las piernas y adopto una postura defensiva, cruzando a Itzal delante de mí. Con el brazo estirado a un costado, Sugaar abre los dedos de su mano y una lanza de luz plateada se materializa, destellando como un relámpago.

Escucho a Mikel gritar algo. Creo que también a Catalina, pero no sé qué. Un jodido dios está frente a mí con una jodida lanza mágica. Es todo lo que hay en mi mente.

Sugaar da un paso más y yo me aparto, más rápido que él. La estocada de su lanza solo da en el aire, donde un instante antes estaba yo. Y puede que yo sea más rápido, pero si no pude con su genio, menos podré con él. Es un puto dios.

Pero yo también tengo mi arma mágica. Obedeciendo mi voluntad, las sombras de Itzal se enroscan furiosas y se elevan bien alto hacia el techo y luego caen veloces sobre Sugaar. La sangre en mis venas ruge como ruge la magia de mi espada. El dios bloquea las sombras con su lanza, como si fuera un escudo, pero los tentáculos de oscuridad lo rodean y se ciernen sobre él desde todos los ángulos. Un choque de oscuridad contra la luz plateada y azul que irradia el dios de los cielos y las tormentas.

La luz parece ceder por un momento bajo el poder de las sombras.

Aprovecho la oportunidad y corro hacia Catalina. Si tan solo la alcanzo, y luego a Mikel...

Pero Sugaar estalla en una descarga de electricidad.

♡ Catalina ♡

Es una locura. Un caos. La luz de un relámpago emana con fuerza desde el cuerpo de Sugaar y las sombras que lo rodean desaparecen, consumidas. Decenas de rayos eléctricos salen disparados directo hacia Haize en el momento en que corre hacia mí.

Y lo golpean. Haize abre mucho los ojos cuando la descarga eléctrica da de lleno en su espalda, cae de rodillas, jadeando, sin soltar la espada de sombra. Mi corazón late desbocado, casi no comprendo lo que veo. Mikel al fin parece haber reaccionado, se pone de pie, rodeado por esa luz azulada que ahora sale de su

cuerpo y da un par de pasos hacia su padre, rogándole que se detenga.

Pero Sugaar lo ignora y avanza hacia Haize. Otra descarga de electricidad brota del cuerpo del dios y los rayos golpean de nuevo a Haize, frente a mis ojos. Esta vez, Haize alza el rostro hacia el techo, dejando escapar un alarido de dolor, pero sin soltar la katana.

No, no. Esto no puede estar pasando.

Otra descarga de electricidad y el cuerpo de Haize se arquea de una forma terrible. La espada de Sombra resbala de sus manos.

Estoy mareada.

Sugaar se detiene detrás de Haize y le da una patada a la katana, que resbala un par de metros por el suelo del salón.

—¡Aita! —Mikel llega hasta él y lo sujeta de un brazo, el cuerpo de ambos emanando luz—. ¡Detente ya!

Pero Sugaar lo ignora y levanta su lanza.

—Tu amigo ha invocado algo terrible. —La voz de Sugaar retumba por todos lados—. Ya lo siento venir, Mikel. Está cerca. Y tendré que hacer esto para amenazarlo.

Sugaar empuja a Mikel, tan fuerte, que lo arroja al suelo no muy lejos de mí. Haize se tambalea sobre sus rodillas, con la mirada perdida y parece a punto de caer, pero Sugaar lo afirma del pelo con una mano, levanta la lanza con la otra y… No. ¡No!

Con fuerza la clava en la espalda de Haize.

Él abre mucho los ojos y la boca, en una exhalación. La lanza lo atraviesa y la punta larga y metálica asoma por su pecho. La sangre cae de forma estrepitosa al suelo. El sonido es horrible. Y no sé si es él quien no puede respirar, o yo, pero el mundo gira a mi alrededor. Esto no puede estar pasando. No puede ser real.

Estoy en una pesadilla.

Haize cae hacia un costado, con la lanza clavada y la sangre brota de su pecho, desparramándose por el suelo blanco. Sugaar se inclina y estira su mano hacia la lanza.

Va a arrancársela. Una corriente de adrenalina me recorre y de pronto es como si el tiempo transcurriera muy lento. Veo todo muy claro. Y sé lo que va a ocurrir. Estoy segura de que Haize morirá desangrado en el instante que Sugaar le arranque esa cosa del

cuerpo.

Mikel se abalanza hacia él, pero no alcanzará a llegar. Está muy lejos. Sugaar está a punto de tomar el asta de la lanza y yo me levanto, pero estoy aún más lejos que Mikel, y además, ¿qué puedo hacer yo contra un dios?

Los dedos de Sugaar alcanzan a tocar el metal de la lanza, pero se detiene. Un estallido de luz resplandece entre él y Haize y el dios retrocede un paso, maldiciendo en Euskera.

¿Qué mierda es eso? Mi corazón late desbocado. Mis pensamientos corren a mil por hora, tan acelerados como mi respiración, mientras trato de comprender lo que veo.

Una figura humana. La silueta de una persona se recorta entremedio del estallido de luz entre Sugaar y Haize. Una mujer. La luz empieza a disminuir y entre ellos hay una mujer joven, alta de un cabello largo y rubio. Los rizos dorados flotan, mágicos. Va vestida con camisa ajustada y pantalones azules ceñidos a sus piernas esbeltas. Desde aquí, solo veo su espalda.

Una luz blanca y verde claro que se me hace familiar, emana de todo su cuerpo.

—¿Como coño te atreves, Maju? —La mujer da un paso hacia él y Sugaar retrocede otro—. ¡Cómo carajo te atreves a tocar a mi hijo!

Al fin puedo respirar de nuevo. Oh, mierda, siento las piernas débiles. Los truenos retumban afuera y los dos dioses frente a nosotros se miran como si no hubiera nadie más que ellos dos en este lugar.

Mikel se deja caer junto a Haize. Observa con horror como la sangre sigue manando de su cuerpo y parece dudar si moverlo o no. Una punzada de terror se me clava en el pecho al ver el rostro pálido de Haize y su mirada perdida, su pelo negro desparramado sobre el suelo de mármol.

—Llévatelo de aquí, Mikel —ordena la madre de Haize, interponiéndose entre Sugaar y nosotros—. ¡Ahora!

—Tu hijo ha invocado a Gau con la espada. Joder, vas a tener que hacerte cargo de eso, Euria. —Sugaar ladea el rostro, mirando a la diosa—. Y la única forma de que te lleves a tu hijo, es que dejes al mío aquí.

Sugaar levanta una mano en un gesto y el genio que le obedece, Gorka, camina tranquilamente hacia Mikel, que toma con cuidado a Haize entre sus brazos, la terrible lanza aún incrustada en su pecho. Mikel gira el rostro hacia mí, emanando esa luz divina y veo el miedo en sus ojos, antes de que vuelva a bajarlos hacia a Haize. Atarrabi observa más allá, con los labios apretados y el rostro pálido. Hay demasiada sangre. El pánico me invade una vez más. Todo esto es un desastre. Mi pulso se acelera sin saber qué hacer.

—Miau.

Me sobresalto al escuchar a la gata. Mierda, me había olvidado de la gata. Nadie más parece fijarse en ella. La gata negra y pequeña me mira, sentada junto a la espada de Haize. La katana negra sigue tirada en medio del suelo de mármol blanco.

Y el miedo que me abruma es peor ahora. No porque Haize se esté desangrando en el suelo, o porque haya dos dioses frente a nosotros mirándose como si se fueran a abalanzar el uno contra el otro en cualquier momento. No es miedo porque el templo retumbe con la fuerza de la tormenta y amenace con echarlo abajo. Es miedo por lo que estoy a punto de hacer.

Mi pulso se vuelve más rápido. Y así como antes, me parece que cada paso que Gorka da hacia Mikel ocurre muy lento. Todo está claro para mí. Me olvido de todos y de todo. Me concentro en lo único que puedo hacer. Corro hacia la katana y, sin pensarlo un instante, la tomo de la empuñadura.

Un frío se expande desde mis dedos que la aferran con fuerza hacia el centro de mi pecho. Inspiro profundo, al tiempo que la oscuridad se me mete dentro, murmurando mi nombre. Murmurando palabras que no comprendo.

Amaia.

¿Qué…? No. Ignoro la oscuridad. Ignoro las palabras en euskera que susurra en mi alma. Haize, Haize. Tenemos que salvar a Haize, que se desangra entre los brazos de Mikel. Me aferro a ese pensamiento con todas mis fuerzas. Tenemos que salir de aquí.

Un segundo.

Levanto la espada y corro hacia Mikel. Gorka está a punto de alcanzarlos, pero al verme se detiene y me mira horrorizado.

Dos segundos.

—¡Mikel! —grito, con todas mis fuerzas.

Él se gira hacia mí y sus ojos azules se abren asustados ante lo que ve. No tengo idea qué es lo que ve. Pero solo duda un instante. Luego estira su mano hacia mí, sin soltar a Haize. Su padre da un paso hacia nosotros, pero la madre de Haize se interpone.

Tres segundos.

Tomo la mano de Mikel y mientras un frío atroz recorre mi cuerpo y un dolor araña mi espalda, me dejo caer junto a Haize y él.

Cuatro segundos.

Apoyo la katana contra el pecho de Haize y cierro los ojos. Las sombras se enroscan con locura a nuestro alrededor, el rugido es ensordecedor.

—Por favor, Itzal, diosa de las sombras —ruego y las lágrimas caen por mis mejillas, intentando recordar las palabras de Haize—. Llévanos a casa.

Jadeo. No funciona. Los dioses se giran hacia mí, clavan sus ojos divinos y terribles en mí. No siento el cuerpo, todo es frío. Todo es oscuridad.

Voy a morir.

Cinco segundos.

Miau.

Entonces lo recuerdo. Las palabras de Haize. Hace mucho. La katana me quema los dedos, me quema el alma. Pero grito con todas las fuerzas que me quedan.

—¡Etxera!

Las sombras nos tragan. Las sombras se meten dentro de mí.

Las sombras me devoran.

72. Dioses, parte 6

♡ Catalina ♡

Solo hay oscuridad. Y estrellas que no iluminan. No son más que destellos de colores salpicados a mi alrededor. No siento mi cuerpo. Solo hay frío. No tengo miedo, es un frío... agradable. Como si pudiera quedarme para siempre en este lugar sin tiempo.

Me siento... infinita.

Infinita en esta soledad.

Miau.

No. No estoy sola. Unos ojos violeta me observan, felinos, entre las estrellas.

Y no solo es ella. Frente a mí, también se alza una mujer. No comprendo sus facciones, ni su forma. Solo es una silueta de sombras, con un vestido de sombras. Y un cabello de sombras, en medio de este universo infinito.

—Ven, Amaia —ordena, con la voz de las sombras.

Y estira su mano de oscuridad hacia mí.

Pretendo ir hacia ella, pero la gata ya no solo es un par de ojos, sino que está de pie sobre sus pequeñas cuatro patitas, entre la mujer de sombras y yo.

—Miau.

La mujer de sombras baja su rostro hacia la gata.

—No es tuya, Gaba. Ahora me pertenece.

—Miau.

Las estrellas giran a mi alrededor, aunque no estoy segura dónde está mi cuerpo. Solo está la mujer de sombras, mirando a la gata. Y la gata, con su pequeño rostro alzado hacia la mujer de sombras.

—Eso no servirá, Gaba. Solo es una humana.

Esta conversación se me hace eterna. Y eso me preocupa. Tengo algo que hacer, algo importante. Pero no recuerdo qué. El tiempo acá parece infinito.

Catalina.

Una voz que es como una tormenta. Retumba por todos lados.

Entre las estrellas, los relámpagos brillan. Esa voz es como un trueno que trae algo de calor a mi corazón.

Mikel. Es la voz de Mikel.

—Por favor —doy un paso, al fin consciente de mi cuerpo en este lugar y recordando por qué estoy aquí—, déjanos ir a casa.

La mujer alza su rostro de sombras hacia mí.

—Esta es tu casa. —Estira su brazo y apunta hacia un lado. Veo a Mikel sosteniendo el cuerpo de Haize, como si estuvieran detrás de un telón de oscuridad—. ¿Me has llamado tú? ¿O fue Aideko? No lo sé. Pero la vida de él casi se extingue. Tal vez si la tomo...

—¡No! —Doy otro paso hacia ella, un miedo terrible amenaza la poca fuerza que tengo en mis piernas—. ¡Por favor no! Déjanos ir, haré lo que sea.

—¿Lo que sea?

—Miau.

—Bastan, Gaba. No es asunto tuyo. —La mujer levanta una mano, dejando estelas de oscuridad entre las estrellas—. ¿Me darás lo que sea, Amaia?

Mi alma palpita, mientras un trueno trata de pronunciar mi nombre. Catalina. Soy Catalina.

—Lo que sea.

—Pero... solo eres humana. Nunca cumplen. —La mujer parece dudar.

—Miau.

—Está bien. Si crees que eso es posible —dice, mirando una vez más la gata—, me fiaré de tu palabra en nombre de esta humana.

La mujer sonríe. No sé cómo, porque no veo su rostro, pero lo sé. Abre sus brazos y las sombras se expanden, haciendo desaparecer la visión de Mikel y Haize, comiéndose las estrellas.

—Eres testigo, Gaba, de su promesa. —La voz de la mujer está por todos lados y mi alma responde ante ella como la cuerda de un arpa, vibrando.

Mi cuerpo se desvanece otra vez. ¿Dónde estoy? No veo nada. El universo se aleja, o yo me alejo. No recuerdo nada.

Cobraré mi palabra.

ϟ Mikel ϟ

Soy un dios. Es lo que siempre quise, pero es lo peor que me ha sucedido en la vida. Nunca volveré a ser mortal. Yo despreciaba a los humanos mortales y ahora... daría lo que fuera por serlo otra vez. Por no emanar este maldito brillo azulado, por no sentir esta calidez en el pecho, que trata de calmarme, que intenta llenar con energía el agujero que tengo desde que sé... que sé que no podré irme con ella.

Y no solo es ella. Me alejarán de todo. No podré volver a jugar básquetbol, no podré seguir siendo abogado. Todo lo que me apasiona en la vida quedará atrás. ¿Qué era lo que me importaba tanto de ser un dios, cuando soñaba con ello? ¿Ser inmortal? Ahora me parece algo vacío si no puedo hacer lo que quiero. Si no puedo estar con la persona que amo.

La luz de la mañana hace resplandecer los muebles en la habitación de Haize. Sus armas, la madera de su escritorio. Aunque las sábanas de su cama no, porque son negras. Y eso es un alivio porque así tampoco resplandecen con la luz de mierda que emana de mi cuerpo, mientras miro a Catalina.

Sigue dormida, con la gata ronroneando sobre su pecho. Es una gata rara. No deja que nadie se acerque, ni siquiera yo. Fue todo un lío que me permitiera cambiarle la ropa. Como no tenía otra, tuve que ponerle una camiseta de Haize. Ahí la gata me dejó, pero ahora vuelve a estar sobre ella de forma posesiva. Si me acerco, me tira arañazos.

Joder, Catalina lleva horas sin despertar. Me siento de nuevo al borde de la cama y me cubro la cara con las manos. ¿Por qué tenía que ocurrir esto? Si ellos no se recuperan yo... Coño, no. Qué gilipollas soy. ¿Cómo puedo creer que lo peor que me ha ocurrido es convertirme en un dios? Lo peor que me podría ocurrir es que Catalina y Haize no vuelvan a despertar.

—No llores, Fakediós.

Mi corazón se acelera. Catalina parpadea con sus ojos como miel fundida bajo los rayos del sol.

—Enana... —Se me escapan las lágrimas y el alivio que siento es

abrumador. Me inclino sobre ella y toco su mejilla—. ¿Estás bien? Joder, pensé que... creí que...

Ni siquiera puedo decirlo. Pensé que no despertaría más. Mi estómago se retuerce porque ella me observa un momento, sorprendida, y sé que es por mi aspecto. Pero sonríe y es evidente que hace un esfuerzo por no verme como si fuera algo extraño. Joder, esto es horrible.

—Estoy... bien. Aunque tuve un sueño muy curioso. —Catalina se incorpora y se sienta con la espalda apoyada contra la cama, el pelo castaño cae desordenado sobre sus hombros. La gata lanza un maullido y sale corriendo. Catalina frunce el ceño mientras observa como se va por la puerta. Luego me mira y una sonrisa se forma otra vez en su rostro. Pero es una sonrisa triste—. Ojalá todo hubiera sido un sueño.

Sus labios tiemblan y sé que está tratando de no llorar. Yo me acerco y apoyo mi frente en la suya, respirando su aroma a shampoo, que se confunde con el aroma de Haize que impregna toda la habitación. La luz que emano, que parece lenguas de vapor azuladas deslizándose desde mi piel, dicen todo lo que ninguno de los dos está diciendo en este momento. Sé lo que Catalina está pensando. Ella sabe lo que estoy pensando yo.

—¿No se puede deshacer, cierto? —Su voz tiembla.

—Lo siento, enana, lo siento tanto. —Me duelen los ojos y no puedo detener las jodidas lágrimas—. Yo no quería, de verdad, no...

—Lo sé, Fakediós —dice y se le escapa un sollozo. Levanta la mano para tocar mi mejilla, pero se detiene.

Me mira dudosa y algo se aprieta en mi corazón.

—Enana, soy el mismo, ¿sí? —Tomo su mano y la apoyo en la piel de mi cara—, aunque me vea de esta forma. Soy el mismo y seguiré siéndolo.

Ella asiente, con los ojos brillantes por la luz que sale de mi jodido cuerpo y por las lágrimas que mojan sus pestañas.

—Ya sé —dice con voz ahogada. Levanta sus ojos hacia mí, con una sonrisa triste—, serás un dios excelente, Fakediós.

Su voz se quiebra.

—¡Pero no quería! —Joder, qué impotencia siento—. No quería

dejarte atrás en, mi casa. Pero una parte de mí no deseaba que... —Suspiro, pero el dolor que siento no escapa de mí—. Que tuvieras que presenciar todo lo que ocurrió frente a mi aita.

Ella se limpia las lágrimas y llora más.

—Fue horrible —dice llorando y sé que se refiere a la sangre, a los hombres que murieron frente a ella—, pero nada —solloza—, nada es más horrible que estar sin ti, Mikel.

Empieza a llorar desconsolada y hunde el rostro entre sus manos. Tengo el corazón acongojado. No sé qué decirle, qué hacer. Transcurren unos segundos y se detiene de pronto. Mira a nuestro alrededor, respirando agitada.

—¿Haize? ¿Dónde está? —Me mira y parece que los recuerdos recién vuelven por completo, porque sus ojos se abren mucho—. ¡Tu padre lo hirió! ¿Él está...?

—Está estable, tranquila. Él...

—¿Estable? —Catalina palidece—. ¿Qué quiere decir estable?

—Ni tú ni él habían despertado hasta hace un rato, enana —murmuro, tratando de no desesperarme yo también. Cuando llegué con el cuerpo inconsciente de Haize, parecía muerto. Apenas respiraba—. Su madre está con él. Ella podrá curarlo, estoy seguro. Es una diosa.

Pero Catalina estalla en llanto de nuevo y yo la abrazo, mientras aprieta con fuerza la camiseta negra que llevo puesta.

—Debimos irnos, en ese momento que pudimos —solloza.

—Hubiera ocurrido igual. —Paso mis manos por su cabeza, acaricio su pelo y respiro su aroma—. Hubiera sucedido mientras caminaba a tu lado. Mientras te veía reír. Es imposible seguir siendo el mismo de antes, ahora que te conocí. —No puedo evitar sonreír a pesar de la pena que tengo—. Todavía recuerdo como me reí cuando te electrocutaste en esa fuente. Cómo nos burlábamos viendo el vídeo, Haize y yo. La pregunta que me hizo mi aita solo adelantó algo que yo habría notado cada vez que mirara tus ojos, enana.

Ella se ríe, pero luego vuelve a llorar otra vez. El agujero que tengo en el pecho es como un cuchillo y ni siquiera esta luz de mierda que emana de mi interior lo puede calmar. Odio que esté llorando por mi culpa. Odio saber que va a sufrir por mi culpa.

Y lo que le he dicho es cierto. Ella me cambió. Su risa, su intensidad. La forma sincera de reconocer sus sentimientos, a diferencia de mí. Joder, amo la forma de vivir que tiene Catalina. Y lo que más me duele, lo que me va a torturar eternamente... es perderme todo eso. No seré yo el que esté ahí para vivir con ella.

Al menos, por un tiempo.

♡♡♡ Catalina ♡♡♡

Observo a Mikel a los ojos, esas pupilas brillantes, esos iris azules que parecen chispear de electricidad, al igual que el fulgor que emite todo su cuerpo. Su pelo negro se mueve ligeramente, como si lo acariciara una brisa invisible.

¿Podré acostumbrarme algún día a que tenga ese aspecto? Es tan hermoso. Casi parece que esté mal mirarlo. Aún peor tocarlo. Besarlo.

—Me muero por besarte, enana —murmura él, apoyando su frente contra la mía.

—¿Lees mis pensamientos como hacía tu hermano? —Sonrío, a pesar del dolor que siento—. No hagái esa weá.

Él suspira y su aliento tibio acaricia mi nariz, su aroma a guindas envolviéndome, tan intenso, que me llega a marear.

—No leo tu mente. —La sonrisa asoma en sus labios—. Solo eres evidente. —Acaricia mi mejilla—. No sé si algún día pueda hacer eso o es algo solo de Ata. No todos tenemos las mismas habilidades cuando... ascendemos.

Dice la palabra como si le doliera. Una lágrima resbala otra vez por mi mejilla y Mikel la limpia con su dedo pulgar.

—En verdad quiero besarte —dice y sus ojos miran mi boca, provocando que mi estómago se apriete, que un vértigo me invada, solo de ver el deseo en sus ojos—. Pero, está prohibido. No sé si...

Alguien golpea la puerta, que está medio abierta. Mikel dice que pasen y el padre de Haize asoma la mitad de su cuerpo. Igual que la vez anterior, solo lleva pantalones, y nada de la cintura hacia arriba, dejando expuesto todos sus tatuajes.

—Mikelatz —dice, sujetando la puerta con la mano—. Necesito

que hablemos un momento.

Mikel se aparta un poco de mí, pero no se levanta de la cama.

—Puedes hablar frente a Catalina. —Toma mi mano y enreda sus dedos entre los míos.

Aitor ingresa y camina hasta detenerse delante de la cama. Parece de mal humor.

—Me alegro de que esté mejor, señorita Arrieta —dice, sin sonreír.

—¿Cómo está Haize? —Se me aprieta el pecho de solo pensar en cómo lo vi la última vez.

—Está bien. Su madre le dio un poco de... —Aitor tuerce ligeramente los labios—. Bueno, lo ayudó. Ya se ha despertado. Pero Euria está furiosa, Mikel, hace mucho que no la veía así.

—No es para menos —murmura Mikel, frunciendo el ceño.

—No. Pero esto se podría poner muy feo si llega tu aita a buscarte. Y sabes que yo te recibiría siempre en esta casa, chaval, si de mí dependiera. —Aitor pasea los ojos por la habitación un momento y luego los vuelve a posar en Mikel—. Pero esto será un jodido desastre si Maju y Euri se pelean aquí. No nos afectaría solo a nosotros, sino a todo Bizkaia, por lo menos.

—¡¿Qué importa?! —Me inclino hacia adelante en la cama y de pronto me siento agitada, como si me costara respirar—. ¡Casi lo mató! ¡A tu hijo! ¡Y hablas como si el problema no fuera ese! ¡Que venga ese dios! ¡Y qué importa!

Aitor me observa con una tranquilidad que me enfurece aún más. Aparta un mechón de pelo castaño que se escapa de su moño y luego mete las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Enana, no digas eso. —Mikel habla muy despacio—. Entiendo como te sientes, pero no puede haber una pelea de dioses en el mundo mortal, sería terrible.

—Mira, Catalina, hacía falta que alguien pusiera a Haize en su lugar. Algún día —dice Aitor y sus ojos se oscurecen—. Tendrá que enfrentar algo mucho peor que Maju. De hecho, eso pudo ocurrir anoche y Maju tuvo que clavarle una puta lanza para detener la invocación.

—Tú le diste la katana. —Aprieto las sábanas entre mis manos—. Sabías lo que iba a hacer.

—Haize la robó. Pero sí, por supuesto que sabía lo que haría. Aunque admito —añade y rueda los ojos—, que a Maju se le pasó la mano.

Haize tiene razón. Están todos estos tipos, los dioses, están dementes. Estoy a punto de decirlo en voz alta, pero, mierda. Mikel se convirtió en un dios y... el dolor que antes sentía solo empeora de pensar que algún día él pueda llegar a ser tan frío como estas personas.

—Tranquila, enana. —Mikel acaricia mi mano—. Haize estará bien.

—Nadie estará bien si tú permaneces acá, Mikealtz. —Aitor clava sus ojos oscuros en él—. Si Maju pisa esta casa, esto será un problema que involucre a muchas más personas. Ya estás rompiendo las reglas solo de estar en esta habitación con la chica. Puede que incluso Aker venga a buscarte si es necesario. Y dudo —dice, ladeando el rostro—, que quieras a Aker cerca de ella.

Sé que debo respirar, pero me cuesta. La idea de que Mikel se vaya me aterra. Pero la preocupación en su rostro me lo dice todo. Se va a ir, y sé que no podré detenerlo.

Empiezo a desesperarme.

—Y esta vez —añade Aitor con frialdad—, no tendrás a Haize para luchar por ti.

Mikel separa los labios para decir algo, pero lo interrumpe una voz grave y suave detrás de Aitor.

—Mikel *siempre* me tendrá para luchar.

A pesar de la pena que tengo, mi corazón da un vuelco de alegría. Haize apoya el peso de su cuerpo en el umbral de la puerta y mi estómago se aprieta al ver los vendajes que cubren todo su torso hasta el pecho. La gatita Nami se asoma en la puerta, se frota contra los pantalones que cubren las largas piernas de Haize y luego da unos pasitos rápidos hasta la cama. Se sube de un salto y se acurruca sobre la colcha, donde se queda ronroneando.

—¿Qué? —Haize, mira a Mikel con una media sonrisa y se aparta el pelo castaño que cae húmedo sobre su frente—. ¿Pensabas irte sin despedirte de mí? ¿Yo, que casi di la vida solo para traerte? Y además, ahora te largas de nuevo...

Mikel sonríe y se pone de pie. Pasa por el lado de Aitor y en tres

zancadas cruza la habitación. Titubea un momento mirando a Haize y luego le da un fuerte abrazo, provocando que su amigo suelte un ligero gemido de dolor.

—Gracias —murmura Mikel, con el rostro hundido en el pelo de Haize—, gracias, Navaja.

—Siempre seré tu navaja, bebé. —Haize lo mira un momento a los ojos—. Aunque no sirvió para nada esta vez. Barkatu.

Sus palabras son un cuchillo en mi pecho. De verdad es como si alguien tomara algo muy filoso y me hiciera un agujero con él. Por un momento, todo me parece oscuro, aunque el sol de la mañana entre con fuerza por las ventanas. Por un instante, siento que no podré seguir viviendo sin él. ¿Cómo podré...?

Se escucha un golpe en algún lado más allá del pasillo. Los tres hombres se giran hacia la puerta, pero no hay nada más que las penumbras más allá.

—Siento la presencia de Aker, voy a ver qué sucede. —Aitor pasa caminando por al lado de Haize y Mikel y se detiene en el pasillo—. Trataré de que no entre en mi propiedad, pero debes irte Mikel, ahora. Tal vez pueda retrasarlo unos minutos.

Escucho sus pasos alejarse y quedamos solos los tres. Haize me da una mirada silenciosa con sus ojos oscuros y somnolientos y luego vuelve a posarlos en Mikel. Parece cansado.

—Despediros —dice—. No tenéis mucho tiempo, no dejes que Atarrabi la vea. —Frunce el ceño. Es raro ver a Haize tan preocupado —. Anoche, tu aita quería obligar a Cat a tomar la poción, Mikel. Es lo que harán si ella se expone. Y si me olvida...

—Se olvidará también de mí —dice Mikel, con un suspiro—. Lo sé.

—¡No voy a olvidarme de ti! —Me quito las sábanas de encima y gateo por la cama. Me siento en el borde, frente a ellos dos —. Hagan lo que hagan, yo no voy a olvidarme de nada ni de nadie. De ninguno de ustedes dos.

—Estoy seguro de que no —dice Haize riendo, pero al hacerlo, hace una mueca de dolor y se lleva una mano al pecho.

—¿Estás bien? —Mikel estira una mano hacia Haize, pero se arrepiente de tocarlo y la baja—. Coño, no le perdonaré esto a mi aita. —Sus ojos azules chispean, mirando los de su amigo—. Voy a

matarlo por lo que te hizo.

—Dudo que tú sepas cómo matar a un gatito siquiera, bebé —Haize pone los ojos en blanco, pero luego sonríe. Se aparta de Mikel y se apoya de nuevo en el marco de la puerta—. Pero gracias por el sentimiento. Tal vez yo te enseñe como hacerlo y observe tranquilamente como lo asesinas frente a mis ojos.

Mikel dice que será lo primero que haga cuando sepa usar sus poderes, pero luego frunce el ceño mirando a Haize.

—Espera, no me había fijado. ¿Qué es eso? —dice, ladeando la cabeza—. ¿Es un lunar?

La sonrisa desaparece del rostro de Haize.

—No jodas. Tus brillitos de mierda son peores, estoy seguro.

Mikel tuerce los labios y yo reprimo la sonrisa que me produce verlos juntos. Las lágrimas corren por mis mejillas otra vez. ¿Por qué tiene que irse? ¿Por qué no puede quedarse con nosotros?

Odio a todos los dioses. Odio sus estúpidas reglas. Observo a Mikel y Haize mirándose bajo el sol de la mañana. Las motas de polvo, iluminadas por el sol, danzan alrededor de ellos, brillando también cuando se acercan a la luz que emite el cuerpo de Mikel. Una vez más, aunque sea por un instante, me siento como una espectadora de lo eternos que son ellos dos. De esa complicidad en sus ojos, en palabras mudas que no se dicen.

Podría mirarlos para siempre. Y el ronroneo de la gata nos envuelve, como si este momento fuera solo para nosotros. Como si en verdad pudiera ser para siempre.

Mi odio a los dioses sí va a ser para siempre.

—Os dejaré solos. —Haize me observa un momento, aún apoyado en la puerta. El momento se rompe—. No tardéis demasiado. Estoy seguro de que si trato de detener a Ata, hasta él podría derribarme de lo débil que me siento.

En verdad parece débil. Su rostro está más pálido de lo normal y todo este rato que habló con Mikel descansaba su cuerpo en el marco de la puerta.

Se da media vuelta.

—Haize. —La voz de Mikel lo detiene justo cuando él comienza a caminar—. Regresaré. Pronto. No me quedaré allá mucho tiempo.

Haize se gira hacia él y sonríe. Luego da un paso y lo toma del cuello.

—Más te vale. —Me observa por sobre el hombro de Mikel y luego lo mira de nuevo a él, con la mano aún en su cuello—. O nosotros vamos a ir por ti.

Sonríe más, pero en vez de apartarse como pienso que va a hacer, se inclina y... deposita un beso suave y lento en los labios de Mikel.

Doy un respingo, mi corazón un vuelco. Mikel se estremece ligeramente, pero no se aleja de él y mi estómago se retuerce, de rabia, de celos, incapaz de creer que lo haya besado frente a mí. Haize se aparta, con una sonrisa maliciosa en los labios, nos da la espalda y ahora sí se aleja por el pasillo.

¡Maldito! ¡Lo odio! ¡Y Maldito Mikel que se dejó!

Ya no estoy triste. Estoy furiosa. ¡Puto Haize traidor! ¡Por qué lo besó!

—Oye, enana, cálmate. —Mikel se gira hacia mí y se ríe—. Solo se estaba despidiendo.

—¡¿Por qué él puede darte un beso y yo no?! ¡Fue tu primer beso como dios! ¡Lo odio! ¡Haize hijo de puta!

Mikel se frota el pelo con la mano, esos tontos brillos emanando de él.

—Creo que las reglas no aplican con él porque es un semidiós. Supongo que...

—¡Que se jodan! —Me levanto, y aunque yo también me siento débil, doy tres zancadas hasta Mikel y lo aferro de la camisa—. ¡No me interesan sus putas reglas! ¡No puedo creer que Haize te...!

Pero Mikel se inclina y... me besa. Las palabras mueren en mi boca, que se derrite ahí donde se encuentra con la suya. Jadeo, con el corazón como loco por sentir su calor otra vez. Las piernas me tiemblan y Mikel toma mi rostro entre sus manos. Su olor a guindas me envuelve. Separo mis labios y una tormenta de calor me abruma cuando nuestras lenguas se enredan.

Respiro agitada, Mikel rodea mi cintura, sin dejar de besarme y me empuja contra la pared. Yo me cuelgo de su cuello, respirando su aliento. Las lágrimas corren por mis mejillas y me pierdo en su

boca. Dioses, ojalá pudiera detener este momento. Ojalá pudiera congelarlo, para siempre.

Estoy besando a un dios. La magia que emana de su cuerpo pasa como un cosquilleo tibio desde sus labios hasta los míos. Baja por mi garganta como vino caliente. Cada movimiento de sus labios es como un trago, hace arder mi pecho, mi vientre, mi sexo.

—A mí tampoco me interesan sus jodidas reglas, enana. —Murmura, sus ojos azules clavados en los míos, el pelo negro meciéndose—. Volveré. No, no llores enana. Ya no quiero hacerte llorar más. Te prometo que volveré.

Sollozo, pero él me besa de nuevo, con más ganas. Nuestras respiraciones se confunden, nuestras lágrimas se confunden y el calor de su cuerpo contra el mío es abrumador. La energía azulina que emite es un cosquilleo en el aire y en mi sangre. El beso de Mikel se vuelve más apasionado, desesperado y con el dedo índice recorre el perfil de mi rostro y luego mi cuello. Baja hasta mis pechos y yo suelto un gemido cuando rosa mi pezón, por encima de la camiseta negra de Haize que llevo puesta.

—Desearía tanto —murmura, sus labios contra los míos—, quedarme aquí, en este momento... por toda la eternidad.

Abro los ojos y encuentro los suyos, azules, mirándome mientras respira agitado, el pelo negro revuelto bajo ese halo de fulgor azulado. Sus pestañas están húmedas y una lágrima silenciosa cae por su mejilla.

—Te amo, Mikel —sollozo, incapaz de controlar mi pena.

Él deja escapar el aliento, que hace cosquillear mi nariz y apoya su frente en la mía.

—Cuando vuelva, espero que hayas aprendido algo de euskera, enana —murmura, contra mis labios—. Maite zaitut, Catalina.

Las lágrimas corren por mis mejillas y un dolor cálido inunda mi pecho al comprender sus palabras.

Te amo.

¿Por qué entiendo lo que ha dicho? ¿Será que había oído esa frase en euskera antes?

—Siempre —murmuro y lo beso otra vez—. Siempre voy a amarte, Mikel.

—Siempre —repite él, apretando más su cuerpo contra el mío.

Sujeto su rostro, desesperada por tenerlo, por sentirlo. Él mete su mano por debajo de mi camiseta y la levanta, acariciando mis piernas y más arriba. Empiezo a bajar mis manos por su pecho y el deseo se mezcla con la terrible pena que tengo. Se funden como su respiración y la mía, como su necesidad con la mía.

—¡Mikelatz! —La puerta se abre y Aitor ingresa en la habitación y mira para todos lados. Cuando nos ve enredados contra la pared, abre mucho los ojos—. ¡Qué coño hacéis! ¡Te tienes que ir ya!

Mikel maldice y cierra los ojos un momento, respirando agitado. Yo me bajo la camiseta y me limpio las lágrimas. No estaba razonando. Es como si Mikel fuera ahora más a adictivo que antes. Su piel se ve tan suave, ese brillo que tiene, esa energía colándose entre mi lengua es… Pagaría mi vida porque pudiera quedarse un día más. Un día más. Un día más.

Mierda. ¿Qué estoy pensando? No quiero un rato con Mikel, quiero estar con él para siempre.

—¡¿Sois idiotas?! —Aitor lo toma del brazo y tira de él. Aunque Mikel se haya convertido en un dios, Aitor es un poco más alto y sus brazos musculosos y tatuados más gruesos que los del Fakediós—. ¡No podéis hacer eso! ¿En serio queréis que se la lleven y la hagan olvidar, como hicieron con Mari?

Mikel aprieta los labios y se pasa una mano por los ojos. El momento se rompe. El puto trance en el que yo estaba se rompe. Mikel se va a ir. La magia que emana es como una droga, me hizo olvidar por un momento la situación de mierda en la que estábamos.

Y ahora, que se separa medio metro de mí, la realidad se siente todavía peor. Un nudo se forma en mi garganta.

—No. Aitor, tienes razón, barkatu. —Mikel me mira con una tristeza que hace pedazos mi corazón—. Voy de inmediato. Dame un momento, ¿vale?

Aitor nos mira ceñudo, murmura algo en euskera y sale de la habitación, pero veo su sombra en el umbral, por lo que sé que se ha quedado al otro lado de la puerta.

Mikel se acerca, acaricia mi mejilla y deposita otro beso en mis labios. Su boca y la mía se encuentran en un instante que se me

hace eterno, infinito y luego, cuando separa sus labios, siento que fue demasiado breve; que necesito más. Siempre necesitaré más.

—Volveré, enana.

Trato de respirar, a pesar del nudo de dolor que se atora en mi garganta. Alzo los ojos hacia Mikel e intento no derrumbarme ante la belleza de sus ojos azules.

—¿No me vas a olvidar, Fakediós?

Veo la tristeza en sus pupilas. Sé que mi pregunta le dolió, pero no puedo evitar dudar. Porque él va a ser eterno y yo... Yo no.

—Por favor, no vuelvas a decir eso —murmura y una lágrima escapa de sus pestañas. Toma mi rostro entre sus manos, mirándome fijamente—. Escúchame, enana. Prefiero morir antes que olvidarme de ti. Aunque sea un dios, moriré antes de olvidarme de ti. ¿Lo entiendes?

Asiento y sollozo como una idiota. Mikel besa mis mejillas, besa mis lágrimas, besa mis ojos.

—Tú tampoco me olvides, enana —Me da un último beso.

—¡Jamás te olvidaría! —Lloro, mientras acaricia mi nariz con la suya—. Hagan lo que hagan tu papá o tu hermano, ¡no voy a olvidarme de ti!

—Haize no dejará que se te acerquen, enana. Confía en él. No confíes en nadie más que en él.

—Ya sé.

—¡MIKELATZ! —La voz de Aitor retumba del otro lado de la puerta.

—¡Voy! Coño.

Mikel aprieta sus labios una vez más contra los míos y respiro su aroma dulce. Se aparta un poco, sus ojos azules se clavan en mí, como si quisiera capturar este instante, igual que yo, para siempre.

—Te extrañaré —murmura y retrocede.

Su cuerpo emite ese fulgor azulino y su pelo negro se mece con suavidad. Intento grabar en mi alma cada destello de sus ojos. Mikel suelta mi mano, sin dejar de mirarme, como si le costara toda su voluntad alejarse de mí.

Y en el instante que sus dedos dejan de tocar los míos, el mundo se derrumba a mi alrededor. Mis sueños caen desmoronados,

mientras observo sus labios carnosos sonreírme por última vez. Hay pena en sus ojos azules. Pero en la tormenta de emociones que veo en ellos, también hay una pizca de ilusión.

Intento mantenerme firme cuando él inspira profundamente, aparta sus ojos de mí y se gira hacia la puerta. Me quedo helada con cada paso que da, con los restos de su aroma a guinda impregnados en mi piel, con el corazón desbocado y un escalofrío que se apodera de todo mi cuerpo. Lo escucho hablar algo en euskera con Aitor mientras sus voces se alejan por el pasillo y, aunque el sol ilumina todo el cuarto, la oscuridad se alza a mi alrededor. Me ahoga. No puedo, no puedo respirar. Me apoyo contra la pared, intentando asumir todo esto, haciendo lo posible por calmar mi mente, por no enloquecer. La gata Nami ronronea a los pies de la cama y yo creo que me voy a morir.

No sé cuánto tiempo transcurre, si segundos o minutos. Intento quedarme acá, sé que no debo exponerme a ver a Atarrabi. Pero no puedo con esto. No volveré a besarlo. No volveré a abrir los ojos y encontrar los suyos después de dormir con él.

Tal vez nunca más.

—¡Mikel!

Empujo la puerta, corro por el pasillo y mi visión se nubla por las lágrimas, mientras mis pisadas suenan sobre el suelo de madera. Doblo en una esquina y dudo un momento, confundida entre las paredes de piedra de la mansión Lantzer, pero giro hacia mi derecha por instinto, siguiendo lo que creo que es su presencia. La magia que hace unos minutos recorría mi cuerpo me llama.

Un par de hombres armados me observan silenciosos cuando paso corriendo entre ellos, abro las puertas del recibidor y salgo a una terraza en el jardín, respirando agitada.

Ahí, a varios metros lejos de mí, entre los árboles y de pie bajo la luz del sol, está Mikel junto a Atarrabi, Aitor y Haize. Voy a dar un paso hacia ellos, pero alguien me sujeta de la cintura.

—Catalina —La voz de Trineded es un susurro—. Lo siento, pero no puedes ir.

Gimoteo llorando, pero ella rodea mis brazos, afirmándome y no tengo fuerzas para luchar más. Ella me da explicaciones, me dice

cosas, pero no entiendo. No entiendo.

Mi visión se nubla. Más allá, Mikel emite esa luz azulada que se percibe incluso a la luz del sol, como una tormenta eléctrica que desafía la claridad del día. Casi parece absurdo, imposible, que ese chico alto, con una camiseta negra y unos simples jeans gastados, sea un dios.

Entonces, el aire entre Atarrabi y él se desgarra, como desgarrado por unas zarpas invisibles, creando una fisura vertical de bordes luminosos. Del otro lado no se ve nada, solo el más puro e infinito blanco. O negro. No sé.

Me quedo paralizada. El corazón me duele de tan agitado que está. Es un portal. Y sé que cuando cruce eso lo voy a perder. Mikel está a punto de entrar al portal, pero se detiene. Gira su rostro hacia mí y titubea. Atarrabi lo toma del brazo, le dice algo que no alcanzo a oír bien y Mikel aprieta los labios. Luego se inclina hacia Haize, murmura algo en su oído y Haize asiente y le da un apretón con cariño en el hombro.

Mi corazón se detiene. Las piernas no me responden. Sé que debería correr hacia él, aferrarme a él con todas mis fuerzas, pero... Mikel me sonríe una vez más, una sonrisa triste y me da la espalda. El mundo se vuelve gris en el momento en que da un paso y cruza el portal. El mundo pierde sentido en el instante que Mikel se va.

Desaparece. Como si nunca hubiera estado aquí. No queda ningún rastro suyo bajo el sol del mediodía. Y no sé qué es de Atarrabi, o de Aitor o de Haize.

Ni siquiera sé quién me afirma entre sus brazos mientras yo me desmorono.

Duele. Solo sé que duele y que...

Mierda.

No sé si lo podré soportar.

Haize

Raras veces en la vida he sentido miedo. Incluso cuando me siento derrotado, en esos días malos, lo que más me abruma es frustración, angustia o ganas de morir. Difícilmente siento miedo,

pues en esos días no me importa nada.

Y para sentir miedo, las cosas deben importarme.

Y en este momento, de pie en las penumbras del pasillo, abrir la puerta de mi propio dormitorio me parece algo aterrador. Porque no tengo idea de cómo enfrentar a la chica que está del otro lado, llorando de una forma tan dolorosa que destroza algo muy profundo dentro de mí.

Así que, no lo hago. La dejo sola, ahí en mi habitación. No tengo el valor para entrar. Me quedo aquí, sin saber cómo ayudarla. No, estoy seguro de que no hay nada que pueda hacer para ayudarla. Apoyo mi frente en la madera de la puerta y aprieto los labios, las manos, impotente.

Le prometí que lo traeríamos de vuelta, joder. Le prometí que todo saldría bien. Me detesto. Me odio a mí mismo porque, aunque mis días malos son horribles, los que son demasiado buenos también lo son. Porque en esos días me creo invencible, capaz de todo, de lograr lo que sea. Como ayer, cuando le prometí que todo saldría bien.

Esos días... soy un imbécil.

Le mentí.

Y una mierda.

Les fallé a los dos.

El nudo en mi garganta es tan doloroso como la lanza que ese dios de mierda me clavó en el pecho. Cierro los ojos, mientras los sollozos de Catalina al otro lado me recuerdan mi propio fracaso.

Y duele. Tal vez mi madre no sanó la herida bien. Porque esto... joder, esto duele demasiado.

♡ Catalina ♡

No podía seguir de pie. El mundo me parece frágil y mis piernas débiles desde que él se fue. Incluso el suelo de la habitación de Haize, donde llevo horas sentada, se siente inestable. Lo único firme es la puerta en mi espalda, como si la madera fuera lo único real en este lugar; como si tuviera alguna especie de fuerza que puede sostener lo poco que queda de mí.

Y lloro. Lloro desesperada. Lloro hasta que me duele el alma.

Otra vez pierdo la noción del tiempo. En realidad, no sé si han transcurrido cinco minutos o una hora, o tal vez un día completo. Solo sé que ya no me quedan lágrimas. Y ese es el problema. Aunque quiero rendirme, aquí estoy, cansada. Sintiendo sueño, hambre. Como si la vida me recordara que debo seguir.

Como si me obligara a seguir.

Quiero dormirme, no despertar. No sentir este dolor, olvidarme y...

No. ¿Qué estoy pensando? Alzo la vista hacia la cama, donde Nami duerme tranquila sobre la colcha. ¿Qué me sucede? Ya me ofrecieron una vez esa opción. No sentir este dolor, no sufrir cuando él se vaya. Él mismo me lo ofreció. Sus palabras están grabadas como fuego en mis recuerdos; esa tarde en el baño mientras nos quitábamos la ropa, enredados. Un recuerdo que ahora solo me produce dolor.

Si pudieras elegir olvidarte de mí, de todo lo que pasó. De que existí, ¿lo harías?

La voz de Mikel en mi memoria me parece tan real como la escuché hace unas horas.

¿No preferirías jamás haber sabido de mí y no extrañarme ningún día de tu vida?

Cierro los ojos e inspiro, limpiándome las lágrimas. Recuerdo bien. Había tanto dolor en su mirada cuando me lo preguntó.

Nunca, jamás preferiría eso.

Me levanto. Y aunque me duele respirar, camino. Doy un paso y otro. Luz de la tarde, el ronroneo de un gato y mi dolor. Intento alejar el dolor. Cruzo la habitación y me siento en el escritorio de Haize, bajo los últimos royos rojos del sol.

¿Cuánto tiempo debe pasar para que, por ser un dios, empiece a olvidarme de Mikel? ¿Una hora o tres? ¿Un día? Porque todavía siento su aroma impregnado en mi piel, su calor, sus besos tibios en mis labios. El dolor aún arde con cada pensamiento que tengo sobre él.

Me parece imposible que pueda olvidarme de él.

Pero no me voy a arriesgar. En algún momento tendré que volver a Chile. Debería preguntarle a Haize cómo mantener mi vínculo con

Mikel, pero mientras tanto, voy a asegurarme de que lo recordaré. Lo recordaré como sea.

Me acomodo en la silla del escritorio y la gata Nami salta sobre mis piernas, donde se acurruca. Me limpio las lágrimas y paseo la mirada por el mesón, que está lleno de cosas raras. Partes metálicas, parece que de armas o cosas tecnológicas. No sé para qué sirven, pero mejor ni las toco. Sin embargo, al lado de una pila de mangas, hay un cuaderno y un vaso con lápices.

Me cuesta pensar y me duele el pecho. Pero igual intento concentrarme. Debo hacer esto, es lo más importante. Los ojos me duelen, pero tomo un lápiz y abro el cuaderno en cualquier página, buscando alguna en blanco. Y mientras las lágrimas caen por mis mejillas, escribo.

No me pienso olvidar de Mikel.

"Soy Catalina y esta es la historia de cómo me enamoré de un dios.

Y aunque me duela —las lágrimas arrugan la página—*, aunque me rompa el corazón* —mi mano tiembla, arrastrándose por el papel, trazando cada letra— *aunque pasen cien años para mí y uno solo instante para él...*

Nunca lo olvidaré."

FIN

ϟ ♡ ϟ

Epílogo. Amai.

Querida lectora. Te ofrezco la posibilidad de llegar hasta aquí.

Tomas la píldora azul... la historia termina, cierras el libro y crees lo que quieras creer.

O Tomas la píldora roja... te quedas en el País de las Maravillas, y te enseño lo profunda que es la madriguera del conejo.

O más bien, en este caso… Lo profundas que son las cavernas de las brujas que caminan por Euskal Herria.

Si tomas la píldora roja… Voltea a la siguiente página y vivamos juntas esta aventura.

Epílogo. Amai, parte 1

Una semana después de la partida de Mikel

Es un día hermoso, las flores del jardín de la mansión Lantzer resplandecen en colores bajo el sol y la brisa que mece los árboles alborota mi cabello y el de Mikel. Él observa el pequeño bosque que rodea la casa y que proyecta la sombra donde estamos cómodamente sentados. El perfil de mi Fakedios se recorta contra el celeste del cielo y… uff, creo que llevo varios minutos observando la perfección de su frente recta, de su nariz y de sus labios. De su pelo negro alborotado al viento.

—Adoro esto —murmura Mikel y baja sus ojos azules y eléctricos hacia mí.

—¿Esto qué?

—Esto —repite y levanta nuestras manos entrelazadas, sus dedos tibios enredados con los míos—, estar contigo, enana.

Sonríe y mi corazón se derrite ante la dulzura de su mirada. Su aroma dulce a guindas me envuelve y él sonríe más con esos labios carnosos. Me muero por besarlos. Me muero por tenerlos contra los míos, por sentir su calor.

Pero no puedo.

Porque Mikel no está. Estoy sola sentada en una banca en medio de los árboles, del atardecer y del calor del verano.

Aunque en Euskadi es invierno.

—¡Mikel! —Me levanto, con el corazón latiendo desesperado contra mi pecho y con el olor a guindas aún impregnado en mis recuerdos. Me giro hacia todos lados, buscándolo—. ¡MIKEL!

Mi grito se pierde en el viento, entre las sombras del bosque, o tal vez en la casa que ya no es una casa, solo oscuridad. Y escucho otra vez un grito terrible, desgarrador. ¡MIKEL! Es mi propia voz. Pero yo no estoy gritando, estoy llorando de rodillas sobre la hierba mientras ruego para que este dolor se detenga.

Que se detenga por favor.

No puedo respirar.

Duele tanto.

Duele mucho.

Despierta.

Mierda, aferro la camiseta sobre mi pecho, como si tirar de ella pudiera arrancar el dolor que me está destruyendo. Intento respirar, pero no puedo, es demasiado intenso.

—Por favor —sollozo—, por favor vuelve.

La oscuridad me rodea. Levanto la mirada, brumosa por mis lágrimas. Lo que antes eran sombras de los árboles ahora son tentáculos negros que giran a mi alrededor, cada vez más altos, más amplios, encerrándome.

Puedo aliviar tu dolor.

Consigo respirar. La oscuridad es fría, pero el frío es mejor que el dolor. Esa voz es extraña, antigua. Pero me es familiar.

Despierta.

No. No quiero despertar.

No quiero. Mikel no está ahí.

Puedo aliviar tu dolor.

Cierro los ojos y estoy a punto de rendirme, de dejar que la oscuridad me abrace, pero otra voz, aún más cercana y fuerte, me remece.

—¡Joder, Cat, despierta!

Y despierto. Ahora lo sé, porque cuando despiertas, no hay dudas de que es real. Y eso es todavía más doloroso, porque sé que Mikel no está aquí. Solo era un sueño. Una pesadilla. Nunca estuvo aquí.

Mierda, nunca estuvo.

—Cat, tranquila.

Está oscuro, pero ya no hace frío. Unos brazos cálidos me rodean. Huele dulce, aunque no es el aroma que yo quisiera sentir. Respiro agitada, igual de confundida que en el sueño.

—Estaba ahí —murmuro. Las lágrimas cosquillean en mi piel mientras descienden—. Era tan real. Era él.

Estallo en llanto de nuevo y hundo el rostro en el pecho de Haize. Aferro entre mis manos la camiseta que lleva puesta, apretándola

con tanta fuerza que me duelen los dedos.

—Dijiste que volvería. —Sé que no tiene sentido, que no es su culpa, pero las palabras escapan sin que pueda evitarlo—, dijiste que lo traeríamos.

Haize murmura algo, pero no entiendo qué. Mis labios se sienten repentinamente tibios. Un líquido cálido que escurre por mi boca, por mi garganta. Trago lo que sea que me están dando de beber. Escucho unas voces hablar en un idioma que no entiendo y de pronto solo hay oscuridad otra vez.

Oscuridad y olvido.

Se siente bien.

Dos semanas después de la partida de Mikel

Haize

No es un buen día, pero ninguno lo ha sido desde que Mikel se fue.

Siempre supe que sería así, que él ascendería antes que yo y que tal vez, en algún momento, lo alcanzaría. Porque a diferencia de mí, Mikel siempre sabe lo que quiere. Yo ni siquiera… ni siquiera sé si deseo ser un dios.

Coño, se suponía que esto iba a ser simple. Yo disfrutaría de mi juventud, y era obvio que extrañaría a Mikel porque siempre ha sido mi compañero, pero tendría la certeza de que lo volvería a ver. No se suponía que hubiera otra persona llorando por él. O quizás sí, porque siempre había gente enamorada de él. Pero, joder, no se suponía que esa persona me importara.

—¿Estás aquí por ti o por la chica?

Alzo el rostro ante la voz de mi ama. Sus ojos verdes pálidos son como un estanque de agua cristalina, brillan ligeramente en las penumbras de la sala del Kideak. Estoy seguro de que esos ojos leen mi alma, aunque no pueda hacerlo con mis pensamientos. Euria me observa un momento y luego camina hacia mí, y a pesar de que la tela de sus pantalones es un sencillo algodón negro, cada paso que da los hace ondear como si fueran mágicos. Tal vez lo son. Cada paso es tranquilo, como si pudiera tardar cien años en llegar hasta mí y no importara. Y posiblemente no le importaría. El tiempo transcurre diferente para los dioses.

—Lo que importa es que estoy aquí, amatxu[48].

Ella sonríe y las sombras de su rostro se estiran, más angulosas por las escasas luces anaranjadas de las lápmaras que cuelgan de las paredes. Huele a lluvia.

—Eso es menos cierto de lo que crees, Haizea[49]. Debes saber qué es lo que quieres —murmura. Estoy a punto de replicar, pero

alza sus manos y acuna mi rostro entre ellas, como hace desde que era un niño. Están tibias. La sonrisa desaparece de su cara y sus ojos adquieren una oscuridad que nuca le había visto—. Hace cientos de años que no sentía tanto miedo. Incluso sabiendo que Maju nunca te mataría, por un instante, cuando vi toda esa sangre… —Agita su cabeza y su largo cabello dorado emite destellos rojizos. Cierra los ojos e inspira—. Fue demasiado lejos. Podría haberse equivocado. Podrías haber… —Abre repentinamente los ojos, incapaz de terminar la frase y mi corazón se retuerce ante la angustia que veo en ellos—. Desearía tanto que hoy mismo siguieras a Mikel, que fueras un dios y no tuviera que temer por tu vida de mortal nunca más.

Mi corazón se acelera y tragar se vuelve difícil. Lo dice como si aquello fuera imposible, como si seguir a Mikel no fuera posible.

—¿Acaso no podría? —Titubeo, porque no quiero que confunda esto con una petición—. Si *eventualmente* quisiera… —Recalco bien la palabra en condicional—. Si *quisiera* ir con Mikel, ¿podría verdad?

Un segundo. Dos. Tres. Cuento una veintena de latidos de mi pulso durante los que ella ni siquiera pestañea.

—Sí, si quisieras —dice y sus labios se mueven lentamente—, podrías.

La angustia profunda que me carcomía por dentro se calma y me doy cuenta de que no fue solo la manera en que mi madre lo dijo, sino que me preocupaba el asunto desde que vi a Mikel irse por ese portal. Una cosa era saber que algún día se marcharía y otra, muy distinta, fue verlo realmente partir.

¿En serio una parte de mí estaba pensando en ir tras él? ¿A pesar de lo que prometí?

Cuídala.

Inspiro profundo, mientras mi madre me observa como si quisiera leer en mis ojos las dudas que me acosan. Las palabras brotan de mis labios antes de que piense demasiado.

—¿Podría Cat…?

—¿Por qué preguntarme cosas que ya conoces la respuesta? —Mi madre me interrumpe, ladea el rostro—. Ella no puede ir. Aunque se lo esté pensando. Aunque se lo esté tomando muy en serio.

¿Que Cat se lo está tomando en serio? Coño, lo cierto es que se lo está tomando fatal. ¿Sabe mi madre de sus pesadillas? ¿Sabe lo que yo siento cuando escucho sus sollozos mitigados por la pared que separa nuestras habitaciones?

Estoy a punto de insistir, pero… pasos. Se oyen pasos más fuertes y apurado de lo usual.

Me giro y por instinto llevo la mano a la pistola que cuelga de mi cinturón, porque la puerta de la sala se abre con violencia. Pero no alcanzo siquiera a tocar el arma y me detengo. Solo son mi aita y Denitz… Traen a Cat. Denitz la tiene tomada del brazo de manera demasiado agresiva y la hace entrar a regañadientes en la sala. Mi estómago se encoge. Es casi absurdo que ella venga con un pequeño pijama rosa con conejitos estampados en el short y camiseta de tirantes, mientras a su lado mi padre camina con un traje formal que debe costar 500 euros cada pieza. Supongo que venía de una reunión matutina. Y Cat, de la cama.

Denitz empuja a Cat con más brusquedad de la que debería y los ojos color miel de ella destellan furiosos, el pelo desordenado, mientras camina con dificultad. La sangre me hierve al ver como la están tratando. Especialmente sabiendo lo mal que lo ha pasado estos días.

Cuídala.

Denitz debería agradecer que hoy amanecí de buen humor.

♡ Catalina ♡

Me duele el cuello en la zona donde Denitz me afirma, pero no me interesa. No me quejo. Llevo dos semanas sobreviviendo gracias a las infusiones que Trineded me ha dado para no llorar todo el día. Pero me dejan somnolienta y confundida. Es primera mañana que no las tomo y que estoy bien despierta. Este dolor en mi cuello no es nada. El que siento desde que él se fue es tan fuerte, que apenas puedo respirar.

Todo lo demás da igual.

¿Cómo puedo volver a verlo? Es en lo único que puedo pensar. Creí que la espada de Sombra de Haize podría llevarme hasta él de

nuevo, pensé en usarla pero… estaba segura de que no me la prestaría otra vez.

De hecho nunca me la prestó.

Ahora Haize nos observa, de pie frente a nosotros en medio de esta habitación pequeña pero elegante. Cojines de seda coloridos cubren el suelo y un hogar con fuego encendido chispea en la pared del fondo. ¿Por qué está solo? Cuando entramos, juraría que hablaba con alguien. Sus ojos oscuros nos miran y parece confundido un momento.

No parece enfermo. Como no lo veo desde que Mikel se fue, creí que tal vez aún no se recuperaba. Que se sentía mal y por eso solo me visitaba Trineded. Pero no. Se ve casi normal. Como siempre que está en la mansión, Haize solo lleva unos pantalones negros y holgados, a la cadera. Los tatuajes que entintan la piel clara de su torso y brazos parecen cobrar vida bajo las sombras proyectadas en la habitación. Solo su pecho está cubierto por vendajes, protegiendo la herida donde Sugaar lo atravesó.

Maldito dios de mierda.

El recuerdo hace que me estremezca, pero trato de no pensar en eso. No solo por lo terrible que fue creer que Haize iba a morir, sino porque también me lleva a pensar en Mikel. Y no puedo pensar en Mikel. No sin largarme a llorar aquí frente a todos.

Y ya no quiero llorar más. Llevo tantos días así, que creo que mis ojos no podrían aguantar si continúo. No. Lo que quiero es recuperarlo.

Me trago mi dolor y observo a Haize. Hoy su pelo es casi negro. Sus ojos rasgados y somnolientos, como si todo le diera pereza, se posan ahí donde Denitz aprieta mi brazo.

—¿Puedo saber…? —Haize camina despacio hacia nosotros, mira a Denitz y sus labios se curvan hacia un lado en una sonrisa—. ¿Por qué llevas a mi querida invitada tomada de esa forma tan poco educada?

Hay cierta frialdad en su voz. Hay algo distinto en él, aunque no estoy segura de qué es. ¿Habrá pasado algo estas semanas? O quizás solo sea lo que Mikel dijo en el avión. Eso de que Haize se comparta distinto con su familia. Sus piernas largas dan pasos

tranquilos y seguros hacia nosotros, confirmando que no se siente adolorido. Entonces, ¿por qué me dejó sola estas dos semanas? Mi única compañía en esta mansión ha sido Trineded y Nami. Mi gata. Ahora es mía. No la pienso devolver. Creo que, si no es por esa pequeña criatura peluda, ni siquiera hubiera sido capaz de levantarme, a pesar de las infusiones. Su ronroneo me calma. Es mágico.

Haize se detiene frente a nosotros. Cruza una mirada con su padre y luego clava sus ojos oscuros en Denitz. Cuando habla, su voz es fría y filosa como una navaja y empiezo a preguntarme si por eso lo llaman así.

—Utzi[50].

El chico hace caso, aunque de forma brusca. Prácticamente me arroja contra Haize. Por alguna razón, este chico me odia. Tropiezo, pero antes de caer, Haize me afirma de los hombros.

—¿Qué coñ…? —Comienza a preguntar, mirando a Denitz.

—La pillé en tu habitación. Estaba intentando robarse tu katana —dice el rubio, interrumpiéndolo, como si esa explicación bastara para que Haize apruebe la forma en que me están tratando.

Pero Haize simplemente baja sus ojos hacia mí.

—¿Es verdad, Cat? —Su voz no me dice nada. Ni si está enojado o decepcionado, nada.

Alzo el rostro y sostengo su mirada.

—Sí.

Haize entorna los ojos un momento, mirándome pensativo. Un mechón de cabello oscuro cae sobre su frente y aunque por un instante cruza por mi mente el recuerdo de él riendo como un loco y disparando contra los guardias, no siento miedo. Es Haize.

Aunque haya sido atroz. Aunque haya visto a esos hombres desangrarse y…

—Cat no se encuentra bien, vio cosas muy difíciles en Arimeterria —dice Haize, como si adivinara lo que yo estaba pensando.

—Bueno, como he dicho en otras ocasiones. —Aitor se acerca y alza las manos—. Ladrón que roba a ladrón, cien años de perd…

—No jodas, Aitor. No volváis a tratarla así. —Haize lo mira molesto

a él y a Denitz. Luego rodea mis hombros con su brazo y me empuja suavemente por la sala en dirección al lugar donde él estaba antes, en el centro—. Además, Cat no puede robarme algo que de todas formas le daría si me la hubiera pedido —dice sin soltarme mientras caminamos.

Eso me sorprende porque Haize es muy celoso con esa espada.

—¿En serio? —susurro, alzando la mirada hacia él.

Tal vez debí pedírsela. Me empiezo a sentir mal y traidora. Él Inclina un poco el rostro, de forma que su padre detrás de nosotros no lo vea y sin emitir sonido alguno, para que solo yo pueda entenderlo, modula con sus labios claramente la palabra "ez"[51].

Estúpido.

Pero al menos no me ha acusado de traición y hurto en frente de Aitor. Y aunque sea el padre de Haize, todavía no me acostumbro a este señor. Tiene algo en su forma de andar, en esa manera tan segura de cada movimiento que hace, que no parece del todo humano. O tal vez sea esa energía poderosa que transmite. O quizás porque sé que tiene más de doscientos años.

O quizás, solo da miedo porque sé que es un mafioso.

—Espera en silencio, Cat —murmura Haize.

Quisiera preguntarle por qué, pero me contengo. Ya me pillaron tratando de robar una espada mágica en la casa de unos terroristas vascos, o lo que sea que haga esta familia, por lo que mejor no causo más provocaciones por ahora. No hasta saber como mierda ver a Mikel.

Además, el aroma a frutillas que emana de Haize se siente familiar y me calma. Me siento mejor aquí que encerrada en el cuarto llorando. ¿En qué momento me acostumbré a él? Reprimo un escalofrío porque recuerdos repentinos cruzan por mi mente. El dolor que he sentido estas noches y unos brazos cálidos conteniéndome.

Mierda, ¿tan drogada estaba que no lo recordaba? Haize no me dejó sola estas dos semanas. ¿Por qué no fue a verme de día? Como sea, estuvo conmigo en las noches y, ahora que lo recordé, sí que me siento mal por haber intentado robar su espada.

Nos detenemos ante a un grupo de cojines vacíos. Parecen organizados unos frente a otros. Haize suspira de forma exagerada y mira hacia el techo alto, cruzado por gruesas vigas de madera.

—Ama, terminemos nuestra conversación.

Nadie responde. Solo se escucha el crepitar del fuego encendido.

—Esta era una reunión familiar, tenemos muchas cosas de las que hablar. —Aitor pasa por nuestro lado y se deja caer en los cojines mullidos delante de nosotros. Estira las piernas enfundadas en esos elegantes pantalones negros con líneas grises y tuerce los labios observándonos—. ¿Por qué tu madre volvería en presencia de alguien que no es de la familia? No es nada personal, Catalina —dice, apartando hacia atrás la cola de pelo castaño que siempre usa —. Denitz, en cambio, tiene ese privilegio solo porque algún día será parte del Kideak de mi hijo.

Haize observa al chico rubio que se apoya en la pared del fondo, de brazos cruzados semi oculto en las sombras. Sigo pensando que Denitz me odia. Lo veo en sus ojos.

—Amatxu, no seas así. —Haize aparta la vista de su amigo, sonríe y mira hacia el techo otra vez—. No podemos seguir dilatando esto. Mira, tal vez Cat no lleva tatuajes, pero es la novia de un dios. Tendrás que hacer una excepción.

Nada. Un leño en el hogar del fondo se parte y Aitor niega con la cabeza.

—Trataremos cosas importantes y muy privadas, Haize. ¿Seguro que quieres que Catalina lo presencie? —Aitor tuerce los labios—. Tenemos que hablar sobre tu futuro, sobre tus nuevos deberes como mi heredero, sobre…

—Sobre por qué coño es peligroso usar la espada de Sombra en Arimeterria. —Haize mira a su padre—. Prometiste que lo explicarías cuando regresara de ese mundo; ahora cúmplelo.

La mirada de Aitor se oscurece, pero no parece ni perturbado ni preocupado de que se mencione el combate que casi mata a su hijo.

—Sí, lo haré, chaval. Pero sigue siendo una conversación muy privada. Y no podemos tenerla si tu madre se niega a aparecer.

Haize vuelve a componer una sonrisa y mira hacia arriba con ojos suplicantes como un gatito.

—Amatxu, mesedez[52] —repite—, Cat es mi amiga.

Se hace el silencio y pienso que no habrá respuesta otra vez, mientras Haize observa el techo como si los dioses vivieran ahí. El mundo de los dioses, ese lugar onírico al que fuimos. ¿Estará en las alturas? No, eso no tiene sentido. Es otro mundo. Y ese conocimiento me duele, hace que se me oprima el pecho. El hombre que amo está en otro puto mundo.

Aprieto las manos y contengo la respiración. No voy a seguir llorando. No voy a…

—Está bien —dice una voz femenina y doy un respingo, mirando hacia los cojines donde la madre de Haize nos observa, sentada muy cómoda, al lado de Aitor, como si siempre hubiera estado ahí—. Solo por esta vez, Haizea y solo porque… —Sus ojos claros se posan en los míos—, es tu amiga. Aunque no debería serlo.

Mi corazón se acelera al mirarla y me olvido de Mikel por un momento. Estoy frente a una diosa. De alguna manera mi cuerpo lo sabe, o quizás mi alma. Es como si un silencio me envolviera y solo fuésemos ella y yo.

Es asombroso que sea una simple mujer joven, de alrededor de veintitantos o treinta años, que no lleve más que unos pantalones oscuros de algodón holgados y una camiseta negra, y aun así, sea tan evidente, tan perceptible, tan palpable su divinidad. Ni siquiera emite ese brillo que emana Atarrabi o Sugaar, o… Mikel. Trato de no pensar en él y me pierdo por un momento en los ojos verde intensos y claros, casi blancos, que tiene la madre de Haize. Y aunque no brillan de manera mágica, hay algo en esos ojos, algo en la forma tranquila en la que apoya el peso de su cuerpo en el brazo, en como si todo le perteneciera. Ese algo que transmiten los dioses.

—Eskerrik asko, ama. —Haize sonríe de forma más sincera y llevo suficientes días en esta mansión para entender que le dio las gracias en euskera.

O quizás viajar al mundo mágico me afectó en algo, porque en realidad ahora entiendo casi todo lo que hablan en ese idioma.

Bajo la mirada al suelo, no porque Euria me intimide, sino porque no sé cómo corresponde comportarse frente a un dios. Eso me

importaba un carajo en nuestro encuentro con Sugaar porque en ese momento solo era capaz de pensar en Mikel. Ahora es distinto. De esta mujer… de esta mujer tal vez depende si vuelvo a verlo o no.

—El Kideak está molesto porque la chica sin marcas lleva dos semanas bajo nuestro mismo techo —dice Aitor y siento su mirada sobre mí—. Debe regresar a Chile. Y tú —inclina el rostro mirando a su hijo—. Debes cumplir tu promesa. Ya has perdido suficiente tiempo trabajando para Mikelatz y solo te lo permitimos porque es el hijo de Maju. Sin embargo, tengo bastantes encargos que solo alguien con el título de mi heredero puede cumplir.

—¿Encargos para conseguir tu ascensión? —Haize mira serio a su padre.

Aitor me lanza una mirada fugaz y luego vuelve a centrarse en su hijo.

—Bai. Hori da[53] —dice, de forma demasiado seca.

Es obvio que le incomoda hablar estas cosas frente a mí y no puedo evitar sentirme agradecida con Haize por presionar a sus padres y permitirme estar presente. Porque Aitor tiene secretos importantes. Él era un humano normal, aunque ya no lo es. Observo su pelo largo y castaño, que podría estar teñido para verse más joven, pero lo dudo. Su rostro se ve igual de joven, como si solo tuviera treinta y tantos. Pero tiene doscientos años. Y está con una diosa sin que nadie lo haya obligado a perder la memoria.

—Sé lo que estás pensando, Kateriñe. —La voz de Euria es como una melodía y la forma en euskera en que pronuncia mi nombre provoca un escalofrío en mi espalda—. Y no, no necesito leer la mente porque tus pensamientos son como gritos al cielo. Tienes nuestra sangre, aunque no es pura —murmura y sus ojos verdes se clavan en mí—. Podrías lograr la ascensión, porque la mortalidad es lo único que te separa de Mikel. Pero… —Inclina el rostro y sus mirada se oscurece—. ¿Sabes lo que debes entregar para llegar tan lejos?

—Tiene que haber una forma de que los humanos mortales estén con un dios —interrumpe Haize—, no jodan. Aker se folla a todas sus sorginak y algunas no son más que sacerdotisas menores,

totalmente humanas. ¿Por qué la regla no aplica para él?

Aitor suelta una risa.

—Nuestro querido Aker… bueno, él es una excepción. Es el único dios del panteón de Euskal Herria que controla a las sorginak, desde hace miles de años. —Aitor niega con la cabeza—. Y no es algo tan bonito como parece. Para ser una sorgina deben entregar su alma a su dios. ¿Estarías dispuesta, Catalina? —Aitor me observa con una curiosidad divertida—. ¿A entregarle tu alma a Mikel?

El silencio es tan profundo que hasta el fuego parece haber dejado de chispear. Mi respiración me parece más sonora de lo normal y el corazón se me aprieta. ¿Darle mi alma? Una parte de mí desearía decir que sí, que le daría lo que fuera. Pero… ¿en realidad lo haría?

Empieza a llover afuera. Se oye el murmullo de la lluvia en el techo.

—¿Cómo se hace? —murmuro—. ¿Eso de entregar el alma?

Haize arquea una ceja.

—¿Qué? —Lo miro y luego me enfoco en sus padres otra vez—. Solo quiero saber.

—No tengo ni puta idea de cómo se hace —dice Aitor levando las manos—. ¿Me ves con un harén de mujeres sensuales jurándome lealtad eterna aquí?

A su lado, su esposa sonríe imperturbable.

—Aker comparte sus sacerdotisas con otros dioses. —Euria me mira y parece ligeramente divertida—. Podrías darle tu alma a Aker para estar con Mikel, también es una opción.

Mierda. Esto es un asco. ¿En serio la única forma de estar con el hombre que amo es darle mi alma a otro? Y un momento, ¿que implica dar mi alma?

¿Por qué me lo estoy preguntando?

—Tal vez Haize pueda averiguar con alguna de las Sorginak como hacerlo, después de todo, se lleva muy bien con ellas —dice Aitor con una sonrisa maliciosa—. Aker ha compartido a sus sacerdotisas más de una vez con él. Lo adoran, literalmente.

Haize entorna los ojos mirando a su padre, pero no dice nada.

Yo me giro hacia él, y al notarse observado, Haize pone los ojos

en blanco.

—No pienso preguntar ni una mierda. —Se vuelve hacia mí y me sonríe—. No vas a darle tu alma a nadie.

—¿Por qué? —Su madre suelta una risa suave—. ¿Porque quieres su alma para ti? ¿Zer[54]? No me mires así. Ya hiciste un pacto con ella, tal vez te estás poniendo avaricioso o comienzas a tomarle el gustito a esas cosas divinas. De hecho —dice dirigiéndose hacia mí —, puedo verlo, es un hilo muy fino porque Haize aún es débil y mortal. Pero ahí está.

—No es un pacto de ese tipo —insiste Haize, con voz grave.

Su madre lo mira y sonríe más, enseñando ligeramente los dientes.

—¿Haize tiene mi alma? —Mi estómago se retuerce. Recuerdo cuando sus ojos se encendieron y el viento nos envolvió. Como salió ese lunar en su mejilla y el que apareció en mi cuerpo también—. ¿Por el pacto que hicimos?

—No, no es ese tipo de pactos —insiste él—. Dejad de decirle mierda.

—Haize… —Su padre lo regaña, pero Euria agita una mano.

—Tal vez no es de esa clase —dice la diosa, que parece encontrar esto muy gracioso y me molesta no saber por qué. Y estoy segura de que no responderá, aunque se lo pregunte. Ya me di cuenta de que a los dioses les encanta darle vueltas a las cosas—. Sin embargo, está amarrada hasta que cumpla el trato que hizo contigo.

—No desviéis el tema. —Haize mantiene la sonrisa, aunque lo noto ligeramente incómodo cuando hace un gesto y aparta un mechón de pelo oscuro que se escapa de su moño—. El asunto era cómo Cat puede estar con Mikel otra vez.

Sí, exacto, eso es lo importante ahora.

—O al menos, por favor. —Mi voz es apenas un murmullo—. Al menos díganme qué puedo hacer para volver a verlo. —Solo se escucha la lluvia sobre el techo y yo estoy tan tensa, que oigo los latidos de mi corazón. Incluso me había olvidado de Denitz que es una sombra más, muy quieto contra la pared. Me atrevo a mirar a Euria a los ojos un instante y lo que hay en ellos es tan grande, tan

infinito como el cielo, que me siento pequeña, minúscula—. Mesedez —repito, esta vez en euskera y me inclino hasta apoyar mis manos y mi frente en el suelo.

—Cat —Haize apoya su mano en mi hombro—. No es necesario que…

—Tal vez sí es necesario —interrumpe su madre, con esa voz que es como el susurro de la lluvia—. ¿Crees que se está humillando? Hay cosas peores en la vida que el orgullo, Haizea. Y es seguro que ella tendrá que pasar por esas cosas mucho más fuertes si quiere ascender.

Haize retira su mano y yo me atrevo a levantar el rostro, lo suficiente para ver a su madre.

—¿Entonces, es posible?

Ella me observa silenciosa. Toda la habitación está silenciosa, como si el fuego, como si el aire, respondieran a la presencia de la diosa frente a mí. Incluso pareciera que la lluvia dejó de caer.

—Bai, existe una manera. Más de una. —Euria mira un momento a su marido y luego vuelve a fijar sus ojos en mí—. Pero solo una de esas formas sabemos que funciona. Por experiencia.

El fuego vuelve a crepitar. Creo que vuelvo a sentir el viento nocturno afuera de la mansión, la respiración de Haize a mi lado. O quizás, es solo que el mundo vuelve a cobrar vida para mí. Hay una oportunidad.

Me siento con la espada derecha otra vez, mis piernas flectadas y pongo mucha atención.

—Amatxu, necesitamos saberlo —murmura Haize.

—Lo entiendo. —Euria lo observa y el cariño que veo en sus ojos me sorprende, porque hasta ahora lo único que había visto en los ojos de un dios era poder, magia, locura—. Pero no es fácil, Haizea. La forma en que tu padre ascendió… explicarlo… —Euria aprieta los labios un momento y por un instante… casi parece humana—. Podría ser terrible.

—Yo creo —dice Haize y una sonrisa se forma en su rostro—, que Cat está dispuesta a todo.

La confianza con que lo dice hace que algo cálido se aloje en mi pecho. Quiero abrazarlo, pero me mantengo muy quieta donde

estoy.

—No se refiere a ella. —Aitor se cruza de piernas sobre los cojines, apoya los codos en las rodillas y su rostro se vuelve muy serio—. Saber cómo volví a ver a tu madre cuando me lo prohibieron, saber cómo logré iniciar mi camino en la ascensión, no es algo terrible para Catalina. Es una verdad que, probablemente —dice y clava sus ojos oscuros en Haize—, va a joderte la vida a ti.

Amai, parte 2

♡ Catalina ♡

El cabello oscuro de Haize refleja los tonos rojizos del hogar encendido. La curva angulosa de la punta de su nariz se recorta contra las penumbras, mientras él permanece tranquilo observando a su padre. Supongo que cuando eres hijo de un mafioso terrorista estás acostumbrado a escuchar cosas del tipo, ey, esto va a joderte la vida, sin siquiera pestañear.

Creo que estoy más nerviosa yo que él, especialmente porque de la estabilidad de Haize depende la mía. Es mi única conexión con Mikel, con este mundo mágico que se abrió ante mí desde que lo conocí. Y porque es mi amigo, claro. Pero no puedo evitarlo; en este momento lo único en lo que puedo pensar es en hacer lo que sea para ver a Mikel otra vez.

¿Estarías dispuesta, Catalina, a entregarle tu alma?

Bueno, todavía tengo que pensar en ese lo que sea.

—Y luego el dramático soy yo. —Haize sonríe e interrumpe el silencio incómodo—. Dejad de haceros los interesantes y decidnos cómo podemos lograr que Mikel salga de Arimeterria. Ah —añade, ladeando la cabeza—. Y algo que no implique a Catalina vendiendo su alma a Akerbeltz.

¡Ey! Eso es asunto mío. Bueno, tampoco es que lo hubiera hecho… creo. No sé qué tan sensata estoy siendo en este momento. La angustia por no saber si volveré a ver a Mikel hacía que me costara incluso respirar. Pero desde que Euria dijo que hay una posibilidad… dioses, que alivio siento. Aunque estoy segura de que será difícil, al menos podremos intentarlo… Mierda, no. Me escuecen los ojos otra vez.

Hago todo lo posible por contener el llanto, la emoción de saber que tal vez hay una opción me abruma.

—Aitor, habla o… —Comienza a decir Haize con voz dura.

—Te lo diremos, Iasai[55] —Aitor entorna los ojos—. Además, necesitas saberlo. Especialmente porque no hiciste caso y usaste esa jodida katana en Arimeterria. Por ese mismo motivo, tendrás que irte

por un tiempo. Mañana partes a Japón.

Haize frunce el ceño. Mi corazón se encoge y una repentina ansiedad me invade. ¿Irse, a dónde? Pero, pero, si él se va, yo… Los ojos de Haize se desvían hacia mí.

—¿Japón? Pero Cat no puede ir a Japón.

—Por supuesto que no puede ir a japón —dice Aitor.

—¿Qué tan lejos puedo estar sin que se olvide de Mikel? —pregunta Haize, formulando la misma pregunta que yo tenía en mente y mirando a sus padres otra vez.

Mi corazón late deprisa, pero agradezco que se preocupe de esto. Durante estas dos semanas no fue a verme ninguna vez a la habitación donde estuve llorando encerrada. Ya, sé que fue por las noches, pero estaba drogada. No cuenta. ¿Por qué no fue de día? ¿No quería hablar conmigo? Llegué a pensar que no me quería aquí en su casa por alguna razón. Que me culpaba porque por mi deseo perdió a su mejor amigo. Puede que incluso haya tratado de robar su espada solo porque estaba enojada con él.

Puede.

—Supongo que basta con que hablen por teléfono. —Aitor se encoge de hombros.

¿Supone?

—¿Supones? —Murmura Haize—. No podemos arriesg…

—He dicho que te irás. Ella volverá a Chile y tú viajarás con Denitz —dice cortante su padre—. Mañana mismo. Ya hablé con Takeo y te recibirá en su casa. Tendréis que esperar que la comunicación a distancia con Catalina sea suficiente.

Mierda. Esto no me gusta nada. No quiero volver a Chile. Es decir, sé que debo volver, pero no todavía. ¿Cómo voy a estar rodeada de personas que habrán olvidado que Mikel existe? Me va a volver loca. Será demasiado doloroso hacer como que nunca lo conocí.

—Un momento. —Denitz da un paso hacia nosotros desde las sombras. Mierda, me había olvidado que estaba acá. El muchacho se detiene a poca distancia—. ¿Nadie más irá con nosotros? Dudo que Lilai autorice a Trineded para que nos acompañe, y yo no soy suficiente para cuidar a Haize de los…

—Tendrá que ser suficiente. —Aitor agita una mano y Denitz

aprieta los labios—. Como te habrías enterado, Haize, si hubieras dedicado tu tiempo a las cosas que se supone que haga mi heredero —dice con sarcasmo—, sabrías los importantes negocios que he cerrado con la familia Takagawa en el último año. Estarás seguro ahí, no van a arriesgar tanto dinero solo por entretenerse contigo.

Denitz observa a Aitor con impotencia. No tengo idea qué tan malo puede ser ese tal Takeo para poner nervioso a un chico que hasta ahora parecía imperturbable, muy seguro con esas pistolas colgando de su cinturón y su pelo engominado perfecto.

Intento calmarme. Aunque afuera caiga la lluvia, la habitación de pronto me parece sofocante, el fuego del fondo del hogar demasiado intenso.

Calma Catalina. No te largues a llorar aquí otra vez.

—Y aunque Takeo sea un riesgo —dice la madre de Haize—, es mejor eso a que te encuentre él.

—Te dije que no usaras la espada, ahora debes ser responsable de tus actos. —Aitor se acomoda otra vez en los sillones, cruzando las piernas—. Joder, por mucho que estés furioso con Maju en este momento, la única razón por la que estás acá fue porque te dejó lo suficientemente herido para que soltaras la espada y esconder así tu presencia.

—Eso no lo justifica —murmura Euria y una chispa de odio aparece en sus ojos que se veían tan tranquilos—. No lo perdonaré en tres millones de años.

Me pregunto si dirá eso de forma retórica. Oh, dioses, tal vez no. ¿Irá a vivir Mikel tanto tiempo? Mi pecho se aprieta de nuevo.

—De quién mierda estáis hablando, coño, ¿qué tiene que ver con todo esto? ¿Sabéis? —Haize sonríe a sus padres—. Empiezo a hartarme de toda esta movida. Si queréis que vaya a meterme a un nido de la Yakuza no tengo problemas, pero antes quiero saber cómo coño sacar a Mikel de Arimeterria.

¿Qué? ¿Ya aceptó que se va? Aprieto mis manos y contengo las ganas de oponerme. Ya hablaré con Haize después. Sé que no debo interrumpir, no quiero que terminen expulsándome de esta reunión.

Sus padres se miran un momento y Euria asiente. Aitor suspira de manera exagerada, cruza los dedos de sus manos y apoya el mentón

en ellos, observando a Haize antes de hablar.

—Hace doscientos años casi pierdo a tu madre para siempre…

—Ya me sé esa parte de la historia.

—¿Vas a dejarme hablar? —Los ojos oscuros de Aitor resplandecen, reflejando la luz anaranjada del fuego de la chimenea. Solo continúa luego de que Haize asiente con la cabeza—. A pesar de que me habían prohibido verla, conseguí hacer salir a los dioses de Arimeterria, incluida ella.

Guarda silencio y Haise alza las cejas, parece impaciente porque su padre continúe. O tal vez la impaciente soy yo. Cualquier información sobre la manera en que este señor logró terminar siendo pareja de una diosa es importante para mí.

—¿Cómo? —Haize se inclina levemente hacia sus padres.

—Me robé algo… —Aitor levanta una mano para que Haize no lo interrumpa—. Y no cualquier cosa, no. Debe ser algo realmente importante para que los dioses vayan por él.

¿Robarse algo…? ¡Ah! ¡Claro! ¡Por eso dijo que ladrón que roba a ladrón…! ¿Pero cómo vamos a robar algo si no podemos entrar en Arimeterria otra vez? Empiezo a desesperarme. Mi pecho se aprieta más. ¿Perdí la oportunidad que teníamos para volver a ver a Mikel?

Un momento. No, no. Sí que nos robamos algo. ¡La gata! ¡Nami! En realidad ella se colgó a mi espalda cuando nos tragó los poderes de la espada, pero… no quiero devolverla. Ahora es mi gata. Si no quiero devolverla… Eso cuenta como robarla, ¿no?

—A ver si estoy entendiendo, Aitor. Lo que te robaste fue…¿a Itzal? —Haize aprieta la funda de la espada entre sus manos—. ¿Te robaste la katana? ¿Era tuya? ¿Con eso te hizo salir de Arimeterria? —Haize voltea el rostro a su madre y parece confundido—. ¿Si era de mi madre por qué no la puedo usar? ¿Qué es lo que voy a atraer si invoco esos poderes en Arimeterria?

—Esa espada no es mía. —Euria entorna los ojos.

—No fue Itzal lo que me robé —interrumpe Aitor, abandonando su postura relajada en los cojines y sentándose derecho, las manos apoyadas en los muslos—. Lo que me robé sí que era de tu madre. Y lo suficientemente importante para hacerla salir de su mundo. El problema… es que no era solo de ella…

—Hostia tío. —Haize pone los ojos en blanco—. Ve al grano de una vez.

Su padre carraspea, incómodo. Mierda, nunca creí que vería a este hombre incómodo. ¿Qué tan malo puede ser lo que va a decir? Está dando demasiados rodeos.

—Lo que me robé —dice y sus labios se curvan en una media sonrisa que, sin embargo, no parece divertida—, fue un niño. Poco más que un bebé. —Su mirada desciende hacia las manos de Haize que aferran la katana y luego la vuelve a levantar, clavando los ojos en los de su hijo—. Y el bebé venía con una espada.

¿Qué? Como que venía con… oh.

Doy un respingo ante el golpe sordo de la katana que cae al suelo. Los dedos de Haize parecen haber perdido fuerza, incapaz de sujetarla. Mierda.

Sí podía ser bastante malo lo que iba a decir.

El chico de cabello oscuro que hace unos momentos parecía tan seguro, ahora observa con los ojos muy abiertos, brillantes por el fuego del hogar. Pestañea una vez, la boca ligeramente abierta, como si quisiera hablar, pero incapaz de decir cualquier cosa. Mira fijamente a sus… a quienes creía que eran sus padres.

Mierda. No puedo de apartar la mirada de Haize. Parece que dejó de respirar. No sé si es por la amistad que hemos formado, por el pacto que hicimos, o por la expresión de sorpresa en sus ojos oscuros, pero es como si lo sintiera, como si pudiera ver en sus pupilas la tempestad de preguntas, dudas y pensamientos caóticos que están abrumándolo en este momento.

—No jodas. —La voz grave de Haize es apenas un susurro, pero hace temblar mi piel.

Percibo en cada una de sus palabras, en como la oscuridad se apodera de su mirada, que el mundo acaba de derrumbarse para él.

ϟ Mikel ϟ

Aquí todo es distinto. Sin dirección clara, el paisaje confuso por esa constante luz nebulosa proveniente de todos y de ningún lado. O porque puedo estar en un sitio y de pronto, como si nada, estar en

otro.

Y a pesar de eso, jamás pensaría que se trata de un sueño. No. De onírico nada; se siente jodidamente real. Mis pulmones se inundan de los aromas más intensos que podría haber imaginado. Y eso que estoy encerrado en una jodida torre. A pesar de eso, puedo oler la humedad entre las piedras de las paredes, el aroma de las plantas que crecen en el exterior, traído hasta mí por el viento. Incluso la puerta de madera milenaria desprende sensaciones cítricas y secas que capto en cada inspiración.

Es tan intenso, que la vida que tenía de mortal me parece un sueño, mucho más falso que esto. Salvo por… Ella.

El recuerdo de Catalina es como un ancla para mi alma. El aroma frutal de su pelo y la intensidad de sus ojos es tan vívida en mi memoria que casi la puedo saborear en la punta de mi lengua. Cierro los ojos, intentando pensar en ella, pero el único gusto de mi lengua en este momento es el de la sangre. Y el único paisaje que veo desde que me trajeron a esta torre, es el que apenas se vislumbra por la pequeña ventana que hay sobre mi cabeza. Las cuerdas aprietan con más fuerza y dañan mi piel. Todas las sensaciones son más agudas en este mundo y también el dolor. Da igual si mi piel se regenera rápido, duele jodidamente. Y la magia no funciona. No sé de qué material están hechas estas cosas que me tienen atado, pero no puedo invocar las tormentas, ni la electricidad, ni nada de los nuevos poderes divinos que tengo.

Perdiendo la paciencia, levanto la vista y observo el rostro familiar que hay frente a mí. Su cabello dorado parece hecho del mismísimo sol.

Un asco.

—¿Hasta cuándo vas a tenerme encerrado, Atarrabi?

Él me mira muy serio, vestido como siempre con ese tonto abrigo blanco y apoyando su espalda en la única pared que hay en esta habitación de piedra. Casi pareciera que no le agrada lo que me está haciendo.

Hijo de p… coño, es mi hermano. Cabrón.

—Hasta que te saques de la cabeza la idea de volver por esa chica —Cierra los ojos un momento y suspira—. O hasta que…

—Me fui por mi voluntad, ¿eres gilipollas? ¿Por qué coño querría volver?

Atarrabi ladea el rostro y alza una ceja.

—¿Porque eres un imbécil egoísta? Ya lo hiciste una vez. Volviste por ella a pesar de que creíste que te había olvidado. A pesar de que sabías que era lo mejor para la chica. Dejar atrás todo recuerdo de ti y seguir con su vida humana y mortal.

—Ahora es distinto.

Mi hermano suspira y niega con la cabeza.

—Ojalá pudiera creerte, Miki. Pero si no eres tú, será él quien venga a buscarte, seguro.

Sé a quién se refiere. Atarrabi solo reserva esa manera de pronunciar la palabra *él* para cuando se trata de Haize.

—No vendrá, no esta vez.

Él lo prometió.

Atarrabi se ríe de forma cínica, pero luego me observa serio.

—¿Por qué?

—¿Decepcionado? —A pesar de que no siento ni una pizca de gracia, sonrío con toda la malicia que puedo mirando a mi hermano —. Créeme Ata, esta vez no tendrás el placer tóxico de ver a Haize.

Recuerdo lo que hablé con él antes de irme. Conversación que no compartiré con Atarrabi ni de coña. Él no tiene idea lo que hizo realmente Catalina con la espada. Quizás no ha pensado lo que eso implica, el solo hecho de que sobreviviera cuando la tocó.

Pero Haize y yo sí. Catalina invocó la jodida espada de Sombra, Itzal, una espada que cualquier dios sensato teme.

—¿Sabes, Atarrabi? —Sonrío y sostengo su mirada—. No tienes puta idea de nada.

Sin embargo, aunque sonría para fastidiar a mi hermano, estoy preocupado. Confío en Haize. El prometió cuidar a Catalina y lo hará, pero… Si la espada de sombra es la clave para verla de nuevo, ¿qué hará Haize? Coño, es mi mejor amigo. Es más que eso. Pero no sé qué tan importante sea Catalina para él y no sé hasta donde llegará su amor por mí.

Puede que Haize me quiera, pero está jodidamente obsesionado con esa espada.

Amai, parte 3

♡ Catalina ♡

—Quién. —La voz de Haize es apenas un murmullo.

Mierda. Toda la preocupación que tenía por mis propios problemas me parece casi absurda en este momento. Lo que le acaban de soltar a Haize así tan bruscamente es demasiado. Lo había visto furioso, alegre, deprimido pero… su mirada… Nunca lo había visto así de confundido.

—Mira, Haize… —comienza a decir Aitor.

—Quién es mi padre. —Los dedos de Haize se crispan aferrando la tela de sus pantalones y los músculos de sus brazos se tensan, haciendo que la tinta de sus tatuajes parezca viva a la luz del fuego —. Esto no tiene un puto sentido —dice y se lleva una mano a la cabeza, enredando los dedos entre su pelo—. ¿Estáis de coña?

—No. Es la verdad —murmura su madre—. Eres mi hijo biológico, pero no de Aitor.

—Cálmate, chaval. —Aitor habla con voz firme, gruesa—. Si te crie yo es porque ese hombre es un gilipollas. Sigo siendo tu aita y más te vale recordar eso. Juraste ser mi heredero y eso no se puede deshacer.

Haize maldice en euskera y los mechones de cabello entre sus dedos comienzan a volverse cada vez más claros.

—Por eso me hiciste jurarlo —murmura, mirando la espada frente a él. Las mechas de pelo que sujeta ya no son negras, sino más bien color castaño. Cuando alza los ojos hacia Aitor, son marrón claro. Rubio oscuro. Mierda—. ¿Cómo es posible? Entraste en Arimeterria hace más de doscientos años.

Su pelo ya está casi completamente rubio.

—Él usó la espada para entrar hace doscientos años —explica Aitor—. Entramos juntos. Tu padre biológico y yo, con un poco de ayuda de Maju también.

Haize frunce el ceño y mira a su madre, como si estuviera perdido. Mierda. Ahora entiendo por qué Aitor no quería que yo presenciara en esta reunión. Es demasiado íntimo, familiar. Parecen

haberse olvidado de mí y de Denitz, que observa con preocupación a Haize, apoyado en la pared del fondo.

Y la mirada de Haize… me causa un escalofrío. Jamás había visto su cabello cambiar tan rápido de color y mucho menos… esa confusión en sus ojos. Como si no supiera si creer esta locura o no.

Euria suspira y lo mira con tristeza.

—Gau y yo estuvimos juntos mucho tiempo. Tú naciste en Arimeterria, cuando él aún era mortal, aunque hacía tiempo era genio de la noche. Ahí el tiempo transcurre diferente. —Niega con la cabeza y su cabello parece oro a la luz del fuego—. Si es que transcurre en lo absoluto. No recuerdas nada —dice con suavidad—. Eras un bebé cuando Aitor te secuestró, para que yo saliera de Arimeterria, hace veintidós años. Empezaste a crecer aquí al ritmo de los mortales.

Haize parpadea, más confundido que antes. Incluso yo estoy confundida. ¿Qué le pasa a esta gente? ¿Por qué se lo dicen ahora? ¿Por qué así? Ya, puede que Haize los haya presionado, pero podría haber sido… no sé. De otra forma.

—Si por mí fuera, no te lo habría dicho nunca —dice Aitor como si respondiera a las preguntas de mi mente—, pero esa jodida espada te buscó. No entiendo bien su magia y no esperaba que hiciera eso.

Haize lo observa un momento y no sé si la chispa que hay en sus ojos es odio, impotencia o… miedo. De pronto, los abre mucho y mira a su madre otra vez.

—¿Gau? ¿Dijiste Gau? Un momento. —Se inclina hacia adelante y un mechón de cabello muy rubio cae sobre su frene—. Mi padre… ¿es Gaueko? ¿Ese Gaueko? ¿El lobo?

Euria asiente y Haize abre la boca, sorprendido.

—Bai, bai. —Aitor agita una mano como restándole importancia—. Ese Gaueko. Encarnación de la Noche, las tinieblas y blabla, gilipollas supremo —añade y pone los ojos en blanco—. Estoy seguro de que todo lo dramático lo heredaste de él.

—Yo creo que te lo aprendió a ti —murmura Euria.

¿En serio están bromeando en este momento? Creo que Haize tenía razón. A los dioses les falta un tornillo.

—¿Gaueko? —susurra Haize y se lleva la mano a la cabeza,

aferrando su pelo otra vez. Cierra los ojos un momento y creo que va a largarse a llorar ahí mismo, pero no. Empieza a reír. Como un desquiciado.

Sus hombros se agitan y se toma la cabeza con las dos manos, arqueándose hacia atrás como si no pudiera controlar el ataque de risa que se apodera de su cuerpo.

Aitor maldice en euskera y Euria le lanza a su marido una mirada molesta, mientras Haize no para de reír.

—Ya basta, Haize —dice Aitor con voz grave.

—¿Basta? —Haize aparta la mano que cubría sus ojos y observa a su padre con una sonrisa felina y demente—. ¿Basta? ¡Joder! ¿Estáis todos locos? —Estira una mano, toma con brusquedad la katana y se pone de pie—. Sí, estáis loquísimos.

—Debes irte a Japón a primera hora. Podemos hablar con más calma durante la mañana antes de que partas, y te explicaré bien, pero tienes que irte. —Aitor se mantiene en su lugar, pero sigue cada movimiento de Haize con mirada sombría—. Está todo listo para el viaje. Él no te encontrará en ese lugar, es lo más seguro. Y no quiero que armes un escándalo. Hiciste una promesa, debes cum…

—No me digas qué coño tengo que hacer —escupe Haize, mirándolo con desprecio—. Voy a hacer lo que tenga que hacer. Yo no rompo mis promesas. Yo no soy un jodido mentiroso. —Aprieta los labios un momento—. O al menos, no te hubiera mentido jamás a ti, *aita* —añade, marcando mucho la última palabra.

Se miran un momento en silencio. Solo se oye el crepitar del fuego y no sé hace cuántos segundos estoy conteniendo la respiración, mientras Haize y Aitor parecen hablarse con la mirada.

Mierda, creo que prefiero verlo así, furioso, que con esos ojos confundidos que tenía hace un momento.

—Estaré feliz de alejarme de toda esta mierda —murmura Haize y nos da la espalda.

Empieza a caminar hacia la puerta, su cabello volviéndose cada vez más claro con cada paso que da. Un leño en el fuego se parte de forma estrepitosa y yo doy un respingo, girándome hacia los padres de Haize. Y aunque Aitor siempre se ve demasiado joven para

alguien de doscientos años, en este momento parece cansado, las ojeras acentuadas por las sombras que se proyectan con el fuego.

Euria ya no está. Como si nunca hubiera estado. La lluvia cae con fuerza sobre la mansión, el agua escurre como cascadas por los cristales de la ventana.

—Respecto a usted, señorita Arrieta… —Aitor suspira cansado y sus ojos se posan en mí—. Trineded se encargará de acompañarla al aeropuerto. Denitz. —Hace un gesto para llamar al chico—. Llévala a su habitación.

Me pongo tensa. ¿Irme? El corazón se me acelera. Pero… pero Mikel. No puedo irme sin saber qué haremos con eso. Y Haize, él no está bien. Él…

—Pero mi gata —murmuro y me llevo las manos al pecho, mirando a Aitor—. No tengo los papeles para llevarme a mi gata. No me dejarán subirla al avión.

Él me mira como si no comprendiera de qué estoy hablando.

—Vamos, chilena —dice Denitz hastiado y estira un brazo hacia mí.

Por instinto doy un paso hacia atrás, recordando como me trató cuando me trajo aquí. Pero antes de que alcance a sujetarme, el aire se agita y Haize está entre los dos, sus ojos ocultos por los mechones casi blancos de cabello que caen sobre su frente.

—Tú —dice, volviéndose hacia Denitz—. No vuelvas a tocarla. Y tú —dice girándose hacia mí, con la mirada aún oculta por las sombras de su pelo—. Vienes conmigo.

Toma mi mano y tira, llevándome con él. Escucho a Aitor maldecir algo en euskera, pero nadie hace nada para detener a Haize.

Tampoco yo.

Lo sigo en silencio, sin saber qué decirle y dando pasos rápidos para alcanzar las zancadas largas que da. La piel de sus dedos es tibia mientras aferra firmes los míos, al tiempo que caminamos por el pasillo y yo sigo sin encontrar palabras. Todas me parecen tontas. Nos cruzamos con un par de guardias, vestidos con trajes y apostados a las puertas de distintas habitaciones del corredor, que sin hablar, saludan a Haize simplemente con un movimiento de la cabeza. Él los ignora. Yo recuerdo que voy vestida con un pijama

pequeño con estampados de conejitos y me siento absurda, pero ya ni siquiera me importa. Giramos a la izquierda, otro pasillo y luego a la izquierda otra vez, entre las antiguas paredes de piedra de la mansión Lantzer. No me atrevo a hablar. Me da miedo que se ponga aún más inestable. Lo único que veo de su rostro, debajo de los mechones de pelo rubio, son sus labios que están muy tensos.

Hasta que al fin llegamos a la puerta de mi habitación. Sin soltar mi mano, Haize ladea el rostro y baja la mirada hacia mí. El estómago se me encoge al ver sus ojos oscuros.

Están llenos de odio.

—Así que —sonríe con frialdad—, ¿decías que quieres llevarte a mi gata, Cat?

Dioses, de verdad detesto cuando se pone así. En serio parece otra persona, pero ¿puedo culparlo en este momento?

—Es mi gata —digo, quitando mi mano de la suya de un tirón.

Él me observa, como si pensara en algo, en qué decir. ¿Y qué podría decirle yo? ¿Que hablemos y deje de comportarse así? ¿Qué es normal si se siente mal? Me suena ridículo siquiera pensarlo. Palabras vacías; yo misma estaría fuera de mí si me hubiera enterado de que todo lo que creía era una puta mentira. Y él ya estaba mal porque Mikel se fue.

Ojalá el Fakedios estuviera aquí.

—Cat.

La voz de Haize hace que me sobresalte. Por un momento me había perdido en mis pensamientos. Alzo el rostro y me siento muy pequeña al lado de él. Pero al menos ya no me sonríe con cinismo. Me observa serio en las penumbras del pasillo, con sus ojos rasgados y somnolientos muy oscuros. Demasiado oscuros.

—¿Qué? —murmuro.

—Barkatu. —Sus ojos se pasean por los míos y mi corazón se contrae. Su olor a frutillas me envuelve—. Yo…

Contengo la respiración, pues por un momento parece ser el de siempre otra vez, a pesar del color de su pelo. Pero no continúa. No dice nada.

—Haize…

Él niega con la cabeza, cierra los ojos un momento y cuando los

vuelve a abrir, sé que lo perdí otra vez. Ahí está esa frialdad terrible. ¿Cómo puede cambiar tanto en un solo instante? ¡Es desesperante!

—Siento que hayas tenido que escuchar una conversación tan patética —dice, volviendo a poner esa sonrisa idiota y cínica que detesto con toda mi alma—. Pero al menos ahora sabemos que Nami, mi gata, nos sirve para traer a Mikel de regreso.

Antes de que yo pueda decir algo, abre la puerta de mi habitación y con suavidad, me empuja de los hombros para que entre.

—No te preocupes por Denitz —dice, sin pasar, desde el umbral de la puerta—. No volverá a molestarte. Me encargaré de que sea Trineded la que venga por la mañana y te acompañe al aeropuerto. Mi ait… —La comisura de sus labios tiembla un instante—. Mi aita tiene razón. Lo más sensato es que vuelvas a Chile. Había pensado que… pero ya no. Las cosas cambiaron.

Aprieto los puños y lo observo, ahí de pie en las penumbras, iluminado solo por las luces del pasillo. Los tatuajes como sombras que se enroscan por su torso desnudo, el pelo de un rubio casi albino y las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones negros. Trato de contener la rabia que me provocan sus palabras, porque sé que es mal momento. Sé que él está mal.

Pero no es justo. No es justo conmigo.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Hacer qué? No creas que me he olvidado de Mikel, Chilenita. —Haize ladea el rostro y me estremezco por la frialdad que hay en sus ojos—. Jamás me olvidaría de Mikel, que eso te quede claro. Pero ahora que tenemos una pista sobre como acceder a él, yo me encargaré y tú esperarás en Chile.

—¡No me refiero a Mikel, idiota! —Doy un paso hacia él—. ¡Me refiero a ti! No me hables como si pudieras darme órdenes, navajita. ¿Qué weá te pasa?

¿Por qué me estás apartando? ¿Por qué me dejaste sola todos estos días?

No solo es un tema de ahora. No es por la mierda que le soltaron sus padres. Él me está apartando desde antes. Pero no lo digo. No puedo. Ya sé que es la misma persona, el Haize que me ha dado ánimos cuando quiero rendirme y el Haize que cruzó a otro mundo

conmigo para ir por Mikel. Lo sé porque hace un momento lo vi. Pero ahora… esta versión de Haize parece levantar una pared invisible entre él y yo. Una gigante.

Siento que no lo conozco nada cuando está así.

—Me comporto así porque no puedo confiar en ti —dice y sus palabras son como un cuchillo. Me duelen. Me observa un momento y entorna los ojos—. No vuelvas a tratar de robar mi espada. No mentiré de nuevo para defenderte si lo haces. Y créeme. —Ladea el rostro y un mechón de cabello rubio cae entre sus ojos—. Aquí no tratan bien a los ladrones.

Sé que lo que dice es cierto. Los tatuajes que se encaraman por su pecho, por sus brazos, me recuerdan perfectamente entre qué clase de gente que estoy. Pero… no. ¿Cree que así va a alejarme? Doy un paso hacia él y quedo muy cerca, lo que me obliga a levantar el rostro para mirarlo a los ojos.

—No trates de intimidarme con tu actitud de chico malo, Haize, porque no me das miedo.

Él suelta una risa cínica y se inclina hacia mí.

—¿Sabes lo ridícula que te ves tratando tú de ser la intimidante, mientras llevas ese minúsculo pijama con conejitos? Además —dice y doy un respingo porque se apega a mí e inspira lentamente el aire cerca de mi pelo—. No puedes mentirme así. Sé que tienes miedo. Estás tan asustada que puedo olerlo en tu cuerpo, Cat.

Claro que estoy asustada, pero no de él. Estoy asustada porque, mierda, perdí a Mikel y después de esto. ¿Voy a perder a Haize también? Porque estoy segura, que este Haize, frío y distante, se quedará así por un buen tiempo después de lo que pasó con sus padres.

Y no creo que tirarle agua sirva de nuevo.

—Y deberías tener miedo —continúa, mirándome con esos ojos muy negros a un par de centímetros de los míos—, porque todo está mal. Asquerosamente mal. Al parecer, mi verdadero papá es un dios maligno, que está buscando su katana. Katana que tú, Chilenita —dice, levantando su dedo índice y apoyándolo en mi frente—, te querías robar. Mantente lejos.

Me da un suave empujoncito con el dedo y se aparta.

—No quiero.

—Buenas noches, Catalina —dice con sarcasmo, ignorando mis palabras y sonriendo con esa media sonrisa fría y completamente imbécil—. Como habrás notado, tengo una gran cantidad de nuevos líos que solucionar. —Se voltea y sujeta la manilla, pero se detiene un momento—. Ah, y olvídate de que te llevarás a Nami. Mientras no sepamos qué hacer con ella, yo la cuidaré.

Cierra la puerta y me quedo de pie en la oscuridad de la habitación. Sola, acompañada por los restos de ese intenso olor a frutillas. Podría ir tras él, gritarle que es un estúpido, pero no puedo. No tengo fuerzas. Llevo días llorando, días sin dormir bien. Con suerte había logrado ir a esa jodida reunión que ha sido un completo desastre.

Tiemblo. Ahora que se fue, todo mi cuerpo tiembla.

Retrocedo y me dejo caer sentada sobre la cama, pero aunque me cubro con la colcha, no puedo parar de temblar. De rabia, o de miedo, no tengo idea. ¿Cómo no voy a tener miedo? ¿Y si me voy a Chile y olvido a Mikel yo también? ¿Y si al ver que nadie más lo recuerda, dudo de mi propia cordura? Las lágrimas caen por mi mejilla y me odio por eso. Me paso las manos por los ojos, pero no se detienen. ¿Por qué tengo que ser tan débil?

¿Y por qué Haize tiene que ser tan débil?

¡Estúpido Haize! De seguro heredó lo estúpido de su estúpido papá. ¡De los dos!

Todo el autocontrol que había logrado durante estas horas se va a la mierda. Creo que no puedo respirar. Creo que…

—Miau.

Me volteo y una sombra negra y peluda se acerca dando pequeños pasitos sobre la colcha de mi cama. Sollozo, respirando agitada y Nami se encarama en mis piernas.

Los temblores disminuyen. No hace frío, la gata me transmite calor.

Se oyen las gotas de lluvias en la ventana y Nami amasa con sus patitas la camisa de mi pijama.

¿En serio también me la quieren quitar?

Se ovilla sobre el short de mi pijama y comienza a ronronear.

Amai, parte 4

ϟ Mikel ϟ

Atarrabi se acerca, se arrodilla junto a mí y revisa las cuerdas que tengo alrededor. Espero unos momentos, intentando tener paciencia, después de todo, en este lugar es como si no pasara el tiempo. Aunque no estoy seguro de cómo notar eso. Sin embargo, si huele a humedad, si hay musgo y plantas trepando entre las paredes de piedra de esta torre, es porque de alguna forma tiene que transcurrir el tiempo.

—Necesito que trates de romperlas. —Atarrabi tantea el material rojo y áspero de las cuerdas y retira sus dedos, como si le quemara —. Si cooperas, te soltaré pronto.

—¿Cooperar con algo que quieres usar contra Haize? ¿Eres tarado?

Atarrabi me observa un momento. Sus ojos verdes parecen dudar pero finalmente sonríe.

—¿Cómo puedes confiar en él? Vale, tío, que entiendo que confíes asuntos como tus clientes… sabemos que a Haize le encanta andar disparándole a la gente, pero… —Parpadea confundido—. ¿Confiarle a tu chica? ¿No será que el tarado eres tú?

—A Haize le confiaría mi vida.

Atarrabi se ríe.

—No es precisamente la vida de Catalina lo que no le confiaría. Aunque tampoco.

—Pierdes tu tiempo. —Me apoyo contra la pared y estiro las piernas en el suelo, como si estar inmovilizado con estas cuerdas no me provocara dolor alguno—. Son amigos.

—¿Amigos? —Atarrabi vuelve a reír—. Estamos hablando de Haize, tío, no jodas. Sabes como es.

—Sí, sé como es. Cuando Haize llegó a Chile, no había pasado ni medio día de que conociera a Catalina y ya nos había sugerido hacer un trío, tenerla de mascota y ponerle un lazo en el cuello. —No puedo evitar enternecerme al recordar lo furiosa que estaba ella—. Pero en ese tiempo, Haize todavía no sabía lo importante que era

Catalina para mí. Y él no es un jodido traidor como tú.

—Aun así…

—Aun así… —Sostengo la mirada de mi hermano—. Es Catalina —digo y sonrío a mi hermano—. Haize puede ser todo lo puto que es Haize, no me importa. Tus palabras no me interesan. Confío en Catalina.

Él me observa pensativo.

—Hmmm, entiendo. En realidad no, pero… en fin. —Se encoge de hombros—. Si es así, supongo que no quieres ver lo que está haciendo tu querida humana en este momento.

Mi pulso se acelera. ¿Verla una vez más? Ni siquiera había pensado en esa posibilidad. Sé que mi padre puede espiar a los humanos con los que tiene un contrato, a través de una fuente de videncia de las Sorginak. Y yo aún tengo un lazo con Catalina. Somos novios, aunque no sé si eso le vale para las visiones.

Además… ¿Por qué me permitiría verla?

—¿A cambio de qué, Ata?

—De nada. —Atarrabi tira de las cuerdas y me obliga a ponerme de pie—. Es un favor de hermanos.

Observo sus ojos verdes, como dos putas praderas de campo. Sé que él no puede mentir, es una maldición —o una virtud desde su punto de vista—, sin embargo, eso no significa que no pueda retorcer la verdad de sus palabras.

Y Aun así… ¿ver a mi enana una vez más? Había creído que no la vería en mucho, muchísimo tiempo. De solo pensar en el tiempo que puede llegar a transcurrir en su mundo me aterra.

Joder.

—¿Vienes? —Atarrabi se pone de pie y extiende su brazo en una invitación hacia la puerta de madera.

—Ayúdame a pararme, gilipollas —digo, mostrándole mis manos y piernas atadas.

Sé que es alguna clase de trampa, sin embargo… Hostia. Daría la vida por ver a Catalina una vez más.

♡ Catalina ♡

Apenas pude dormir anoche. Mierda, tengo que viajar más de quince horas en un avión a Chile y estoy de un humor terrible. No quise seguir drogándome con infusiones extrañas y solo conseguí cerrar los ojos gracias a la compañía de Nami y su ronroneo. Y sí, desde que la madre de Haize dijo que hay una opción de volver a estar con Mikel me he calmado bastante, pero igual lo extraño. Sigo sintiendo este maldito agujero en el pecho, esta terrible ansiedad. Sumado a que debo irme. Sumado a que Haize seguro sigue en modo idiota después de todo lo que pasó anoche.

Sumado a que se va a Japón. Lejos, muy lejos.

Siento deseos de llorar otra vez, pero me contengo.

¿Qué hago? Debo tomar el avión en una hora, pero ya está amaneciendo y Trineded no llega todavía. Haize dijo que ella me llevarían al aeropuerto durante la mañana. ¿Qué es la mañana para los vascos? Ya son las 7:00 AM y aún está oscuro. Se suponía que Trineded estaría a las 7:00 en punto, pero no hay ni rastro de ella.

—¡Miau, miau, miau!

Me termino de lavar los dientes y salgo sin siquiera peinarme del baño. Sigo en pijama y estoy retrasada, pero Nami no se callará hasta que la alimente. Todavía un poco dormida, tomo la bolsa de pienso y la gata me observa con sus ojos color violeta mientras dejo caer las croquetas en su plato. Al lado, sobre el escritorio, está mi bolso, ya listo para partir.

No me quiero ir. Estar en Chile, donde nadie recuerda a Mikel, me da mucho miedo. ¿Tendré que fingir que nunca existió? Solo pensarlo me dan ganas de llorar. Pero, ¿qué opciones tengo? No puedo quedarme en la casa de alguien que no me quiere aquí. Haize ya lo dejó claro anoche ¡Argg! Qué desesperante. La idea de volver a mi hogar sin ser parte de lo que sea que planea hacer para traer a Mikel me causa mucha ansiedad. Además, ¿quiere usar a Nami para eso? ¿Que implica usarla?

Guardo la bolsa de croquetas, bajo la vista hacia mi gata y…

—¿Nami? —Ya no está junto al plato—. ¡Nami! ¡Oye!

Alcanzo ver su cola desaparecer por la puerta. ¡No, no! Corro detrás de ella, descalza y sin ponerme nada para abrigarme. Y aunque la mansión está calefaccionada, el frío me recorre de solo

pensar en que ella se escabulla y la pierda justo cuando me tengo que ir a Chile.

—¡Nami!

Veo un machón de pelo negro violáceo doblar en la esquina y respiro agitada mientras corro en las penumbras de la mañana. No me importa si despierto a otras personas, todos deben estar durmiendo porque es muy temprano, ni siquiera hay guardias. Doblo en un pasillo y luego otro, persiguiendo a Nami, hasta que me detengo jadeando en un corredor. Hmm este pasillo lo reconozco. Aquí el suelo está cubierto por una alfombra mullida, iluminada por un tenue haz de luz que proviene de la pequeña apertura de la puerta de madera. Lo último de Nami que alcanzo a ver es su colita entrando por ahí.

La habitación de Haize.

Gata traidora.

Mi corazón se acelera y siento un montón de emociones que no sé descifrar. Una parte de mí quiere volver sobre mis pasos, sigilosa, para que nadie me escuche. Aunque… ¿Estará Haize despierto? La luz es muy débil, como si fuera de una mesita de noche, podría ser que se durmió con esa luz encendida.

Por otro lado, una burbuja de rabia crece, ocupando el lugar vacío que la partida de Mikel dejó en mi pecho. Solo pensar en como se comportó Haize anoche hace que quiera entrar y gritarle que es un imbécil. Pero luego recuerdo sus ojos confundidos, como si no entendiera absolutamente nada, mientras miraba a sus padres. En ese instante, parecía un chiquillo perdido. Tal vez debería ser más comprensiva, es decir, fue algo muy fuerte lo que le dijeron y él tiene ese problema con su pelo…

Tiemblo por el frío y me abrazo a mí misma, sin decidir si irme o no. ¿Tendrá siquiera pensado despedirse de mí? Trineded ya debe estar buscándome, será mejor que vuelva. ¿Pero cómo recupero a Nami? Tal vez sí…

Voces.

Escucho voces dentro de la habitación. En realidad, son murmullos, muy bajitos. ¿Qué mierda? Sin poder contenerme, me acerco lo más silenciosa que puedo y me apego al espacio que está

abierto entre el muro y la puerta.

Jadeos. Una voz femenina.

¿Qué…?

—¿Vas a extrañarme en Japón? —La voz es de Trineded—. Ah, ¿cómo que no? —Risas—. Qué malo eres, claro que vas a extrañ, aaaah. —Se interrumpe, con un quejido.

Más bien un gemido.

Y otro. Jadeos y… de la voz de Trineded lo único que queda ahora son gemidos, ahogados, como si pretendiera ocultarlos. Mi cuerpo se tensa y sé que debo retroceder silenciosamente e irme, pero mis piernas no me obedecen. Algo muy profundo arde en mi interior.

Rabia.

¿Cómo pueden estar haciendo eso? ¡Y yo estaba sintiendo lástima por lo de anoche con sus padres! ¡Pensando que estaría afectado, triste! Contengo la respiración, oculta en las sombras y bien pegada a la pared ¡¡¡¿Cómo puede él hijo de perra de Haize estar follando en este puto momento?!!!

El nombre de Haize escapa de entre los gemidos de Trineded y mi estómago se aprieta. Más jadeos, más susurros y un escalofrío me recorre. Los gemidos se detienen y la cama cruje un poco, como si se movieran.

—Haize, ya, estoy atrasada. Además deberías descansar, llevas días sin dormir nada. ¡Ay, deja! ¡Auch, están muy apretadas! —Pero Trineded se ríe despacio y la cama cruje una vez más—. Que no, desátalas, en serio tío, ¡que Cata va a perder el avión!

La voz de Haize, grave y ronca por la mañana, llega hasta mí.

—Hmm, ya. Me la suda.

Puto. Lo odio. Es un conchasumadre.

Trineded replica, maldice en euskera y mi corazón se acelera al escuchar su voz; sus protestas que mueren en quejidos de placer. La cara me arde y siento un impulso terrible de… ¡no sé de qué! Soy incapaz de moverme. Los sonidos que hacen se cuelan entre mis pensamientos confusos.

No quiero estas imágenes mentales.

Ni siquiera me importa comprender por qué entiendo todo lo que hablan si hablan en su lengua de mierda.

Aprieto las manos y de pronto estoy horriblemente acalorada, a pesar de que solo llevo este tonto pijama corto. Odio a Haize. Lo detesto, mierda. Llevo días llorando, días desesperada por recuperar a Mikel, ni siquiera pude dormir anoche angustiada porque me tengo que ir, ¿y él muy imbécil está follando? ¡Y además! ¡Además…!

¡Dioses, qué escandalosa esa weona! No puedo creer que tiren con ese descaro en una casa con más personas. ¡Ni siquiera cerraron la puerta!

Se hace el silencio. Escucho mi propio corazón de tanta rabia que tengo. Y la lluvia, una cascada infinita de lluvia que no se detiene desde que Mikel se fue.

Retrocedo un poco, porque no quiero que me pillen.

Pero no me pienso ir. Mi gata está ahí dentro. Y eso solo hace que me dé más rabia. Estúpido Haize, él no puede encargarse de recuperar a Mikel por su cuenta, porque es obvio que no le importa lo suficiente si puede estar de lo mejor teniendo sexo el mismo día que me voy.

Imbécil.

Imbécil.

Imbécil.

La puerta se abre y me agazapo en la esquina de la pared, bien oculta en las sombras. Trineded sale al pasillo dando saltitos en un pie, mientras se calaza las zapatillas en el otro. Se arregla un poco el pelo y termina de abrocharse los pantalones negros.

—Hostia, Lilai me va a matar —murmura, revisando su celular afuera de la habitación. La luz ilumina su rostro sonrojado y contengo la respiración para que no me note—. Debo dejar de hacer esto —añade frotándose las muñecas—. Pero, joder, ¡maldito apadravya!

Pulsa la pantalla del celular enviando algún tipo de mensaje, maldice en euskera y se escabulle por el pasillo, como si quisiera ser silenciosa.

Pffff, ¿después de todo ese escándalo?

Espero unos segundos desde que desaparece en la esquina y me giro hacia la puerta de la habitación. Trineded no la cerró y no oigo nada dentro, pero la luz sigue encendida. Empujo despacio y la

cama de Haize aparece en mi campo de visión, toda desordenada. La colcha de color morado oscuro está caída hacia un lado y las sábanas negras, de aspecto sedoso, están arrugadas.

Puto.

El aroma a frutillas impregna todo, pero no hay rastro de él. La puerta del baño que hay al fondo de su cuarto está entreabierta y se oye el sonido de la ducha, así que doy un paso dentro de la habitación.

Es mi oportunidad.

Paseo la mirada por el lugar y un escalofrío me recorre al ver la katana negra apoyada en la pared cercana a los pies de la cama. Al lado de la puerta del baño. Es tan hermosa, tan oscura, con esas gemas moradas incrustadas en la empuñadura negra. Cada paso que doy hacia ella es como si respondiera a un llamado profundo en mi interior.

Amaia.

Estiro mi mano para tomarla, para al fin tenerla entre mis dedos y…

—Miau.

Doy un respingo y me aparto. Mierda, mierda, estaba a punto de tomarla y ¡ni siquiera había venido por ella! Me giro hacia la cama. ¡Yo venía por mi gata! Es igual que ayer cuando me pilló Denitz; en realidad no quería robar la espada, sino ver a Haize, pero terminé caminando irremediablemente hacia ella. Suelto el aliento y avanzo en dirección a Nami. Está muy cómoda entre las almohadas de Haize, observándome.

Estúpida katana, ¿qué me pasa con ella? Miro hacia el baño, pero no hay señales de Haize. El vapor emana perezosamente del espacio abierto de la puerta. Me vuelvo hacia la cama de nuevo. Si quiero pasar hasta las almohadas, donde está la gata, tengo que caminar entre la cama y la pared en la que está apoyada Itzal. Pero no me parece buena idea acercarme a la espada, así que me encaramo en el colchón y gateo hacia Nami por encima de la cama.

Ella parpadea mirándome tranquila y, ¡Mierda! Un tirón en mi tobillo hace que me vaya de bruces.

—¡Aaah!! —chillo al tiempo que una fuerza me sujeta de la

cintura y me voltea.

En un instante estoy de espaldas contra el colchón. Respiro agitada y mi corazón late a toda velocidad por el susto, mirando sus ojos negros y rasgados. Él aprisiona mis muñecas contra la cama, a los costados de mi cabeza. El peso de su cuerpo me aplasta, su rostro a unos centímetros del mío. El cabello rubio oscuro y húmedo, como miel fundida. El aroma a frutillas me envuelve.

—Haize —murmuro.

La piel de su pecho todavía está húmeda y empieza a mojar mi pijama.

Entorna los ojos y yo contengo el aliento.

—¿Qué hostias se supone que haces, Cat?

Amai, parte 5

ϟ Mikel ϟ

Atarrabi me guía por pasillos de piedra con miles y miles de años de antigüedad. Percibo el peso del tiempo en cada roca que compone las paredes altas, los pilares y arcos de piedra. Por las ventanas de cristales penetra esa luz azulada que da la sensación de noche, aunque en este lugar, hasta donde yo sé, no existe la salida o puesta del sol.

—Por acá. —Atarrabi tironea de la correa con la que aún me tiene atado de las muñecas.

Al menos me quitó la de las piernas.

Ingresamos a una habitación de techo muy alto y ventanales enormes. Al centro hay una fuente de agua tan cristalina que refleja todo y tres personas observando lo que sea que ven ahí. Mi aita, Zuria, la sorgina suma sacerdotisa de Akerbeltz y frente a ellos… Akerbeltz mismo. Alto, con pantalones de cuerina negra muy ajustados y una chaqueta larga del mismo color.

Trato de aparentar calma, pero lo cierto es que nunca me siento cómodo cerca de Aker. Ese dios es incluso más antiguo que mi padre y su obsesión con los animales siempre me ha parecido perturbadora. Ya, puede que haya participado en más de un akelarre de los que organizan sus sorginak, pero era para divertirme un rato con Haize.

—Se está revelando —dice la sorgina, inclinándose hacia la fuente —, la imagen comienza a hacerse visible.

Me acerco a mi hermano y susurro cerca de su oído.

—¿Qué coño hacen?

Atarrabi frunce el ceño, observándolos.

—A Aker se le perdió algo —murmura—, una de sus criaturas. Creo que intentan buscarla en la fuente. Lleva días de mal humor y mi padre decidió ayudarlo. Creo que tendremos que esperar para que veas a tu humana, hermanito.

—O tal vez no. —La sorgina levanta el rostro hacia nosotros, sus

ojos reflejan la luz del agua mágica de la fuente—. Catalina aparece en la visión, aunque no logro verla bien. Es posible que esté con Aideko y la presencia del chaval interfiera, pues Euria lo protege para que no pueda ser revelado en nuestras visiones. Pero si Mikelatz se acerca... quizás…

Pfff, qué hipócritas. Prohiben las relaciones de dioses y humanos, pero al parecer mi vínculo romántico les viene bien en este momento. Mantengo mi rostro serio, pero mi pulso está a mil y sospecho que esa mujer lo sabe. Solo pensar en ver a Catalina otra vez hace que quiera correr a hacia esa fuente.

—¿Por qué Catalina está en la visión de rastreo de Aker? —pregunta Atarrabi, mientras camina junto a mí hacia la fuente—, ni siquiera se conocen.

Doy un paso y me asomo ansioso sobre la superficie cristalina, aunque aún no se revela nada para mí. Sin embargo, las palabras de mi hermano hacen ruido en mi mente.

¿Por qué Cata aparece en la visión de lo que sea que Aker está buscando?

♡ Catalina ♡

Haize me mira serio. Gotitas de agua caen de su pelo a mi nariz. Desciendo la mirada. Solo va vestido con un pantalón de pijama negro y… claramente no se alcanzó a secar ni el cuerpo ni el pelo.

—Gracias por haberte tomado la molestia de ponerte algo de ropa antes de atacarme como si fuera tu enemigo. —Me remuevo para tratar de liberarme, pero solo consigo cansarme.

—Créeme, no te estoy tratando como a un enemigo.

—Suéltame —digo, respirando agitada.

—No. —Ladea el rostro y una sonrisa se asoma en sus labios, creando un hoyuelo cerca del lunar nuevo que le salió—. ¿En serio pensaste que te ibas a llevar a mi gata?

Odio la calma con la que me observa, cuando yo todavía estoy llena de ira y pena. Más ira que pena. Me siento traicionada por él.

—¡Eres un idiota! —Trato de liberarme pero es imposible. Mis forcejeos provocan que Nami suelte un maullido molesta y se

escabulla lejos—. ¡Suéltame, Haize!

—No quiero. ¿Qué pasa? ¿Te molesta el agua, Chilenita? —Ladea la cabeza para el otro lado y más agua cae en mi cara.

—¡Argg! —cierro los ojos—. ¡Ya para!

—Vale, entonces deja de moverte.

Me detengo y lo miro con todo el odio posible. Él vuelve a observándome serio. Lo único que ilumina su rostro es la débil luz que hay en la mesita de noche, provocando sombras que hacen parecer aún más angulosos los rasgos de su estúpida cara perfecta de semidiós.

—Suéltame, Haize.

—Te soltaré —dice con esa voz ronca que tiene de mañana—, si prometes no volver a intentar llevarte ni mi espada ni a Nami.

Guardo silencio y él resopla.

—Venga, Cat… —Pasea sus ojos rasgados por los míos—. Estoy cansado, no hagas esto más difícil.

—Pfff, ¿cansado? —Las palabras saltan de mi boca—, ¿de qué? ¿De los cinco minutos follando?

Él alza las cejas y me mira con algo que parece curiosidad. Así de cerca, los labios de Haize son carnosos, pero no como los de Mikel. Son más alargados, como los de un gato. Eso hace que cuando ahora sonríe, parezca que se está burlando de mí.

Qué rabia me da este weón.

—¿Nos espiaste toda la noche? ¿O cinco minutos fue lo que estuviste de chismosa afuera de la puerta?

—¿Follaste toda la puta noche?

—Hmmm, sí.

Solo provoca que mi odio crezca, como una llama horrible que me quema el pecho. El calor de su cuerpo me sofoca. Me remuevo. Trató de golpearlo con las piernas, pero él se acomoda y me aplasta aún más con las suyas.

—¿Por qué estás tan enojada?

Dejo los forcejeos y respiro agitada.

—¿Por qué? ¿Es broma? ¡Llevo días con el corazón destrozado! Llorando, prácticamente drogada para no extrañar tanto a Mikel, ¿y tú te pasaste la noche follando? —Me arden los ojos e inspiro para

no largarme a llorar.

—Me gusta follar cuando estoy triste. —Ladea la cara y un mechón de cabello rubio oscuro cae sobre mi mejilla, mojándola—. ¿Cuál es el problema?

No respondo. Porque si sigo hablando, solo dire cosas horribles. Me quema la garganta y siento unas ganas horribles de llorar.

Él me estudia con ojos adormilados. Al menos, no son tan fríos como los de anoche. Reflejan la débil luz de la lámpara y percibo cierta emoción en ellos… Pero no logro comprender qué es. Parece indeciso. ¿De qué?

—Voy a soltarte, pero no hagas… —Tuerce los labios un momento —. No hagas esto —dice bajando su mirada hacia mi cuerpo aplastado por el suyo—. No me obligues a tratarte así. En este lugar, romper las reglas trae más consecuencias de las que crees.

Entiendo perfectamente las amenazas de lo que dice. Pero después de tantos días llorando y sentirme sola, su olor a frutillas me calma. El calor de su cuerpo envuelve el mío y hace que el dolor en el pecho que siento desde que Mikel se fue, duela menos. No es verdad que me sofoca. Me hace sentir bien. Al igual que cuando me fue a buscar a mi habitación en Chile. La presencia de Haize me tranquiliza.

Pero él me quiere lejos. Sabe que lo necesito y no le importa. ¿Por qué le va a importar? Mikel y él revolucionaron mi mundo. En cambio, yo… ¿qué soy en el suyo?

Estaba de lo mejor follando como si nada. Como si no me fuera a ir para siempre.

—Te odio, Haize.

Él parpadea y unas gotitas de agua caen de sus pestañas a mi nariz.

—Ya lo sé.

Voy a replicar, pero...

—¿Qué?

—Que ya sé que me odias, ¿vale? —Sus ojos se oscurecen aún más—. Y yo también me odio, Cat. Odio haberle fallado a Mikel, odio haberte fallado a ti. Y odio que seas tan insistente —dice, acomodando los dedos alrededor de mis muñecas—, tan terca, que

a pesar de eso, quieras seguir aquí.

Ahí está esa emoción, removiendo la oscuridad en sus ojos otra vez…

—¿Por eso me dejaste sola todos estos días? —Mi corazón se encoge ahora que al fin reconozco lo que inunda la mirada de Haize. Culpa—. ¿Crees que te culpo por lo de Mikel?

No me lo creo. No de él. No de alguien que siempre parece tan confiado y…

—No es lo que yo piense, estoy seguro. Me lo dijiste más de una vez estas noches, aunque no lo recuerdes. —Su voz es grave y suave como un susurro a la vez—, ¿Y sabes qué? Entiendo que quieres estar cerca de mí para no olvidar a Mikel. Pero eso no va a pasar solo porque me vaya un par de meses a Japón y…

Dejo de escuchar lo que dice. ¿Un par de meses? ¿Tanto? ¿Haize al otro puto lado del planeta? ¿UN PAR DE MESES? Solo pensarlo hace que la ansiedad me invada de nuevo. Que me cueste respirar. Que mi garganta arda.

—¡¿Cómo puedes ser tan idiota?! —Los ojos me escuecen y ya no puedo contener la pena y rabia que he sentido todos estos días—. ¡Estaba triste! ¡Estaba confundida! ¿Cómo puedes decir algo tan absurdo como que yo te odio? ¡Te necesitaba! ¡Eres mi amigo y te necesitaba!

Haize parpadea confundido y más gotitas de agua caen de sus pestañas. Él abre la boca para decir algo, pero yo lo interrumpo.

—No será que… —mi voz se quiebra—, ¿eres tú el que me odia a mí?

Me mira perplejo.

—¿Qué?

—¿Es porque soy un estorbo? ¿Porque no sé usar una pistola como Trineded? ¿Porque solo soy una chica tonta y…? —Un sollozo escapa de mis labios y las lágrimas empiezan a caer por mi rostro—. Y no sé hablar euskera y —Mis labios tiemblan y apenas puedo hablar, respiro agitada—. Dijiste que éramos amigos y… tú estabas fo… tú estabas follando mientras yo… ¿Ni siquiera ibas a despedirte de mí? ¿En serio no ibas a despedirte de mí?

Sé que estoy balbuceando. Ya no veo su rostro porque todo está

borroso. No logro contener las lágrimas y lloro. Y lloro más. ¡No puedo parar de llorar! Dioses, odio sentirme así. Odio que Mikel se haya ido y odio pensar que algún día me olvidará él, que me olvidará también Haize y que…

—¡Ey!, no, no, Cat. Hostia. —Haize suelta mis muñecas y afirma mi rostro entre sus manos—. Ey, Chilenita… —Pasa sus dedos pulgares por el costado de mis ojos, limpiando las lágrimas y pestañeo, intentando calmar los espasmos de mi pecho. Su rostro preocupado vuelve a definirse sobre el mío—. ¿Qué coño estás diciendo?

Sostengo su mirada oscura, a centímetros de la mía y trato de hablar sin llorar.

—No ibas a despedirte —repito y no puedo evitar que me tiemblen los labios y caigan más lágrimas por mis ojos, como una tonta.

—No podía. —La voz grave de Haize es apenas un murmullo. Acaricia con sus pulgares los costados de mi cara y busca mi mirada —. No quería. No quería verte partir, Cat. No quería equivocarme otra vez.

Reprimo un sollozo y lo observo, sin comprender.

—¿Equivocarte?

Haize me mira, dudoso. Como si se pensara decir o no lo que pasa por su cabeza.

—Háblame —murmuro—, por favor, deja de apartarme.

—Es que… —Haize se interrumpe y aprieta los labios.

Baja la mirada, que queda oculta por su pelo rubio oscuro, como miel a la luz de la lámpara de noche. Suelta el aliento y niega con la cabeza.

—Por favor —suplico, mi voz apenas audible por la lluvia que golpea los cristales de la ventana.

Siento su pecho que sube y baja pegado al mío.

—¿Sabes lo que es crecer en un lugar donde no puedes confiar en nadie? No. No creo que lo sepas. —Levanta la mirada otra vez y sus ojos son dos líneas oscuras, los párpados adormilados—. Un lugar donde salvo mis padres, no puedo confiar en nadie más. E incluso ellos me mintieron, Cat.

Trago con dificultad, consciente de lo que está diciendo; del duro golpe que significó la conversación de ayer. Inspiro y suelto el aire lentamente. Al menos dejé de llorar. Escuchar la voz grave de Haize me tranquiliza. Que me esté aplastando contra la cama, aunque sea para que no me robe sus cosas, en vez de estar poniendo cientos de kilómetros de distancia entre nosotros, me tranquiliza.

—Pero… confías en Trineded —murmuro—. Y en Denitz.

—Trineded es del Kideak de Lilai. Y aunque quiero a mi hermana, no confío plenamente en ella. Así que sí. —Una media sonrisa asoma en sus labios—. Incluso a la chica con la que follo cinco minutos —dice el muy imbécil—, debo pedirle que se vaya cuando quiero dormir. —Suspira—. Ya, sé que Trine nunca me haría daño, pero ¿qué puede oír? ¿Qué puede ver o encontrar en mi habitación que mi hermana pueda usar en mi contra? Trine se lo dirá, es de su Kideak. —Niega con la cabeza—. Solo puedo confiar en mi Kideak, Cat. Y no tengo uno.

No entiendo bien eso del Kideak, pero por lo que he oído acerca del padre de Haize, es como su grupo cerrado de amigos mafiosos.

—¿Y Denitz?

Las manos de Haize descansan junto a mi mejilla y siento sus dedos tibios rozando mi piel. Cuando habla, la voz produce una vibración en su pecho, que se transmite al mío. Se siente similar a cuando Nami me ronronea. Me gusta.

— Y Denitz… ¿Cómo puedo confiar en Denitz? —Levanta sus dedos y aparta un mechón de pelo de mi frente—. ¿Cómo piensas que podría confiar en él, después de como te trató ayer?

Mi estómago se aprieta. Y aunque hace cinco minutos lo odiaba, en este momento…

—No es primera vez —continúa—, Denitz también trataba así a Mikelatz. Por eso no podía formar un Kideak, Cat. Porque eran mis dos chicos de confianza y Denitz siempre sintió celos de él. —Tuerce los labios con fastidio—. Y no encontraba a nadie más. No me es fácil confiar en la gente.

Me estremezco, a pesar de que ya no tengo frío. Sería imposible tener frío con el cuerpo calentito de Haize sobre el mío. Y por primera vez en días, siento que no me derrumbo al escuchar el

nombre de Mikel en la boca de otra persona.

—¿Por qué? —Hago un esfuerzo por sostener su mirada—. ¿Por qué sentía celos de él? ¿No son los dos tus amigos?

Haize me observa pensativo.

—La confianza, Cat, lo es todo en nuestro mundo. Es una joya preciada. Difícil de encontrar donde hay tanto dinero, tantas traiciones, tantas puñaladas por la espalda. —La comisura de sus labios se curva en una débil sonrisa—. ¿Cómo Dénitz no va a sentir celos? Sí sabe —murmura y sus ojos negros reflejan la luz de la lámpara—, que yo daría la vida por Mikelatz. Que lo necesito. Sabe que confío en Mikel como jamás confiaré en él. —Cierra los ojos y suelta el aliento, que cosquillea tibio en mi nariz—. Hostia, y ya no está. Y es más duro de lo que esperaba.

Me siento mal. Mierda. Trato de recordarme que estaba furiosa con él, pero no sé a dónde ha ido todo mi enojo. Y es que, ¿acaso me paré a pensar por un momento que Haize estaba extrañando a Mikel tanto como yo? Mierda. ¿Incluso más que yo? Se conocen desde hace años.

Y además se entera de lo de anoche. Y yo solo estoy exigiéndole cosas, pidiéndole ayuda y… al final quizás sí soy un estorbo. Desearía no ser un estorbo. ¿Cómo puedo decirle que es mal amigo, si yo no siquiera entiendo su forma de vivir? ¿Si solo estoy pensando en mí?

Me arrepiento de haber dicho todas esas cosas. No quería decirle que lo odio. ¿Cómo puedo ser tan necia cuando estoy furiosa? ¡Era como si no pudiera pensar en nada más!

—Encontrarás a otra persona, Haize. —Levanto la mano y titubeo un momento al ver sus ojos cerrados, pero toco su mejilla, con el dorso de mis dedos. Deslizo con cuidado un mechón de cabello color miel, lo ordeno detrás de su oreja y dejo mi mano ahí—. Mientras Mikel no está… sé que encontrarás a esa persona en quien puedas confiar.

De verdad lo deseo por él, pero siento celos. Unos celos terribles de alguien que no existe. De pensar que pueda existir, mientras a mí me envía a Chile para que no moleste.

Tal vez me lo merezco por llorona. Por no ser útil como Trineded y

solo causar problemas.

Haize abre los ojos y sonríe.

—Ya encontré a esa persona. El problema… —Toma mi mano y la aleja de su pelo, sin dejar de sostenerla—, es que prometí cuidarla. Dime, Cat… —Sus ojos negros se clavan en los míos—. ¿Cómo puedo llevarte al lugar más peligroso del mundo, si se supone que te deba cuidar?

¿Yo?

—Pero…

—¿Cómo querías que me despidiera de ti? —dice, acercando más su rostro al mío—, ¿que viera como te marchabas sin rogarte, sin suplicarte, que no me abandonaras en este jodido momento?

El corazón me da un vuelco. Haize desliza su dedo pulgar debajo de mi ojo, limpiando las lágrimas que quedaban ahí.

—Soy asquerosamente egoísta —murmura.

¿Mikel le hizo prometer eso? No sé si enojarme o sentir ternura de que se preocupara. Pero alejo esos pensamientos porque en este momento necesito entender a Haize.

—Estoy confundida. Anoche dijiste que no confiabas en mí; yo traté de robar tu espada y… ¿De qué te ríes, tonto?

Hay una estúpida sonrisa burlona en su cara.

—Eres graciosa.

—¡No estoy siendo graciosa!

—Hostia, sí —dice y su sonrisa se ensancha—. A ver, dime la verdad. ¿En serio ibas a robarte mi espada, Cat?

Contengo el aliento un momento, mirando esos dos pozos oscuros y profundos que son sus ojos. Recuerdo la rabia que sentía porque me había dejado sola todos esos días y como entré furiosa a su habitación.

—No.

Estúpido. No vine por su espada, había venido a buscarlo a él. Y lo sabe. ¡Argg! ¡Me siento tonta!

—Claro que no venías a robarla. —Haize se ríe y con ambas manos pellizca mis mejillas—. Si eres como un gatito.

—¡Ay, suéltame, Haize!

—Eres igual de tierna que Nami —dice, riéndose y picándome con

el dedo en la mejilla.

—¡No soy tierna! —Tomo su dedo y trato de retorcerlo, pero él se parte de la risa y se deja caer al lado mío en la cama.

Me giro hacia él y al ver como se ríe, no puedo evitar reír yo también. Afuera, empieza a amanecer y la luz matutina se desparrama sobre la cama, robando destellos dorados del cabello de Haize. Aunque sigue lloviendo. En este lugar raro llueve incluso con sol.

Haize se recuesta sobre su brazo, deja de reírse y me mira pensativo.

—Casi creí que no ibas a reírte nunca más, Chilenita. —Sus ojos se oscurecen y se me encoge el corazón. Ahí está esa culpa otra vez —. Lo siento. Odio romper mi palabra. No quise mentirte cuando te dije que lo traeríamos.

—No es tu culpa, deja de decir eso.

Él me observa un momento, como si no estuviera seguro de si creerme o no. Mierda. Siempre parece tan confiado, tan seguro de sí mismo, que me olvido que él también puede tener dudas. Y no es solo por el color de su pelo. Todos estos días que me mantuvo apartada de él, su cabello estaba oscuro. Eso significa que solo cambia su actitud, pero… ¿Se siente siempre así de inseguro? Si él es lindo. Es un semidiós. Tiene magia. ¿Por qué tiene tantas dudas?

—Haize, no. —Me acomodo de lado en la cama y quedamos frente a frente—. No te culpo. Y cuando dije que te odiaba… no era verdad.

Sus ojos negros me estudian.

—¿En serio?

Mi corazón se encoge, recordando como miraba confundido a su madre ayer. Como su mundo se desmoronaba. ¿Y todo ese tiempo pensaba además que yo lo culpaba?

—¿Qué puedo hacer para que me creas, navajita?

Él entorna los ojos.

—Jurarlo.

—Lo juro —digo con una sonrisa.

—No me refiero a eso. —Apoya su codo en la cama, recostado de lado, y se inclina hacia mí. Sus ojos rasgados y negros emiten ese

tenue fulgor verde muy claro y se tornan casi blancos—. Júralo.

Mi corazón late acelerado solo de ver esos ojos mágicos. Son hermosos.

—Lo juro, Haize. —Logro tragar con dificultad, paralizada con esos ojos brillantes tan cerca de los míos—. Juro que no te culpo de la partida de Mikel y que no te odio.

El brillo de sus ojos aumenta hasta cubrir todo su iris y aguanto la respiración. Como si nada, se apagan y Haize me mira muy serio.

—Es cierto —dice y sus hombros se relajan, como si se hubiera quitado un enorme peso—. No me odias.

Me observa un momento más y luego se deja caer a mi lado. Cierra los ojos y cruza su antebrazo sobre el rostro, cubriéndolos. Parece aliviado.

—Menos mal que confiabas en mí —digo.

Él se ríe sin quitar el brazo de sus ojos, por lo que solo veo su boca y el lunar nuevo que tiene desde nuestro pacto.

—Lo que dije anoche es cierto —dice, con una sonrisa—, quería que te fueras a Chile porque no confío en ti.

—¡Pero acabas de decir que sí confías! —Tomo la muñeca del brazo con el que se cubre los ojos y empujo su mano contra la cama. Esta vez soy yo la que se inclina sobre él—. Dijiste que me querías tanto como a Mikel y que confiabas en mí, Navajita.

Haize suelta una carcajada y me mira divertido.

—Ni de coña dije eso. Ni sueñes que te quiera tanto como a Mikel. —Ladea el rostro y sonríe—. Y en lo que no confío, es en tus capacidades para ir a un lugar tan peligroso. Seguro te metes en problemas y terminas en una trata de blancas de la Yakuza.

Entorno los ojos.

—Soy latina, soy trigueña, no blanca. Y eso ha sido muy machista de tu parte —digo, apoyando el peso de mi cuerpo en la mano con la que sujeto la suya—. Ese nivel de machismo es inaceptable el 2024.

Él arquea una ceja y no hace nada por liberarse.

—¿Machista? No. Estoy seguro de que Trineded se haría cargo sin problema de cualquiera que intente raptarla. Tú no.

Eso me duele más de lo que quisiera admitir. Siento envidia de

Trineded. Quisiera ser tan genial como ella.

—¿A Mikel lo llevarías?

—Está claro que sí.

—Bueno, ahora yo reemplazaré a Mikel, así que me tendrás que llevar.

Una chispa de curiosidad enciende sus ojos.

—¿Reemplazarlo?

—Sí. —Ladeo el rostro y un montón de pelo castaño se escapa de mi hombro, cae como una cortina junto a la cara de Haize y tapa la luz del sol que le llegaba desde la ventana—. ¡Ahora seré tu nueva mejor amiga! Y como tal, me llevarás a Japón. Adoro Japón.

Sostengo su mirada. Necesito que diga que sí. Necesito que me lleve. Él me estudia con una chispa de diversión en sus ojos negros. Ahora que mi pelo protege su rostro de la luz del sol, sus pupilas crecen, fijas en las mías.

—Pero Mikel no era solo mi mejor amigo, Cat. A Mikel —murmura y su boca se curva en una sonrisa maliciosa hacia un lado—, me lo follaba cuando se me daba la gana.

Por un momento no entiendo sus palabras. Por un momento, soy incapaz de procesar lo que está diciendo. Qué él se fo… Como un fogonazo, se viene a mi mente una habitación con cojines, el altar de Sugaar. Una conversación entre Haize y yo, donde admitía que Mikel y él… Lo había olvidado. O casi como que lo había olvidado.

Creo que quería olvidarlo.

Mi cuerpo se tensa, contengo el aliento. De pronto, soy demasiado consciente de que estoy inclinada sobre él, que mi pelo cae junto a su rostro, que lo único que me separa de su pecho desnudo cubierto de tatuajes es un ridículo pijama de conejitos.

Me echo hacia atrás para apartarme, pero Haize me sujeta rápido de las muñecas, tira hacia su cuerpo y caigo sobre él.

—¿Segura que quieres reemplazar a Mikel? —dice, con su rostro a un centímetro del mío. Una sonrisa felina—. ¿Qué? ¿No estabas tan valiente recién? ¿Y por qué está tu cara tan colorada, Cat?

El rostro me arde. La piel de mis brazos, donde él aferra con sus manos, me arde. Haize recostado debajo de mí, con su pelo como miel fundida desordenado sobre las sábanas negras, hace que me

sea imposible no recordar los sonidos que escuché hace poco rato del otro lado de la puerta. Jadeos. Gemidos.

Tironeo de mis manos.

—¡No me refería a eso!

Haize se ríe y suelta mis manos. Eso provoca que caiga por completo sobre él y me aparto rápido, como si su cuerpo pudiera quemarme. Me siento en la cama, me arreglo el pelo desordenado y trato de mirarlo con la mayor cara de enfado que puedo. Aunque no siento ni una pizca de enojo en este momento.

Sé que debería, pero no puedo. Lo único que siento es… Que es un estúpido.

Me arreglo el pelo con las manos. Ha dejado de llover.

—Acepto que reemplaces a Mikel temporalmente, Cat —dice, sentándose también, frente a mí.

—Solo en la parte de amigos —aclaro, entornando los ojos.

Él ladea la cabeza y un mechón de cabello rubio cae entre sus cejas.

—¿Amigos con o sin sexo?

—¡Sin, idiota!

Haize suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Eres muy divertida Cat. Tienes una mente muy perversa. —Se inclina hacia mí y sus ojos rasgados buscan los míos—. Puedo acostarme con prácticamente cualquier persona que se me antoje, ¿sabes? —Estira su brazo y doy un respingo porque apoya la palma de su mano en mi cabeza—. ¿Cómo se te puede ocurrir, en tus más pervertidos sueños, que voy a querer follarte a ti? ¿La única cosita en este mundo que podría alejarme eterna e irremediablemente de mi querido Mikelatz? —Sonríe y me revuelve el pelo—. Ni de coña.

Lo odio. Aparto su brazo de un manotazo.

—Tampoco te dejaría.

Haize sonríe con suficiencia y siento ganas de golpearlo.

—Hmmm. —Sus ojos se desvían hacia la ventana detrás de mí. Levanta la mano y se protege con ella de la luz que llega directamente a sus ojos. Frunce el ceño—. Creo que se me pasó la hora —Me observa una vez más, como si se pensara algo, pero luego se gira y se levanta de la cama—. Ahora yo también estoy

atrasado.

Bosteza y levanta un brazo, estirándose como un gato.

—¿Qué? ¿A dónde vas? —Me desespero al ver que camina hacia el armario y empieza a sacar ropa—. ¡Haize! Oye, ¡¿qué haces?! —digo, me bajo de la cama y camino hasta él.

—Vestirme, ¿se te olvidó que me voy a Tokio?

—¡Pero tienes que llevarme!

—No, no te llevaré. Aunque me voy más tranquilo ahora que no me odias —dice, sacando ropa y lanzándola sobre una silla junto a la pared. Toma una camisa roja y otra morada y se queda viéndolas—. Mierda, ¿cuántas camisas debería empacar? Los japoneses son muy formales. Joder. Denitz no está. ¿Cómo mierda voy a elegir la ropa en media hora? Es tu culpa por retrasarme, Cat.

—¡Haize, deja de ser un gilipollas!

Él baja la mirada hacia mí.

—¿Acabas de decir gilipollas?

—¡Por favor!

Me observa un momento, pero niega con la cabeza y se vuelve muy serio.

—No tienes idea lo que estás pidiendo, Cat. No estás preparada para un viaje así. Quizás, tal vez… me piense si dejarte acá cuidando a mi gata.

No tengo idea dónde se metió Nami, pero dejo pasar su comentario estúpido.

—¡No la voy a cagar, lo prometo!

—Difícil promesa. —Haize ladea el rostro, ignorándome y observando las camisas—. Estoy seguro de que te meterías en problemas. No eres capaz de obedecer órdenes, eres terca. Te gusta robarte cosas, meterte en habitaciones ajenas, invocar dioses malignos. —Frunce el ceño—. ¿Crees que yo sea un semidiós maligno ahora que…?

Guarda silencio mirando las camisas y no sé si está pensando en crisis existenciales sobre la identidad de su padre o en cuál de las dos prendas elegir.

—Joder, qué difícil es elegir ropa.

Ay, dios. Empiezo a desesperarme.

—Haize, ¡prometo seguir instrucciones!

Aparta sus ojos de las camisas y gira el rostro hacia mí.

—¿Ah, sí? —Arquea una ceja rubia.

—Sí.

—¿Harás lo que yo te diga? —Ladea el rostro—. ¿Absolutamente todo?

Qué rabia. Sé perfectamente que está haciendo esto a propósito. Pero tengo que ir a ese viaje. La sola idea de volver a Chile, donde todos habrán olvidado a Mikel, me aterra. Donde puede que yo misma dude de mi cordura. ¿Semidioses? ¿Espadas mágicas? ¿Cuánto tiempo creeré que todo eso fue real si no estoy cerca de ello? ¿Cuánto tardaré en pensar que estoy completamente loca?

Además, me muero por ir a Japón. Prefiero tener pena por Mikel en Japón que en Chile.

—Absolutamente todo lo que digas.

Haize sonríe, deja las camisas sobre la cómoda y da un paso hacia mí. La luz de la ventana da de lleno en su cuerpo y no puedo evitar mirar los tatuajes negros que se enroscan en los músculos de su piel blanca.

—Cuidado con tus palabras —dice y es tan alto, que tengo que echar la cabeza hacia atrás para ver su rostro—, podría hacerte jurar eso.

Inspiro y contengo el aliento bajo la penetrante mirada de sus ojos negros. Pero no me echaré para atrás ahora.

—Hazme jurarlo. Y lo haré.

—Ez —dice y una media sonrisa se forma en sus labios—, no lo haré. ¿Sabes por qué, Cat?

Niego con la cabeza. Mi corazón late acelerado, expectante. Haize levanta su mano, estira el dedo índice y me da un empujoncito en la frente.

—Porque voy a confiar en ti, gatito.

Amai, parte 6

Haize

Coño, detesto mi reflejo. Paso una vez más la toalla por el espejo empañado y observo mi rostro. Es horrible. Odio este maldito lunar. Detesto este jodido pelo rubio. Y detesto saber que todo va a salir mal.

Y no es que piense eso porque sea un mal día, estoy siendo objetivo. Es decir, Cat va a ir conmigo. Joder, soy una puta mierda. Le juré a Mikel que la iba a cuidar, que la iba a mantener alejada de todo este desastre y, ¿qué hago? Llevarla a Japón, joder, a Japón.

Una sonrisa se forma en mi cara en el espejo. Mierda, estoy mal, muy mal. No puedo ponerme feliz de que Cat vaya conmigo. Es decir, sí, es genial, porque no iré solo con el aburrido de Denitz y la Chilenita es graciosa. Y tierna. Y está loquísima.

Pero… No sé si… Hmmm.

Me paseo por el baño, frotándome el pelo con la toalla. Estoy confundido. Me visto con los pantalones del traje formal; es importante ir bien presentables. Los japoneses nos recibirán en el aeropuerto. Abrocho los botones de la camisa que eligió Cat. Yo no podía elegir porque coño, todo me queda mal hoy. Me pongo los dos anillos de oro que estoy obligado a usar en actividades sociales. Antes era solo uno, el de la familia Lantzer. Ahora se suma el de heredero, joder. Qué desastre. Ni siquiera llevo la sangre de Aitor. Pero no voy a pensar en esa mierda ahora, me supera, coño. Qué puto asco todo.

Si es cierto que Gaueko es mi padre significa que…

No. No, voy, a pensar, en esa, jodida, mierda, ahora.

Tomo la manilla de la puerta para salir, pero me detengo un momento. Cat está afuera, en la habitación. Inspiro y trato de pensar. Opciones. Opciones. Todavía puedo retractarme. Todavía puedo decirle que es mala idea y que se vaya a Chile. Aunque me odie.

Pero no quiero que me odie. Y me va a odiar si no la llevo y,

quizás, también si la llevo. No creo que le agrade lo que va a ver allá, ni las cosas que yo haré allá. Y ese es el jodido problema. ¿Por qué me importa tanto? Es decir, me cae bien y es la chica de Mikel. Y en serio la considero una amiga. Comprendí que podía confiar en ella desde ese día, cuando tomó a Itzal por primera vez en sus manos; cuando pretendía rescatar a Mikel con esa katana. Si cierro los ojos es como si viera de nuevo su mirada decidida, a pesar de que le había dicho que podía morir si la tocaba.

Hostia. En serio lo hizo aunque podía morir. No sé si alguna vez había visto unos ojos así. Supe desde ese momento que la quería. La quiero. La quiero en mi Kideak.

Y eso es imposible. Por tantas razones, que me vuelvo loco solo de pensarlo. Mikel no me lo perdonaría jamás. Creo que por eso actué de esa forma anoche, aunque ahora me pregunto cómo pude ser tan estúpido de hablarle así. Cat no me va a tolerar que vuelva a tratarla como un imbécil solo porque esté en malos días, ya me lo advirtió.

—¡Haize! —Su voz llega desde el otro lado de la puerta—. ¡Te estás demorando demasiado vamos a perder el avión!

Suspiro, soltando todo el aire que contenía. ¿Tengo realmente opciones? No quiero estar preocupado de que esos putos dioses vayan a buscarla a Chile. Tal vez sí estoy cumpliendo mi palabra, porque cerca de mí, podré cuidarla mejor.

Aunque para cuidarla en un lugar así… tendré que ser un hijo de puta. Y esa es otra razón para llevarla. Quiero que me vea ser un hijo de puta.

Necesito saber si…

—¡Haize!

Joder. En serio odio tomar decisiones.

—¿Te pusiste la ropa de Trineded? —grito desde mi lado de la puerta, sin abrir.

—¡Sí!

Giro la manilla y empujo. El vapor del baño se escapa hacia la habitación y envuelve a Cat, que ahora está vestida con un sencillo pero elegante vestido negro, ajustado y corto. Perfecto para encontrarnos con los japoneses en el aeropuerto de Tokyo. Además,

necesitaba que se cambiara ese tonto pijama de conejitos, porque cuando la tenía debajo de mí, el pecho se le mojó demasiado y se le marcaban los pezones y tuve que hacer un esfuerzo enorme para no tener pensamientos sucios con la novia de Mikel.

Y fracasé, definitivamente.

Pero no pasa nada, en mirar no hay engaño.

—¿Estamos listos? —Tiene a Nami en sus brazos, pataleando por escapar.

—Ehh…

Titubeo un momento, abrumado porque aún me puedo retractar, por todas las razones por las que debería decirle que no.

—¿Está mal la ropa? —Me mira preocupada—. ¿Busco otra?

—No, está perfecta.

Cat sonríe, con sus ojos color miel chispeantes de emoción por este viaje.

Me la sudan todas las razones que haya para dejarla acá.

Nos vamos a Japón.

ϟ Mikel ϟ

Me quedo paralizado mirando la fuente. Las imágenes se arremolinan en el agua mágica y un escalofrío recorre mi espalda.

—¿Mikel, estás bien? —Atarrabi me observa, como si pudiera estar bien con estas cuerdas atándome—. Acércate más para que se vea con claridad.

Pero no voy a acercarme. Retrocedo un paso, el pulso acelerado y hago un esfuerzo para que los demás no perciban del todo mi perturbación. O que la confundan con otra cosa.

—No quiero, Ata. Me largo. Si no me sacas de aquí ahora, te juro —murmuro y siento la magia tronando dentro de mí, aunque no pueda liberarla con estas cuerdas—, que te vas a arrepentir.

No sé qué ve Atarrabi en mi mirada, pero se pone muy serio y asiente. Mi padre se voltea hacia mí, la Sorgina me observa con curiosidad y no tengo idea qué pasa por la mente de Akerbeltz, porque su rostro está oculto por las sombras de la capucha de la chaqueta.

Les doy la espalda y me alejo de la fuente, caminando lo más tranquilo posible sobre este suelo de piedra. Me duele. Todo mi ser me grita que es un error no ver a Catalina por última vez, pero no puedo hacerlo. Las palabras de Atarrabi sobre Akerbeltz buscando a su criatura me hacen sentido ahora. Que Catalina aparezca en la visión que él buscaba solo se explica de una forma. Esa gata, la gata que tiene Cat, es lo que busca Akerbeltz. Ahora recuerdo que andaba como loco buscando algo el mismo día que ellos llegaron a Arimeterria.

Y Cat adora a esa criatura. Hostia, con lo terca que es, no se la va a devolver de buena gana. No revelaré lo que sea que esté sucediendo en el mundo humano. No me importa los trucos que Atarrabi se invente para ponerme celoso. Confío en mi novia. Confío en… bueno, confío relativamente en Haize.

Pero ni de coña los voy a delatar ante uno de los dioses más despiadados de Euskal Herria.

Atarrabi me pregunta algo cuando abandonamos el templo en el que estábamos, pero no le presto atención.

Lo siento enana. Cierro los ojos e inspiro el aire húmedo y antiguo de este lugar, donde no pasa el tiempo, donde no sé qué es real y qué no.

Tendré que esperar para volver a verte.

Abro los ojos y observo el cielo sin sol, sin estrellas,

Encontraré la forma, cuando sea seguro. Pero lo haré.

Haize

Mi madre me espera en el suelo con las piernas flectadas, frente a una mesa de madera baja. Parece perdida en sus reflexiones, mientras que con una tranquilidad casi perturbadora sirve té en dos tazas pequeñas. La luz de la mañana hace brillar su cabello dorado y no lleva más que unos pantalones holgados negros y una camiseta azul. Los colores de la familia Lantzer.

Solo ella y yo en esta habitación.

Me acerco sigiloso, sin que mis pasos hagan ni el más mínimo ruido, tal como ella me enseñó desde pequeño. Ser un susurro, ser

como el viento. Me siento en el suelo, frente a ella, del otro lado de la mesa. Los años que mis padres pasaron en Japón, huyendo de los dioses de Euskal Herria, les dejaron bastantes costumbres que no han podido, o no han querido, abandonar.

Por eso, no digo ninguna palabra mientras ella sirve el té. Cuando termina, deja la tetera sobre la mesa, empuja una de las tazas hacia mí y levanta sus ojos verdes.

—Haizea, no podré cuidarte ahí donde vas.

No me esfuerzo por sonreír. No necesito fingir frente a mi madre. Ambos sabemos los riesgos de ir a Tokio, pero debo obedecer a Aitor. Además… no estoy preparado para enfrentar a Gaueko. Ni siquiera estoy listo aún para hablar de él. Y mi madre lo sabe.

—¿Puedes cuidar de Mikel, amatxu?

Ella sonríe y algo cálido se instala en mi pecho.

—Lo haré, aunque no me parece bien. —Me observa con una ternura que solo reserva para Lilai y para mí—. Debes soltar esas ataduras, Haizea. No naciste para proteger a Mikel. No es tu obligación estar siempre cuidando sus espaldas, aunque los lazos que formaron te hagan creer eso. Tampoco puede encargarte deberes como si fueras su sirviente.

Sé que lo último lo dice por lo de Cat.

—Amatxu…

—No trabajas para Mikelatz. Eres mi hijo —insiste—, él no te da órdenes. Ningún dios te da órdenes.

Suspiro, sabiendo que en ese sentido, ella no me va a entender. No puede comprender lo que hay entre Mikelatz y yo. Tampoco se trata de promesas, lazos u órdenes. Él es mi compañero. En muchas formas que solo él y yo podemos entender.

Lo único que me importa es que esté bien.

—Solo no dejes que se vuelva loco como todos los jodidos dioses.

Ella parpadea y no responde. Gira la palma de la mano hacia arriba e indica mi taza. Pongo los ojos en blanco, burlándome de sus rituales y doy un sorbo. Apenas el líquido desciende por mi garganta me siento mejor. Es como si la calidez de mi madre hubiera sido servida en una taza de té.

—Eskerrik asko, amatxu.

Bebemos en silencio. La lluvia es un susurro del otro lado de los cristales. Pasan los minutos, demasiados para alguien apurado por tomar un vuelo al otro lado del planeta. A pesar de eso, simplemente disfruto el momento como si, al igual que en Arimeterria, aquí tampoco transcurriera el tiempo. Así es cuando estoy con mi ama y tal vez, de alguna forma el tiempo se vuelve más lento a su alrededor.

Cuando terminamos, saco del bolsillo de mi pantalón un frasco pequeño que contiene una tormenta dentro. La pequeña tormenta gira, se arremolina y golpea contra el cristal de vidrio, pero no tiene como escapar. Incluso si lo abriera, el líquido se mantiene ahí, con ella luchando por ser liberada. Por arrastrar con su furia los recuerdos de la mente que se atreva a beberla.

—Supongo que sabes cómo usar esta poción, ama.

Ella baja la vista hacia el frasco y asiente.

—¿Es posible olvidar solo ciertas cosas? —Necesito entender algunas cosas —. ¿O solo sirve para olvidar a las personas?

Ella medita un momento. Mi pulso se acelera, temeroso de que no quiera revelarme estos secretos. El vidrio del frasquito se siente tibio contra mis dedos, mientras lo afirmo sobre la mesa.

—Sirve para olvidar lo que sea, dependiendo la dosis, como se usa y —añade, levantando la mirada hacia mí—, quién lo usa.

—¿Se pueden recuperar los recuerdos alguna vez?

Me observa pensativa, junta ambas manos sobre la mesa cruzando relajadamente los dedos.

—Eso depende de la dosis, cómo se usa y quién la usa —repite.

Ni siquiera el té que bebí, ni el aroma a lluvia de mi madre, es suficiente para calmar la tempestad de preguntas que hay en mi mente.

—¿Puedes enseñarme?

—Bai.

Trago con dificultad. Es más de lo que deseaba. Tengo miedo solo por sostener algo así en mis manos.

—¿No te ordenó tu querido Mikelatz destruirla? —Mi ama ladea el rosto y sonríe.

Hago girar la pequeña botella entre mis dedos, observando la

tormenta en su interior. No sé por qué Mikel quería destruir algo así. Es el mejor abogado, pero… a veces es un poco gilipollas.

Vuelvo a mirar los ojos de mi madre.

—Sí, pero… —Sonrío yo también—. Mikel no me da órdenes, amatxu.

♡ Catalina ♡

Soy una tonta, lo sé. He cruzado portales a otros mundos, ¡he viajado literalmente a otros mundos! He sujetado entre mis manos espadas mágicas que matan a quien las toca, he dormido dos semanas en la casa de terroristas vascos y… tengo miedo de volar en avión.

Sostengo el bolso para gatos donde Nami va acurrucada —y que no tengo idea como Haize logró que nos dejaran meter en cabina con nosotros— y trato de calmar mi respiración.

¿Es que nunca se me pasará? Mi corazón se aprieta. La última vez no me di cuenta del despegue fue porque estaba él. Solo pensar en él hace que me angustie, a pesar de lo emocionada que estoy por ir a Japón.

Los motores se encienden y me duele el estómago. Los demás pasajeros parecen tranquilos, leyendo libros o usando sus computadoras. Parece que en esta sección viene gente ejecutiva. Soy la única idiota asustada. Y esta vez no estará el Fakediós para distraerme con un beso.

—No seas cobarde, Chilenita.

Solo está el estúpido de Haize, con las piernas estiradas en su máxima extensión en el asiento del lado, la elegante camisa púrpura desabotonada en el cuello y salida de los pantalones, mientras lee un manga en su iPad. Esta vez él corrió con los gastos, por lo que pagó asientos VIP. Mi madre no pudo insistir en pagar los pasajes ella; Japón es demasiado caro.

Además, Haize se negó a viajar otra vez en asientos baratos.

En la fila de asientos de atrás viaja Denitz. Agradezco que en la sección VIP al ser más grandes los asientos, solo pueden ir de a dos y no tres, porque no soporto a ese chico. De todas maneras, va

trabajando en su laptop y nos ignora por completo. Ni siquiera lo veo desde acá.

Me giro hacia Haize.

—No soy cobarde, es tu culpa porque no me dejas ir a la ventana que es más segura.

La gente de la ventana tiene más de probabilidades de sobrevivir. Algo así decía internet.

—Me gusta observar las nubes. —Haize se acomoda un mechón de pelo rubio oscuro que le cae entre las cejas y ni siquiera aparta la mirada del manga que va leyendo.

¡Está empezando como las weas su rol de mejor amigo! En el bolso, Nami se cambia de posición y se acomoda. Tal vez a ella también le ponen nerviosa los aviones.

Mierda, el altavoz del avión empieza a pasar las instrucciones antes del despegue. Esas que explican qué hacer si nos caemos en vuelo, si nos estrellamos en el mar o si nos quedamos sin oxígeno. ¡Como si hubiera forma de salvarse!

—¡Haize no me ignores! —Me inclino hacia él—. ¡Préstame tu manga!

Él pone los ojos en blanco, abandona su posición de comodidad y baja las piernas al suelo. Pero no me pasa el iPad. Saca su celular del bolsillo y me lo pone en las manos.

—La clave es 150100. —Me da una palmadita en la cabeza y vuelve a recostarse en su asiento—. Juega Genshin Impact.

¡Lo odio! Pero no quiero escuchar esas estúpidas instrucciones del altavoz sobre cómo morir de manera adecuada en un avión, por lo que desbloqueo el móvil con la clave que me dio, para jugar lo que sea.

Al pulsar los números de la pantalla… me doy cuenta.

—Es el cumpleaños de Mikel —murmuro.

Mi corazón se encoge otra vez.

—Ajá. —Haize continúa leyendo su estúpido manga.

Siento deseos de llorar. El viaje a Japón ha sido genial para mantenerme distraída, pero esto…

El avión empieza a moverse, aunque lentamente todavía. El rugido del motor se hace más fuerte y me pongo tensa, con el

celular en una mano y con la otra afirmando el bolso de Nami sobre mis piernas. La azafata pasa a nuestro lado indicando que nos pongamos los cinturones, aunque Haize la ignora y sigue recostado en su asiento. La azafata le sonríe, no le dice nada y continúa su camino.

Mi corazón está a mil. Incluso estoy olvidando en este momento mi angustia por Mikel. ¡Odio los aviones! ¿No podíamos ir en barco? Además, el aeropuerto de Bilbao es de los más peligrosos del mundo.

Doy un respingo porque el celular de Haize vibra y un mensaje WhatsApp aparece en la pantalla.

>Trine: Sueña conmigo, Haize bonito, ¡buen viaje!

Una foto hot de Trineded acompaña el mensaje, mostrando demasiado el escote y los tatuajes que hay en su pecho, al tiempo que lanza un beso hacia la cámara.

Ay, qué guapa es. Lo que me recuerda como gemía en la mañana, por la mierda. ¿Por qué tengo que pensar en eso ahora? Debe ser por el miedo, no controlo mi mente y la imagen de Trineded desnuda con Haize invade mi cerebro.

—Haize —digo, intentando distraerme del hecho de que el avión vaya cada vez más rápido—. Trineded te manda un mensaje.

Él alza las cejas, se estira hacia mí, se inclina sobre mi hombro y sonríe mirando la pantalla. Claro, por eso sí abandona su estúpido manga, ¿verdad?

Al estar tan cerca, su aroma a frutillas me envuelve. Haize hace ademán de tomar el teléfono, pero yo lo escondo entre mi cuerpo y el bolso, recordando lo que dijo Trineded en el pasillo. La foto de ella me lo recordó. Esa palabra extraña que se quedó en mi mente.

Debe ser un objeto mágico o algo. ¡Me había olvidado!

—Oye Haize —giro mi rostro hacia él—, ¿qué es una avadraya?

Él me mira un momento con el ceño fruncido.

—¿Un qué?

—Trineded mencionó algo de un ava… avadradya.

Él parpadea confundido, me mira y… suelta una carcajada.

—No será, ¿un apadravya?

—¡Eso!

Sus labios se inclinan hacia un costado en una sonrisa maliciosa.

—Googléalo.

El avión acelera más y dudo que sea un objeto mágico si sale en google, pero necesito distraerme así que le hago caso y en su celular pulso el nombre en el buscador. De inmediato en la pantalla aparecen imágenes que… ¡No quería ver esto! ¡Por qué aparece esto! Penes. ¡Está lleno de fotos de penes con piercings y…! Entonces todo hace sentido en mi mente. El recuerdo de Trineded acomodándose la ropa al abandonar la habitación de Haize. Sus palabras.

Maldito apadravya.

Siento que el rostro me arde. No puede ser. Él tiene… ¡No necesitaba saber eso! Haize se inclina sobre mi hombro, mirando la pantalla del celular. Siento el calor de su cuerpo demasiado cerca. ¿En serio tiene un…? NO, NO QUIERO SABER. BASTA. Él se gira hacia mí y siento su nariz rozando mi pelo.

—La curiosidad no es buena para los gatitos —susurra en mi oído.

Lo empujo y se ríe como un idiota.

—¡No tengo curiosidad!

¡No entiendo por qué me pongo roja yo si quien está diciendo cosas sucias es él!

—¿No? Mentirosa. —Sonríe ladeando la cabeza—. Igual puedo mostrártelo si me enseñas tu lunar.

—No quiero ver tu…

Me interrumpo porque Nami maúlla y el avión da una sacudida. ¡Ay, dios!, ya alcanzamos la velocidad de despegue. Me pongo tensa. Demasiado tensa. Afirmo la correa del bolso apretando mucho las manos. Estoy confundida con lo que vi en esas fotos. Estoy asustada porque el avión está a punto de…

—Oye, Cat. —Haize se apega a mí, su brazo contra el mío.

—¡Qué! —Me giro con brusquedad hacia él, alterada y pensando que va a decir otra estupidez obscena.

Pero me está mirando muy serio. Un mechón de cabello color miel cae sobre su frente.

—Controlo los vientos, ¿recuerdas?

Contengo el aliento.

—Sí.

No podría olvidarlo jamás. La manera en que se movía ese día luchando, como si el viento mismo le perteneciera.

—Entonces —dice, y apoya el dorso de sus dedos debajo de mi mentón, obligándome a mirarlo—, ¿por qué tienes miedo?

La cabina da otra sacudida por el despegue y mi cuerpo quiere seguir asustado, colapsado. Pero Haize me observa, sus ojos negros estudiando los míos. No puedo apartar la mirada de esos ojos. Siempre que invoca la magia y brillan de forma sobre natural me parecen tan hermosos. Aunque ahora no está haciendo nada de eso.

Y comprendo lo que me está preguntando. Lo que está diciendo. Él controla los vientos. Y estamos en un avión.

Y no solo lo comprendo yo. No sé si es por la seguridad que hay en sus ojos oscuros, o en sus dedos tibios sosteniendo mi mentón, pero lo comprende todo mi cuerpo. Mis hombros se relajan. Mi corazón se calma, las manos con las que sujetaba el bolso dejan de apretar.

—Gracias —murmuro.

—No, Cat. —Él sonríe —. Eskerrik asko zuri.[56]

—¿A mí? ¿Por qué?

Me pongo tensa de nuevo. Y esta vez no es porque el avión esté alzándose a miles de metros de altura, sino porque la mano de Haize se desliza desde mi mentón hasta mi cuello y la deja ahí.

—Por confiar. A pesar de lo que pasó con Mikel, a pesar de mis cambios de humor. A pesar de…

—Recuperaremos a Mikel, Haize. Y aunque seas un estúpido cuando cambia tu pelo —digo y sonrío mirándolo a los ojos, al recordar lo que dijo el Fakediós—, a pesar de eso, siempre eres tú. Confío en ti, navajita.

Sus ojos oscuros se suavizan.

—No tienes... No tienes puta idea, Cat —murmura—, de lo importante que es eso para mí.

Me afirma del cuello, se inclina y me da un beso tibio en la frente. Mi corazón se acelera, late desbocado. Por el despegue.

Haize se queda así un momento, respirando contra mi piel y, en el bolso sobre mis piernas, Nami ronronea. Él comienza a apartarse, pero yo no lo dejo. Tiro de su camisa y lo atraigo hacia mí. Rodeo su torso con mis brazos y hundo mi rostro en su pecho.

Se siente cálido. Huele a frutillas.

—Siempre confiaré en ti, Navajita —murmuro y me recuesto, acurrucándome entre sus brazos.

Él acomoda el bolso de Nami en la parte libre de mi asiento, porque yo estoy prácticamente en el de él. Me rodea otra vez con los brazos y apoya su mentón en mi cabeza. Mi cuerpo, mis pensamientos, se —Siempre confiaré en ti, navajita —murmuro y me recuesto, acurrucándome entre sus brazos.

relajan del todo mientras surcamos el cielo. Ya no tengo miedo. Y aunque el nombre de Mikel es un dolor constante en mi pecho, en este momento ese agujero está lleno. Lleno del ronroneo de mi gatita y del calor del abrazo de mi nuevo mejor amigo.

Y ahora que lo pienso… el único que he tenido. Aunque sea un estúpido, no lo pienso soltar. No dejaré que eso ocurra otra vez.

Cierro los ojos.

—¿Haize?

—¿Hmmm?

Aprieto su camisa entre mis manos, sin apartar mi rostro de ahí.

—¿También tienes prisa por ser un dios?

Él se recuesta mejor en el asiento, sin dejar de abrazarme. Su mejilla apoyada en mi cabeza.

—Para nada —dice y siento sus dedos haciendo círculos ociosos en la tela del vestido en mi espalda—, no tengo ninguna, pero absolutamente ninguna prisa.

Fin del libro de Mikel

Glosario

(palabras chilenas)

Webear/webiar: Palabra chilena que quiere decir "molestar". "joder" o en otros contextos "tontear". No me webees o no me weís, es como decir no molestes, no jodas. Te gusta webiar con ese chico "te gusta tontear con ese chico".

(Palabras en euskara)

Bai: Sí.
Ez: No.
Ez dakit: No sé.
Zer?: Qué?
Maite Zaitut: Te amo.
Agur: Adiós.
Aita: Papá
Ama: Mamá
Amatxu: Ama.
Barkatu: Perdón.
Etxera: A casa.
Itzal: Sombra

Agradecimientos finales

Agradezco a mi familia, por su apoyo. A Meera por haberme ayudado diciéndome los horribles que eran mis versiones de portada.

Y sobre todo, agradezco a mi pololo, mi semidiós vasco personal, que me ha soportado en los días que este proceso me tuvo tan estresada. Maite Zaitut.

Como siempre, agradezco también a mis lectoras tormentosas. Me ayudan a confiar en mí.

Gero arte.

---

[1] Ama: mamá en euskera.

[2] No, en euskera.

[3] Contento, en euskera.

[4] No es nada.

[5] Tranquila, calma.

[6] Policía autónoma de Euskadi.

[Z] Sí, señor.

[8] Grupo cercano de amigos que tienen los dioses y otros seres ascendidos, de entre tres y cinco miembros. Siempre son del mismo sexo, no se puede disolver. El pacto se hace con magia.

[9] Buenas noches, en euskera.

[10] Si bien todas las conversaciones entre miembros de la familia de Haize son en euskera, la narradora ha decidido mostrarlas en castellano para que las lectoras puedan entender, salvo pequeñas palabras que no dificulten la comprensión.

[11] No.

[12] Comida popular vasca.

[13] Fuera.

[14] Maju es otro nombre del dios Sugaar. Así el llaman sus amigos cercanos.

[15] Estás ahí?

[16] Tranquila.

[17] Déjala.

[18] Espera.

[19] No sé.

[20] Nada.

[21] Ahora.

[22] Muchas gracias a ti.

[23] Llovizna ligera y constante muy habitual en Euskadi. Da la sensación de que no moja, hasta que te moja.

[24] Chica.

[25] Tranquilo.

[26] Insulto chileno, similar a hostia, joder, se usa para manifestar asombro o estupefacción.

[27] Mucho (chileno)

[28] ¿En serio? (euskara)

[29] No, que no.

[30] ¿O no?

[31] Las lamias son criaturas mitológicas vascas. Los hombres les tienen miedo, pues sucumben fácilmente a sus encantos y hechizos mentales.

[32] Ven, ven.

[33] ¿Entonces?

[34] Palabra vasca para referirse a los extranjeros.

[35] Buenas tardes, chicas. Qué tal? Levantaos, por favor.

[36] Se corre el rumor de que Akerbeltz, señor de las Sorginak, puede oír a todo el que hable en euskera y que esté dentro de los límites de su bosque.

[37] Perdón.

[38] Buenas tardes, Zuria.

[39] Tanto tiempo.

[40] Qué quieres, Zuria?

[41] Lo lamento.

[42] Soy Haize (Haize, en euskera, significa viento).

[43] Perdona.
[44] Vamos!
[45] ¿Qué tal?
[46] Vámonos, ahora.
[47] Papá, papá, por favor!
[48] Mami, mamita. Diminutivo cariñoso de ama (de mamá).
[49] Haizea es como la madre de Haize lo llama. Tradicionalmente, Haizea que significa "el viento" es un nombre femenino en Euskal Herria.
[50] Déjala.
[51] No, en euskera.
[52] Por favor.
[53] Eso es.
[54] ¿Qué?
[55] Tranquilo.
[56] Gracias a ti.